GEORGES GUITTON

CLAUDIO LA COLOMBIERE

Su ambiente y su tiempo
1641 — 1682



morgan

ÍNDICE con enlaces

PRIMERA PARTE: PREPARACIÓN..... 4
SEGUNDA PARTE: EN PARAY-LE-MONIAL ... 160
TERCERA PARTE: EN LONDRES 273
CUARTA PARTE: INMOLACIÓN..... 520
APÉNDICE 608

NOTA EDITORIAL

La figura de Claudio La Colombiére destaca discretamente, pero con extraordinaria eficacia, en los comienzos de la época moderna del culto al misterio del Corazón de Cristo. Cumplió con admirable discreción y humildad su misión de Apóstol del Corazón de Jesús, para la que el Señor le había elegido y preparado. Persuadido de que el Amor de Jesucristo se insinúa por el camino de la dulzura y de la fidelidad personal, es modelo de estos caminos del Espíritu. Nos ha parecido que merece la pena presentar de nuevo su personalidad impresionante a tantos como hoy buscan esos caminos de establecimiento en el mundo de la Civilización del Amor.

Discípulo de Claudio fue el P. Galliffet. Este fue a su vez el autor de un libro sobre ***El culto al Corazón sacrosanto de nuestro Dios y Señor Jesucristo.*** Y la lectura de este libro abrió al P. Bernardo de Hoyos los horizontes del misterio del Corazón de Cristo. Y precisamente hizo su ofrecimiento al Corazón de Jesús con la fórmula del P. La Colombiére, la cual aconsejaba también a sus amigos.

PRIMERA PARTE: PREPARACIÓN

Capítulo I

INFANCIA OCULTA

1641-1650

Nada hay tan comprometedor —se ha dicho— como el interrogar a una persona acerca de un acontecimiento que hubiera podido presenciar, pero que en realidad no ha visto porque su atención estaba fija en otra parte. Tal sucede especialmente cuando se buscan los testimonios sobre la infancia de aquellos que andando el tiempo han hecho mucho ruido en el mundo. Los grandes hombres, de pequeños, eran más o menos como los demás; y somos los primeros sorprendidos cuando llegamos a conocer que de repente un antiguo camarada nuestro ha llegado a ser ministro. Entonces nos asaltan los periodistas y, so pena de sentar plaza de ignorante o de desmemoriado, nos vemos precisados a encontrar en la memoria recuerdos proféticos.

Tal contratiempo no tiene lugar en Claudio La Colombiére, cuya vida comenzamos a escribir. Nadie entre sus contemporáneos o entre sus parientes se ha esforzado por hallar en su infancia las disposiciones que pudiesen ser indicio de estar destinado a revelar al mundo las riquezas del Corazón de Jesús. Más bien una nube impenetrable envuelve sus primeros años.

El día de su nacimiento —2 de febrero de 1641— coincidía con la fiesta de la Purificación, cuando la Virgen vino a presentar en el Templo a Aquel que debía hasta los treinta años ocultar en Nazaret su divina sabiduría. Era todo un presagio.

Saint Symphorien-d'Ozon, donde nació, lugar que tiene hoy 1.800 almas y que pertenece a la diócesis de Grenoble, dependía entonces en lo espiritual de la diócesis de Lyón y en lo civil de la bailía de Yiena en el Delfinado. Los abuelos de Claudio pertenecían a una familia noble de Borgofla, a cuyo nombre patronímico Gaude añadieron el de ***La Colombière*** por causa de una casa fortaleza que poseían cerca de Chalón dominando el Saona, escogiendo por armas: ***tres palomas de plata en campo azul.*** Cuando, a la muerte del joven duque Felipe de Rouvres, los Tard-Venus devastaron la Borgoña y demolieron la habitación de los Gaude, tuvieron éstos que emigrar y se establecieron hacia 1362 en Valence, tierra del Delfinado, donde había de desaparecer su nombre patronímico para no subsistir más que el que recordaba la casa solariega derruida; nombre que por otra parte aparece redactado de diversas formas, pues las actas oficiales los llaman indiferentemente ***Colombier***, ***du Colombier***,

La Combiére o ***de la Colombière.*** En el siglo XVI varios miembros de la familia figuran, bien sea entre los tesoreros o recaudadores generales de la Provincia, bien en el Tribunal de Cuentas o en el cabildo de la catedral de Vienne.

Otros, provenientes, sin duda, de una rama más joven, se refugiaron más modestamente en Saint Symphorien, donde se les ve, a partir de 1429, desempeñar el oficio de notario. Cuando el Parlamento del Delfinado hubo aprobado en 1573 el edicto que declaraba que el notariado rebajaba, los Colombier de Saint Symphorien perdieron, por cierto tiempo, el título y los privilegios de la nobleza, que, tan sólo después de muerto Claudio, recobrará su hermano mayor. Humberto Cluny poseía en esta pequeña ciudad, sobre la orilla izquierda del Ozon, un priorato dedicado a San Martín y dependiente de la abadía lionesa de Ainay. De sus construcciones, arruinadas por las guerras de religión, tan sólo se mantenía en pie en el siglo XVII la capilla, la cual, aun cuando en ella se celebraba misa una vez cada tres años, se hallaba en buen estado. Menos favorecida, la iglesia parroquial había sido saqueada por los hugonotes, el órgano fundido, y los nueve sacerdotes que la servían, privados de su pensión, despojados de sus sotanas, camisas y zapatos, se habían visto obligados a enviar al duque de Nemours, gobernador del Delfinado, una súplica para que no se los dejase morir de hambre (2 febrero 1562). Desde entonces la iglesia quedaba abandonada.

Al igual que en otros sitios, las bandas del barón de los Adrets habían pasado por aquí dejando sus huellas. De paso en

1562 conocemos un incidente, que no queremos pasar en silencio porque cede en honor del bisabuelo de Claudio.

Tan pronto como ocupaban una localidad estos bandidos iconoclastas, reclamaban todos los vestidos y relicarios de las iglesias para servirse a su talante. Con las capas y las casullas se confeccionaban vestidos de lujo; con los tubos del órgano fundidos hacían balas, y rompían y hacían añicos lo que no podía servirles de nada. El capitán Pontier, que se dirigía a Vienne para prestar auxilio al barón de los Adrets, exigió, apenas llegado a Saint Symphorien, que se le entregasen todos los ornamentos y objetos sagrados, si no —dijo— ***haré saquear la ciudad.*** Los notables presentaron al militarote algunos vestidos, una cruz de plata y un copón. ***Bajo pena de muerte*** — mandó Pontier— ***guardadme estos objetos hasta mi vuelta***, y siguió su camino hacia Vienne. Mas, a media noche, un grupo de gentes, negros como demonios, despertaron a los habitantes, y en nombre del capitán ordenaron entregar el depósito. Benito La Colombiére, vicecastellano de Saint Symphorien, quiso con otros dos notables acompañar el convoy hasta Vienne. Pontier escogió para sí primero la parte del león, y después, a instancias de los delegados, consintió en entregarles una parte de los vestidos ***a condición*** -dijo- ***que me pagaréis tres escudos torneses en beneficio de la tropa y siete libras para los gastos.*** Por lo que hace a la cruz, habiéndola el desgraciado arrancado de las manos de La Colombiére, pegó con ella sobre la piedra de la ventana un tan fuerte golpe que la imagen del crucifijo y numerosos fragmentos

cayeron sobre las gradas de la escalinata. Benito se inclinó piadosamente y haciendo caso omiso de las pullas recogió los fragmentos. ***Llévalos*** —dijo Pontier, sonriendo irónica y maliciosamente —, ***pero ya no podrás abusar con tus fingimientos.*** Y Benito estrechó contra su pecho aquellos preciosos restos. Sin saber, preludiaba las reparaciones que su biznieto había de reclamar en nombre de Cristo por las profanaciones y blasfemias cometidas contra el Amor divino.

Durante mucho tiempo la familia habitó, al norte de Saint Symphorien, una casa de apariencia modesta, no lejos de las puertas de Lyón y de la capilla de Nuestra Señora de la Piedad. Allí vivía todavía cuando Bertrand La Colombiére, nieto de Benito, se casó. Margarita Coindat, hija de un rico ciudadano de Vienne, se había quedado huérfana muy pronto y educada por su tío Humberto Pauze, que poseía cerca de Saint Symphorien diversos campos y propiedades; se la veía aparecer frecuentemente en el país, sobre todo en la época de las vacaciones. Amable y generosa, era solicitada con frecuencia a hacer de madrina, y como tal encontramos a menudo su firma en las actas de bautismos. Bertrand la había podido ver, observar a su gusto y apreciarla varios veranos, hasta que se concertó y celebró el matrimonio entre ambos hacia fines de 1633.

Cuatro años más adelante, Bertrand heredaba de su primo

Peyroct de l'Isle de Vauchappon una habitación situada ligeramente hacia el sur de la anterior, a igual distancia tanto de las murallas como del río Ozon. Era una casa fortaleza que hasta 1630 había, durante largo tiempo, servido de residencia al capitán-castellano de Saint Symphorien, Santiago de Mas de Charcone. Varias veces reparada desde entonces y aun a veces reconstruida en los siglos XVIII y XIX por la familia Lombard de Buffiéres, es conocida siempre en el país con el nombre de castillo. Hoy están en ella establecidos los servicios anejos de la Municipalidad.

Contigua al castillo por el lado norte subsiste una casa baja, ruinosa y polvorienta, que no presenta más interés que el de no haber sido nunca retocada en los últimos cuatrocientos años. Sobre sus muros de la parte oriental que da a la carretera, se ven todavía sus ventanas ajimezadas al poniente, hacia el jardín; la fachada está acornada con una antigua escalinata

de piedra cuya techumbre soportan dos elegantes columnitas. Esta es la mansión que, sin duda a causa de su aire vetusto y por ser llamada por los habitantes casa de ***La Colombière*** fue tenida por mucho tiempo por casa natal del Beato.

Es verdad que estas dos viviendas pertenecían desde 1637 a la familia; mas un examen minucioso de los archivos tiende a probar que el título de ***casa natal*** —o reserva de las restauraciones indicadas más arriba— corresponde a la primera, a la casa fortaleza, legada por Peyroct de l'Isle. Era, por lo demás, con mucho la más importante.

Cuando Bertrand y su joven esposa se instalaron en ella en 1639, su primogénito Humberto tenía ya cuatro años. Una niña, Yzabeau, que vino al mundo al año siguiente, vivió apenas ocho meses, y el 2 de febrero de 1641, en la fiesta de la Purificación de Nuestra Señora, nacía su tercer hijo.

Le impusieron el nombre de Claudio por su padrino Claudio II de Maugiron, conde de Montleáns, gobernador de Vienne y maestro de campo de caballería, que prestaba gloriosamente sus servicios en las armas del rey desde 1630, y que al aceptar un ahijado hacía un gran honor a los La Colombière. Maugiron se encontraba por entonces guerreando en Italia y hubo que esperarle; razón por la cual Claudio hubo de ser cristianado sin pérdida de tiempo, como lo había sido su hermana Yzabeau, por el abate Bascon, cura de Saint Symphorien. Por lo que respecta al día en que oficialmente se pudieron suplir las ceremonias sacramentales nos vemos reducidos a la ignorancia, debido a las tretas de un perro que jugando un día con un sobrino del señor Cura desgarró el registro. Sin embargo, no sería antes del 8 de abril de 1641.

Estas ceremonias fueron, por otra parte, modestas, pues era tal el estado de abandono y estaba la iglesia tan destartalada, que ni el bautismo de un príncipe hubiera podido revestir gran solemnidad. Las capillas del presbiterio y de los lados, algunas de las cuales, sin embargo, estaban dotadas de fundación, se hallaban sin techumbre e inhabilitadas para el culto. En la nave principal los artesonados comenzaban a pudrirse y la bóveda

amenazaba ruina. Todos los años, inspirados o sostenidos por Bertrand La Colombiére, los cónsules echaban en cara a la asamblea parroquial esta miseria: ***Es vergonzoso*** —dirá todavía en 1649 uno de ellos — ***que la casa del Dios Todopoderoso .se encuentre en tal Estado que cuando llueve no haya sitio en ella donde guarecerse.***

No estaban menos abandonadas las almas. El abate Bascon había envejecido; y no parece que su enseñanza de la doctrina cristiana haya sido nunca muy ardiente. Antiguamente, se declara en una asamblea parroquial de esta época, los señores Curas, todos los domingos y fiestas solemnes, anunciaban los santos Mandamientos de Dios y de la Iglesia, enseñando en qué consiste ser cristiano y cuáles son sus obligaciones. Todo eso ya no se usa desde hace tiempo: con gran perjuicio de todos los habitantes. La Asamblea suplica, pues, al castellano que intervenga cerca del Cura, para que por sí o por medio de un vicario se le dé instrucción como antes y amenaza que, si no se le da satisfacción, el cónsul y otros nobles irán a quejarse y a exponer sus demandas al Arzobispo de Lyón.

Los Seminarios mayores, reclamados hacía un siglo por el Concilio de Trento, comenzaban apenas a funcionar, y el clero del campo, improvisado casi todo él después de las guerras de religión, necesitaba en grado sumo de un Vicente de Paúl y de un Olier que les insuflase la llama del celo.

No fue, pues, por ese lado por donde Claudio había de

recibir su primera instrucción religiosa, sino por el de su madre, que felizmente era una mujer cuya inteligencia y fe la hacían capaz de muchos recursos. Venerada por todos, cuando murió prematuramente en 1661, el párroco concedió sin dificultad el que fuese enterrada en la iglesia ***habiendo muerto como una buena católica y después de recibir devotamente los santos Sacramentos de la Iglesia.***

Una señal inequívoca de la calidad de esta madre cristiana es que de los cinco hijos que pudo educar —además de Yzabeau y René, muertos en la cuna—, cuatro se consagraron a Dios en el claustro o en el sacerdocio. Floris, nacido en 1645, sacerdote de la diócesis de Vienne, será nombrado por el capítulo párroco arcediano de la catedral de San Mauricio, cargo que desempeñará sin descanso toda su vida. Margarita Isabel, nacida en 1648, alma tímida y ferviente admiradora de su hermano Claudio, entrará en las Salesas de Condrieu, donde, después de haber vivido con toda edificación, morirá a la edad de 86 años. José, nacido en 1651, abogado antes de hacerse discípulo del señor Olier, llegará a ser misionero austero en el Canadá, y más adelante Vicario general del segundo Obispo de Quebec, monseñor de la Croix de Saint Vallier. Alguna que otra vez nos saldrán al paso en el curso de esta historia.

Podo que hace al mayor, Humberto, padre de trece hijos, llegará — según el informe del intendente del Delfinado— a ser uno de los miembros más distinguidos del Parlamento, cuya

profunda educación cristiana se manifestará en una fe robusta y en una virtud de todos los instantes. De él se dirá que es un monje que se ha quedado en el mundo.

¿Fue el deseo de mirar más fácilmente por la educación de sus hijos el que indujo a Bertrand La Colombière a abandonar Saint Symphorien? El hecho es que en la primavera de 1650, habiendo quedado vacante una de las plazas de elegido —es decir, de oficial de finanzas— en Vienne, Bertrand la compró y vino a establecerse en esa vieja ciudad.

Capítulo II

ESCOLAR EN LYÓN

1650-1658

Aun cuando Vienne no tenía sino 8.000 habitantes, ofrecía, no obstante, para la educación de la juventud medios muy distintos de los de Saint Symphorien.

Recuerdos y vestigios de la civilización romana, el que Julio César, procónsules y numerosos emperadores hubiesen residido en ella, creaban una atmósfera intelectual favorable a la cultura latina.

Desde el punto de vista religioso, gracias a la vigilante solicitud de los arzobispos de la familia de Villars, verdadera dinastía que desde 1575 debía durar ciento veinte años, la diócesis de Vienne había escapado, casi por completo, a la herejía calvinista, hecho tanto más sorprendente cuanto que la proximidad de Valence, donde el obispo Juan de Monluc había introducido los lobos en su rebaño, hubiera podido fácilmente

corromperla. La gran catedral de San Mauricio se mantenía todavía en todo su esplendor, pues contando con cien eclesiásticos a su servicio —de los cuales veinte eran canónigos— podía explayar en la liturgia una magnificencia que Claudio no hubiera podido ni imaginar de haberse quedado en su pueblo natal. El colegio de los Jesuitas, construido en los antiguos jardines de los palacios imperiales, dominando el Ródano, ofrecía a la juventud una enseñanza completa, aun la de la Teología.

Antes de residir en la parroquia de Nuestra Señora-de la Vida Vieja — denominación que provenía, sin duda, del antiguo templo de Livia, que hacía las veces de iglesia— Bertrand La Colombiére fue durante bastante tiempo feligrés de San Andrés-le Bas, que era el santuario de una abadía benedictina que desde hacía un siglo los monjes ponían a disposición de los fieles en sustitución de la iglesia parroquial de San Pedro entre Judíos, quemada por los hugonotes. Dentro de los muros de San Andrés, durante el Concilio de Vienne (1311), Clemente V había celebrado —el primero de los
Papas— solemnemente la fiesta del Corpus Christi, acompañado de numerosos príncipes, patriarcas y prelados de todos los países, llevando él mismo en procesión el Santísimo Sacramento, delante de una muchedumbre entusiasta. ¿Es posible creer que los quince o veinte monjes de la abadía no hubiesen hablado con frecuencia de ello? Cuando el joven Claudio iba al monasterio a proseguir su instrucción religiosa —sobre todo si hizo en esta iglesia abacial su primera Comunión—, de fijo que le hablarían de ello,

sembrando así las primeras semillas de su ardiente amor a la Eucaristía.

Esta enseñanza no duró más de seis meses, pues a mediados de octubre de 1650, Claudio, de nueve años y medio de edad a la sazón, comenzaba sus clases de gramática en los Jesuitas de Lyón, no en el gran Colegio de la Trinidad, situado sobre el Ródano, sino en el pequeño Colegio de Nuestra Señora del Socorro, al pie de la colina de Fourviére.

¿Por qué alejar de la familia a un niño tan joven cuando en Vienne tenía los mismos maestros que los que encontraría en Lyón? Examinadas las disposiciones de su segundo hijo, pensaron sus padres quizás en tan temprana edad en una posible vocación clerical; y puesto que Claudio pertenecía por su nacimiento a la diócesis de Lyón, ¿por qué no hacerle instruir entre aquellos que serían un día sus hermanos en el sacerdocio? Además, como el duque de Villeroy, marqués de Saint Symphorien, era gobernador de Lyón, podía Bertrand con justa razón pensar que, dentro de algunos años, un apoyo semejante no le sería indiferente para que Claudio obtuviera un importante beneficio. También pudieron influir en esta decisión razones de parentesco.

El Colegio de Nuestra Señora del Socorro se hallaba instalado en un hotel del señor Loubat Caries, tesorero general, que era amigo y quizás estaba emparentado con la familia Coindat y había sido padrino de la madre de Claudio. Es muy

probable que Claudio se hospedó en su casa, como extemo, como lo eran entonces todos los alumnos.

Al fundar este Colegio, la señora de Gadagne no había pretendido tanto mirar por la comodidad de las familias que habitaban la orilla derecha del Saona cuanto por la seguridad de los niños. Sobre esta orilla, además de los dos puentes de madera —mejor diríamos pasarelas—, el de Bellecour y el de Saint Vincent, la ciudad no poseía entonces, de piedra, más que el puente del Cambio, llamado a menudo ***puente del Saona***, en el cual, aunque era con mucho el más importante, era tal la acumulación de carruajes y de peatones, especialmente los días de mercado, que creaba un serio peligro para la juventud.

Una tarde de enero de 1653 la circulación sobre este puente fue particularmente densa. La gente se dirigía hacia San Pablo, hacia la sala del Juego de Pelota, donde unos saltimbanquis que estaban de paso habían anunciado la representación de una comedia intitulada ***L'Etourdi.*** El jefe de la banda se llamaba Moliere.

Claudio, que cursó en Nuestra Señora del Socorro tres cursos de gramática, se distinguió muy pronto por su espíritu curioso y observador. Veinticinco años más tarde, predicando en Londres, recordará a sus oyentes la impresión que en él habían producido las palabras pronunciadas en marzo de 1653 por el Cardenal Alfonso de Richelieu, arzobispo de Lyón, en su lecho de muerte. Este, después de pasar veinte años en una

cartuja, fue propuesto por su hermano Armando, el gran ministro, para la dignidad de primado de las Galias. Ahora bien, a pesar de un fecundo y glorioso episcopado, en sus últimos momentos no había podido menos de exclamar, suspirando: ***¡Cuánto mejor me sería morir cartujo que cardenal/***

En octubre de 1653, Claudio, ya mayor, podía sin peligro atravesar el Saona para seguir los cursos en el Colegio de la Trinidad, donde pasaría cinco años, dos de ellos dedicados a la filosofía.

Por entonces el proceso de beatificación de Francisco de Sales ponía en conmoción la piedad lionesa. Hacía tres siglos que ningún francés había recibido el honor de los altares, y aun cuando el santo perteneciese al ducado de Saboya, el obispo de Ginebra, por sus relaciones y sus frecuentes estancias en París, por sus fundaciones de monasterios en suelo francés y más aún por su lengua, era considerado, con razón, como una de las glorias de Francia.

Lyón poseía además, en las Salesas de Bellecour, el aposento en que, en la casa del jardinero, el Santo había muerto como un pobre. En el mes de julio de 1653, el comisario apostólico monseñor de Passelarge, obispo de Belley, procediendo al reconocimiento del corazón del ilustre difunto, lo había encontrado en el mismo estado de conservación que en 1631. ¿Cómo no contar al joven Claudio entre los visitantes que venían allí atraídos por la fama de Francisco de Sales? Su padre,

administrador de unas cuantas fanegas de tierra de las que las Salesas eran propietarias por tierras de Saint Symphorien, venía algunas veces a Bellecour por causa de sus negocios y traía consigo a su hijo, el cual comenzó allí a sentir devoción a un santo con quien, andando el tiempo, había de tener tanto parecido.

También nos gusta imaginamos a Cluadio durante sus paseos interesándose por los trabajos emprendidos por el Consulado, precisamente en 1653, para regularizar y embellecer la plaza Bellecour y hacerla digna de llegar a ser un día la ***plaza de Luis el Grande.***

A los cuarenta días de la muerte de Alfonso de Richelieu, le sucedió en el episcopado el abad de Ainay, Camilo de Neuville. En aquella época, cuando todo iba acompañado de epigramas y de canciones, se tarareaba sobre el nuevo prelado la siguiente letrilla:

Es para él tanto mejor negocio
cuanto que se sabe que el señor su hermano,
el sabio y prudente Villeroy,
es gobernador de parte del rey.

Entre las tres mil personas que el año siguiente, el 28 de diciembre, recibieron de manos del señor Arzobispo el sacramento de la Confirmación, hay que contar, sin género de duda, a Claudio La Colombiére, pues una cifra tan alta nos hace suponer que durante varios años no se había administrado este

sacramento en la ciudad.

En el Colegio de la Trinidad el adolescente se encontró con dos religiosos que desempeñarán más tarde un papel importante en su vida. Se trata del P. Juan Papón, prefecto de las clases de literatura y director de la Congregación, que será su maestro de Novicios, y del P. Francisco de la Chaize, profesor de poética, que será su rector durante tres años y luego su Provincial, antes de ser confesor de Luis XIV.

Por lo demás, ***el Gran Colegio*** —así se le llamaba de ordinario, en contraposición al del ***Socorro***— contaba en este tiempo con una pléyade de maestros eminentes. De los dos rectores que se sucedieron en tiempo de Claudio, uno, el P. José Gibalin, era conocido por sus sabios tratados de teología moral y derecho canónico; el otro, el P. LAbbé, por sus ***Elogios sagrados y profanos*** y por sus ***Disertaciones históricas.*** Todavía se guardaba viva la memoria del P. Honorato Fabri, que años atrás había abandonado Lyón para desempeñar en Roma el cargo de teólogo de la Sagrada Penitenciaría. Autor de un curso de física en seis volúmenes y de varios tratados científicos que nunca firmó por modestia, autor sagaz que había —según se dice— enseñado antes que Harley la circulación de la sangre, teólogo profundo y agudo canonista, el P. Fabri había sido tildado de Cartesianismo por los peripatéticos, porque no condenaba todo en el ***Discurso del método*** y, sin embargo, decía él mismo: ***La filosofía de Descartes encierra muchas opiniones que considero muy falsas.*** El P. Claudio Francisco Millet de Chales, sabio

matemático, profesor de Claudio en 1657, tenía en gran estima los tratados de Fabri, especialmente los publicados sobre óptica, dióptrica y sobre la virtud magnética del imán.

El P. Teófilo Raynaud, que fue el más ilustre teólogo del Colegio de la Trinidad y cuyas obras no bajan de veinte volúmenes en folio, llegaba a los setenta años cuando La Colombiére comenzaba sus estudios de humanidades. Por el contrario, comenzaban apenas su carrera los PP. Francisco Pomey y Claudio Francisco Ménestrier. Todos estos religiosos y muchos más, entre los que no se puede olvidar al P. Pedro Viollet, profesor durante dos años de poética del joven Claudio, gozaban de tal fama que se extendían más allá de los muros de Lyón. Su enseñanza y sus trabajos hacían del Colegio una de las glorias de que se enorgullecía la ciudad. No había personaje de cierta nota, de paso en la región, que no se detuviese a visitar el Colegio. Príncipes y reyes —y aun reinas— consideraban como un honor el ser recibidos y homenajeados sin desdeñarse de respirar, en el curso de representaciones de gala, el incienso que las ciencias y las artes tenían gusto entonces de quemar en honor y halago de los grandes.

El primero de julio de 1653, al día siguiente mismo de su Consagración, Camilo de Neuville es acogido en el Colegio con un saludo seguido de un trabajo sobre las armas de los Villeroy, en el que se describía el azul del escudo como bajado del cielo cadenciosamente por cinco genios. Por ser fin de curso —mes de julio— no se hizo más; pero algunos meses más tarde el

arzobispo fue honrado con una suntuosa academia literaria sobre ***La elección y consagración de San Ambrosio.*** Drama histórico más que ficción —decía el autor—, pero cuyo tema ofrecía muchas oportunidades para explayarse en alusiones lisonjeras.

En 1656 y 1658 la vagabunda reina de Suecia, Cristina, que por su conversión al catolicismo se vio obligada a abdicar en favor de Carlos Gustavo, pasó varias veces por Lyón, y en una de ellas tuvo el capricho de verificar si era exacto lo que se decía de la maravillosa memoria del joven jesuita Claudio Ménestrier. El Rector del Colegio debió de dudar un poco antes de permitir un tal examen no previsto por la ***Ratio Studiorum.*** Pero el arzobispo y conde de Lyón, por un mandato expreso, y el cónsul, por una orden fijada en las calles de la ciudad, habían recomendado en nombre del Rey que se recibiese a la soberana con todo el honor que fuese posible. La asamblea escogió, pues, trescientas palabras, las más extraordinarias y las más raras, las cuales el joven campeón, después de haberlas escrito, se dio el placer de repetirlas, con los ojos cerrados, primero en el orden en que le habían sido dictadas, después al revés y por fin ***en cualquier modo desordenado que se las quisieron imponer.***

El 12 de diciembre de 1658 —esta vez en honor de Luis XIV en persona, entonces en todo el brillo de su juventud—, el mismo Claudio Ménestrier hace gala y ostentación de todas las riquezas de la poesía y de la erudición latinas. En presencia de la corte de Saboya, con la que en Lyón se llevan importantes negociaciones, se tuvo un ***ballet*** —el antiguo altar de Augusto en

Lyón, consagrado a Luis Augusto—, que no podía menos de favorecer el éxito de las negociaciones diplomáticas. No podemos decir que el joven rey pusiese el mismo interés en aquella proeza literaria que el Colegio le ofreció con discursos pronunciados en doce lenguas.

No han faltado quienes se han extrañado de no encontrar entre los nombres de los actores el de Claudio La Colombière. Reservado de carácter, algo tímido, el joven adolescente no poseía seguramente toda la maestría que se requiere para triunfar en tales escarceos literarios. Su fisonomía no se prestaba al relumbrón o al oropel.

Durante las vacaciones Claudio volvía a Vienne y a Saint Symphorien a respirar el aire y el cariño de la familia de la que—según su confesión— le costó tanto separarse. Un solo incidente de esos días ha llegado hasta nosotros, tan minúsculo y de tan poca importancia para una adolescencia normal, que no se pensaría en relatarlo.

Humberto, seis años mayor que él, era ya doctor en derecho, y debiendo hacer en Grenoble unas prácticas y procedimientos judiciales, escogió a su hermano Claudio como compañero de viaje. Una vez recogidos en casa de los abogados los documentos de que tenía necesidad para sus asuntos, había preparado para su muy honorable señor padre un paquete que quería hacer llegar por el camino más seguro. Voy a preparar en seguida — escribe— ***el paquete para que Claudio os lo lleve.*** Y

como en casa de su huésped Mr. Grimaud no ha encontrado más que una habitación muy incómoda, extremadamente estrecha y ruidosa, ***decide primero enviar a Claudio a dormir a Rives y de ahí a Vienne.*** Después cambia de parecer y añade en una postdata: ***He pensado que Claudio no sería capaz de ir a dormir a Rives, además de que tiene miedo a perderse.*** Rasgo sencillo que nos deja entrever algo de su temperamento tímido, pero dispuesto a servir.

Dominando las alturas de Saint Symphorien, al suroeste, se elevaba una capilla dedicada a Nuestra Señora de los Marineros, la patrona de los barqueros del Ródano, adonde Claudio, que había aprendido en la Congregación del Gran Colegio lo que vale la devoción a la Santísima
Virgen, no dejaba de acudir a rezar en compañía de su hermanita y hermanos. Con mucha más seguridad que en sus frecuentes idas de Vienne a Saint Symphorien, multiplicaría sus peregrinaciones al antiguo santuario de Nuestra Señora de Limón, donde se veneraba, al amparo de la Virgen de los Dolores, una reliquia de la verdadera Cruz. Era un alto en el camino que le servía para mantener la amistad con los trinitarios, guardianes del priorato, con algunos de los cuales le unían lazos de familia.

En el otoño de 1658 Claudio cumplía sus diecisiete años y se acercaba el tiempo en que, según la voluntad de Dios, se

había de arrancar de los dulces lazos familiares. A lo lejos oía a los niños "pidiendo pan sin que haya nadie que se lo dé"; y sonaban en sus oídos las palabras: "La mies amarillea, es abundante y los obreros pocos". Claudio temblaba a la vez de amor y de temor. Esas perspectivas eran seductoras, pero conducían al sacrificio. Más tarde dirá a una madre que no dejaba a su hijo entrar en religión que nadie tiene grande "inclinación a la cruz".

Sensible en extremo al encanto de las relaciones familiares y de la amistad, dotado para la poesía y el arte, enamorado de la armonía y aficionado a cantar, apreciaba lo suficientemente el mundo y la alegría de las libres aspiraciones satisfechas, para sentir cuánto cuesta el renunciar a ellas. Lo dirá más tarde con toda claridad: ***Tenía entonces, cuando me hice religioso, una aversión horrible a la vida que abrazaba.***

Mas Claudio no era hombre que se dejaba guiar por el sentimiento. Sus luchas íntimas de adolescente le habían dado a entender que la verdadera felicidad consiste en entregarse a Dios por amor:

Jesucristo ha prometido el ciento por uno —escribirá más adelante— y yo puedo decir que nunca he hecho nada sin que haya recibido, no cien veces, sino mil veces más de lo que yo había dejado... ¡Oh Israel, si supieses cuán bueno es tu Dios y cuán liberal! Lo es para con sus enemigos, pero para con aquellos que le sirven tiene profusiones, ternuras y cariños tan dulces que

no se pueden decir, que no se pueden callar y que apenas se pueden soportar.

Estas dulzuras no las sintió de momento, sino que dijo adiós a sus padres con toda la austeridad del sacrificio. Claudio no volvería a visitar Saint Symphorien sino veinte años más tarde y precisamente para sufrir allí.

Hacia mediados de octubre se embarcaba con dirección a Aviñón; el 25, en compañía de Juan Lagaste, natural de Condrieu, con quien seguramente había hecho el viaje, se presentaba en el Noviciado de los Jesuítas.

Capítulo III

JUVENTUD RELIGIOSA EN AVIÑÓN

1658-1666

Cuando Claudio La Colombière entró en el Noviciado, hacía un siglo que los jesuítas se habían establecido en Aviñón. Ya en 1555, viviendo todavía San Ignacio, los PP. Ponce Cogordan y Julio Onfroy, traídos de Roma por el legado pontificio Alejandro Famesio, habían residido en la ciudad algunos días. Diez años más tarde los cónsules de la ciudad ponían a disposición del P. Antonio Posevino, para que fundase un colegio cerca de Saint Didier, el antiguo palacio del Cardenal de la Motte, posesión entonces de los Brancas, santificado dos siglos atrás por Catalina de Siena, cuando esta intrépida mujer vino a urgir al Papa el retomo a Roma. En él había hallado hospitalidad y en su capilla había orado largamente.

No obstante las protestas de los calvinistas que llegaron incluso a la sublevación, el desarrollo del colegio fue rápido, pues al cabo de veinte años contaba con setecientos alumnos y con más

de mil seiscientos a principios del siglo XVII. Sin la buena voluntad y complacencia de los religiosos que abrieron de par en par las puertas de su iglesia, no se hubiera podido, los domingos y días de fiesta, reunir para los oficios divinos tanta muchedumbre en un solo recinto. Felizmente, entre los novicios que se presentaron en Aviñón hacia 1590 figuraba un joven arquitecto lleno de talento, llamado Esteban Martellange, que rápido en la concepción ejecutó diversos planos para agrandar eventualmente el colegio y posteriormente aprovechó sus rápidas estancias en la ciudad para trazar los primeros planos de la iglesia, que, levantada por un arquitecto local, un tal La Valfeniére, no estuvo terminado hasta 1655, tres años antes de la llegada de Claudio al Noviciado.

No fue, sin embargo, en el Colegio donde habitó primeramente La Colombière. Muy pronto se echó de ver que, a causa del ruido y barullo de los estudiantes, el palacio de la Motte era impropio para un Noviciado, por lo que gracias a la generosidad de la muy noble dama de Ancezune, viuda del marqués de Saint Chaumon, los jesuitas adquirieron en 1590, en la parte meridional de la ciudad, dos cercados contiguos donde construyeron su Noviciado, el primero de la Orden en Francia. El conjunto imponía y era muy propio para la soledad. Delante del edificio central, un gran patio plantado de olmos jóvenes y rodeado de claustros lo protegía de la calle; por detrás, vastos jardines se extendían hasta las murallas.

La capilla, acabada en 1611, está hoy como entonces; y al

igual que la de San Andrés del Quirinal, el más antiguo noviciado de los jesuitas en Roma, tiene la forma de cruz griega y está rematada por una cúpula. En el centro se hallaba un altar dedicado a San Luis.

En esta casa pasó Claudio dos años bajo la dirección del P. Juan Papón, actual Padre Maestro, a quien ya conocía por haberlo tenido de Prefecto de estudios en el Colegio de la Trinidad.

Sus treinta y dos compañeros de noviciado eran oriundos todos del este y del sureste de Francia, entre Besançon y Marsella. Diez procedían de Borgoña y Franco Condado, nueve de Provenza, dos de Saboya, los otros del centro, de Lyón y del Delfinado; proporción que más o menos reinaba entre todos los jesuitas que por entonces componían la Provincia de Lyón.

Por muy cerrado que estuviese el Noviciado a los ruidos y acontecimientos mundanos, no pudo pasar inadvertido para sus moradores el viaje triunfal que por el sur de Francia hizo Luis XVI a principios de 1660. El rey, que se había dirigido a los Pirineos a fin de contraer matrimonio con María Teresa, se detuvo cerca de quince días en Aviñón, donde pasó la Semana Santa, asistiendo a los Oficios en los diversos monasterios y lavando los pies el Jueves Santo a trece pobres en la iglesia metropolitana. El día de Pascua, en la iglesia de los Cordeleros, después de haber comulgado, imponía las manos a ochocientos enfermos y al día siguiente oía devotamente la misa en el Noviciado de San Luis. Como recuerdo de su paso y queriendo

honrar una iglesia dedicada a un rey de Francia, su antepasado, regaló una corona de oro fino para que sirviese de diadema al tabernáculo. Todos estos actos de piedad los conoció, sin duda, Claudio.

¿Qué más? ¿Presentó el P. Juan Papón su joven comunidad a Luis XIV? Algunos así lo han pensado y aun añadido que el duque de Villeroy, que formaba parte, junto con Mazarino y Colbert, del séquito regio, se entretuvo unos breves instantes con Claudio. Si tenemos en cuenta las relaciones que como marqués de Saint Symphorien tenía con la familia de La Colombiére, el hecho no es imposible en sí...; mas, en realidad de verdad, ¡ qué importa!

Más que esos nimios detalles, nos agradaría poseer algunas notas espirituales relacionadas con los sentimientos íntimos del adolescente en los comienzos de su vida religiosa, y no poseemos nada. No obstante, para suplir esa laguna no tenemos que echar mano de conjeturas, pues no es pecar de temerario, sabiendo sus sentimientos al entrar en el Noviciado, poner en sus labios de novicio el comentario que, andando el tiempo, hará sobre una palabra de los Salmos:

Señor, Yo me había representado vuestra ley como una ley dura, como yugo insoportable para nuestra debilidad, yo habla creído que el comprometerse a una exacta observancia de todos vuestros preceptos era poco menos que echarse grilletes a los pies y esposas en las manos, condenándose de esta suerte a una tortura sin fin, Sin embargo, tengo experiencia de todo lo contrario;

tengo conciencia de que tus mandamientos son muy suaves y ligeros.

Las afirmaciones siguientes, ¿no nos están revelando su experiencia de los primeros días?

Dios Nuestro Señor, que quiere que nos demos a Él por el motivo de un amor puro y sincero, sustrae del conocimiento de los hombres del mundo lo que hace en favor de sus escogidos muy amados. Ha sembrado de espinas los caminos de la piedad, a la que ha querido que se llegue por un camino rudo y estrecho. Con todo, es del todo cierto que no hay pasos difíciles más que al principio, pues luego el camino se ensancha y se camina por él con menos trabajo y más libertad que por la vía ancha que lleva a la perdición.

La vida del joven religioso hasta el final de su existencia será una vida interior mezclada de pruebas y alegrías, de períodos alternantes de pura y desnuda fe y de amor desbordante de luz.

Testigo de la acción de la gracia en el alma de Claudio, el P. Juan Papen cifraba en él las mayores esperanzas a juzgar por lo que el año 1660 escribía al P. General Goswino Nickel, dándole cuenta del estado del Noviciado. Hablando de nuestro biografiado, escribe: ***Tiene grandes talentos, juicio poco común, una prudencia consumada. Su experiencia es bastante grande. Por lo que hace a los estudios los ha comenzado bien. Lo creo apto a toda clase de ministerios.*** Después de haber dado a entender que era de complexión delicada, queriendo caracterizar

el exterior y el temperamento de su novicio, no emplea más que esta sola palabra: suave.

En 1660, poco antes de la fiesta de San Lucas, fecha habitual en que daban comienzo los cursos, Claudio fue enviado al colegio a cursar el tercer año de filosofía, condición absolutamente indispensable, como lo acababa de recordar el P. Goswino Nickel, para poder enseñar en los colegios. Allí, el 20 de octubre pronunció sus primeros votos, preludio de aquellos compromisos interiores, cada vez más numerosos, que luego le veremos contraer, como otros tantos lazos de amor. En ese colegio Claudio pasará seis años, divididos en dos etapas: como estudiante de filosofía la una y como profesor la otra.

Desde los tiempos del P. Posevino, el centro de cultura confiado a los jesuítas en el hotel de la Motte había ensanchado sus muros. En un comienzo la carencia de recursos había sido obstáculo a la realización de los planes de Marellange. Acosados por la necesidad, los Padres se habían visto obligados a echar mano de unas casas existentes en la vecindad que fueron, bien o mal, adaptadas a las necesidades de las clases y unidas entre sí por ingeniosos pasadizos. Más adelante, terminadas ya las guerras de religión, después de 1632, cuando los habitantes de Aviñón pudieron sentirse más generosos, los rectores trataron de armonizar este dédalo con pórticos y galerías más propias para

cubrir las apariencias que otra cosa. De todo ello resultaron dos cuerpos de edificio separados por una calle. Por la parte oriental, encuadrando en parte la capilla, única masa arquitectónica del conjunto, construcciones informes servían de alojamiento a los religiosos; por el poniente y el mediodía, como radiando del viejo hotel de la Motte, una construcción más importante comprendía los patios y los locales escolares. El puente cubierto que todavía puede verse hoy y que unía los dos lotes en que se dividía el colegio no se construirá hasta 1674.

Este conjunto, un poco anárquico, de edificaciones no era obstáculo para que la ciudad de Aviñón se sintiese orgullosa de su Colegio. Uno de sus cronistas escribe: ***Por sus rentas, por la extensión y belleza de sus edificios, se cuenta como uno de los buenos colegios que la Compañía de Jesús posee en Francia.***

Doce jesuítas debían en 1660 seguir con los escolares externos los cursos de filosofía: cinco estudiaban especialmente la lógica, siete la metafísica, entre ellos Claudio, cuya aplicación fue coronada de éxito, de suerte que sus superiores pudieron dar de él este juicio: ***egregio en filosofía.***

Durante este año acaecieron dos muertes emocionantes por diversos conceptos. El 28 de julio moría en el colegio el P. Pablo de Barry, que como escritor y predicador había realizado una brillante carrera. Al recibir el santo Viático y la Extremaunción, se le oyó repetir una y otra vez: ***Oh, la gracia de las gracias, morir en la Compañía de Jesús.*** Quizás también por su palabra, más ciertamente por sus obras, el P. Barry influyó en

La Colombiére. Ardiente entusiasta del Corazón de María y deseoso de darlo a conocer —San Juan Eudes lo cuenta entre los doce apóstoles de esta devoción—, predispuso el alma de Claudio a la inteligencia del Corazón de Jesús. Por otra parte, cuando en 1626 el P. Barry predicaba y evangelizaba en Paray-le-Monial, suscitó en varias personas el ansia de la vida religiosa, para satisfacer la cual había hecho venir a la ciudad a las Hijas de la Visitación, preparando así, sin saberlo, el monasterio al que Jesucristo vendría un día a revelar a Santa Margarita y al P. La Colombiére los tesoros de su Sagrado Corazón.

Poco tiempo después de la muerte del P. Barry se extinguía en Saint Symphorien la madre de Claudio. Una nota de Bertrand La Colombiére, su esposo, dice: ***El tercer día de agosto murió mi buena esposa en nuestra casa de Saint Symphorien y fue enterrada en la iglesia, detrás del altar de San Crispín. Dios se digne recibirla en su paraíso, adonde creo que irá mediante su gracia, pues ha sufrido mucho.*** De la señora Margarita Coinat sus contemporáneos no nos dicen nada, pues ni las cartas de Claudio, ni las noticias biográficas de sus hermanos o de su hermana, nos dan detalles sobre la madre de la familia; muy de lamentar es tal omisión, porque ¡cuántas veces en el alma de una madre se trasluce el alma de un santo! Un Juan Bosco, por ejemplo, ¿no está como prefigurado por las piadosas y firmes ternuras de ***mamá Margarita?*** Aquí es al contrario: por el alma fuerte y delicada de Claudio podemos sospechar de qué temple era la de Margarita Coinat.

¿Asistió Claudio a los últimos momentos de su madre? Un antiguo biógrafo, el P. Séguin, lo afirma, y al narrar la suprema entrevista pone en labios de la moribunda señora La Colombiére estas palabras: Hijo mío, tú serás un santo religioso. Pero no dice de dónde saca este relato, al que nada favorece el silencio que sobre el particular observa Bertrand La Colombiére en la nota que hemos transcrito más arriba.

Los maestros de Claudio habían afirmado de él que era "eminente en filosofía" y, sin embargo, al comienzo del curso de 1661 fue nombrado "regente" o profesor de la más humilde de las clases de gramática, la de sexta; puesto modesto y para un principiante muy en consonancia con el espíritu de la ***Ratio Studiorum.*** Proseguía la vida oculta, necesaria para la formación lenta de aquel a quien Jesús quería hacer su "fiel siervo y perfecto amigo".

Durante cinco años el profesor subirá de una clase a otra con sus alumnos y los conducirá hasta las "Humanidades".

Desde esta época, la facilidad del joven religioso para los estudios fue notable y no se dejó absorber de tal forma por los trabajos del profesorado que no encontrase tiempo para otros estudios. Las finas observaciones y los conocimientos de que pronto dará muestras en sus predicaciones dan buena prueba, a la vez, de su mirada aguda y penetrante sobre la sociedad de su tiempo y de sus vastas lecturas.

Sus talentos fueron a veces empleados fuera de las clases,

así por ejemplo en 1665 tuvo el discurso inaugural con que por San Lucas daban comienzo las clases; acontecimiento que hoy consideramos como algo banal, pero que en el siglo XVII se contaba entre los fastos de un colegio.

Las circunstancias políticas eran por entonces en Aviñón muy delicadas. Tres años antes, en Roma, la guardia corsa, provocada por algunos franceses, había gravemente ultrajado al embajador de Francia, el duque de Créqui. Durante dieciocho meses Luis XIV había ocupado el Condado Veneciano y multiplicado sus esfuerzos a fin de obtener por vía diplomática de Alejandro VII las más completas y humillantes excusas. En todo este período de efervescencia, cuántas veces hubo que oír, en la ciudad dominada por el Castillo de los Papas, el grito —muy querido y, sin embargo, sedicioso— de ***¡viva el Rey!*** Qué ganas también de responder ***/viva el Papa/*** Mas había que callarse. Era un conflicto entre dos fidelidades, un desgarramiento doloroso para muchos corazones.

Cuando por fin fue firmado el acuerdo entre Roma y Versalles, y el Condado fue devuelto al Soberano Pontífice, la malaventurada dureza del gobernador italiano Colonna excitó la cólera de los aviñonenses. Los soldados de Luis XIV se presentaron de nuevo en la ciudad, mas esta vez para sostener la autoridad de Alejandro VIL Ante las lanzas y los mosqueteros, la fogosidad de los meridionales se calmó.

Fácilmente se adivina cuánta prudencia se imponía a los

jesuítas en tales coyunturas. En este fin de octubre de 1665, cuando todavía persistían en la opinión pública tantas pasiones, ¿cuál iba a ser el discurso del joven orador? No faltaron, ciertamente, quienes maliciosamente estuvieron al acecho. La menor torpeza podía ser funesta, y no obstante de tener que hablar, La Colombiére no podía resignarse a hablar sin decir nada.

En estas aparatosas y solemnes sesiones en las que el espíritu se deleitaba en trasponer el presente para complacerse en el pasado o sencillamente en las ideas puras, el candidato escogía de buen grado como tema de su oración un elogio; el panegírico de un personaje de la historia o mejor aún de un personaje abstracto —elogio del soldado, del magistrado, del poeta, del orador, del analista—que daba margen a alusiones aduladoras a los personajes de carne y hueso, presentes entre los asistentes. Mas ¿cómo arriesgarse con tales panegíricos después de unos acontecimientos tan turbios en los que jefes militares y políticos, lo mismo que escritores habían caído en desgracia, sujetos a la venganza pública?

Claudio tomó su decisión: Pronunciaría el elogio del panegirista en sí mismo:

Así como en los juegos olímpicos, el heraldo, después de haber otorgado a los vencedores las coronas y los elogios, recibía él a su vez de otro heraldo, los elogios y las palmas a que se había hecho acreedor, así yo he creído un deber el levantarme —muy

insuficiente, por desgracia, para mi cometido—, panegirista del panegirista, deseando que después de haber distribuido los elogios, no me vea reducido a la necesidad de alejarme sin haber recibido yo también mi parte de los laureles.

Todo ello no fue, sin embargo, un puro juego literario, pues La Colombiére aprovechó la materia de su disertación para prevenir a su auditorio contra la detracción y pecados de la lengua, lección siempre necesaria, pero más en ambientes de discordia, donde fatalmente se convierte en realidad aquel axioma: ***el hombre es lobo para el hombre.***

Dudo que haya una tendencia natural más vergonzosa que la pasión de la murmuración, la cual se atreve con las virtudes más auténticas y halla en todas partes —o se imagina halla, dónde hincar su venenoso diente. Ningún vicio ha infectado más al género humano como el pretender acrecentar el propio mérito con lo que arrancamos al del prójimo y el de creer que crecemos ante la opinión del mundo, no sólo por nuestro mérito, sino también por las quiebras del de los demás.

El panegirista, por el contrario: ***¿A quién tributó jamás alabanzas sin que por el mero hecho le haya otorgado la eternidad?... ¿Qué sería de Aquiles sin Hornero?***

Sabiendo cuán sensible era Claudio a la alabanza y cuánto se reprochó más tarde asimismo su tendencia a la vanagloria, que él llamaba su pasión dominante, podemos pensar que en las líneas siguientes nos ha dejado entrever un rincón de su

alma:

La esperanza de los elogios dio siempre bríos al valor. Del mismo Demóstenes, que tantas preocupaciones tuvo por su patria y que tanto trabajó por ella, ¿podemos siquiera dudar que lo hizo empujado por la ambición de la gloria, él, que, habiendo sorprendido en una conversación a humildes mujeres del pueblo algunas frases en su alabanza, atestiguaba que con ellas estaban suficientemente pagados todos sus inmensos servicios prestados a la República? ¿Qué no hubiera hecho o dicho a fin de obtener una alabanza de su rival en elocuencia, Esquines, de un Hispérides o de un Isócrates?

Por esta misma época en que el joven orador tenía este discurso, sus superiores notaron que en él se había operado como una evolución: cosa normal por otra parte después de cinco años que hacía que había salido del noviciado. Evolución, mas ¿en qué sentido? Si hemos de juzgar por la apreciación transmitida a Roma el año 1665 por el P. Provincial, Claudio, en conjunto, había bajado bastante. Sus talentos ya no se reputan excelentes, sino simplemente ***buenos',*** su juicio ya no es extraordinario, sino ***mediano***; su prudencia, también ***mediana***; tiene ***muy poca experiencia***; sus progresos en los estudios son calificados de ***comunes*** y su temperamento más bien como ***muelle.*** Un tal descenso no puede atribuirse a una depresión física, ya que sus fuerzas, en otro tiempo débiles, son ahora declaradas ***buenas.*** Por otra parte, se le juzga apto para la enseñanza y la predicación.

Un tal veredicto no proviene ciertamente de un panegirista. Sin meternos a discutirlo, hemos de decir con todo que existe un punto en el que se nos antoja demasiado severo. En efecto, si los talentos del profesor y sus progresos hubiesen sido nada más que medianos, ¿cómo explicar que su Rector lo escogiese al año siguiente, entre todos los religiosos del Colegio, con preferencia incluso a los sacerdotes, para una predicación solemne, de aparato, en una circunstancia en la que el buen nombre de los jesuitas y la glorificación de un ilustre santo se hallaban comprometidos?

En 1666, en efecto, festejaba Aviñón con un octavario solemne, celebrado en los monasterios de la Visitación, la canonización de San
Francisco de Sales. En presencia del Arzobispo y de los principales magistrados de la ciudad, los más ilustres de entre los oradores de la región y de entre los sabios doctores en teología fueron invitados a cantar las glorias del nuevo santo. En la capilla del primer monasterio, resplandeciente de luz y de flores, dejaron oír su voz sucesivamente el archidiácono y gran vicario de Orange, el prior de los Carmelitas, un "definidor" de los Recoletos, el Provincial de los Agustinos, el "corrector" de los Mínimos de Arlés y dos famosos predicadores de la Compañía de Jesús, los PP. Antonio Billet y Mayre. Asociar en este octavario, con esos maestros de la elocuencia y palabra sagradas, a un religioso de veinticinco años que todavía no era sacerdote, parecía una temeridad. Y, sin embargo, tal fue la decisión del P.

Guillermo Chabrand, rector del Colegio. El resultado no defraudó las esperanzas, pues en una relación minuciosa que de esas solemnidades nos ha dejado Mr. Giffon se lee: ***El sábado después de vísperas, el R. P. La Colombière hizo un precioso discurso a gloria del Santo, tomando por texto las palabras del enigma de Sansón: del fuerte salió la dulzura. La perfección con que está escrito este panegírico merecería ciertamente una alabanza particular u otro panegírico; y ciertamente el no poder yo hacer ver aquí después de tanto tiempo la traza y disposición del discurso es privar al lector de una gran satisfacción.***

Es que cuando el señor Giffon se decidió a comunicar al público sus recuerdos hacía ya varios meses que Claudio había salido de Aviñón.

A falta del texto del discurso, nos contentaremos con dar algunos detalles relacionados más bien con el marco exterior en que fue pronunciado. ***A fin de ayudar a la devoción de los que no pudieron entrar dentro de la capilla de las Salesas, se había levantado un vasto pórtico de follaje que avanzaba sobre la plaza —hoy de la Pignotte— unos veinte pasos. En lo alto —nos cuenta un cronista— se elevaba un corazón inflamado, de extraordinaria altura y sostenido por ángeles de tamaño natural con esta inscripción:*** *LUCENS ETARDENS,* ***el cual, al arder el último día del octavario en medio de oriflamas de fuego, serpentinas, tracas, petardos y cosas semejantes, causó la admiración de toda la ciudad.***

El cronista parece ignorar que ese corazón inflamado representaba las armas del santo doctor, aquel que cincuenta años antes escribiera a Santa Juana de Chantal: ***Realmente que nuestra pequeña Congregación es obra de los Corazones de Jesús y de María; el Salvador moribundo nos ha engendrado por la apertura de su Sagrado Corazón.***

De esta suerte, la primera vez que el P. La Colombière, futuro apóstol del Sagrado Corazón, toma la palabra en público en una circunstancia solemne, por encima de los auditores y simbolizando las gracias de amor divino que quería derramar sobre ellos, presidía el Corazón de Jesús.

Hs Hs *

Claudio terminaba su quinto año de magisterio, período superior al término medio impuesto por entonces a los jóvenes estudiantes de la Compañía, antes de comenzar sus estudios de teología. Desde Roma, el P. General, que no se había dejado influenciar por los poco favorables informes recibidos el año anterior, tenía puesta su mirada sobre él. Ya por la primavera escribía al P. Juan Platiére, Provincial de Lyón:

Antes de que comience usted a preocuparse de los cambios del curso que viene, quiero prevenirle que no debe tomar ninguna decisión sobre el maestrillo Claudio Colombière, profesor de humanidades en el colegio de Aviñón, porque me reservo el disponer yo mismo de él fuera de la Provincia de Lyón.

Dos meses más tarde, una nueva carta precisaba más la intención del Padre Pablo Oliva. Un jesuíta, originario de la Provenza, Esteban Chavary, que entonces terminaba su tercera probación en Roma, debía, a no tardar, ir a París. El P. General tenía sumo empeño en manifestar su gratitud a los padres de este jesuíta que se habían mostrado en Arles especialmente devotos de la Compañía. Por otra parte, conocedor de los lazos de parentesco que unían a las dos familias, a la de Chavary y a la de La Colombière, había decidido que hiciesen los dos juntos el viaje a la capital:

...A fin de esta semana —escribía el 18 de mayo de 1666— el P. Esteban Chavary saldrá de Roma, para ir por orden mía a París. Deseo que le señaléis por compañero de viaje al maestro Claudio Colombière, quien cursará en aquella ciudad sus estudios de teología. Os lo prevengo con anticipación para que señaléis quién le pueda sustituir en su clase. Es necesario que el P. Chavary, que no hará más que pasar por Aviñón, no sufra ningún retraso y que su compañero no deje de estar dispuesto a partir por falta de previsión... Además, el P. Chavary tiene necesidad, antes de ir a París, de pasar cierto tiempo en Arlés y desea que el dicho maestro Claudio le acompañe en este viaje, cosa que le he concedido y así me complazco en daros a conocer este permiso.

Sin pérdida de tiempo, el P. Platiére cursó la orden al P. Rector de Aviñón, a fin de que un teólogo del colegio, apenas terminados sus exámenes, supliese, en lo que quedaba de curso, en las clases al P. La Colombiére. Mas una costumbre que el

mismo P. Provincial acababa de recordar a los suyos establecía que nadie podía pasar los exámenes de teología antes de finales de agosto. Por todo ello, cuando el P. Chavary se presentó a fines de junio en Aviñón, se halló con que Claudio seguía desempeñando su cátedra, razón por la cual no pudo efectuarse el viaje a Arlés y los padres del P. Esteban se vieron privados del consuelo de ver a su hijo en el tiempo establecido.

El P. Oliva, sabedor como ninguno de la deuda de gratitud que la Compañía había contraído con la familia Chavary, se sintió muy "molesto" por esa incomprensión y se quejó con cierta viveza. Por lo que hace a Claudio, que había, como de ordinario, seguido desempeñando su oscura labor, recibió por el mismo correo un billetito del P. General que decía:

La carta expresándome su gratitud ha llegado a mis manos y me ha agradado mucho. En cuanto a mí, me ha sido tanto más agradable el serle útil cuanto en el pasado se ha hecho usted digno de esta gracia y confío en que lo sea siempre en el porvenir.

En la pluma de un hombre tan poco dado a los elogios y a los cumplimientos, este testimonio no carece de valor. Por otra parte, en la abundante correspondencia del P. Oliva no encontramos ninguna otra carta a Claudio La Colombiére, el cual, cada vez más, será el hombre rodeado de silencio que no habla—y de quien no se habla— sino poco y en voz baja.

Capítulo IV

ESTUDIOS DE TEOLOGÍA EN PARÍS

1666-1670

Al enviar a París a Claudio La Colombiére, el P. Oliva tenía conciencia de serle útil.

El gran colegio que los jesuítas dirigían en la capital en pleno barrio latino, entre la Sorbona y Santa Bárbara, era no tan sólo un centro de poderosa influencia, sino también un puesto de observación de primer orden para estudiar el movimiento intelectual y religioso de aquel tiempo.

Llamado Colegio de Clermont en honor de Guillermo du Prat, obispo de esta ciudad, que lo había fundado en 1560, instalado primero en su palacio de la calle de la Harpe, se vio precisado a trasladarse a la ***Court de Langres*** para tener más holgura. A pesar de las mil vicisitudes por las que hubo de pasar, debidas en parte a los celos de la Universidad, a menudo amenazado de cierre, suprimido de hecho de 1597 a 1618, atacado sin tregua, a ocultas por los protestantes, a cara

descubierta por los jansenistas, este colegio, que gozó siempre de la protección oficial de los reyes, debió ser fundado oficialmente una segunda vez por Luis XIV y recibir en 1682 el título de ***Luis el Grande.***

De los cien establecimientos de educación que los jesuítas dirigían bajo el antiguo régimen, éste fue sin duda el más célebre. Con frecuencia su acción fue decisiva sobre la nobleza y la burguesía de aquel tiempo.

A fin de asegurar esta influencia, los superiores seleccionaban con mucho esmero los profesores. Dentro de sus muros, entre otros, habían enseñado Maldonado, Frontón du Duc, Sirmon y Petavio. Como profesores, sobre todo de retórica, filosofía y teología —declara un autor moderno—, se ponían los escogidos de entre los escogidos, pues entonces París daba el tono a todo el reino. Fuera de París —decía en 1612 el abogado de la Universidad, Pedro de la Marteliére— ***la gente está poco civilizada... Es el cerebro del cuerpo del Estado.*** El colegio debía tener esto en cuenta y, en consecuencia —declara el mismo autor—, los jesuítas se veían constreñidos a mantener en París a los sujetos más hábiles para ponerlos en el mostrador.

El P. General quería que La Colombière se beneficiase de ese grupo selecto de profesores.

Qué influencia ejercieron tales profesores en el joven estudiante es lo que desearíamos conocer, dado que el período de formación que comenzaba era el más importante entre todos, pues le preparaba inmediatamente al sacerdocio. Sin embargo no

subsiste ningún testimonio directo. Mas conociendo el lugar preeminente que entonces se otorgaba a la enseñanza oral, podemos conjeturar lo que La Colombière debió a sus profesores. El mismo escribirá más tarde: ***Por lo que hace a la teología le diré que si tuviese que estudiarla de nuevo querría meditar el doble. Sólo por la meditación se profundiza en las cosas y se conoce lo fuerte y lo débil de las opiniones.***

Las obras publicadas por los maestros del colegio de Clermont nos dan a entender que en los cursos que explicaban no soslayaban la actualidad más candente de su tiempo.

El Rector del Colegio, P. Esteban de Champs, ***martillo de los jansenistas***, se había hecho célebre por su tesis de doctorado, en la que mostraba que Jansenio, en la cuestión del libre arbitrio, no discrepaba de Lutero y Calvino. Este estudio dio la pauta en 1654 a una de las obras más sólidas de esta época sobre las doctrinas temerarias del obispo de Yprés: ***L'hérésie janséniste justement condamnée par le siège Apostolique.*** Al P. de Champs, que fue dos veces Provincial, una de ellas en Lyon, le encontraremos más adelante.

De entre los profesores de teología de La Colombière, uno de ellos, el Padre Guillermo Ayrult, futuro Provincial de Francia, escribió un trabajo sobre el jansenismo: ***Recueil de plusieurs pièces pour la défense de la morale et de la grâce de Jésus-Christ.*** Otro, el P. Juan Garnier, se había también circunscrito en sus investigaciones dogmáticas e históricas al

estudio del problema de la gracia. Por su edición de las obras de Marius Mercator sobre las herejías de Pelagio y Nestorio, y más aún por las sabias elucubraciones que la acompañan sobre las evoluciones del pelagianismo, se eleva casi tan alto como Petavio y Sirmond. Su colega el P. Bernardino de Bragelogne escribió menos, mas ya sabemos que no es el número de líneas que escribe un maestro lo que nos da la medida de su valer y de su influencia.

En cuanto al profesor de Sagrada Escritura no era otro que el ilustre humanista Francisco Yavasseur, discípulo predilecto de Petavio. Más conocido en la historia de las letras por sus odas y sus epigramas, con todo fue uno de los primeros en poner en guardia a la opinión cristiana contra Jansenio con una obra que publicó en 1650; también dio a la imprenta un comentario sobre el profeta Oseas. Sus explicaciones del texto sagrado, no menos literales que literarias y sólidamente basadas en el conocimiento de la antigüedad, de los Padres y de los Concilios, debieron de agradar sobre manera al espíritu fino y curioso de su alumno, y no hay temeridad en atribuir, en cierto sentido, a este maestro las riquezas patrísticas y escrituristas que más tarde descollarán en la predicación de La Colombiére.

Como en otro tiempo los errores de Manes o de Arrio y como sucederá a principio del siglo XX con las teorías modernistas, era natural que recién publicadas las ***Provinciales***, el jansenismo, con sus ideas insinuosas y tenaces, retuviese la atención de los maestros de teología, quienes en sus prelecciones sobre el libre arbitrio, la concupiscencia, la gracia, la Eucaristía,

la predestinación, rectificaban sus falsedades. Gran ventaja para el futuro apóstol de la devoción al Sagrado Corazón. Ante el espectáculo de una doctrina que restringía tan dolorosamente el amor de Dios y daba a entender que Jesucristo no había muerto por todos los hombres, se sentiría mejor dispuesto a comprender la oportunidad de revelaciones que debían confirmar con tal insistencia la ternura y la universalidad de este amor.

Por lo demás, una fuerte corriente de optimismo tendía a prevalecer desde hacía un siglo en los teólogos de la Compañía de Jesús, los cuales, como atestigua San Francisco de Sales, por oposición al jansenismo, habían mitigado algún tanto las rigideces de algunas tesis sobre la impotencia del hombre caído y ponían más de relieve los aspectos más suaves, dulces y consoladores del dogma católico. Ciertamente, el temor de los juicios de Dios no era excluido de sus cátedras, como ni tampoco las condiciones requeridas para la penitencia o los comentarios rigoristas de ciertos doctores sobre las palabras de Jesús: "muchos son los llamados y pocos los escogidos": pero parece incontestable que toda esta enseñanza iba a producir una teología más precisada la misericordia divina y a crear una actitud de espíritu obstinadamente vuelta hacia la confianza. Mediante sus tratados dogmáticos o ascéticos, aun antes de que Port Royal hubiese inducido a disminuir el uso de los Sacramentos, los jesuítas habían hecho muy fácil a los pobres pecadores —Pascal decía que demasiado— el acceso al confesonario y a la Sagrada Mesa. En el curso de las apasionadas controversias ya pasadas, en

las que sobresale el nombre del doctor de la
Iglesia San Roberto Belarmino, habían, con los argumentos más seguros sacados de la enseñanza tradicional, facilitado singularmente la predicación de la bondad divina, ofreciendo a todos los hijos pródigos su misericordioso perdón. Con ello esta teología abría de par en par la puerta a conclusiones sobre el amor de Dios que no estaban todavía plenamente expresadas.

Semejante base doctrinal será para La Colombière de gran utilidad; y cuando se le consulte sobre las primeras revelaciones todavía misteriosas de Paray-le-Monial, necesitará ciertamente, antes de pronunciarse, de una asistencia particular del Espíritu Santo; pero antes habrá tenido que juzgar de su contenido como doctor. No podía bastar el que esas revelaciones le pareciesen concordar con las aspiraciones secretas de su corazón, ni encuadrar maravillosamente en lo que él creía exigido por su tiempo para combatir el jansenismo; era preciso primero asegurarse de su ortodoxia, lo que le será fácil gracias a la enseñanza recibida en el Colegio de Clermont. Conocerá sin dificultad y podrá certificar que esas revelaciones, por extraordinarias que fuesen, lejos de oponerse a las doctrinas fundamentales del cristianismo, constituían por el contrario su más armoniosa coronación.

En cuanto a las doctrinas cartesianas que comenzaban a insinuarse en ciertas universidades o colegios, sería vano el querer determinar si La Colombière sintió su influencia. Antiguo alumno de los jesuítas en el colegio de La Fleche, Descartes,

imaginándose que la Compañía sola podía más que todo el resto del mundo para hacer valer o despreciar su filosofía, solicitó reiteradamente su favor. Si es que hubo en el Colegio de Clermont, por simpatía, tímidos ensayos de cartesianismo antes de 1666, los debió hacer desaparecer el decreto romano del índice que condenaba, precisamente el 20 de noviembre de ese año, varias obras del filósofo ***doñee corrigantur.*** El P. Gastón Parlies, corresponsal y amigo de Newton, publicó, sí, un ***Discours de la connaisance des betes*** que le hizo pasar a los ojos de algunos por favorable a Descartes; pero hay que tener en cuenta que la obra es de 1672, y por los tiempos del P. La Colombière el dicho Padre no enseñaba en París. Para hallar en el Colegio de Clermont, convertido en Colegio Luis el Grande, una verdadera enseñanza de cartesianismo — coloreado además con ciertas opiniones de Malebranche— hay que esperar, hasta principios del siglo XVIII, el fugaz paso por el colegio del testarudo Bretón Yves Marie André.

Hs Hs *

En torno a los profesores, otros religiosos, llamados en los catálogos "Scriptores", contribuían a aumentar con sus obras el prestigio y la notoriedad del colegio. ¿Quién se atrevería a afirmar que no ejercieron influencia sobre La Colombiére? No pudieron menos de interesarle entre todos el P. Nicolás Talón con su ***Historia Sagrada***, en cuatro volúmenes, y sus numerosos trabajos sobre ***El Beato Francisco de Sales.*** Menos aún le fúe indiferente el P. Santiago de Machault, bien por sus pláticas de

comunidad que le imponía su cargo de P. Espiritual, bien por razón de sus estudios sobre los jesuítas misioneros. Escribió, en efecto, varias relaciones sobre los progresos de la religión cristiana en el Paraguay, Japón, China, Malabar, Ceylán, Maduré e Indias orientales.

Junto a ellos, el P. Felipe Labbe, apellidado ***el Infatigable***, multiplicaba sus obras de erudición y había empezado en 1661 su famosa ***Synopse des conciles généraux, nationaux etprovinciaux,*** enciclopedia en la que habían colaborado dos antiguos profesores de retórica del colegio: Felipe Briet, autor, por su parte, de siete tomos sobre los ***Annales du monde ou Histoire. Universelle,*** y Gabriel Cossart, que anteriormente había compuesto numerosos discursos y tragedias. Bajo el mismo techo, el P. Santiago Grandamy coronaba su larga carrera editando, en forma de sermones, tratados evangélicos acerca de la gloria soberana de Dios manifestada en Jesucristo Nuestro Señor.

Tal fue la atmósfera científica y al mismo tiempo llena de piedad en la que Claudio estudió su teología durante cuatro años. No era únicamente por las relaciones internas del colegio por lo que París, según el juicio del P. Oliva, iba ***"serle útil"*** a La Colombiére. El renacimiento católico bajo el reinado de Luis XIII, sin ser exclusivo de la capital del reino, se manifestaba en ella con más evidencia y más pujanza que en otras partes. No podía ser indiferente, a un apóstol que estaba formándose durante varios años, aquel clima de extraordinaria renovación, creado por

Bérulle, Condren, Bourdoise, Olier y San Vicente de Paúl. Puesto en marcha con brío y seguido por una multitud de hombres y de instituciones, el movimiento sobrevivía a sus animadores. Ante sus mismos ojos veía Claudio desarrollarse algunas manifestaciones típicas: la reforma de los monasterios le ofrecía en lo alto de la calle de Santiago, en San Esteban-del-Monte, el ilustre ejemplo de los Genovevianos. En derredor suyo los espíritus estaban atónitos ante la conversión del fogoso Bouthillier de Raneé. Después de una juventud brillante este sacerdote tan conocido en los salones, movido repentinamente por el pensamiento de la eternidad, había renunciado a todos sus beneficios menos el de la abadía de la Trapa en La Perche, en la que vivía una vida de oración y de austeridades y en donde en 1664 acababa de hacer su profesión. En las cercanías del Colegio de Clermont, San Sulpicio ofrecía, desde hacía veinte años, un modelo de renovación en el ministerio parroquial. Del arrabal de San Germán-de-los-Prados, que según el dicho de Abelly era la sentina de casi toda Francia, centro del libertinaje y del ateísmo, donde se daban cita todos los monstruos de los vicios a la vez, M. Ollier y sus compañeros se habían propuesto hacer un islote de ardiente cristiandad. Los seglares también habían encontrado en la Compañía del Santísimo Sacramento, durante treinta años, un hogar de vida religiosa y de acción católica. La Colombière pudo tener noticias exactas por el P. Rapin, que escribió su historia. Aunque esta Compañía fue suprimida en 1660 por Mazarino, seguía muy intenso el movimiento de fervor y de caridad que

había suscitado en la nobleza y en la burguesía, en la magistratura y el ejército.

Mezcladas con tantas esperanzas, en el seno de la más correcta y educada sociedad, existían espantosas miserias morales. Sin hablar de los escándalos del trono ni de la legitimación por el rey de hijos doblemente adulterinos, ¿cómo no hacer resaltar que los cuatro años que pasó La Colombière en París (1666-1670) son los mismos en los que la traviesa marquesa de Brinvilliers, después de haber ensayado cínicamente sus venenos en los indigentes a quienes asistía o en los enfermos del Hospital, envenena entre otras víctimas por venganza o por codicia a su padres a sus hermanos y a su hermana? Es la época en la que se desarrolla en las oficinas de la Yoisin y de sus congéneres, con la connivencia de personas de alto rango, el ***"drama del veneno"*** que diez años más tarde debía llevar ante la Cámara ardiente del Arsenal a trescientos sesenta y siete acusados — algunos con los más ilustres nombres de Francia—, de los que treinta y seis fueron condenados a muerte y casi todos los demás condenados a cárcel perpetua, a galeras o al destierro. Crímenes —dirá Colbert— ***demasiado execrables para que se escriban sobre el papel, algunos de cuyos detalles parecieron tan repugnantes a Luis XIV que ordenó quemar los procesos verbales.*** Por estos datos se comprende que Cristo reclamase por esos mismos años, en los claustros de Paray-le-Monial, víctimas reparadoras.

En otro terreno que el P. Oliva no había previsto, debía

París contribuir a formar a La Colombière. Para este teólogo, para este futuro director de almas, fue una gran suerte, no exenta de tristeza, el asistir tan de cerca a ciertas fases características del conflicto jansenista. Mucho más que su doctrina y sus sutilezas, la estancia en París reveló a La Colombière y le dio a conocer los doctrinarios y sus intrigas. Para poder asistir al drama que se desarrollaba en los dos Port Royal, los estudiantes de la colina Santa Genoveva, a pocos pasos de la Sorbona, tenían un puesto de privilegio.

¡Qué desencanto para ellos al darse cuenta de que la porción intelectualmente selecta que se albergaba en la célebre abadía del valle de Chevreuse no cumplía plenamente su papel de fermento cristiano! Almas de virtudes verdaderas a quienes la renuncia a un mundo corrompido lanzaba a veces a admirables austeridades, pero a quienes carcomía un fanatismo sectario en rebelión contra la mayoría de los obispos de Francia, contra el rey, contra el papa; innegables talentos literarios que, junto a panfletos inspirados por la pasión, componían obras de edificación y apologética, obras sólidas, pero que se preveían infructuosas para las almas cristianas porque sus autores rehusaban vivir en comunión con el Vicario de Cristo. En el ambiente de La Colombière se repetía con dolor el juicio del arzobispo de París, Beaumont de Péréfixe, sobre las hijas de la Madre Angélica: ***Puras como ángeles, orgullosos como demonios***, y se dolían de una obstinación que con tendencia a la herejía acabaría en cisma.

Entre tantos acontecimientos de la historia jansenista, dos principalmente contribuyeron en el curso de sus cuatro años de teología a darle ideas claras acerca de la lealtad de los sectarios.

En 1667 fue testigo de la emoción causada en el mundo de las letras por una traducción del Nuevo Testamento, llamada ***Testamento de Mons***, obra de Sacy y de sus amigos de Pon Royal, quienes, habiéndoles sido negado el permiso de impresión por el canciller Séguier, la hicieron imprimir por los Elzevir de Amsterdam y publicar con el nombre de un librero de Mons. No tardó en correr el rumor de que el censor Ponían de Lovaina, que había dado su aprobación, ***no conocía el francés*** y que el ***imprimatur*** de las autoridades de Canabrai y de Namur se había obtenido por sorpresa o había sido extorsionado. De hecho, en varios pasajes la traducción era tendenciosa y favorable a las opiniones jansenistas. Siguiendo el ejemplo del obispo de París, Beaumont de Péréfixe, prohibieron su lectura los obispos de Reims y de Embrum y al año siguiente Clemente IX la condenó como ***temeraria, peligrosa, en desacuerdo con la Vulgata y contenedora de proposiciones escandalosas para los débiles.*** No obstante toda su indulgencia, La Colombière no pudo pensar que los que se proclamaban acérrimos adversarios del equívoco y de la restricción mental hubiesen procedido con plena lealtad. Tampoco lo pudo pensar de las negociaciones que dieron por resultado la acomodación de Clemente IX o ***"paz clementina"*** como se la llamó.

Los cuatro obispos de Pamiers, de Alet, de Beauvais y de

la orden de Alejandro VII se habían negado sencillamente a firmar la condenación de las ***cinco proposiciones erróneas***, extraídas del ***Augustinus,*** iban a ser juzgados en 1668 por otros nueve obispos nombrados por el nuevo Pontífice Clemente IX. A fin de evitar un proceso doloroso y las sanciones que se habrían de seguir, varios prelados —a los que se juntó el gran Arnaud— ofrecieron su mediación, y después de múltiples tergiversaciones, especialmente por parte de Pavillón, obispo de Alet, los recalcitrantes acabaron por ceder y suscribieron el formulario de Alejandro VII, añadiendo que se unían enteramente a sus colegas de Francia en cuanto a la disciplina como lo estaban en la doctrina. Mas ocho días después de haber firmado, el 18 de septiembre, Pavillón reunía a sus sacerdotes en sínodo y ponía tales restricciones a la infalibilidad de la Iglesia en materia de fe que quitaban todo su valor a la sinceridad de la firma.

Sin embargo, el Papa y sus consejeros no podían creer en tal superchería y, aun cuando comenzaron a tener sospechas de las actas del Concilio de Alet, continuaron durante algún tiempo, quizás por miedo a un cisma, usando con los obstinados la más extrema condescendencia. Claudio tuvo conocimiento de esta extrema prudencia de la corte romana por las cartas que el P. Oliva trasmitía a París con las instrucciones pontificias. El P. General mandaba que ***ni de palabra ni por escrito se haga nada contra la paz que se ha estipulado con los jansenistas. Lo recomiendo y mando a cada uno con toda la firmeza posible.***

Cuando la atmósfera está cargada de electricidad hasta

ese punto, especialmente como consecuencia de largas y delicadas disputas, es muy fácil sentirse inclinado a proferir sobre la persona de los adversarios las palabras acerbas y los ataques que merecen tan sólo las doctrinas. El P. Oliva lo sabe, y por eso manda que ni en las predicaciones ni en las conversaciones se deje escapar nada que pueda herir aun ligeramente a los obispos, párrocos, doctores u otros sospechosos de jansenismo. En varias circulares se insiste en lo mismo: no hay que hacer nada que ponga en peligro el éxito de las negociaciones, y mientras no se haga luz en el asunto, guardémonos, como lo manda formalmente la Congregación de la Propaganda, de dar a entender que el Romano Pontífice haya sido engañado y burlado por los cuatro obispos, últimos signatarios de la condenación. La caña quebrada no debía romperse... ¿Podían ir más lejos las tentativas de acomodación?

Las órdenes de los superiores generales, especialmente cuando reinciden insistiendo en lo mismo, crean en las Comunidades una atmósfera e imprimen un movimiento cuyo influjo se deja sentir en los espíritus fáciles a la influencia. ¿Podemos creer que Claudio, impresionable por temperamento, maleable y dócil por virtud, no sacara provecho de estas directrices en orden a su futura actividad apostólica?

Aun suponiendo que la polvareda no hubiese llegado

hasta él, el joven teólogo hubiera podido tener amplia información sobre los menores acontecimientos de estos hechos religiosos gracias a dos comensales suyos en el Colegio de Clermont, los PP. Réné Rapin y Domingo Bouhours.

Rapin, veinte años más viejo que La Colombière, había hecho célebre su nombre entre los espíritus cultivados merced a varios poemas, entre ellos cuatro cantos famosos sobre los ***Jardines.*** Ahora, no contento con preparar sus ***Reflexiones sobre la elocuencia sagrada*** y sobre ***la Poesía de Aristóteles***, reunía de todas partes —incluso yendo a Roma— documentos que sirviesen a la historia de su tiempo sobre todo acerca del jansenismo. A través de esas mil anécdotas y esbozos trazados con pluma rígida o burlona, siempre despierta, se adivina a un censor sagaz y jocoso. A dos siglos de distancia de él, Sainte Beuve se siente impresionado por su encanto. Sois — le dice— un hombre amable. ***Sois de esos religiosos que nos gustaría encontrar en ei mundo con quienes pasar una o dos horas agradablemente.*** Todas esas relaciones a las que el P. Nicolás Talón, siempre de buen humor a pesar de su edad, debía añadir las suyas, alegraron más de una vez las graves recreaciones de la calle de Santiago, de las que La Colombière no dejaría de percibir los ecos.

Por lo que hace al P. Bouhours, sus gustos no le llevaban hacia las disputas jansenistas ni hacia ninguna polémica, pues siendo de natural tranquilo y conciliador, hombre de letras y fácilmente hombre de mundo, le gustaba agradar y hacer favores.

Habiéndole encomendado algunos años antes el duque de Longueville la educación de sus dos hijos, el P. Bouhours debió naturalmente vivir en buena armonía con la dueña de la casa, la célebre duquesa, cuya amistad hacia Pon Royal no era un secreto para nadie. Ahora bien, con ocasión del ***Testamento de Mons*** —del que más arriba queda hecha mención—, y a fin de responder a una condenación sonada, lanzada por el arzobispo de Embrum, Antonio Amaud, había dirigido a Luis XIV una súplica de tono firme y moderado, que no dejó de causar impresión en varios personajes de la Corte. Bouhours, que no había publicado todavía sino dos o tres opúsculos insignificantes, era no obstante muy conocido en los círculos literarios por su delicioso lenguaje, sus finas agudezas y pasaba por el árbitro del buen gusto.

Su Rector, el P. Pelletier, le suplicó que entrase en la lid, lo que hizo con su ***Carta a un señor de la Corte***, en 1668. Dejando de propósito de lado el debate teológico, atacó a los jansenistas por su lado débil más notorio: a saber, la resistencia obstinada, el espíritu de secta, sin escrúpulos de mezclar la reprensión con la ironía:

No tienen escrúpulo en rebelarse contra la Iglesia y contra todos los poderes, pero sí lo tienen de sufrir que se les eche en cara esa rebelión. Esto me recuerda a esas mujeres que se hacen pasar por gazmoñas y no son nada prudentes.

La carta ponía al descubierto su comezón de intrigantes:

Esas gentes de bien tienen un odio profundo contra sus adversarios; esos hombres desprendidos de la tierra intrigan en la Corte, celebran reuniones secretas, esos buenos sacerdotes hacen constituir su devoción en despreciar las órdenes de su arzobispo... A sus ojos... la Iglesia vivirá siempre en la confusión y estará desarreglada en tanto que no sea gobernada por sus consejos... Para ser hombre honrado y cristiano de verdad hay que admirar todo lo que de ellos proviene... Con tal de que censuréis la conducta del Arzobispo de París, de que enjuiciéis al Arzobispo de Embrum y odiéis al P. Annat con todo vuestro corazón, vuestra salvación está asegurada, vuestra predestinación es cierta.

Las numerosas refutaciones que el partido se creyó en lo obligación de oponer a esta carta y más que nada el odio jansenista, que siguió desde entonces a Bouhours, uno de esos odios que no se desdicen jamás, que no os dejan ni en vida ni en muerte, dieron fe de que el golpe había herido en lo vivo.

Para un polemista quizás esto fuese lo esencial, mas ¿para un sacerdote? La Colombiére, que ciertamente conoció esta carta y apreció su valor literario, ¿quedó acaso convencido de su eficacia apostólica? Si en circunstancias parecidas hubiese recibido él la misión de responder a la secta, seguramente que lo hubiera hecho con pluma menos burlona. Cuando, años adelante, tropiece en sus predicaciones con uno de esos puntos de doctrina embrollados por las argucias pasionales de los jansenistas, en vez de perder el tiempo en polémicas, hablará como teólogo, contentándose con restablecer con fuerza y claridad la enseñanza

tradicional.

Los sermones de la Eucaristía nos proporcionarán sobre la materia un notable ejemplo; y aun cuando se resentirán necesariamente de las discusiones apasionadas, levantadas por el libro de Amaud sobre la ***frecuente comunión***, Claudio intervendrá sin ninguna animosidad y con espíritu de caridad sin poner jamás sospecha de la buena fe de los jansenistas:

No me pongo a examinar si de propósito han pretendido o no alejar de la sagrada mesa... mas como las razones de que se han servido... pueden inducir a abstenerse de este misterio de amor, quizás contra su intención, no se verá mal el que yo me esfuerce en hacer ver a la gente de bien cuán poca consistencia tienen.

En 1653, cuando apareció la bula de Inocencio X condenando ***las cinco proposiciones***, San Vicente de Paúl tuvo cuidado de que sus amigos no festejasen su triunfo demasiado jubilosamente; y con visitas a personajes adictos a Port Royal, logró obtener ciertas sumisiones que no se hubiesen logrado de manifestarse demasiado envanecido con la victoria. Tanto por temperamento como por principio, La Colombiére era de la misma escuela.

* * *

Con todo, muy lejos estaba el jansenismo de absorber

toda la atención y todas las preocupaciones del Colegio de Clermont. En esos años 1666- 1670, tan ricos en obras maestras de todas clases, en los que Racine se imponía en los círculos literarios con su ***Andromaque*** y ***Britannicus***, en los que Moliere daba pábulo a las discusiones y motivo de risa a la Corte y a la ciudad con sus ***Misanthrope***, ***Tartujfe*** y ***Le Bourgeois gentilhomme***, los espíritus cultos tenían otras cosas en que entender distintas de las cábalas de una secta. Para la formación oratoria de La Colombiére especialmente, ¿puede ser indiferente el que se hallase metido en París en la época de los grandes triunfos de Bossuet, cuando el gran obispo tuvo la dolorosa misión de pronunciar la oración fúnebre de Enriqueta María de Francia, la reina desgraciada, y diez meses más tarde la de su hija Enriqueta Ana de Inglaterra?

Allí se encontraba Claudio también cuando se produjo en la capital casi de repente uno de los éxitos más sonoros de que hacen mención los anales de la oratoria sagrada: ***Hacia fines de 1669*** —declaran las Cartas
Annuas del colegio— ***el P. Luis Bourdaloue, después de dos o tres discursos pronunciados en la iglesia de San Luis de la casa profesa, atrajo a sus sermones tal cantidad de obispos y de personas conspicuas, que a duras penas los mismos jesuitas podían encontrar un sitio en la nave o en las tribunas. El serenísimo rey de Polonia, Casimiro, el príncipe de Condé, el duque de Enghien honraron a la muchedumbre con su presencia, lo mismo que pares de Francia, generales ilustres,***

damas y caballeros de la más linajuda nobleza. Para los sermones que se habían de pronunciar a las tres de la tarde, acudían los lacayos a las seis de la mañana a fin de guardar los puestos a sus señores. El éxito fue tal que en Roma el P. Oliva se inquietó y al punto preguntó a ver si el Padre era tan modesto y fervoroso religioso como admirable orador. ***Viendo los informes unánimes que me llegan, me siento penetrado de alegría inmensa y no puedo menos de felicitar a la Provincia y quiero que el Padre lo sepa, decía por enero de 1670.***

Testigo del enderezamiento religioso de la opinión y de la reforma de costumbres que se siguieron a esa predicación, Boileau —según parece— se atrevió a decir al Presidente Lamoignon: ***Las jesuitas han batido a los jansenistas en cerrada batalla; el P. Bouhours con la pluma y el P. Bourdaloue con su predicación.***

La cizaña sembrada por los jansenistas seguirá germinando acá y allá, y para atenuar el efecto ponzoñoso causado en las almas cristianas serán necesarias las revelaciones del Sagrado Corazón recordando al mundo ingrato la prodigalidad de su amor eterno. Sin darse cuenta los hombres, esas revelaciones se estaban —por decirlo así— preparando, y la que debía ser su confidente, Margarita María Alacoque, luchaba en vano en esos mismos años contra el llamamiento divino y se preparaba a entrar en la visitación de Paray-le-Monial.

Capítulo V

CON LOS HIJOS DE COLBERT

En el mismo colegio en que La Colombiére se entregaba al estudio de la teología, mil quinientos alumnos más jóvenes que él cursaban la gramática y la literatura, lo que para un antiguo maestrillo debía ser, no obstante el incesante clamor juvenil que subía de los patios, un espectáculo lleno de encantos, que si a veces interrumpía el coloquio de los teólogos con Santo Tomás o con Suárez, ayudaba al menos a desterrar de su existencia la monotonía.

El programa de estudios del Colegio de Clermont era sensiblemente igual al de Aviñón, menos en una sola cosa. A fin de conformarse con la voluntad del Rey, se comenzó más pronto que en otras partes a enseñar las ciencias matemáticas y más en particular la parte que trata del arte de las fortificaciones. El P. Oliva, a quien se había consultado, respondió que se debía hacer en los colegios todo lo que fuese agradable al Monarca. ***Más aún*** —añadía—, ***informen a Su Excelencia el primer ministro de que estaría yo mismo dispuesto a ir a Francia a enseñar si mi trabajo pudiese ser útil.***

En 1667, el jubileo concedido por Clemente IX produjo en los alumnos mayores frutos maravillosos. Se destruyeron libros poco recomendables que iban a buscar a otros colegios, y se distribuyeron por el contrario entre los alumnos opúsculos y libros de piedad. En el intemado un gran número de internos hicieron los ejercicios de San Ignacio por espacio de ocho días. No faltaron ni quienes recogiesen limosnas para los pobres e indigentes, ni quienes fuesen a los hospitales y aun a las cárceles a servir a los pobres y consolar a los presos. Este entusiasmo y esta buena voluntad se aprovecharon para obtener de todos la más estricta observancia de la regla de hablar latín, de antiguo en vigor en las escuelas. En cuanto a los estudiantes, por cierto en buen número, que vivían de los beneficios eclesiásticos o estaban destinados a poseerlos y gozarlos, se les obligó, de acuerdo con sus padres, a vestir con sencillez como clérigos y se les indujo a rezar las horas canónicas. Dos años más tarde se llegó más lejos; pues algunos hicieron los ejercicios espirituales en el noviciado de San Francisco

Javier y otros llegaron hasta visitar a los condenados a galeras. En los mayores sobre todo es una verdadera renovación de costumbres. Al tener de ello noticia el P. General no pudo contener un grito de alegría y escribió: ***Una piedad tan viva, semejante empeño por la disciplina, tanto celo por el estudio, me llenan de un consuelo como pocas veces he experimentado.***

No se puede precisar la medida en que Claudio contribuyó a este renacimiento y tanto menos nos es dado el hacerlo, cuanto sabes que, contrariamente a otros alumnos de teología, él no tenía con los alumnos internos relaciones habituales.

Para el Colegio de Clermont, como para todos los grandes colegios de la Compañía de esta época, los catálogos señalan distintamente dos clases de comunidades: la propiamente llamada ***Collegium***, que comprendía, además de los Padres que constituían la dirección, los profesores, los escritores y casi todos los directores espirituales; y la llamada ***Convictus***, que agrupaba a los religiosos más particularmente encargados de los internos, sobre los cuales religiosos se hallaban un ***primarius*** o principal, especie de superior delegado que dependía directamente del Rector.

Los cuatrocientos cuarenta internos que por entonces contaba el ***Convictus*** se dividían en dos grupos: la mitad más o menos vivían en grandes salas comunes; los otros, dispersos en grupos de cinco o seis en un mismo cuarto, donde se vivía más en familia. Lo mismo los dormitorios que estas habitaciones reducidas se hallaban bajo la vigilancia de un joven jesuita, el***praefectus cubicularius.*** Por excepción, podían gozar de un cuarto aparte y de un preceptor, en especial los hijos de grandes personajes.

Semejante sistema de educación exigía en un pensionado

como el de París —la cuenta es fácil de sacar— una treintena de prefectos. De hecho, absorbía todos o casi todos los escolares teólogos, en su mayoría antiguos ***maestrillos***, y aun a veces había que echar mano de estudiantes de filosofía un poco proyectos.

Ahora bien, a pesar de esta imperiosa necesidad de prefectos, ni una sola vez en los cuatro años que pasó en París aparece Claudio como inscrito en el ***Convictus.*** De entre todos los jóvenes jesuitas estudiantes de teología, veintiséis o treinta, según los años, sólo él con Matías de la Bourdonnaye en 1666 y José de Jouvancy en 1669 aparece en la lista del ***Collegium.***

¿Cuál es la causa de este régimen de privilegio? El mantener separado de los internos a un hombre que, dados sus talentos y su hábito de la cátedra, podía serles de gran utilidad, no se explica sin una causa mayor. ¿Pero cuál? Un documento descubierto en circunstancias que más abajo se dirán nos permite, si no indicarlo con certeza, al menos sospecharlo.

Aunque Colbert no amaba a los jesuitas, los estimaba. Ya en 1664 había deseado confiar al P. Domingo Bouhours la educación de su hijo mayor, Juan Bautista, el futuro marqués de Seigneley, entonces de trece años de edad. Cuando éste, acompañado de su hermano Santiago Nicolás, futuro arzobispo de Rouen, frecuentó el Colegio de Clermont, La Colombière fue —según cuenta un documento— dado al P. Bouhours como adjunto en este cargo y luego como suplente y por el mero hecho dispensado de toda otra función en el pensionado.

La educación del mayor de los Colbert debió de ofrecer sus dificultades. Su aire de superioridad y desdén le hacía—se dice—detestable a sus camaradas, quienes en su irritación llegaron a proyectar el arrojarle por la ventana, cosa que hubieran puesto en práctica si su padre, enterado de lo que se tramaba, no lo hubiera sacado del colegio por un tiempo y tenido junto a sí. Colbert, que deploraba este orgullo, en una instrucción manuscrita dirigida a su hijo, decía: ***Mi hijo debe tener presente y reflexionar sobre lo que su nacimiento le hubiera hecho ser, si Dios no hubiese bendecido mi trabajo y si este trabajo no hubiera sido extremo.***

Por el lado de los estudios, Juan Bautista proporcionó más satisfacción a La Colombière, al ser admitido en sus dos últimos años de colegio a defender públicamente sus tesis escolares; en julio de 1667 defendió lo que entonces se entendía bajo el título de ***Lógica*** y en 1669 el conjunto ***de la Filosofía*** y ***de las Matemáticas.*** La diligencia que en cada una de esas circunstancias pusieron los más altos dignatarios del Parlamento y de la Corte por acudir a la calle de Santiago era señal clara del favor de que gozaba en el ánimo del rey el padre del joven laureado. Al felicitar a Colbert, decía el P. Oliva: ***El brillo de una asamblea tan escogida se ha visto realzado por el mérito de los príncipes de la sangre que han asistido a esa sesión. Nuestra Compañía ha recibido un nuevo lustre y yo he sentido por ello un vivo placer.*** Al año siguiente, el P. General quiso juntar sus alabanzas de Roma a las de toda Francia. ***Su hijo mayor, de quien***

ya se esperaba tanto, ha sobrepasado, con su última actuación, las esperanzas que en él se habían puesto, y haciendo alusión a una de las fiestas con que los jesuitas estimulaban en sus alumnos el sentido de la caridad, añadía:

Nuestra alegría se vio acrecentada por la exquisita bondad que ha manifestado al querer sentarse con nosotros en el colegio a la mesa común de los pobres.

Un éxito como el que acabamos de reseñar aumentó en Colbert la gratitud y el afecto hacia la persona del preceptor de sus hijos. Con frecuencia invitaba a La Colombière a su casa, en donde, a la sombra del nuevo Mecenas, se daban cita tantos hombres de ciencia y de letras. La selecta sociedad que el jesuíta encontraba allí pudo pronto apreciar el encanto y atractivo de su espíritu y de su vasta cultura literaria. Ahí nacerían, sobre todo, las relaciones —que conocemos por otras fuentes— con Olivier Patru, el hombre de Francia que hablaba mejor el francés y que por entonces ejercía una influencia preponderante en la Academia Francesa. Claudio supo aprovecharse para desenvolver más sus talentos de humanista y afinar más su lenguaje. Lo sabemos por un contemporáneo suyo, el P. de la Pesse, quien dice:

M. Patru, acostumbrado él mismo a ser admirado, admiraba las reflexiones del P. de La Colombière en relación con los más finos secretos del estilo francés. Este excelente maestro del arte de escribir y de hablar mantuvo durante varios años correspondencia con él, y cuando le escribía lo hacía dándole

especiales muestras de estima; parecía que le consultaba cuando respondía a sus dificultades sobre la lengua. Patru llegó a decir, hablando de La Colombière, que era uno de los hombres del reino que mejor sabía nuestra lengua.

Las observaciones que La Colombière hizo entonces sobre la sociedad de su tiempo enriquecieron su experiencia. ¡Cuántas de sus ***Relaciones cristianas***, sobre todo en los capítulos ***sobre el mundo, sobre la riqueza, sobre los grandes***, cuántos esquemas de costumbres utilizados en sus sermones tuvieron su origen en estas tertulias de salón! Para su formación religiosa hubo más todavía.

Que el joven religioso haya gustado el encanto y seducción de tales relaciones, no hay por qué dudarlo cuando en sus notas del terceronado se lee esta queja que nos revela un corazón de carne tan semejante al nuestro: ***Mas mis amigos me aman, (y) yo los amo. Tú la sabes y yo lo siento, Dios mío, (que eres) el único bueno y el único amable. ¿Es preciso sacrificártelos, pues me quieres todo para Ti?*** Había vislumbrado los peligros que suponen para un alma, a quien Dios quiere toda para sí, las amistades aun legítimas, y el peligro que para la verdadera devoción entraña una vida literaria intensa y aun un humanismo devoto.

Veía por otra parte, junto a sí, a tal y tal de sus hermanos, como Rapin y Bouhours, por lo demás buenos religiosos, pero demasiado ganados por esta vida mundana, perder las delicadezas

de su vida interior. Ese mediano interés por la observancia y la disciplina religiosa, que causó muy pronto inquietudes al P. Oliva, esos banquetes demasiado frecuentes con los de fuera y la mejor parte del año pasada de temporada en el campo, La Colombiére los tenía delante de sus ojos. Para estos dos hombres de letras, desde la primavera hasta los primeros rigores del frío, era un continuo ir y venir, paseos, viajes, estancia en el campo que los desacostumbraron agradablemente de las habitaciones estrechas y desmanteladas y de los espesos y desagradables muros del Colegio de Clermont. No podía ignorar La Colombiére lo que malas lenguas decían de ellos: ***Sirven al mundo y al cielo por semestres.*** ¿Se sintió seducido por estos ejemplos y tentado de dejarse también él llevar por la corriente de una existencia fácil? El psicólogo que sueña siempre en la vida de los santos con prodigiosas conversiones no desearía otra cosa. Los juicios o las cartas de los contemporáneos, ¿no arrojarían alguna luz sobre este punto? Se busca, mas en vano. Los catálogos trienales que respecto de la época de Aviñón nos han dado alguna luz, en este año de i 669, en vísperas del sacerdocio de Claudio, cuando desearíamos con tanto afán tener algún informe, esos catálogos que existen, guardan un profundo silencio sobre el asunto: ni siquiera aparece en ellos su nombre. El Provincial de Lyón, no teniéndole, aunque temporalmente, bajo su jurisdicción, no puede decir nada; el de París, pensando, sin duda, que La Colombiére está de paso en su provincia, se cree dispensado de hablar.

A falta de indicaciones externas, tenemos las notas

espirituales del religioso, según las cuales y a juzgar por las lágrimas que derramará con abundancia durante sus ejercicios de mes tres o cuatro veces el mismo día, por las reglas despreciadas y quebrantadas tan frecuentemente, la hipótesis de una decadencia espiritual en esta época no es del todo inverosímil. En todo caso, Claudio no tardó en rehacerse; pues en 1670, al fin de su teología, ya comenzó a ensayarse sin desmayos en la perfecta regularidad, a la que cuatro años más tarde iba a atarse con voto especial.

¿Hubo acaso en el joven preceptor, por esta misma época, demasiada facilidad en plegarse a ciertas costumbres de los hombres cultos? Así lo parece, si hemos de dar crédito a la historia de una desgracia, cuya primera mención, que se halla en una carta de 1738, quedó completamente ignorada hasta fines del siglo XIX.

¿Es cierto este episodio? A fin de que juzgue el lector se precisan algunos detalles que pasamos a describir.

Hs Hs *

En la primera mitad del siglo XVIII, dos burgueses de Lyón, el presidente Dugas, preboste de los mercaderes, y su primo Francisco Bottu de Saint Fonds, habían tomado la costumbre, a fin de distraer sus ocios, de cambiar entre sí una correspondencia asidua y abundante.

Nacido en 1670, Lorenzo Dugas había sido desde muy

niño alumno del Colegio de la Trinidad, quizás por los años en que La Colombière volvió en sus últimos años como P. Espiritual, y permaneció siempre en buenas relaciones con sus maestros, para quienes su salón estuvo siempre abierto y con quienes hablaba de piedad, literatura, filosofía, ciencias. Hombre de vasta cultura y miembro de la Academia de Lyón, gustaba de estar al tanto de los negocios de los jesuítas y de sus tradiciones. Su primo, igualmente espíritu selecto y curioso, no le iba en zaga en cuanto a la extensión de sus conocimientos. Además de los rumores y comidillas de la ciudad, tal como los pueden contar las gentes distinguidas, estas cartas encierran, mezcladas con juiciosas apreciaciones sobre libros recientes, como la vida de Santa Margarita María por monseñor Languet o la de San Francisco de Regis por Daubentos, discusiones teológicas sobre los problemas del día y mil detalles concernientes a la crónica religiosa contemporánea.

Por una pura casualidad, replicando a una anécdota bastante rara, se ve obligado Dagas a hacer mención de Claudio La Colombière. Su primo le había narrado la desventura de un pobre franciscano que predicando delante

del Rey ***se sintió, después del exordio, atacado por un mal tan violento de corazón y con unas ansias tan súbitas de vomitar que, no teniendo fuerza para resistir, ni siquiera para volverse... inundó a su auditorio.*** Sobre las damas próximas al pùlpito el resultado fue deplorable, y concluía Francisco Bottu: ***Se le considera como un hombre totalmente fracasado y que no se***

atreverá más a presentarse en público.

No creo, en efecto, que haya nada más humillante, respondía algunas semanas más tarde el presidente Dugas; y como hombre habituado a juzgar las cosas desde un punto de vista superior, añadía: ***Para ese pobre franciscano será quizás la ocasión de hacerse un gran santo. Al P. La Colombière fue una desgracia la que le elevó a tan eminente santidad.*** El señor de Saint Fonds, no habiendo oído nunca hablar de semejante desventura y preguntando a su primo sobre el caso, obtuvo, quince días después, la siguiente respuesta:

He aquí la desgracia del P. La Colombière. Era prefecto de los hijos de Colbert, que le estimaba y le amaba mucho y le conducía con frecuencia a Sceaus. Un día en que el P. La Colombière estaba ausente de su habitación, Colbert entró en ella y vio sobre la mesa de trabajo del Padre un cuaderno abierto escrito de su mano. Cayó en la tentación de mirarlo y sus ojos tropezaron con un epigrama sobre la tasa del barro y las linternas que se había impuesto a todas las casas de París. El epigrama terminaba así: Colbert salido del barro y teme volver a caer. Colbert, sintiéndose picado en lo vivo, pidió a los Superiores que enviasen al Padre a su Provincia.

Estas pocas líneas constituyen toda la información que poseemos acerca de un episodio que tanto se ha comentado. Fuera de ellas, nada en los documentos oficiales contemporáneos permite ni aun sospechar siquiera que La Colombière tuviese que

ver ni poco ni mucho con los hijos de Colbert, salvo la indicación antes registrada de los catálogos del Colegio de Clermont.

El privilegio concedido en efecto al joven teólogo de no ser como los otros ***prefecto*** en el pensionado, se explica naturalmente si era preceptor de dos extemos. Digamos no obstante que si La Colombière llegó a ser frecuentemente recibido por Colbert, no pudo ser, salvo los últimos meses de su estancia en París, en el castillo de Sceaux, que el ministro no adquirió hasta abril de 1670.

¿Se puede aceptar fácilmente la anécdota del epigrama y de la desgracia? Posterior en sesenta años al hecho que narra, ¿basta la carta de Dugas para que demos el hecho por auténtico? Paradójicamente, Enrique Bremond se contenta con decir: ***La historia es demasiado bonita para no ser verdadera.***

En cuanto a las fechas hay perfecta concordancia, ya que el ***edicto del barro y de las linternas*** es de 1666. Felices los habitantes de París de poder salir de sus casas sin verse salpicados a cada paso y sin peligro de chocar contra cualquier esquina, felicitaron de todo corazón al ministro. El P. Vavasseur, profesor de Claudio, como descanso de sus clases, se permitió el gusto de componer con esta ocasión algunos epigramas elogiosos. Mas bajo el impuesto que se siguió, los contribuyentes se hicieron los desinteresados, y se vengaron con la única arma entonces permitida contra los poderosos: la burla y el ridículo. Los dos versos en cuestión recordaban el origen modesto de Colbert,

cuyos padres habían ejercido el comercio en Reims, en la calle Cérés, bajo el rótulo ***Long Vestu.***

Sin embargo, el hecho ha causado admiración. Distinguido y fino como era el P. La Colombiére, y además preceptor, es decir, antes que nada, profesor de buenas costumbres, ¿es creíble que con su propia mano, aun simplemente a título documental, haya transcrito un epigrama ofensivo para el padre de sus discípulos? ¿No le bastaba su memoria para retener dos sencillos versos? ***¿No sé acaso lo que la buena educación exige de mí cuando debo tratar con los hombres***?, escribe en sus apuntes espirituales.

Hay un motivo más decisivo y es el silencio que sobre este episodio guarda el mismo Claudio. En sus obras se han podido señalar algunas reflexiones sobre ***los trabajos perdidos en servicio del mundo: Estaréis sufriendo años y años sin que ni siquiera lo noten***; ***y si llegan a darse cuenta de una falta, se enfadan, te riñen, te destituyen.*** Ahora bien, para expresarse así no hace falta haber sido uno mismo ***destituido*** (cessé). También se ha querido ver en el ***Sermón sobre las adversidades*** una alusión a esta desgracia. Entre los golpes imprevistos permitidos por Dios para santificar un alma, el Padre señala una ***confusión que quita el ánimo para hacer el bien.*** Mas también enumera, y en la misma categoría, una enfermedad, la pérdida de la fortuna, los duelos de familia:

Sin este contratiempo —dice— no hubierais sido nunca

del todo malos, pero quizás tampoco hubierais sido del todo buenos. ¿No es verdad que desde que sois del todo de Dios, no os habíais podido resolver todavía a despreciar no sé qué clase de gloria fundada en bienes del cuerpo, en talentos del alma que os hacían ser consideraos por las compañías que frecuentabais?... Poca cosa era en realidad, pero, en fin de cuentas, no habías podido hacer el sacrifico. Por eso ha sido necesario sorprenderos; ha sido preciso que el cirujano, cuando menos lo pensabais, haya metido el bisturí en vuestra carne a fin de hacer reventar ese absceso... pues de otra suerte habríais vivido siempre lánguidamente.

Si de todas las adversidades enumeradas arriba nos fijamos tan sólo en la humillación o ***confusión***, podemos creer, como lo han hecho ciertos autores, que el orador está describiendo su propio caso. Mas en seguida añade: ***La fiebre que os hace guardar cama, la bancarrota que os arruina, afrenta que os cubre de vergüenza, la muerte de esa persona harán pronto lo que no pudieron hacer todas las meditaciones, lo que todos vuestros directores han intentado inútilmente.***

Libre es cada uno de ver en estas líneas el recuerdo de una humillación personal. Muchos, pensando, sin embargo, que no hay tan estrecha unión entre una cosa y otra, seguirán extrañándose de que ni una sola vez, en sus notas íntimas de ejercicios o en su correspondencia, haga La Colombière la más mínima alusión a esta desgracia, de la que un hombre espiritual como él no hubiera dejado de dar gracias a Dios como de un

beneficio.

No es menos extraño que en las muchas cartas escritas por el P. Oliva en esta época, ya sea a Colbert, ya a los Provinciales de París y de Lyón, lo mismo que a los PP. Annat y Ferrier, confesores del Rey, y a los rectores del colegio y de la Casa Profesa de París, cartas en las que se cuentan a veces insignificantes contratiempos, no se halle traza de la que ahora nos ocupa. Si el P. La Colombière se hubiera hecho culpable de una tal imprudencia y torpeza, ¿sería explicable el que años adelante, cuando todavía estaba Colbert en el poder, le hubiesen escogido para desempeñar en Inglaterra una misión importante y delicada?

De esta suerte, dada la penuria de documentos, esta anécdota, a los ojos de la sana crítica, no parece que pueda mantenerse. Y aun en el supuesto de que se acepte la hipótesis de que hubo una desgracia, al menos no se le ha de dar la resonancia que gustosos le den el novelista y el orador, ya que ningún contemporáneo habla de ella. ¿Es imposible, por ventura, que un hecho tan traído y llevado durante sesenta años por los círculos, aun los más comedidos y sinceros, no haya sufrido transformaciones? Aun suponiendo que un epigrama desagradable se haya encontrado sobre la mesa del religioso, ¿cómo probar que estaba escrito de su propia mano? ¿No pudo haber sido colocado sobre ella por una mano envidiosa y mal intencionada con ánimo de comprometerle?

Por otra parte, para explicar la vuelta de La Colombière a

Lyón no hace falta invocar un mal humor de Colbert. El traslado se hizo de una manera normal a fines del verano de 1670 cuando el Padre terminó su teología.

Sacerdote desde el 6 de abril del año anterior, víspera del domingo de Pasión de 1669, volvía preparado y dispuesto para todos los trabajos apostólicos y decidido y firmemente resuelto, si sus funciones le metían un día en medio de la vida del mundo, a mostrarse en ese ambiente estricto observante de todas las reglas de su instituto. De ello tuvieron buena memoria los Superiores cuando le enviaron a la Corte de Londres.

Capítulo VI

OTRA VEZ EN EL COLEGIO DE LA TRINIDAD

1670

Durante cinco años completos el P. La Colombière había enseñado en Aviñón la gramática y las letras humanas, llevando sus alumnos desde sexto año hasta las humanidades inclusive. Al confiarle ahora, en el gran colegio de Lyón, la cátedra de retórica, el P. Pablo Suffren, Provincial, le daba una señal de su satisfacción y confianza, a la vez que les permitía completar el

ciclo de su enseñanza literaria. Durante un año La Colombière tendría como Rector al P. Bertrand Bras, después al P. Francisco de la Chaize, futuro confesor de Luis XIV.

Al mismo tiempo La Colombière se haría cargo de la Congregación de los Santos Ángeles, o sea de la porción más escogida entre los alumnos más pequeños. Quizás también recibió el encargo de formar en dicción y en declamación a los alumnos que debían aparecer en público con motivo de alguna representación en ciertas fiestas escolares.

En los doce años que hacía que La Colombière había abandonado Lyón para entrar en la Compañía de Jesús, el colegio no había hecho más que prosperar. Patrocinados por la autoridad de los cónsules, que todos los años, conducidos por el preboste de los comerciantes, iban en calidad de ***fundadores*** a presidir la fiesta patronal de la Trinidad; honrados además con la protección del arzobispo Camille de Neuville, los jesuitas lo habían transformado en un foco de ciencia y de piedad que sobrepasaba con mucho lo que hoy se llama enseñanza secundaria. Un autor moderno de los más calificados de la historia de Lyón habla con elogios de los cursos científicos abiertos por esos religiosos, ya a fines del siglo XVI, no sólo para sus alumnos, sino para el público en general, los cuales se vieron en seguida frecuentados por los hombres más ilustrados. Fue —nos dice— un impulso extraordinario. El gusto por las matemáticas, la física, la astronomía se propagó por todas las clases de la sociedad. El espíritu metódico, positivo, de estos maestros se armonizaba

admirablemente con el carácter 1 iones, acostumbrado a la exactitud matemática de sus costumbres comerciales. Y el historiador se excusa de no poder enumerar todos los sacerdotes y seglares que inspirados por esos maestros se entregaban a los estudios científicos.

El artífice más activo de este desarrollo había sido el P. Claudio Francisco Millet de Chales, quien fue el primero en publicar en Francia un curso completo de Matemáticas, obra inmensa, capaz de ocupar y de ilustrar la vida de varias personas. En sus ***Principes Genérales de Géographie*** decía con gran atrevimiento para aquella época: ***Copérnico ha hecho de tal manera probable su sistema, que muchos lo siguen hoy. Es admirable que esta hipótesis explique tan exactamente todas las apariencias y particularmente las direcciones, estaciones o regresiones de los planetas.*** Obedeciendo órdenes de Luis XIV, que apreciaba altamente su mérito, el P. Chales, nombrado profesor de hidrografía en Marsella, abandonó Lyón en tiempos de La Colombière; mas volvía con frecuencia para supervisar la impresión de su ***Mundus Mathematicus*** en tres gruesos volúmenes in folio, que vio la luz pública precisamente en 1674 impreso por los Anissons.

Aunque el P. Francisco de la Chaize se hizo famoso años adelante por otras ocupaciones, sin embargo, su enseñanza de la física, mientras fúe profesor de filosofía en el colegio de la Trinidad, se había señalado por un cierto carácter de originalidad. En el elogio que de él pronunció a su muerte Gros de Boze,

secretario de la Academia de las Inscripciones y Bellas Letras, dice:

La multitud de experiencias acababa por darle fama. Pocos días se pasaban sin que hiciese alguna. No le bastaba el tener razones nuevas y bien fundadas, quería que la sequedad de los argumentos se perdiera en el encanto del espectáculo... Un espíritu geométrico se trasluce en toda su Física, que es interesante por el cúmulo de hechos curiosos que menciona y en la que se sorprende uno al encontrar los antiguos sistemas ya rectificados por los nuevos descubrimientos: sorpresa, tanto más fundada cuanto que la filosofía de Descartes se veía todavía circunscrita un pequeño núcleo de hombres escogidos y que los que se decían filósofos no la consideraban sino como una herejía naciente.

Por lo que hace a la historia, fueron los PP. Juan de Bussiéres y Juan Columbi los que en esta época dieron fama al colegio; el primero con su ***Historia de Francia***, escrita en latín, en la que se da preponderancia especial a la biografía de San Luis, y el segundo, buscador infatigable, con su ***Suite chronologique*** o ***Catalogue raisonné*** de los obispos de Sisteron, de Viviers, de Vaison, de Valence y de Die, y con la continuación del mismo trabajo para los arzobispos de Lyón y los obispos de Nimes.

En cuanto a la gramática, la métrica y la poesía, el P. Lorenzo de Celliéres, colega de La Colombiére en la cátedra de retórica, conoció su hora de celebridad; y más aún el P. Francisco

Pomey, autor de un diccionario latino, de una historia de la mitología, de un catecismo teológico y de varios libros de piedad, el cual por entonces acababa su carrera en Lyón, donde había de morir el 10 de noviembre de 1673.

El jesuíta que durante este tiempo más honró, no solamente al colegio, sino a toda la ciudad, fue el P. Claudio Francisco Ménestrier, que había nacido en Lyón en 1631. Inteligencia de primer orden, memoria prodigiosa, espíritu inventivo y brillante, hábil para manejar la pluma y la palabra, este Padre, que además de un superdotado fue un trabajador incansable durante sesenta años, causó la admiración de sus contemporáneos por lo vasto de sus conocimientos, tanto profanos como religiosos. Por lo demás, en este hombre universal no había nada del sabio apergaminado; estaba dotado, por el contrario, de un natural alegre que se traducía en lo que el historiador Colonia llamaba ***fisonomía solar*** . Se le deben no menos de cien obras sobre las más variadas materias; tratado sobre los misterios de la vida de Cristo, Oraciones fúnebres, Canonizaciones, Escudo y Nobleza, Torneos y cabalgatas, Entrada de Príncipes, Bailes, Rabdomancia, Hieroglifos y Talismanes, Centurias de Nostradamus, la ***Historia de Luis el Grande por las medallas, fichas, divisas;*** y sobre todo, la ***Historia civil y consular de la ciudad de Lyón***, en la que no pudo llegar más allá del reinado de Carlos VI porque le sorprendió la muerte en 1705.

Por los cursos de ciencias y de historia, no menos que por

los de retórica y filosofía, que duraban cada uno dos años, y por el de teología, que duraba cuatro, el colegio de la Trinidad hacía las veces de una Universidad para la región. Al mismo tiempo, ya lo veremos, era un centro de apostolado
y de ***acción católica.***

Para un religioso que comienza el ministerio sacerdotal, el volver a una ciudad donde ha estudiado por muchos años, donde encuentra amistades, compañeros de otros tiempos y parientes, es jugar con todas las ventajas. Humberto La Colombiére, hermano mayor de Claudio, había entrado, por su matrimonio con Magdalena Paquet, en una familia de magistrados que tenía veintiún hijos. Su hermano menor, José, después de brillantes estudios de jurisprudencia, acababa de ser elegido en este año de 1670 para pronunciar el discurso doctoral en la fiesta de Santo Tomás, 21 de diciembre. El nombre de La Colombiére no podía menos de recibir nuevo esplendor.

Todos los años se conmemoraba la solemnidad de la Santísima Trinidad de una manera grandiosa. Durante la misa, cantado el Evangelio, el. P. Rector, acompañado de otros Padres del colegio, procedía a presentar a los cónsules un cirio con las armas de la ciudad, y marcado con el nombre de Jesús en un óvalo resplandeciente de oro en campo azul. Se cambiaban discursos y saludos llenos de buenos deseos mutuos, en que se pedía a Dios se

convirtiesen en realidad por la gracia del Santo Sacrificio. A continuación asistían todos, bajo la presidencia del intendente de la Provincia, al juego en verso, preparado por los estudiantes en el salón de dicho colegio. Con oído atento y ojos avizores, todos seguían con atención las sutilezas de los epigramas laudatorios de las notabilidades de la concurrencia. En fin, para clausurar tan hermosas ***festividades*** todo el mundo iba a ocupar su puesto en el banquete que por laudable costumbre la ciudad daba al colegio, banquete al que un gran número de dichos Padres contribuyeron con el único escote con que podían contribuir: muy hermosos discursos en diversas lenguas.

Poco antes de la llegada de La Colombiére esta representación escénica se amenizaba con un ballet. En las obras del P. Ménestrier encontramos uno sobre los destinos de Lyón danzado el 16 de junio de 1658. Estas danzas de colegiales no tenían nada que ver con los zarándeos modernos: eran movimientos rítmicos, más bien cadenciosos, semejantes a las danzas armoniosas de nuestras viejas ciudades de provincia y cuyas figuras las más de las veces eran alegóricas. Sin embargo, como ciertas informaciones mandadas a Roma al P. General describían estas danzas con el nombre ambiguo de ***saltationes***, habían sido prohibidas en varias ocasiones. En este mismo año de 1664, el P. Oliva felicitaba al Rector del colegio de Lyón por haber suprimido esas danzas que un abuso deplorable había introducido para el día solemne de la Trinidad.

La fiesta patronal de 1671, la primera a la que La

Colombiére hubo de cooperar, estuvo a punto de causar luto en el colegio. Era el viernes 22 de mayo, y después de comer debía celebrarse, delante de los profesores y de una muchedumbre numerosa, la repetición o ensayo general. La sala de la representación ocupaba el segundo piso. Al peso del estrado se había añadido, imprudentemente, una cantidad enorme de decoraciones. Durante toda la noche este peso gravitó sobre las vigas, y entre dos luces, poco antes de que los colegiales entrasen en las clases situadas en el piso inferior, en medio del gran silencio del colegio dormido, se produjo un ruido espantoso y prolongado: desprendiéndose de los muros se venía abajo una parte del techo arrastrando en su caída una parte del armazón. No hubo, por fortuna, más que dos heridos leves: un alumno de teología, que seguramente trabajaba en el ornamento de la sala, y un carpintero.

Al recibir días más tarde a los cónsules y concejales podía decir el P. Bras: ***Esta caída horrible de nuestro salón, que era inevitable al tiempo en que hubiesen estado ustedes reunidos, habría tenido resonancia en toda Francia y en toda Europa: habría causado llagas incurables en todos los buenos corazones que habrían deseado enterrarse con ustedes bajo las mismas ruinas, al no poder sobrevivir a semejante pérdida.*** Encargado Claudio en esta ocasión de pronunciar una arenga, no hubiera puesto seguramente tanto énfasis, pero no cabe duda que hizo subir ferviente hacia Dios su gratitud.

No se tardó mucho tiempo en empezar las reparaciones.

Teniendo en cuenta los grandes servicios que cotidianamente prestaba el colegio al público, mediante la educación e instrucción de los niños, el Consulado votó para el caso la cantidad de 9.000 libras, crédito que permitió reconstruir de nueva planta una gran sala abovedada sobre la que se construyeron veintidós cuartos o clases.

También en este tiempo fue testigo La Colombiére del engrandecimiento de la biblioteca, pues la que existía encima de la capilla de nobles, organizada y ricamente provista por el P. Ménestrier, no podía ya, a los diez años, dar cabida a todos los libros acumulados en el colegio gracias a las liberalidades de los bienhechores, en particular del señor Arzobispo de Lyón. En una casa que se construyó al otro lado de la ***rué Neuve***, se instaló una biblioteca más capaz, la cual estaba unida con la antigua mediante una arcada de gran estilo. Al agradecer a los cónsules los créditos prometidos para el nuevo pabellón, decía el P. de Chaize: ***Nuestras musas no echarán de menos su Parnaso, pues en los dos suntuosos departamentos que les habéis preparado habitarán mucho más magníficamente que en las cimas de las montañas que les ha construido la fábula.***

Un beneficio llama a otro. Cercano a la biblioteca había un edificio que quitaba luz a los estudiantes y les impedía ver el Ródano y la campiña.

Camilo de Neuville lo compró, lo regaló al colegio y añadió 400 libras para el derribo del mismo a pesar de ser nuevo y de buena apariencia.

Junto con la renuncia que al mismo tiempo hizo de sus derechos señoriales sobre el terreno, este regalo fue evaluado en más de 7.000 libras. Envolviendo al arzobispo y a los cónsules en las mismas alabanzas, se atreverá a decir años adelante el Rector del colegio: ***Los extranjeros vienen a admirar esta corte sabia que abre el templo de la sabiduría y de la gloria a todas las naciones. Esta biblioteca, que ciertamente es una de las maravillas de Europa, les sorprende. Era preciso darle estas dimensiones a fin de que cupieran en ella todos vuestros beneficios.***

Cuando el P. Claudio había marchado de París, enfilado por los jansenistas a causa de la ***Le tíre á un Seigneur de la Cour,*** de que antes queda hecha mención, le suplicó que le comunicase, con vistas a posibles réplicas, las observaciones que pudiese recoger acerca de las obras publicadas por los jansenistas. Claudio aceptó gustoso, feliz de hacer un favor a un amigo y de poder de esta suerte permanecer en contacto con el movimiento religioso de su tiempo. Incluso al principio de su profesorado había encontrado tiempo para redactar algunas notas, pero después el torbellino pedagógico le había envuelto con sus exigencias... Al fin del año escolar, el 1 de julio (probablemente 1671), en carta al P. Bouhours se complacía en hacer constar que ***la Providencia de Dios daba muestras de complacerse*** en

impedirle mantener su promesa y en privarle de la más sensible consolación que hubiese tenido en esta vida.

Me abruman los negocios desagradables —añadía— y para colmo de desdichas no soy capaz de aplicarme a ninguno. Me alegro infinito de que las jaquecas os dejen en paz este año; pero creo que ahora me toca a mí el padecerlas. Si tuviera tanta paciencia como usted, no cabe duda que sacaría mucho provecho del dolor que siento. No le envío ninguna nota ni ninguna observación porque me ha sido imposible llenar la hoja que comencé hace ya mucho tiempo.

Esta carta, la más antigua de las que conservamos, nos revela un La Colombiére bien diferente del que encontraremos en sus cartas de dirección. Ella rezuma sabor de los ambientes literarios —incluso burlones— frecuentados en París. ¿Será porque el autor, por un mimetismo inconsciente, toma el tono de su corresponsal, o sencillamente porque era más joven o porque no había renunciado aún a los juegos del estilo del siglo? Si no poseyésemos el autógrafo, se podría poner en tela de juicio la autenticidad de esta carta y pensar que había salido de la pluma de un

espíritu agudo, acostumbrado a los salones. Queriendo, en efecto, no obstante su fatiga, ayudar a su amigo a responder a las cartas que le llegaban, Claudio le decía: ***Si usted encontrase ocasión de reírse de esos señores a propósito de las obras que han dado a luz pública... creo que haría una carrera admirable. No he visto en mi vida más ridículo.*** Y traía un ejemplo —la manía de las digresiones interminables— tomado de la vida de Fray Bartolomé de los Mártires, escrita por los Solitarios, y añadía: ***Me parece todo eso tan cómico que no puedo menos de reírme cada vez que pienso. Toda la historia del Concilio de Trento ha hallado cabida en dicha obra de una manera más o menos igual.*** Es dudoso el que años adelante semejante risa pudiese aparecer en tal hombre y menos aún la seguridad un tanto incisiva con que termina esta carta: ***Tomaos el trabajo de leer los libros que han escrito; yo sostengo que están llenos de tonterías y de absurdos.***

En su conjunto, sin embargo, estas líneas no carecen de brío. Las observaciones de La Colombière no se ciñen únicamente a las sutilezas; se extienden a toda la manera de escribir la historia, y lo hace con criterio justo y con buena pluma. Por todo ello un crítico moderno, Enrique Bremond, ha podido decir después de citar largamente esta carta: ***No teniendo aún la cofradía de los críticos un trono —dejamos a San Jerónimo para la academia de las Inscripciones—, nosotros hemos encontrado ya uno. Porque el P. Claudio será canonizado ciertamente algún día y quizás pronto. Mañana mismo si de mí dependiera.***

Humanista de gusto muy fino y muy seguro, La Colombière no tuvo que hacer uso de estos talentos para la crítica, al menos por escrito, ni para el gran público; pero fueron un buen augurio para la enseñanza literaria que venía a dar en el colegio de la Trinidad, de la que sus alumnos de retórica fúeron durante tres años los felices beneficiarios.

Los pueblos felices no tienen historia... Tampoco la tiene un profesor en cuya existencia no existe más peripecia que siempre el mismo trabajo estimulado por la esperanza de ver surgir los hijos de su espíritu.

Para ilustrar el profesorado de otros santos —de un San Francisco de Regis, por ejemplo— tenemos testimonios de sus antiguos alumnos en el proceso de beatificación. Nada semejante tenemos acerca del P. La Colombière. Y, sin embargo, no por ello nos vemos reducidos a las meras conjeturas. Poseemos dos discursos —que son todo un programa— pronunciados con ocasión de la inauguración de curso y algunas páginas de las ***Réflexions chrétiennes*** sobre la educación de los niños, que nos permiten ver las líneas directrices de la enseñanza del profesor y conocer el modo de ser de su espíritu.

En su primer discurso, ***La edad de oro de las letras***, Claudio exalta la oratoria y literatura latina de la época de Augusto, convencido de que supera no sólo a los tiempos modernos, sino a los mismos griegos de quienes había recibido los elementos. Por tanto debe proponerse como modelo a imitar por quien quiera destacar en oratoria y lenguaje.

Quizás para superar una cierta impresión pesimista producida en los alumnos por su primer discurso, dedica Claudio el año siguiente al ***Elogio del orador francés***, en el que defiende que la elocuencia francesa no es inferior a la latina y ensalza el genio de la lengua francesa.

Más moderno y más próximo a nosotros nos aparece el P. La Colombiére por sus ideas sobre la educación.

Bien sea en la persona de los alumnos mayores, de quienes se ocupó en retórica, bien entre los pequeños confiados a sus cuidados en la Congregación de los Santos Ángeles, el religioso echa de ver con dolor que los padres con frecuencia deshacen, con su modo de obrar y de hablar, todo el bien que sus hijos han aprendido con las enseñanzas que se les han dado en los centros de educación.

¿No es sorprendente que padres cristianos no propongan a sus hijos sino motivos humanos para mimarlos a hacer lo que se les manda y que todo vaya enderezado a fomentar el lujo y la ambición? Este hombre —le dirán—, que era por su nacimiento de baja condición, se ha hecho digno de respeto por la elocuencia, y se ha visto honrado con los primeros cargos, ha adquirido grandes riquezas, ha contraído matrimonio con una mujer riquísima, ha construido una soberbia casa; todos le temen, vive en el esplendor y la gloria... Tan sólo se piensa en ponerles como modelos personas que ocupan un puesto elevado en la sociedad; nunca se les habla de los que reinan en el cielo.

¿No habrá un recuerdo personal en lo que añade a continuación: ***Si alguien se toma la molestia de hablarles, se le rechaza como a hombre que quiere echarlo todo a perder?***

¡Tan mal se ha comenzado la educación en la familia!

Tan pronto como una madre ha dado a luz un niño, todo ha acabado para ella. El niño pasa a las manos de una nodriza que le inspira y transmite, juntamente con la leche, su brutalidad y todas sus malas inclinaciones; de las manos de la nodriza, pasa a las de la aya, mujer malhumorada, colérica, testaruda, que pone todo su empeño en que no vaya el niño por las habitaciones de su madre. Luego un preceptor es el encargado de continuar la educación. Nadie sabe de él si es bueno o vicioso; se le contrata a la ventura; lo han escogido un pariente, un amigo, un indiferente. Todo es bueno con tal de que se oculten a los ojos de un padre o de una madre las pequeñas libertades del niño, de quien se tiene menos cuidado que de los caballos a quienes visitáis cuando los están limpiando.

¿No pondrá el colegio remedio a todo eso? Muchos así lo esperan todavía en el siglo XX. ***Corregid a este niño; si es necesario, emplead incluso el palo, os doy toda mi autoridad.*** Esta ilusión no es nueva. Oigamos a La Colombiére:

Confieso que muchos los confían a hombres sabios y prudentes. Eso no basta, cualquiera que sea la autoridad que trasmitáis a las personas dedicadas a la educación de vuestros hijos. Elíseo envió a Giesi con su bastón a fin de que devolviese la

vida al hijo único de la Sunamitis. Ni Giesi ni el bastón hicieron nada; fue preciso que Elíseo en persona se presentase en casa de la viuda.

¿No parece en lo que sigue a continuación que estamos asistiendo a una conversación de recibidor, incisiva, persuasiva, o mejor aún a una ***dirección*** de conciencia?

¿Qué hace usted en su casa si no trabaja en la educación de sus hijos? Es la única cosa que tiene que hacer y la única en la que Dios quiere que le sirva; para eso ha establecido el matrimonio cristiano y de ello os pedirá cuenta. Les habéis procurado bienes. ¿Es eso lo que Dios os pedía? Dadme cuenta, os dirá en el día del juicio, de esa alma que os confié, ¿Qué ha sido de ella? Éste era vuestro terreno, ésta la viña que el Señor os había encargado cultivar... ¿A qué santidad los habéis elevado? ¿Qué máximas les habéis inspirado? ¿Son buenos y temerosos de Dios? ¿Están bien instruidos en nuestros misterios? Muchos no sabrán ni qué responder, porque no saben siquiera de qué se trata.

Al leer este interrogatorio, se dice uno: Dichosas las almas que habiendo encontrado director semejante se dejan dirigir por él. No corren peligro de ser almas vulgares.

En el mismo otoño de 1673 en que La Colombiére pronunciaba su discurso sobre el orador francés, llegaba a Lyón

una joven italiana, María Beatriz de Este, a quien un matrimonio, contraído por procurador y celebrado en Módena, había hecho duquesa de York. Iba camino de Londres a unirse con su esposo, a quien no conocía todavía, Jaime, hermano de Carlos II. Nieta por este matrimonio de Enrique IV, prima de Luis XIV, tenía derecho a honores de príncipe. El día 22 de octubre, los regidores y concejales le ofrecieron en el Ayuntamiento de Lyón, tanto a ella como a su madre, la princesa de Módena, y al marqués de Dangeau, su tío, una solemne recepción. ¿Quién iba a pensar entonces en el colegio, que esta joven duquesa iba a proporcionar dentro de poco al Padre Claudio la ocasión de pasar a Inglaterra para predicar y sufrir y llegar a ser confesor de la fe?

Capítulo Vil

PREDICACIÓN Y REFORMAS

En setiembre de 1672, el P. La Colombiére dejó la congregación de los Santos Angeles, pero le encargó su P. Rector, P. de la Chize, de la de la Anunciación de la Santísima Virgen, la cual, siendo sólo para humanistas y retóricos, le daba la ocasión de tener más ascendiente sobre sus propios alumnos.

Al año siguiente dejaba de ser profesor y pasaba a ser predicador en la iglesia del colegio de la Trinidad.

Para la mayor parte de nuestros contemporáneos el nombre de colegio evoca únicamente la idea de un establecimiento destinado a la instrucción de los jóvenes. En el siglo XVII, los colegios de la Compañía de Jesús, sobre todo en las ciudades donde los predicadores y misioneros no disponían de una residencia aparte, contaban, junto a los profesores, con algunos religiosos consagrados al apostolado exterior. Unos eran prefectos de diversas Congregaciones de nobles o artesanos, otros

eran obreros apostólicos, catequistas o predicadores. Los profesores mismos, por ser muy numerosos y tener bien repartidas sus clases, podían contribuir, al menos los domingos, a la instrucción religiosa de los fieles. Así durante el profesorado del P. La Colombiére en Lyón, ciertas cartas anuas del colegio nos dicen que se ha enseñado el catecismo durante el año en quince sitios distintos y que cada domingo treinta operarios salían para entregarse a las obras de celo, bien en la ciudad, bien fuera de ella. Treinta, lo que nos hace creer que aun los sacerdotes jóvenes, teólogos de cuarto año y sin duda algunos escolares, ya antes de su sacerdocio, ayudaban a estos trabajos al menos en los catecismos. Por los tiempos en que Claudio era alumno del colegio de la Trinidad, florecía ya una Congregación compuesta por las gentes más notables de la ciudad, bajo el título de la Asunción, y dos para artesanos agrupados según la edad, bajo el título de la Purificación y de la Natividad de Nuestra Señora. En 1669 se había añadido una para los mozos de cuerda o maleteros, con lo que el número total de congregantes subió a tres mil. Esta última hizo prodigios en el fervor desde sus comienzos:

Cada domingo, además de los ejercicios usuales de las Congregaciones, se veía a estas buenas gentes acusarse sin vergüenza de sus faltas públicas; de haber insultado a su prójimo, jurado contra el nombre de Dios, maldecido a alguno, amado mucho el vino y no bastante a su mujer. Por ello recibían penitencias públicas que cumplían de buen grado. Las esposas, maravilladas de ver a sus rudos maridos cambiados en mansos y

dulces corderos, imitando su ejemplo se convertían ellas en ovejas y no cesaban de ponderar y alabar una Congregación que había sido capaz de obrar tales prodigios.

La más original de estas iniciativas fúe una misión predicada en el colegio para los arrieros del cinturón huertano:

Los huertanos de Lyón —dice el narrador de las cartas anuas—, habitantes en su mayoría de los alrededores, sostienen cada uno, de ordinario, uno o dos hombres cuya única función es conducir un burro a través de las calles de la ciudad y recoger los desperdicios con los que hacen el estiércol para abonar la tierra. Estas pobres gentes son, en general, de edad avanzada, algunos de 80 y aun más años. Algunos de nuestros Padres, habiendo caído en la cuenta de que su atuendo interior estaba tan descuidado como el exterior, trataron de poner remedio. Se organizó una misión para ellos, sobre todo los días de labor, durante un trimestre. Acudieron quinientos. No se puede expresar la sed que sentían por los rudimentos del catecismo; hacían llorar. Estos hombres incultos los recibían con tanta facilidad, que aun nuestros mismos alumnos de los cursos superiores no hubieran sabido responder mejor a los diferentes puntos de doctrina cristiana, o confesarse con más exactitud y claridad.

Por su designación de ***predicador en el templo***, el P. La Colombiére recibió la misión de mantener encendido este horno de apostolado. Como oyentes tendría, todos los domingos y días de fiesta, una porción escogida de intelectuales que formaban

parte de la Congregación de Notables. Era ciertamente una misión delicada y de relieve que tan sólo se confiaba a oradores experimentados en otros públicos. El P. de Champs, que había podido apreciar en París los méritos del P. Claudio, creía abrirle de esta suerte en Francia la puerta a una carrera fecunda que al mismo tiempo daría lustre a la Orden. Sin pretenderlo, le ayudaba a prepararse para una misión lejana, la cual, no obstante su brillo exterior, había de ser oscura y martirizante. Cuando, en efecto, La Colombiére improvisadamente sea nombrado predicador de la Corte de Inglaterra, su mejor viático lo constituirán los sermones predicados durante doce meses, bien en la iglesia de la Trinidad, bien en las parroquias y comunidades religiosas de Lyón.

Como sus discursos fueron publicados en su mayor parte bajo la forma que recibieron en Londres, no se puede juzgar, por su texto, lo que fueron las predicaciones de Lyón. Su estudio general lo reservamos para un capítulo posterior.

Entre aquellos cuyo texto nos ha llegado tal como fue pronunciado en Lyón, hay que contar en primer lugar cuatro sermones: en los Carmelitas en la fiesta del Santo Escapulario; a las Clarisas en una toma de hábitos; en el Colegio en la fiesta de San José y en la fiesta de la Natividad de la Virgen; además dos panegíricos: el de San Buenaventura, predicado en la iglesia de los Franciscanos, y el de San Francisco de Borja. Fácil es hallar en ellos el reflejo de ciertas preocupaciones que atormentaron largo tiempo el alma delicada, algún tanto tímida y siempre temerosa, del santo religioso.

Claudio no había necesitado del aviso de San Pablo a los corintios para darse perfecta cuenta de que la ciencia hincha y de que puede llevar a las vanas complacencias; de que los razonamientos y la dialéctica cultivados por mucho tiempo secan el corazón y tienden a matar la piedad. Por haberse dejado cautivar por las seducciones del estudio o el incienso de las alabanzas, algunos habían sentido írseles la cabeza; otros habían rodado al abismo. Cuanto más sentía los encantos de la ciencia y las alegrías de los éxitos, tanto más se echaba a temblar. ¿No sería más fácil permanecer humilde y devoto en una Tebaida o en una Cartuja? Tentación sutil que no tenía otro objeto que paralizar su celo y aun arruinar todo esfuerzo de apostolado, como él confesará más de una vez. Contra esta impresión sirve de maravillosa protesta la vida de San Buenaventura. Si en su siglo, en efecto, no hubo ninguna persona que pusiera tan alto la ciencia de la Escritura y de la Escuela, ninguno tampoco dio muestras de una humildad más profunda o de una devoción más tierna.

Mientras La Colombiére se complace, para instruir a su auditorio, en mostrarlo y probarlo, se instruye y se alienta así mismo. La ciencia, pues, don del Espíritu Santo, queda limpia de todo reproche, y si alguna vez ha creado hombres orgullosos y corazones secos, no es sino como consecuencia de nuestras malas disposiciones. A nosotros toca no echar a perder la naturaleza de la ciencia y saber, imitando el ejemplo de este humilde y devoto doctor de la Iglesia, colocamos entre los gloriosos esclavos del amor.

En el sermón de toma de hábito predicado en las Clarisas encontramos otra clase de temor, más delicado todavía. No puede haber apóstol verdadero
sin un grande amor. Jesús nos lo enseña, Jesús nos da el precepto y el ejemplo. Ha amado hasta el exceso y aun ha tenido un amor de preferencia para uno de sus discípulos. Es verdad; mas para nuestro pobre corazón humano, corazón de carne, ¿cuántos peligros en ese amor? ¡Qué fácil es complacerse en él, en vez de servirse sin reserva para ir a Dios! Son como otras tantas rapiñas de un amor que el corazón quisiera todo para el Maestro
Unico. Claudio sintió el peligro, y en este día de vestición, delante de la verja austera, al mismo tiempo que descubre las exigencias del amor divino, manifiesta también el fondo de su alma. Tales y tantas son esas exigencias que aun delante de las Clarisas, almas que han hecho profesión de completo despojo y están por tanto en mejor disposición para comprenderlo, tiene miedo de causar sorpresa: ***lo que os voy a decir os sorprenderá y, sin embargo, nada hay tan verdadero...*** y a continuación, de un tirón, con un suave rigor les da su mensaje:

Los celos de vuestro Esposo se extienden a todo lo que puede inspirar algún sentimiento de amistad o de ternura. Si queréis complacerle en todo, renunciad a todas las inclinaciones, no tengáis ninguna amiga particular, ninguna íntima confidente, olvidaos hasta de vuestros padres y desead que os olviden. ¿Puede haber amistad más laudable, más santa aparentemente

que la que podríais sentir para con un director que os enseñase el camino del cielo? No obstante, si sintierais demasiado apego hacia ese director, si deseaseis su trato, aunque santo, con demasiada ansiedad, si no estuvieseis dispuestas a dejarle al primer mandato, sería lo bastante para causar pena a este Esposo. Más aún, a veces se sentirá celoso de las mismas personas que Él os manda amar; quiere que améis a todas aquellas almas con quienes vivís y viviréis y que las améis como a vosotras mismas. Mas si en ese amor entra algo de humano y manifestáis más amor a aquellas que tienen más talento, más suavidad o son más bondadosas para con vosotras, de tal suerte que se pueda sospechar que no es a Él solo a quien amáis en cada una de ellas; si eso sucediese, hermanas mías, tendría motivos de quejarse y no pasaría mucho tiempo sin que os dierais cuenta de su enojo.

En este mensaje de espiritualidad muy elevada y de psicología penetrante, uno de los primeros sermones que predicó La Colombière, nos manifiesta ya una de las más inquietas preocupaciones de su amor para con Dios.

Algunos meses antes Claudio, en la toma de hábito de su hermana Margarita, en la visitación de Condrieu, tuvo una exhortación ***todo fuego*** que, según los testimonios de la cronista del monasterio, debió de parecerse mucho al sermón pronunciado ante las Clarisas.

Los dos sermones sobre la Santísima Virgen dan testimonio de la devoción a la vez muy doctrinal y tierna que Claudio sintió siempre para con la Reina de los cielos. En el del 8

de setiembre se percibe como un temblor de su alma de apóstol. Esta fiesta de la Natividad de 1674 señala para él el final de sus predicaciones en la iglesia del colegio y es el último contacto que tiene con sus queridos oyentes y siente angustia en su corazón; durante estos doce meses, ¿habrá cumplido bien con su cometido? ¿Y ellos con el suyo? Propone la cuestión, directa, apremiante, cerrando el paso a las excusas y dando pie a un examen de conciencia.

No os pregunto si habéis amado a Dios tan pronto como le amó la Virgen; eso no estuvo en vuestras manos. No llevéis a mal que os pida cuenta, al menos, de las gracias que habéis recibido durante este año. Decidme con franqueza, ¿habéis sacado algún fruto? ¿Sois mejores que hace un año? ¿Vuestra cólera no sigue siempre tan violenta? La aversión contra vuestro vecino, la envidia de su prosperidad, ¿no se mantiene viva? ¿No sentís tan insaciable la sed del oro y de la plata? ¿y tan fuerte el apego al mundo y a la vanidad como lo sentíais el año anterior? ¿Oráis con más respeto? ¿Os confesáis con más cuidado'? ¿Hacéis las comuniones con más preparación y más fervor? ¿Qué habéis cercenado de vuestro lujo y de vuestras diversiones por amor a Cristo? ¿Habéis añadido algo a las limosnas que teníais costumbre de hacer? ¿Estáis más sumisos a la voluntad de Dios y tenéis más paciencia en las adversidades? A mí me podréis argüir que no he dicho las cosas ni con bastante fuerza, ni con suficiente elocuencia para convenceros; mas ¿qué diréis a Dios, que, a pesar de la rudeza de mi discurso y mi debilidad, no habrá dejado de

hacerse sentir en el fondo de vuestro corazón induciéndoos a poner en práctica lo que ya conocéis perfectamente bien? Sería para mí una desgracia y hubiera sido mejor que yo no hubiese subido a este púlpito si sólo os hubiese hablado para daros ocasión a esos reproches de los que no podríais defenderos. No son fábulas lo que se os predica, en vano esperáis una muerte santa después de una vida tan poco cristiana... Pues qué, ¿quisierais morir con ese vicio, con ese mal hábito, con esa amistad, con esa imperfección antes que obedecer a la voz de Dios que llama? ¿Quisierais presentaros ante el tribunal de Dios antes de entregaras del todo a Él?

Y todo concluye con este grito de esperanza: ***¡Qué consuelo para mí si, al separarme de vosotros, estuviera seguro de dejar a María en vuestro corazón/ ¡Dios mío, cuán dichosamente haría ella germinar en él las verdades que yo me he esforzado en introducir!***

Así se nos presenta el Beato Claudio al acabar su profesorado y su primer año de predicación: deseoso de entregarse sin reserva a Dios, una vez despegado de todo lazo natural aun para el estudio y para las almas que le han sido confiadas, a fin de poder procurar su reinado con un celo más puro y más conquistador.

Estas manifestaciones son tan sólo un signo del trabajo íntimo que, después de su ordenación y más que nada durante estos tres últimos años, se había ido realizando en el corazón religioso. Transformación profunda a la que darán ocasión los diversos acontecimientos y de la que su Rector, el P. de la Chaize, no parece ser mero espectador, puesto que en los años por venir, este superior había de desempeñar en la carrera de Claudio un papel muy de primer plano.

Nacido en el castillo de Aix, sobrino nieto del célebre P. Coton, confesor de Enrique IV, brillante profesor de retórica y de filosofía en Lyón, Francisco de la Chaize se atrajo muy pronto las miradas y la confianza del arzobispo Canuki de Neuville. Cuando en 1668 fue enviado a Grenoble a fin de apaciguar los ánimos de la ciudad, un tanto excitados contra los jesuítas, el prelado se quejó vivamente al P. Oliva diciendo que tenía necesidad de sus consejos, y sin tardanza, el P. de la Chaize volvió a Lyón, donde fue nombrado rector del colegio del Perpetuo Socorro contiguo al palacio arzobispal, a fin de que el Padre pudiese estar a disposición del Arzobispo. Dos años más tarde, cuando el P. Suffren, Provincial, le quiso nombrar socio del P. Provincial, el P.

General le ordenó que no hiciese nada sin el asentimiento de Camilo de Neuville.

La presencia del P. de la Chaize en el gran colegio de la Trinidad contribuyó a remediar ciertas infracciones de la disciplina religiosa que por entonces se notaban en la vida de comunidad, como consecuencia, tal vez, de la exuberante prosperidad nacional que caracterizó a esta época.

Se sentaba en el trono un rey joven, sinceramente querido, ya demasiado halagado, en torno al cual se agrupaban como en familia las provincias francesas largo tiempo sacudidas por las disensiones religiosas y las guerras; la civilización brillante que crecía con su contacto, la gloria y más aún las magníficas esperanzas que inspiraba toda su persona, ¿qué más se podía pedir para que por todo el reino se dejase sentir como una vibración colectiva? ¿Cómo extrañamos de que los colegios se dejasen también influenciar por el ambiente? Grandezas y. miserias...

Estas faltas de disciplina en 1671 no debían ser muy generalizadas, pues dos años antes el P. General se alegraba de ver la buena observancia en el colegio de la Trinidad, por la cual quería que se felicitase al P. Rector ***y más que nada a los padres mayores cuya virtud y ejemplos contribuyen no poco a arrastrar a los jóvenes a la virtud.*** El 20 de agosto de 1669 había felicitado directamente al P. Rector, P. Bertram Bras, por el excelente comportamiento de su colegio. Sin embargo existían infracciones de la regla. Feliz culpa estamos tentados de decir, feliz relajamiento sobre el que sería inútil echar un velo, porque coincidió con la reforma severa que el Padre Claudio, por una generosa reacción, comenzó a imponerse, creando una atmósfera de renovación de la que fue en parte el alma.

Hacía varios años que el P. Oliva se afligía al ver que en la Provincia de Lyón un gran número de religiosos eran infieles a su vocación. ***Esas defecciones*** —escribía— ***provienen de dos causas. En los Superiores, de una cierta rigidez que los induce a gobernar a los jóvenes con dureza como a siervos, no con bondad como a hijos, y aun con cierto dejo de desvío que los lleva a no preocuparse de la conducta que observan, de sus estudios o de sus necesidades temporales. En los súbditos, falta de espíritu sobrenatural, tibieza en la piedad y una manera muy libre de vivir que los jóvenes aprenden en los colegios imitando los ejemplos de algunos mayores.*** Por otra parte, recomienda más vigilancia a fin de impedir la lectura de autores y poetas modernos, buena únicamente para llenar el espíritu de

curiosidades vanas, de frivolidades o de intrigas de amor a menudo poco castas. Y ¡cuánta ***charlatanería abusiva todavía, a pesar de las admoniciones anteriores, bien sea en casa, bien en la portería, y aun en las rejas de los monasterios después del sermón los días de fiesta/ En suma, una relajación —así opinan ciertos consultores— que da a los teólogos del colegio un aire poco recogido, de espíritu evaporado, con gran escándalo de los estudiantes seglares que siguen los mismos cursos.***

En diversos sitios se notan infracciones de la pobreza religiosa y del espíritu de sacrificio. ***El uso del chocolate, hasta ahora santamente ignorado en la Provincia de Lyón, comienza a introducirse, y de los Padres más antiguos pasa el uso a los jóvenes. A fin de procurárselo, algunos importunan a sus amigos de fuera con demandas de dinero.*** Por eso el P. Oliva prohíbe absolutamente el uso del chocolate y ***lo prohibiría en virtud de santa obediencia si no confiase en que cada uno, después de una seria consideración delante de Dios, encuentre en su celo y piedad un motivo para renunciar quasi espontáneamente.*** Sobre este punto se reserva a sí solo el derecho de dispensar, y considerando —lo que entonces era corriente— el chocolate como un tónico, declara sin ambages que no concederá el permiso sino a los Padres extenuados por la vejez o la enfermedad. En cuanto a los otros, los más jóvenes y robustos, que se persuadan que no deben ni pensar siquiera en obtenerlo.

Como esta carta se leyó públicamente en el refectorio hacia el principio de la Cuaresma de 1671, tuvo ciertamente

conocimiento de ella Claudio La Colombiére.

Con todo, el P. General medita un proyecto que manifiesta el 31 de marzo del mismo año. ***Estoy muy convencido, por una experiencia de muchos años, que las provincias de la Compañía son casi siempre mejor gobernadas por un Provincial extranjero que por un individuo de la misma región y que la mayor parte de ellas tienen muchas veces necesidad de uno de fuera.*** Con todo, tiene el P. Oliva el humor de añadir: ***No es que yo afirme esto de la Provincia de Lyón;*** y con todo nombra poco después como Provincial de la misma un parisiense: el P. Esteban de Champs, que había sido Rector de Claudio en el colegio de Clermont. El mismo día y por la misma carta, el P. de la Chaize era puesto al frente del colegio de la Trinidad.

Por lo que hace a la observancia religiosa fueron estos dos nombramientos de una sorprendente eficacia. Durante tres años las cartas del P. Oliva al Provincial, a los rectores y consultores de Provincia, no andan escasas en elogios al P. de Champs y al P. de la Chaize. Se ha verificado una completa transformación en la Provincia. ***Me dice usted maravillas del P. Provincial*** —escribe al Superior de la Trinidad—. ***Pero también debo igualmente felicitarle a usted porque bajo su dirección ha progresado tanto, así en lo espiritual como en lo temporal.*** Las Cartas Anuas de 1672 son todavía más explícitas:

En el colegio, la vida religiosa, la disciplina y el ardor por la virtud han tomado tal vuelo que no dudan nuestros Padres

mayores en afirmar que jamás han visto cosa semejante, Por todas partes la paz, por todas partes el buen orden; y entre todos la más admirable unión de corazones a pesar de la diversidad de países y naciones. Jamás se han visto hacer más penitencias en el refectorio, nunca más humildad para ofrecerse a los más bajos empleos de la cocina no sólo por parte de los jóvenes, sino también de los más graves profesores de las clases superiores, de tal modo que apenas se pasa un día que no vaya uno u otro a ofrecer sus servicios al cocinero.

No fue éste un fervor de pajas, según lo testimonian las cartas de los Superiores. Durante muchos años no se hallará nada que reprochar a los jóvenes religiosos más que alguna excesiva elegancia, a la manera de las gentes de la Corte, en el modo de llevar la barba.

Semejantes resultados no pueden, ciertamente, obtenerse por medio de ordenaciones ni por sanciones, sino más bien por contactos íntimos de las almas y mediante el ascendiente personal. Para dar con el secreto sería preciso haber asistido a los coloquios de la cuenta de conciencia. Los más firmes puntales de los superiores, cuando se proponen llevar a cabo esas enmiendas, son seguramente las almas selectas que se deciden, como Claudio en esta ocasión, a seguir sin reserva las inspiraciones de la gracia.

Al hablar así no formulamos una hipótesis. En una carta de la época, La Colombière afirma los buenos efectos que por reacción pueden producir los malos ejemplos sobre un alma fervorosa. Diríamos que nos da la explicación de la ascensión

espiritual que Dios acaba de obrar en él. Escribe a su hermana Margarita que en el mes de mayo de 1674 había tomado el hábito en la Visitación de Condrieu, la felicita por haber entrado en una casa donde tanto reina la virtud y una caridad tan perfecta, y a renglón seguido, presionado por el contraste que ha experimentado en sí mismo, añade:

Ya sé que aun cuando hubiera menos, eso no podría perjudicar a una persona fervorosa y que sólo busca a Dios. Además de que no se piensa en los defectos ajenos cuando uno se aplica a corregirse de los propios, todo le ayuda al bien pretendido, y los malos ejemplos que corrompen a los débiles excitan a los que tienen algún amor de Dios, por el deseo que tienen de reparar lo que sufre de parte de los negligentes y por el temor de hacerse como ellos. Deja que tus hermanas vivan como quieran, eso no te importa a ti. ¡Qué tentación más horrible es la de preocuparse por la conducta de los demás!

Deseo de reparar. Fijémonos en la expresión, que es muy importante en el futuro confidente de las revelaciones del Sagrado Corazón.

Hay más. Sabemos a ciencia cierta, por su mismo testimonio, que el empuje espiritual de La Colombière data de los años en los que en su derredor reinaba la tibieza. Cuando a fines de 1674 haga el voto de observar sin reservas todas las reglas, declarará expresamente que este plan de vida lo venía meditando, con asentimiento de su Padre espiritual, desde hace tres o cuatro

años; que es precisamente la época en que el P. Oliva reiteraba sus amonestaciones.

¿Será ocioso el hacer notar que esta renovación en el alma de La Colombiére, durante el rectorado del P. de la Chaize, coincide exactamente con los años en que Margarita María, entrada en el Noviciado en 1671, comenzaba a ofrecerse como víctima por las infidelidades de las almas religiosas? El cuerpo místico de Cristo es una realidad viviente, cuyos miembros tienen entre sí, aun ignorándolo ellos, conexiones espirituales fecundas. ¿Por qué no se habría Claudio beneficiado en Lyón de las gracias de reparación merecidas en Paray-le-Monial por la Santa salesa?

Sea lo que sea de estos misterios de la gracia que escapan a nuestros ojos de carne, San Ignacio no hubiera podido desear en su hijo mejores disposiciones para emprender con provecho los ejercicios de la ***escuela del afecto*** que es el año de tercera probación.

Capítulo VIII

EL TERCERONADO CERCA DE LA ABADÍA DE AINAY

Setiembre 1674-Febrero 1675

A primera vista, puede parecer extraño que religiosos formados hace tiempo en las pruebas del noviciado, llegados al sacerdocio después de largos y sólidos estudios de filosofía y teología, maduros, como lo estaba el P. La Colombiére por ocho años de profesorado, ejercitados en los ministerios apostólicos de la dirección de almas y de la predicación, sean todavía, antes de hacer sus últimos votos, sometidos a la soledad de un segundo noviciado, a fin de perfeccionarse en la ascética y la oración.

Y, sin embargo, eso es lo que ha querido para sus hijos San Ignacio y en recuerdo de los dos años de noviciado en que comenzó su formación, este año, que le da cima, se llama terceronado.

El largo período consagrado a los estudios y a la enseñanza ha podido en algunos casos entibiar el fervor inicial, o

llenar el espíritu, el corazón de aspiraciones humanas que la gracia no ha purificado lo bastante. Han mediado experiencias de acción apostólica y de vida interior que han dado a conocer aptitudes y ocasionado fracasos, se han dejado oír llamamientos de la gracia y se han concretado orientaciones. Todo ello, para ser precisado, concretado, elaborado sin error y definitivamente a la luz divina, precisa de un período de calma, de un clima de oración y recogimiento. Esta hora en que el religioso, el sacerdote, llegado a la madurez se recoge, en un ambiente fraternal, es a todas luces, como lo dice la experiencia, en extenso provechosa. Por otra parte, el director de conciencia, en esta fase de intensa vida espiritual, es al mismo tiempo un maestro de doctrina y por eso se le llama instructor, bajo cuya dirección se profundiza en los principios de la dirección, de la mística y de la ascética cristiana. Por eso el terceronado es, desde todos los puntos de vista, una escuela superior de entrenamiento, de santidad, o por mejor decir, un encuentro prolongado de todo el hombre con Cristo. Como dice uno de los primeros jesuitas que en estas materias comentaron el pensamiento del fundador,

> sería extraño que consumiésemos tantos años de trabajo en profundizar lo que es el lugar, lo que es el tiempo, lo que es la cantidad, y que para penetrar la oculta esencia de la perfección se imagine uno que basta leer de prisa algunos libros... No, para merecer el título de espiritual, no basta haber hojeado muchos opúsculos espirituales y poder discurrir pasablemente; sino que se debe, después de haber obtenido, con la luz divina de las cosas

espirituales, una ciencia sólida, experimental en sí mismo con toda pmdencia la práctica y seguir las reglas antes da conducir a los demás.

Estas líneas del P. Antonio Le Gaudier nos hacen entrever el trabajo que el Espíritu Santo iba a realizar durante estos meses de gracia en el alma de La Colombiére.

¡Oh beata soledad, oh sola beatitud! Claudio no iría a buscar esta soledad dichosa al desierto, ni muy lejos, sino sencillamente al extremo meridional de Lyón, cerca de las riberas donde confluían entonces, al pie de la abadía de Ainay, el Ródano y el Saone. Todo ese arrabal, hoy tan bullicioso, cruzado de vías férreas que desembocan en la estación de Perrache, era entonces una península —también se la denominaba a veces ***la isla de Ainay***— completamente rodeada de silencio. Aislado de una parte por los ríos, estaba protegido contra el rumor que desciende del Ayuntamiento y de San Nizier, por un espeso telón de casas religiosas y conventos de lentas salmodias y de silenciosos pasos. Medio oculta detrás de tantos claustros y de bosques, majestuosa como una reina, respetada como una madre cuyas bondades se han prodigado durante siglos sobre todas las miserias, se levantaba la abadía cluniacense de Ainay que aparecía en su fluvial ornato, el cual fue durante muchos años uno de los más bellos, no sólo de Francia, sino también de Europa. Allí habían

instalado los jesuitas un noviciado en 1605, en la llanura de Ainay próxima a la abadía, a la cual había pertenecido en otro tiempo. Dedicada a San José, se ha dicho que ésta fue la segunda casa en Francia que llevaba el nombre del santo Patriarca. Soledad ideal a pocos pasos de la agitación bullanguera, turbada a intervalos sólo por el doblar austero o alegre de las campanas, invitando a los oficios divinos: más tranquilizadora y no menos piadosa que la de los arrabales más tranquilos del Paray-le-Monial de nuestros días.

Después de haber servido en varias ocasiones de noviciado, la casa de San José era ahora el terceronado de la Provincia de Lyón, aunque no de una manera continua, puesto que, a fin de no herir las susceptibilidades de los ***sequanais,*** es decir, los habitantes del Franco-Condado que, aun después de la victoria de Condé en 1668, no pertenecían todavía al reino de Francia, el noviciado se hacía a veces en Yesoul. Esto era para el pequeño colegio de esta ciudad una pesada carga, la cual, no obstante la ayuda prestada por el noviciado de Salins más ricamente dotado, provocaba amargas quejas. Pero, en cambio, como lo mandaba el P. Oliva al Rector de Yesoul: ***Si los padres tercerones han aumentado vuestras cargas, las disminuyen por otra parte sensiblemente dedicándose a servir al prójimo y evangelizando con su predicación todos los alrededores.*** Algunos meses después, respondiendo al P. Gilberto Athiaud, rector de San José —en quien persistía el temor de carecer de las cualidades requeridas para instruir a los tercerones —, el P. General escribía:

V.R. está perfectamente capacitado para hacer frente a la vez a varios ministerios. En esa casa de Probación, los asuntos no son tan numerosos que os impidan el formar en la piedad a los Padres de tercera probación. Me alegra el verle tan pronto a obedecer y dispuesto a volverse a Vesoul tan pronto como haga falta para cumplir allí las mismas funciones.

Al año siguiente, el P. Athiaud, que no había salido de Lyón, acogía en San José a los once tercerones que la Providencia le enviaba. Había gobernado durante cuatro años el colegio de Aviñón y conocía hacía tiempo al P. La Colombière. Era un religioso de una abnegación y de una humildad poco comunes, y los anales de la casa dirán de él que descollaba por las virtudes de prudencia, rectitud y probidad. Durante su tercer año de probación se había comprometido con juramento —no se dice que fuese un voto— a aceptar de buena gana cualquier empleo, aunque fuese el más humilde, que los superiores le pudiesen confiar. Humildes empleos. El P. Athiaud debía en lo sucesivo ser rector de siete casas, dos veces Viceprovincial y una Provincial, y en todas partes y en todos los empleos sería el siervo de los siervos de Dios.

El P. Athiaud iba a sorprender en el corazón de su discípulo Claudio un juramento más estricto y de más extensión.

Al cabo de algunas semanas de espera para dar tiempo a que, en la bruma otoñal, las almas fuesen olvidando los tráfagos del mundo, comenzó el mes de ejercicios: treinta días de

completo silencio destinados a poner en marcha el trabajo de la tercera probación.

Resuelto a ser extremadamente fiel y sincero y a vencer en esto el orgullo que haya gran repugnancia en manifestarse, Claudio se obligó desde un principio a llevar su diario espiritual, en el que hallará una doble ventaja: en primer lugar, la de ayudar a su instructor a dirigirle mejor, y luego la de conservar para más tarde el recuerdo de las luces recibidas y el de los propósitos que habrá hecho. Páginas preciosas que nos van a permitir entrar en lo más íntimo de su alma.

A pesar de sentir una gran pasión por cielos libros que tratan de la vida espiritual de una manera más elevada, como ***Santa Teresa***, ***el Cristiano interior***, de M. de Bemiéres, etc., el ejercitante se decide a no leer ninguno, persuadido de que Dios le hará hallar en los puntos propuestos por el P. Espiritual, y en los libros que él le señale, todo lo necesario. Vías místicas y alta perfección no son términos sinónimos; hay muchos caminos para llegar a la santidad. ¿Cuáles fueron esos puntos propuestos por el P. Espiritual? Evidentemente, los de los ejercicios de San Ignacio, y de ordinario tal como los comenta el P. Le Gaudier, el cual, después de haber sido durante varios años instructor de tercera probación, al morir en 1622, dejó un tratado de ***Perfectione vitae spiritualis***, que vio la luz pública veinte años más tarde. En el segundo volumen, bajo el título ***Introductio ad solidam perfectionem***,, exponía el conjunto de ocupaciones necesarias en la segunda probación y toda una serie de consejos o

meditaciones para los ejercicios de mes. Que el P. Athiaud se inspiraba bastante en esta obra se echa de ver por los mismos apuntes espirituales de Claudio. Donde más se nota esta dependencia es en la segunda semana, que es precisamente la que aparece más detallada en La Colombiére, en la que se encuentran todas las materias de Le Gaudier, tanto las que le son personales como las demás y en el orden mismo en que las propone, aunque este orden no sea siempre el de San Ignacio. No se encuentra ninguna otra materia. Ya se deja claramente entender que esta dependencia es puramente material y que se limita a la elección y a la distribución de los puntos de meditación. En el diario de Claudio, el elemento intelectual propiamente meditativo se reduce al mínimum. Lo que absorbe la atención y la pluma del ejercitante son los afectos y las resoluciones. Ahora bien, en este terreno todo aparece con tal espontaneidad, que es difícil descubrir ninguna influencia fuera de la de la gracia divina.

Otro uso inspirado por el P. Le Gaudier. En varias ocasiones, durante los ejercicios, Claudio anota en su diario, entre las meditaciones habituales, un examen sobre el modo como observa las reglas de su Instituto: examen que no tiene de ordinario ninguna trabazón con las meditaciones del día. No se extraña uno cuando lee en la distribución del día prescrita a los ejercitantes por la ***Iustructio: Después de comer, de dos a tres, consideración sobre las reglas, primero las del sumario, luego las comunes, las de los sacerdotes y las que son propias de los diversos oficios.*** Los exámenes anotados por Claudio son una

señal de la fidelidad con que sigue todas las indicaciones del P. Instructor. Cuando después de haber estudiado en detalle el diario espiritual y anotado los movimientos que acusa en su alma, se relee de nuevo con lectura rápida, a fin de captar lo que constituye su unidad, se advierte sin dificultad que de punto a cabo contiene un drama siempre emocionante, a veces trágico. ***Siento en mí dos hombres.*** Lucha entre la confianza en Dios, en la que el religioso se ha establecido sólidamente, y el temor que siente —angustia en algunos instantes— de no poder, en su apostolado futuro, salir victorioso, triunfar sobre su apego a la estima de los hombres.

Claudio ha recibido en herencia magníficos talentos que le han puesto, por decirlo así, sobre el pedestal; él es el único entre sus compañeros lioneses que ha ido a París a cursar la teología; aun antes de ser sacerdote ha tenido éxitos poco comunes como predicador ya en la época de Aviñón y como humanista hasta en los salones literarios del gran mundo, fía vivido en el ambiente de un primer ministro que le apreciaba grandemente; un académico le ha honrado con su amistad y consultado a veces; exhala su persona un encanto compuesto de finura y de dulzura exquisita que atrae. Es un hombre de relaciones. Su trato agrada y él lo sabe. Ha nacido para la amistad. Emotivo en exceso, dotado para las artes y la música, saborearía, por instinto, las alegrías que se presentan, y se declara llevado naturalmente al amor del placer. Pero lo que más le cautivaría, si se dejase llevar de sus tendencias fundamentales, serían la alabanza, la preocupación por su reputación, los aplausos: lo que

él llama su deseo de vanagloria; ésa es su pasión dominante.

Ahora bien, la menor afición al más insignificante de los placeres, cuando es libremente aceptada, constituye una rapiña en el don total que Dios reclama y en el que el religioso ha consentido plenamente. Volver a tomar algo, aunque sea con cuentagotas, de la copa de sus ofrecimientos le causa horror; ponerse en peligro de ello le hace temblar.

De ahí el drama que se desarrolla a lo largo del mes de ejercicios; drama interior, como en una tragedia clásica.

Desde un principio, este hombre, que ha tomado ante Dios la resolución de ser extremadamente sincero, se percata de que envidia a aquellos a quienes la ceguera o cualquiera otra indisposición habitual los separa de todo comercio con el mundo. De un golpe, sin más, les están ahorradas todas las ocasiones de vana gloria. Obligados a vivir como si estuviesen ya muertos, están constituidos ***en un reposo más grande y en un desasimiento que no exige combates continuos. En el deseo ardiente que Dios me da de no amar nunca más que a El... una cárcel perpetua o una calumnia me habrían proporcionado, me parece, una fortuna incomparable y creo que con el favor del cielo no me aburriría jamás.***

Semejantes deseos, sin embargo, que no nos extrañarían en un cartujo, sorprenden ciertamente en un religioso consagrado por vocación a la salvación de las almas. El ejercitante se da cuenta de ello y esta idea provoca en su alma un nuevo conflicto.

Siente un celo menos intenso que otras veces para trabajar por la salvación del prójimo y ello sólo por temor de que en sus empleos se busque a sí mismo. ***Porque me parece que no hay ninguno en que la naturaleza no tome su parte, sobre todo cuando se triunfa, como se ha de desear para la gloria de Dios. Se precisa una gracia grande y una fuerza no menor a fin de resistir al encanto que se experimenta en cambiar los corazones y en la confianza que depositan en uno las personas a quienes se les ha tocado el corazón.***

Pues qué —se dirá—, ¿tan poca experiencia tiene este sacerdote que ignora la solución que en todo tiempo se ha dado a este caso de conciencia? Que este temor de ser el ladrón de la gloria de Dios haga temblar a un seglar, neófito aún en el apostolado, como sucederá dos siglos más tarde a León Harmel, pase; pero que un religioso que lleva ya quince años de entrega total de sí mismo a Dios... ¿No ha leído en las reglas para sentir escrúpulos de su Padre San Ignacio las palabras de San Bernardo al demonio: ***ni por ti lo comencé ni por ti lo acabaré?*** Y sin caer en los errores denunciados en las ***Provinciales***, ¿no puede con todo derecho echar mano de la intención recta? Ciertamente. Y siempre que Claudio ha tenido que obrar, no dudemos que haya rectificado así su intención; en el porvenir volverá a empezar. Mas en estos días de soledad, lejos de los acontecimientos, bucea en su corazón temiendo un engaño. Por nada de este mundo quiere exponerse a hacer rapiña en el holocausto.

Sin duda que este conflicto se resuelve en un acto de

confianza; pero pronto vuelve a la carga provocando los mismos deseos: ***sepulcro, cárcel con todas sus incomodidades posibles y los mismos temores de rudos combates.***

El día séptimo es el paroxismo: un torrente de desconfianza. Cuanto más austera, solitaria, oscura, separada de todo comercio, más dulce me parecería porque sería fácil el pasarla santamente. Las cárceles, las enfermedades constantes, la misma muerte, todo es nada en comparación de esta guerra eterna que debe hacer uno a sí mismo... de esta vida de muerte en medio del mundo. ***Cuando pienso en eso, me parece que la vida me va a resultar desmesuradamente larga...*** Se hace, por fin, la calma como consecuencia de sus reflexiones sobre un pensamiento habitual en los espirituales, sobre todo en San Francisco de Sales: ***Para saber si desagradamos a Dios en el contento de una gran reputación... no hay que juzgar por el sentimiento.*** Equivaldría a pretender no sentir el fuego cuando se aplica a la carne.

Pero es necesario examinar: 1) si se ha buscado el goce que se experimenta; 2) si nos costaría el dejarlo; 3) si siendo igual gloria de Dios... escogeríamos más bien las cosas desagradables y oscuras... Cuando se está en esta disposición hay que trabajar con una gran libertad y un gran entusiasmo en la obra de Dios y despreciar todas las dudas y todos los escrúpulos...

Es necesario. Esta es la ley clara, fácil de promulgar, pero cuya aceptación, aun sincera, no basta para ahogar de un golpe esas dudas y esos escrúpulos.

Durante el día de descanso concedido a los ejercitantes después de la primera semana, sobrevino alguna debilidad de amor propio. La humillación fue profunda; mas sin tardanza comprendió Claudio que Dios había permitido esta falta para curarle de una vana estima que comenzaba a sentir de sí mismo. Y al descubrir de golpe que no era lo que se había imaginado, experimentó una tranquilidad y una alegría tan sensibles que en lo sucesivo ninguna verdad le ha dado tanta satisfacción.

En el transcurso de la segunda semana en la que San Ignacio invita a sus ejercitantes a contemplar las escenas de la vida de Cristo, Claudio siente un placer muy dulce en buscar los ejemplos de anonadamiento, de desprendimiento, de vida oscura y oculta, de obediencia: cosa fácil en la Encamación, el Nacimiento, la Huida a Egipto, en Nazaret, en el Bautismo. Lo que en estos misterios le fascina más es el interior de Jesucristo que tanto elevaba la bajeza de sus acciones. Ahí se encuentra el verdadero camino de la santidad. ***En el género de vida que yo he abrazado, éste es el único medio de distinguirse cerca de Dios, porque todo lo exterior es común.*** Con todo cuidado anota también que Jesús escogió para apóstoles pobres hombres sin letras, para darnos a entender que los talentos naturales no son de ninguna manera la causa de los éxitos que obtendrán.

Con todo, al final de esta segunda semana, aun después de formulado el voto heroico del que hablaremos más adelante, se produce un nuevo asalto en dos ocasiones, que tiende a resquebrajar su confianza en Dios.

Todavía está en mi corazón, casi tan viva como siempre, mi inclinación a la vanagloria... aunque con la gracia de Dios reprimo sus movimientos. Me parece que nunca me he conocido tan bien como ahora; pero me conozco tan miserable que me avergüenzo de mí mismo y esta vista me causa de tiempo en tiempo accesos de tristeza que me llevarían a la desesperación si Dos no me sostuviese.

Y más abajo:

Dios me ha hecho verme a mí mismo tan disforme, tan miserable, tan desprovisto de todo mérito, de toda virtud... que nunca me he causado tanto asco a mí mismo, me parecía que le oía en el fondo de mi corazón y que recorriendo todas las virtudes me daba a entender claramente que no poseía ninguna, le he pedido insistentemente que me conserve siempre esta luz.

Como se ve, por muy violenta que fuese la sacudida, se resolvió en una paz serena. ***Estoy dispuesto, si Dios lo quiere, a pasar mi vida en este combate importuno. Creo, sin embargo, que se llega a ahogar este apetito de vana estima a fuerza de reprimir sus movimientos.***

Esta convicción llevará consigo naturalmente el reafirmar sus propósitos de vida oculta, y el primero éste en el que se mezclan sin duda los recuerdos del colegio de Clermont y las

prácticas mundanas demasiado caras a Bouhours y Rapin: ***Ningún trato habitual con un seglar... a no ser que visiblemente el interés de la gloria de Dios pida que obre de otra suerte.*** Fidelidad a la vida común ***a todas las cosas ordinarias, en todas las circunstancias que piden las reglas... todo lo demás no es, las más de las veces, sino un efecto de la vanidad que busca distinguirse.***

No omitir ninguna humillación de todas aquellas que puedo procurarme sin faltar a la regla. Y eso sin tristeza, porque Dios exige de nosotros esos renunciamientos tan sólo por amistad. ***Se hace con gusto lo que se piensa que agrada a la persona a quien se quiere bien. Medio muy eficaz para despreciar al mundo es el uso de la presencia de Dios. Un hombre que tiene por testigos a un rey y a un lacayo, no piensa en el lacayo.***

La meditación de la Pasión en la tercera semana confirma al ejercitante en sus propósitos y en sus disposiciones. Al ver a Cristo arrastrado delante de los tribunales, acusado y silencioso, le parece que aceptaría de buen grado, con el auxilio de Dios el ser calumniado y tratado como un malhechor, y eso porque hallaría en ello el aniquilamiento completo del amor propio, su enemigo capital. Esta visión que por anticipación le daba Dios de las pruebas que le esperaban en Inglaterra, se le antojaban deseos quiméricos. ***Es perder el tiempo pensar en ello; siento que ese favor no es para mí. Entretenerse en tales pensamientos, ¿no es arriesgarse a correr tras la vanagloria mundana?*** Para él el

llamamiento de Dios está en otra parte y muy claro por cierto: procurar aprovecharse de las pequeñas ocasiones que se presentan. En presencia de Cristo tratado como loco por Herodes, un grito sale de sus labios, que es conclusión de un movimiento del alma largo tiempo entretenido: ***Dios mío, quiero hacerme santo entre tú y yo.***

La luz divina multiplica sus golpes. A Cristo se le corona de espinas. Es para expiar esta pasión horrible de ser en todas partes el rey, de sobresalir, de ser más que los demás en todas las cosas. Los mismos sentimientos cuando la muchedumbre prefiere a Barrabás antes que a Cristo. ***Si cada vez que por respeto humano se quebranta una regla, se reflexionase en que se prefiere un hombre a Dios, creo que no se reincidiría con tanta frecuencia.*** Por fin cuando acompaña el cuerpo de Cristo al sepulcro:

Habría que vivir como si se estuviese ya muerto y enterrado... un hombre en quien ya no se piensa más, que ya no es nada en este mundo, que no sirve para nada; he ahí el estado en que es preciso que yo me encuentre en lo sucesivo cuanto en mí sea posible y en el que deseo encontrarme en efecto.

Caso muy palpable de la atracción divina: aun en los misterios gloriosos de la cuarta semana, el ejercitante llega a las mismas conclusiones de renunciamiento sin reserva. En la Ascensión, después de haber contemplado a Jesús que desprendiéndose totalmente del mundo y de la tierra se eleva sin

dificultad al cielo, añade:

Lo que nos impide seguirle es el vivir todavía una vida natural, o el estar enfrascados en el pecado o enredados en los negocios del mundo... Para mí, pido a Dios el poder vivir entre el cielo y la tierra, sin gozar ni de los placeres de aquí abajo ni de los del cielo, en un desasimiento universal ligado sólo a Él a quien se encuentra en todas partes.

Algunos días más tarde, se terminan los ejercicios de mes con esta máxima de gran alcance, acto de amor a la vez y consigna de acción: ***A cualquier precio que sea, es preciso que Dios esté contento.***

No se acabaron con los ejercicios las mociones divinas que continúan inclinando siempre al religioso en el mismo sentido. Para vencer de golpe las tentaciones de vanagloria toma la resolución de renunciar enteramente a lo que las provoca, mediante un medio extremadamente eficaz e infalible: ***Ya estaba decidido en mi espíritu, y de haber dependido de mí la hubiera puesto en práctica, con la gracia de Dios, al día siguiente, si, como yo lo había previsto, no me hubiesen dado a conocer que no debía esperar se me concediera.*** ¿Cuál fue este propósito? Un biógrafo ha sugerido el de vivir como hermano coadjutor. Pero en un religioso que ha recibido ya el sacerdocio, semejante ofrecimiento no parece verosímil; no hubiera sido propósito sincero. Al contrario, cuando se piensa en lo que La Colombiére escribirá en enero de 1677 durante sus ejercicios en Londres: ***si hubiera sida libre, no hay duda que hubiera pasado mis días en***

la soledad, uno se siente inclinado más bien a creer que Claudio, usando de un derecho reconocido en aquella época por el Instituto de los jesuítas, había formado el plan de encerrarse en una Cartuja.

En todo caso, no parece que este propósito sincero se refiera a una partida a las Misiones lejanas. En la fiesta de San Francisco Javier, poco tiempo después de su gran retiro, es muy de notar que en ninguna de las 7 u 8 páginas de notas espirituales que resumen las meditaciones de Claudio sobre el gran apóstol, aparece algún deseo de este género. Cierto que está presto, ***si ésta es la voluntad de Dios, a llevar la luz del Evangelio a los pueblos abandonados,*** mas lo que busca en Javier es un modelo imitable en la vida ordinaria de cada día. Lo que Claudio ha meditado es su celo ***para llevar los hombres a Dios*** por sus conversaciones cotidianas con los seglares o con sus hermanos, por su ***ejemplo y la práctica de todas las virtudes;*** por ***sus oraciones y sus austeridades.*** Lo que admira en el gran Santo es una obediencia pronta y gozosa que somete su juicio; es un milagro de humildad, es su dulzura, su bondad perfecta; es, en fin, el reflejo de la grandeza de Dios que es glorificada en sus santos.

En los registros que contienen las cartas del P. General a los jesuitas de Lyón entre 1658 y 1680, hemos encontrado frecuentemente respuestas a jesuitas que solicitaban las Misiones del Canadá, de las Indias o del Japón. Nunca aparece en ellas el nombre de P. Claudio. No era aquélla su vocación. Lo excepcional y brillante de las acciones exteriores que ven los

hombres le atrae. Y precisamente por esto ha renunciado deliberadamente a ello. Se reserva lo excepcional y brillante del fervor íntimo, que ve sólo Dios.

De esta suerte, el inexorable conocimiento que el Espíritu Santo da a La Colombière de su inclinación a la vanagloria, desemboca en esta primera conclusión que le determina a huir celosamente de todos los aplausos del mundo, para apetecer la oscuridad de una vida oculta. Este conocimiento un tanto doloroso tuvo un segundo resultado, más importante aún: el de prestar una base a su teología de la confianza.

Es verdad que por un instante afirma que la convicción de sus miserias, la cual crece en él día tras día, debilita mucho o al menos modera una cierta confianza firme que desde hacía tiempo tenía en la misericordia de Dios.

Y llega a escribir: ***No me atrevo a levantar los ojos al cielo; me hallo tan indigno de sus gracias que casi no sé si no les habré cerrado toda entrada.***

Etapa provisional, permitida por Dios, porque es muy útil a la santificación personal; esta convicción purifica el alma, la mantiene en la desconfianza completa de sí misma y le da el sentimiento, cada vez más vivo, del ***sin Mí nada podéis hacer.*** Etapa más necesaria todavía para la formación de un apóstol; de esta suerte se persuade con evidencia de que para conmover a un

pecador, él no puede nada. ***¡Qué locura pensar que con algunas palabras dichas de paso se pueda realizar lo que tanto ha costado a Jesucristo! Hablas y se convierte un alma: es como en el juego de los títeres, el criado manda a la muñeca que dance y el amo la mueve mediante un resorte. La orden no contribuye en nada.*** Etapa necesaria, en fin, para dar al apóstol la experiencia amarga de esa desesperación que se apodera tan frecuentemente del pecador, cuando precisamente Dios le llama a la conversión. La Colombière se acordará de eso.

Esta etapa Claudio la pasará pronto y definitivamente. Ya en la primera semana de ejercicios, pensando en los pecados que corren peligro de turbar la confianza en el momento de la muerte, se había detenido en este propósito:

De todos los pecados que se presentarán a mi espíritu... haré como un bloque que arrojaré a los pies de Nuestro Señor a fin de que sea consumido por el fuego de su misericordia, cuantos más sean en número y cuanto más enormes me parezcan, con tanto más gusto los presentaré a ella para que los consuma, porque lo que le pediré será tanto más digno de ella.

Y ahora, cuanto más avanza en sus meditaciones, tanto más se penetra de esta confianza —que le era familiar hacía ya mucho tiempo— de que cuanto más profunda es su miseria y cuanto más materia da la misericordia divina para ejercitarse, tanto más se glorificará Dios perdonándole.

Por extraño que parezca a primera vista, es la conciencia

íntima de sus faltas la que constituye, para Claudio, el punto de partida, la base de su confianza en Dios. Y ello por esta razón profunda, que hubiera sido difícil de entender para un jansenista: que la confianza manifestada a Dios, a pesar del sentimiento de indignidad, honra mucho más a la misericordia divina que una confianza farisaica manifestada por quienquiera que no se sintiera culpable. La primera es hija de la humildad, la segunda del orgullo.

Cuando esta persuasión llegue a ser en La Colombiére, después de muchas experiencias, como una segunda naturaleza, la consideración cada vez más intensa de sus miserias no llegará a quitarle la paz; antes al contrario: ***He notado que cuantas veces Dios me concede este sentimiento vivo de mis miserias y cuando he ido a la oración después de alguna falta o alguna debilidad por la que había llegado a conocer mis imperfecciones, he sentido consolación hacia el final de la meditación de la que he salido más confortado.*** En adelante, por muy grandes que aparezcan todos los días sus miserias y sus debilidades, mantendrá firme en su mano la clave del problema indicado tiempo atrás por San Pablo: ***cuando me siento débil, entonces soy más fuerte.*** Vaciado de sí mismo, contará tan sólo con la gracia divina, como lo había escrito ya al final de la primera semana del mes de ejercicios: ***Diré Misa todos los días; he aquí mi único recurso. Poco podrá Jesucristo si no puede sostenerme de un día para otro.*** De igual forma, acabados los ejercicios, escribe: ***Es necesario que Dios lo haga todo. Tanto***

mejor. No hay que temer que falte en nada. Nosotros lo que tenemos que hacer es reconocer nuestra impotencia...

El sentimiento de sus miserias es en La Colombière la condición de su confianza, pero no su fundamento, el cual es la gracia divina, gracia actual en todos los instantes; pero sobre todo gracia santificante, presencia de Dios en nosotros, participación de la misma vida de Dios que hace de nosotros sus hijos. Cuanto más va avanzado hacia su término, más veremos a Claudio consciente de esta divina inhabitación. Y ¡qué dulzuras las que impregnan su alma desde su terceronado al pensar en ello! Y si para hacer a Dios, con este espíritu, su acto de abandono completo en esta confianza escoge una de las grandes fiestas de la Madre de Dios y nuestra, no es al acaso y sin premeditación. ***Esos auxilios*** —escribe— ***nos vienen por la intercesión de María, a quien Dios no niega nada.***

El día de la Inmaculada, resolví entregarme de tal manera a Dios, que está siempre en mí y en quien vivo y en quien estoy, que nada me preocupa mi conducta no sólo exterior, pero ni aun interior, pues descanso tranquilamente entre sus brazos sin temor a tentación, ni a ilusión, ni a prosperidad, ni a adversidad, ni a mis malas inclinaciones, ni aun a mis faltas... Me parece que se está muy a gusto en un refugio tan seguro y tan dulce y que no debo temer ni a los hombres, ni a los demonios, ni a mí mismo, ni a la vida, ni a la muerte.

Habiendo obrado en sí mismo esta rectificación, La Colombière se siente seguro, de una vez para siempre, de no

perder esta confianza recobrada, puesto que cuanto más miserable se sienta, más motivos tendrá
para contar con la gracia de Dios y descansar en El.

Tal es y no otro el sentido de su célebre ***Acto de Confianza***, peroración de un sermón que pronunciará dentro de poco sobre esta virtud. Al señalarlo aquí por anticipado creemos dar a los movimientos más profundos que le agitaron durante su tercera probación su más lógica y verdadera conclusión:
Los demás —dirá Claudio—***pueden buscar su felicidad en las riquezas o en los talentos; podrán apoyarse o sobre la inocencia de sus vidas o sobre el rigor de sus penitencias, sobre la cantidad de sus limosnas o el fervor de sus oraciones. Para mí, Señor, toda mi confianza es mi misma confianza. Esta confianza no engañó jamás a nadie.***

En la dirección de las almas —como veremos— el P. Claudio no sólo se inspirará en estos principios, sino que al adaptarlos a las más diversas situaciones de la vida no hará, las más de las veces, sino enseñar a usar bien este tesoro.

HsHs*

Para explicar las alternativas tan violentas que jalonan el itinerario espiritual del mes de ejercicios, algunos han creído oportuno recurrir a una depresión física. Cansado por su profesorado y por la preparación de sus sermones, La Colombière habrá llegado al terceronado excesivamente fatigado, lo que explicaría la nostalgia que siente no sólo por la soledad, sino más

aún por una especie de pasividad; de donde nacería la desgana para el apostolado, que se exterioriza bajo la forma de temor de la vanagloria y de preferencia de una cárcel perpetua. Todo esto indicaría el agotamiento de su organismo. Otros han buscado la explicación de esta pusilanimidad pasajera en la atmósfera de rigorismo, que, como consecuencia del impalpable ambiente jansenista, hubiera penetrado sin darse cuenta ni el instructor ni los tercerones en la casa de San José.

Tales opiniones se nos antojan más ingeniosas que profundas. Excepción hecha de algunas jaquecas de las que se hace mención en alguna carta al Padre Bouhours, cuya fecha es anterior en tres años, ningún decaimiento se señala en la salud de Claudio por la época que nos ocupa. Los catálogos trienales de 1672 y de 1675 corrigen en este punto a los precedentes, pues no se contentan con decirnos que las fuerzas son buenas, sino que en dos ocasiones afirman que son robustas. En cuanto a inculpar a la enseñanza del P. Athiaud de excesiva severidad es injuriarle, sin fundamento. Nada le disponía a ella en su larga vida de superiorato.

Sin negar en absoluto que La Colombière haya estado sujeto como tantos otros a la influencia de lo somático sobre lo psíquico y a infiltraciones intelectuales inconscientes, sin embargo el flujo y reflujo que hemos visto, no en su pensamiento profundo, sino en sus impresiones, se explica lo bastante, en cuanto a lo esencial, por las mociones psicológicas que tantas veces agitan a las almas en ejercicios; mociones normales cuyo

gobierno ha previsto San Ignacio en su doble serie de ***reglas para discernir espíritus.***

No es tampoco un instinto de rigorismo, sino un mayor amor el que inspiró a Claudio el voto heroico del que vamos a hablar.

Hacia el final de la segunda semana de ejercicios el P. Claudio había leído, en un rato después de comer, en la vida de San Juan Berchmans, el relato de la muerte del Santo, y escribe:

Me sentí extraordinariamente impresionado por lo que dijo este santo joven: que sentía gran consuelo por no haber quebrantado nunca ninguna de las reglas de su Instituto. Y yo —pensé en seguida— ¿qué podría decir sobre el particular si tuviese que presentarme ahora a dar cuenta a Dios? De repente concebí tal dolor de haber observado tan mal mis reglas que derramé lágrimas en abundancia... Durante el resto del día estuve transido de dolor trayendo siempre delante de mis ojos mis reglas quebrantadas y despreciadas tan frecuentemente: lloré por ello tres o cuatro veces y me parece que con la gracia de Dios no será fácil el que las quebrante de nuevo. Pero me siento inconsolable por el pasado: no había caído en la cuenta del mal que hacía en ello.

Cualesquiera que fuesen las negligencias que provocaban esas lágrimas, sabemos que ***desde hace tres o cuatro años*** —la época en que pudo observar en su derredor cierto decaimiento de espíritu— Claudio se había repuesto y que

meditaba el plan de comprometerse con voto a la observancia de todas sus reglas. ***Desde hace algún tiempo incluso vivía como estaría obligado a hacerlo después de este voto. Este pensamiento*** — dice él mismo— ***lo he tomado más por el deseo de obligarme a perseverar que por el de hacer nada nuevo ni extraordinario.***

Durante la segunda semana, en esos días en que San Ignacio invita al ejercitante a hacerse un plan para la reforma de vida, había llegado el momento para La Colombiére de poner en práctica su proyecto. No podía el tercerón tomar tal decisión sin la aprobación del P. Instructor. Con el título ***proyecto de un voto*** redacta una relación de unas diez páginas en las que expone en detalle, con su habitual cuidado de la precisión, el objeto del voto, el modo como él lo entiende, los motivos que le mueven a ello y algunas consideraciones que vienen a ser como las respuestas anticipadas a las objeciones que prevé.

Al comprometerse Claudio a una estricta observancia, no se limita únicamente a algunas acciones del día, sino las abarca todas, desde la mañana hasta la noche, desde las minuciosas prescripciones aconsejadas para la oración —que San Ignacio llama adiciones— hasta la lectura espiritual y el examen de conciencia de la noche. No solamente se refiere a sus deberes de piedad para con Dios, sino al apostolado y la caridad para con el prójimo, la sumisión a los superiores, la penitencia y la mortificación de los sentidos. Y el voto no abarcará tan sólo ciertos actos determinados o prácticas especiales, sino también

las tendencias generales a la perfección concernientes a la humildad, a la abnegación de sí mismo en todas las cosas, a la renuncia a todo afecto natural, a la pureza de intención.

Entre los motivos que le impelen a hacer el voto hay uno cuyos términos son dignos de consideración. Espantan a nuestra cobardía y si no se pensase en el amor purísimo que lo inspira y en la gracia de Dios que hará posible la ejecución, nos parecería presunción inhumana, loca temeridad: ***A fin de romper de un golpe las cadenas del amor propio y cortarle para siempre la esperanza de satisfacerse en ninguna ocasión; la cual esperanza me parece que vive siempre en cualquier estado presente de mortificación en que uno se encuentre.***

Sobre todo, amor de expiación:

Para reparar las pasadas irregularidades, por la necesidad en que se pone uno de ser regular por todo el tiempo que a Dios le plazca prolongarle la vida. Este motivo me mueve mucho y me urge más que todos los demás. Amor asimismo de gratitud: por las misericordias infinitas que Dios ha ejercido en mi favor. Amor de respeto para con la voluntad divina que merece ser puesta en práctica bajo pena de condenación eterna, aunque Dios por su bondad infinita no nos obligue siempre bajo tan severas penas. Deseo, en fin, de hacer todo lo que pueda para ser de Dios sin reserva... amarle con todas mis fuerzas, al menos con un amor efectivo.

Vista desde fuera, esta relación con sus múltiples

divisiones y subdivisiones, cuidadosamente numeradas, puede a primera vista echar para atrás. ¡Extraña idea, se piensa, la de encajar un estado de alma en un cuadro sinóptico! Pero si se lee atentamente en lo interior, uniéndose al pensamiento del hombre que tiene la pluma en la mano y pensando en las consecuencias que pueden resultar, para toda una vida, de la decisión tomada, entonces se apodera de uno una intensa emoción; tanto más cuanto que según se avanza en la lectura, más se echa de ver la serenidad del que se condena a muerte:

Para prevenir, en efecto, las posibles objeciones, escribe con toda tranquilidad:

1) No encuentro más dificultad en observar todo lo que encierra este voto que la que puede encontrar un hombre naturalmente inclinado al placer en guardar la castidad; la cual le obliga a tantos combates y a tanta vigilancia.

2) Dios, que ha inspirado nuestras reglas a San Ignacio, ha pretendido que fuesen observadas. No es, pues, imposible el hacerlo ni siquiera con imposibilidad moral. Ahora bien, el voto, lejos de hacer más difícil la observancia, la facilita por el contrario, no sólo porque aleja las tentaciones por el temor de cometer un pecado grave, sino porque, más aun, compromete a Dios a dar mayores socorros en la misión.

3) No creo que eso me vaya a quitar la paz del alma y que me sea una piedra de escándalo... Por consiguiente, cuanto más se ama la ley, más tranquilo se encuentra uno.

4) Más que entristecerme, me alegra el pensamiento de

este compromiso, me parece que en vez de hacerme esclavo voy a entrar en el mino de la libertad y de la paz. El amor propio no se atreverá a molestarme cuando tanto peligro habrá en seguir sus movimientos. Creo que estoy tocando a mi felicidad y me parece que al fin he encontrado el tesoro por el cual hay que darlo todo.

Al leer esto, el P. Athiaud debió de sentir como un escalofrío. Mas el hecho de que haya consentido a su tercerón el ir adelante con su propósito, muestra a las claras la estima que por él sentía. Y para nosotros es una prueba del grado de amor de Dios al que había llegado nuestro P. Claudio.

Bajo pena de eterna condenación, temor de cometer un pecado grave. Según estas expresiones es claro que Claudio pretendía obligarse gravemente y que hubiera deseado poner entre la violación de sus reglas y su voluntad la barrera del pecado mortal. Pero, puesto que el pecado mortal lleva consigo la sanción de la condenación eterna, pertenece sólo a Dios y a la Iglesia, depositaría de los poderes divinos, el fijar los límites. Un cristiano puede perfectamente obligarse a tener, respecto de ciertas infidelidades que por su naturaleza son veniales, el mismo horror que por el pecado mortal, a evitarlas como evitaría un crimen; pero no puede hacer que una falta, venial de por sí, se convierta para él en mortal, si Dios que es el único dueño de las sanciones no lo autoriza expresamente.

Como era su deber, el P. Instructor debió de proponer a La Colombiére estas observaciones y limitar sus compromisos a lo que permite una sana teología. Los apuntes de ejercicios nos dan tan sólo el proyecto de voto. Por varios testimonios posteriores sabemos que el voto se hizo, mas no poseemos su texto preciso, definitivo.

Su voto, en el fondo, no es otra cosa que la puesta en práctica de lo que piden los comentadores fieles del Evangelio de San Pablo: que no busquemos el placer en ninguna criatura por sí misma. ***Ya comáis, ya bebáis, ya hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo a gloria de Dios.*** ¡Qué pensar de San Agustín —que no era maniqueo ni pesimista—, que se echa en cara a sí mismo en sus ***Confesiones*** el encanto fascinador que sentía ante la luz, la bella luz africana! La Colombiére no llegó tan lejos. Y por tanto al renunciar ***a no buscar jamás, a causa del placer que la naturaleza halla en ellas***, las alegrías que pueden proporcionar los espectáculos, la música, los perfumes y los manjares, no ha realizado nada de extraño ni insólito. Lo extraordinario, lo heroico está en que haya hecho voto de renunciar a todo ello.

El prodigio está sobre todo en que tal promesa no le haya ocasionado nunca el menor escrúpulo. Es que el voto es para Claudio como una seguridad y una defensa contra posibles flaquezas; se previene contra las reacciones de la naturaleza; con antelación se corta el camino de la retirada. En esta práctica hallará La Colombière tal apoyo y sostén que la irá renovando durante toda su vida, sobre otras materias y siempre con la misma

serenidad. Porque después de haber reflexionado, consultado, orado, si ha hecho voto de alguna cosa, no hay nada que hacer; sobre ello ya no hay inquietud, ni temor de caída o de duda; ya no se pierde el tiempo pensando y reflexionando cada vez que se toma una decisión. Es una seguridad y una liberación.

Desde el mes de ejercicios el Padre había ya previsto que sucedería así. ***El cuidado exacto*** —escribía— ***de obedecer a las más menudas observancias hace al espíritu libre en vez de causarle aprieto.*** Tres años más tarde, estando en Londres y después de haberlo experimentado, podrá testimoniar que no había confiado en vano en la asistencia divina.

La Colombière reconocerá públicamente, sin ambages, esta dilatación de alma causada en él por la práctica de los votos, a fin de probar a su auditorio la atracción de Cristo en la Cruz. El Viernes Santo de 1678, en la capilla del palacio de S. James, exclamará: ***Hace ya tiempo que me clavé en tu Cruz con los votos de mi profesión; yo renuevo esos votos y los ratifico en presencia del cielo y de la tierra. ...protesto y doy fe de que no me siento embarazado con esos lazos, antes al contrario, quisiera poder multiplicarlos o por lo menos estrechar más aún los nudos. ¡Que pueda yo, mi divino Redentor, con miles de votos unirme a Ti tan estrechamente que no sólo no me separe de Ti, sino que llegue a ser una misma cosa contigo!***

De esta suerte, los ejercicios de mes de Claudio, si no son, como lo han sostenido algunos sin razón, el punto más alto de su

perfección, son al menos como un anuncio y una preparación. Las obligaciones de supererogación que hoy se impone son lazos de amor que le liberarán de toda tendencia mala y pecaminosa, para unirle a Dios y dilatar en el gozo su corazón.

Un ilustre asceta del Oriente (Gandhi), a quien se le echaba en cara el hacer demasiado frecuentemente votos, replicó: ***Dios es un voto perpetuo. De hecho el voto más bien que destruir nuestra voluntad y de fosilizaría, la estabiliza y es el mejor medio de que dispone el hombre para conformarse con la inmutabilidad divina.***

Capítulo IX

LAS ÚLTIMAS SEMANAS DEL TERCERONADO

Si alguno se imagina que a los Santos les basta para serlo el haber tomado una resolución firme y sincera, para que en adelante todos los bajos fondos de su alma estén tranquilos, no tiene más que leer ciertas confidencias del P. La Colombiére escritas pocos días después del mes de ejercicio:

Es extraño cuántos enemigos tiene uno que combatir desde el momento roque se toma la resolución de hacerse santo. Parece como que todo se desencadena: el demonio con sus

artificios y el mundo con sus atractivos. (¡Y vivía entre los muros bien cerrados de un terceronado, en la calma ideal de la península de Ainay!). Si Dios os visita habéis de temer la vanidad, si se retira la timidez, la desesperación puede suceder a la mayor devoción. Nuestros amigos nos tientan con la complacencia que solemos tener con ellos, los indiferentes con el temor de desagradarles. Se ha de temer en el fervor la indiscreción, la sensualidad en la moderación y en todo el amor propio.

No son éstas frases retóricas. La Colombiére, bajo la mirada de Dios, anota para su propio gobierno y para su Padre instructor lo que él siente.

A este hombre, dotado de una extrema sensibilidad y que por instinto se adapta al medio ambiente, le es intolerable el desagradar a los demás. Algunas semanas más tarde, con ocasión de un incidente del que dice que casi hizo tambalear sus resoluciones, escribe de nuevo:

Me he dado cuenta de que aún no he ahogado este vano temor de los hombres, quiero decir el respeto humano; y aun cuando por un gran efecto de tu misericordia, Dios mío, haya salido bien del atolladero en diversas ocasiones ayudado con tu gracia, reconozco, con todo, mi miseria y siento que eres Tú el que obras en mí todo bien; y te ofendería a cada paso y aun gravemente si no me tendieses la mano para sacarme del fango adonde me llevarían mis inclinaciones y adonde mi natural demasiado condescendiente me arrastraría.

Cuando una tendencia está profundamente arraigada,

¿cómo esperar que sus manifestaciones desaparezcan de golpe?

Más sorprendente y más consolador para nuestras debilidades es lo que sigue. Ya no se dirá más, después de esta queja dolorosa, que la hagiografía nos presenta santos ya hechos, sin decirnos cómo se hacen los santos:

Cuando considero mi inconstancia, tiemblo y temo ser del número de los réprobos. Dios mío, ¡qué desorden, qué revolución! Tan pronto alegre, tan pronto triste; hoy cariñoso con todo el mundo, mañana seré como un erizo a quien no se puede tocar sin punzarse. Eso indica poca virtud... Un hombre que se apoya en Dios, que es inmutable, no puede tambalearse... Aunque sucedan cosas desagradables está contento, porque no tiene otra voluntad que la de Dios. Oh feliz estado, oh paz, oh tranquilidad. Hay que luchar para llegar a eso,

Combatir. Tal es la consigna. Pero combatir solo no, con Dios. Dos fuerzas juntas. Nada de voluntarismo pelagiano que confía en el esfuerzo humano. El religioso ora y vigila. Sobre todo ora, a fin de obtener la energía para estar vigilante y poder triunfar.

Hasta el fin de la tercera probación, al compás del ciclo litúrgico, continúa anotando las alternativas de la lucha.

La festividad de San Andrés le da ocasión para confirmar sus resoluciones sobre el sufrimiento:

Este Santo buscaba la cruz con la presteza y el temor de

un hombre que teme no encontrar lo que busca ni puede encontrarlo lo bastante pronto; por eso se diría que ha encontrado un tesoro. Tan pronto como lo ha encontrado, los transportes que en él se manifiestan son los de un apasionado enamorado, poseído de un amor extremo.

Claudio ha consagrado una semana entera a San Francisco Javier y el último día es favorecido con una especie de visión del porvenir:

De repente se hizo una gran luz en mi mente; me pareció verme cubierto de hierros y cadenas y arrastrado a una prisión, acusado, condenado porque había predicado a Cristo crucificado, deshonrado por los pecadores... ¿Moriré acaso a manos de un verdugo? ¿Me veré deshonrado por alguna calumnia? Todo mi cuerpo tiembla y me siento como apretujado por el horror. ¿Me juzgará Dios digo de padecer algo extraordinario para su honra y gloria? No hay la menor apariencia de ello, mas si Dios me hiciese tal honra, me abrazaré con gusto con todo lo que sea de su agrado, aunque fuesen cárceles, calumnias, desprecios, enfermedades; sólo le agradan nuestros sufrimientos... No sé si me equivoco, pero siento y me parece que Dios me prepara males que sufrir. Envíamelos, Señor, esos males. Y tú, gran apóstol, alcánzamelos, y al dar gracias a Dios por toda la eternidad por ello, también te alabaré a ti.

También consagra varias meditaciones a la Inmaculada Concepción. Ascensiones sucesivas, previsiones sobre los

medios de despojarse más y más de lo creado, a fin de purificar su corazón, de suerte que Jesucristo pueda venir como a María vino con gusto. Decidido a no ser más que de Dios, exclama: ***Me temo a mí mismo más que a mis más encarnizados enemigos. Mas si alguna vez te agracia este corazón más puro y más limpio, llévatelo, Dios mío, no sea que las criaturas te lo roben.*** ¿Presentía él que Dios le iba a escuchar que sólo le quedaban cuatro años de trabajo y siete de vida?

Los domingos de Adviento, en los que la lectura del Evangelio presenta la figura de Juan Bautista, recuerdan naturalmente al religioso la primera predicación del Precursor; la penitencia:

He merecido el infierno, he crucificado a mi Dios... lo cual debe alimentar en mi corazón un odio santo contra mí mismo. Lo que más le admira es el desinterés total de Juan Bautista, su cuidado de tributar y referir a Cristo los elogios dirigidos a su persona.

Se deja entender que a veces Claudio se sienta inclinado a juzgar a sus hermanos.

Llamado por Dios a practicar las reglas de una manera muy rigurosa, no puede menos de darse cuenta de que algunos las observan con menos escrúpulos, y aun se declara sujeto a las ***solicitaciones de los tibios.*** ¿Qué hacer? ¿Negar la evidencia'? Imposible. ¿Echarlo a mala parte? No tiene derecho a ello.

No hay apenas hermanos en quienes no encuentre alguna cosa excelente que yo no tengo. Puede ser que tengan defectos, mas la mayor parte son involuntarios, y un pecador como yo apenas si debe reparar en ellos, más bien excusarlos y fijar los ojos en los míos; sus virtudes de ordinario son verdaderas virtudes... Los veo juntar una gran modestia con un temperamento de fuego, la práctica de las más repugnantes humillaciones con un nacimiento distinguido, y los veo austeros y mortificados, a pesar de su delicada complexión.

Tomando Claudio las palabras del Precursor en el Evangelio del tercer domingo de Adviento: ***En medio de vosotros está el que no conocéis,*** y aplicándolas a sus preocupaciones, escribe:

Dios está en medio de nosotros y se diría que no le conocemos. Está en nuestros hermanos y quiere ser servido en ellos, amado y honrado. ¿Exceptúo a uno solo de ellos? Pues ya no es a Jesucristo a quien considero en ellos... Si los amo es para ser amado, considerado, porque su humor es conforme con el mío.

Vigilancia; pero, sobre todo, oración. No se hallará una resolución que no le dé ocasión, bajo forma de arrepentimiento, de manifestar su agradecimiento, de hacer ofrecimiento y súplicas. Claudio había escrito antes: ***Por la gracia de Dios siento bastante atracción hacia la oración.*** En ella no buscaba las dulzuras:

No soy digno de ellas, no tengo bastantes fuerzas para sobrellevarlas. Las gracias extraordinarias no son buenas para mí, sería construir sobre arena el dármelas, sería derramar un licor precioso en un odre agujereado que nada puede contener. Pido a Dios una oración sólida, sencilla, que le glorifique y no me envanezca.

Ahora bien, por Navidad el Padre se ve regalado con las dulzuras que no se había atrevido a pedir. Ya no medita, contempla:

He considerado, con una vista clarísima y un gusto muy exquisito, la excelencia de los actos que la Virgen practicó en el nacimiento de su Hijo. He admirado la pureza de ese corazón y el amor en que arde para con su divino Hijo. Me ha parecido ver los latidos de ese corazón, lo cual me ha enajenado.

Durante todas esas fiestas se encuentra como entregado a esos movimientos de alegría, de acción de gracias, de deseo y de tal manera movido a mantenerse unido a Dios Niño que no puede ocuparse en otra cosa y se siente incapaz, llevado de este pensamiento, de reprimir exclamaciones que él califica de poco convenientes. ***¡Qué bueno eres, Dios mío, al recompensar tan liberalmente la violencia que me he hecho!*** Son tan inefables estas consolaciones que le inquietan y le arrancan este grito: ***Deja, Señor, y soberano maestro mío, de llenarme con tus favores, de los que me reconozco muy indigno. Me acostumbrarías a servirte por interés o me arrastrarías a***

excesos; porque, ¿qué no haría yo si no me obligases a obedecer a mi director, para merecer siquiera un momento esas dulzuras con las que me saturas? Mas pensando que todas esas gracias puramente gratuitas son el fruto de los sufrimientos del Niño Dios que nace hoy, siente como un remordimiento de gozar y añade: ***Llénname de males y de miserias para darme alguna parte en las tuyas. No creeré que me amas mientras no me hayas hecho sufrir mucho y por largo tiempo. Yo he cometido la culpa: ¿es justo que el hijo sea castigado en vez del siervo?***

* * *

Por esta época una buena noticia vino a sumarse a estas alegrías. Por una carta del 20 de noviembre de 1674 al P. de la Chaize, ahora Provincial de Lyón, el P. General autorizaba al P. La Colombiére a hacer su profesión solemne. Entrado en el Noviciado el 22 de octubre de 1659, se había cumplido el tiempo que señala el Instituto; sin ningún privilegio, pues, podía Claudio ser admitido a la profesión solemne. Se determinó tuviese lugar el 2 de febrero siguiente; y, como lo declara un documento del archivo, en las manos de su muy amado P. Instructor. Le quedaba un mes para prepararse, el último mes de su terceronado; porque una vez profeso sería, sin duda, lanzado a la viña del Señor.

Para darnos cuenta de cuales fueron los sentimientos de estas últimas semanas, tenemos no sólo los apuntes de los ejercicios que precedieron al 2 de febrero, sino también y sobre

todo una nota corta, emocionante, que puede servir como de preludio.

El Padre no puede menos de reconocer que ***los hombres le estiman y le tienen en algo;*** quizás sabía ya su nombramiento como superior de Paray-le- Monial. Mas a estas apreciaciones religiosas opone el juicio de Dios que es lo único que importa, de Dios que no necesita de nosotros y que puede prescindir de nosotros ***tan fácilmente como si nunca hubiésemos existido, que hará perfectamente bien sin nosotros lo que tiene determinado hacer, que tiene mil siervos más celosos, más fieles, más agradables a sus ojos.... y que puede servirse del más miserable de los hombres para sus más excelsos y magníficos designios.*** Al pensar en las almas tan necesitadas, a las que va a encontrar en sus caminos de apostolado, brota una vez más la oración confiada, humilde, obstinada, ofreciéndose en holocausto:

Qué maravilla, Dios amantísimo, si un día quisieses servirte de mi debilidad. Si no hay más que quererlo, yo lo quiero con todo mi corazón; es verdad que hay que ser santo para hacer santos a los demás y mis defectos muy considerables me hacen ver cuán lejos estoy de la santidad; pero hazme, Señor, santo y no escatimes nada para hacerme bueno; porque yo quiero serlo cueste lo que cueste.

Por aquí se puede rastrear cuál sería el fervor de unos ejercicios comenzados con tan intensos deseos.

Sobre Dios únicamente va a concentrar Claudio su mirada. En el tercer

libro de su importante obra ***De studio orationis***, el P. Alvarez de Paz, después de haber señalado materias de meditación para los principiantes y después para los proficientes, señala en fin materia propia para los perfectos, es decir —no hay que llamarse a engaño—, para las almas que seriamente se dan a la vida interior, invitándolas a contemplar a Dios y sus infinitas perfecciones. Tal fue el guía que, seguramente bajo la indicación de su P. Instructor, tomó el P. La Colombiére para sus ejercicios. Noventa meditaciones consagra Alvarez a este inagotable misterio, nueve decenas de entre las que Claudio no pierde el tiempo en escoger. Sería dar demasiada importancia al capricho humano en una obra en la que la gracia de Dios ha de jugar el papel principal. Lo que necesita es un guión, un hilo conductor para no ir a la deriva sin saber dónde hallar el alimento del alma. Se detiene sencillamente en las seis contemplaciones de la primera decena —el ser de Dios, su espiritualidad, su simplicidad, su inmortalidad— persuadido de que el Espíritu Santo sabrá hacerle hallar, cualquiera que sea la materia que medita, las luces y los afectos que su estado actual precisa.

En esta primera serie no figura la misericordia divina, de la que el P. Álvarez no se ocupa, ¡y con qué profusión!, sino hasta las cuarta decena. ¿Mas qué importa eso? Claudio experimenta tal necesidad de esta misericordia, a la que da un culto especial, que no puede pensar en Dios ni en ninguno de sus atributos sin verla aparecer. Helo ahí penetrado de un profundo respeto hacia esta grandeza incomprensible de Dios, ***el cual no puede perder***

nada, ni adquirir nada y encierra en sí todo el ser del cual es la fuente; no puede depender de ningún ser en lo más mínimo, ni para existir ni para existir mejor. Nunca había comprendido mejor la nada de todas las cosas como contraponiéndolas a esta idea. Suma es su extrañeza cuando piensa que un Dios semejante tan independiente, se digna pensar en los hombres, divertirse, por decirlo así, escuchando sus oraciones y exigiendo sus servicios... ***Me parecía ver a un gran Rey teniendo cuidado de un hormiguero.*** Su imaginación está a punto de enloquecer, y si sólo pensase en ello, como aplastado y aniquilado, ¿tendría la fuerza suficiente para orar'?

Lo que me hace volver de mi admiración es el considerar que es tan bueno, misericordioso y bienhechor como grande. Es verdad que es un abismo de grandeza, pero también lo es de misericordia; he ahí lo que me anima a esperar, lo que me hace atreverme a acercarme a él y hablarle; sin esta consideración creo que no me atrevería ni siquiera a pensar en Dios. Pensaré, sin embargo, en Ti, Dios mío.

Y a pesar de sus miserias, de sus deseos que continúa sintiendo de ser estimado, amado y alabado, Claudio se siente de nuevo poseído por una inalterable confianza.

Su deseo de ser amado, sobre todo, iba a ser sometido a una dura prueba. ¡Abandonar Lyón, una ciudad donde, por su familia, por sus años de estudio y más que nada por sus ministerios y profesorado, se había ganado tantas amistades!

Permaneciendo mucho tiempo en un mismo sitio —dice él— ***se apega uno insensiblemente y se echan raíces, de las que se da uno cuenta cuando llega el momento de la separación. Es una especie de muerte el salir de un sitio en donde se es conocido y donde se tienen algunos amigos.*** Una especie de muerte... Y, sin embargo, La Colombiére no tiene un alma romántica, es sencillamente un hombre.

La confesión se le escapa a propósito de la simplicidad de Dios. Es un grito desgarrador: ***Me he sentido inclinado a imitar esta simplicidad de Dios en mis afectos no amando más que a Dios, no admitiendo en mí sino este único amor; lo cual es fácil, puesto que en Dios encuentro todo lo que puedo amar en otra parte...*** Y de repente esta explosión, emocionante de sinceridad:

Pero mis amigos me aman y los amo; Tú lo ves y yo lo siento. ¡Dios mío, el único bueno, el único amable! ¿Es preciso sacrificártelos, pues me quieres todo para Ti? Pues haré este sacrificio, que me costará más que el primero que hice cuando abandoné a mi padre y a mi madre. Haré, pues, el sacrificio y lo haré de buena gana, puesto que me prohíbe dar parte de mi amistad a ninguna criatura.

A continuación la oración de ofrecimiento en la que el alma se recobra y se tranquiliza,

Acepta, Señor, este sacrificio tan costoso; mas, a cambio, divino Salvador mío, sé Tú mi amigo... En mis oraciones haré que

todos los días te acuerdes de ellos, te importunaré tanto que te obligaré, por decirlo así, a darles a conocer y estimar todo el bien que para ellos supone el mandamiento que me das de no tener más amigos, a fin de poder serlo tuyo. Sé, pues, Jesús, su amigo, su único y verdadero amigo.

Claudio no olvidará esta ofrenda y tres años más tarde escribirá desde Londres a su hermano Humberto con una franqueza de la que nadie podría ofenderse: ***Aunque te amo tiernamente, consentiría de buen grado que mi recuerdo se borrase de tu memoria, si mi desaparición fuese para dar entrada a Jesucristo, el único que merece tu ternura.***

Jesús, el único y verdadero amigo. Aunque no lleva fecha ninguna, creemos poder colocarlo en esta época por la identidad de las expresiones, un escrito de cinco o seis páginas sobre San Juan, el amigo de Jesús, del que los editores han hecho la trigésima nona de las ***Reflexions chrétiennes***, elevación aguda sobre las verdaderas señales de la amistad y que termina con esta deliciosa oración:

Jesús mío, tú eres el único y verdadero amigo. Tú tomas parte en todos nuestros males y cargas con ellos, sabes el secreto de convertirlos en bien para mí, me escuchas con bondad cuando te cuento mis aflicciones, y nunca dejas de endulzarlas. Te encuentro siempre y en todas partes, nunca te alejas de mí, y si me veo obligado a cambiar de casa no dejo de hallarte dondequiera que voy. No te cansas jamás de escucharme ni de llenarme de bienes. Tengo la seguridad de ser amado si yo te amo. No

necesitas mis bienes y no te empobreces dándome los tuyos. Por miserable que sea yo, no me quitará tu amistad ningún individuo más noble que yo, ni más cultivado ni más santo, y la muerte que nos arranca de los brazos de los otros amigos, me arrojarán los tuyos. Ninguna desgracia de la edad o de la fortuna podrá separarte de mí; antes al contrario, no gozaré de ti más plenamente y nunca estarás más cerca de mí que cuando todo me sea del todo contrario. Soportas mis defectos con una paciencia admirable, mis mismas infidelidades e ingratitudes no te hieren tanto que no estés dispuesto a volver, si yo quiero.

Cuando a partir de esta época quiere uno representarse el modo de oración de Claudio, hay que acudir a páginas como ésta, más bien que a sus apuntes de ejercicios.

Al acabar su tercera probación, en vísperas de pronunciar su voto solemne de obediencia, Claudio juzga oportuno el precisarlo, en secreto, mediante el compromiso de ***no manifestar jamás inclinación ni repugnancia, en relación con los empleos que puedan prescribirle los Superiores...*** Le parece poco aún y añade: ***Si aconteciere que los Superiores me dejasen a mí el elegir, te prometo, Dios mío, renovarte el voto que me has inspirado de escoger siempre el sitio y el empleo a los que sienta más repugnancia y donde crea, según Dios y en verdad, que sufriré más.***

¿A dónde iban a mandarle los Superiores? La decisión del P. Provincial, P. de la Chaize, fue para muchos desconcertante. Los talentos de Claudio, sus éxitos, le señalaban para las grandes cátedras de una gran ciudad; y con todo no fue así, porque Dios había tomado al pie de la letra sus deseos de vida oculta, y era enviado a un pueblo llamado Paray-le- Monial, que no contaba arriba de 1.600 comulgantes, a una residencia que ni siquiera era autónoma, sino que dependía del Colegio de Roanne, a una casa todavía más modesta con tres ventanas en la fachada, un solo piso —o dos si llamamos piso a las bohardillas debajo del tejado—, un colegio municipal anejo con dos profesores, lo equivalente a una escuela municipal de nuestros días. ¡Qué diferencia con los colegios de Aviñón, de París, de Lyón donde había vivido hasta entonces! Allí nada de brillantes auditorios, ningún peligro de grandes aplausos de la gente del mundo; se acabó la compañía de los Bouhours, de los Colben y de los Patru.

¿En qué estaba pensando el P. de la Chaize? No obstante, conocía al P. La Colombière, cuyo rector había sido en Lyón durante tres años y su Provincial durante varios meses. Por otra parte, este Superior era un espíritu agudo, prudente consejero, del que el arzobispo Camilo de Neuville declaró que no podía pasar mucho tiempo sin él. A los pocos meses de ser rector del colegio de la Trinidad, había puesto raya al quebranto de las reglas y había hecho florecer, junto con una piedad sólida, el celo por el estudio. Sus cualidades eran lo bastante conocidas para que, a la muerte del P. Ferrier, confesor de Luis XIY, el marqués de

Villeroy, hermano del arzobispo de Lyón, lo propusiera como sucesor. Y el monarca, a pesar de que era costumbre que este cargo lo desempeñase un religioso de París, acababa precisamente en este mes de enero de 1675 de nombrar confesor suyo a este jesuíta forastero. Demasiado perspicaz para no conocer el valer del P. La Colombière, ¿cómo no le reservaba un empleo mejor?

Así murmuraba la vana sabiduría del mundo. Al enviar a Paray-le- Monial al P. La Colombière, el P. de la Chaize tenía razones que no tardaremos en comprender. Se trataba de un asunto espiritual enmarañado, delicado y que reclamaba la presencia de un guía prudente y osado, y el P. Provincial señalaba para ese puesto a uno de sus hijos a quien conocía muy a fondo, al hombre de su diestra. Por el mismo tiempo Nuestro Señor en Paray-le-Monial daba a conocer a este director al alma escogida que precisaba de su guía con estas palabras: ***Yo te enviaré a mi fiel siervo y perfecto amigo.***

SEGUNDA PARTE: EN PARAY-LE-MONIAL

Capítulo X

UNA CIUDAD MONACAL

Dios mío, quiero hacerme santo entre Tú y yo, había escrito el religioso. Y también: ***Vivir en un perfecto desprendimiento de afectos en***

medio del mundo... Unicamente Dios puede operar este milagro en mí.

Así lo iba a hacer Dios, en efecto; pero por caminos que Claudio no había previsto.

Como los jesuítas de Paray-le-Monial dependían del colegio de Roanne, es probable que al venir de Lyón, La Colombiére se detuviese algunos días en la ciudad a fin de tomar contacto con su superior y recibir instrucciones. A fines de febrero, caminando por Macigny y S. Yan, llegaba a dar vista a Paray.

A la derecha, hacia el sur, cerca de las aguas tranquilas de Bourvince, se destacaban los tres campanarios románicos de la bella iglesia del priorato benedictino; un poco detrás la recia mole del castillo, flanqueado de dos torres, ciudadela municipal y residencia del capitán del castillo. Sobre la colina de la izquierda, fuera de las murallas y dominando la ciudad, la antigua iglesia parroquial de Nuestra Señora, modesta en medio de tumbas. Entre los dos santuarios se extendía la pequeña ciudad, ascendiendo suavemente hacia el norte, austera en su cinturón ininterrumpido de murallas protegidas a intervalos por gruesas torres redondas que servían de atalayas: especie de fortaleza, preparada para la defensa, pero en la que no había soldados.

Pasada la puerta Périer, Claudio tomó hacia la izquierda, subió una pendiente suave y llegó a la iglesia aneja de San Nicolás, cerca de la cual se hallaba su nueva residencia.

La ciudad silenciosa en la que Claudio acababa de poner los pies gozaba de un régimen político bastante particular. Desde que en 999 el conde obispo de Auxerre, Hugo de Chalón, había hecho donación a Cluny del monasterio de Paray, el abad de la Orden cluniacense había llegado a ser, no sólo para los religiosos, sino también para toda la población establecida alrededor, el señor y el decano. Se hacía representar fijamente por un prior con varios monjes, de donde se derivaba la palabra Monial (monasterio), dada a la aglomeración. Los diezmos y censos los cobraba por medio de un procurador seglar o laico. Un bailío o magistrado ejercía la ***baja y mediana justicia***, mientras ***la alta*** la

ejercía el Rey por medio de su gobernador en el Charollais. Los intereses municipales, aprovisionamiento, mercados, poderes de policía y vigilancia, el cerrar y abrir las puertas, la administración urbana estaban confiados a la comunidad —o asamblea comunal— de notables regida por un síndico y cuatro corregidores. En 1675, el síndico era un notario, Mr. Pedro Billet, hermano del jesuíta Antonio Billet, que hemos encontrado ya en Aviñón, y del médico Guillermo Billet, que no tardaría en hacerse amigo del P. La Colombiére.

La burguesía en Paray era relativamente numerosa. El gran número de curtidores y peleteros exigía la presencia de un oficial real para los cueros y en los depósitos de sal había sus oficiales. El decanato de Cluny, el príncipe Condé y varios señores poseían en la ciudad sus colonos generales. El que hubiese doce abogados en una ciudad tan pequeña y cinco notorios o procuradores indica claramente el espíritu pleitista que en los contemporáneos de los ***Plaideurs*** fomentaban la complejidad de las leyes y de las costumbres.

Entre los miembros de la antigua nobleza charolesa que habitaban Paray, se contaba en primer término Francisco de Reclesnes de Lyonne, capitán castellano de la ciudad, cuya hermana María había de ser la más célebre y la más discutida de todas la conquistas espirituales de Claudio.

¿En qué condiciones vivía el pueblo bajo el báculo abacial? En las ***Réjlexions chrétiennes*** de La Colombiére

leemos: ***Nada de compasión, se deja morir de hambre a hombres racionales, mientras que a los perros y a los caballos se prodigan cuidados que se niegan a criaturas de Dios creadas por él a su imagen y semejanza.*** Pero esto lo escribía en el capítulo ***del Mundo*** y no es a Paray a quien fustiga así. El pueblo no era rico y trabajaba duro, unos cultivando la tierra de los alrededores, otros ocupados en la artesanía o en el comercio; era una población necesitada tal vez, pero no miserable. De tiempo en tiempo, cuando el hambre amenazaba, se producían sediciones; mas contra los acaparadores la justicia no se mostraba remisa. En ese país monasterio la existencia, sin ser un paraíso terrenal, se desenvolvía tranquila.

Sin embargo, los católicos no se encontraban solos. A pesar del heroísmo del síndico Claudio Boullet, que murió en la puerta del Périer en 1581 defendiendo su ciudad contra una banda de hugonotes, el calvinismo había logrado sentar el pie. ¿En qué proporciones? Difícil es precisarlo. La escritora de los anales de la Visitación, la M. de Chaugny, dirá ciertamente en 1638 que negras sombras de herejías cubren a una gran parte de los habitantes de este país, pero una metáfora no es una estadística. Más moderado, el historiador de colegio de Roanne se contenta con decir que, a la llegada de los jesuítas a Paray, en 1619, los jansenistas ***vivían en gran número.*** Ciertamente que es una fanfarronada de los protestantes la afirmación que hacen a mediados de siglo, a fin de obtener el permiso para construir un templo, de que son ***más de la cuarta parte de la población***; pero

si no constituían más que una minoría, esa minoría era ciertamente influyente, y durante mucho tiempo tuvieron un consejero en el Parlamento de Dijon, Mr. Salvert.

Casi todas las profesiones liberales se encontraban en Paray: notario, secretario de justicia, procurador, tesorero, maestro, varios cirujanos y farmacéuticos; lo mismo comerciantes y artesanos que curtidores y peleteros, zapateros, herreros, orfebres, hojalateros, caldereros, serradores, tejedores, carpinteros y hosteleros. En 1682, el párroco Mr. Bouillet formulará esta queja: ***Es notorio públicamente que los pretendidos reformados son casi los únicos ricos de esta ciudad; a ellos están sometidos la mayoría de los habitantes por medio de préstamos, de donde toman ocasión de maltratarlos, de injuriar e insultar a todo lo que se les opone y de hacerse los amos del concejo de la ciudad. Ellos crean los magistrados que les son adictos.*** Era, según eso, protestante una minoría atrevida y emprendedora y los jesuítas habían sido llamados a la ciudad para impedir que creciese y para reducirla si fuera posible.

La situación en el priorato era un poco extraña. Desde la reforma, llevada a cabo en Cluny en 1621 por Dom Veny d'Arbouze, contaba la Orden, bajo la autoridad de un único abad, dos observancias paralelas: la de los ***antiguos*** y la de los ***reformados.*** Uno de estos últimos, Dom Eustaquio d'Avesnes, fue nombrado en 1670 prior de Paray; el monasterio debía ser entregado a los reformados y los dos antiguos que quedaban debían ser sustituidos a su muerte por religiosos de la estrecha

observancia. Mas el ***dúo*** de antiguos consiguió introducir en el monasterio un tercer monje de los suyos, y por una interpretación inesperada del ***tres hacen capítulo***, uno de los tres, Juan Bouzitat, se hizo nombrar prior, con lo que la comunidad compuesta de ocho miembros presentó el espectáculo de un cuerpo con dos cabezas. Estando los jesuitas obligados por una estipulación a predicar en la iglesia benedictina —hoy basílica— todos los domingos de Adviento y Cuaresma y las fiestas de la Virgen, tenían frecuente contacto con los monjes.

Si La Colombiére intervino para tratar de restablecer el orden y la paz, fue sin gran resultado, pues los dolorosos procesos suscitados por el pseudo- prior duraban todavía en 1685.

La iglesia parroquial, dedicada a Nuestra Señora, se hallaba sobre la colina fuera de las murallas. Cuando Urbano II, antiguo monje de Cluny, trajo desde Barí, en el Adriático, unas reliquias de San Nicolás, Paray quiso, por la parte que le correspondía, construir dentro de las murallas una iglesia filial, la cual, saqueada e incendiada en 1477, había sido reconstruida a principios del siglo siguiente. Más accesible y más capaz que el santuario de arriba, San Nicolás no tardó en ser el sitio de culto habitual y de servir prácticamente de parroquia; aunque en realidad sólo era una aneja y el título seguía siendo siempre el de Nuestra Señora.

El párroco Juan Eleonor Bouillet pertenecía a una de las familias más conocidas de Paray, familia de tantas ramas que

había sido preciso distinguir los Bouillet de San Leger, los de Boissire, de Lafin y los de Lheurtiére, a cuya rama pertenecía el abate Eleonor. Un contrato obligaba a los jesuitas a predicar tres veces por semana en San Nicolás durante el Adviento y la Cuaresma; por otra parte, la casa coral y el colegio estaban casi tocándose y existían entre ambos constantes relaciones. El abate Bouillet no tardó en hacerse amigo del Padre La Colombiére.

Alrededor de San Nicolás vivían una quincena de sacerdotes, agrupados bajo el nombre bastante común entonces en Borgoña de ***mépart. Los dichos curas y capellanes*** —declaraban sus estatutos— ***no forman un colegio ni un cuerpo, no tienen otro superior que el reverendísimo Padre en Cristo, el obispo de Autun.*** Su finalidad era sencillamente cumplir las obligaciones sagradas que imponían las numerosas fundaciones pías hechas por los fieles; procesiones, oficios y, sobre todo, misas leídas o cantadas. No podían formar parte del ***mépart*** sino los sacerdotes cuyos padres, residentes en la parroquia de Nuestra Señora, ***cumpliesen sus deberes parroquiales y las cargas impuestas a los habitantes de la ciudad.*** Y como los beneficios correspondientes a su oficio no bastaban para su manutención, cada uno, antes de su admisión, debía probar que poseía un título patrimonial de al menos cien libras anuales.

Dicho esto sobre Paray-le-Monial en general, tenemos que mirar más de cerca la casa y la comunidad de la que el P. La Colombière acababa de ser nombrado superior.

* * *

Antes que la voluntad de Cristo estableciese entre el P. La Colombiére y Margarita María lazos espirituales, las circunstancias habían unido estrechamente en Paray a la Compañía de Jesús y la Visitación de Santa María. A la petición de la marquesa de Ragny, esposa del gobernador del Charollais y cuñada del obispo de Autun, dos jesuítas del colegio de Roanne habían venido en 1619 a predicar la Cuaresma en Paray. No dejaba de impresionar a los católicos la arrogante seguridad de los calvinistas y los sarcasmos de que hacían objeto a las cosas de la Iglesia y ***las frailerías.*** Por eso el pueblo necesitaba instrucción y alientos. En la calle Saulnerie, en el mismo emplazamiento del futuro santuario de la Visitación en el que Cristo se aparecerá cincuenta años más tarde, unos cuantos piadosos burgueses y mercaderes habían puesto a disposición de los religiosos algunas habitaciones, una de las cuales, la menos miserable en apariencia, fue convertida en capilla. Los jesuítas instalaron allí una misión en la que se turnaban, por años, dos y a veces tres jesuítas. ***Misión***, es decir, un equipo volante dependiente del colegio de Roanne, en contraposición a ***residencia***, a fin de dejar bien sentado que no se hacía con la ciudad ningún contrato de estabilidad.

En 1626 era superior de la misión el P. Pablo de Barry, autor del célebre opúsculo ***Pensez y bien.*** Durante la Cuaresma, varias personas deseosas de entrar en religión le dijeron que no

encontraban a su proyecto otra dificultad que la carencia de conventos en la región. Como consecuencia se siguió ***un elocuente discurso en una asamblea común en la que hizo ver que un monasterio de buenas religiosas es la gloria, la felicidad y la utilidad de una ciudad. Todos los oyentes, convencidos, exclamaron: Haced que vengan, Padre, religiosas de la Orden que juzguéis más apta para hacernos esos favores.***

El P. de Barry no conocía a las Salesas; pero su compañero el P. Juan Aymères, que las había visto en Saboya, le hizo tales elogios de esas religiosas, que el superior no dudó y escribió a Lyon-en-Bellecour para que la M. de Blonay concediese una fundación y obtuviese el consentimiento de Santa Francisca Chantal. En pocos meses se obtuvieron las autorizaciones necesarias del gobernador y de su hermano el obispo de Autun, del abad de Cluny, monseñor d'Arbouze, del arzobispo de Lyón, Dionisio de Marquemont, que a la sazón se encontraba en Roma, y del P. Espiritual de Bellecour, el conde de Faye, que se hallaba en París. El 4 de setiembre, en medio de un entusiasmo que llevaba al pueblo sencillo hasta a cortar los vestidos de las religiosas como reliquias, las salesas tomaron posesión de una pequeña habitación, al norte de la ciudad, entre la iglesia de San Nicolás y las murallas.

No tardaron en surgir incomodidades. La habitación, húmeda y malsana, hace que caigan enfermas casi todas las hermanas, y el 10 de noviembre causa la muerte a una de ellas. La huerta era demasiado pequeña para religiosas de clausura y

situada al norte y casi sin sol; al oeste estaba el colegio municipal y al este el homo común, que causaban uno y otro tal ruido y jaleo que no se podía alimentar el espíritu de oración. Intermedio se hallaba un pozo donde se agolpaban los curiosos a fin de espiar a través de la empalizada el momento en que las religiosas vendrían a por agua y de hablarles. Imposible guardar la clausura. El abad de Cluny consiente que las monjas compren el homo con tal de que a sus expensas lo construyan en otro sitio. Pero entonces se levantó en el barrio una gran indignación y arrojaron al pozo tanta suciedad e inmundicias que quedó fiiera de uso. Para colmo de males apareció la gran peste de 1628 en la que una religiosa apareció con tres grandes carbuncos. El cirujano, que se había retirado al campo, no recibía consultas —y eso aprisa y corriendo— sino del otro lado de los fosos de la ciudad. La superiora debía darle noticias de la enferma desde una pequeña ventana enrejada situada en la torre que domina la muralla al término de la huerta. ***La Hermana morirá dentro de tres días si no se la sangra***, dijo el médico, y echó a correr tapándose la nariz con una máscara perfumada. Por fin —el diablo andaba de por medio—, se instaló enfrente del pequeño convento el cementerio de los apestados, separado tan sólo por la anchura de los fosos.

Compadecida de tantas miserias, la M. Chantal quería que sus hijas abandonasen un sitio tan mezquino y en ello insiste en cinco o seis de sus cartas. Las Hermanas confiesan francamente que la salida de Paray del P. de Barry, hacia fines de 1626, las ha mortificado enormemente. Pero ¿a dónde dirigirse? No tienen

dote líquida, toda su hacienda está en casa. Por su parte, los jesuítas hacen cuanto pueden para que no salgan de Paray. Y la Santa escribe: ***De buena gana me atengo a su parecer, que sé es bueno y sólido como procedente de almas en quienes creo que reside el espíritu de Dios.*** El espíritu de Dios hizo más. Para dar más facilidades, los jesuitas en 1632 propusieron a las hijas de Santa Francisca Chantal un cambio de casas. La calle de la Saulnerie se convertía en calle de la Visitación. El monasterio que Jesucristo quería para revelar los tesoros de su Sagrado Corazón quedaba definitivamente fijado en Paray-le-Monial.

No habían esperado los jesuitas a estos años para darse a la enseñanza. Ya en 1622, el P. Filiberto Coutier figuraba en el catálogo como instructor de los niños, y al año siguiente, un religioso a quien el porvenir reservaba en Lyón durante la juventud del P. La Colombiére el cargo de Provincial, el P. Lorenzo Grannon, desempeñaba en Paray el oficio de catequista. Habiéndose constituido en vecinos inmediatos del colegio municipal, merced al cambio de domicilio, le pidió a los jesuitas que enviaran un profesor de gramática a dicho colegio, para cuyo sustento no tardó la marquesa de Ragny en fundar una renta de 200 libras. En 1647, los buenos parodianos (habitantes de Paray) pidieron directamente al P. General, por intercesión del juez Mr. Beaudrieux, un segundo profesor.

Tres años más tarde, en el generalato del P. Piccolomini, se pone de nuevo la cuestión sobre el tapete, y aunque la provincia de Lyón apenas contaba con sujetos suficientes para sus

colegios, los argumentos siguientes acabaron por triunfar: 1) El fruto obtenido en estos lugares infectados por la herejía es grande. 2) La benevolencia de los habitantes de Paray para con nosotros ha sido siempre constante. 3) Es de temer que unos cuantos sacerdotes, en una buena parte favorables a Jansenio, echen a perder enteramente con sus errores una ciudad ya atacada por los hugonotes. Uno de los consultores hacía también valer el que no convenía ofender al príncipe de Conti, abad de Cluny, abandonando en tales circunstancias una ciudad que dependía de su autoridad. El Provincial pedía sencillamente que la casa de Paray, si era erigida en Residencia, siguiese dependiendo del colegio de Lyón como dependía desde 1638. Fue en 1659 cuando de nuevo y de una manera definitiva pasó a depender del colegio de Roanne.

Apenas el P. Piccolomini dio su consentimiento, los habitantes de Paray cedieron completamente a los jesuitas la casa colegial contigua a su residencia (29 junio 1651) y al año siguiente les señalaban una renta de 1.100 libras con carga u obligación de que hubiese siempre cinco religiosos, de los cuales dos habían de ser profesores. El colegio comunal, que quedaba reducido a las clases inferiores, era trasladado a una calle vecina.

Por el mismo tiempo, los Bouillet, vecinos del colegio y de la residencia por el oeste, hicieron construir por el otro lado de su casa una pequeña capilla, que pusieron en manos de los jesuitas con esta cláusula muy onerosa: que todos los miembros de la familia —y contaba cinco o seis ramas— fuesen inhumados

en ella. Algunos años más adelante pudo apreciarse que esta obligación corría peligro de transformar este lugar de oración, que tan sólo medía 13 por 35 pies, en un foco de infección. Los religiosos en 1671, siendo superior el P. Pedro Papón, redimieron por 800 libras el derecho de los Bouillet y se hicieron dueños independientes de la capilla.

A partir de 1661, los dos religiosos encargados de la enseñanza comenzaron a regir cuatro clases, desde la quinta hasta las humanidades. Uno de ellos, el maestro Juan Carral, aunque de más de cincuenta años, era tan sólo escolar, pues, por causa de salud y a pesar de haber hecho bien sus cursos de teología, había tenido que renunciar al sacerdocio.

Tal era la situación de esta modesta residencia cuando el P. Claudio vino a tomar su dirección en febrero de 1675. Además de Juan Carral, encontró a dos de sus antiguos connovicios: el P. Blas Forest, lionés, muy apto para la predicación, y el P. Francisco La Bonardiére, saboyano, reputado como uno de los profesores más cultos en letras con que contaba la Provincia de Lyón.

Muy pronto La Colombiére, urgido, sin duda, por los padres de los alumnos y estimulado por sus recuerdos de París y de Lyón, trató de dar un vigoroso impulso al desarrollo del colegio. En el mes de setiembre del mismo año 1675 consiguió un

profesor más en la persona del P. Luis Miraillon, capaz de dar él las dos clases, las humanidades y retórica, mientras quedaban para Carrat las clases de cuarta y tercera. Al año siguiente, el principal del colegio comunal, Jacques Dumény, se comprometía, mediante una retribución anual de 75 libras, a enseñar los rudimentos de latín a sus mejores alumnos a fin de que pudiesen entrar en cuarta en el colegio de los jesuitas. Al marchar Claudio, decayó el esfuerzo; la retórica, más seguramente por falta de alumnos que de profesor, dejó de mencionarse en el catálogo y parece que no volvió a ser jamás restablecida.

La Colombiére halló también demasiado exigua la capilla de los Bouillet. Desde 1675, Luis XIV, habiendo conocido por el P. de la Chaize la pobreza del colegio, había enviado al Superior, por medio del procurador de Cluny, un regalo de 500 libras; pero el P. Claudio, plenamente fiel a las prescripciones de la sexta congregación general de la Compañía de Jesús, no quiso retener nada para uso de sus religiosos; y sobre el recibo que envió a M. de Pellisoon, prometía emplear esta suma ***en construir una iglesia.*** Por eso al año siguiente aprovechó la ocasión que se presentó de comprar la propiedad Bouillet, situada entre la residencia y la pequeña capilla. Al adquirir el 28 de abril de 1676 ***la casa, cuadra y jardín*** de María Pemette Bouillet, viuda de Guinet de Villorbaine, sus miras no iban sobre la casa que pocos meses después retrocedía en alquiler a la vendedora, sino sobre el jardín, bien para patio donde pudiesen jugar los estudiantes, bien para levantar la iglesia proyectada. Con todo, no pudo La

Colombiére emprender por sí mismo esta construcción. La iglesia se levantó después de su muerte, y terminada en 1685, debía guardar sus restos mortales durante ochenta años, hasta la supresión de la Compañía por el Parlamento.

Si Dios había llevado a La Colombiére a Paray era para colaborar en otra empresa, obra del amor divino, de la que vamos a hablar ahora.

Capítulo XI

SANTA MARGARITA MARÍA

Cuando en el correr de los tiempos se vuelve la mirada atrás para ver el puesto que Claudio ocupa en la historia general de los santos, se siente uno inclinado a repetir las palabras escritas en el Evangelio sobre San Juan Bautista: ***Hubo un hombre enviado de Dios, éste vino como testigo para dar testimonio de la luz, a fin de que todos creyesen por él; no era él la luz, sino enviado para dar testimonio de la luz.***

Había llegado el momento para La Colombiére de cumplir esta misión.

Por entonces vivía en la Visitación una religiosa, Margarita María de Alacoque, de la que lo menos que se puede decir es que era signo de contradicción para las que la rodeaban. Jesús la había elegido desde niña, y la había prevenido con gracias místicas. Cuando entró en el monasterio en 1671, la maestra de novicias M. Thouvant tuvo buen cuidado de decirle que las vías extraordinarias, los éxtasis y las visiones no entran en el espíritu de las Hijas de Santa María. Para probarla, mientras que sus compañeras hacían oración, a menudo su superiora la

dedicaba a barrer o a otros empleos domésticos. El mismo empeño con que se daba a vivir unida continuamente con Dios, absorta y como ausente, parecía un obstáculo a su perseverancia en el monasterio. Cuando llegó, en su época normal, la hora de hacer su profesión, la muy reverenda M. de Saumaise, dejando pasar la fecha, durante varios meses había dudado en admitirla; tanto que, con sumo dolor, Margarita clamaba al cielo: ***¿Serás tú, Señor, la causa de que me envíen a casa?*** Como Jacob luchando con el ángel, luchaba Margarita y resistía a esas gracias divinas... sospechosas; para hacerlas desaparecer se echó mano de todos los medios. Una burra con su pollino fueron escogidos como cómplices al darlos a la Santa para que los guardara e impidiera que fuesen a pisotear las hortalizas de la huerta. ¡Con lo fácil que hubiera sido atarlos a una estaca! Pero no, hubo de guardarlos y perseguirlos durante todo el día hasta el ***Angelus*** de la tarde; y así esperaban que bajase de las alturas y se desprendiese de aquellas ***piadosas alucinaciones.*** Vana esperanza. En sus agitaciones y en sus carreras, Margarita María no conseguía perder la presencia actual y continua de su Amado. ***Tan contenta me encontraba por las tardes como si hubiese pasado todo el día en oración delante del Santísimo. Y, sin embargo, la M. Thouvant seguía diciéndole, a veces delante de sus compañeras: Vuestras largas oraciones y prácticas extraordinarias son la señal de un orgullo y de un amor propio contrario a la práctica de nuestro Instituto.***

Pero ¿qué hacer? Dios la poseía de tal forma y tan sensiblemente que, estando sola en su celda, le era imposible

sentarse: se quedaba de rodillas cuando no prosternada en el suelo. Desde su noviciado, la vidente recibió del cielo una vocación especial de reparadora. ***Yo busco*** —le dijo un día Jesús— ***una víctima para mi Corazón que quiera sacrificarse como una hostia de inmolación al cumplimiento de todos mis designios... No, no la busco entre tus compañeras. Te quiero sólo a ti y quiero que tú consientas en mis deseos.*** Y algunos días más tarde (2 de noviembre 1672): ***Acuérdate que quieres desposarte con un Dios crucificado; por eso te es preciso hacerte conforme a mí, diciendo adiós a todos los placeres de la vida, que ya no existirán para ti sino traspasados por la cruz.***

En los primeros meses que siguieron a la profesión de Margarita, este llamamiento se fue precisando más. Al meditar sobre la agonía de su Salvador en el huerto de los Olivos, ***el sitio*** —le dijo Jesús— ***donde internamente sufrí más que en todo el resto de la Pasión***, siente gravitar sobre ella la santidad divina tan fuertemente que se Siente incapaz de hacer oración. ***Experimenté una desesperación y un dolor tan grandes de comparecer delante de mi Dios, que hubiera preferido mil veces gastarme, destruirme, aniquilarme como una criminal dispuesta a recibir su condenación.***

Nada tan doloroso —escribe— como esta santidad de justicia. El alma se parece al aceite hirviendo que penetra hasta la medula de los huesos haciendo al cuerpo tan insensible a todos los demás dolores, los cuales más que sufrimientos le parecen

refrigerios. Entonces la presencia de mi Soberano causa tal impresión de su pureza que no pudiendo el alma soportarla, desea huir y esconderse, mas en vano, porque ese Dios lleno de amor se complace en verla en este estado y le hace hallar lo que viene huyendo.

Ese Dios lleno de amor. Retengamos la expresión si no queremos equivocamos sobre los rigores de esta santidad de justicia. Precisamente porque Dios ama a sus criaturas a su imagen, sufre al verlas manchadas. Por amor se ofreció Cristo por primera vez en el Calvario a fin de expiar por ellas; y por amor también pide a todos los cristianos, especialmente a las almas escogidas, el ***completar***, como dice San Pablo, ***lo que falta a su Pasión.*** Ahora bien, para mejor probar esta ley y a fin de hacer fácil su observancia, al mismo tiempo que obtiene de Margarita el querer ser ***hostia de inmolación***, Jesús la llena de sus dulces favores. ***Suspende, Señor*** — exclama ella—, ***esos torrentes que me anegan o ensancha mi capacidad para recibirlos.*** Al mismo tiempo que le manifiesta sus exigencias de justicia, comienza a revelarle el símbolo supremo de su amor: su Corazón de Dios hecho hombre.

Durante los ejercicios de la profesión, hacia la fiesta de Todos los Santos de 1672, ha oído a Cristo que le dice: ***He aquí la llaga de mi costado para que sea tu morada actual y perpetua.*** Poco tiempo después, con el entendimiento ella ve al Corazón de Jesús más resplandeciente que el sol atraer el suyo negro y

desfigurado y unírselo de una manera inefable. Y oye que le dice: ***Ten cuidado de no salir jamás de él.***

Todo esto era poco todavía. Un día de San Juan Evangelista —sin duda en 1673— Nuestro Señor ***me hizo descansar durante largo rato sobre su pecho donde me descubrió los secretos inexplicables de su Corazón que hasta entonces me había tenido ocultos.*** Y eso de una manera tan efectiva y sensible, que, no obstante el temor de la Santa a engañarse, Jesús no le dejó ningún lugar a duda. Le dijo:

Mi divino Corazón ama tan apasionadamente a los hombres, especialmente a ti, que, no pudiendo contener las llamas de su ardiente caridad, le es preciso repartirlas por tu medio y que se manifieste a ellos para enriquecerlos con sus preciosos tesoros... Te he escogido como un abismo de indignidad e ignorancia para cumplir este gran designio mío, a fin de que todo sea hecho por mí...

Después le tomó el corazón que puso en el suyo adorable... átomo pequeño que se consumía en ese horno ardiente, de donde al retirarlo, como una llama ardiente, me lo devolvió diciéndome: ***para indicar con claridad que esta gracia no es una imaginación aunque he cerrado la llaga de tu costado, el dolor te quedará para siempre.*** Y así fue. Mas de las emociones sentidas durante esta visión, Margarita María quedó para varios días como impotente para pronunciar una sola palabra, inhábil para las acciones más ordinarias, tanto que

algunas religiosas alzaban los hombros y la llamaban ***estúpida.*** Otras, sin tener en cuenta que los oídos de las jóvenes internas podían oírlas, llegaban hasta tratarla de ***hipócrita*** y de ***visionaria.***

Desde entonces, todos los primeros viernes de mes, el Corazón de Jesús se manifiesta más claramente a la Santa. A principios de 1674 se le muestra ***más brillante que un sol... rodeado de una corona de espinas que significaban las punzadas que le dan nuestros pecados, y dominado por una cruz, que significaba que desde los primeros instantes de su Encarnación la cruz había estado allí.*** Lo que le lleva al Salvador a manifestarse así y a querer ser honrado bajo la figura de ese corazón de carne es el ardiente deseo de ser amado de los hombres. Y promete que donde quiera que esta imagen sea expuesta derramará sus gracias y bendiciones. Esta devoción —asegura— es ***como un último esfuerzo de su amor que quiere en estos últimos siglos favorecer a los hombres para retirarlos del imperio de Satán.***

Sin embargo, cuanto más vivo es este amor, tanto este Corazón es más sensible a las ingratitudes y desconocimientos de los hombres. En el transcurso de este año de 1674 comienza a quejarse de no recibir, en retomo de su empeño en hacerles bien, sino frialdades y desprecios. Se impone una suplencia de reparación y, antes de darle su mensaje para el mundo entero, la confirma en su papel de víctima. ***Yo seré tu fuerza, no temas nada; pero estáte atenta a mi voz.*** Preludio solemne que nos trae al recuerdo algunas advertencias emocionantes de la Escritura

cuando Dios quiere atraer la atención de Israel sobre sus prescripciones más delicadas o más importantes. Y Jesús precisa cómo Margarita María deberá disponerse a su oficio de reparadora.

En primer lugar me recibirás en el Santísimo Sacramento cuantas veces te lo consienta la obediencia, aunque tengas que pasar por mortificaciones y humillaciones... Comulgarás además todos los primeros viernes de cada mes, y todas las noches del jueves al viernes te haré participante de la tristeza mortal que quise sentir en el huerto de los Olivos, la cual te reducirá, sin que tú lo puedas comprender, a una especie de agonía más dura de soportar que la misma muerte. Y para acompañarme en esta humilde oración que yo entonces presenté a mi Padre, en medio de angustias, tú te levantarás entre las once y la media noche, para prosternarte durante una hora conmigo, la faz contra la tierra, ya para aplacar a la cólera divina, demandando misericordia para los pecadores, ya para endulzar de alguna manera la amargura que yo sentí con el abandono de mis apóstoles.

Y para terminar, la ponen guardia con ellas palabras:

Satán anda rabiando por engañarte; por eso no hagas nada sin la aprobación de los que te conducen... porque no puede nada sobre los obedientes.

Más que nunca la larga oración de la salesa, el día de esta visión, había llamado la atención de sus compañeras. Cuando vinieron a sacarla de ella a fin de conducirla a la M. Saumaise,

Margarita ***no sabía dónde se encontraba y se hallaba toda como fuera de sí misma.*** Mas aunque su hija se mantuviese delante de ella, de rodillas, temblorosa y como febricitante, la Superiora, para probarla, la mortificó y humilló con todas sus fuerzas. No habiendo por eso Margarita dejado de transmitir su mensaje a pesar de su extremada confusión, la M. Saumaise, sin conceder por esta vez nada de lo que pedía Nuestro Señor, no trató sino con desprecio cuanto se le comunicaba. ***Esto me consoló mucho*** —declara la Santa— ***y me retiré con mucha paz.*** Con todo se le siguió una fiebre violenta con más de sesenta accesos. Se temió por su vida. ***Pues bien*** —le ordena la Superiora—,***pida a Dios su curación. Así conoceremos si todo eso viene del Espíritu de Dios. Entonces os permitiré todo: comunión de los primeros viernes y la hora santa del jueves a la noche.***

Efectivamente, la enferma, de resultas de una aparición de la Santísima Virgen, recobró la salud.

Sin embargo, como el Espíritu soberano que obraba en Margarita María le impedía tener en sus pensamientos otra ocupación que la que Él le daba, ella perseveraba en un raro temor de ser engañada. Perpleja y sin saber cómo conducirla, la M. Saumaise creyó deber obligarla a descubrir a algunas personas de doctrina lo que por ella pasaba. Varios la trataron de visionaria y le prohibieron detenerse en sus inspiraciones. Uno de ellos —quizás Juan Bouzitat, el prior ilegítimo de los antiguos del decanato— se permitió dar este notable consejo: ***Haced que esta Hermana tome caldo y todo irá mejor.*** Los más prudentes no

supieron qué pensar de todo ello y suspendieron su juicio.

Entre estos últimos parece que se contaba el P. Pedro Papón, superior de los jesuítas, el cual, hombre entero y de franqueza un tanto ruda, parecía mejor hecho para desenredar las conciencias de los mercaderes y soldados que las de las monjas. Hombre de gobierno, sin embargo cuando supo, a principios de 1675, que se hablaba de él para dirigir el colegio de Gray, no pudo ocultar al P. de la Chaize, entonces Provincial, las dificultades con que tropezada en Paray su sustituto. Como el caso de la Hermana Alacoque, por causa de las consultas precedentes, se había conocido en la ciudad, nada obstaculizaba el que el P. Provincial fuese informado. Eso le ayudaría a escoger el sucesor, lo que no dejaba de ser una elección ciertamente delicada. Mas el P. de la Chaize, que desde hacía casi cuatro años como superior del P. La Colombiére conocía, gracias a la cuenta de conciencia lo íntimo de su alma, debió de decirse: he aquí el hombre que se impone. Así podría explicarse el dicho tan frecuentemente citado de un jesuita de Paray, el P. Forest, a la señorita María Rosalía de Lyón. Como esta persona no saliese de su admiración al ver que habían enviado a una tan pequeña ciudad a un hombre de tal talla: ***Es en favor de un alma*** —respondió el Padre— ***que necesita de su dirección.***

Se dejan fácilmente entender, en efecto, las angustias que

le causaron a Margarita María los hombres de doctrina. ***Comenzaron diciéndome*** — escribe— ***que era el diablo el autor de todo lo que pasaba en mí y que si no tenía cuidado me perdería engañándome con sus astucias e ilusiones.***

¿Cómo olvidar que un siglo antes, en el monasterio de Avila, una situación semejante había suscitado las mismas dificultades? Cuando Santa Teresa, mandada por su confesor, se comunicó con otros sacerdotes a quienes ella llama ***grandes siervos de Dios***, como éstos la querían mucho, tenían mucho miedo de verla engañada por el demonio. A su vez, ellos consultaron a otras varias personas sobre lo que ella les había dicho de su oración. ***Preguntando unos y otros, por bien me han hecho harto daño, que se han divulgado cosas que estuvieran bien secretas... y parecía las publicaba yo... Hechas las debidas consultas, uno de ellos en nombre de todos vino a mí y díjome que todo parecer de entrada era demonio. A mí me dio tanto temor y pena que no sabía qué hacer; todo era llorar.***

Iguales ansiedades en Margarita María, las cuales se adivinaban aun en su porte exterior. Cuando ***me pusieron en la enfermería... el demonio me hacía con frecuencia caer y romper cuanto tenía en las manos, y luego se burlaba de mí, riéndose delante de mis narices: oh, la torpona, tú no harás nunca nada de provecho, lo que me causaba una tristeza y un abatimiento tan grandes que no sabía qué hacer; porque a menudo me quitaba la fuerza de decírselo a nuestra Madre.*** En vez de participar en sus penas, tomando pie de la desautorización

de los doctores consultados, una parte no pequeña de la comunidad reprendía abiertamente a la Santa; y ***a fin de arrojar al espíritu malo varias*** de entre las más fervorosas le echaban ***mucha agua bendita con señales de la cruz y otras oraciones.***

Así las cosas, un día que ella se oponía, conforme a los consejos recibidos, pero en vano, con toda su ***resistencia*** al espíritu que la gobernaba, investida más que nunca de la divina presencia, recibió esta promesa: ***Yo te enviaré a mi fiel siervo y perfecto amigo que te enseñará a conocerme y a abandonarte a mí.***

Algún tiempo después, hacia fines de febrero de 1675, el P. La Colombière hacía su primera visita al monasterio de la Visitación. Detrás de las rejas del locutorio La M. Saumaise le presentó la comunidad, de la que el P. Papón iba a ser el ***confesor extraordinario.*** Ahora bien; mientras dirigía a las religiosas algunas palabras de edificación, ***oí internamente*** —escribe la Santa— ***estas palabras: Este es el que yo te envío. Lo que pronto conocí en la confesión de témporas.***

Estas palabras no permiten fijar la fecha de la primera conversación habida entre el P. La Colombière y Margarita María. En efecto, aquel año las témporas cayeron los días 6, 8 y 9 de marzo.

Por los rumores que comían entre la gente, el P. La

Colombière sabía que en el monasterio existía una religiosa cuyos caminos extraordinarios traían inquietas a sus superioras. Pronto la conoció en la oscuridad del confesionario; y es que cuando Jesús posee a un alma, por mucho que ella se esfuerce en mantenerse encerrada y muda en sí misma, el misterio se revela pronto. ***Sin que nos hubiésemos nunca visto ni hablado*** —cuenta Margarita María— ***me retuvo largo tiempo y me hablaba como si hubiese comprendido lo que pasaba dentro de mí. Mas yo no quería por esta vez abrirle mi corazón y como comprendió que yo quería retirarme, temerosa de incomodar a la comunidad, me dijo si consentiría en que viniese otra vez a hablarme en el mismo sitio. Pero mi natural tímido, que temía todas esas comunicaciones, hizo que respondiese que, no perteneciéndome a mí misma, haría lo que la obediencia determinase. Me retiré después de haber estado alrededor de hora y media.***

No quería por esta vez abrirle mi corazón. Notemos bien esta expresión; ninguna aclaración, sin duda, sobre las exigencias de Jesús llamándola al papel de víctima, nada tampoco sobre las revelaciones concernientes al Sagrado Corazón; más, con todo, dos almas parecidas no hubieron de prolongar tanto tiempo el coloquio para no decirse nada.

Por la misma época —según las ***Contemporáneas***—, después de la confesión el Padre vino a echarnos la plática de témporas a la iglesia, esta vez delante de las verjas del coro. Corrida la cortina de estameña, no tardó en llamar la atención del

predicador una de sus oyentes, ***persona en la que descubrió algo de extraordinario*** y que le impresionó por su recogimiento, ***lo que le obligó, después de su conferencia, a preguntar a la superiora quién era aquella joven religiosa.*** La Superiora le respondió que era la Hermana Margarita María, y Claudio dijo sin titubear: ***Es un alma privilegiada.***

Así comenzaba a ***dar testimonio de la Luz.***

No por eso el Padre dejó de comprender que aquel huerto cerrado apenas si se había entreabierto. ¿Timidez? ¿Reserva? Puede ser; pero más que nada dificultad en expresar comunicaciones divinas tan complejas y delicadas con palabras humanas que corrían peligro de falsificarlas. Además, comprendiendo, a pesar de la paz inalterable que llenaba de ordinario el corazón de Margarita María, que permanecía todavía en varios puntos indecisa y atormentada, se había decidido a hacer todo lo posible para darle confianza y dirigirle como ministro de Dios palabras que la iluminasen y confortasen

Por su parte, la Santa sabía que ***el soberano Maestro quería que ella manifestase a este fiel siervo todos los secretos de su Corazón***, cuyas confidencias ella había recibido. La M. de Saumaise había ordenado también a su Hija que no ocultase nada al P. La Colombiére. Sin embargo —escribe Margarita María—, cuando poco tiempo después —sin duda hacia mediados de marzo— volvió, aunque yo sabía que era voluntad de Dios que yo le hablase, ***no por eso dejé de sentir espantosas repugnancias.***

Su primera palabra fue para confesarlo sinceramente, a lo que el Padre respondió en seguida: ***Me alegro de darle ocasión de ofrecer un sacrificio a Dios.***

Franqueza por ambas partes, el hielo se había roto y ***entonces sin pena ni formas le descubrí el fondo de mi alma, lo mismo lo malo que lo bueno, sobre lo cual me dio muy grandes consolaciones, asegurándome que no había nada que temer en la conducta de este Espíritu, por lo mismo que no me quitaba de la obediencia; que debía seguir sus movimientos abandonándole todo mi ser a fin de sacrificarme e inmolarme según su beneplácito. Admirando la gran bondad de Dios al no verse ofendido por tanta resistencia, me enseñó a estimar los dones de Dios y a recibir con respeto y humildad las frecuentes comunicaciones y familiares coloquios con que me favorecía, por los cuales debía dar continuas gracias a una tan gran bondad.***

Hallando en estas palabras un eco maravilloso a los sentimientos de humildad que la dominaban por completo, la Santa, ya tranquilizada para adelante, le interrogó acerca de un punto que la inquietaba: una impotencia que ha causado, con frecuencia, escrúpulo a otras almas favorecidas con estados místicos. ***Este Soberano de mi alma me perseguía tan de cerca, sin excepción de tiempo ni lugar, que no podía hacer oración vocal, en lo que yo hacía tan grandes esfuerzos que a veces quedaba con la boca abierta sin poder pronunciar ninguna palabra, sobre todo diciendo el rosario.*** Es inútil luchar de esta

forma —respondió el director—, conténtese con las oraciones de regla añadiendo el rosario cuando pueda.

Sitiéndose, por fin, comprendida, la privilegiada del Divino Corazón manifestó ***algo de las especiales caricias y de la unión de amor que recibía de su Amado. El fiel siervo y perfecto amigo*** de Cristo escuchó, y allí donde ningún otro director había sabido dirigir, él, fuerte con su experiencia, viendo en todo lo que se le confiaba el sello divino, dio con una firmeza tranquila su juicio aprobatorio. Solamente añadió, declara la Santa, ***que en todo ello tenía yo motivos de humillarme y él de admirar las grandes misericordias de Dios para conmigo.***

Tal fue la segunda entrevista entre estas dos almas privilegiadas, de la que Margarita María ha dejado el recuerdo en sus memorias. Mas la Bondad Divina, añade, no quería que yo gustase ninguna alegría ***sin que me costase muchas humillaciones.*** Esta comunicación se las atrajo en gran número y él mismo (el P. La Colombière) ***tuvo mucho que sufrir por causa mía; porque decían que yo quería engañarle con mis ilusiones e inducirlo a error como a los otros.***

¿No cuenta Santa Teresa que el P. Baltasar Alvarez por un motivo análogo debió sufrir mil críticas por su causa? Pequeñas miserias inevitables, rescate humano de las incontestables ventajas que proporciona la vida del claustro.

Por el momento, al menos, Claudio no tuvo conocimiento de estas vejaciones. Algunas semanas después salía para dar una

misión en las tierras de ***Bénissons-Dieu.*** Al alejarse de Paray-le-Monial llevaba consigo en el fondo del corazón una gran esperanza: la visión, oscura todavía, mas llena de promesas, de una luz nueva que se anunciaba al mundo.

Capítulo XII

EL MONASTERIO DE BÉNISSONS-DIEU

Situada en la punta septentrional de Forez, la abadía de ***Bénissons- Dieu*** confinaba con las tres provincias del Lyonnais, de la Borgofla y del Boubornais. La antigua iglesia y el pueblo que la rodea forman hoy parte del distrito de Roanne. Su historia presenta esta particularidad, que, fundada en 1138 por San Bernardo para sus monjes, había pasado en 1611 por el capricho de un poderoso señor de Forez, padre de familia ávido y tiernamente despótico, a ser un convento de monjas.

Filberto, marqués de Nérestang, gran maestre de las Órdenes militares del Monte Carmelo y de San Lázaro, consejero del rey, comandante de la guardia escocesa real, capitán de cien coraceros, maestre de campo de un regimiento de infantería, había obtenido de Enrique IV en 1602, por sus buenos y leales servicios, varios beneficios eclesiásticos, de los cuales uno era la Abadía de Mégenont en Auvemia, entonces ocupada por las religiosas del Císter, de la que hizo tomar posesión a su hija

Francisca, que sólo contaba doce años de edad.

En 1610 conseguía, pero esta vez para su hijo, el título de Bénissons- Dieu, y al punto un pensamiento de intercambio comenzó a bullir en su mente. Este monasterio, construido en un clima más suave que el de Mégenont, en un valle protegido al norte y al mediodía por dos colinas cubiertas de bosques y abierto de poniente a oriente por una extensa pradera bañada por un río fértil en peces, se le antojó como una residencia ideal para mujeres. Instalando en él a la joven abadesa, su hija, su corazón de padre hallaría en ello, además, la satisfacción de tenerla más cerca de sus dominios familiares forezianos; y dicho y hecho, al año siguiente, después de una visita del Abad de Claraval, Dionisio l'Argentier, que preparó el cambio, se llevaba a cabo la transferencia.

Francisca de Nérestang vivió todavía más de cuarenta años en ***Bénissons-Dieu,*** siendo modelo de austeridad y de oración. ***Hallaba sumo placer*** —dice su biógrafo— ***en pasar parte de la noche contemplando el cielo estrellado y considerando en esos hermosos cuerpos celestes la grandeza y las perfecciones del Divino Espíritu que las ha creado, mientras que la religiosa que la acompañaba se entregaba al descanso del sueño.***

A su muerte, su hermana Aymare, que desde hacía años le servía de coadjutora, la sustituyó, mas —según el mismo autor— no le sobrevivió sino cinco días. Para suceder a sus tías el

Rey nombró a Francisca II de Nérestang, entonces de 23 años.

Había nacido en ***Bénissons-Dieu,*** donde su madre pasaba frecuentes temporadas, y desde muy joven se había consagrado a Dios y destinado al claustro. Joven aún, sintió un vivo atractivo por el libro ***La Imitación de Cristo*** y en una edad en que, apenas si puede entenderse, ella hallaba en él sus delicias. Atacada desde los seis años de una cruel enfermedad que, en lo sucesivo, dio ocasión a varias operaciones, había creado en sí misma una naturaleza a la vez magnánima para soportar el sufrimiento y delicada y tierna para saber compadecerse de los demás. Hecha por temperamento para ser amada, su yugo parecía suave de llevar y ligeras las cargas que como abadesa tenía que imponer.

Justamente para dar comienzo a este ministerio se presentaba a mediados de marzo de 1675 en ***Bénissons-Dieu*** el P. Claudio. Para que veamos cómo se despachó, basta con reproducir aquí los detalles que meses más adelante daría él mismo en la oración fúnebre de Francisca de Nérestang. Su narración es evidentemente la de un testigo ocular:

Habéis oído hablar de esas misiones que renovadas en nuestros días, sobre todo en este reino, alcanzan tantos éxitos. Varios predicadores apostólicos se reúnen en una ciudad o en un pueblo con el fin de desterrar los desórdenes y restablecer el fervor. Vienen provistos por los señores Obispos de amplios poderes de absolver toda suerte de pecados, aun los reservados. Primero se publica una indulgencia general para todo el que

venga a aprovecharse de sus predicaciones; después de lo cual durante cerca de un mes se predica tres o cuatro veces al día sobre todo lo que hay de más terrible y más conmovedor en las verdades del cristianismo. Durante todo ese tiempo está expuesto el Santísimo Sacramento; se da la bendición después de cada predicación, el resto del día se pasa en diversos actos públicos, todos de mucha utilidad; en la iglesia se rezan en alta voz las oraciones de la mañana y las de la tarde; se ayuda a los ignorantes a hacer durante la misa actos internos conforme a los misterios que ella representa; se dan frecuentes instmcciones sobre el sacramento de la Penitencia, sobre la Comunión, sobre la preparación para la muerte, sobre los Mandamientos, sobre todas las obligaciones generales y particulares; es, en fin, como unos largos ejercicios que se dan al mismo tiempo a todo un pueblo a fin de disponerlo a recibir la plenitud del Espíritu de Dios. Los frutos de estos santos ejercicios sólo los entienden los que los han recogido. Son como torrentes de fuego que consumen todos los vicios, que cambian, que purifican, que renuevan todas las cosas. Se ven poblaciones enteras pasar en quince días de una ignorancia grosera a un conocimiento de Dios muy perfecto; se cuentan hasta ochocientas o novecientos confesiones generales en pueblos de mil comulgantes; ciudades enteras, divididas por las facciones y crueles enemistades, entran en la paz, merced a reconciliaciones sincerísimas; no se habla ya de bailes, ni de cabarets; en vez de blasfemias, de juramentos y de canciones lascivas, se oyen tan sólo en todas partes cánticos sagrados; el uso de los Sacramentos, de la meditación, de la mortificación interior y exteriores es cosa común y ordinaria. Si dijese todo lo que he

visto en esta materia, estoy cierto de que no se me creería por mi palabra; yo mismo he creído con dificultad a mis oídos y a mis ojos.

Nosotros, al menos, podemos creer al cronista, el cual, siendo de una modestia exquisita, no embellece el cuadro cuando narra hechos en los que ha tomado parte.

¿Prolongó La Colombiére sus predicaciones más allá de Pascua? ¿Volvió por el mes de mayo a dar nuevas misiones por las tierras de

Bénissons-DieiP.

Nada nos autoriza a creerlo, dado que la abadesa había pedido misiones para el tiempo de Cuaresma, y el mes de mayo, en el campo, por razón de los trabajos de los campos, no es tiempo a propósito para frecuentes reuniones en la Iglesia.

Si el Padre no estuvo presente a la muerte de Madama de Nérestang, el 21 de mayo, vino al menos a pasar algunos días a ***Bénissons-Dieu***, sin duda con motivo del funeral, bien para endulzar el sentimiento causado por la desaparición de la ilustre Superiora, bien para recoger datos con miras a la oración fúnebre que había de pronunciar a los cuarenta días. Nos dice, en efecto, que ha interrogado sobre la difunta a sus compañeras de noviciado y que se ha informado con sumo cuidado. Está instruido, conoce las virtudes que ***en un grado muy eminente*** se practican en el monasterio. Y aunque él no lo afirmase, los numerosos detalles que proporciona sobre la vida íntima de esta

virtuosa e incomparable dama bastarían a probar que ha prolongado las indagaciones. Conoce su maravilloso ardor para con la Eucaristía, su devoción al santo sacrificio de la Misa y la Comunión, su caridad para con los huérfanos, las viudas y los ancianos. Sabe que ella se informaba del médico si había enfermos en el país, le obligaba a visitarlos y a darle cuenta en qué estado los había encontrado. Le han contado todas sus enfermedades. Y aun cuando ***en Francia tengamos baños cuyo uso le hubiera sido muy útil***

y el cambiar de aire hubiera sido para ella un remedio soberano, nunca quiso que su ejemplo sirviese de pretexto a las religiosas cobardes e inquietas para salir del monasterio. Apasionada por las conversaciones piadosas, la abadesa recibía todos los días a una pastora porque encontraba en ella un gran conocimiento de Dios y una gran simplicidad.

El Padre ha oído ponderar el cuidado que ponía en probar a las pretendientes y para escogerlas sin tener para nada en cuenta la cuantía de la dote. Le han repetido las últimas palabras que pronunció y los términos tan humildes y tiernos con que en su lecho de muerte pidió perdón a sus hijas.

La historia de ***Bénissons-Dieu*** ofrece, en relación con la devoción al Sagrado Corazón, una particularidad que no pudo pasar inadvertida al P. La Colombiére y que hemos de señalar aquí.

En 1653, poco después de la muerte de la primera abadesa del monasterio, se publicaron algunos recuerdos de la llorada difunta, recogidos por un Recoleto, su director, el P. Chérubin de Marcigny: ***Monumento levantado para perpetua memoria de Madame la Hermana Francisca de Nérestang.*** Vida edificante, muy semejante a las de las numerosas abadesas que en la aurora del siglo XVII reformaron los conventos arruinados por las guerras de religión. Acertadamente el autor ha añadido a la biografía de la abadesa, en un apéndice de 80 páginas, las santas reliquias de sus pensamientos. La difunta había compuesto este libro para servir exclusivamente a su

devoción, sin permitir que nadie lo viese porque ella reservaba su secreto a su celeste esposo.

Este secreto no era otra cosa sino un estudio bastante profundo que dejaba traslucir su devoción al Verbo Encamado. Entre los libros que leía la fundadora de preferencia, el P. Chérubin señala, junto a las obras de Santa Teresa, las de dos jesuitas: las ***Meditaciones*** del venerable P. Luis de la Puente y los ***Tratados*** del P. Saint Jure, lo cual basta, junto con el contacto directo del Evangelio y sin recurrir a la influencia de los autores de la escuela francesa, Bérulle, Condren y Olier, para explicar el hecho de que las elevaciones y las oraciones de este pequeño libro formen como un tratado místico de la Encamación. La piadosa abadesa, a ejemplo de su Padre San Bernardo, encontraba en ese Corazón un refugio contra las tentaciones, un retiro para el arrepentimiento, un estímulo para la penitencia y un modelo de perfecta generosidad,

Como estoy segura de tener acceso a vuestro Corazón, porque en él mora la caridad que nos tenéis, permitidme que en él establezca mi retiro y en él more; permitid que entre en ese generoso y compasivo Corazón, como en lugar

120

de mi refugio, para huir y salvarme de mis crueles enemigos que me buscan para perderme; lo que infaliblemente conseguirían si Vos me cerraseis la puerta y no me dejaseis entrar. Pero, dulce Salvador mío, Vos habéis querido que vuestro sagrado costado fuese abierto a fin de dejamos una puerta abierta para entrar en él; habéis querido que fuese el amor más que la lanza el que lo abriese para que pudiésemos morar allí y estar a cubierto de todos los peligros y de todas las persecuciones del mundo y del infierno.

Llena de confianza y de respeto voy a entrar, pues, en ese bondadoso Corazón, para no salir jamás, puesto que fuera de él no hay seguridad o placer en la tierra. Ahí quiero considerar, examinar y llorar mis pecados y pedir perdón a vuestra Divina Majestad; en ese Corazón amoroso que experimentó un horror profundo y un extremo dolor por ellos. En ese Corazón sagrado infinitamente santo y maravillosamente puro y que aborrece las más mínimas imperfecciones, quiero odiar todas las mías, hasta las más insignificantes, combatir mis pasiones desordenadas y resistir valientemente a los asaltos de todos mis enemigos, confiando alcanzar una gloriosa victoria protegida por esa inexpugnable fortaleza.

En ese Corazón divino que ha sido afligido por mí será donde viviré contenta, en mis mortificaciones y penitencias y en todos mis sinsabores, aflicciones, arideces, aburrimientos y contrariedades. En él también sufriré sin quejarme los dolores de la muerte recordando que ese generoso Corazón fue por mi amor abrumado de penas y tristezas, sin murmurar, en el tiempo de la

pasión.

En ese Corazón sagrado renuevo la absoluta donación que de mí misma os he hecho, mi divino Maestro; donación de mi alma, de mi cuerpo y de todas sus facultades y operaciones, y me abandono absolutamente a Vos, mi adorable Redentor, en una entera dependencia de todo lo que soy y de todo lo que puedo. Protesto que quiero obrar eternamente según las inclinaciones de vuestro Corazón; seguir sus consejo, conformarme con sus deseos, entrar en todos sus intereses y transformarme en sus afectos.

Es poco verosímil que el P. La Colombière no haya conocido y leído estas páginas. ¿No las había inspirado la Divina Providencia para prepararle a las revelaciones cuyas confidencias iba a recibir más en particular?

Capítulo XIII

EL MENSAJE DEL CORAZÓN DE JESÚS

Es natural que, pasada la Cuaresma, el P. Claudio volviese sin tardanza a Paray-le-Monial. Estando en los primeros meses de superiorato, ¿podía dejar mucho tiempo sin dirección a su pequeña comunidad? Nuestro Señor le esperaba para continuar instruyéndole acerca de los designios concernientes a su Sagrado Corazón.

Durante su ausencia, Margarita María se había dado cuenta de las críticas que sobre ella se hacían y sorprendido, aun en los más prudentes, movimientos de cabeza muy significativos. Su candor, en parte, era la causa de ello, pues ***impotente para contener las ardientes impresiones de amor*** producidas por ***las gracias más continuas de su Soberano, procuraba*** —dice — ***extenderlas con mis palabras y por escrito, en la creencia de que los demás, recibiendo las mismas gracias, abundarían en los mismos sentimientos. Pero salí de mi engaño, tanto enseñada por el P. La Colombière como por las humillaciones y persecuciones que todo ello me atrajo. Se me miraba como una visionaria testaruda en sus ilusiones e imaginaciones.*** Llenas de compasión, ciertas Hermanas seguían echándole agua bendita.

Se comprende el que la M. de Saumaise, para probar a su hija, la haya alimentado abundantemente con el pan delicioso de la mortificación y humillación, razón por la cual la Santa no la amaba menos, sino más. Pero las demás no tenían el mismo derecho. Por mucho que le diga su Soberano Señor: ***Te hago un grande honor al servirme de instrumentos tan nobles para crucificarte. Mi Padre me entregó en las manos de crueles verdugos... y yo para contigo me sirvo de personas que me están consagradas, por la salud de las cuales quiero que me ofrezcas todo lo que ellas te harán sufrir.*** Por mucho que Margarita responde que ***lo hace con sumo gusto y de todo corazón***, ella no puede impedir el que semejantes actitudes den ocasión a muchas ***faltas de caridad y de humildad.*** Hace dos años que San

Francisco de Sales le hizo saber que esas infracciones de virtudes que le eran tan queridas, le causaban gran pena, quejas que el Santo Fundador renovará con frecuencia. ***Hay una comunidad —dirá algo más tarde— que me causa mucho dolor y en la que la tercera parte no han sido reconocidas por mí.***

¿Acaso por semejantes infracciones Nuestro Señor no manifiesta, en varias ocasiones, a Margarita María, ***su justa cólera? Mira esa religiosa de solo nombre a quien estoy dispuesto a arrojar de mi corazón y a abandonar a su propia suerte.*** Otro día: ***Al prepararme para la santa Comunión oí una voz que me dijo: Mira, hija, el mal trato que recibo de esta alma que acaba de recibirme; ella ha renovado todos los dolores de mi Pasión.*** Y también: ***Acompañando una vez al Santísimo Sacramento que llevaban a una enferma percibía esta sorprendente Bondad que volvía la cabeza diciendo al que le llevaba: deja de hacerme fuerza; estoy sufriendo violencia.***

Todo lo que hace o deja de hacer la Santa se toma en motivo de crítica. ¿Quiere prolongar en el coro sus adoraciones impulsada por Nuestro Señor, que la atrae imperiosamente al Tabernáculo? Se la acusa de querer singularizarse. Y si en las horas de trabajo se retira a un rinconcito para estar más cerca del Santísimo Sacramento, se le hace la guerra; y por amor a la paz resuelve quedarse en su celda; mas entonces es Nuestro Señor quien le dice con una voz irritada: ***Sábete que si te retiras de mi presencia, te lo haré bien sentir a ti y a todas las que hayan sido la causa.***

En cada una de estas circunstancias, Margarita María, tomando al pie de la letra su papel de reparadora, intercede con tal calor en favor de las culpables que creería uno asistir a las emocionantes intervenciones de Moisés en favor del pueblo escogido:

Habiéndome una vez mostrado los castigos con que quería castigar a algunas almas, me arrojé a sus pies, Oh Salvador mío, descarga más bien en mí toda tu cólera y bórrame del libro de la vida, antes de perder a esas almas que te han costado tan caras. Me respondió: Pero ellas no te aman y no dejarán de afligirte. —No me importa, Dios mío, con tal que ellas te amen a ti; no quiero dejar de pedirte que las perdones. —Déjame hacer, no puedo sufrirlas más. Y abrazándole con más fuerza: No, no, Señor, no te soltaré en tanto no las hayas perdonado. Y me decía: Está bien, sea así, si tú quieres responder por ellos ***(sic).*** Sí, Dios mío, pero no te pagaré sino con tus propios dones que son los tesoros de tu sagrado Corazón.

Día vendrá en que la misma Santísima Virgen, aunque haya tomado contra su Hijo enojado la defensa de sus hijos, se presentará cansada teniendo en sus manos corazones llenos de úlceras y suciedades y ***estando cantando la Salve en su capilla, al pronunciar aquellas palabras "advocata nostra", ella me respondió: Sí, hijas mías, yo soy en efecto vuestra abogada, pero lo sería con mucho más agrado si quisieseis ser fieles a mi Hijo.***

Cuando el proceso de beatificación en 1715, reclamadas por el tribunal eclesiástico las supervivientes de aquellos días de tribulación, no tendrán más remedio que descubrir sus recuerdos. Muchas hablarán, como, por ejemplo, la Hermana Damas de Barnay, atestando bajo juramento: ***varias veces se halló en recreaciones en las que la Hermana Alacoque allí presente, había sido tratada de visionaria, hipócrita, testaruda en sus sentimientos y devociones;*** o como la Hermana Rosselin, que ***afirmó saber que la dicha Hermana Alacoque ha sufrido todo lo que se puede sufrir de menosprecios, contradicciones, desaires, injurias, reproches sin quejarse y rezando por aquellas por quienes era maltratada;*** o como la Hermana Claudia Margarita Billet, que dice: ***estando con ella cuando otras que estaban lejos afectaban hablar alto despreciándola y desgarrándola cruelmente, ella decía a la deponente que pretendía alejarla para que no oyese tales insultos: ¡Hermana mía, si supierais cuán dulce es padecer por Jesucristo!***

Algunas de estas afrentas y de las intervenciones celestiales que les seguían son ciertamente posteriores al mes de mayo de 1675; mas el estado de los espíritus que ellas nos revelan existía ya muy profundo en el monasterio por esta época. Nada de innovaciones: tal era aun entre las más fervorosas la orden del día. Por eso, ¿podía tolerarse que una joven recién profesa quisiese dar lecciones a las más antiguas y pasar por reformadora?

Por sólo esto se comprende el enredo que tuvo que

deshacer el P. La Colombière a su vuelta de ***Bénissons-Dieu.***

Al comprometerse a salir en defensa de la Santa vidente, comprendió en seguida que se exponía a que su reputación de sabiduría y prudencia se menoscabase a los ojos de no pocos. ¿No sufriría con ello alguna mengua la eficacia de su apostolado? ***Me he extrañado cien veces*** —declara Margarita María— ***de que no me haya abandonado como los demás; porque*** —y es su caridad para con sus hermanas, no menos que su humildad quien la hace hablar así— ***la forma como trataba yo con él habría hastiado a cualquier otro.*** Claudio había escrito: ***Aunque toda la tierra se levante contra mí, se burle de mí, se queje, me insulte, es preciso hacer todo lo que Dios me inspire para su mayor gloria; lo he prometido y espero observarlo con la gracia de Dios; o también: que no es ante las hombres ante quienes yo quiero abrirme camino o hacer fortuna.***

El Maestro, por otra parte, en este tiempo de Pascua iba a darle a conocer todavía mejor sus designios; e introduciéndole de una manera cada vez más íntima en sus misterios de amor le iba a preparar a recibir sin mucha extrañeza la confidencia de las grandes revelaciones que tenía en proyecto.

Un día que el Padre había venido a decir misa a la Visitación — escribe Margarita María— ***Nuestro Señor le hizo grandes mercedes y a mí también porque al acercarme a la***

sagrada Comunión me mostró su sagrado Corazón como un horno ardiente y otros dos corazones que iban a unirse y a abismarse en él, diciéndome: Así es como mi puro amor une estos tres corazones para siempre. De esta forma Jesús le daba a entender que su unión con el P. La Colombiére ***era toda ella para gloria del Sagrado Corazón. Quería también*** —añade— ***que yo le descubriese los tesoros de ese Corazón a fin de que publicase y diese a conocer su precio y utilidad; para lo cual quería que fuésemos como hermano y hermana igualmente partícipes de los bienes espirituales.*** Al objetar Margarita su pobreza y la desigualdad que existía entre un hombre de una virtud tan grande y una miserable pecadora como ella, Jesús le respondió: ***Las riquezas infinitas de mi Corazón suplirán e igualarán todo. Háblale sin temor.***

La humilde salesa acaba de entrever, no sin temblor, que Cristo quiere comunicarle una misión. De esas luces con que la favorece no ha de ser ella la única beneficiaría: tendrá que transmitirlas a fin de que Dios ***sea glorificado en las almas. Tú las distribuirás, bien de palabra o por escrito según que yo te manifieste mi deseo.*** Por mucho que Jesús añada que ***no debe preocuparse por lo que haya de decir o escribir, porque El pondrá en ello la unción de su gracia***, ¿cómo no había de parecer todo ello una quimera a una pobre religiosa de clausura? Si el haber sido escogida como confidente de tan maravillosos secretos causa estupor profundo, ¿qué será el ser la mensajera? El creerlo, ¿no es una ilusión, una temeridad y una locura? Sí, si

estuviese sola; mas el siervo fiel y perfecto amigo de Cristo está ahí: ***Háblale sin temor, lo cual hice*** —declara— ***en nuestra primera entrevista.*** Y la humildad y la acción de gracias con que la recibió con otras cosas que ***le dije de parte de mi soberano Maestro en lo que se refería a él me emociona... y me fue de más provecho que todos los sermones que hubiera podido escuchar.***

Así fue como la Santa se vio obligada por primera vez a hablar de sus revelaciones acerca del Sagrado Corazón, que hasta entonces había tenido ocultas aun a sus superiores. ***Le confieso*** —escribirá al P. Croiset— ***que fine a ese buen Padre*** (La Colombiére) ***a quien hice la primera manifestación como me lo había mandado mi Soberano.*** Se comprende que el director no haya querido prometer a la primera de cambio su concurso en semejante empresa.

En un punto, sin embargo, fue pronto Claudio en decidir aquel mismo día. En el Antiguo Testamento Dios encargaba con frecuencia a sus profetas el ir a avisar a los transgresores de su ley y prevenirlos contra la severidad de su justicia. Un papel semejante parecía, desde algún tiempo atrás, estar reservado a Margarita María para con su monasterio. En este nuevo Sinaí, ciertas faltas, que en otros ambientes hubieran pasado por cosa de ninguna importancia, tomaban el cariz, a los ojos divinos, de intolerable gravedad: faltas tan hirientes contra ***la santidad de justicia*** que durante dos años, no obstante el fervor producido por el paso de La Colombiére, atraerán sobre la comunidad una reprensión celeste que dará pie a una escena dolorosa. Presionada

a ***escribir ciertos billetes*** para prevenir a las culpables, la vidente se resistía a causa de ***las grandes humillaciones que se le seguían*** y prefería ofrecerse en silencio, como ya lo hemos visto, a recibir todos los castigos merecidos por las otras. Sufría, sin embargo, por su misma resistencia. El Padre le mandó no oponerse nunca ***a los movimientos santos de este Espíritu.*** Cualesquiera que fuesen las penas y humillaciones por las que tuviese que pasar, debía decir sencillamente lo que le inspiraba, presentar a la superiora el billetito y después obrar conforme a su dictamen. ***Y así lo hacía*** —declara la Santa—. ***Pero eso me ha traído muchas abyecciones de parte de las criaturas.***

¿Cuál era el contenido de esos billetitos? Fácilmente se comprende que las interesadas no lo hayan revelado; pero podemos hacernos una idea por las quejas de Nuestro Señor reseñadas más arriba. No es cosa ardua el imaginarse la animosidad que ello crearía.

Tal fue esta entrevista entre los dos privilegiados de Cristo, la tercera de las mencionadas por la autobiografía de Margarita. La Santa en ella manifestó, según la orden que había recibido, los tesoros del Sagrado Corazón y las formas de su devoción personal; mas nada todavía de las prácticas del culto público deseadas por Jesús. Nada tampoco de explícito acerca de la misión de que van a ser encargados ambos apóstoles en relación con la Iglesia universal. Esas precisiones no se harían esperar.

La muerte, en mayo de 1675, de la abadesa de Nérestang

obligó al Padre La Colombiére a hacer una visita a ***Bénissons-Dieu,*** en donde, sin embargo, no se detuvo mucho tiempo, pues el2 de junio, fiesta de Pentecostés, predicaba en Paray, si no el primer sentido, sí el primero que llamó la atención en el que ganó a todo su auditorio.

Se acercaba el día de la que se ha llamado con toda razón ***la gran revelación del Sagrado Corazón.***

En la entrevista precedente el Padre había mandado a Margarita que pusiera por escrito todo lo que pasaba en ella; porque quería meditarlo despacio. La Hermana sentía una repugnancia mortal. Lo escribía para obedecer y luego lo quemaba creyendo haber cumplido con la obediencia. No se quedaba con ello tranquila, y menos mal que le entraron escrúpulos y se le dio orden de no hacerlo más. De esas confidencias tenemos tan sólo la relación siguiente que el Beato incorporó al final de sus ejercicios de Londres en 1677. Dada su importancia, la reproducimos íntegramente:

Estando delante del Santísimo Sacramento un día de su Octava, recibí de mi Dios gracias excesivas de su amor. Movida del deseo de reciprocidad y de devolver amor por amor, me dijo: No me lo puedes dar mayor que haciendo lo que tantas veces te he pedido. Y descubriendo su Divino Corazón: He aquí este Corazón que tanto ha amado a los hombres, que no ha escatimado

nada hasta agotarse y consumirse para manifestarles su amor; y en reconocimiento yo no recibo de la mayor parte sino ingratitudes, desprecios, irreverencias, sacrilegios y frialdades que tienen para conmigo en este Sacramento de Amor. Y lo que es todavía más pugnante es que son corazones que me están consagrados. Por todo ello te pido el primer viernes que sigue a la Octava del Santísimo Sacramento sea consagrado a una fiesta especial para honrar mi Corazón reparando su honor con un acto público de desagravio comulgando ese día para reparar las injurias que ha recibido durante el tiempo que ha estado expuesto sobre los altares; y te prometo que mi Corazón se dilatará para esparcir con abundancia las influencias de su divino amor sobre los que le tributen este honor.

Pero, Dios mío, ¿a quién os dirigís? ¿A una criatura tan malvada y a un pobre pecador ***(sic)*** a quien su misma indignidad sería capaz de impedir el cumplimiento de vuestros designios? ¡Tenéis tantas almas generosas que pueden poner en ejecución vuestros designios! ***¡Eh, pobre inocente! ¿No sabes que me sirvo de los individuos más débiles para confundir a los fuertes, que es ordinariamente sobre los pobres de espíritu y a los pequeños sobre quienes hago brillar mi poder con más ostentación a fin de que no atribuyan nada a sí mismos?*** —Dadme, pues —le dije yo—, el medio de hacer lo que me mandáis. Añadió tan sólo: ***Dirígete a mi siervo y dile de mi parte que haga todo lo posible para establecer esta devoción y dar ese gusto a mi Divino Corazón, que no se desanime por las dificultades que encontrará, que no le faltarán; mas debe saber que es todopoderoso aquel que desconfía enteramente de sí***

mismo para confiar únicamente en mí.

Once años más tarde, en su Memoria al P. Rolin, Margarita María reproducirá, casi con las mismas palabras, la primera mitad de esta relación —la esencial— en la que se pide, en honor del Corazón de Jesús, una fiesta particular en la que se había de hacer un acto de reparación y una comunión reparadora.

Cuando, en fin, el año 1689, en una carta al P. Croiset recuerde este maravilloso acontecimiento, que fue como el Tabor de su existencia, lo hará sencillamente para hacer constar su larga resistencia y la misión privilegiada del Padre La Colombiére: ***Me sentía presionada y como perseguida para dar a conocer a este Divino Corazón... hasta que en la Octava del Corpus fue preciso rendirme, no pudiendo ya resistir. Fue necesario descubrirle, a pesar de mí, lo que con tanto cuidado había siempre tenido oculto, porque él había sido elegido para la ejecución de estos designios.***

Por la expresión francesa ***amende honorable*** la antigua legislación francesa entendía una pena infamante: confesión pública de un crimen, impuesta a ciertos culpables; petición de perdón por un ultraje o una traición. Esta confesión podía interpretarse como una desaprobación de la falta cometida; y el Soberano a veces se dignaba aceptar esta retractación en vez del castigo, como una multa, una retractación reparadora y ***honrosa*** para el ofendido, en compensación del agravio hecho.

Un acto de este género es lo que pedía Jesucristo.

Cuando se piensa en los dolorosos escándalos que constituían lo que con toda justeza se ha llamado ***el revés del gran siglo***, ¿cómo extrañarnos de ello? ***Ingratitudes, desprecios, irreverencias, sacrilegios hacia el Sacramento del Amor.*** Cuando la santa salesa escribía estas quejas brotadas del Corazón de Jesús, estaba lejos de sospechar ni la centésima parte de lo que ocultaban. 1675: en ese momento histórico se cometían en París, a veces a impulsos de los celos que llegaban hasta el trono real, esas ***impiedades execrables*** que algunos años más tarde causarían horror a los jueces de la ***Chambre ardente.*** Las infidelidades de ***los corazones que me están consagrados.*** Por estas palabras Margarita María entendía las pequeñas infidelidades de los claustros, las únicas que ella conocía. Pero había otras,

por desgracia, misterios de iniquidad; ***misas negras*** alas cuales en 1682, delante del rey y de toda la corte, hacía alusión Bourdaloue en su terrible sermón sobre la impureza: ***¿Quién hubiera creído que el sacrilegio iba a ser el condimento de una pasión brutal...? ¿Que lo que hay de más venerable en la religión iba a ser empleado para lo que hay de más corrompido en el libertinaje y que el hombre, siguiendo la profecía de Isaías, iba a hacer servir a su Dios aun a sus más infames voluptuosidades?***

El tiempo urgía. Estaban ya dentro de la Octava del Corpus y Jesús pedía esa ***amende honorable*** o reparación para el viernes siguiente. Informado de todo, el Padre quiso tener por

escrito en seguida el relato de esta visión. Feliz exigencia, gracias a la cual poseemos la página que acabamos de leer, redactada bajo la impresión reciente de los acontecimientos, cuando la Santa se acordaba perfectamente de todos los detalles.

En presencia de un deseo tan categórico de Nuestro Señor, ¿qué iba a hacer La Colombiére? Plenamente convencido, hacía cuatro meses, de la santidad de la vidente, y no teniendo ninguna duda como consecuencia de sus anteriores entrevistas con la Santa, del espíritu divino que la dirigía, ¿cómo no autorizarla a hacer el viernes siguiente en honor del Sagrado Corazón esa ***reparación por las indignidades cometidas contra el Santísimo Sacramento?*** Y ¿por qué no ofrecería él mismo por su cuenta al Corazón de Jesús el mismo testimonio de amor reparador?

Cuando se afirma, siguiendo a monseñor Languet, que Claudio se consagró al Sagrado Corazón de Jesús ya el 21 de junio de 1675, nadie pondrá dificultad en admitirlo, si se entiende esta ***amende honorable*** o reparación. Pero si se quiere hablar de una consagración plena, ritual, que sin ser voto lleva consigo un compromiso positivo, una ofrenda de todas las potencias de trabajo, de todas las oraciones, de todos los méritos, una promesa de dedicarse en cuerpo y alma a una causa, la cosa ya no es tan cierta; y mucho más si se pretende determinar la fórmula escrita definitiva que el día 21 de junio de 1675 hubiese sido pronunciada por los dos elegidos de Jesucristo. Eso es, sin embargo, lo que han afirmado ciertos autores, pensando, sin

duda, que cuanto más pronto apareciese la consagración total de sus santos, más grandes serían sus méritos a los ojos de los hombres.

Cierto que andando el tiempo hizo Claudio donación entera de sí mismo al Sagrado Corazón, pues al final de su ***Diario de ejercicios*** se pueden ver los motivos que le impulsaron a ello y la fórmula de que se sirvió para este acto de ofrecimiento.

Pero ¿la hizo y en estos mismos términos en el mes de junio de 1675? Cuando se tiene en cuenta cuán prudente y reflexivo era, cuán meticuloso y atento para echar mano de los ***métodos de elección*** de San Ignacio, semejante prisa—no sólo para obedecer a Nuestro Señor, que tan sólo pedía una ***amende honorable***, una reparación, sino para ir más lejos llegando hasta una donación total de su persona— no parece que entre en el modo de ser de Claudio. Al querer añadir algo a lo que habían dicho sus antecesores, cada biógrafo de Claudio lo que ha hecho ha sido contribuir a falsificar su psicología. Hoy día, después de dos siglos de estar acostumbrados a la devoción al Sagrado Corazón, una consagración plena a un culto que nos es querido nos parece muy natural; pero no sucedía lo mismo en un momento en que nadie en la Iglesia aprobaba las revelaciones de Paray y en el que todos las ignoraban.

Por otra parte, históricamente no tenemos ningún motivo para afirmar una tal precipitación por lo que toca a La Colombière. El P. Croiset, en quien quieren algunos apoyarse, no hace ni la menor insinuación.

Unicamente declara: ***Esas gracias extraordinarias que La Colombière recibió de esta práctica, le confirmaron pronto en la idea que tenía de la importancia y solidez de esta devoción. Habiendo considerado cuáles eran los sentimientos de ternura de Jesucristo para con nosotros en el Santísimo Sacramento, en el que su Corazón está siempre ardiendo de amor por los hombres... no pudo representarse sin gemir los horribles ultrajes que Jesucristo sufre desde hace tanto tiempo por la malicia de los herejes y por el incomprensible desprecio de que le hacen objeto aun la mayor parte de los católicos en este augusto Sacramento.***

Este olvido —añade—, ***este desprecio, estos ultrajes le impresionaron sensiblemente y le obligaron a consagrarse de nuevo a este Sagrado Corazón con esta hermosa oración que él llama Ofrecimiento al Sagrado Corazón de Jesús.***

¿En qué época tuvo lugar esta nueva consagración total e irrevocable? Cuidadoso como era el P. Croiset de atestiguar la prontitud del P. La Colombière en entregarse, de haber habido algún indicio que le permitiese fijar la fecha no muy lejos de la Octava del Corpus, sin duda que lo hubiera hecho. Ahora bien, no da ningún dato ni precisa nada. Una cosa parece cierta; cuando Claudio hubo adquirido la certeza de que Jesús quería este culto, al igual que Margarita María, no tuvo más remedio que rendirse sin poder resistirse. Y, lejos de echar en cara a los dos elegidos sus resistencias, les aplicaríamos más bien las palabras de San Gregorio sobre el apóstol

Santo Tomás: ***Sus dudas nos han servido más a nuestra fe que la fe misma de los discípulos entusiastas, porque no se contentó con menos que con tocar y palpar a Cristo para creer; nuestro espíritu rechazando todas sus dudas se halla a su vez fortificado en la fe.***

Vencido en su resistencia y queriendo, en su entusiasta alegría, señalar su derrota, Claudio se dio sin reserva con el acto de ofrecimiento que señala al P. Croiset. Si los primeros editores han colocado este acto al final de sus notas espirituales y como su conclusión, esto no quiere ciertamente decir que fue escrito después de todo lo que antecede, aunque sea su coronamiento.

Esta ofrenda —dice Claudio—, ***en una especie de preludio, se hizo para honrar a este Divino Corazón, sede de todas las virtudes, fuente de todas las bendiciones y refugio de todas las almas santas.*** Después de haber enumerado las principales virtudes que se quiere honrar en él sobre todo el amor ardentísimo de Dios su Padre, paciencia y dolor, reparadores extremos por nuestros pecados, compasión muy sensible para nuestras miserias, Claudio anota que a cambio de todo esto no encuentra Jesús en los corazones de los hombres sino dureza, olvido, desprecio, ingratitud. Entonces hace él su ofrecimiento total acentuando lo que es su consecuencia: perfecto olvido de sí mismo:

A fin de reparar tantos ultrajes y tan crueles ingratitudes, oh adorable y amantísimo Jesús, y para evitar en la medida de lo

posible el caer en una tal desgracia, os ofrezco mi corazón con todos los movimientos de que es capaz, me doy por entero a Vos; y desde ahora protesto sinceramente, así lo creo, que deseo olvidarme de mí mismo y de todo lo que puede referirse a mí a fin de quitar el obstáculo que podría cerrarme la entrada en ese Divino Corazón que tan bondadosamente me habéis abierto y en donde deseo entrar para vivir y morir en él con vuestros más fieles servidores, todo penetrado y abrasado en vuestro amor. Ofrezco a ese Divino Corazón todo el mérito, toda la satisfacción de todas las misas, de todas las oraciones, de todos los actos de mortificación, de todas las prácticas piadosas, de todas las obras de celo, actos de humildad, de obediencia y de todas las demás virtudes que practique hasta el último día de mi vida. Todo eso será no sólo para honrar el Corazón de Jesús y sus admirables disposiciones, sino que también le pido se digne aceptar la donación total que le hago, que disponga de ella como le plazca y en favor de quien quiera: y como yo he cedido ya a las almas del Purgatorio todo lo que hay en mis obras capaz de satisfacer a la divina justicia, deseo que todo ello les sea distribuido o aplicado conforme al beneplácito del Corazón de Jesús.

El religioso se interrumpe un instante a fin de formular algunas precisiones relativas a las intenciones de sus misas: delicadeza de afecto mezclada con escrúpulos de jurista. Acto seguido termina con esta elevación en la que pone toda su alma, humilde hasta la más absoluta desconfianza de sí mismo, amante hasta la más entera confianza en Dios:

Sagrado Corazón, enseñadme el perfecto olvido de mí

mismo, que es el único camino para llegar a Vos. Porque todo lo que voy a hacer en el futuro va a ser para Vos, haced de forma que yo nunca haga nada indigno de Vos. Enseñadme lo que debo hacer para llegar a la pureza de vuestro amor cuyo deseo me habéis inspirado. Siento en mí una gran voluntad de agradaros y me siento incapaz de ello sin una luz y sin un socorro muy particular que tan sólo Vos podéis darme. Que se cumpla en mí vuestra voluntad, Señor; bien veo que me opongo a ello; pero quisiera, me parece, no oponerme. Vos tenéis que hacerlo todo, Divino Corazón de Jesucristo; Vos sólo tendréis la gloria de mi santificación si llego a ser santo; es más claro que el día; pero será para Vos una gloria grande, razón única por la que quiero y deseo la perfección. Así sea. Amén.

Capítulo XIV

ORIGINALIDAD DEL MENSAJE DE PARAY

Por verdaderas y reales que hayan sido en un principio las dudas del P. La Colombiére con ocasión del mensaje confiado a Santa Margarita María, no hay que deducir de ello que todo fuese nuevo para él en la devoción al Corazón de Jesús.

Desde fines del siglo XIII, Dios había dejado entrever a la ilustre contemplativa sajona, Santa Gertrudis, sus designios providenciales en relación con este culto. Admitida, un día de San Juan Evangelista, a descansar como el discípulo amado sobre el pecho del Señor, la monja benedictina había experimentado un goce inefable en los latidos santísimos que sin interrupción hacían latir el Corazón Divino. Y como ella se extrañase de que San Juan, que había gustado las mismas dulzuras, hubiese guardado el más absoluto silencio respecto al particular, le contestó el apóstol: ***Estaba reservado a los tiempos modernos el dar a conocer la suavidad de estos latidos, a fin de que la***

revelación de estas maravillas recaliente el mundo envejecido cuyo amor languidece.

El P. La Colombiére, que era de una vasta lectura, y que, como dice él mismo, sentía una gran pasión por ciertos libros que tratan de la vida espiritual de una manera más elevada, ¿conocía esta página? Puede ser; mas nada nos autoriza a afirmarlo. En todo caso, antes de las revelaciones de Paray-le-Monial, se había aprovechado, aun sin saberlo, de los esfuerzos múltiples de tantos personajes santos que, siguiendo las huellas de Santa Gertrudis, de San Buenaventura o de San Bernardo, habían tratado de penetrar en los tesoros del Corazón de Jesús para entregarlos al mundo.

Como todas las almas interiores, Claudio se recreaba, hacía ya largo tiempo, en gustar en la oración los sentimientos de este Divino Corazón para con su Padre y para con nosotros, como se deduce de las notas espirituales de su tercer año de probación.

Al terminar la primera semana del mes de ejercicios, después de una meditación sobre la Sagrada Eucaristía, en la que había sentido especial consuelo, totalmente penetrado de los dulces movimientos de admiración y de reconocimiento para con la bondad que Dios nos ha manifestado en este Sacramento, anotaba: Me he sentido conmovido al considerar, sea los pensamientos que Jesucristo puede tener de mí cuando le tengo en mis manos, sea los que tiene respecto de mí, es decir, la disposición de su Corazón, sus deseos, sus planes, etc. Al comienzo de la tercera semana, a propósito del prendimiento de

Cristo en Getsemani, escribía:

Des cosas me han conmovido extraordinariamente... la primera es la disposición con que Jesucristo se presentó delante de los que le buscaban. Su Corazón está sumergido en horrible amargura... todas las pasiones están sueltas dentro de él, toda la naturaleza está desconcertada y a través de todos esos desórdenes, de todas esas tentaciones, el Corazón se dirige derechamente a Dios... no duda en tomar el partido que le sugieren la virtud y la más alta virtud... La segunda cosa es la conducta de este mismo Corazón con Judas que le hace traición, con los apóstoles que le abandonan cobardemente, con los sacerdotes y con los demás autores de la persecución de que es objeto... todo eso no fue capaz de excitar en él el menor sentimiento de odio o de indignación... Me represento, pues, a ese Corazón sin hiel, sin acritud, lleno de una verdadera ternura para con sus enemigos.

Siguiendo el ejemplo de otros siervos de Dios, San Juan Eudes, por ejemplo, tampoco quiere el P. La Colombière separar el Corazón de Jesús del de su Madre: ***Acto continuo, dirigiéndome a María para pedirle la gracia de poner mi corazón en la misma disposición, me di cuenta de que el suyo lo está perfectamente...*** Y esta meditación se terminaba con un ímpetu de amor para con esos dos corazones, modelos de la santidad que él quiere conseguir:

Oh corazones verdaderamente dignos de poseer todos los corazones, de reinar sobre todos los corazones de los ángeles y de

los hombres. En adelante seréis mi regla y en ocasiones semejantes procuraré revestirme de vuestros sentimientos; quiero que mi corazón en lo sucesivo no esté sino en el de Jesús y en el de María, o que el de Jesús y el de María estén en el mío, a fin de que le comuniquen sus movimientos.

Así, pues, para conocer y rogar al Corazón de Jesús, el corazón de carne, símbolo del amor, Claudio no había esperado las confidencias de Margarita María. ¡Cuántas veces, sin duda, al renovar su heroico voto de fidelidad no había repetido lo que escribía antes de hacerlo!: ***Sed, pues, amable Jesús, mi padre, mi amigo, mi maestro, mi todo; pues queréis contentaros con mi corazón, ¿no sería una sinrazón el que él mismo no se contentase con el vuestro?*** Y fue a ese Corazón divino, en reconocimiento de un amor que había llegado hasta el exceso, a quien Claudio había dado, en el principio de su tercera probación, el más precioso testimonio de amor que pueda un religioso ofrecer: la promesa irrevocable de observar fielmente todas las reglas de su Instituto.

¿Qué autores iniciaron a Claudio en este conocimiento? Aun cuando no llegásemos a saberlo, importaría poco. Cuando una corriente de piedad arrastra a una generación, toda alma verdaderamente cristiana saca provecho, sin que se pueda decir a ciencia cierta por qué medio y por quién le ha llegado un tal favor. Ahora bien: es manifiesto que desde el primer cuarto de siglo XVII, particularmente en Francia, los hombres espirituales,

sacerdotes, religiosos o seglares, se sentían atraídos, de una manera especial, a la contemplación del interior de Jesús para según él modelar el suyo. En muchos, esta mirada prolongada había tenido por resultado, si no el descubrimiento del Corazón de Jesús —ya que hacía mucho tiempo que la lanza de Longinos lo había señalado al amor de los hombres—, al menos una utilización más profúnda y más metódica de las infinitas riquezas de este Corazón Divino. Según el testimonio de un historiador particularmente instruido sobre esta época, la devoción al Corazón de Jesús, aun siendo asunto personal y privado, había llegado a ser general en la ascética cristiana.

Sin hablar de San Francisco de Sales, de Bérulle y de Olier, del famoso P. José y, sobre todo, de San Juan Eudes, declarado por Pío X y Pío XI ***padre, doctor y apóstol del culto litúrgico de los sagrados Corazones de Jesús y de María***, ¡cuántos sencillamente entre los hermanos en religión de La Colombiére habían contribuido a este movimiento!

El P. Pedro de Oultreman había publicado en Lille en 1652 un infolio latino de más de mil páginas titulado ***El amor increado extendido sobre las criaturas***, cuyo quinto libro llevaba por subtítulo ***Amor intenso: su tipo, el Corazón o el costado abierto de Cristo.*** Ahora bien, al comienzo de este libro quinto, apoyándose en los Padres, en los filósofos, en los Santos, especialmente Santa Catalina de Siena y Santa Gertrudis, el autor pretendía probar que el corazón es el símbolo del amor, en tales términos que nos deja ya entrever al P. Galliffet. No nos

atrevemos a afirmar que el Padre Claudio hubiera leído personalmente esta obra, o los emocionantes ***Afectos*** para con el Sagrado Corazón, del P. Álvarez de Paz, o las ***Consideraciones sobre las llagas de Cristo,*** del P. Vicente Caraffa, que murió siendo General de la Compañía de Jesús, o el precioso manual de Gaspar Druzbicki: ***El Corazón de Jesús, meta de los corazones.*** Pero otros en su derredor, en Aviñón, en Lyón o en París, su maestro de novicios, sus Padres espirituales o sus hermanos, su instructor de tercera probación, los conocían y habían alimentado con ellos sus coloquios espirituales.

Al menos, de los jesuítas de Francia que en el siglo XVII figuran entre los devotos del Sagrado Corazón, hay tres que ciertamente Claudio no pudo menos de conocer.

En primer lugar, el P. Luis Lallemant. Todavía no se había dado a la imprenta su libro ***Doctrina espiritual;*** pero ya en vida, por sus enseñanzas y sus virtudes, y después de su muerte (1635), por sus novicios y sus ***tercerones,*** había ejercido una larga y profunda influencia. Ahora bien, este maestro tenía la costumbre en todas las cosas que se presentan a nuestra elección, sobre todo cuando se trata de pruebas, de cruces y de humillaciones, de dirigir a los suyos al Corazón de Jesús: ***Consultad los sentimientos de ese Corazón*** —decía—***y después haced vuestra elección.***

Al hablar de la primera Francisca de Nérestang hablamos del ***P Juan Bautista Saint-Jure.*** Hablando de la unión de Cristo,

fin supremo al que debe tender el ***hombre espiritual,*** habiendo indagado dónde y cómo se debe realizar esta unión: ***En cuanto al lugar, digo que ha de ser el Corazón de Nuestro Señor... En él podernos situarnos y permanecer allí con el pensamiento, de la misma forma que podemos con el pensamiento ponernos al lado de uno y entrar en su corazón.*** En cuanto al modo, el P. Saint-Jure, rehaciendo el inmenso cuadro en el que se ha encerrado el conjunto de operaciones de la vida espiritual, había expuesto con bastante amplitud cómo nosotros debemos en el Corazón de Jesús ejercitar todas las funciones de la vida purgativa, de la iluminativa y de la unitiva.

En cuanto al ***P. Santiago Nouet,*** cuya reputación estaba en su apogeo cuando Claudio estudiaba Teología en París, le había conocido personalmente. Cediendo al impulso que con frecuencia agrupa a los jóvenes ansiosos de su formación, alrededor de la cátedra de los oradores célebres, más de una vez, sin duda La Colombiére fue a oírle, cuando el P. Nouet predicaba en la Casa Profesa de San Luis. Ahora bien, en ***El hombre de oración,*** que vio la luz pública a mediados de 1674, algunos meses antes del terceronado del P. La Colombiére, el autor, en una treintena de páginas consagradas al Sagrado Corazón, muestra que para aprender a amar a Dios y para meditar los misterios de la vida que llamamos unitiva no hay un sitio más a propósito que ese santísimo Corazón. Nos apremia a establecer en él nuestra morada por medio de una sólida devoción fundada en cuatro motivos, el primero de los cuales es su nobleza y

excelencia; el segundo, sus riquezas y tesoros inagotables; el tercero, sus llagas y sufrimientos; el cuarto, los votos y homenajes de todos los santos que en él han hallado sus delicias. Y no contento con haber escrito esas magníficas páginas de doctrina —de las que se ha dicho que no las aventajará—, el P. Nouet indica, en párrafos sustanciales, ciertos medios y ejercicios prácticos para unir nuestro corazón al de Jesús por medio de una perfecta semejanza. No es éste, ni mucho menos, el único pasaje, en sus veinticinco o treinta volúmenes, en que el autor habla del Sagrado Corazón, sino que a menudo

hace mención de El, sobre todo en sus lecturas sobre la ***Devoción a Nuestro Señor.***

De todos estos jesuitas, como de otros muchos, se puede repetir lo que el P. Bainvel escribía del P. Nouet: ***Les ha bastado continuar adelante en el sentido de San Ignacio, para dar con el Sagrado Corazón.***

fiemos dicho antes que entre los espirituales del siglo XVII no faltaban seglares que se sentían atraídos hacia el Divino Corazón. Uno de ellos, que precisamente por los días de las grandes revelaciones de Paray estaba en el último año de su vida, M. de Bemiéres, había publicado un libro, ***El Cristiano interior,*** muy apreciado por el P. Claudio y cuya lectura hubo de sacrificar, costándole mucho, en el ayuno austero de su mes de ejercicios. La forma como Berniéres llega a hablar del Corazón de Jesús no le es peculiar a él solo, es característica de una época y por eso tiene

interés el citarla. En una soledad de diez días que consagra a la persona adorable de Cristo en la tercera oración del segundo día se siente conmovido ante la consideración de que desde la Encamación, que es la unión admirable del Creador con la criatura, los hombres, a fin de renovar y prolongar esta unión, están llamados a una muy alta oración. Mas las preocupaciones terrestres asaltan nuestro espíritu; ¿qué hacer entonces? ***El Corazón de Jesús es el centro de los hombres; cuando nuestra pobre alma esté distraída, habrá que llevarla suavemente al Corazón de Jesús, para ofrecer al Eterno Padre las disposiciones de este Corazón adorable, para unir lo poco que hacemos nosotros con lo infinito que hace Jesús.*** Sigue a continuación una resolución que debe estar sonando en toda su vida espiritual:

Este divino Corazón de Jesús será, pues, en adelante, alma mía, tu oratorio; en él y por él ofrecerás todas tus oraciones a Dios Padre, a fin de que le sean más agradables. Será tu escuela en la que aprenderás la supereminente ciencia de Dios, enteramente contraria a las opiniones del mundo, y hallarás que todas sus máximas son purísimas y sublimes. Será tu tesoro, de donde sacarás todo lo que necesitas para enriquecerte: la pureza, el amor, la fidelidad. Pero lo que es más precioso en este tesoro son las humillaciones, los sufrimientos y la pobreza. El amor y la estima de estas cosas es una joya tan preciosa que no se encuentra originaria y principalmente sino en el Corazón de Dios hecho hombre.

Como para indicar que no ha olvidado su resolución, en uno de sus tratados posteriores, que contienen lo que nos puede hacer entrar en los verdaderos sentimientos de Jesucristo, Bemiéres pone este título a uno de sus capítulos: ***El Corazón de Jesucristo es el tesoro del alma cristiana.***

Todo esto son indicaciones que nos ayudan a comprender cómo Claudio había ido suavemente, durante varios años, preparándose a la devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

Recordemos, en fin, esa costumbre de los jesuítas que se remonta a cierta obra del P. Nadal impresa en Amberes, en 1593, de unir a la imagen del Sagrado Corazón al monograma IHS para representar sus armas pacíficas: escudo con el que no sólo se ornaba la portada de los libros, sino el frontispicio de las casas, de las iglesias, de las capillas. Todo eso, ¿no forma parte de los caminos secretos de la Providencia, la cual, por derroteros lejanos, predispone a los hombres de su elección a la misión que les confía?

Hs Hs *

Y no obstante, al recibir las confidencias de Margarita María, ***el fiel siervo y perfecto amigo de Cristo*** duda. Señal evidente de que el mensaje contenía algo de insólito y de nuevo.

Nuestro Señor, por otra parte, ¿habría tomado cartas en el asunto —y varias veces y con notoria insistencia— si se hubiese tratado sencillamente de confirmar una forma y prácticas de

devoción ya en su honor? O si hubiese pretendido aprobar sin más un culto ya existente, ¿no se hubiese dirigido de preferencia a los que habían establecido y propagado ese culto, un San Juan Eudes, por ejemplo, para no citar sino al más célebre? Ahora bien, se dirige a una pobre joven, de condición y de cultura modestas, a una tímida, propensa a replegarse sobre sí misma, a una religiosa de clausura sin medio exterior de apostolado; le señala por director, por fiador, a un religioso que no estará junto a ella sino algunos meses, que marchará a un país lejano donde los católicos no tienen ninguna influencia y que además morirá pronto. ¿Podía Jesús de una manera más palmaria dar a entender que la realización de este mensaje no sería obra de los hombres, sino obra personal de Cristo Redentor?

Entre el culto, en efecto, del Sagrado Corazón tal cual se manifiesta en los espirituales del siglo XVII y el de Paray, existe en primer lugar esta diferencia: que el primero es como una floración, como el coronamiento de estudios y meditaciones anteriores, fruto meritorio de un trabajo en gran parte humano; el segundo, por el contrario, tal como lo reclama la intermediaria Margarita María, es como un golpe del cielo que primero desconcierta, como un querer divino que se impone a un alma, contra toda previsión, desde el principio de su vida religiosa. Esta devoción ***no es obra suya*** —ha dicho muy bien un Obispo de Autun—; ***es el don de Cristo que la manifiesta, para ella evidentemente, pero también y sobre todo para los demás. Así se convierte en causa de su santidad, de su actividad exterior y de***

un apostolado para el que la instruye el Señor, la santifica y la dispone

con una voluntad tan poderosa que la Santa no puede querer sino lo que El quiere. De una manera maravillosa se realizan en Margarita María y en su misión las palabras del Evangelio: ***No me habéis elegido vosotros a Mí, soy y, quien os he elegido... para que tengáis fruto.***

Es claro, sin embargo, que esta intervención celeste no podía tener por fin el presentar a los fieles un culto enteramente ignorado hasta entonces. Que la devoción al Sagrado Corazón se base únicamente en las revelaciones de Paray-le-Monial, es, desde el punto de vista histórico, un error; es un pensamiento que nunca ha hallado acogida en un espíritu instruido en el dogma católico. Como ha escrito el Cardenal Billot: ***Nunca puede el culto de la Iglesia tener por fundamento revelaciones privadas. El culto de la Iglesia no se apoya sino sobre el depósito de la fe, depósito hace tiempo cerrado, que le han transmitido los Apóstoles y que se contiene en la Escritura y en la Tradición. Si, pues, alguna revelación privada ha tomado parte en el establecimiento de un culto público, de una fiesta litúrgica, de una devoción católica, no será y no puede ser sino a título de causa puramente ocasional.***

Queda por determinar lo que de nuevo había en los deseos de Cristo manifestados en Paray.

En primer lugar parece que simplifican y precisan el objeto mismo del culto. Para el más ilustre de los apóstoles del

Sagrado Corazón en esta época, San Juan Eudes, que en 1672 había obtenido de los obispos de
Normandía la aprobación de una fiesta para sus diversas comunidades, el objeto de la devoción al Corazón de Jesús era bastante complejo. Abarca al mismo tiempo el corazón corporal del Hombre-Dios, su corazón espiritual y su corazón divino. ***Tres corazones*** —declara el Santo— ***que no forman más que uno solo porque su corazón divino, siendo el alma, el corazón y la vida de su corazón espiritual y de su corazón corporal, los establece en una unidad tan perfecta con él, que estos tres corazones no son sino un corazón único lleno de amor infinito para con la Santísima Trinidad y de una caridad inconcebible para con los hombres.***

Expresiones muy complicadas para definir el objeto de una devoción destinada a la masa del pueblo cristiano. El mensaje de Paray, valientemente, simplifica las cosas. Fija sus miradas sobre el corazón de carne símbolo del amor y sin excluir, claro está, el amor increado de Cristo con el que ama como Dios, este mensaje fija su atención con toda claridad sobre su amor creado, el del Yerbo encamado en cuanto hombre.

Otra precisión más característica. Jesús en Paray no se contenta con manifestar su amor, un amor ***apasionado*** que va ***hasta agotarse*** y ***consumirse*** por los hombres; sino que nos recuerda con insistencia su amor pagado con ingratitudes, menospreciado y ultrajado. El corazón que propone a nuestros respetos y homenajes es siempre el corazón todo amor y todo

bondad, ardiendo en llamas, lleno de tesoros infinitos, asilo ideal para ofrecer a Dios su Padre nuestras adoraciones y acciones de gracias, refugio contra las tentaciones, refugio donde llorar nuestros pecados y donde obtener las gracias de luz y de fortaleza necesarias para nuestra vida cristiana; pero es especialmente un corazón ***rodeado de la corona de espinas y con la cruz sobrepuesta***, un corazón herido, que en el huerto de los Olivos ***sufrió más que en todo el resto de la pasión***, sobre todo por causa de los ***desprecios, irreverencias, sacrilegios y frialdades*** que preveía para el futuro. Y para este corazón abandonado, símbolo del amor despreciado, es para quien reclama nuestros homenajes de reparación.

En la encíclica ***Miserentissimus Redemptor***, Pío XI, temiendo, sin duda, que algunos espíritus hayan empequeñecido este aspecto de reparación en el culto del Sagrado Corazón, les recuerda con viveza:

Cuando Cristo se apareció a Santa Margarita y le manifestaba su infinita caridad, dejaba al mismo tiempo a la Santa el poder percibir una especie de tristeza, al quejarse de los ultrajes tan frecuentes y tan graves de que le hace objeto la ingratitud de los hombres. Ojalá que las palabras dichas entonces se graben en el alma do los fieles y no se borren jamás.

El Papa llega hasta hacer de la expiación honorable o de la reparación uno de nuestros principales deberes para con el Sagrado Corazón de Jesús; deber de justicia y amor, puesto que se

le deben compensaciones al amor increado a causa de las injusticias que se le hacen por las negligencias del olvido o por las injurias de la ofensa. Y es esta reparación práctica la que Pío XI con su autoridad suprema ordena y prescribe para la fiesta del Sagrado Corazón a fin de que todas nuestras faltas sean lloradas y reparados los derechos conculcados de Cristo, soberano Rey y Señor amantísimo.

Con todo, la devoción que Cristo, en Paray, reclama hacia su Corazón, no se limita exclusivamente a la reparación; se extiende a campos más vastos. La reparación es tan sólo un medio, mientras que el fin perseguido por Jesús es siempre el que le fue desde un principio fijado por Dios, ***ser para nosotros*** —como dice S. Pablo— ***justicia, santificación, redención.*** Viviendo eternamente a la diestra de su Padre, no tiene otra preocupación; y ella es la que le mueve a revelar su Corazón: ***Es*** —dice— ***como un último esfuerzo de mi amor.*** Si por sí mismo enseña ciertas prácticas reparadoras, comunión, hora santa; si sanciona con promesas la petición que hace de un culto especial para ese Corazón, es porque sabe mejor que nadie la importancia excepcional de la santificación que Él quiere para nosotros. ***Nada he omitido para merecérosla; me ha costado mi vida. Aceptad el ser santos.***

No obstante, no es este llamamiento tan claro a la reparación, y mucho menos el llamamiento al amor total, los que pudieron explicar los primeros titubeos del P. La Colombiére. Caen demasiado bien dentro de sus preferencias, y hubieran

debido seducirle desde un principio. Pero Cristo — según el dicho de Santa Margarita María— pretendía obtener ***un culto público***, no sólo de algunos devotos privilegiados, sino del conjunto de los fieles y de todo el universo. No se contentaba con una fiesta privada, circunscrita a una comunidad o a algunas diócesis: pedía en primera instancia y de golpe una solemnidad para toda la Iglesia. Eso es, sin duda, lo que en el mensaje de Paray parecía a Claudio lo más nuevo, lo más difícil de admitir y, sobre todo, de realizar. Por mucho que le dijese la Santa vidente: ***Aun cuando viese a todo el mundo desencadenarse contra esta devoción, no desesperaré jamás de verla establecida; porque el Divino Maestro me ha certificado que reinará a pesar de sus enemigos.*** ¿No se podía temer que ese proyecto fuese, por parte de la pobre salesa, una ambición loca, una ilusión, una quimera?

En aquellos tiempos que corrían de galicanismo y de jansenismo, no podía ser obra de un día el que los obispos de Francia y la corte de Roma introdujesen una tal innovación. Los acontecimientos posteriores le dieron la razón.

Capítulo XV

PARA LA SANTIFICACIÓN DE LOS MONASTERIOS

Las amonestaciones dirigidas por Cristo a ciertas hermanas de Margarita María no impedían al P. La Colombiére el sentir hacia el Instituto de la Visitación una profunda y viva admiración. ***Lo conozco a fondo*** — escribirá a su hermana Margarita— ***por el mucho trato que durante un año y medio he tenido con dos de vuestros monasterios. En verdad que no encuentro reglas más aptas para conducir pronto a una gran perfección. Por eso he hallado entre vuestras hermanas personas de una santidad tan relevante que nunca he conocido otras de virtud más elevada.***

Magnífico testimonio en favor, especialmente, de esa religiosa de categoría, con quien tropezaremos todavía en el curso de esta biografía, que se llamó M. María Francisca de Saumaise. Entre las Salesas cuyas virtudes admiró y estimuló Claudio, hay que señalar igualmente las dos hermanas Rosselin, María Emerenciana y Ana Liduvina. La primera, alma delicada que

temblaba con el solo pensamiento de los juicios de Dios, había debido ser pacificada por su director y con su impulso se había lanzado al amor de Dios. Mas algún tiempo después de partir de Paray Claudio, Margarita María dijo un día en secreto y confianza a sor Emerenciana: ***Creo que desde que se marchó el Reverendo Padre se ha relajado usted y no se encuentra en las mismas disposiciones.*** Lo cual —como afirmaba la buena hermana ante los jueces en el proceso de beatificación— era verdad por aquel tiempo. Desde Londres Claudio continuó sosteniéndola y asegurándole que sus pruebas, lejos de tener por causa una falta que no puede corregirse, no tenían otra finalidad que excitar su fe y santificarla.

Más dolorosas eran las penas interiores que padecía María Catalina, carmelita de Chitaux, ***durante más de la mitad de su vida*** —decía su nota biográfica— ***le proporcionaron una especie de martirio.*** En la festividad de Santa Catalina, su patrona, había hecho a Nuestro Señor, el sacrificio de toda la paz y toda la tranquilidad de espíritu que hubiera podido desear. Al recordarlo dieciséis meses más tarde, La Colombiére la exhorta a ser perseverante:

Por un lado me da usted lástima y por otro le tengo cierta envidia. ¿No se siente feliz de hallarse en el mismo estado en que se encontró Jesucristo en el Huerto de los Olivos?... Estamos ahora en carnaval... En estos días en que el mundo triunfa, en que el pecado reina, en que Dios es ultrajado... es necesario que sus

buenos amigos tomen parte en sus penas y que procuren devolverle toda la gloria que los demás le quitan.

Y en vez de sugerirle consolaciones tiernas y enervantes, le dirá:

Imagínese, pues, hija mía, que es usted víctima pública, cargada, por amor de Dios, con todos los desórdenes que se cometen en este momento en todo el mundo y para expiarlos no se contente con aceptar todas las penas interiores que sufre, ofrézcase a experimentar otras más crueles aún.

Otra alma que la dirección del P. La Colombiére transformó fue la Hermana María Ana Cordier, la cual, muerta a todo lo que no era Dios, fue juzgada por ser capaz de una inmolación completa. Y la fiel discípula, más atenta que ninguna otra, a poner por escrito las máximas y avisos que recibía, los tomó y guardó como regla de conducta hasta su muerte.

El segundo convento de la Visitación que Claudio conoció por entonces fue el de Charolles, situado en los edificios que hoy ocupa el colegio municipal, en los que todavía se ven, como vestigios monásticos, cinco arcadas de claustro; y cuyos jardines adyacentes figuran todavía en el catastro bajo el nombre de ***Jardines de las Santas Martas.***

De entre las religiosas que en Charolles se beneficiaron de la dirección de Claudio, la tradición ha conservado sobre todo el nombre de las Madres Favier de Pedigón y Francisca Lucrecia

de Thelis. Cuando La Colombiére fue allí por primera vez en 1675 esta última ocupaba desde hacía un año el cargo de Superiora. Religiosa muy estimada inclinada a la virtud desde su más tierna edad, había esperado impacientemente sus quince años para consagrarse enteramente al Señor. Sin tardanza se había afianzado en el temor de Dios, en el horror del espíritu del mundo y de sus máximas. Y con todo no tardó Claudio en descubrir en esta alma escogida debilidades que podían impedir y frustrar los planes de Dios. El 4 de noviembre se lo hacía saber con severidad tal que en toda su correspondencia no encontrarnos un ejemplo parecido si no es en la mantenida con la abadesa de ***Bénissons-Dieu.*** Sin duda que Claudio guardaba para las Superioras, en razón de sus

responsabilidades, tales rigores. Después de haberle dado algunos consejos sobre el modo de hacer su confesión anual, su oración y sus confesiones, añadía:

Hago que en todas partes recen por usted. Acuérdese de la fidelidad que le he recomendado durante los ejercicios. Quédese en su celda durante todo el tiempo como una persona condenada y separada de las demás, como una excomulgada; no aparezca en el coro ni en los demás sitios públicos sino con una gran confusión interior, como una criatura a quien Dios ha herido con su maldición y que debería ser pisoteada por todo el mundo. No se encontraría en el peligro tan grave de condenación en que está si su estado le diese miedo. No se siente el mal ni se preocupa de ello cuando una ha caído en la insensibilidad. Es patente que Dios está furiosamente irritado contra usted y, hablándole con sinceridad, no me extraña nada. Mas me parece entender claramente que Él desea que usted vuelva a Él; y los pasos que Él quiere que usted dé para ello, si no me equivoco, son que viva en el miserable estado en que está con una tan grande fidelidad, con un cuidado tan exacto de mortificarse y de mantenerse en su presencia, como si estuviese inflamada de devoción, y por el tiempo que le plazca dejarle en la sequedad en que se encuentra. Quizás le conmueva su constancia. Si no, estoy al menos seguro de que tendrá misericordia de usted en la otra vida, después de haberle hecho sufrir por mucho tiempo en ésta. Procure ponerse en el estado en que debe hallarse al morir; porque pudiera suceder que fuere la última gracia que Dios ha determinado darle y que la muerte siga de cerca a este retiro o soledad. Su salud no es fuerte

y nuestro Señor podría muy bien castigar con una muerte temporal el abuso que hace de sus gracias, hace ya tiempo. Prepárese bien.

Estas directrices y las que se siguieron fueron para la M. de Thélis una ocasión de enérgica enmienda y de progreso, de lo que dio claro ejemplo, siendo todavía Superiora de Charolles, con un acto heroico.

Cierta persona de prestigio, creyendo descubrir falsedades en las cuentas, le acusó de robo e injusticia. Guardando silencio delante de sus jueces, esta hija de alta familia soportó la afrenta sin decir nada, dejando a Dios el cuidado de su defensa hasta que el acusador, desengañado, reconoció su error. Lejos de estar resentida con el P. La Colombiére por su rigidez, le conservó siempre una viva gratitud. Cuando desde Londres le presenta Claudio para la vida religiosa a tres inglesas a quienes la persecución había despojado de casi todos sus bienes, la M. de Thelis, como veremos, les abrirá generosamente las puertas de su monasterio.

Antonieta de Toulongeon, Hermana de los Querubines, había fundado en Paray, en 1644, un convento de Ursulinas para la educación de las

jóvenes, que se hallaba contiguo por el norte al convento de la Visitación, cerca de la puerta de Charolles. Los días de sermón, y más si el predicador era el P. La Colombiére, se veía en la capilla, además de la comunidad y de las alumnas, lo más escogido de la sociedad de Paray. Muchas vocaciones tuvieron allí su origen, en especial las de las HH. Salesas Peronne Marque de la Farge y María Margarita de Lyonne.

Por desgracia, en 1675 la construcción estaba todavía sin acabar; era incómoda, la clausura insuficiente, todo lo cual inquietaba al P. La Colombiére porque daba a las gentes materia de críticas y murmuraciones contra las Superioras. Aun después de haber marchado de Paray, no dejaban de preocuparle las quejas que le llegaban. Una vivía con dificultad en esta casa; otra carecía de lo necesario; las más fervorosas se hallaban a veces impedidas en sus buenos propósitos; el cuidado de procurarse ventajillas en el monasterio era para algunas religiosas una diversión que se convertía en obsesión impidiendo el abandono en la Providencia. Las ordenanzas de la autoridad eran puestas en tela de juicio y no faltan casos en los que el director, a propósito de la Superiora actual o futura, no hallará otra respuesta que decir:

Suplico al Señor que les dé las luces y las fuerzas necesarias para bien cumplir con su deber. Si pudiese contribuir de otra manera al buen orden de su casa, ya sabe que yo haría cualquier cosa... Yo no le he ordenado a su Superiora que le

mande lo que la manda; pero sí le he aconsejado a usted que la obedezca. Yo no digo que ella obre bien empleándola a usted en lo que tanto la extraña, pero echo sobre mis hombros con gusto todo el mal que hagáis obedeciendo sus mandatos, que son ciertamente los mandatos de Dios.

Esto sentado -porque no se aplacan las quejas negando la evidencia-, el Padre se aplica a recomendar sin cesar la simplicidad y la humildad:

La simplicidad nos hace olvidar nuestras propias luces y la humildad nos persuade que todos las tienen más que nosotros. Una persona verdaderamente humilde no ve en sí sino sus defectos y no se da cuenta de los de los demás. ¡Qué triste ocupación, Dios mío, la de distraerse examinando la vida de los demás! Es preferible ser ciego y sin juicio a servirse de él para considerar y para juzgar las acciones del prójimo. Un corazón lleno del amor de Dios tiene otras muchas ocupaciones.

Por otra parte, el prudente director no pierde ocasión alguna para afirmar que hay en la casa más virtud de la que se piensa. Y a la M. María de los Ángeles, que, como asistente de la Superiora, recibía muchas quejas y se esforzaba en cumplir lo mejor posible su papel de conciliadora, le hacía ver las buenas cualidades de las que la rodeaban, especialmente de las tres queridas hermanas Lafín: ***Conjúreles de mi parte que sean siempre tan buenas como yo las he conocido.***

Día llegará en que las más indóciles igualarán quizás a las más fervorosas... Admiro con usted el modo como la Divina Providencia saca provecho de la relajación de algunas para restablecer una regularidad universal y espero que esta amable Providencia no se detendrá ahí; sino que trocará en una observancia regular agradable y voluntaria la que ha sido introducida a la fuerza y contra el gusto de las más tibias. No ceso de ofrecer mis oraciones por esa intención. Le prometo en ellas una parte muy especial.

Convencido, sin embargo, de que las incomodidades de la habitación no eran del todo ajenas al estado de espíritu que lamentaba, Claudio no omitirá nada de lo que esté en su mano hacer y desde Londres procurará poner remedio.

Dificultades de otro orden son las que tuvo La Colombiére que resolver en ***Bénissons-Dieu***, en la dirección de la joven abadesa Madame Luisa Houel de Morainville. Este monasterio poseía hermosas fincas y su riqueza era para no pocas familias nobles una tentación de codicia.

Entre los grandes abusos que en el gran siglo estaban pidiendo a voces una reforma, no era el menor de las vocaciones religiosas demasiado influenciadas por el espíritu del siglo. Vocaciones que más que un llamamiento divino parecían una llamada terrena, inspirada a veces a los padres por la

preocupación de dar un empleo, aunque fuese al frente de una abadía, a herederos poco afortunados, de procurarles una vida honorable, a menudo honrosa, siempre al abrigo de las preocupaciones y solicitudes del mundo, rodeados de un servicio doméstico del que carecerían en sus familias.

Después de la muerte de Francisca de Nérestang, cuando las Benedictinas pensaban en nombrar sucesora suya a una religiosa del propio convento, se les hizo saber que debían deponer esa preocupación; de ello se encargaban autoridades extrañas. La sustituía de Mme. de Nérestang no sería escogida en los claustros de ***Bénissons-Dieu***, ni siquiera del país, sino que pertenecía a una familia de Normandía. No vendría de una abadía benedictina, sino de las Agustinas de Honfleur; bien emparentada, sus protectores le habían conseguido ese cambio de observancia. Al saberse esta noticia en el monasterio, el sobresalto, como se deja entender, fue enorme. Para justificar semejante derogación era preciso evidentemente que la elegida fuese eminente por sus méritos y por su experiencia. Ahora bien, Luisa Houel de Morainville tenía tan sólo veintiún años y cuando a fines de verano de 1676 llegó a ***Bénissons-Dieu,*** se pudo leer en las bulas de nombramiento que presentó al capítulo la dispensa de la edad, la autorización de pasar de la Orden de San Agustín a la de San Benito y la cláusula que establecía que la joven abadesa, para todos los oficios espirituales, sería asistida por una priora claustral hasta que se cumpliesen los tres años de su nombramiento.

El viaje, de monasterio en monasterio, desde Normandia hasta el Bourbonnais, durante la estación de las flores, había sido para Mme. de Morainville como un sueño de hadas. Mas cuando terminaron estas jomadas de ajetreo y recepciones, cuando se hubo vuelto el cortejo brillante, cuando la joven abadesa se encontró sola cara a su deber, tuvo un sentimiento de pavor. Su vida bastante frívola no la había preparado ciertamente para gobernar una comunidad tan observante, y la extrañeza que le produjo el fervor de una hermana conversa puesta a su servicio indica claramente que no estaba habituada a recibir tal edificación en su antiguo convento. Fue para ella un golpe saludable, seguido de una moción muy dulce del Espíritu Santo que la empujaba a darse enteramente a Dios. Algunos días más tarde el P. La Colombière, que probablemente por razón de las témporas había ido a ***Bénissons-Dieu,*** recibía las confidencias de la joven abadesa. Manifestó el deseo de hacer unos ejercicios bajo su dirección; pero el Padre, obligado a volver a Paray, no pudo darle gusto. Sin tardanza la consoló con una larga carta, algunas de cuyas líneas serán útiles para comprender la prontitud con que las almas se entregan a La Colombière y con qué vigor sabía llevarlas, mejor diríamos, empujarlas a Dios.

Tales cosas me dijo usted el domingo que todavía no han salido de mi espíritu... Además de que descubrí en usted un fondo maravillosamente dispuesto para la santidad, no puedo menos de admirar la suavidad y la fortaleza con que el Señor la llama y la atrae. Ya basta de resistencia, señora; ha llegado el tiempo en que

es preciso rendirse. Por mucho que haga no hallará usted reposo, en tanto que no contente a Dios, el cual ostensiblemente quiere ser el dueño de su corazón. Al oírla hablar, yo juzgaba el asunto ya muy avanzado y me sometí con pena a la orden de la Providencia que me obligaba a ausentarme tan presto. Me parecía que de haberme detenido un poco más tiempo, hubiera tenido el placer de verla hacer el sacrificio que no podía diferir por más tiempo sin hacerse culpable de una horrible ingratitud. ¡Qué feliz es usted, señora, de ser tan amada de Dios! Porque al fin no puedo dudar de su excesiva bondad para con usted, la cual se nota en mil detalles. Mas le dará otras muchas pruebas si no se opone usted misma.

Me habló usted de hacer unos Ejercicios, lo cual ya es una inspiración de Dios; se lo aseguro. Está usted en la disposición que se requiere para hacerlos con fruto. Mas como yo soy todavía joven y no tengo ni sabiduría ni bastante experiencia de la dirección de almas, no me atrevería a comprometerme a servirla en esta ocasión, en que necesita un hombre muy ilustrado y muy virtuoso. No creo que haya que retrasar mucho estos Ejercicios; sería de desear que los comenzase usted cuanto antes. No habrá que dejar pasar la ocasión de hacer una buena confesión general como si tuviese usted que morir al momento siguiente, a fin de purificar su alma que Dios quiere escoger por esposa y a quien tiene el proyecto de hacer en lo futuro tantos mayores beneficios cuanto hasta aquí ella se ha hecho más indigna.

Y no tema ni las dificultades de una santa vida, ni su humor, ni sus defectuosas costumbres; eso podría causar espanto

a un alma a quien Dios ama medianamente; mas entréguese únicamente a Él, que pronto habrá allanado las montañas que la espantan...

Mientras tanto, si tiene usted las Confesiones de San Agustín, creo que sería muy útil que leyese algunos capítulos, sobre todo los libros octavo y noveno, en los que hallará muchas cosas en consonancia con la disposición en que se encuentra actualmente.

Cuando no pueda ocuparse en otra cosa, haga un poco de examen sobre su vida... de qué manera ha respondido a su vocación, qué clase de religiosa ha sido desde el noviciado hasta el presente. Si todas las religiosas hubiesen sido como usted, ¿se vería Dios muy honrado? ¿Tendría esposas dignas de Él? Compárese con las que viven una vida mejor, recorra todas las reglas, todos los votos, todas las virtudes, todos los vicios, todas las acciones del día y de la semana. ¿Qué uso ha hecho de los sentidos y de todas las facultades de su alma? Maravilla será si no se siente conmovida con esta consideración y si no encuentra materia en que sujetar la ligereza de que se queja.

Vaya de vez en cuando ante el Santísimo y allí a solas pida al Señor que tenga compasión de usted. Preséntese a Él como una pobre desgraciada cubierta de lepra y atada con mil cadenas, a fin de que vea el estado en que está usted y sienta compasión.

Pero, sobre todo, le recomiendo la Comunión; preséntese a ella con una gran confusión, recordando la vida que ha llevado y pensando que sus hermanas presentan a Jesucristo una habitación

muy distinta de la de usted. Pida insistentemente a Nuestro Señor que la cure con su contacto. Espero que si se dispone a observar todas estas cosas, estará más capacitada para recibir mayores luces de Aquel que es la fuente de donde dimanan. Procure no caer en la indiferencia respecto de su perfeccionamiento. No deje que se apague en usted el fuego que Dios enciende, pues si esto le sucediese, creo que no se recuperaría jamás. Pido a Dios que aleje de usted esa desgracia y se lo suplico por su bondad infinita y sobre todo por el amor extremo con que la ama... He dicho ya varias misas a su intención. No olvide, por favor, señora, en su fervor a su humilde y muy obediente servidor.

Algunas semanas más tarde, entregándose a los exámenes sugeridos por su director, pesando sobre todo las responsabilidades que tan imprudentemente ha asumido en una edad en que las grandes santas eran todavía novicias, la joven abadesa se siente presa de angustia. Pues qué, ¡ella al frente de una casa cuyas religiosas son todas más dignas de ocupar su puesto! Al dejarse violentar dulcemente por su familia y por darle gusto, quizás también por ambición personal y por vanidad, ¿no ha cometido una locura?

La réplica de La Colombiére no se hace esperar esta vez; vibra como una flecha:

No sé lo que quiere decir con esa desesperación; se diría que no ha oído hablar nunca de Dios ni de su misericordia infinita. No le puedo ya perdonar esos sentimientos; tenga de

ellos el horror que debe tener y acuérdese de que todo el mal que ha hecho no es nada en comparación del que hace no teniendo confianza; espere, pues, hasta el fin, se lo mando con todo el poder que me ha otorgado sobre usted misma; si en este punto me obedece, yo respondo de su conversión.

Temiendo, poco después, que la carta anterior se hubiese perdido, Claudio, con más tesón, vuelve a insistir:

Para que se aplique usted sin tregua a hacer verdadera penitencia, llevando en su corazón un pesar continuo y un disgusto mortal por los abusos de la bondad divina que ha podido cometer y llevando y soportando cuantas penas le envíe Dios, ya interiores, ya exteriores, con humilde sumisión, hasta que a fuerza de castigarla la haya colocado en estado de recibir sus favores y las caricias de su bondad. Por esta vez conténtese con eso.

Por esta vez... Poco tiempo después, al emprender su viaje a Inglaterra, La Colombiére pasó por ***Bénissons-Dieu***, y al anunciar su visita —que debe decidir la victoria divina— declara:

Ánimo, mi querida Madre, creo que se acerca el tiempo de su liberación. Tiene usted necesidad de una gran misericordia; pues bien, la de Dios es infinita. Créame, ya he escrito lo suficiente; usted dirá lo que se haya escapado a la pluma. No me explico el que sea usted tan insensible a la vista de tantas faltas amontonadas, y el que no pueda arrepentirse de haber despreciado a un Dios tan bueno como el nuestro. ¿Qué le ha

hecho Él para inducirla a una tal indiferencia? No sé que haya una persona a quien haya amado más que a usted. Mañana hablaremos más. Pido a Dios que le dé una gracia semejante a la que concedió a María Magdalena y al Buen Ladrón.

Verdaderamente este hombre no da paz a la mano, ni suelta las bridas, sacude la inercia, derriba los obstáculos, persuade.

En su angustia —y, sin embargo, acechada por la gracia con amor—, la pobre Abadesa había hablado de desesperación; cosa que a Claudio no se le hizo de nuevas por haberla pasado él mismo. En los Ejercicios de mes del Terceronado había escrito: ***Me conozco tan miserable que me avergüenzo de mí mismo y esta vista me causa al mismo tiempo accesos de tristeza, los cuales me llevarían a la desesperación si Dios no me sostuviese.*** Esta tentación, que tan frecuentemente se apodera del alma en el momento mismo en que Dios la solicita invitándola a dar el paso decisivo y a deshacerse de las trabas que impiden su ascensión, Claudio la conoce por experiencia; y porque la conoce la combate con tanta energía.

Si la Colombiére persigue a esta alma con tanto vigor, ¿no será porque tiene presente la queja de Jesús a Margarita María: ***Lo que más me repugna es la infidelidad de los corazones que me están consagrados?*** Y también — como para con la M. de Thélis— porque ve detrás de la M. Houel de Morainville tantas religiosas del monasterio, actuales y por venir, a quienes

Cristo ha escogido por esposas y a quienes ha predestinado a ser, junto a El y para completar su redención, hostias de amor: monjas cuya santidad dependerá, en gran parte, de la que tenga la Abadesa.

Todo nos induce a creer que Luisa Houel de Morainville llevó a buen término su conversión, y que después de haberse aprovechado del movimiento de reforma puesto en marcha por las dos Abadesas precedentes, ella contribuyó a él con todas sus fuerzas. Debía morir en 1695, a la edad de treinta y nueve años. En todo caso, un hecho atestigua en su favor, y es que en vez de destruir las cartas que no contenían precisamente su elogio, las conservó religiosamente, razón por la cual le debemos hoy el poder conocer mejor un episodio de las amorosas llamadas que el Corazón Divino del Buen Pastor hace continuamente y sin descanso a través del mundo.

La conquista de Madame de Mareschalle y de la señorita de Lyonne, a escalas distintas, nos da otro ejemplo de conversión.

Juana Morelet, al desposarse con Filemón Guinet, señor de Mareschalle, era calvinista convencida y animada de un ardiente espíritu de proselitismo; ejerció tal influencia sobre su marido bautizado católico, que, a instancias suyas, y no faltan quienes dicen que también por sus violencias, le hizo renegar de la fe. Al volver a casa una tarde de 1672, el desgraciado dio en la oscuridad un paso en falso y se ahogó. Juana, lectora asidua de la Biblia, vio en esta muerte un castigo de la justicia divina, y tocada de la gracia, aun antes que llegase a Paray el P. La Colombiére, ***fue una de las primeras*** —declara una cronista de la Visitación— ***a quienes este celoso misionero hizo abjurar los errores de Calvino.*** Si no tuvo la iniciativa de esta conversión, al menos sostuvo a la interesada en medio de las dificultades de toda clase que levantaron sus padres y sus hijas mayores, obstinadas hugonotes.

Madame de Mareschalle había confiado la educación de su hija más pequeña a las Ursulinas, pero las hijas mayores la obligaron a sacarla de allí y se dedicaron a inculcar en el ánimo y en el corazón de su joven hermana la detestación a todo lo que oliese a papismo. La viuda encontró en el P. La Colombiére un precioso apoyo para hacer frente a tal encarnizamiento y poner a todos buena cara. La crisis no se había resuelto todavía cuando él dejó Paray, pero con su consejo Madame de Mareschalle se decidió, para sustraer a Ana Aleja de influencias que estimaba

perniciosas, a suplicar a las Salesas que admitiesen a su hija entre las alumnas internas. Según el derecho consuetudinario entonces vigente, las hijas podían a los doce años escoger su religión, y Ana tenía ya casi catorce. Mas al cerrarse tras ella las puertas del monasterio, la joven Ana, que creía haber venido de visita para acompañar a su madre, adivinando el pensamiento de ésta, le lanzó un torrente de injurias y gritó con todas sus fuerzas: ***Córtame la cabeza, moriré contenta, antes que hacerme papista y quedar con estas lobas y demonios de monjas.***

Se deja adivinar, a este respecto, de cuántas fábulas le habían llenado la cabeza sus hermanas mayores. Hubo durante algunas horas tal ruido que las buenas Hermanas creyeron con evidencia que estaba inspirada por el espíritu de la mentira. La cronista dice que no se atrevieron a ponerla entre las intemas por juzgarla peligrosa. Se pavoneaba que traspasaría la clausura

subiéndose a los árboles y echando desde allí una cuerda sobre las tapias; mas el Señor no permitió que pusiese en práctica su proyecto.

En resumen: todo fue uno de esos caprichos de gran estilo, uno de tantos como relatan en todas las épocas las crónicas de todos los internados. Esto duró desde el martes de la semana de Pasión, día de la entrada, hasta el 12 de mayo, día en que un sueño maravilloso, fruto sin duda de las oraciones y de los ejemplos de paciente dulzura que la rodeaban, dio comienzo al período de calma. La gracia trabajó rápidamente en esta alma fresca y sincera a pesar de todo; la cual, cuando hubo visto qué clase de lobas y de demonios eran las mansas ovejas de la Santa M. de Chantal, dio al olvido y por terminadas cuantas mentiras le habían contado. El 23 de junio, en la tercera fiesta de Pentecostés —es decir, el martes—, Ana Aleja, radiante de alegría, imitaba a su madre abjurando la herejía, a la cual, en verdad, nunca había estado apegado su corazón; y poco tiempo después, el domingo de la Santísima Trinidad, hacía su primera Comunión.

Cuando recibió en Londres la relación de esta hermosa aventura, La Colombière se consoló mucho y escribió a la M. de Saumaise: ***Espero que esta maravilla se entenderá a lo lejos y que otras varias conversiones seguirán de cerca a la de esta pequeña predestinada.*** Algunos meses más adelante Ana Aleja vestía el hábito de la Visitación. En cuanto a su madre, las cartas del Padre Claudio atestiguan que él continuó siempre interesándose por su adelantamiento espiritual.

Muy diferente, más lento y más largo, con alternativas de flujo y reflujo, fue el trabajo que hubo de hacer la gracia para apoderarse del alma variable y tornadiza de María Margarita de Lyonne.

Hija de Antonio de Reclesnes, señor de Lyonne en Auvernia, y de Ana Baudinot de Seloore —cuyo hermano, consejero del Parlamento de Borgoña, fue alcalde de Dijon—, María era por temperamento delicada y fuerte, hecha de matices, de contrastes y aun de contradicciones; de una vanidad cándida, casi pueril y, sin embargo, de gran prestancia.

Demasiado mimada desde su infancia, habituada a satisfacer todos sus caprichos, manifestaba para con los conventos una aversión tan grande que el mero hecho de acercarse a una reja la hacía caer desmayada; lo que no había sido obstáculo para que, a la edad de cuatro años, pasando cerca de la Visitación, exclamase: ***¡Oh, que hermosa casa, en ella moriré!*** Su madre, que la amaba con un amor apasionado, celoso y exclusivista, supo, no obstante, fervorosa como era, infundirle una tierna piedad y una caridad exquisita para con los pobres que nunca la abandonó. Siendo de rara belleza, hallaba muy natural el ser admirada y aun adulada. En todos los salones del Charollais y hasta en la segunda ciudad del reino, en Lyón, no se hablaba de otra cosa sino de la hermosa de los Regards, nombre que le venía de un feudo de familia. Condes y marqueses se sentían muy afortunados cuando ella les daba muestras de haberse dado cuenta de sus atenciones. Con eso, era tan altiva y tan consciente de sus

propios méritos, que creía que nadie cumplía para con ella ni la mitad de sus deberes. Feliz al sentirse solicitada, ensoberbecida con los cumplimientos, despreciaba los más halagüeños partidos en la persuasión de que ni siquiera un príncipe era digno de su mano. Sus menores deseos parecían órdenes que todos se daban prisa en complacer, sin que no obstante ella prestase la menor atención. Ávida de distracciones y nunca satisfecha, las renovaba sin cesar, siempre con el mismo resultado. Al volver de una fiesta dada en su honor sobre el Saone, o bien al salir de un baile, de la comedia, de la ópera, se la oía suspirar: ***¿No es más que esto? ¿Y me habías prometido tantas y tan hermosas cosas?*** Por otra parte, era de una modestia y de una virtud en la que la censura más severa no hallaba nada reprochable. Una salesa que en su juventud se había complacido en las novelas de Madame de la Fayette, escribe: ***Ni siquiera se le podía echar en cara un cierto "venid a mí" que extendía su bella persona, porque el artificio no le añadía nada ni se proponía agradar.***

El primer vaso de sus vanidades estalló de una forma bien extraña. La misma pluma nos ha conservado la narración:

Un día en que ella iba magníficamente ataviada, al salir de la Bendición con el santísimo con otra mucha gente, se encontró con una piara de cincuenta cerdos que volvían del campo y pasaban por la misma calle. Todos se hicieron a un lado para dejarlos pasar y no recibir las salpicaduras. La joven y hermosa damisela, como si hubiese creído que los mismos animales, al igual que las demás personas, debían respetarla a

ella, no se dignó cederles el paso. Ahora bien: el que abría la marcha la piara, del tamaño de un burro, corriendo sin cesar la montó sobre sí a empellones y paseó de esta suerte a la bella ninfa casi durante media hora. Ella se moría de miedo de caer en el barro y de mancharse, para evitar lo cual se asió fuertemente de la cola, cual una brida, mientras gritaba desaforadamente. Dios permitió que de todos sus amantes no encontrase ninguno que la socorriera: las damas no osaban acercarse para ayudarla, temiendo a la numerosa tropa que daba escolta al cerdo sobre el que cabalgaba esta nueva amazona y que producía un ruido horrísono capaz de ensordecer a cualquiera. El pueblo sencillo, en vez de acudir en su auxilió, se reía de buena gana viendo a la joven y bella señorita con todo su orgullo en tan crítico y ridículo trance... De resultas de la aventura quedó tan cansada que le fue preciso guardar cama.

Durante quince días el acontecimiento fue la comidilla del pueblo. Todas las mañanas, sobre su ***toilette*** la bella de los Regards encontraba una poesía, un epigrama o una balada relativa a la aventura. Ella que se reía como los demás, entrevio que no hay que hacer ningún caso de un mundo en el que nuestros mejores amigos son capaces de dejamos en la estacada y de jugárnosla después de habernos puesto ellos mismos en aprieto.

Sin pensar abandonar el mundo engañador, se contentó, sin embargo, durante varios años, con darse más a la piedad y a las obras de caridad. Por esa época el P. Papón, viéndolas a ella y a su hermana hechas unos pimpollos bajo sus atuendos, las solía

llamar chispeantemente ***estercoleros perfumados.*** En realidad ella necesitaba otro director; y lo pedía a Dios y a San Francisco de Sales en la capilla de la Visitación y aun a veces le parecía oír a Dios prometérselo.

En el primer sermón que le oyó al P. La Colombiére del día de Pentecostés, Mille. de Lyonne se sintió removida; pero el día de San Agustín fue el decisivo. Rodeada de parientes y amigos, se entregaba a sus diversiones cuando sonó la campana de las Ursulinas convocando a los fieles al sermón. Mejor haríamos en ir todos a oír a ese buen Padre —dijo ella— en vez de divertirnos. Todos de común acuerdo la acompañaron. Diríase que el predicador sólo predicaba para ella, citando palabras del Santo que tan bien reflejaban el fondo de su propia alma: ***¡Oh hermosura siempre antigua y siempre nueva, qué tarde te he conocido!*** ¿No sería por ventura este Padre el guía prometido por Dios? E infantilmente vanidosa aun en su conversión, se persuadió de que el Padre había venido a la ciudad tan sólo para ella.

El Padre, que no tardó en darse cuenta de que Dios se había reservado para sí esta alma, la trató con tino y prudencia. ***Sin las buenas formas de este santo director*** —afirmará más tarde— ***habría abandonado pronto la devoción. ¿Me dejará usted ciertos adornos —le pregunté— sin los que me parece que no podría pasar? Me los concedió de buena gana, con lo que yo quedé muy contenta; pero añadió: Dios mismo le dará a entender lo que quiere de usted.***

No tardó en avergonzarse de aquello y en cobrar odio a esos perifollos.

Lo que más le gustaba era que a petición suya pasaba el Padre de vez en cuando algunos día en Salorre, autorizando con su presencia los inocentes placeres que ella gustaba en familia. Como era apasionada por la danza, le concedía benevolente que hiciese algunos compases. Y si no quería que afectase dejar todos los buenos bocados que le presentaban, le decía también que se mortificase no tomando de un plato que le gustaba sobremanera.

Era ciertamente el director que ella había soñado. Hubiera —nos asegura la cronista— perdido el sueño, dejado de comer y de beber por oír a este serafín terrestre que abrasaba en el amor divino a todos cuantos le escuchaban. ***Padre*** —le decía un día—, ***tengo una pena profunda.*** — ***¿Cuál? —Oue llegue a amar demasiado a Dios.*** Su guía la tranquilizó. Mas ella tan sólo quería amarlo en el mundo. Porque aunque fuese de sus discípulos más dóciles, ella le había puesto como condición primera que jamás la obligaría a hacerse religiosa. Lo que Claudio le prometió al punto, porque, sin duda, pensaba que, por el momento, había en ese carácter antojadizo algo que no se acomodaría ni aclimataría al claustro. Ello no era obstáculo para que desde esta época fuesen familiares a Mlle. Lyonne las más difíciles virtudes y practicase ciertas austeridades cuyo solo nombre tanto la hubiera amedrentado antes. Sus diversiones eran ahora los hospitales y las iglesias. Y cuando su director le ordenó tomase un reloj de arena para medir el tiempo de oración,

respondió llena de sorpresa: ***Líbreme Dios, Padre, de medir el tiempo a Dios.*** En una palabra: De la admiración que antes se sentía por su belleza, se había pasado a sentirla por su virtud.

Mlle. Lyonne se hallaba en esta coyuntura de su vida espiritual cuando el P. La Colombière fue sacado por sus Superiores de Paray. Durante dos años y medio madurarán sus hábitos de vida cristiana y la encontraremos más adelante.

Tan sólo hemos hecho mención de las conquistas más señaladas realizadas por Claudio; pero ¡cuántas otras habrán quedado en el secreto de los corazones! En su clausura, Margarita María, invisible, mas presente con su oración, recibió no pocas confidencias, lo que nos da la clave para entender lo que ella misma dirá más adelante: ***El talento del P. La Colombière es el de llevar las almas a Dios.***

Capítulo XVI

MÁS ASUNTOS QUE LOS QUE PUEDEN SER ATENDIDOS

Mientras en el silencio de los claustros continuaban las obras de oración y de reparación, fuera, la vida seguía su curso

tumultuoso y agitado, que imponía a La Colombiére día a día, además de la dirección de las almas, nuevas obligaciones y trabajos. A su hermana salesa, entonces algo enferma, le escribía a fines de 1675:

¡Qué dichosa eres, hermana mía, de vivir en la soledad!... Envidiaría tu retiro con todas tus penas y males, si no estuviera convencido de que no hay en el mundo bien mayor que el de hacer la voluntad de Dios que nos gobierna. Pero, hermana mía, he ahí la dificultad: la de vivir constantemente entre los hombres y no buscar más que a Dios; el tener siempre tres o cuatro veces más asuntos de los que se pueden atender, sin perder no obstante ese reposo del espíritu, fuera del cual no se puede poseer a Dios; el tener apenas algunos minutos para entrar dentro de sí y recogerse en la oración y no estar nunca fuera de sí. Todo eso es posible, pero convendrás conmigo en que no es fácil.

Y la confidencia terminaba con estas palabras: ***Esto es, sin embargo, lo que debería yo hacer si tuviese deseos de ser lo que quiero que tú seas.***

Tres o cuatro veces más asuntos de los que se pueden atender; angustia común a todos los apóstoles de verdad. Para apreciar plenamente las que atormentaban a Claudio, prescindiendo de los cuidados que exige la administración y gobierno de una casa, sería preciso poder penetrar en el afecto y cariño que sentía para con los habitantes de Paray. ***Sería preciso*** — como escribe él mismo a varios— ***saber cuán queridos me***

son vuestros intereses y cuánto deseo vuestra felicidad eterna. Jesucristo, a quien os encomiendo todos los días, conoce el ardor con que yo os deseo todas las bendiciones de los santos.

Tanto la crónica del tiempo como la correspondencia de Claudio nos ayudan a conjeturar al menos lo que fueron esos múltiples negocios.

Hs Hs *

Entre los desórdenes que hacían sufrir a su alma delicada no eran los menores las discordias familiares y cívicas: ocasiones constantes de escándalo en las que el sacerdote con frecuencia debía apagar los odios, predicar el perdón de las injurias y siempre consolar. Tal, por ejemplo, el famoso duelo que a principios de febrero de 1676 puso unos contra otros a cuatro jóvenes, de los que tres eran de la familia Bouillet, sobrinos o primos del párroco, amigo íntimo del P. La Colombiére. ffabiendo reñido una vez en la plaza del mercado, no tardaron en sacar las espadas, y dos contra dos se habían batido tan ferozmente que hubieran quedado tendidos en el suelo sin vida, a no ser por la mucha gente que acudió a separarlos. Mas queriendo llevar a término su venganza, el 7 de febrero se dieron cita en un prado cerrado y vallado, próximo a Paray, llamado vulgarmente prado Pasquier, donde los dos hijos de los señores Carlain-Bouillet y los de Boissire se batieron en duelo con tanta fiereza que el hijo del señor Boissire llevó clavada en su cuerpo la espada de dicho Carlain, hijo, que le hirió gravemente. Poco

después, sostenido por manos caritativas, entraba en la botica de Juan Yiridet, cirujano. ***Señor*** —gritó Boissire—, ***cúreme y déme vino.*** Mientras tanto los otros seguían luchando con otro género de armas, con gruesos palos, en combate singular. No se dice cuál fue el resultado.

Por entonces la especulación sobre el trigo provocó en Paray varias sediciones. Los acaparadores se negaban a entregarlo a los habitantes de la ciudad por guardarlo para los venidos de fuera, que lo pagaban a mayor precio. Cierto individuo llamado Payen, mercader carretero de Orleáns, que pretendía comprar centeno a Samuel Gravier, fue asaltado durante tres días y tres noches en la posada donde se hospedaba. Durante ese tiempo compañías errantes iban y venían por la ciudad amenazando con la muerte tanto a los que tenían trigo como a los que lo compraban. Quince o veinte sediciosos, detenidos ante la morada de Antonio Bouillet, señor de Lafin, gritaban que querían asesinarle. Bouillet, con la espada en la mano, se aprestaba a la defensa cuando un grupo de amigos avisados corrieron en su auxilio y apaciguaron el tumulto. Poco después hubo otro tumulto contra un guarda forestal del Conde de Coligny, salvado por un boticario a quien no le fue nada fácil deshacerse de la turba que le quería matar.

Nueva sedición tuvo lugar cuando un rentero del señor Trembly, que había comprado un carro de trigo, fue robado en el camino de Hautefond. ¡Cuántas otras algaradas por las que de día y noche se tocaba a rebato y que obligaban a recurrir al señor

preboste de los mariscales de Charolles!

A las preocupaciones que podrían traer consigo estos acontecimientos se juntaban para La Colombiére otras de carácter directamente religioso. En primer lugar, a propósito de la colaboración que deseaba prestar al clero secular. ¡Cuántos problemas y con frecuencia cuán delicados!

Durante los veinte meses que Claudio habitó en Paray, el obispo de Autun, Gabriel de Roquette, prelado de mérito, a quien se ha podido dar el título de obispo reformador, estuvo ausente de su diócesis. Instruido de antemano de los grandes abusos que deshonraban a su ciudad episcopal, desde el mismo día de su entronización, en 1667, había añadido con solemnidad y tres veces, a los tres juramentos que exigía de él el Capítulo, estas palabras no previstas en el formulario: ***Salva mi derecho y el derecho común.*** Sin pérdida de tiempo había organizado el servicio de las misiones, colocado la Primera piedra de un seminario y creado un hospital. Empero, bastante metido en el mundo antes de su ascensión al episcopado, sobre todo en casa de la duquesa de Longueville y del príncipe de Conti, le parecía sombría y triste la residencia en provincias. Y aunque su hermano Manuel, sacerdote elegante, se ocupase en París de los asuntos de la diócesis de Autun, Gabriel de Roquette se persuadía fácilmente de que para hacer triunfar sus planes de reforma eran necesarios largos períodos de residencia en la capital y en Versalles; y aun seguía a la corte en sus desplazamientos. Por muy frecuentes que fuesen entonces estos abusos de la no residencia, no por eso

dejaban de ser una violación de lo estatuido por el Concilio de Trento y un mal ejemplo. ¿No se da por eso por lo que el Capítulo en 1707, se negó a dar sepultura al obispo en la catedral?

En Paray, el señor Juan Eleonor Bouillet, de cuarenta y seis años de edad, regentaba la parroquia en calidad de párroco desde 1661, solo, sin coadjutor, pues el Abad de Cluny no había señalado pensión ninguna para ese cargo, a pesar de ser una parroquia muy extensa y contar con unos 1.700 comulgantes. Pasaba por tener el mejor corazón del mundo, pero, según un visitador eclesiástico de 1674, se preocupa poco de sus funciones y deberes, se dispensa con frecuencia de la asistencia a los oficios de fundación y se le acusa de ser un poco excesivamente exigente, como cobrar seis libras, y algunas veces ocho, por un entierro; no obstante, puede trabajar bien si quiere tomarse la molestia. Pasaron varios años, y en 1681 el visitador declara sin más: ***El señor Juan Eleonor Bouillet cumple bien con sus obligaciones.*** ¿Misterio? No. Es sencillamente que entre las dos épocas un santo se ha introducido en la amistad del párroco. La casa cural, contigua al colegio de los jesuítas, fue causa de que se estableciesen relaciones entre el sacerdote y los religiosos que, por contrato, tenían que predicar durante el Adviento y la Cuaresma, tres veces por semana, en la iglesia de San Nicolás, lo cual dio ocasión a una colaboración fraternal de la que la parroquia supo beneficiarse.

Posteriormente, algunos espíritus descontentadizos se quejarán de que todavía el señor Bouillet no guarda ninguna regla

sobre las horas de las misas. Cuando el visitador haga la observación al buen párroco y le pregunte si esta negligencia no proviene de demasiada afición al juego, confesará que ***antiguamente*** —sin duda antes de entablar conocimiento con el Beato— ***su inclinación le llevaba a ello, mas que desde hace algunos años se había retirado de esa diversión y pensaba hacerlo cada vez más.***

La amistad entre los dos sacerdotes sobrevivió a la estancia en Paray del P. La Colombiére, el cual, un año después de haber salido de la ciudad, le escribía desde Londres:

Ha temido usted que la pérdida de las cartas haya disminuido nuestra amistad. ¿Qué dice usted, mi buen amigo? Las uniones o amistades en Cristo son inalterables y le aseguro que ni la distancia ni su silencio cambiarán nada en mí con relación a usted. Por el contrario, me parece que cada día amo más a mis amigos: toda la Corte junta no podría borrarlos ni de mi espíritu ni de mi corazón.

Después de darle alguna noticias sobre la vida en Inglaterra, terminaba con estas palabras de estima y de respeto: ***Si siguiese mi deseo le pediría noticias de toda la ciudad, a la que considero como una gran familia de la que Dios le ha constituido jefe y cabeza y a la que conducirá, como lo espero, al paraíso, con sus sermones y con sus buenos ejemplos.***

Los ejemplos, en efecto, del pastor fueron más elocuentes que sus discursos.

El señor Bouillet, a pesar de ser doctor en teología, no llegó a tener gusto por el estudio y a los sesenta años, estando ya algo caduco, no podrá evitar que el arcipreste de Charolles escriba de él: ***Ha descuidado demasiado lo que estudió. A veces se dispensa de la predicación, y cuando lo hace, la gente desearía se dispensase de hacerlo.***

Junto al párroco se movían, más o menos cerca, los miembros del clero parroquial, en número de quince por esta época, de los que nueve son calificados, por lo visitadores canónicos, como buenos sacerdotes, con reputación de prudentes, asiduos al confesonario y a los oficios, aunque a uno de ellos se le declara como fiel discípulo de San Huberto (amigo de la caza) y a otros dos se les tenga por apegados un tanto al dinero. El más sobresaliente era Mr. Claudio Baudinot, dado a todas las cosas de piedad, de quien cuando anciano se dirá: ***Si no tiene ciencia, tiene, al menos, mucha virtud y un gran celo; ayuda mucho en la parroquia y hace mejor papel que el mismo señor Párroco.*** Entre los otros seis miembros se encuentra un anciano que no sale de casa, dos a quienes se les conoce con el apelativo, a uno de ***bendito*** y al otro de ***bastante bendito, pero melancólico y poco amigo de estudiar.*** Por desgracia hay tres calificados con términos duros por los visitadores de 1671 y 1674, como muy amigos de las ferias y de los espectáculos, que pertenecen al número de aquellos que arrancaban al corazón de Claudio esta dolorosa exclamación:

Un sacerdote que se alimenta todos los días con el Pan de los Ángeles, que baña su lengua con la sangre de Jesucristo, servirse de esta misma lengua para la detracción y la ira; alimentar en su corazón pasiones de orgullo, de avaricia... ¡Oh Dios! ¡Oh ángeles! ¡Oh poder! ¡Oh carácter! ¡Oh escándalo del cristianismo!

A los religiosos del decanato, los documentos diocesanos echaban en cara el no tener un celo ardiente como correspondía a sus bienes. Ciertamente que las rivalidades entre las dos observancias no contribuían a la extensión del reino de Dios. ¿No se había visto a Juan Bouzitat, el prior intruso de los ***antiguos*** —uno de los pocos días en que no estaba ausente el monasterio—, arrogarse el derecho de comenzar las Vísperas? Los ***reformados***, habían rehusado replicarle; habían respondido, por el contrario, cuando Dom Eustaquio d'Avesnes, su prior, había entonado el ***¡Dios mío, ven en mi auxilio!***

La Colombiére, a quien sus predicaciones en la iglesia abacial imponían relaciones frecuentes con los monjes, debió gemir bien de veces ante semejantes irreverencias. ¿No formaban parte de las ofensas que desagradan tan dolorosamente al Corazón de Jesús, en las almas que le están consagradas? Bien es verdad que en noviembre de 1675 y el 6 de febrero siguiente se registran serios esfuerzos por parte de los ***reformados***, para tratar, transigir y acordar con los ***antiguos*** acerca da todos los procesos y diferencias juzgadas y por juzgar en el gran Consejo. Nos

complace el pensar que el espíritu pacificador de Claudio no fue ajeno a estas tentativas. Mas estos procesos, que principalmente trataban cuestiones de intereses, continuaron. En 1689 el arcipreste de Charolles se verá constreñido a hacer constar que los siete ocupantes del decanato, de los que cinco son de la observancia, tienen más renta que la que haría falta para quince buenos operarios, de los que uno solo haría más que todos ellos en la viña del Señor.

Estas disputas y competiciones no favorecían lo más mínimo al alivio de los menesterosos. Existía, sí, en Paray, una cofradía de damas de la caridad, establecida en favor de los pobres vergonzantes, pero no parece que sus recursos estuviesen a la altura de su abnegación. En cuanto al hospital, su estado es lamentable; en 1669 comprende dos grandes salas de planta baja, una de las cuales sirve de albergue o habitación al hospitalero y la otra está destinada a recibir a los pobres. Se ven cinco catres con paja, aunque hay cinco colchones de pluma que no se utilizan por carecer de sábanas y de mantas. En diez años el administrador, otro Bouillet, abogado, no ha podido disponer más que de 193 libras recibidas de limosnas. Por todo ello este hospital durante largo tiempo será considerado como el retiro de los mendigos forasteros y de los bribones que dan ocasiones a veces a la liviandad y al desorden. Por lo que hace a la capilla erigida bajo la advocación de San Antonio sería preciso taponar varias rendijas por donde entra el viento que puede llevarse la sagrada forma de sobre el altar.

Pasan los años: y en 1689 este hospital, en otro tiempo casa de escándalo y de abominación, será, según el testimonio del arcipreste de Charolles, una casa santa que presenta los mejores comienzos para el edificio temporal y espiritual. ¿Qué había sucedido? Lo veremos a su tiempo. Si no una intervención personal del P. La Colombiére, sí al menos de varios miembros de la Congregación de hombres fundada por él en 1675.

Esta Congregación, en efecto, fue uno de los grandes medios de que se sirvió en Paray para llevar a cabo las iniciativas que le inspiraba la gloria de Dios. Comprendía en sus filas nobles y burgueses, abogados, notarios procuradores y médicos. Era la participación de los seglares en el apostolado, la ***acción católica*** en la realidad antes que en el papel. Propensos, como consecuencia de un siglo de arrogancias calvinistas, a gemir bajo el yugo de los herejes, los nobles sentían una imperiosa necesidad de agruparse para ser fuertes. Claudio les propuso el hacerlo bajo la protección de la que la tradición ha llamado ***Auxilio de los cristianos y Reina de los apóstoles.*** Mucha gente juzgó la empresa punto menos que imposible. Mas, por el contrario, se encontró tal facilidad que hubo de reconocerse como obra de Dios. Ahora bien, por los reglamentos que se dieron, los congregantes no sólo estaban obligados a sus deberes personales de huir del pecado, de las francachelas, de las disputas, de la ociosidad, sino también a una perfecta unión y al uso frecuente de los Sacramentos; no sólo al deber familiar de hacer reinar la paz en su casa, sino que debían darse, más que los demás, al deber

social de la caridad y de la compasión para con los pobres. El apoyo prestado por ellos a la transformación del hospital prueba que fueron fieles a sus resoluciones.

Entre los primeros en inscribirse en la Congregación se contaba el párroco señor Bouillet; y el P. Claudio, congregante de la Virgen desde su juventud, tuvo empeño en renovar su consagración en la Congregación de Paray y no de pura fórmula. Dos años más tarde, respondiendo desde Londres a una muy afectuosa misiva de los congregantes, les dará el título de ***Muy queridos cohermanos.*** Yen una carta posterior hablando de la Congregación, a la que ha llamado ***nuestra,*** dice: ***Digo nuestra Congregación porque. Aunque estoy distante, no creo haberme separado de ella, pues estoy todos los días en espíritu y asisto a vuestras reuniones a fin de tener parte en las gracias que sobre ella derrama la Santísima Virgen.***

Si a estos trabajos y preocupaciones se añaden los sermones que casi sólo él entre los jesuítas de Paray predicaba, su dirección de almas en el claustro y en el mundo, los esfuerzos realizados para el progreso del pequeño colegio, comprenderemos bien el exceso de trabajo de que el Beato hacía confidente a su hermana salesa, cuando le decía: ***Tres o cuatro veces más negocios de los que se pueden atender.***

No se había terminado aún el curso y los Superiores

dejaban ya entrever al religioso un cambio de destino. Pensaban en abrir un campo más dilatado a su celo y a sus relevantes cualidades. El P. de la Pesse, que nos dice lo que antecede, no precisa más. Se trataba ciertamente de otro destino en Francia. Los rumores corrían ya para fines de junio.

El primero de julio de 1676 escribía Claudio: ***Es verdad que en el mes de setiembre debo abandonar Paray, pero todavía no sé a dónde debo ir.*** En agosto las cosas cambian de repente: ***Me quieren enviar a Inglaterra para ser predicador de la Duquesa de York. No sé lo que habrá de verdad. La voluntad de Dios se cumplirá.***

Habiéndole pedido Margarita María que antes de partir le sugiriese alguna ***resolución***, el Padre le envió, como dicen las ***Contemporáneas***, estas pocas palabras que dicen mucho:

Es preciso recordar que Dios le pide todo y note pide nada. Le pide todo porque quiere reinar sobre usted y en usted, como en una heredad que le pertenece de todas maneras, de suerte que pueda disponer de todo, que nada le resista, que todo se doblegue, todo obedezca a la menor señal de su voluntad. No pide nada de usted porque Él quiere hacerlo todo sin que usted se mezcle en nada, contentándose con ser el sujeto sobre quién y en quien Él obra, a fin de que toda la gloria sea de Él y que Él solo sea conocido, alabado y eternamente amado.

El 16 de setiembre, queriendo dejar a su sucesor una situación económica clara, La Colombière pone en regla delante

de notario real las pequeñas deudas concernientes a la casa Bouillet, comprada el 28 de abril precedente. Algunos días más tarde dejaba la ciudad y se dirigía a Roanne, sin duda para despedirse de su Superior y de allí escribía a la Abadesa de ***Bénissons-Dieu: Mañana estaré en su monasterio unas siete horas.*** Desde París, el 3 de octubre: ***Pasado mañana salgo para Calais y espero, con el auxilio de Nuestro Señor, estar en Londres el 14 de este mes.***

En esta decisión, al parecer atropellada, el P. de la Chaize, aunque no era ya el superior jerárquico de La Colombière, fue una vez más el instrumento de la Divina Providencia. Para una de las misiones más agobiantes y más delicadas —también de las más peligrosas— que puedan ser confiadas a un sacerdote, en medio de una población enormemente prevenida contra la Iglesia romana, se necesitaba un hombre que, sin participar del espíritu de la Corte, supiese naturalmente agradar a una Corte, un hombre dotado de una sabia prudencia y que fuese un santo. El confesor de Luis XIY no había dudado.

Para apreciar toda la importancia de este puesto, hay que tener delante de los ojos la situación política y religiosa por que atravesaba entonces Inglaterra.

TERCERA PARTE: EN LONDRES

Capítulo XVII

LA CORTE DE INGLATERRA

Nieto de Enrique IV por su madre, Enriqueta de Francia; hijo del infortunado Carlos I, víctima de Cromwell, Carlos II tuvo que pasar toda su juventud en el destierro, primero en la corte del príncipe de Orange, en Holanda, después en la isla de Jersey.

A los 18 años, en 1649, los presbiterianos le ofrecen el trono de Escocia con la condición de que renuncie a la causa anglicana por la que su padre había sido decapitado. Esfuerzo inútil que termina con la batalla de Worcester, en la que pierde el trono y se ve obligado a huir durante seis semanas por Inglaterra, donde los católicos, leales más que nadie, exponen sus bienes y sus vidas por asistirle y salvarle. Conmovido por tanta fidelidad, Carlos II declara una tarde al P. Huddleston, monje benedictino: ***Si Dios quiere que recobre el reino, los católicos no tendrán ya que vivir ocultos.*** El 16 de octubre de 1651 desembarcaba en Fécamp y comenzaba un nuevo destierro de nueve años pasados

entre Francia, Colonia y Flandes.

Rey pobre, reducido a mendigar en todas partes, no por eso pierde el buen humor, propio de su abuelo bearnés, ni pierde por un instante la confianza en su buena estrella. Por desgracia, este vagabundear crea en él hábitos de holgazanería y de libertinaje que hacen desesperar a su consejero Eduardo Hyde, y que más tarde harán que se diga de él que es enemigo declarado de toda virginidad y castidad.

En 1660, el jefe de los ejércitos republicanos de Escocia, Monk ***el viejo Jorge*** como le apellidaban sus soldados, repone en el trono de Inglaterra a Carlos. No obstante que la restauración ha sido acogida con entusiasmo delirante y que Whitehall ofrece durante todo un año el aspecto de una fiesta continua, la nación se siente sordamente inquieta, minada por violentas disensiones religiosas. Los católicos esperaban que la vuelta de un Estuardo les valiera al menos la tolerancia. El joven rey, cuyos más caros amigos y los más en número, entre ellos en primer lugar su madre y su hermana, estaban aferrados a la antigua ley, deseaba él también la libertad de conciencia para las almas delicadas, pero el Parlamento no lo entendía así.

Cuando Carlos en 1662 quiso contraer matrimonio con Catalina de Braganza, hija de Juan IV de Portugal, se levantó una tempestad de indignación. ¿Qué les importaba la dote magnífica —Tánger y Bombay— que iba a abrir a Inglaterra la puerta del Mediterráneo y el camino de las Indias? ***Esta alianza papista***

ponía en peligro la seguridad del Estado y del reino. Y si, por fin, el matrimonio pudo ser bendecido en Portsmouth por un sacerdote católico, hubo de ser sin aparato y en un simple salón.

A fines de este mismo año, con ocasión de las fiestas de Navidad, Carlos, no obstante la ley dada contra los no-conformistas, quiso usar de indulgencia con ellos e hizo abrir las puertas de las cárceles. Pero los Lores estaban al acecho, y sospechando que esta medida había sido inspirada no tanto por el interés que sentía el rey para con los anabaptistas, cuáqueros y recusantes, cuanto por su afecto hacia el catolicismo, la Cámara sostuvo que era preciso poner urgentemente en ejecución el acta de ***uniformidad*** y con toda impudencia propuso a la firma del monarca una proclama desterrando a los sacerdotes papistas y a los jesuitas. Era un ultimátum: si Carlos no firmaba, le serían negados los créditos de que estaba muy necesitado. Cedió en marzo de 1663, descontento y humillado por su cobardía.

Este juego miserable se iba a estar repitiendo durante doce años consecutivos; Carlos, podrido por sus veleidades y cada día entregado más a sus viles placeres; el Parlamento, especulando con la pobreza de su rey y cada día más rencoroso para con el papismo y la nación francesa. Testigo de estas palinodias, el conde Cominges, embajador de Francia en Londres, escribirá un día a Luis XIV: ***Si Aristóteles, que se preocupó de definir hasta las más pequeñas insignificancias de la política, volviese al mundo, no encontraría términos para definir este gobierno. Lo monárquico aparece, sí, en el nombre***

del rey, mas en realidad nada hay menos que eso.

Pero llegó un día en que los opulentos magnates que regían la Cámara de los Lores estrecharon el cerco y cerraron cada vez más la bolsa, reduciendo a Carlos casi hasta la asfixia; para evitar la cual echó mano de un recurso, el que le aconsejaba su hermana Enriqueta desde hacía tiempo: el llamamiento a su primo Luis XIV. Monarca absoluto de un país rico, este monarca podía gravar un poco más con impuestos a sus vasallos a fin de encadenar a su fortuna a otros jefes de Estado. En mayo de 1670, Enriqueta se encaminó a Dover y negoció el gran proyecto en el que Carlos II prometía hacerse católico y unirse a Francia en una guerra contra Holanda, y Luis XIV otorgaba los subsidios necesarios para ambos proyectos: dos millones de libras para el primero y tres millones para el segundo.

¿Era sincera la promesa de Carlos II? Difícilmente se puede pensar que su deseo de abrazar la fe católica romana era pura hipocresía. En la oración fúnebre que sobre Enriqueta de Inglaterra predicó Bossuet, tres meses tan sólo después de los acuerdos de Dover, éste no tuvo empacho en decir: ***Este gran rey... no desaprobará nuestro celo si deseamos delante de Dios que él y todos sus pueblos sean como nosotros.*** Dos años más tarde, Shaftesbury nos descubrirá que ***el rey hace sus devociones en el cuarto de la reina.*** El duque de Lauderdale llega también a saberlo por una dama de la Corte, la condesa de Desert. El mismo año, en la capilla de la Embajada portuguesa, el rey oye las predicaciones del P. Patouillet.

Por lo demás, esta extraña mezcla de intereses políticos y religiosos en el pacto fue funesta.

Cuando en la primavera de 1672, el pueblo inglés —que ignoraba, sin embargo, el pacto— se vio coligado por la fuerza a una nación monárquica y católica para combatir las Provincias Unidas, democráticas y protestantes, se persuadió bien pronto de que esta guerra era tan sólo un pretexto para restablecer en Londres dos cosas igualmente odiadas: el gobierno absoluto y el papismo. Constreñido a votar los créditos de guerra, el Parlamento añadió a su conformidad el ***Acta del Test***, por la cual toda persona que se negase a recibir la comunión anglicana y a prestar el juramento contra la transubstanciación, se hacía incapaz de ejercer ningún cargo público. Impotente una vez más, Carlos II firmó, tanto más avergonzado cuanto que esta Acta hería en pleno corazón a su hermano el duque de York. El bello sueño de Enriqueta se desvanecía.

Precisamente era lo que quería el Parlamento, perjudicar los intereses del hermano menor del monarca.

En efecto, del matrimonio contraído hacia once años con Catalina de Braganza, Carlos II no había tenido sucesión y había rechazado siempre los consejos de sus allegados que le incitaban a imitar el ejemplo de Enrique VIII divorciándose, diciendo ***que no quería hacer desgraciada a una inocente.***

El rey se mantuvo inflexible en su decisión, no obstante los dichos del pueblo de que mientras una reina protestante no ocupase el trono no estaba segura la religión del país, y no

obstante el ***Bill*** de la Cámara de los Lores que votó en 1670 autorizando el divorcio. ***Si mi conciencia*** —decía— ***me permitiese romper con Catalina, me permitiría también enviarla al otro mundo.*** Por desgracia, la fidelidad de Carlos para con Catalina distó mucho de ser total; cada día se hacía más común la idea entre el pueblo de que ninguna mujer honrada podía aceptar ningún cargo sin verse expuesta a graves peligros.

No teniendo, pues, descendiente legítimo, el presunto heredero era el duque de York. Ahora bien, se sabía que era católico de corazón y eso bastaba para poner frenética a la opinión.

Ano ser por este raro inconveniente, Jaime poseía todas aquellas cualidades que pueden ganarse el corazón del pueblo. Primero la bravura. Turenne, que lo había tenido a sus órdenes, decía: ***Si alguno ha nacido en el mundo sin miedo, es el duque de York.*** No menos lo admiraba Condé. Ambos declaraban que este príncipe sería uno de los más grandes capitanes de su siglo. Desde su juventud fue, al menos, uno de los más hermosos, como se puede ver en uno de los retratos a la edad de veinte años y que se conserva en el museo de Versalles. Haciendo franja en lo alto de la coraza, una gola, estilo Van Dyck, enmarca un rostro enérgico lleno de vida y de gracia. Rasgos atrevidos, grandes ojos negros y expresivos, labios llenos y sonrosados, todo denota un temperamento desbordante de salud. Enrique IV se hubiera enorgullecido de tenerle por nieto. Añádase lo que por encima de todo debía hacerle simpático: Jaime se mostraba en todo inglés

hasta los tuétanos. Nacionalismo intenso, no muy común entonces en las familias reales. Sangre mezclada de todas las dinastías de Europa, todos los príncipes eran primos. ***No tenían*** —y no podían tenerlos— ***esos sentimientos profundos y circunscritos de patriotismo que crecían ya tan pujantemente en las clases medias y que, andando el tiempo, un siglo más tarde, deberían convertirse en una religión.*** A pesar de que por su padre Jaime era de sangre escocesa y danesa y por su madre navarro y toscano, era un anglòfilo total; se ha dicho de él que, contrariamente al estilo de las Cortes, ni hizo el menor esfuerzo por hablar correctamente el francés. Por lo demás, era extraordinariamente trabajador y aplicado.

El primer matrimonio de Jaime fue una prueba de su nacionalismo; pues en vez de ir a buscar fuera de las fronteras, como era costumbre, una princesa lejana, se había casado con la hija de un abogado de la ***Gentry***, Eduardo Hyde, consejero de su hermano Carlos. Ana Hyde le dio ocho hijos, de los que tan sólo sobrevivieron dos hijas: Mary, que debía ser la esposa de Guillermo de Orange, su primo, la cual, después de haber contribuido a destronar a su padre al lado de su marido hecho ya Guillermo II, usurparía el trono de los Estuardos; y Ana, quien después de la muerte de su cuñado sería como su hermana reina de Inglaterra.

De hecho, hasta 1670, el duque de York gozó de una verdadera popularidad. Como creador de la marina británica, había vencido al frente de su flota a los holandeses, reportando

dos magníficas victorias que hacían de él el orgullo de su pueblo.

Mas tan pronto como se comenzó a sospechar que Jaime se inclinaba hacia la antigua fe romana, todos esos méritos desaparecieron detrás del espectro del papismo y de una monarquía autoritaria: doble fobia. Protegida y fomentada por Ashley Cooper, conde de Shaftesbury, el enemigo más encarnizado que por entonces tenía el catolicismo en Inglaterra, y político sin escrúpulos de ninguna clase, se formó una facción compuesta por la hez de los antiguos fanáticos seguidores de Cromwell y de una joven generación de sectarios resueltos, bajo el pabellón de la monarquía, a implantar una república de la que ellos serían los dictadores. El primer obstáculo que tuvieron que vencer fue el duque, su popularidad, su influencia en los consejos reales. El pensamiento de que un día Jaime podía llegar al trono les hacía perder la cabeza. La ley de ***Test*** era su máquina de guerra; si el duque prestaba el juramento era que renunciada al papismo; si rehusaba, se declaraba públicamente enemigo del reino.

Carlos le presionó a pronunciar el ***Test***, era tan fácil y de poca importancia... una mera formalidad. ***Preferiría morir***, declaró el duque, y que no era por pura retórica se vio cuando resignó todos sus cargos, incluso el de gran almirante, y a los cuarenta años, en pleno vigor, renunciaba a la obra de su vida, a su flota. No obstante las necesidades suscitadas por la guerra de Holanda, el país se privó criminalmente de sus servicios. Algunos obispos anglicanos ofrecieron su mediación. ¿No podría, al

menos, asistir a los oficios en la capilla real? Eso calmaría la tormenta. ***No,*** respondió, ***mis principios me impiden el hacer el mal para que resulte un bien.***

El día de Pascua de 1673, sin embargo, Jaime asistió al sermón ante el rey, en presencia de un gran auditorio. En esta ocasión el protestante Evelyn cuenta:

Me levanté para ver si, según costumbre, el duque de York recibía la comunión con el rey. No lo hizo, con gran extrañeza de todos. Es el segundo año que se abstiene y que deja su comunión... Por todo lo cual ha causado mucho disgusto y dado un gran escándalo a toda la nación, que ve al heredero de la corona e hijo de un mártir del protestantismo caer en la apostasía.

Mas adelante, hablando de esas persecuciones con el nuncio Femando Adda, Jaime se felicitará de haber hallado la ocasión de rectificar sobre ese punto los prejuicios de la opinión. ***Los protestantes creían, en efecto, que los católicos, merced a la restricción mental, podían mentir cuando quisieran. Yo mismo, estando en otro tiempo en este error, había solicitado de Roma la dispensa, que se me negó, de recibir junto a mi hermano la comunión anglicana.*** La decisión pontificia causó al príncipe una verdadera alegría y con ello la nación se persuadía de que una conciencia católica es incapaz de doblez,

Esta determinación causó extrafieza por mucho tiempo a los diplomáticos, quienes no juzgan de los acontecimientos sino desde el punto de vista de la pura política. En una carta a Luis

XIV, escribía un embajador francés:

Hasta ahora se han visto príncipes que cambian su religión para aceptar la del Estado cuya corona quieren colocar sobre sus cabezas; pero no hay ningún ejemplo de presunto heredero de una corona que haya abandonado la religión del país para abrazar otra cuyo ejercicio no está ni tan sólo tolerado. Esto no había ocurrido en Inglaterra desde el gran cambio introducido por la reina Isabel; y el señor duque de York se ha atrevido a ello.

Jaime debía afirmar y consolidar su fe de otra manera.

En 1671 murió Ana Hyde, haciendo pública confesión de fe romana, a la que se hallaba adherida desde hacía un año. ***Al leer la historia de la iglesia anglicana*** —escribía ella— ***me he dado cuenta de que Enrique VIII e Isabel habían cambiado de religión sencillamente porque les era útil el hacerlo.*** Su último requerimiento fue para suplicar al duque, su esposo, que si un pastor, aunque fuese obispo, quisiese acercarse a su cabecera, se le explicase cómo ella moría inquebrantablemente unida a las antiguas creencias y que era perfectamente inútil querer turbar sus postreros momentos con controversias.

Al no tener heredero varón, Jaime, a fin de asegurar mejor la sucesión eventual a la corona de Inglaterra, se resolvió dos años más tarde a contraer segundas nupcias; y enfrentándose con la opinión solicitó, con pleno consentimiento de su hermano Carlos, la mano de una princesa católica: aquella de la que el P. La Colombiére iba a ser precisamente el predicador.

Mientras las pasiones políticas y religiosas agitaban de esta suerte a toda Inglaterra, bajo el cielo tranquilo y límpido de la Lombardía vivía una jovencita, una princesa casi niña, tan ajena a las intrigas humanas, que su mayor deseo era el de entrar en religión. Por su padre, Alfonso, duque de Módena, pertenecía a la ilustre familia de Este, cantada por el Tasso, el Ariostro y Dante. Su madre, Laura Martinozzi, sobrina de Mazarino, que quedó viuda muy joven, la había educado de una manera austera al igual que a su hermano menor Carlos. María Beatriz tenía nueve años cuando su dama de compañía entró en las Salesas en un convento que Laura había hecho construir a las mismas puertas del palacio ducal. La niña la siguió para acabar su educación bajo la dirección de la santa Madre Balland. Su presencia, lejos de ser un estorbo a la observancia de las religiosas, llegó a ser muy pronto un ejemplo vivo de piedad y aun asistía al oficio del coro con tanto recogimiento como la más fervorosa novicia...

Hacia mediados de 1673, cuando le faltaban dos meses para cumplir sus quince años y próxima a tomar el velo, se presentó en Módena, sin previo aviso, una embajada conducida por el duque de Peterborough y apoyada por un mensaje de Luis XIV. Las entrevistas confirmaron los rumores que corrían por París y Londres sobre la belleza de María Beatriz. Era de una belleza maravillosa y de un talento vivo, grande y bien proporcionada, de tez blanca y sonrosada, tenía los cabellos y las cejas negras como el ébano, con dos ojos a la vez brillantes y llenos de dulzura. Sin más, Peterborough, dejándose de

formalidades, la pidió en matrimonio en nombre de su señor el duque de York. Por su carta, fechada el 10 de agosto, Luis XIV salía garante de que, aunque no se estipulase la cláusula en el contrato, Carlos II concedería a su cuñada el derecho a capilla y las demás ventajas y libertades en favor de su religión católica, que igualmente se habían concedido anteriormente a dos reinas, a Enriqueta de Francia y a Catalina de Braganza. Algunos días más tarde, el Cardenal Barberini, protector de Inglaterra, recibía en Roma las mismas seguridades.

Sorprendida, María Beatriz cortó en seco tales proposiciones con un ***no*** categórico. No deseando otro esposo que Cristo, sentía hacia el matrimonio una aversión invencible y prefería arrojarse al fuego. A fin de escapar a los importunos que la asediaban, huyó a los montes, de donde se aventuró a escribir en francés una carta a una monja salesa, sin duda piamontesa, en la que decía: ***Llegamos ayer a la una de la noche, por el camino tuvimos mucho polvo. Le mando esta cesta de melocotones, cómalos por amor mío. Y ocho días más tarde: Ayer y anteayer fuimos de caza y yo fui a caballo. ¡Ay, hermana mía, si yo fuese de la misma manera a la caza de las virtudes, cuánto mejor me iría/*** (22 y 29 de agosto 1673). Mientras tanto, Laura Marinozzi, en su respuesta al Rey cristianísimo, no había ocultado el motivo por el cual su hija declinaba la honra que se le proponía.

Al punto, como si estuviese en peligro, cayó sobre Módena y su castillo ducal un diluvio de cartas. El 31 de agosto el embajador de Francia en Turín interesaba al P. Gariberti, rector

de los jesuítas de Módena, para que tratase de vencer las resistencias. El Cardenal Altieri, el 9 de setiembre, insistía estrictamente, cerca del mismo religioso, para que con toda su influencia llevase a buen término el negocio. El mismo día el Cardenal de Estrées expresaba a la duquesa regente la extrafleza producida en toda la Corte romana por la resolución de madama la princesa, su hija. ***Nadie puede persuadirse aquí de que, en una tan temprana edad, pueda tenerse por madura una vocación para resistir a todas las razones que puedan moverla a consentir en un matrimonio tan brillante.*** Y yendo más lejos se llega a firmar que, aun cuando fuese una resolución tomada en firme, sería más servicio de Dios que ella se volviese atrás a fin de tomar otra en la que verosímilmente su virtud y su piedad tendrán una ocupación más universal y, por lo tanto, un mérito mayor que el de la clausura en un monasterio.

En fin, el 19 de setiembre, el papa Clemente X en persona dirigía un Breve de dos páginas en latín a la hija amada en Cristo, noble joven María, princesa de Este, en el que le daba a entender la esperanza de una abundante y gozosa mies que el Padre de las misericordias quería preparar por esta unión en el reino de Inglaterra. ***La verdadera religión, reducida en ese país a ocultarse por temor a las persecuciones, podría ser por vos restablecida y vuelta a su primitivo esplendor.*** El Pontífice no ocultaba la ansiedad y el dolor profundo que había sentido con su negativa al matrimonio. Por eso exhortaba vivamente a María Beatriz a considerar el mayor bien de la fe católica y a dejarse

guiar por el celo de procurar un bien superior. Por su parte, él velaría para que sobre esa tierra extranjera no encontrase ningún obstáculo la piedad de la princesa, antes al contrario fuese rodeada de todos los apoyos necesarios.

Hasta entonces María Beatriz había resistido. ***¿Por qué no habré yo nacido en una choza?*** —decía llorando a las salesas—. ***De ser simple aldeana, hubiera podido escoger libremente mi estado.*** Mas cuando el Papa hubo hablado, la Madre Balland hizo todo lo posible para obtener el sacrificio. Era preciso darse prisa, porque el partido español, envidioso de ese matrimonio, daba por seguro que el Parlamento inglés, que debía reunirse en octubre, se opondría formalmente: por tanto se le debía presentar un hecho consumado. De ahí que el 30 de setiembre tuviera lugar en Módena por procurador el matrimonio entre los dos príncipes que nunca se habían visto y estaban a quinientas leguas de distancia. El gobierno de Londres hubiera preferido, para no irritar a los partidos puritanos, el que Laura Martinozzi no acompañase a su hija hasta Inglaterra; mas ¿cómo impedir a una madre que acompañe a su hija en semejantes circunstancias? ***Al menos, no se quedará en Londres*** —escribía el conde de Peterborough a lord Arlington— ***más de una semana.*** De hecho, ella permanecería cerca de dos meses.

María Beatriz cumplía los quince años el mismo día que en compañía de su madre se puso en camino. Era el 5 de octubre de 1673. Poco antes de la partida, en la fiesta que con anterioridad se había preparado para su toma de hábito, habiendo ido a ver a la

comunidad y despedirse de ella se enterneció mucho y prometió seguir siempre siendo una hija de la Visitación. Desde Parma, al término de la primera jornada, escribía a la M. Balland: ***He dejado mi corazón en ese monasterio y no lo quitaré jamás de él.*** Luego, por Placencia, Rivoli, Susa, San Juan de Maurienne y Chambery entró en Francia.

Luis XIV había escrito a su embajador en Londres, Colbert de Croissy: ***He dado orden de que no se niegue ningún honor posible a la duquesa de York a su llegada y a su paso por mi reino*** (23 setiembre). De hecho, el elegante y ocurrente marqués de Dangeau se encontraba en Pont de Beauvoisin para recibir a las princesas y hacerlas viajar a expensas del rey. En Lyón, ni la magnífica recepción de los síndicos, ni el banquete que le ofrecieron en el Ayuntamiento, pudieron cautivar a María Beatriz. El mismo palacio de Ainay, donde se hospedaba, no le interesó sino porque estaba próximo a la Visitación de Bellecour. ***Esta mañana*** (23 de octubre) ***hemos ido a comulgar al convento de las Hermanas, donde se guarda el corazón de mi querido padre Francisco de Sales... hemos visto el jergón en que murió, su almohada, sus vestidos, su sombrero, su ropa interior, su escritorio y lo que contiene; en el sitio en que se encontraba su cama hay hoy un altar con un retrato suyo... he sentida mucho consuelo al ver todo eso. Y cerca de ese corazón me he atrevido yo a poner el mío y a confiárselo enteramente.***

Las muchas cartas que conservamos de este viaje son de una espontaneidad encantadora: ***Me las he arreglado para hacer***

mi oración. Anteayer la hice toda entera después de llegar al hotel. Dios sea bendito. Ayer, en verdad, no la hice. Otra vez: ***En ocho días la he dejado más que una sola vez*** (13 y 23 de octubre). Pero más que fiada —nos gusta consignarlo pensando en las revelaciones de las que el P. La Colombiére debía dar noticia a algunas almas privilegiadas de Londres— es en la llaga del Costado de Jesús (devoción favorita de San Francisco de Sales) en donde ella se da cita constantemente con las salesas de Módena. Un día en que para salvar un paso difícil de las montañas se encontraba sola en la silla de manos, sufriendo de separarse más y más de sus queridas hermanas, ***acudí*** —escribe— ***a Jesús. Y me pareció que con su suavísima voz me atraía hacia él, diciéndome que me consolase y que cuantas veces quisiera veros acudiese a esta celda secreta de su santísimo costado, cerca de su dulcísimo corazón, y que en él os encontraría a todas.***

Si para procurar variedad a sus huéspedes no se le hubiese ocurrido a Dangeau el viajar por agua desde Roanne a Briare, María Beatriz hubiera podido hacer escala en Paray. De haber sabido las maravillas que allí tenían lugar, sin género de duda que de Digoin, donde la caravana pasó la noche del 27 de octubre, hubiera solicitado el ir a Paray para ver y rezar. Por lo menos, esos cinco días de viaje por el Loire fueron como un sueño: verdaderas alegrías de colegiala en vacaciones, pero de colegiala piadosa. ***Mamá y yo y todos pasamos el tiempo muy alegremente; porque en el barco se puede hacer todo lo que uno***

quiere. Leemos, escribimos, jugamos, comemos, dormimos, charlamos, reímos... y rezamos el oficio.

En París, Luis XIV en persona vino desde Versalles, con gran etiqueta, a saludar a las princesas, quienes al día siguiente fueron conducidas en carrozas de la corte a devolver la visita al rey. Era el 5 de noviembre; el cortejo se preparaba a emprender la marcha cuando se tuvo noticia de que en Londres una petición votada por unanimidad en el Parlamento exigía que el matrimonio no había de ser consumado y que en lo sucesivo ningún príncipe heredero del trono se desposase con ninguna dama que no fuese de la religión inglesa. Entre los ocho considerandos del acta, o ley, algunos se referían directamente a la princesa de Módena: se la excluía nominalmente, sobre todo a causa de sus relaciones con la corte romana que habían de ser gérmenes de cizaña para el reino. Y el Pueblo, a fin de manchar su nacimiento, se complacía en hacer correr una odiosa calumnia.

Esta vez Carlos II se enfrentó. El Parlamento fue prorrogado y el jefe de la insidia, Shaftesbury, tuvo que renunciar a sus funciones de guarda de los sellos. Después de tres semanas de estancia en París, el cortejo reemprendió la marcha, y por Abbeville, Bolonia y Calais llegó a Dover en el yacht ***Catalina***, el primero de diciembre de 1673. En el puerto el duque de York esperaba a su joven esposa; al punto quedó enamorado. Tres días de descanso en Dover que dieron lugar a que se terminasen los preparativos en Londres, donde entró por el Támesis, a fin de evitar los murmullos de la muchedumbre, de la que no se podía

fiar, en medio de las aclamaciones estrictamente oficiales que salían de los numerosos barcos que seguían al yate real. Una vez en la capital, se creyó más prudente al desembarcar entrar en Whitehall por una puerta secreta y de allí dirigirse al palacio de Saint James, donde moraba el duque de York.

No obstante la simpatía de su reducida corte —doce italianos y veintisiete ingleses—, María Beatriz sintió muy pronto las primeras frialdades. Durante las demasiado cortas semanas que su madre vivió con ella, parecía que el sol de Italia rasgaba las nieblas londinenses, mas cuando Laura Martinozzi se dispuso a partir, le invadió una profunda tristeza: ***Le suplico*** —escribe a la M. Balland— ***que no me deje en ayunas de sus cartas en ningún correo; ya que ellas me ayudan enormemente... Estoy bien de salud con la gracia de Dios, pero aún no puedo acostumbrarme a este estado al que siempre he sido contraria. Por eso, a menudo, lloro y me aflijo no pudiendo echar de mí la melancolía... ¡Mas Dios sea bendito/***; ***es mi cruz, y que a todas sirva de consuelo el saber que mi buen Jesús me visita continuamente. También le certifico que el señor duque es un excelente caballero: me ama mucho y no escatima nada para darme gusto. Y, por otra parte, tan enraizado está en nuestra santa religión que profesa como buen católico, que no la abandonaría por nada de este mundo*** (8 enero 1674).

Algún tiempo después terminaba una de sus cartas con estas palabras:

Mamá les llevará una pequeña cajita; dentro, muy poca cosa,

pero con ella os envío mi corazón. Lo tengo siempre junto al vuestro, en el costado del buen Jesús.

El clima contribuye también a aumentar su pena. En febrero confiesa que tiembla de frío y no puede casi ni tener la pluma, en abril que está convaleciente de un gran catarro; en julio que siente un violento dolor a la espalda. ***Madre querida, el buen Jesús no me da ya los consuelos que me otorgaba en el rincón de mi cuarto; me da ahora pan duro. Pero yo, en verdad, no merezco otra cosa*** (12 abril 1674).

Nueva tristeza: sus esperanzas de maternidad se desvanecen. Los sectarios tienen la crueldad de manifestar su regocijo e intrigan para que una de las princesas, nuera de María Beatriz, sea dada en matrimonio al príncipe de Orange, y que así la corona pase a un protestante.

Todo ello no impide a la duquesa el continuar su vida de piedad:

Mientras puedo hago todos los días un cuarto de hora o media hora de lectura espiritual Leo la vida de los santos o bien el «Tratado del amor de Dios», que me gusta mucho; pero como está en francés sólo puedo leerlo para mí misma. También rezo el rosario en público, al que viene el que quiere. Cuando tengo tiempo digo el oficio... El resto del tiempo lo empleo como lo exige mi estado, aunque no sin cierta repugnancia. La carta terminaba candorosamente, diciendo: ***No pudiendo veros durante el día, os veo a menudo en sueños***; ***y la otra noche precisamente os he abrazado a todos mil veces, como lo haría si***

pudiese hacerlo (16 agosto 1674).

En esta existencia, no faltaron de vez en cuando algunas alegrías. El 19 de enero de 1675 nacía una hermosa princesita, a quien en el bautismo se le impusieron los nombres de Catalina Laura, nombres de su tía la reina de Inglaterra y de su abuela, la regente de Módena. ***Estoy muy bien, lo mismo que mi hijita*** —escribía algunos meses más tarde—. Y pensando en su tierra prometida de la Visitación, añadía: ***Quiera Dios que ella pueda ir a donde yo quería ir*** (30 abril 1675). Alegría que fue bien enfímera, pues a principios de octubre Dios llamaba a Sí a aquella querida y única hija. Tres días más tarde, bajo el peso del dolor, María Beatriz veía frustrarse nuevas esperanzas: ***Yo no creía amar tanto a esta pequeña como me he dado cuenta que la amaba, después que la he perdido. Ya podéis imaginar, hermana, qué aflicción cuando se desea tener niños y se pierden dos a un mismo tiempo. Mas de todo doy gracias a Dios y procuro decir a menudo con el Santo Job: El Señor me lo dio, el Señor me lo quitó; bendito sea el nombre del Señor*** (31 octubre 1675).

Sin embargo, Beatriz había tomado plenamente en serio su papel de duquesa de York. Mujer de un príncipe más tenazmente ingles que ningún otro insular, se esforzó muy pronto por sentir y pensar como su marido, cosa que consideraban muy natural tanto su primera dama de honor italiana, la condesa Lucrecia Vezzani, como su confesor, el jesuita Antonio Galli, que la animaba a seguir por ese camino. Al marqués Felice

Montecuccoli, encargado de negocios en Londres del joven duque de Módena, le disgustaba, en cambio, y envidioso por verse excluido de las confidencias de la duquesa, se quejó al príncipe. Redactó a distancia tres ***avisos*** que creía útiles para la conducta de María Beatriz, los mandó a Carlos a Módena, el cual les añadió sus observaciones y copiándolos de su puño y letra los retransmitió de nuevo a Londres a Montecuccoli, quien ceremoniosamente los puso un día en manos de la duquesa de York. Cuál no sería su sorpresa al ver que su hermano le recomendaba: ***En primer lugar, una extrema circunspección en la forma de vivir, porque no está bien y no es nada político entregarse con entera confianza a los ingleses... En segundo lugar, un gran cuidado en procurarse buenos amigos, ocupándose oportunamente de sus intereses privados y obteniendo del Rey favores que podrían obligarlos. En tercer lugar, la necesidad de tener cerca de sí buenos servidores, particularmente aptos a dar buenos informes sobre todo a S.A.R. Y entre sus damas y gentileshombres actuales se echan de menos estas cualidades, mejor haría en buscar otros que las posean.***

Si Montecuccoli creyó coger desprevenida a la joven duquesa se equivocó de medio a medio.

Pensativa, María Beatriz dobló el papel y preguntó tranquila, pero irónicamente: ***¿Qué significa...?*** Desconcertado y confundido, el eminente diplomático no supo qué contestar y se contentó con balbucir: ***No sé, es su hermano quien...*** Eso bastó a

María para escribir a su hermano una carta en la que se ve que la piedad no le impedía, a los diecisiete años, el tener una firme dignidad, un ojo avizor y una pluma finamente maliciosa:

Quedo muy agradecida, querido hermano, por tu solicitud. Sin embargo, me disgusta mucho el que creas lo que ciertos espíritus te escriben de mí, sin saberlo yo, gentes que pretenden saberlo todo y no saben nada, que quisieran hacerlo todo y mezclarse en todas partes, aunque su sabiduría sólo consista en palabras. Estáte tranquilo: conozco el país en que vivo mejor que ellos y no hago más que lo que conviene hacer. ¿Por qué apoyarte tanto en el marqués Felice? Y me causa tanta mayor estupefacción cuanto que él mismo no llega a comprender bien el sentido de tus palabras. Sobre la carta que me ha entregado y que te devuelvo aquí incluida, podría discurrir largo y tendido y mostrarte que me sé conducir y gobernar mucho mejor de lo que su autor podría enseñarme a hacerlo, teniendo como tengo por marido —Dios sea bendito— un hombre que vale por mil y que sabe enseñarme la forma de conducirme en este país. Esos chismes y cuentos son de tal manera estúpidos y de tan poca importancia, que sólo ha podido contarlos gente que no tiene otra cosa que hacer... (30 octubre 1675).

Mas como Montecuccoli insistiese, de una manera suave y dulce en la forma, pero llena de hiel en el fondo, dirigiendo sus tiros contra el confesor a quien hubiera deseado ver puesto de lado, María Beatriz pasa directamente a la ofensiva:

Sobre el marques Felice, no te he escrito nada sino por tu bien y porque realmente me parecía que era prodigar mucho tu dinero. Porque, aparte una mala mujer a quien mantiene, sostiene también al hermano y a la hermana de ésta, sin contar un hijo que ha tenido con otro hombre. Con todo, si te crees bien servido y satisfecho, no tengo más que añadir. En otra carta me dices que has entendido que he cambiado de confesor. Me extraña grandemente, porque nunca he tenido la menor idea de hacerlo, estando tan contenta del que tengo que, aunque viviese cien años, no lo cambiaría... Por Dios, hermanito querido, no des crédito a las sandeces que te cuentan ciertas personas de por acá (29 agosto 1676).

Mejor que cualquier análisis o descripción, las cartas, algunos de cuyos párrafos hemos transcrito, nos dan a conocer el natural de la joven duquesa de York y el medio ambiente en que debía moverse. Nada tampoco nos dispone mejor a conocer el arduo cometido que le ha sido encomendado al P. La Colombiére. A fin de poder captar mejor y más plenamente las dificultades, es necesario que, saliendo de las cortes de Whitehall y de Saint James, echemos una ojeada más allá de sus muros para hacemos una justa idea de las persecuciones en que se debatían por entonces los católicos ingleses.

Capítulo XVIII

SITUACIÓN TRÁGICA DE LOS CATÓLICOS INGLESES

La historia de los católicos ingleses en el siglo XVII no ha sido estudiada sino en fragmentos. Se han buscado informaciones sobre tal o cual mártir en particular y, dado el considerable número de víctimas de esas interminables persecuciones, los trabajos de investigación, al dispersarse la atención, han impedido la producción de una obra decisiva y maestra sobre cualquier parte de esta historia. No existiendo universidad católica, no se ha podido llevar a la práctica ningún trabajo metódico y sostenido; las monografías que existen, algunas excelentes, se deben en gran parte a aficionados que, en ratos sueltos, han explorado el terreno como diletantes y sin coordinación.

Las fuentes mismas de esta historia escasean. En el interior del país se dudó por mucho tiempo, por miedo a requisas, el consignar por escrito episodios y juicios que hoy serían para nosotros infinitamente preciosos. A propósito del duque de York

en particular, cuya conversión servía de pretexto al furor popular, había que guardar mayor circunspección; y todavía más acerca de las esperanzas un tanto remotas de conversión de Carlos II. Sobre estos dos asuntos, que por otra parte en la historia religiosa son de un interés primordial, es notable que el P. La Colombiére no haga la menor alusión en su correspondencia. Por lo que hace a los documentos existentes en el Continente provenientes de los católicos ingleses en el destierro en Amberes, Roma, Lisboa, Bruselas, Douai y París, su dispersión no facilitaba el inventariarlos. Para colmo de males, un gran número de esos documentos y archivos han desaparecido llevados por los vientos de las persecuciones puritanas en Gran Bretaña o por la supresión de la Compañía de Jesús y las turbulencias de la Revolución francesa.

Y, lo que es más doloroso todavía, esos documentos subsistentes no contenían nada que atrajese la atención y curiosidad de los ***scholars*** o sabios ingleses. ¿Por qué extrañarse de que sintiesen una secreta repugnancia a huronear uno de los capítulos más desagradables de su historia nacional, del que ningún ciudadano inglés puede sentirse orgulloso? Los principios de justicia y libertad han prevalecido desde hace cien años en los espíritus y los historiadores protestantes se ven obligados a reconocer la iniquidad de esas incesantes persecuciones. A propósito del ***Popish plot*** especialmente, todos admiten que las denuncias del odioso Titus Oates no eran en su conjunto más que una trama de falsedades. Arturo Bryant ha juzgado muy

severamente a sus compatriotas de entonces y no es en verdad completamente injusto cuando escribe: ***El individualismo de los ingleses era de lo más egoísta; puesto que la libertad que reclamaban para sí mismos, la rehusaban con furor para los demás, para un francés, para un papista, para un irlandés.***

Un motivo particular existía, por lo que se refiere a los católicos, que les hacía no publicar nada relacionado con esta época: acordándose de las lamentables divisiones que durante tanto tiempo, en el aspecto doctrinal y práctico, habían puesto unos contra otros a sus hermanos perseguidos, temían, al exhumar esos recuerdos, reavivar las viejas controversias que han durado más o menos latentes en los espíritus hasta fines del siglo XIX. Cuando el mayor Hay rompió el silencio con su valiente obra sobre ***Los jesuítas y el Popish plot***, se creyó en el deber de poner a guisa de prólogo y de excusa este pensamiento de Newman: ***Por miedo a escandalizar se dejan a veces de consignar ciertos hechos que se juzgan poco edificantes, cuando de entre todos los escándalos, esta omisión continua es el mayor de los escándalos.*** El libro del mayor Hay ha merecido de parte del público inglés un recibimiento muy frío.

De la situación de los católicos diremos tan sólo aquello que nos parezca útil a fin de poder apreciar mejor el ministerio que iba a ejercer el P. La Colombiére.

Los primeros días de agosto de 1676, en el momento en que Claudio se aprestaba a abandonar Paray-le-Monial, el gran tesorero Tomás Osbome, conde de Dandy, manifestaba a nuestro embajador las alarmas que la conducta del duque de York causaba a todos los pueblos de este reino. ***En cierta ocasión le pregunté*** —escribe Courtin— ***si el número de católicos era muy crecido. Me dijo que se había hecho el censo con todo cuidado y que sólo se habían hallado 12.000. Yo le respondí, como de paso, que entonces no eran de temer.*** Este número tan diminuto debe entenderse únicamente de los católicos influyentes, de los notables y entre ellos de los católicos comprobados. A esta cifra hay que añadir la muchedumbre anónima del pueblo y de los tímidos que, sin renegar de su fe, no hacían gala ni ostentación de ella. En efecto, por la estadística cuidadosamente hecha por Hilario Belloc en su obra ***Jaime II,*** resulta que los católicos representaban quizás un séptimo, ciertamente un octavo de la nación, es decir, una cifra cincuenta o sesenta veces mayor que la dada por Dandy.

Del mismo modo las alarmas de los puritanos tenían causas mucho más profundas y más antiguas que la mera conversión del duque de York. Desde hacía un siglo el recuerdo de la reina María y de sus rigores, ciertamente excesivos, pero agrandados por la leyenda, aumentaban los temores. Y desde la conspiración de la Pólvora (1605), el papismo iba unido en la imaginación popular a las más siniestras pesadillas de conspiración contra la seguridad del Estado. Es cierto también

que los beneficiarios o poseedores de los bienes de la Iglesia, clero o aristocracia, temían que una vuelta a Roma los privase de sus ricas prebendas y de sus abadías. Por eso Carlos II, al entregar al embajador de Francia, algunas semanas antes de la llegada del P. La Colombière, una carta para el Cardenal de Norfolk, Felipe Howard, le recomendaba que no la perdiera: ***Sabéis*** —decía riendo— ***que el Papa es aquí una bestia con cuernos, que causa espanto a toda Inglaterra.***

A este odio contra el romanismo se unían estrechamente las prevenciones contra Francia, la cual presentaba el espectáculo de una monarquía robusta y popular que contrastaba demasiado rudamente con ***esa plutocracia aristocrática, pues no era otra cosa,*** como escribe Belloc, el carácter principal del Estado inglés. Envidiosa del poder marítimo y terrestre de Francia, la opinión pública, aunque ignoraba a ciencia cierta en qué consistía el tratado de Dover, temía que Luis XIV utilizase este poder para destruir la religión y la libertad de los ingleses. El Rey de Francia, ¿no favorecía en este punto las ambiciones de Carlos II?

Deseando atenuar estas prevenciones, Luis XIV, a petición de Buckingham, había enviado a Inglaterra, primero como negociador secreto al lado de Colbert de Croissy, luego como embajador, a uno de los calvinistas más notables de Francia, el conde de Ruvigny. Hombre de armas, de edad y respetado, había unido su familia con lazos matrimoniales con la de los Russel, muy considerada entre los protestantes ingleses, y además un hijo suyo había nacido en Inglaterra.

Le sucedió Courtin, que recibió de Luis XIV instrucciones detalladas todavía de gran interés, en las que se distinguen claramente los sentimientos de la Corte de Londres y los de la nación.

De Carlos II el Rey no tiene por qué quejarse. ***Y si el afecto de este príncipe bastase por sí solo para retener a Inglaterra en la alianza con Francia, Su Majestad podría esperar una asistencia cierta en todos sus planes.*** Mas Carlos II no es el amo. En cuanto al duque de York, como ***tiene un espíritu más templado, más decidido y aplicado a los negocios, y como goza de mucho crédito o ascendiente sobre el espíritu del Rey su hermano... puede grandemente determinarlo y asegurarlo.*** Mas tampoco él es el dueño y aun ***la profesión abierta que hace de catolicismo es capaz de atraerle serios disgustos y dificultades entre gentes tan violentas y tan susceptibles de toda clase de impresiones como son los ingleses... En este caso debería prometerse mucho del afecto de Su Majestad.*** Habiendo precisado a continuación, a propósito de los ministros de Carlos II, lo que se puede esperar o temer de cada uno de ellos, Luis XIV añadía lo siguiente relacionado con la duquesa de York: ***El Rey desea que Mr. Courtin tenga un particular cuidado en cultivar sus buenas intenciones, que la habitúe a colaborar más con su marido en los asuntos de los que por su poca edad ha estado hasta la fecha alejada.*** Queda la nación inglesa en general. Es la piedra de toque. ***Cuanto la Corte esté bien dispuesta para con Su Majestad, tanto la nación le es contraria.*** Por una parte, ***la***

envidia que han concebido de nuestro poderío particularmente marítimo; por otra, la religión que les es común con los holandeses y el aprecio que se conquistó el príncipe de Orange en el viaje que hace pocos años hizo a Londres, los hacen ser favorables a los holandeses y sirven de base a las cúbalas que se han formado a favor suyo en los últimos Parlamentos.

Courtin, que no tardó en darse cuenta de esta oposición existente entre Carlos II y su pueblo, escribe poco después a Luis XIV: ***La mala voluntad de los ingleses no tanto se dirige contra su rey, a quien no odian, sino contra su autoridad, que quisieran ver reducida y equiparada a la de un dux de Venecia, deseo que con frecuencia se les escapa en sus conversaciones.***

En otra ocasión, el embajador, a fin de ganar mejor los sentimientos de la Corte, recibe el encargo de regalar a la princesa María Beatriz un magnífico par de pendientes de diamante... mas con intención de que sean para el duque de York un testimonio de la consideración que Su Majestad tiene para con él. A la duquesa de Portsmouth, una francesa, nacida en Kéroualle, que entonces gozaba del primer favor de Carlos II, Luis XIV —el memorial de Courtin le recuerda— le había hecho igualmente un valioso regalo de unos pendientes de diamante y le había concedido en Francia la tierra de Aubigny para ella y el hijo que había tenido el Rey.

Algunos meses más tarde se autorizaba a Courtin a conceder 400.000 escudos, si Carlos II prorrogaba el Parlamento hasta mayo de 1678. Cada seis meses dará el embajador

cuidadosamente cuenta de las sumas prestadas a lores, a personajes influyentes o a jefes de partidos. No despreciará los más pequeños ***argumentos. Sería de desear el que yo pudiese distribuir y regalar vino de champagne y otros vinos y licores. No puede usted imaginarse cuánto pueden servir cinco o seis botellas de vino enviadas a tiempo, ya que al salir del Parlamento se van los unos a comer a casa de los otros, que es cuando se hacen todas las cúbalas.*** Al mostrar ingratitud con una carta que escribe al mes siguiente, dice: ***El Rey de Gran Bretaña ha encontrado tan bueno el vino que Mr. Seguin le ha enviado, que dice que jamás ha bebido otro mejor. Ello hace que a veces me duela la cabeza, porque el príncipe quiere con frecuencia que beba a la salud del Rey, ya que él bebe siempre, según parece, con las mejores ganas.***

Pero ¿cómo tales medios podían combatir eficazmente las prevenciones enraizadas en el corazón de una nación desde hacía casi un siglo? Pocos días antes de que el P. La Colombiére desembarcase y pisase tierra inglesa en Dover, esos sentimientos complejos de odio mezclado con temor hacia Roma y Francia estallaron en un libreto titulado ***Carta de un inglés a las gentes del ayuntamiento de Londres***, que tuvo muchísima resonancia.

Nuestra ciudad, queridos amigos, corre el riesgo de ser incendiada una segunda vez y ya me parece verla reducida a cenizas, como la desgraciada Sodoma; porque espíritus diabólicos o, por mejor decir, instrumentos del infiemo son

contratados para poner fuego a nuestras casas... Además, si nuestra vigilancia logra libramos del incendio, ¿cómo podremos evitar la mina entera de nuestra ciudad, puesto que los habitantes se ven obligados a causa del cese del comercio y del aumento de la pobreza? Existen ya tres o cuatro mil casas vacías, deshabitadas... nuestros barcos mercantes no se atreven a hacerse a la mar hacia países en los que los franceses, que aspiran al dominio del mar, ejercen su poderío... Tan bien lo hacen que nuestros marinos, empujados por la miseria, se alistan cobardemente a su servicio... y se constituyen sin saberlo en los mayores enemigos de nuestra nación. Nuestros artesanos de tal manera están empobrecidos porque los franceses se entrometen en su arte, que su miseria ha dado pie a movimientos sediciosos. Está prohibida en Francia la entrada de nuestros productos alimenticios y manufacturados... Si eso continúa no tardaremos en convertirnos en esclavos del rey de Franca, como los egipcios se sometieron a Faraón para no carecer de pan.

Todas estas quejas no eran sino maniobras antipapistas, puesto que, como anota Arturo Bryant, durante los años 1674 y 1675 Inglaterra gozó de una prosperidad comercial desacostumbrada y en 1676 Carlos II obtuvo de Luis XIV un tratado de comercio favorable. Pero ¿qué le importa la verdad al folletinista? El autor proseguía con la misma audacia:

No son solamente nuestras casas, nuestras vidas, nuestro tráfico y nuestra libertad los que están en peligro; nuestra misma religión protestante, nuestras almas y las de nuestros niños lo están también. Los papistas que viven entre nosotros levantan la

cabeza con desafío diciendo que su tiempo se acerca; y los religiosos que viven en el extranjero no se recatan de publicar a los cuatro vientos que, a no tardar, entrarán en posesión de sus iglesias, de sus monasterios y de sus rentas en este país, con la ayuda del Rey de Francia.

Con toda perfidia, el autor del libreto dejaba caer en la imaginación popular la sospecha de un posible regicidio: ***Si el heredero de la corona es un católico romano, ¿qué garantías puede haber de que el rey viva ocho o nueve meses? ¿ Y qué seguridad para la religión protestante, si un católico se sienta en el trono?*** Y se llega a la conclusión brutal: ***Para remediar tantos desórdenes y prevenir la ruina de la ciudad y de todo el reino, pensad si existe otro medio que no sean leyes hechas por el Parlamento contra ese peligro que nos amenaza.***

No se podía reclamar de manera más clara y más trapacera un recrudecimiento de la persecución religiosa.

HsHs*

A pesar de todo, ¡ si hubiesen estado unidos los católicos a fin de hacer frente a la tempestad! Pero, por desgracia, ofrecían desde hacía tiempo el espectáculo de dolorosas divisiones. Ya en 1631 Urbano VIII había procurado en vano atenuar diferencias. La persecución, en vez de unirlos, había proporcionado, merced al maquiavelismo de sus adversarios, la ocasión de nuevas discordias. La lucha estaba entablada más que nada sobre la

sumisión mayor o menor que se debía al Papa. Unos, entre los cuales el eclesiástico Juan Sergeant, ardiente controversista, se esforzaban en disminuir la autoridad del Soberano Pontífice. Insistían en la distinción galicana entre la deferencia debida a la Corte Romana que concedían de grado y la obediencia a la Silla Romana que ponían sobre el tapete. Todo ello, por motivos políticos, con la persuasión de que si los católicos transigían en este punto, obtendrían del Parlamento considerables concesiones. Los otros, entre ellos principalmente el arzobispo de Dublín, Pedro Talbot, no admitían sobre la autoridad pontificia en materia espiritual ningún compromiso. La mayoría del clero y los religiosos en general, benedictinos y jesuitas sobre todo, pensaban igual. Desde la restauración de Carlos II (1660) los galicanos ingleses estaban en abierta oposición. Al año siguiente, cuando hubieron de examinarse las condiciones impuestas por el rey para exceptuar a los católicos de las leyes penales, el Capítulo de Londres aceptó ciertas cláusulas que sabía muy bien iban a ser rechazadas por los jesuitas, pues pretendían imponer los principios galicanos a todo el catolicismo inglés. El juramento contra la Eucaristía, destinado en la mente de sus promotores a servir de ***test*** o de prueba para discriminar los fieles a la nación y los fieles al Papa, acentuó esas divisiones; y Pedro Talbot, que había confirmado al duque de York en su intransigencia doctrinal, fue expulsado del reino. En 1675 —el año mismo en que el Señor en Paray-le Monial se quejaba de los desprecios, irreverencias, sacrilegios y frialdades de los hombres para con el

Sacramento de Amor —es cuando Talbot denunció los libros de Sergeant, como herejes, a la Sorbona, fue apoyado, en Inglaterra sobre todo por los benedictinos y jesuitas. A través del Canal de la Mancha, los debates y disputas se enconaron y en poco tiempo el odio de Sergeant contra la Compañía de Jesús se exasperó tanto y de tal manera dominó todas sus potencias que para hallarle una explicación habría que consultar, según dice el mayor Hay, mas al psicoanalista que al historiador.

Lo que más que toda otra desgracia permitió el que se perpetuasen estas discordias fue la carencia desde el siglo XVII de toda jerarquía episcopal ordinaria. Sabiendo que el Capítulo de Londres estaba todo él en manos de sacerdotes en su mayoría de espíritu galicano, Roma no quería conceder un obispo titular con plena autoridad, por miedo a que se dejase influenciar y manejar; y por eso quería provisionalmente nombrar tan sólo un vicario apostólico dependiente de la Propaganda, provisto por tanto de una autoridad limitada y revocable. Mas el Capítulo, obstinado, declaraba el 24 de mayo que recibir un vicario apostólico disgustaría a Inglaterra e iría contra las antiguas leyes del Reino. Durante años siguió insistiendo con múltiples instancias por obtener un obispo titular que el Papa rehusaba siempre otorgar.

En 1665, un primo de Carlos II, Luis Estuardo, que llevaba el título de abad de Aubigny porque era señor de esta tierra en Berry, había sido nombrado vicario apostólico y cardenal, mas había muerto el 11 de noviembre antes de recibir el capelo. Su sobrino, el dominico Felipe Howard, que le había

sucedido en el cargo de gran capellán de la reina
Catalina, fue igualmente propuesto por Roma para vicario apostólico. Después de muchas tergiversaciones, Carlos II se opuso a este nombramiento (1673) y la Iglesia de Inglaterra hubo de quedar durante doce años en la condición de un cuerpo sin cabeza. Durante su permanencia en Londres, el P. La Colombiére no vería ningún obispo.

En estas penosas circunstancias, los jesuitas se colocaron abiertamente del lado del Papa y en contra del Capítulo, lo que dio pie a la leyenda de que si los católicos ingleses carecieron por tan largo tiempo de obispo, la responsabilidad recae sobre los jesuitas.

Desgraciadamente para los perseguidos, a las precedentes se añadieron otras causas de debilidad que las cartas de Felipe Howard al Cardenal protector de Inglaterra, Francesco Barberini, denuncian sin ningún miramiento. Se habla en ellas de la conducta imprudente de algunos monjes y miembros del clero; de que los capuchinos franceses, de los que doce estaban al servicio de la reina, eran muy impopulares; de que dos habían apostatado y vivían una vida libertina y de que otro tercero no valía mucho más que ellos. Existían religiosas giróvagas en diversos puntos del país; dos abadesas, llegadas la una de Francia, la otra de Flandes, observaban una conducta que disgustaba mucho a la reina. A instancias de Howard, el internuncio de Flandes, Airoldi, vino a Londres en 1670, pero quedó tan tremendamente horrorizado de lo que vio y oyó de la situación de los católicos

que no pensaba sino en volverse y tan sólo estuvo nueve días. Si el prelado hubiese realizado una visita un poco seria tomándose el tiempo preciso para ella, no hubiera tardado en encontrar en todas partes familias de tradiciones cristianas en las que se conservaba como un tesoro la más inmutable adhesión a la Iglesia de Roma. Familias nobles en las que, según el testimonio de un contemporáneo, se habían visto en 1673 personas de alto rango, bien civiles o militares y que gozaban de pensiones considerables, que prefirieron perderlo todo, antes que prestar el juramento impío y tomar parte en la cena del Señor protestante. También hubo familias que vivían de su jornal y que dieron el mismo ejemplo de fidelidad. Firmes y constantes en la fe, habían preferido vivir una vida de pobres y casi de mendigos, antes que abandonar su religión. Conducta —añade un testigo— que puede contarse entre las glorias y las pruebas de la fe católica. Estas familias, cinco o seis años más tarde, en tiempo de las persecuciones sangrientas, habían de dar sus mártires. Si Airoldi, en vez de perder los estribos y temblar de miedo, se hubiese tomado la molestia de cumplir su oficio de informador, hubiera podido sacar a la luz esas virtudes ocultas; sus relaciones hubieran sido, sin duda, menos pesimistas y más justas.

Sin embargo, las miserias que deploraba Howard no eran imaginaciones. Las Cartas Anuas de los jesuítas ingleses, en 1678, decían: ***La vida escandalosa de ciertos personajes de uno y otro sexo, que se glorían del nombre de católicos, es pública y notoria.***

Después de esta ojeada general sobre la Iglesia de Inglaterra, debemos también conocer a os hermanos en religión de la Colombière, de cuyos peligros y trabajos iba a participar durante más de dos años.

Hasta los primeros años del siglo XVII los jesuítas no habían formado en Gran Bretaña sino una misión dispersa. En 1619, su General, Mucio Viteleschi, los constituyó en Viceprovincia; y hasta los primeros años de la restauración de Carlos II no se pensó en abrir un colegio que llevó el nombre de San Ignacio, en memoria de la visita que en 1530 hiciera a Londres el que, andando el tiempo, había de ser fundador de la Compañía de Jesús. Unos treinta jesuítas dependían de él, la mayoría misioneros nómadas, sin iglesias y sin capillas, por los condados de Middlesex, Surrey, Kent y Berks; otro centenar estaban diseminados por todo el país sin cobijo seguro. Residencia fija, muchos no la hallaron sino al final de su vida en la cárcel del Estado. Para completar el efectivo de la Provincia, hay que citar a ciento cincuenta religiosos, entre los que figuraban los novicios y los escolares, repartidos en cuatro o cinco casas de Flandes y Marylandia.

En Londres vivían también algunos jesuítas extranjeros. Habiendo autorizado Carlos II el culto católico en las casas particulares, el internuncio de Bélgica quiso aprovechar lo mejor posible esta tolerancia. Habiendo oído hablar del P. Nicolás Patouillet, natural del Franco Condado y uno de los más grandes predicadores de Europa, de costumbres muy ejemplares, sugirió

hacia 1671 a Clemente X la idea de que este religioso podría dar impulso a las buenas disposiciones de Inglaterra y afianzar a los católicos en su perseverancia. ***Viviendo*** —decía— ***bajo la protección del embajador de España y predicando en su capilla, se hallaría a cubierto de todo embrollo y molestia.*** Fue, en efecto, en la embajada de Portugal, la más influyente a causa de la Reina Catalina de Braganza, donde el P. Patouillet predicó desde el año siguiente todos los domingos. Tenía como auditorio a personas de la primera nobleza, no sólo católicos, sino también protestantes, y varias veces el mismo rey asistió, lo mismo que el duque de York, que le escuchaba con mucho placer. Gracias a él y a varios sacerdotes de diversas órdenes que el mismo año predicaron en las capillas de la reina y en otras embajadas, se acentuó el movimiento de conversiones, y el catolicismo se atrevió por primera vez a mostrarse en público delante de la gente. Las ***Cartas anuas*** de 1672, de las que tomamos estos detalles, hacen notar que el P. Tomás Mumford —llamado a menudo Bedingfíeld—, muy estimado por el duque de York, fue invitado como capellán de la Marina a confesar a los católicos de la armada, especialmente en el buque insignia.

Pero, ¡ay!, el ***Bill del Test*** echó por tierra estas esperanzas. En medio de las reacciones que provocó, el P. Patouiller fue detenido; cuando se le conducía a la prisión, le reconoció uno de sus asiduos oyentes, personaje de influencia, que le hizo poner en libertad. Acababa de embarcarse rumbo a Francia cuando supo que le buscaban y que habían dado sus señas

personales. Al ver que en el palo mayor del barco habían colocado un retrato suyo, se fingió poseído de una gran cólera y comenzó a tirarle lo que se le venía a la mano, al mismo tiempo que lanzaba las más virulentas injurias inglesas contra ese infame, con lo que de tal manera estropeó el cuadro que no hubiera podido reconocerlo ni el detective más lince.

Mientras tanto se le concedía a la duquesa de York el derecho a capilla otorgado ya cuando su matrimonio en 1673 y también el tener un predicador de Francia. El designado llevaba un nombre ilustre, había desempeñado el cargo de predicador en las ciudades de Nevers, Moulin, Tours, La Fleche, Bourges, Reúnes, Rouen y Compiegne. El P. Saint-Germain, según sus superiores, era un hombre de talento, buen juicio, prudente, experimentado, literato, de un temperamento naturalmente equilibrado, apto lo mismo para el gobierno que para la predicación. Una cosa le faltaba, el saber desconfiar.

Desde hacía dos años cumplía su oficio a satisfacción de todos, cuando hacia fines de 1675 conoció a un francés apóstata que se decía ser el doctor Luzancy, de la Sorbona de París. ***Me da vergüenza*** —le dijo un día este hombre— ***de haber renegado de la fe; ayúdeme usted a hacer mi abjuración y a volver a Francia***, y al mismo tiempo le alargaba una retractación de su apostasía formulada en los términos más precisos y claros. El P. Saint-Germain lo creyó sincero y le indicó por escrito los detalles de la abjuración oficial. Al punto el bribón corrió a denunciarlo ante el Consejo privado y el Parlamento, como culpable de alta

traición por haber tratado de convertirlo a la Iglesia de Roma. Y aun añadió: ***Saint-Germain ha osado, acompañado de cinco hombres armados, violar mi domicilio, a fin de obligarme, con el puñal puesto en mi garganta, a firmar una retractación.*** Estas dos acusaciones, firmadas bajo juramento, eran más que suficientes para dar motivo al arresto del jesuita. Se ofrecieron doscientas libras de recompensa a quien lo entregase. Mientras informados de la verdad, el rey y sus principales consejeros se preparaban a examinar en justicia la atroz calumnia, se supo que, aconsejado por los Padres de la Compañía de Jesús y por otras personalidades de calidad, bien informadas de los asuntos, Saint-Germain había embarcado para Francia. ***¿De qué sirve*** —le dijeron— ***procurar responder a una acusación ante jueces inicuos, llenos de prevenciones y de quienes no se puede esperar nada bueno?***

Por otra parte, se supo bien pronto que el traidor —cuyo verdadero nombre era Beauchateau, del nombre de su madre, actriz en París— no era sino un aventurero. Predicante vagabundo, sobre todo en picardía, ladrón según la ocasión, cuidadoso de cambiar frecuentemente de identidad para despistar a la policía, había usurpado durante su estancia en París el nombre de Luzancy, solitario ilustre de la abadía. Llegado a Londres sin dinero, sin zapatos, se puso en el templo de la Saboya a predicar contra los papistas con tal violencia que el obispo de Londres, con toda prisa y con escándalo de varios protestantes, lo ordenó para hacer de él el defensor de la Iglesia de Inglaterra.

Ofendidos, así calumniados y perseguidos de mil maneras, ¿cómo no tratarían los más ardientes de entre los católicos de mejorar su situación? Les eran conocidas las intenciones benévolas de Carlos II, su deseo de conceder la libertad de conciencia en favor de las almas delicadas; su indulgencia para con los no conformistas, a quienes había sacado de la cárcel; su esfuerzo por endulzar las leyes penales y la autorización que había dado del culto católico en las casas privadas. Muchos sabían también que cuando se firmó el tratado de Dover había prometido convertirse. De todas estas buenas intenciones regias existía un testimonio viviente: la hospitalidad acordada por Carlos II al P. Huddleston, el benedictino que le había salvado la vida después de la derrota de Worcester. Esta presencia casi continua de un monje en Whitehall, ¿no era un símbolo y una garantía? Pero más sabido todavía era que, a pesar de sus conatos de independencia, con los que pretendía salvar las esenciales prerrogativas de la realeza, Carlos II se había revelado impotente y pusilánime ante un Parlamento regido por los grandes de las finanzas. Por otra parte, ¿cómo esperar de un príncipe entregado a sus pasiones una conversión sincera? La única tentativa que podría tener algunas probabilidades de éxito era el apoyarle en sus veleidades de tolerancia. Mas para ello se precisaba reducir la omnipotencia de los Lores —que tenían cogido al rey sobre todo por la bolsa— y obtener de un Pacto extranjero los subsidios financieros necesarios. Sólo Luis XIV los podría aportar; conclusión a la que había llegado el mismo Carlos

II.

Por todo ello, el gran proyecto con que había soñado su hermana Enriqueta, su ***Minett*** querida, volvía a estar sobre el tapete, pero era singularmente complicado. Los intereses religiosos que formaban la base estaban mezclados con intereses políticos y financieros un tanto turbios. Puesto que Cristo ha establecido su Iglesia entre hombres sensibles a la ambición y al dinero, ¿no son necesarios esos compromisos? Así pensaban los promotores de este ***gran proyecto.*** ¿Quiénes fueron estos promotores? ¿Conoceremos alguna vez sus nombres? ¿Es posible en tales intrigas establecer la parte de responsabilidad que recae sobre los jefes de los pueblos, sobre los embajadores, las mujeres, los diplomáticos pequeños o grandes? Hay, al menos, una categoría que no puede eludir el veredicto de la historia: los negociadores y secretarios —oficiales u oficiosos—, encargados de oficio de manejar la pluma. Tal fue el caso de Eduardo Coleman, secretario del duque de York.

Sus proyectos políticos, a juzgar por su correspondencia sistemáticamente ambigua, comprendían la extirpación del protestantismo como religión del Estado, el debilitamiento —ya que no la supresión— del Parlamento y todo mediante grandes sumas de dinero que se habían de obtener del rey de Francia o en su defecto del Papa. En una carta larga — tiene más de seis mil palabras— al P. de la Chaize, fechada en la época en que el P. Saint-Germain residía todavía en Londres, Coleman hacía sus primeras confidencias. La respuesta del prudente confesor de

Luis XIV fue breve: ***Le aseguro que lo largo de su carta no me la ha hecho fastidiosa. Cuando esté mejor informado de lo que ahora lo estoy, le daré mi parecer. Crea que nunca me faltará buena voluntad para servir a su señor a quien honro como se merece.*** Coleman, que esperaba algo más preciso, escribió una segunda carta en la que declara al P. De la Chaize que le envía un cifrado, añadiendo misteriosamente que aun esta precaución le basta... Todo esto parece un melodrama.

Entretanto, había vuelto a París el P. Saint-Germain, que, por haber vivido durante dos años en la familia del duque de York y en la intimidad de Coleman, era la persona que mejor podía informar al P. de la Chaize. Éste, ¿se percató por las explicaciones de su hermano en religión de que había demasiadas preocupaciones políticas mezcladas con el ***gran proyecto?*** Es muy probable, ya que en la correspondencia que por entonces se inició entre
Saint-Germain y Coleman se deja entrever en ciertos pasajes que el confesor del Rey no se fiaba plenamente ni del secretario de ni Carlos.

Por lo demás, el giro tenebroso que tomó esta correspondencia hubiera hecho desconfiar a cualquier hombre sabio y prudente a cuyos ojos hubiera saltado el hecho de que, si un día estas cartas llegaban a ser descubiertas, la clandestinidad en que habían estado envueltas hubiera acentuado en los espíritus prevenidos la sospecha de que el ***gran proyecto de estos conspiradores*** era el hacer desaparecer a Carlos II, para poner en

el trono a su hermano el duque de York, católico declarado. No dejarían los puritanos de captar la sospecha.

En el ínterin se imponía el buscar un sucesor al P. Saint-Germain como predicador de la duquesa de York, cuyo marido, el duque, a quien se consultó, no temiendo la opinión de las gentes, respondió que le gustaría ver de nuevo volver al P. Patouillet. Desde Londres, el 20 de febrero escribía un informador a Módena:

Estamos ya en Cuaresma y sin sermones y sin esperanzas de tenerlos. Por ello los católicos sienten gran pena, pues esperaban que al P. Saint-Germain le sustituyese el P. Patuglieti, ese buen padre que ya antes supo tener contento a todo el mundo. Algunos dicen que se quiere (es decir, quiere el rey) con ello dar la sensación de que se cumplen las leyes contra los católicos, pero que en realidad no ser irá más lejos. Únicamente —y aquí intervienen las preocupaciones monetarias de Carlos II— se pretende sacar dinero (a los católicos) para no tener que pedirlo al Parlamento.

Dos meses después el mismo informador anuncia que ***se ha comenzado en algunas partes de Inglaterra a perseguir a los católicos y a confiscar sus bienes.***

Sin embargo, el conde de Ruvigny, embajador de Francia en Londres, insistía para que París no tuviese prisa en señalar el sucesor del P. Saint- Germain. ¿Convenía, era oportuno que el sustituto fuese un jesuíta? No lo creía así Ruvigny, protestante

hasta los tuétanos. ¿Y por qué, además, había de ser un francés?

En esos momentos en que, por causa de la guerra de Holanda en la que Luis XIV los había metido, los ingleses estaban tan fuertemente airados contra los franceses, valía cien veces más no aparecer demasiado. Algunas semanas más tarde el representante de Venecia, tomado erróneamente por un francés, estuvo a punto de ser arrojado al Támesis.

No obstante, el duque de York se mantenía aferrado a su idea. A principios de junio partían de Londres dos peticiones concernientes al P. Patouillet: una al P. Oliva del P. Mumford, confesor del duque Jaime; otra del capellán de María Beatriz al mismo interesado, que se hallaba en Lyón.

En cuanto a esa decisión —respondió éste—, ***me remiro en todo a la obediencia;*** de lo cual el P. General en una carta de 30 de junio le felicita efusivamente. Pocos días después el P. General anunciaba el P. Mumford y al P. Boyer, Provincial de Lyón, que veía con buenos ojos la elección propuesta y que el Soberano Pontífice otorgaba al P. Patouillet las más abundantes bendiciones para su nuevo puesto y ministerio.

A pesar de las numerosas cartas, el P. Patouillet, que se había puesto en camino, no había pasado de París. Ruvigny, sustituido por Courtin, estaba de vuelta en Francia, donde multiplicaba sus instancias.

Dar al P. Saint-Germain un sucesor de nacionalidad francesa —afirmaba — equivaldría a arruinar la religión católica

e irritar a los enemigos de Francia, medida que sería no menos fatal para el mismo duque. En efecto, los jesuitas y Mr. Coleman son hoy más que nunca el objeto más aborrecido por los protestantes y también por una buena parte de católicos y de ministros de Estado. Estiman como un gran descaro que los que son de la misma Orden que el confesor del Rey de Francia y del duque de York se entrometan entre el Rey y los católicos, y ¿cómo no sospechar que quieren introducir una autoridad real sin límites —siempre la colisión supuesta entre lo espiritual y lo temporal— y empujar a Mr. Colman a gestiones que los precipitarían en la ruina? Como consecuencia —cosa aún más grave—se hará recaer toda la responsabilidad sobre Francia. Por eso Mr. Ruvigny está disgustadísimo por la conducta que se sigue, porque es cosa cierta que la persecución será terrible contra el duque, contra los católicos y los jesuitas y, sobre todo, contra Francia.

En boca de un protestante, que durante varios años había sido asiduo contertulio de sus correligionarios en los salones y círculos, esta anticipación del porvenir no podía menos de impresionar. Mas el duque de York, mejor conocedor de su país que Ruvigny, juzgó que los intereses religiosos incluidos en el ***gran proyecto*** eran demasiado importantes para abandonar la partida; y para no herir las susceptibilidades puritanas, de las que había sufrido como nadie, renunció al P. Patouillet, demasiado conocido en Londres y ya comprometido, pero con la condición de que el P. de la Chaize le diese un sucesor.

Ahora se comprenden las incertidumbres en que el P. La Colombiére vivió, en Paray-le-Monial, todo el mes de agosto de 1676. Cuando el P. de la
Chaize, en efecto, se hubo dado perfecta cuenta de la situación tan compleja que acabamos de analizar, y tan pronto como tuvo el encargo de nombrar al titular de un puesto tan delicado, no dudó en la elección. Hacía falta un hombre que en medio de una Corte voluptuosa y corrompida supiese vivir como un asceta, libre de las preocupaciones terrenas e irreprochable; que rodeado de mil intrigas se mostrase libre de todo espíritu intrigante, prudente, según la palabra de Cristo, como la serpiente, pero sencillo como la paloma. Un hombre desconocido del mundo, que fuese no obstante hombre del mundo; un hombre modesto que, por su voluntario aislamiento, no pudiese ofuscar las susceptibilidades más suspicaces y, sin embargo, un espíritu selecto que por su tacto y amenidad, firme circunspección mezclada con suavidad, sentido psicológico penetrante, ciencia teológica y talentos oratorios, supiese no sólo mantener su puesto, sino también agradar y desempeñar los más variados cargos. Tendría que favorecer la obra del Espíritu Santo para el advenimiento del reino de Dios y convertir las almas a la verdadera fe sin proselitismo ruidoso; debería, en ocasiones, conservar las simpatías católicas de un Rey débil de voluntad, despilfarrador y libertino, y de una manera continua, por su influencia discreta, impedir que los intereses religiosos del ***gran proyecto*** no se amalgamasen con demasiados compromisos políticos. Y dado

caso que esos buenos jueces anunciaban para un próximo futuro persecuciones violentas, no se podía enviar para afrontarlas más que a un sacerdote de corazón fuerte y tranquilo, a quien no amedrentasen ni las amenazas, ni las cárceles, ni la eventualidad misma del martirio.

Este hombre sería el mismo a quien el P. de la Chaize había confiado ya en Paray-le-Monial un puesto difícil. ¿Qué importaba que sólo tuviese treinta y cinco años?

Al cabo de algunos días pasados en París para recibir las necesarias instrucciones, el P. La Colombiére se puso en camino para Inglaterra el 5 de octubre de 1676; el 13 llegaba al palacio Saint James, residencia de la duquesa de York, de la que, con el título de predicador, iba a ser el apoyo y el consejero espiritual.

Capítulo XIX

EL PREDICADOR DE LA DUQUESA DE YORK

La vida de inseguridad y de semidispersión en que vivían los jesuítas ingleses no permitió al P. La Colombiére hallar alojamiento entre sus hermanos, lo cual, desde su llegada el 13 de octubre de 1676, fue a ocupar la habitación que le estaba

reservada en el palacio de Saint James.

Aunque construido hacía apenas siglo y medio, este castillo era ya una figura histórica. Su nombre le venía de un antiguo hospital dedicado a Santiago, en cuyo emplazamiento había sido construido por Enrique VIII en 1533, probablemente para servir de residencia a la hermosa y desgraciada Ana Bolena. Dentro de su recinto, veinticinco años más tarde, la reina María, cuando iba a morir, había dicho a sus amigos: ***Si queréis conocer la causa de mi muerte, abrid mañana mi cuerpo y encontraréis a Caíais dentro de mi corazón.*** Carlos I, después de haber comenzado a reunir en el palacio una buena colección de estatuas, pareció desentenderse de Saint James; mas su mujer, Enriqueta María de Francia, buscaba allí la calma en los momentos de alumbramiento. Allí nacieron, en efecto, en 1630 Carlos II y en 1663 su hermano Jaime; allí se refugió, cerca de su hija, María de Médicis, desterrada por Richelieu; allí, en fin, el infortunado Carlos 1, en 1640, pocos días antes de su juicio, fue entregado a la soldadesca y allí tuvo la última entrevista con sus hijos, antes de ser decapitado.

Caído en poder de Fairfax, a la edad de trece años, Jaime había vivido en Saint James como prisionero, antes de escaparse disfrazado de mujer, para ir a luchar en Francia a las órdenes de Turena y Condé. Después de la restauración había vuelto a este palacio, dentro del cual su primera mujer, Ana Hyde, había muerto en el seno de la religión católica y él había habitado allí constantemente desde entonces, salvo algunos pocos meses.

La decoración interior del palacio parece haber sido suntuosa. En un sermón de Pentecostés, Claudio hará alusión a esa riqueza. Para dar a entender que el Espíritu Santo, aunque no enseña nada nuevo ni añade nada a las verdades reveladas por Cristo, nos da sin embargo la inteligencia de esas verdades, añade:

Se puede decir que el Espíritu Santo añade a la ciencia de la fe lo que la luz añade a las figuras y a los colores. Cuando el sol ha entrado esta mañana en este palacio ni ha dorado las alcobas, ni bordado las camas, ni cincelado la plata, ni pintado los cuadros de que están enriquecidos los aposentos: todo eso estaba ya allí antes de que él apareciese; no ha añadido ningún rasgo ni ningún color... Sin embargo, no se veía nada de eso; tantos hermosos muebles eran para nuestras miradas como si no estuviesen. Es la luz de este astro la que los ha hecho visibles.

Tan sólo un parque separaba Saint James de Whitehall, donde residía el Rey. Desde las ventanas superiores, al oriente, se podían recrear los ojos contemplando sobre el Támesis el espectáculo de las carabelas extranjeras y barcos de comercio, ya por entonces muy numerosos. Por el lado de la ciudad era la animación usual, brillante y ruidosa en las épocas de fiesta, que rodea a una Corte. La toma de posesión del alcalde, sobre todo, atraía todos los años una muchedumbre inmensa de los condados vecinos.

El aposento del predicador daba sobre la plaza que se

abría ante el castillo. El P. de la Pesse, que nos da este detalle, añade: ***Nunca se acercó*** —el Padre La Colombiére— ***a la ventana ni fijó sus ojos en los objetos diversos que se le presentaban. Salió de Londres sin haber asistido nunca a un espectáculo, sin haber visto la más mínima curiosidad de la ciudad, sin haber salido una sola vez de paseo. Visitaba tan sólo a los enfermos o a las personas a quienes creía poder ser útil.***

En Saint James vivían también el P. Antonio Galli, confesor titular de la duquesa de York, y el P. Tomás Bedingfield, de cuyas amistosas relaciones con el duque Jaime ya hemos hablado. Mas la autorización de predicar y de celebrar la Misa en público no existía sino para los sacerdotes extranjeros y en favor de los extranjeros;

Bedingfield, vasallo del rey de Inglaterra, no tenía el derecho de enseñar la doctrina católica a sus compatriotas. Por lo que hace a su trato con los jesuitas de Londres, en especial con el P. Guillemm Waring, rector del colegio de San Ignacio, con el P. Tomas Whitebread, Provincial de todos los dispersos, y con el P. D'Obeilh, francés, que vivía en la embajada de Francia, no parece que el P. Claudio haya tenido frecuentes relaciones; por motivos de prudencia o por falta de tiempo, esas relaciones eran lo suficientemente escasas para que pudiese escribir a la Madre De Saumaise: ***Aquí no se tienen más ayudas que las que vienen de Dios.***

* * *

Antes de salir de Paray, el Beato había recibido de Margarita María un memorial en el que se leían los tres artículos siguientes,

1) El talento del P. Claudio es el de llevar las almas a Dios; por ello los demonios se esforzarán contra él; las mismas personas religiosas, consagradas a Dios, le causarán disgustos y desaprobarán lo que diga en sus sermones para conducirlas; mas la bondad de Dios será su apoyo en las cruces, en la medida en que él confíe en Dios.

2) Debe tener una dulzura compasiva para con los pecadores y no se servirá de la fuerza sino cuando Dios se lo dé a conocer.

3) Que tenga cuidado de no sacar nunca el bien de su fuente. Esta afirmación es breve, pero contiene muchas cosas, de las que Dios le dará conocimiento según la aplicación que haga de ella.

Por misteriosas que fuesen varias de estas líneas, el Padre no podía despreciar estos avisos, pues sabía muy bien que la Santa estaba iluminada de Dios. Los guardó con cuidado, persuadido de que podría un día hallar en ellos la luz que necesitaba.

Al llegar a Londres, bien pronto cayó en la cuenta Claudio de que no había puesto los pies en una tierra de libertad. Al día siguiente de su primer sermón, el 2 de noviembre de 1676, escribía: ***No se permite a los vasallos del Rey de Inglaterra ir a las capillas de las embajadas a oír la Misa; y desde que yo estoy***

aquí han colocado gentes a la puerta de esas capillas, y aun en las de la Reina, a fin de apoderarse de los ingleses que vean salir. Es verdad que hay aquí cantidad de franceses. Al salir del consejo real en que se había tomado esta decisión, el duque de York dijo al embajador francés Courtin que ***el gran tesorero Danby y el duque de Lauderdale eran los autores de esta resolución, con la esperanza de hacer de esta suerte su carrera en el Parlamento.*** El decreto estaba fechado el mismo día de la llegada del jesuíta; hubiérase dicho que los Lores querían prevenir al país contra el celo de un apóstol que les imponían el duque de York y Versalles.

El decreto real se comunicó a los embajadores pocos días antes de la fiesta de Todos los Santos. El secretario de Estado, Cowentry, se lo comunicaba a Courtin en un francés claro y seco como estilete de acero.

Habiendo sido informado el Rey de que sus vasallos van abiertamente a oír la misa en diversos sitios y principalmente en la capilla de la Reina y en las de las Embajadas y otros ministros extranjeros... e igualmente de que los dichos embajadores permiten a sacerdotes ingleses, escoceses e irlandeses el celebrar en sus casa y capillas y aun el predicar en inglés, lo que está expresamente prohibido par las leyes del reino... Su Majestad, considerando las consecuencias peligrosas de un tal proceder que tiende manifiestamente al escándalo de la religión y del gobierno, ha resuelto, a fin de prevenir semejantes abusos, proceder rigurosamente contra las personas de sus vasallos que se atrevan a contravenir sus mandatos.

En consecuencia, se suplicaba a su excelencia Mr. Courtin, al igual que a los demás embajadores, a que contribuyese a que los ingleses no fuesen de ninguna manera admitidos en su hotel o capilla para oír la misa o sermón o para vacar al servicio y a las ceremonias de la Iglesia de Roma.

Otra sorpresa para La Colombiére fue la crudeza del frío; el invierno fue aquel año de un rigor excepcional. Evelyn, en su diario, hace constar: ***9 de octubre: las calles están cubiertas de escarcha. 10 diciembre: la nieve ha alcanzado tal altura en las calles que nos ha impedido el ir al templo. 12 diciembre: hay tanta nieve en Londres como jamás he visto. 17 diciembre: sigue nevando; me ha sido imposible ir al templo.*** Quince días más tarde, al describir las fiestas del Carnaval, que duran en Inglaterra desde Navidad hasta el día siguiente a la fiesta de la Epifanía, Courtin cuenta a Pomponne que sobre el Támesis, enteramente helado, para poder asar trozos de buey de 80 ó 90 libras, se habían encendido en diversos sitios carbones colocados sobre dos o tres capas de ceniza o de ladrillo por encima de los cuales se da vueltas al asador desde la mañana hasta la tarde y a pesar de todo el calor no puede derretir el hielo.

Estos detalles nos ayudan a comprender el heroísmo oculto bajo esta afirmación del primer biógrafo de La Colombiére, En Londres no consintió nunca que se le hiciese fuego en su habitación particular.

La capilla del palacio de Saint James distaba mucho de

tener las proporciones de las iglesias de Francia donde el Padre había predicado. Era un rectángulo de apenas veinte metros por ocho, a lo largo de cuyos muros había dos hileras de bancos cerrados, análogos a las sillas de los coros, y otra de bancos más sencillos de madera. Los primeros estaban reservados para las personas de posición. Aun teniendo en cuenta la tribuna del fondo, reservada a la duquesa de York, y las tribunas del costado en las que podían caber unas sesenta personas, esta capilla, fuera del espacio necesario para el altar, el pùlpito y la evoluciones de las ceremonias, no tenía cabida para más de ciento cincuenta oyentes.

Una cosa parece cierta. La prohibición hecha a los vasallos ingleses de frecuentar las capillas católicas no se aplicó con rigor a la de la duquesa de York. En varias ocasiones Claudio habla en sus cartas de ingleses e inglesas que asistían a sus predicaciones. Sin contar los sitios clandestinos de culto, esta capilla de dimensiones tan exiguas llegó a ser, gracias a la escogida porción de fieles que tenían el privilegio de ser admitidos, el principal foco del movimiento católico en Londres. A los pocos meses de su llegada escribe el Padre: ***No soy un desconocido en esta ciudad; un hombre que predica públicamente no debe temer el ser tenido lo que es, pues que de ello hace una tan alta profesión.*** Y si encarga a sus corresponsales que en la dirección de las cartas que le envían omitan la palabra ***Padre***, es únicamente por miedo a que algún protestante la vea y la eche al río; que es lo peor que le puede

suceder.

En favor de esta reducida asistencia va Claudio a prodigar sus fuerzas hasta el agotamiento. Durante todo el año predicará los domingos y días de fiesta, y durante el Adviento y la Cuaresma varias veces entre semana, imponiéndose el trabajo, como lo hubiera hecho para aun auditorio de catedral, de redactar hasta en la más mínima exactitud cada uno de sus sermones.

Comenzó por la fiesta de Todos los Santos.

En los dos meses que hacía que habitaba el palacio de Saint James, el Padre había podido apreciar las virtudes de María Beatriz, de la que al poco tiempo dirá a la M. de Saumaise: ***La duquesa de York es una princesa de grande piedad; comulga casi cada ocho días y a veces más frecuentemente; hace cada día media hora de oración mental.*** Más tarde Claudio dirá en confianza a su hermano mayor: ***Estoy al servicio de una princesa muy buena en todos los sentidos, de una piedad muy ejemplar y de gran dulzura.*** Por eso no era ciertamente un vano cumplimiento el que dirigía a su real oyente, cuando, antes de describir la felicidad del paraíso, ciudad de los bienaventurados, declaraba:

Por buenas que sean las intenciones de Vuestra Alteza Real, por mucho cuidado que ponga yo en secundarlas, pocos frutos me prometería de mis trabajos si no supiese que están sostenidos por vuestros buenos ejemplos. Los malos cristianos no dejarían de escudarse contra todas las razones que yo les

propusiera para convencerlos de sus deberes. Pero ¿qué podrán responder ante el ejemplo de una princesa que en la flor de la edad, ocupando un rango en el que la mayor parte de la gente cree que todo es permitido, con todas las ventajas de cuerpo y mente que suelen inspirar el amor del mundo, se declara abiertamente por la piedad y practica todos los actos de devoción con tanta exactitud y fervor? Por otra parte, Señora, al hablar delante de una persona tan irreprochable como Vos, no me veré en la precisión de guardar todos los miramientos que la prudencia pide que se guarden algunas veces para con los príncipes viciosos y de costumbres desarregladas. No hay uno solo al cual no pueda hacer la guerra declarada, porque no hay ninguno que no condene vuestra misma conducta. Podré decir todo lo que el Espíritu Santo me inspire de más fuerte contra los desórdenes de nuestro siglo; nadie creerá jamás que mis reproches se dirigen a Su Alteza Real, y de esta forma, Señora, la palabra de Dios no estará atada por vuestra presencia; no se disimularán delante de Vos las llagas del pecador, más bien se las presentará como más vergonzosas por la oposición de vuestra virtud.

La Colombiére podía hablar de esta manera sin temor a ser desmentido. Un obispo anglicano, Gilberto Bumet, confidente del rey Carlos y del duque de York, confirma este elogio y, a pesar de ligeras restricciones partidarias, lo completa en diversos puntos.

La duquesa de York era una persona llena de gracia y de no poca hermosura y estaba dotada de mucho talento y finura.

Durante el reinado de Carlos se condujo de una manera tan obsequiosa y atenta y parecía tan buena e inocente que se conquistó a cuantos se le acercaban, causando en ellos una impresión tan profunda que fue preciso que pasase mucho tiempo antes de que su actitud como reina modificase los juicios sobre ella. Gracias a su encanto, esta joven italiana supo hacer desaparecer las prevenciones de las personas, aun las de más edad y las más envidiosas, tanto en la corte como en el país. Únicamente de vez en cuando dejó aparecer demasiado cierta tendencia a las bromas y burlas, cosa que se atribuyó a su juventud y a cierta falta de experiencia del mundo. Evitando las apariencias de un celo extremoso y de una abusiva injerencia en los asuntos, se entregó a una inocente jovialidad que la hizo ser amada y estimada de todos mientras fue duquesa.

Reina en 1685, después de algunas semanas de ruidoso éxito, María Beatriz amontonará sobre su cabeza una gran parte de las cóleras puritanas que se dirigían contra su esposo. Desterrada en Erancia al cabo de tres años de reinado, en la corte de Saint-Germain o en su retiro de Cahillot, merecerá el que Bourdaloue, confidente de su conciencia, escriba: ***Yo no conozco a nadie tan santo y tan digno de veneración. Desde que la he oído, me doy golpes de pecho y me digo a mí mismo: he aquí una reina que nos juzgará un día.*** Y Luis XIV en pocas palabras hará su elogio, diciendo: ***Así debe ser una reina en cuanto al cuerpo y en cuanto al alma; que gobierna su corte con dignidad.***

Hasta el fin de su larga existencia, María Beatriz mantendrá su gratitud para con Claudio por la dirección que supo imprimir a su vida espiritual. Habiendo la experiencia del mundo perverso amortiguado su espontaneidad, confesará a la M. Luisa Croiset, superiora de la Visitación de Chaillot, que después del P. La Colombiére no había abierto plenamente su corazón a nadie porque no había encontrado persona alguna que le diese consejos tan atinados y justos para su conciencia.

Entre otros avisos me hizo pensar mucho en la necesidad en que me hallaba de simplificarme en mi interior, para no mirar más que a Dios a pesar de la multiplicidad de cosas que me rodean; que Dios quería de mí esta disposición, de entregarle todo mi yo y todas mis cosas para usar tan sólo de ellas según su beneplácito; que debía considerar menos lo que había hecho que lo que debía hacer, lo cual me haría ser dúctil y manejable a las órdenes de la Providencia de Dios para los acontecimientos que quisiera disponer. Aun en aquellas cosas en que podría Él ser ofendido —y en la corte de Carlos II lo mismo que en los odios que le asaltaron durante su reinado, estas situaciones no fueron pocas— yo no debía dejarme llevar de la impaciencia, sino solamente pedir a Dios que pusiese un dique para detener el mal.

Simplificarse, no mirar más que a Dios, fiarse en todo de Dios; he ahí lo esencial de la dirección que daba Claudio a las almas escogidas, con frecuencia un tanto temerosas. Era la misma dirección, tanto para una salesa que vive en medio de las pruebas

del claustro como para una princesa en medio de las tribulaciones de la corte.

Fiarse de Dios... Durante la permanencia de Claudio en Londres, la duquesa de York tuvo ocasión de practicarlo valientemente con ocasión de su primogénito el duque de Cambridge. El mismo día del nacimiento, 18 de noviembre de 1677, expresó su gozo a Clemente XI: ***Espero,*** le decía en su misiva, ***que la Majestad Divina me lo conserve para permitirme ejercitar los actos de mi respetuosa obediencia para con Vuestra Santidad, educándole en nuestra santa religión, a la cual estará siempre consagrado lo mejor de mi celo.*** Resolución tanto más meritoria cuanto que el Parlamento había manifestado en varias ocasiones su intención de hacer instruir a los hijos de los católicos por los protestantes con esta cláusula, que si ***un día el cetro venía a manos de un católico, sus hijos no serían una excepción de la ley general.*** Pero, ¡ay!, el niño tanto tiempo deseado, en cuya cuna se mecían tantas esperanzas, murió al cabo de un mes. Sin pérdida de tiempo, María Beatriz escribía a su hermano Carlos de Módena: ***Puedes imaginarte mi aflicción. Cuanto mayor había sido mi alegría cuando vino al mundo, tanto mayor es ahora mi pena. Dios sabe lo que hace. ¡Qué feliz hubiera sido si este hijo no me lo hubiese arrebatado la muerte/*** Poco tiempo después el duque de York expresaba a su vez al Papa los sentimientos de una grande resignación a la santa voluntad de Dios, respondiendo a un Breve de condolencia que había dirigido a ambos esposos Inocencio XI,

Durante su largo destierro en Francia, no obstante la amargura de los tristes recuerdos, esos días de luto no conseguirán arrancar del corazón de Beatriz la más ligera queja. Habiendo un día, en Chaillot, oído contar el dicho de Enriqueta María de Francia, la esposa infortunada de Carlos I: ***El título de reina es hermoso, y no dejo de estar contenta, exclamó: ¿Es posible? Yo nunca he podido experimentar esta alegría. No he gozado la dicha en Inglaterra, excepto de los quince a los veinte años. Pero aun en esos cinco años he estado siempre en cinta y he perdido todos mis hijos. Podéis juzgar cuál sea mi dicha.*** Todo lo cual no le impedía el afirmar: ***El rey mi esposo y yo sentíamos mucha desolación y tristeza, porque nuestros hijos tenían que ser educados a lo protestante. Nos servía de consuelo el verlos morir en edad temprana. El Rey Jacobo decía: Mira, no vivirá ninguno hasta que podamos educarlos en la verdadera religión.***

Una vida tan fervorosa podría hacemos creer que esta joven princesa de 19 años llevaba en Saint James una vida poco menos que de claustro. Sería muy equivocado. Evelyn anota en su diario, el 4 de diciembre de 1676: ***Gran baile en casa de la duquesa de York***; y el 11 de marzo del año siguiente Courtin escribía a Pomponne: ***El lunes, en casa de la duquesa de York, hubo un baile que duró hasta las cinco de la mañana.***

La piedad no le impedía el sentir los atractivos del mundo. Cuando Luis XIV le regaló unos magníficos pendientes de diamantes, ella le escribió: ***Señor, estoy infinitamente***

agradecida a Vuestra Majestad por las extraordinarias muestras de bondad que he recibido de vuestra parte por medio de Mr. Courtin, vuestro embajador. A él le encargo que haga llegar a Vuestra Majestad los sentimientos que me animan.

Ella se reprende a sí misma por dejarse seducir por estas frivolidades.

Aunque hoy es la fiesta de la Asunción—escribe confidencialmente a una salesa de Módena—, mi corazón está de tal manera enraizado en la tierra y en el lodo, que no he podido desarraigarlo. Espero, hermana mía, que, con la ayuda de Dios y de sus oraciones, podré desenterrarlo y despegarlo de las miserias y vanidades terrenas.

En medio del torbellino en que se ve envuelta, no puede menos, como los desterrados de Babilonia, de sentir el alejamiento de su dulce Sión de otros tiempos:

Pida por mí a Dios, dice a la M. Balland, porque me encuentro en una gran sequedad. No hallo ya, se lo aseguro, las consolaciones que sentía en mi pobre habitación de Módena... Estamos en la octava de la Asunción de Nuestra Señora... Yo me esfuerzo por tejerle una corona con algunos actos de virtud. Pero, Dios mío, ¡qué pocas y mezquinas son mis prácticas!

La prueba de las persecuciones tampoco parece devolverle el espíritu de oración. Cuando las imposturas de Titus Oates hayan llevado ya a muchos mártires a Tybum y amenacen a

su marido, escribirá:

Querida Madre: Cuando las aflicciones hacen a los demás mejores, yo, miserable de mí, me encuentro más fría y más perezosa que nunca. En la oración no tengo sino distracciones. Y lo que es peor, creo ser yo misma la causa, por estar tan atenta a las vanidades del mundo, el cual, a pesar de parecerme despreciable, tiene tantos encantos que no puedo menos de amarlo, mientras que para con Dios, que es tan amable, no siento sino indiferencia.

Habiendo un día la M. Balland deseado a su antigua discípula un corazón ardiendo en amor de Dios, a imitación de la gran santa Clara de Montefalco, María Beatriz replica: ***¡Oh, oh, qué dichosa sería yo de sentir la milésima parte de esos ardores... Pero, ¡ay Dios mío/por el momento no hallo en mi corazón sino amor propio y futilidades.***

De todas las cartas de la duquesa de York a la superiora de Módena, esta última es la única que de una manera cierta podemos decir que data de la época en que el P. La Colombiére vivía en Londres. ¿Será pura casualidad? No. Mientras tuvo cerca de sí un director santo, ¿cómo extrañarnos de que María Beatriz haya buscado menos, en otras partes y lejos, ayuda y consejos? La presencia de La Colombiére no fue indiferente al desarrollo de las virtudes que Bourdaloue y Luis XIV reconocían gustosos en la reina desterrada. Un santo había pasado junto a ella.

Pero evidentemente La Colombière no reducía su

actividad y sus desvelos a la sola alma de su regia penitente. Su celo se ejercitaba en un vasto campo, en el que le vamos ahora a acompañar.

Capítulo XX

LOS SERMONES EN LA CAPILLA DE SAINT JAMES

Muchos católicos había en Londres, y sin embargo, como comprobó La Colombière cuando llegó, hacía más de un año que no se había tenido un catecismo público. ***La palabra de Dios casi no se predica en estas tierras, de suerte que cuando se viene a predicarla no puede menos de ser uno bien acogido.***

En seguida se sintió Claudio penetrado de un profundo amor hacia los fíeles de esta nación. ***Da gran pena el ver cómo son perseguidos y las pocas ayudas que tienen para la piedad... es ciertamente una Iglesia muy desolada... Aquí no existen las Hijas de Santa María y menos aún las Hermanas Alacoque. A pesar de todo, si tuviesen nada más que una parte de las ventajas religiosas que se encuentran en ciertos rincones de Francia, me parece sinceramente que habría muchos santos.***

Sus esfuerzos se van a dirigir a procurar esa santificación; su único ideal será el bien de las almas. Ya a ser el polo opuesto del predicador ridiculizado por La Bruyère que agrada a unos,

desagrada a otros, pero está de acuerdo con todos en una cosa: que como no tiene intención ni pretende hacerlos mejores, ellos tampoco piensan en serlo.

Su auditorio se compone en buena parte de gentes que dependen de la Corte, franceses sobre todo e italianos, metidos en el gran mundo, con frecuencia frívolos. A pesar de todas las prohibiciones del Parlamento, los ingleses se juntan de ordinario en gran número, y en ciertos días también asisten protestantes.

Por lo que hace a éstos últimos y no obstante hallarse en país de herejes, no mantiene espíritu de controversia, menos aún de polémica, sino que, penetrado de benevolencia y consciente de su papel de doctor, lo primero que pretende es enseñar, instruir.

Recordando las maravillas obradas en diez años por San Francisco Javier en la mayor parte del Oriente:

¿De dónde viene —se pregunta a sí mismo— que cien predicadores no puedan hacer hoy en una ciudad lo que un solo hombre hizo en tan poco tiempo en un mundo? ¡Dios mío! ¿No será por culpa de aquellos a quienes confiáis la sagrada misión de esparcir vuestra palabra? ¿No se entretienen presentándonos una doctrina vana y oscura en vez de acomodarse a nuestra ignorancia? Los cristianos necesitan, y algunos lo desearían con ardor, que se les enseñe lo que ignoran; verían encantados si se les anunciase el Redentor, si se les explicasen los misterios, si se les aclarasen los puntos más importantes de sus creencias; en una palabra, si, como dice la Escritura, se les diese, a comer pan y se les sirviesen manjares sólidos.

El primer intento de su predicación será satisfacer esos deseos.

Al morir La Colombiére se hallaron entre sus papeles una especie de borradores, de cuatro a doce páginas, sobre las materias más diversas; improvisaciones que el Padre dejaba salir por los puntos de su pluma, ardorosas y vibrantes, a impulsos de una experiencia o de una oración, y que transcritas sin ningún orden fueron publicadas con el título general de ***Réflexions chrétiennes.*** Por los fragmentos que hemos ya citado, en especial relativos a la educación de los niños y sobre la amistad de Jesucristo, se ha podido echar de ver el estilo espontáneo, directo y carente de toda retórica. Sin la preocupación inmediata del auditorio que le espera, Claudio expresaba en ellas y para sí su pensamiento nítido. Bosquejos a veces realistas y aun bastante crudos que él suavizaría si en su predicación se le presentaba la ocasión de hacerlo.

Para formarse una idea completa de la predicación de La Colombiére hay que consultar, además de sus ochenta sermones o meditaciones, los cuarenta capítulos de sus ***Réflexions chrétiennes.***

Con todo este arsenal se podría componer un tratado casi completo de religión, pues en él se hallan expuestas las verdades que hay que creer sobre Jesucristo, el Espíritu Santo, la Iglesia, la Santísima Virgen, los Novísimos, los preceptos de la moral, los principales puntos de la perfección cristiana, lo mismo que los medios puestos por Dios para alcanzarla como son la oración y

los sacramentos.

Estas enseñanzas explican en buena parte la influencia que el Padre ejerció. Cuando se piensa que todo este vasto programa representa el esfuerzo de dos años tan sólo de trabajo, en medio de otras múltiples ocupaciones, no puede uno menos de admirarse de la capacidad de trabajo y de energía que ello supone, aun habida cuenta de la preparación que había tenido en sus diez meses de predicador en Lyón.

Esta vista de conjunto es también necesaria por otra razón. De omitirla se correría el riesgo de equivocarse sobre el tono tajante y absoluto de ciertas aseveraciones de La Colombiére, tono que se le impone, en algún sentido, por el carácter fragmentario de su enseñanza. Limitado por el tiempo, por la duración del sermón, el predicador, atento a presentar con vigor un tal aspecto particular de la doctrina, pasa por alto otro de carácter complementario sobre el cual volverá la próxima semana; de tal forma que para saber lo que pensaba sobre tal tema, el lector de hoy tiene que recorrer varios sermones. Quien quisiese, por ejemplo, considerar tan sólo la instrucción sobre las cosas necesarias para una buena confesión tendría a La Colombiére por un rigorista y correría peligro de dejarse llevar del temor de que todas nuestras confesiones son nulas. Este tal deberá completar su instrucción leyendo los sermones sobre la misericordia y la confianza en Dios. Igual sucede —ya lo veremos— sobre la Eucaristía.

Estas contraposiciones tan vivas se hallan también en el

interior mismo de los discursos. Éstos en general tienen dos partes que el orador presenta de una manera tan antitética y aun paradójica que se dirían contradictorias. Quiere, por ejemplo, a propósito de los malos hábitos, prevenir contra las dos ilusiones muy perniciosas con que el demonio tiende a engañamos, y declara: ***En el primer punto os haré ver que quien adquiere un hábito vicioso no saldrá de él cuando quiere; y en el segundo, que quien ha contraído el mal hábito, saldría si lo quisiera de veras.*** Es una manera de sostener la atención y de facilitar el esfuerzo de la memoria; pero también es el resultado de una retórica no exenta de artificio.

Este culto de la antítesis llega a veces a distinciones tales que el mismo autor se sorprende de lo útiles que son. En el sermón que hemos citado, para dar a entender que el hábito vicioso impone al alma una necesidad libre que fuerza a la voluntad sin excusarla, Claudio comenta así un dicho de San Bernardo: ***No sólo queréis el mal que hacéis, sino que lo queréis fuertemente, puesto que lo queréis necesariamente. Es preciso que se quiera una cosa cuando no se puede no quererla. Ahora bien, dondequiera que hay voluntad hay elección y, por consiguiente, libertad.***

Y añade: ***Este razonamiento, aunque invencible, parecerá oscuro a los que no están habituados a las sutilezas de la Escuela.*** Siguen a continuación, felizmente, agudos análisis de psicología que ahuyentan la oscuridad.

Antes de ser predicados en Inglaterra, un buen número de

esos sermones lo habían sido en Francia, y tal cual nos han llegado a nosotros presentan —algunos al menos— las señales de una mezcla hecha por los editores entre las dos redacciones. Cuando se lee, por ejemplo, que en el tiempo de Navidad ***los sacerdotes están abrumados por la muchedumbre de penitentes, que los templos eran muy pequeños para contener el gran número de verdaderos adoradores y que los días eran demasiado cortos y no bastaban al ardor de su piedad, evidentemente que no se habla de Londres, en donde los católicos no tenían iglesia a su disposición; esta infatigable piedad es de Lyón. Mas cuando a renglón seguido se ve al carnaval comenzar el mismo día de la Epifanía... las plazas y los caminos llenos de malos cristianos que exponen a los ojos de los herejes la vergüenza de nuestra religión, no hay duda que hay que pensar en la ciudad del Támesis.***

En sus ***Reflexiones sobre la elocuencia***, el P. Rapin critica a los oradores que trazan cuadros falsos en los que el oyente no se reconoce; lo que dicen se pierde; nadie se lo aplica a sí mismo. Se predica a gentes honradas como a criminales; se habla a la gente de la corte como a gentes de bien. La Colombiére, que apreciaba tanto estas reflexiones, que se dice las había copiado de su propia mano, no caerá en ese defecto. Recuerda el consejo de Rapin: ***Nada conmueve tanto a los espíritus como los***

retratos que de ellos se hacen cuando están bien hechos. Su penetración psicológica le sirve a maravilla y hay que ver con qué agudeza desenmascara los subterfugios en los que se encierra una conciencia mundana.

Hay personas que se creen delicadas hasta el escrúpulo, que dejan de acusarse de sus principales faltas porque no pueden creer que sean realmente faltas. Por ejemplo, se está en deuda con el comerciante, con los criados, con los obreros, con otras personas de las cuales se ha recibido un préstamo o quizás se les ha usurpado un bien; y, no obstante, no hay modo de hacerlas acortar sus gastos para poder estar en disposición de pagar lo que deben; o aunque se pueda pagar al punto, se dilata para más tarde. Se piensa que ya basta el tener el propósito de hacerlo. Se equivocan, eso es una injusticia manifiesta. Sin embargo, se torturan por decir pecados en los que apenas si hay materia de absolución y no se hace mención de cosas que son esencialmente necesarias. Existen familias enteras totalmente divididas que no quieren oír hablar de reconciliación. Son, por otra parte, gentes de bien, pero que están persuadidas en su conciencia de que tienen razones para no verse, para quejarse eternamente los unos de los otros y para propagar esas razones a todo el mundo. Se confiesa uno una vez, dos veces, tres veces, cuatro veces, mas como, al fin, no se tiene deseo de enmendarse, se dejan las confesiones y trata uno de persuadirse asimismo de que no hay ninguna obligación de confesarse. Cuántas personas dadas a la piedad caen en continuas impaciencias con las que creen todavía contraer méritos delante de Dios, que, lejos de acusarse de los sinsabores

que causan a los que les rodean en casa, pretenden hacer pasar su mal humor como un efecto de su celo y del cuidado que toman de sus criados. Cuántos llenos celo, bajo pretexto de amar la religión y la justicia... y de consolarse con los buenos de la desgracia de los que perecen, se entregan a una cruel murmuración, que prefieren cohonestar así antes que tratar de vencer la inclinación que sienten hacia ese vicio.

No es aun auditorio convencional de todos los tiempos y lugares a quien se dirige La Colombière, sino al auditorio muy concreto de Saint James, en el que dominan cortesanos y burgueses. Sabe que los apóstoles no están de moda en estos tiempos que corremos y que se prefiere consultar a los falsos profetas, pero esto no le arredra, hablará claro y sin temor. Los espíritus están tan obsesionados por el afán de las diversiones, por el de agradar y brillar, que el predicador se verá obligado a fustigarlos y ponerlos a veces en ridículo con burlas un tanto hirientes. Imposible olvidar el retrato de ***esa joven que, invitada a un baile, pasa todo el día en mil ocupaciones y torturas***:

Sufre cuando se le aprieta y ajusta casi hasta ahogarla, cuando se la quema, cuando se la punza, cuando se le estiran los pelos, y todo a fin de parecer un poco más elegante y agradable durante tres o cuatro horas. ¡De qué, pues, no sería capa, esta persona si pensase un poco que unos cuantos años de retiro, de modestia, de penitencia pueden dar una belleza eterna a su rostro, corregir sus defectos, ponerlo al abrigo de las injurias del tiempo y de la vejez!, que no se trata aquí de una reunión de parientes o

de algunos señores y señoras, que no se trata sencillamente de un banquete ni de una reunión, sino de una vida inmortal que hemos de vivir en compañía de la más ilustre y más numerosa compañía.

Puede leerse sobre el mismo tema en ***Las reflexiones cristianas*** un cuadro de costumbres demasiado largo para ser inscrito aquí, que no desentonaría al lado de ***Les Caractères*** de La Bruyère.

Las locuras sobre todo que muchos cristianos se permiten en los días de carnaval, so pretexto de que sólo es por quince días y que luego todo volverá a su cauce normal, provocan en La Colombière las más vigorosas quejas. Con eso, un cristiano deshonra su profesión.

Pues qué, señoras, ¿emplear cinco o seis horas en adornarse, en pintarse el rostro, para ir después a una asamblea a tender lazos a la castidad de los hombres y servir de tea al demonio para encender en todas partes el fuego de la impureza: permanecer noches enteras expuestas a las miradas y zalamerías de los jóvenes insensatos y de todo lo que hay de más procaz en la ciudad; emplear todo lo que el arte y la naturaleza tienen de más peligroso para atraer su atención y derribar su espíritu; desfigurar vuestras personas y vuestro sexo a fin de no sentir ya vergüenza por nada; rodar de barrio en barrio bajo un disfraz teatral y con una impudencia de comediante para ser vista por todos los ojos y poder ver en un día todos los rostros de la ciudad; juntar los excesos de la galantería y del lujo con los de la boca y la intemperancia, no contentarse con discursos que ennegrecen al

prójimo, sino dejarse llevar hasta proferir palabras escandalosas; en una palabra, añadir a todos los ojos y poder ver en un día todos los rostros de la ciudad; juntar los excesos de la galantería y del lujo con los de la boca y la intemperancia, no contentarse con discursos que ennegrecen al prójimo, sin dejarse llevar hasta proferir palabras escandalosas; en una palabra, añadir a todos los vicios de la mujer todos los vicios y todos los desórdenes de los hombres, en verdad, ¿son todas esas diversiones dignas de un cristiano?

No ignora el predicador las excusas que suelen presentar los padres para autorizar tales reuniones: ***Es necesario que nuestros hijos traten de colocarse.*** Es verdad. Pero ¿es ése el medio de llegar a conseguirlo?

Madres desgraciadas, madres crueles y parricidas, que adornáis a vuestras hijas como se adornaban antiguamente las víctimas destinadas al sacrificio... ¿No habéis deseado tener hijas sino para corromperlas? ¿Las habéis dado a luz sólo para condenarlas? ¿Quién pensaría en ellas?, decís. Dios ciertamente pensaría en ellas. Pero ¿es posible que los designios de Dios sobre vuestra familia no se puedan cumplir sino por esos medios tan abominables? No os echo en cara el deseo que tenéis de que vuestra hija sea feliz acá en esta vida; pero sois bien miserables si pensáis que es necesario poner enjuego su salvación y la vuestra, vuestra eternidad y la suya, por una felicidad tan vana, tan quimérica: por una felicidad que no debe durar sino un momento.

Por lo demás, cuando se trata no de divertirse, sino de

concluir un negocio, los hombres mismos prefieren siempre la virtud al libertinaje.

No se quiere tener nada que ver con el vicioso si no es por el vicio mismo. Un calavera quizás quiera tener por querida a una joven vana y coqueta, pero si piensa en el matrimonio, no dudéis que escogerá la más modesta y la más retirada. Un borracho se alía con gusto con gente a quien, como a él, le gusta el vino; mas si está en su mano, no calará sus asuntos, su casa, su persona sino a gentes sobrias. En fin, un jugador estará siempre con otro de su misma cuerda, pero nunca le entregará su hija ni su hacienda.

¡Cuántos matrimonios desgraciados tienen ahí su origen! En un sermón sobre San José, predicado primero en Lyón, exclama: ¡Cuán caro pagará esta joven vana y coqueta, viviendo en una larga y cruel servidumbre, las faltas que ahora comete y que hace que cometan los demás! Ella se imagina que a fuerza de contemporizaciones, de venderse, de manifestar su belleza, de querer ser agradable y de un humor excelente, se va a colocar más pronto. Yo más bien pienso lo contrario; ésos son, si no me equivoco, más bien los caminos para tener amantes, pero no para tener marido. Ciertamente no es el mejor medio para tener uno bueno.

El hombre que se deja fascinar por no sé qué belleza y que sin examinar ni el natural, ni la educación, ni las costumbres de la persona, se quiere casar a la fuerza con ella y frecuentemente contra el parecer de todos sus amigos, este tal no

reflexiona que esta belleza no es inmortal y, sin embargo, se obliga de por vida... Concedamos que esa mujer conserve su hermosura durante diez años, tiene el marido que vivir con ella cuarenta o cincuenta, de suerte que si ella no posee en el alma o en el espíritu cualidades que los unan, al perderse los atractivos naturales, él tendrá que sufrir durante treinta o cuarenta años. Ella será como un cadáver que el hombre tiene que guardar en casa.

En esas reuniones mundanas de tal manera se apodera del corazón el gusto de la coquetería, que se la lleva hasta las mismas iglesias, junto al tabernáculo donde descansa el cuerpo del Salvador.

Diríase, al ver el cuidado que has puesto en adornarte, que eres tú la divinidad del Templo, que quieres quitar a Dios sus adoradores y atraer hacia ti el culto y las miradas...

Qué pena, amable Jesús, si cuando los cristianos van a tus iglesias para alimentarse con esta carne que inspira pureza y modestia, hallan otros objetos que despiertan las pasiones, que encienden en sus corazones fuegos impúdicos. ¿A dónde tendrán que retirarse en adelante tus elegidos? Pues qué: ¿toparán en todas partes con el mundo del que huyen? ¿Se verán obligados, para no encontrarlo, a no poner los pies en las iglesias como, por la misma razón, no los ponen en el teatro?

En seguida, este rasgo final, que una cristiana sincera llevará clavado como un puñal en su corazón: ***Adornarse para ir a la iglesia es como si Santa María Magdalena se hubiera***

puesto de nuevo sus joyas para ir al Calvario.

La comedia humana es tan intensa en el entorno de La Colombiére y es un estado tan normal de vida, que es ahí, en esas costumbres de teatro y de maquillaje, donde toma los elementos de comparación del todo inesperados para nosotros. El día de la Purificación dice: ***¿Queréis saber lo que es amar verdaderamente la pureza? Representaos una mujer enamorada de sus propios encantos, orgulloso de su belleza...*** Método paradójico, ciertamente, de insinuar la explicación; mas la atención ha sido excitada, los somnolientos se despiertan. El orador continúa:

No solamente reconoce que en este punto la naturaleza la ha distinguido más que al resto de las mujeres, sino que pone todo empeño en conservar las gracias que ha recibido sin escatimar cuidados ningunos para ello. ¿Qué no hace ella para preservar su cutis del ardor del sol o del rigor del frío? ¿De qué medios no echa mano para alimentarlo, para conservarlo en su lozanía, para hacerlo si posible fuera inmortal? Un cabello fuera de su sitio, un poco más de palidez que lo ordinario, un poco menos de brillo y de color, un grano, un flemón, harían su desesperación.

Lo mismo pasa más o menos con una persona casta. No le basta el evitar el crimen y los últimos desórdenes, sino que no se perdonaría ni una palabra, ni una mirada un poco libre. Los pensamientos mas involuntarios y los más pasajeros le causan horror... todo le parece esencial en esta materia. Las novelas de galanteo, esas historias escandalosas que forman hoy la comidilla

de todas las reuniones, serían capaces de sacarle de la compañía de los demás aun cuando no tuviera otros motivos para complacerse en la soledad...

¡Qué lejos está de la vanidad de aquellos cuyos peinados y vestidos no parecen hechos sino para encender los fuegos impuros!

Tal vez evoca un recuerdo personal La Colombiére cuando añade:

Cuando entro en la casa de esta persona no temo dirigir mi vista indistintamente a cualquier parte, señores. Allí no hay figuras lascivas ni desnudeces, ni en los cuadros ni en los muebles. No hay nada, hasta su mismo retrato, que no sea casto y que no lo dé a conocer por su modestia tanto o más que por los rasgos de su rostro: teme ser vista, aun en pintura, en una forma que puedan traer los ojos impúdicos o espantar los más castos. He ahí lo que yo pienso del amor a la castidad.

A estos excesos se añadían otros. El simple nudo de uno de los clubs nos los deja entrever: Academia de los Combebedores.

Contra esta relajación, Claudio reacciona con vigor: ***Si Jesucristo hubiera de entrar visiblemente en vuestra casa, ¿quisierais que os sorprendiese comiendo carne en este santo tiempo*** (Cuaresma) ***y que a sus mismos ojos se retirasen de la mesa los restos de una comida de hugonotes?***

A todos y a cada uno, cualquiera que sea su rango social, fija claramente sus deberes el predicador de Saint James. Todas las injusticias y desigualdades de esta tierra serán allá arriba corregidas. ***Pobres, que sois aquí como el desecho del mundo y como los esclavos de los ricos: las cosas cambiarán de aspecto en la ciudad santa. No os perjudicará vuestro nacimiento y todos esos grandes que os desprecian tendrán en su mayoría un rango inferior al vuestro.***

Sin embargo, no es rigorista extremoso. La Colombiére no condena toda diversión, afirma que las hay laudables: para las gentes de letras... ciertas lecturas, conversaciones de alto nivel, juegos de palabras, agudezas que alguna vez les pueden ser más útiles que los profundos estudios; para el militar, la caza, los torneos, las carreras, los juegos de arco y de arcabuz. No pretende que haya que escaparse de las ciudades o encerrarse en el claustro; existe un término medio entre el desierto y el gran mundo, que él personalmente no estima menos que el mismo desierto.

Otros son los placeres que el orador ataca, y ¿cómo extrañarse del vigor con que lo hace, cuando se conocen los escándalos públicos de la corte de Carlos II? ¿Cómo decir que son exagerados los cuadros que pinta de su deletérea pestilencia?

Lo sabéis mejor que yo, cristianos oyentes; la impiedad, la mentira, la murmuración, el amor impúdico y desordenado, constituyen hoy en el mundo el tema de la mayor parte de las

conversaciones de los hombres y de las mujeres; en todos los banquetes hay lujo y disolución... ya no se encuentra gusto en el placer si no va acompasado del crimen.

Ciertas cartas de los embajadores franceses podrían servir de comentario a estas aseveraciones. En ellas se ve a la duquesa de Mazarino —la que había entrado en la corte de Inglaterra como Arminda en el campamento de Godofredo, admirada de los hombres y envidiada de las mujeres— tolerar en su casa, con bastante regocijo y con mucha cortesía, intrigas y espectáculos extraños. Courtin se cree en la necesidad de ser breve en su narración por respeto a Pomponne, honrado padre de familia: ***Con M. Lionne no me hubiera ceñido a eso, pero hay que ser prudente con usted.*** Habiendo en otra ocasión hecho notar que sobre el Támesis las damas no forman parte de las diversiones en barca, añade: ***Es la única regularidad que ellas observan en este país. En todo el resto de su conducta hay mucha relajación.***

Cuando La Colombière decía: ***Un solo hombre perverso basta algunas veces para pervertir a toda la juventud de una ciudad; una sola mujer con frecuencia ha envenenado toda una Corte,*** ¿sería difícil a su auditorio precisar esas imputaciones y concretar nombres? La actriz Nel Gwyn y la pequeña bretona Luisa de Kéroualle, la ***Dalila francesa***, duquesa de Portsmouth, gozaban entonces por igual los favores de Carlos IL Evelyn, que tuvo ocasión de visitar el espléndido departamento que esta última ocupaba en Whitehall, hacía resaltar el 10 de setiembre en

su diario que está amueblado con un lujo inaudito y es diez veces más rico y brillante que el de la reina.

Con mucho más ardor todavía, hacía La Colombière alusión a la debilidad y quebrantamiento de conciencia del que muchos cristianos dieron triste ejemplo después del ***Bill del Test***, aun en la misma Corte.

Cuántos falsos sabios hacen que los intereses de Dios cedan ante los del Estado, cuantos desprecian visiblemente todas las leyes más sagradas y se persuaden que la religión misma no es sino una parte de la política que debe adaptarse a los tiempos y a las necesidades de los negocios temporales.

Para estigmatizar esos desórdenes, La Colombière, que no es un Savonarola, no emplea ni la diatriba ni la acusación. Sabe que la prudencia exige a veces, aun en presencia de abusos evidentes, el silencio: ***Se expone uno a aumentar el fuego en vez de apagarlo. ¡Ojalá tuviéramos tantos ejemplos de esta verdad! ¡Ojalá que los daños causados por el rigor empleado contra los príncipes para alejarlos de sus desórdenes no hubiesen trascendido de sus personas o de su siglo!*** Y por eso el apóstol tiene para con los grandes una compasión tan viva. Están en tan gran peligro...

No se atreve nadie a decirles la verdad. Los mismos predicadores se ven a las veces obligados a tener un gran miramiento en su presencia... porque como son conocidos de todo

el mundo, a poco que se señalen sus defectos, todos se dan cuenta de que se habla de ellos, de tal forma que sufren una gran confusión; lo cual sería un mal medio para obtener su conversión. Por todo ello es necesario que los grandes sean ellos sus mismos censores y que tengan presente que lo que encuentran digno de reprensión en la conducta de los demás, lo es todavía mucho más en ellos.

Con todos estos rasgos múltiples se compone un tipo de orador extraordinariamente simpático: hombre del justo medio, mas no de medias tintas, franco, recto, que sabe juntar la audacia con la prudencia; espíritu perfectamente equilibrado, es un clásico del siglo de Bossuet, que participa de esa audacia ordenada en la que el preceptor del Delfín se complace en reconocer el signo del poderío.

Este equilibrio de realismo sano se echa de ver no menos en la forma del discurso. La Colombière tiene conciencia de carecer en cuanto a la voz, en cuanto a la acción y quizás también en cuanto al poder evocador de la imaginación, de la fogosidad arrolladora que ha sido la nota característica de tantos misioneros. No tiene las poderosas cualidades del tribuno. Al hablar del juicio universal deja a los que han recibido de Dios una elocuencia más fuerte el describir sus terribles preliminares y todo el aparato externo.

La Colombière abunda en formulaciones breves y gráficas en las que, a veces, paradójicamente expresa el vigor de un profundo pensamiento:

El excesivo deseo de agradar es muy frecuentemente un estorbo para obtenerlo. Se es menos ridículo por las malas cualidades que uno tiene que por las buenas que se finge tener.

La Colombière escribe todavía a propósito de las confesiones sin arrepentimiento: ***Se dicen los pecados más o menos como se hace una cuenta.*** A los perezosos que ni siquiera se atreven a confesar sus pecados a quien no los conoce: ***No os dañáis más que si los dijeseis a una estatua.***

Contra los que dilatan la conversión, exclama: ***Se quiere uno dar a Dios en una edad en la que no quisiéramos recibir un hombre a nuestro servicio.***

Contra los que escandalizan: ***El mal rico, un condenado, suplica que se dé aviso de su desgracia a sus hermanos; él procura que se salven. Y nosotros trabajamos para perderlos.***

A los padres y madres que se oponen a la vocación de sus hijos: ***Me admira el que los padres que han experimentado los peligros y la vanidad del mundo impidan a sus hijos el salir de ellos.***

A veces es una amplificación que se resume en un rasgo vivo, agudo, penetrante, que hiere piadosamente al auditorio. Ejemplos de ello los encontramos por todas partes.

Sobre la sumisión a la Providencia divina no se pueden olvidar estas dos sentencias: ***Si viésemos todo lo que Dios ve, querríamos infaliblemente todo lo que Él quiere. Dios no sólo hace con razón todo lo que hace en favor nuestro, sino que lo***

hace con amor.

O esta otra sobre el perdón de las injurias: ***Desde que tienes un enemigo eres el árbitro de tu suerte y el dueño absoluto del corazón de Dios.***

Notemos esta observación sobre los primeros tiempos de la Iglesia, observación tan sencilla en su enunciado, pero cuyos ecos en la vida social se repiten hasta el infinito: ***No había entonces pobres entre los cristianos, porque no había tampoco ricos.***

Otra característica de su realismo sano es el diálogo con el auditorio. El predicador le urge, le interroga, responde y aun a veces replica... Rasgo dramático, bien raro por cierto, si no es en Bossuet, en los grandes oradores de la época. Se diría que asistimos a una conversación comenzada en un locutorio. Tal el diálogo siguiente sobre la murmuración:

No lo hago —me dirás— ni por odio ni por envidia. —Pero ¿qué me importa a mí el motivo que te lleva a difamar, si tu difamación me quita la honra y la reputación? —Tan sólo he hablado a una sola persona. —Pues eso es lo que he perdido. ¿Con qué derecho me has desacreditado ante ella? —Es un hombre pmdente y discreto. —Peor aún, preferiría perder la estima de cien personas de otra clase que la de un hombre de carácter. —No he afirmado la cosa con certeza. —No por eso dejarán de tenerla por tal. —Pero si no he nombrado a nadie. —Si no has dado ningún nombre, habrán hecho mil cábalas, mil juicios temerarios, se habrá sospechado de varias personas

inocentes. En general has dicho que es un sacerdote, un religioso; se tendrá en menos estima a todos los sacerdotes, a todos los religiosos. —Es un crimen público, notorio lo que le cuento. —Te creo; mas el escándalo no había llegado hasta mí. ¿Por qué habías de ser tú el que me comuniques esa peste que ha causado ya tantos estragos? Ya lo sabía usted, me respondes. Puede ser que sí, pero ¿por qué me lo recuerdas? Si hay mérito en traer a la memoria de los hombres los misterios de Jesucristo y las demás cosas edificantes, ¿crees tú que no habrá pecado en ponerles delante de los ojos lo que ya les escandalizó?

Claudio es, pues, un humanista, pero un ***humanista devoto,*** sin insulsez. Habituado por largo tiempo a la enseñanza de la Retórica, a la ciencia del estilo, La Colombiére encuentra, sin aparentar buscarla, la expresión clara, sencilla, precisa y la cadencia oratoria. Literato delicado, sensible a los matices, se libra del contagio de la literatura, gracias a su constante empeño de llegar a las almas. Si el Santo no absorbió al literato, al menos los purificó.

Si le pudo faltar vigor en la voz y quizás en la acción, no se le puede negar al P. Claudio una cualidad que le reconocen todos los contemporáneos. Lorenzo Dugas lo caracterizaba así: ***mucha unción y mucha dulzura de insinuación.*** El P. Gallifet alababa también en su maestro esa unción celeste propia de los hombres llenos del espíritu de Dios. Aroma misterioso, óleo derramado de fuerza y suavidad, buen olor de Cristo presentado a las almas, gracia divina que impregna las palabras y penetra con ellas para fortalecer y ablandar, la ***unción*** acompañaba los dones extemos del P. La Colombiére y los valorizaba.

No en vano escribía Claudio en sus notas espirituales de Londres: ***Cada día siento más devoción por San Francisco de Sales.*** Quiere ser como el Obispo de Ginebra, el mensajero de la salvación, el heraldo de la buena nueva. No disimulará ciertamente el rigor de la divina justicia; pero predicará sobre todo las ternuras de la misericordia: no se olvidará de excitar el temor, principio de la sabiduría, pero estimulará más aún la esperanza.

Es verdad que en algunos pasajes, sobre todo en los sermones contra los excesos vergonzosos del carnaval, se encuentran acentos excesivos de severidad: dificultad de la salvación, pequeño número de los que se salvan... que llevan el sello del tiempo en que vivía La Colombiére. La corriente rigorista agustiniana sobre el número de los que se salvan había penetrado tan profundamente toda la teología y sermonarios del siglo XVII — ejemplos: el famoso P. Le Jeune— que era

imposible que un orador se librase de ella de repente.

Lo que es personal en Claudio y se acrecentó desde las dolorosas quejas de Cristo en Paray-le-Monial es un indecible estupor ante el contraste que presentan estos dos abismos: el amor sin límites de Dios a la humanidad y la ingratitud sin límites con que el hombre se obstina en no corresponder a un tal amor.

Pues qué, señores, ¿se habrá un Dios anonadado, derramado su sangre y muerto en la cruz; habrá instituido tantos sacramentos, habrá realizado tantos milagros para establecer una religión, y toda esta religión, fruto de tantos trabajos, de tantos prodigios, se reducirá a recibir algunas pocas gotas de agua en el bautismo, después de lo cual se podrá como nos plazca pasar la vida jugando a las cartas y divirtiéndose en las calles? Me preguntáis quién se salvará, si para salvarse es preciso renunciar a las diversiones del mundo y abrazarse con el trabajo y la práctica de las buenas obras. Y yo os respondo: si

eso no es necesario, ¿quién no se salvará? ¿Con qué fundamento ha exagerado tanto el Evangelio el poco número de los elegidos, si se puede ir al cielo riendo y bailando?

Después de esto nadie podrá, al menos, acusar al predicador de laxismo. Para echar por tierra las alegaciones de Port Roy al sobre la moral fácil de los jesuitas, se ha dicho que bastaría citar a Bourdaloue; pues bien, a este nombre habría que añadir otros muchos, entre ellos el de La Colombiére.

El pensamiento de Claudio sobre este tema crucial hay que buscarlo en el sermón de la Predestinación. He aquí cómo lo formula al terminar el
exordio: ***De cualquier forma que se explique la predestinación, es cierto que ella no destruye ni en Dios la voluntad de salvar a los hombres —lo demostraré en el primer punto— ni en los hombres la libertad de labrarse ellos mismos su salvación —como veremos en el segundo punto—***. Por tanto, como dice a continuación, este problema ***no debe causar ninguna inquietud.***

Si él trae a la memoria estos misterios angustiosos es más para estimular a sus oyentes que para descorazonarlos: ***A pesar de todos estos motivos de temor, digo que es un artículo de fe que todo cristiano puede hacerse bueno y que todos los buenos cristianos se salvarán.*** Y adivinando que a pesar de todo no faltarán quienes busquen el en hecho de la predestinación una excusa a su pereza, un pretexto para dejarse llevar, los persigue paso a paso en sus falsos razonamientos: ***¡Dios puede negarme la***

gracia de la perseverancia/ —Sí, si no se la pides. —¡Pero puede hacerlo/ —Bien, ¿quién lo duda? También puede aniquilaros. Un Padre bueno puede desheredar a un hijo que nunca le ha faltado al respeto; pero es seguro que nunca lo hará.

De esta forma Claudio siempre anima, exhorta, levanta. ***Su Dios,*** —se ha dicho— ***no es tanto el Altísimo armado con el rayo, cuanto el Padre incansable en perdonar. Su Cristo no abre sobre el mundo unos brazos a medio abrir; es el Cristo del Hijo Pródigo y de la oveja perdida, el Cristo de la Magdalena y de la Samaritana que, resuelto a salvarlos, a pesar de todo y de ellos mismos, corre en pos de los pecadores. En el conflicto patético en el que se obstina el rebelde, triunfa siempre el amor.***

Sí, cuando le decías: Dios mío, no sé qué hacer con vuestros consejos ni con vuestras inspiraciones; en vano te esfuerzas por salvarme a pesar mío; renuncio a vuestro cielo y a mi salvación.— Y yo, decía Él al mismo tiempo, no puedo consentir en tu desgracia; estaré tan constantemente cerca de ti que al menos cederás a mi importunidad; es preciso que te haga feliz o de grado o por fuerza. —Estoy dispuesto a vivir hasta el fin en mi pecado. —Y yo, antes de dejarte morir en él, estoy resuelto a perseguirte hasta el último instante. —¿Por qué me has dado la libertad si no me quieres dejar el libre uso de ella? —¿Por qué habría yo dado mi vida y mi sangre por ti, si tú habías de perecer eternamente? Amó no sólo a los que no existían, uno aun a los que resistían.

Con ocasión de los estudios teológicos de La Colombiére en París, hicimos notar la corriente de optimismo y de confianza que hacía casi un siglo tendía a prevalecer en los teólogos de la Compañía de Jesús. De lo más profundo de su ser Claudio asiente; no por ímpetu instintivo, sino como consecuencia de las luchas y experiencias íntimas de su tercera probación confirmadas ampliamente desde entonces, tanto por las observaciones de su ministerio como por las revelaciones de Paray- le-Morral. Durante el mes de Ejercicios escribía: ***Me parece que haría agravio a la misericordia de Dios si tuviese el menor temor del infierno, aun cuando lo hubiera merecido más que todos los demonios.*** Lo repite, y esta vez en nombre de todos los oyentes cristianos de su auditorio, en la peroración del sermón sobre la confianza en Dios, donde dice:

Los demás pueden esperar su dicha de sus riquezas o de sus talentos; otros apóyense sobre la inocencia de sus vidas o sobre el rigor de sus penitencias o sobre la cuantía de sus limosnas o el fervor de sus oraciones. ***Tu, Domine, sigulariter spe comtituisti me.*** En cuanto a mí, Señor, toda mi confianza es mi misma confianza. Esta confianza no defraudó nunca a nadie: ***Nadie esperó en el Señor y quedó confundido.***

Tengo, pues, asegurado que seré eternamente feliz porque espero firmemente el serlo, y porque es de Ti, Dios mío, de quien lo espero. En ti, Señor, he esperado, no quedaré nunca confundido. Conozco, por desgracia, que soy muy frágil y tornadizo; sé lo que pueden las tentaciones contra las más sólidas

virtudes; he visto caer los astros del cielo y las columnas del firmamento; pero todo eso no puede espantarme; mientras yo espere estoy a cubierto de todas las desgracias y tengo la seguridad de esperar siempre porque espero aun esta misma invariable esperanza.

En fin, estoy seguro de que no puedo esperar demasiado en Ti y que no puedo tener menos de lo que he esperado. Por eso, espero que me sostengas en mis malas inclinaciones, que me defenderás contra los más furiosos ataques y que darás a mi debilidad el triunfo sobre sus más temibles enemigos. Espero que me amarás siempre y que yo te amaré también sin descanso; y para llevar de un golpe mi esperanza tan lejos corno pueda ir, le espero a Ti mismo y de Ti mismo, oh Creador mío, para el tiempo y para la eternidad.

Otro aspecto de la confianza: la tranquilidad y serenidad de alma en medio de las dificultades y peligros de la vida: no, como algunos creen, como consecuencia de la seguridad íntima de que podemos obtener de Dios todo lo que desea nuestra fantasía. Una tal confianza, lejos de ser una virtud, no sería sino pura presunción, apoyada en nuestro propio juicio, que con frecuencia estima necesario o mejor lo que Dios juzga que nos es funesto. Sino una serenidad de alma que dimana de la convicción de que nos es posible obtener todas las gracias aun temporales que Dios sabe sernos útiles a nuestro mayor bien. Esta virtud que se encomienda a Dios, nuestro Padre, que se fía de Dios, es la única verdadera confianza en Dios. Ella es y ella sola la que

predicaba Cristo cuando decía: ***¿No valéis vosotros más que los pájaros del cielo o que los lirios del campo?,*** y la única también que predicaba el P. La Colombière en ese mismo sermón de la Confianza.

Yo, Dios mío, estoy persuadido de que te cuidas de los que esperan en Ti y que no se puede carecer de nada cuando se esperan todas las cosas de Ti. Me he resuelto a vivir en lo porvenir sin ningún cuidado y a hacer caer sobre Ti todas mis inquietudes. Dormiré y descansaré en paz, porque Tú, Señor, me has establecido singularmente en la esperanza.

Fuera cuidados e inquietudes... ¿Cómo no hacer notar que los católicos a quienes el Padre sugería esta oración vivían como sus familias, desde hacía un siglo, bajo la amenaza cotidiana de la expoliación, del destierro y aun de la muerte? Entre el auditorio de La Colombière había muchos que contaban mártires entre sus antepasados. ¿Podía acaso él mismo hacerse muchas ilusiones sobre la estabilidad de su suerte?

Este sentimiento de confianza, desarrollado al contacto del Corazón de Jesús, se dejó sentir profundamente en la predicación de La Colombière y en su dirección.

Mas esta confianza, lejos de empujarlo a esa malhadada e inhumana complacencia que lleva a poner almohadillas en los codos de los pecadores, no le sirvió sino para espolear más a la generosidad. Aun a los simples cristianos de Saint James, a esos hombres cortesanos y grandes burgueses, el religioso no se

contenta con predicarles la observancia de los preceptos, porque sabe que Dios busca almas que le sacrifiquen sus deseos, sus inclinaciones, sus repugnancias, que escojan como víctima el ídolo de su corazón.

Esos adoradores que Dios anhela se esfuerza Claudio por suscitarlos. Reprende severamente a los confesores y directores que, en vez de ayudar a la gracia y de secundar los designios de Dios, tienen por locura y presunción el fervor de un alma a quien Dios llama a la santidad, que la obligan a arrastrarse por la tierra, a sujetarse a las normas mundanas, a contentarse con una vida común. Este jesuita tiene otras ambiciones. Ya en su primer sermón se le escapa este grito: ***Qué alegría y felicidad para mí... si con todas las predicaciones que haré este año consiguiese hacer aunque no fuese más que un santo.***

Con esa finalidad delante de los ojos, no teme el proponer prácticas de perfección muy elevada, sabiendo por experiencia que entre los que le escuchan habrá no pocos que le entiendan.

En recuerdo de las quejas de Cristo a Margarita María, se complace, sobre todo en épocas en las que el amor divino es más ultrajado, en provocar el espíritu de reparación, en el que insiste de una manera especial en sus cuatro sermones para los últimos días de Carnaval.

Qué ocasión más propicia tenéis de señalaros cerca de este buen Maestro y de merecer toda su ternura. Qué gratitud no

sentiría para con vosotros si tuvieseis el valor de pasar este Carnaval haciéndole la corte de honor. Con qué complacencia no mirará Él a la persona que se ocupe delante de un crucifijo o en la lectura de un libro santo, durante estas malhadadas noches que tantos otros emplearán en ofenderle. Qué espectáculo a los ojos de Dios, si mañana todos los que me escuchan se resolviesen a dividir el día entre la lectura, la meditación, la oración, las visitas a las cárceles y a los hospitales y a consolar a los pobres y a los afligidos... a fin de que por este aumento de piedad y de fervor tengáis la gloria y el consuelo de suplir lo que falta en los otros; a fin de que Jesucristo vuelva a encontrar en vosotros lo que perderá por la cobardía de tantos malos cristianos; que en la rebelión casi general de sus vasallos hagáis las veces de un reino entero.

Otras veces, en esos mismos días de locura, sabiendo que tiene delante de sí almas que pasan en una santa y saludable compunción esas horas que los otros pasan en risas inmoderadas, la exhortación da paso a la alegría:

Felices vosotros que escogéis estos días funestos para recogeros en la soledad y que halláis un placer exquisito y delicado en privaros de toda clase de placeres. Vosotros que tratáis de consolar a vuestro buen Maestro de la pérdida de los otros sus siervos, que le pedís perdón por los ultrajes que no le habéis hecho, que os cargáis en su presencia con todos los crímenes de vuestros hermanos, que os castigáis por sus desórdenes y hacéis penitencia por su endurecimiento... ¡qué bien

empleáis el tiempo haciendo compañía y corte a Jesucristo! No tengo palabras para indicaros cuánto me sostiene este pensamiento en un empleo que por otra parte no carece de sinsabores y de peligros.

Si este pensamiento le sostiene, ¿no será porque en esas almas reparadoras ve como un preludio de las realizaciones solicitadas por Cristo en Paray-le-Monial? Leyendo tales sentimientos se explica lo que se dice en la biografía de Sor Dorotea de Chalonnay, salesa en Paray-le-Monial: ***Para sacarla de su tibieza espiritual se le dieron a leer durante su noviciado los Sermones del Padre La Colombière sobre los novísimos. Dios por este medio la sacó, por decirlo así, de sí misma.***

Gracias divinas, ingratitudes humanas... La meditación frecuente de esos dos abismos conserva en el alma delicada de La Colombière un estremecimiento de compasión temerosa por los pecadores —individuos o naciones— víctimas de su despreocupación. Si no pide para ellos la exención del sufrimiento es porque desea que la prueba aceptada con nobleza sea causa meritoria de abundantes luces y los vuelva a la verdad plena. Ése es el sentimiento que experimenta para Inglaterra, separada de Roma. Después de catorce meses de apostolado, cierto domingo de Adviento de 1677, este amor compasivo estalla en acentos de grandeza innegable. El orador acaba de mostrar, con el ejemplo de los judíos, cómo el endurecimiento de los corazones es frecuentemente el resultado de una larga

ingratitud; y de repente:

¡Pobre Inglaterra! —exclama— ¿No serás tú también un triste ejemplo de esta terrible verdad? Porque ¿sobre qué reino derramó Dios tantas bendiciones? ¿Qué pueblo ha dado nunca pmebas de mayor calor por la fe y de mayor sumisión a la Iglesia? Cuántos de tus reyes han renunciado a la corona por amor a Jesucristo, cuántos príncipes y princesas han dado el ejemplo de la pobreza y de la castidad evangélicas.

El número de tus religiosos ha igualado casi el del resto de tus habitantes. No te faltaba mucho para ser un vasto monasterio: tan dispuestos estaban tus hijos los unos a dar sus bienes para fundar casas religiosas, los otros a dejarlo todo para encerrarse en ellas. No hablaré de los honores que ha recibido la Reina de los Ángeles de los antiguos ingleses; no te haré recordar que eran tan devotos de esta buena madre que por ellos te llamaban la dote y la herencia de María. Es sabido que fuiste tú la primera que te alzaste para defender la Concepción Inmaculada; que fue a ti a quien la Virgen entregó ese escapulario milagroso que toda la cristiandad venera y que sirve como de escudo impenetrable a todos los que tienen la dicha de llevarlo. Basta con decir que tu fe no ha podido contenerse en los límites que parecía señalarle el mar, sino que se ha extendido más allá de sus lindes y que hay reinos que te aclaman como a su madre en Cristo, porque tus hijos los han ganado para la Iglesia católica.

Acto seguido, poniendo enfrente de aquellos tiempos de unidad ***esta multitud de sectas, causa de que cada uno dude de***

la suya propia y desconfíe de ella, de que no sepa a qué atenerse, lo que hace que la mayoría tenga poca religión y que muchos no tengan ninguna, exclama: ***Dios mío, ¿cuándo harás cesar esta plaga? ¿Cómo podremos por fin aplacaros y obligaros a reunirnos a todos en un mismo aprisco, como lo hemos estado durante trece o catorce siglos?***

Para acelerar esa vuelta y, en general, para convertir la masa, La Colombiére confía menos en la predicación que en el ejemplo y en la influencia de los fieles en el medio ambiente en que viven. Es ya la acción católica, en el sentido preciso que se le ha dado posteriormente, la que se le presenta como el medio más eficaz de apostolado:

La predicación, en efecto, es para poca gente; es casi sólo para los que son ya bastante buenos y podrían prescindir de ella. Los pecadores no vienen a escucharnos, no hacen caso de la palabra de Dios. Más aún; cuando atraídos por la curiosidad u otro motivo vienen, por decirlo así, armados ya contra nuestro celo, se ponen en guardia contra todo lo que se les puede decir para convencerlos. Pero vosotros que, al salir de esta capilla, os vais a ver mezclados con lo que llamamos mundo, que vais a desparramaros por esta gran ciudad; vosotros que vais a tratar con los que viven completamente olvidados de Dios y caminan al borde del precipicio; vosotros de quien no desconfían, vosotros, queridos y estimados por vuestro espíritu y buen juicio, cuánto bien no haríais entre vuestros hermanos, si quisierais serviros de esas ventajas.

Es verdad que puede haber un celo extremoso. La Colombiére, que vivía en París cuando la comedia ***Tartuffe***, conocía las disputas agridulces sobre los verdaderos y falsos devotos que se agitó en los medios católicos. No quiere que se llamen a engaño sobre la acción que él desea:

No es que yo quiera meteros a predicadores en las tertulias, menos aún constituiros en censores públicos o que os desfoguéis en cualquier ocasión contra los escándalos del siglo. Esos profesionales del celo que desean desde el primer día reformarlo todo, que meten tanto mido, que no guardan los miramientos debidos; esos devotos que claman contra los más pequeños desórdenes, que se escandalizan de todo, que quieren a la fuerza poner al mundo en el mismo plano; esos devotos, digo, tienen buena intención, no lo niego, pero ciertamente no es ése el carácter del celo cristiano y se daña grandemente a la verdadera devoción, que es tan sabia y prudente, si se le imputan los arrebatos y las imprudencias de esas gentes. El verdadero celo no es ni turbulento ni imprudente; es moderado, discreto, sabe tomarse tiempo para dejarse insinuar con dulzura, es tierno y compasivo, paciente, humilde. No es con grandes discursos como se consiguen grandes éxitos más bien con benevolencia, con servicios hechos a tiempo, con el prudente uso que se hace de la autoridad que se tiene sobre otros, de la confianza que los demás tienen depositada en nosotros, de la amistad que nos une, de la gratitud que se nos debe; y sobre todo por los buenos ejemplos, por las oraciones, que son las que atraen las bendiciones del cielo

sobre todos esos otros medios.

Éste es, señores, el celo que yo os recomiendo hoy. Así es como la mujer santificará al marido, a sus hijos, a sus criados. Con esos medios este hombre convertirá a su vecino, esta señorita hará mucho bien entre sus amistades. De esta forma, y no de otra, los grandes y todos los demás harán cuando quieran prodigios y progresos que en vano se esperarían de los más fervorosos misioneros.

Mas para que los oyentes acepten el prestar su concurso al apostolado del sacerdote es preciso que ellos sean los primeros convencidos. ¿Con qué elementos cuenta La Colombiére para decidirlos? No con la elocuencia, lo confiesa a menudo, sino con la misma voz de Dios que habla internamente...

De una manera que ni los hombres más elocuentes, ni los más santos, ni los mismos ángeles sabrían imitar... Esta voz que os solicita, que os echa en cara vuestra cobardía, que os espanta con sus amenazas, que os inspira nuevo ardor para el bien... no creáis que es la voz del predicador... Si ella fuese sería oída igualmente en todo el mundo, tendría los mismos efectos en todos los corazones... Es vuestro Maestro que está presente y que os hace mucha honra llamándoos Él.

Este cuidado constante de tratar a las almas atentas a las mociones interiores del Espíritu Santo, lo hallaremos más insistente aun cuando hablemos de la dirección espiritual de Claudio. Es también nota característica de su predicación. ¿No es

acaso la preocupación de todos los santos?

Capítulo XXI

EUCARISTÍA Y SAGRADO CORAZÓN

La Colombière no hubiera sido hijo de San Ignacio si no hubiera sentido por el Verbo encarnado, por Jesucristo ***hermoso y gracioso***, según los Ejercicios, por sus virtudes y cualidades humanas, una admiración grande y amorosa.

Excepción hecha de Bossuet, ningún predicador del siglo XVII ha producido, según parece, páginas más bellas y más profundas sobre ***este hombre que se llamó Jesús.*** En el día de la Ascensión particularmente cuando oye a los ángeles, sorprendidos del magnífico aparato de la recepción que se le hace en el cielo, exclamar: ***¿Quién es este rey de la gloria***?, toma él gustoso la ocasión de explicársela. ***Los ángeles parece que nos invitan a que les digamos lo que sabemos del Salvador del mundo y cómo ha vivido entre nosotros. Para darles gusto voy a hacer hoy el panegírico más hermoso, pero también el más difícil que se puede uno imaginar.*** Para Claudio todo eso no es más que un pretexto y acto seguido se le escapa su secreto: ***Digamos la verdad, señores, es para satisfacerme a mí mismo por lo que aprovecho la ocasión de tratar una materia sobre la***

cual hace mucho tiempo que quería hablaros. Y se pone a ***celebrar las virtudes*** que han proporcionado ese triunfo a su muy amado Señor, y a hacernos penetrar en el interior de Jesús.

Páginas como éstas no se pueden resumir; lo mejor es remitir al lector a que las saboree él mismo.

Hemos de insistir por el contrario en los esfuerzos que hizo La Colombière para promover el culto eucaristico y la devoción al Sagrado Corazón; pues, dada la misión que le fue confiada en Paray-le-Monial, merecen que les prestemos una atención especial.

Al acabar sus Ejercicios de año, en enero de 1677, escribe Claudio:

Me he comprometido a procurar por todos los medios posibles la ejecución de lo que se me mandó de parte de mi adorable Maestro, en relación
con su precioso cuerpo en el Santísimo Sacramento del Altar... Movido de compasión por los ciegos que no quieren someterse a creer este grande e inefable misterio, daría gustoso mi sangre a fin de persuadirles de esta verdad en la que creo y que profeso. En un país en el que se cree un honor dudar de vuestra presencia real en este augusto Sacramento, siento mucho consuelo en hacer varias veces al día actos de fe, concernientes la realidad de vuestro cuerpo adorable bajo las especies de pan y vino.

No solamente se consideraba como un honor el dudar de esta verdad, sino que para muchos era una obligación el negarla.

Desde 1673 el ***Bill del Test*** imponía a todos los que ejercían un cargo público la obligación de declararse contra la transustanciación. Para los anglicanos la hostia consagrada era tan sólo un pedazo de pan, y los papistas que la adoraban idólatras. Durante mucho tiempo los reyes de Inglaterra, en el juramento que prestaban el día de su coronación, se harán eco de esta calumniosa imputación ([1]).

Entre los mismos católicos que continuaban creyendo, poderosas infiltraciones jansenistas apartaban las almas de la Eucaristía.

Desde 1643 se multiplicaron las ediciones de la obra de Amauld obre
La frecuente comunión.

[1] Para hacer desaparecer de la ceremonia de entronización este vestigio de un doloroso pasado, fue necesaria, a principios del siglo XX, la atrevida iniciativa de otro jesuíta.

En 1906, el P. Bernardo Vaugham, en el transcurso de un sermón al que asistía la porción selecta de los católicos ingleses, después de haber probado la realidad de la presencia de Cristo en el Sacramento, terminó con una invectiva dolorida contra el pasaje del juramento real en el que el culto a la Eucaristía es tratado de idolatría. Habiendo unos cuantos años antes el rey Eduardo VII hecho el juramento, se le jaleó mucho en la prensa. Pocos días después un mensajero reclamaba la presencia del P. Vaugham en Buckingham, donde, en vez de la amable acogida a que estaba habituado, se le recibió con frialdad. Eduardo VII le dejó entrar en su salón, sin dirigirle ni una

mirada, ni una palabra. Delante de él había abiertos varios periódicos que daban cuenta del famoso sermón. *—¿Es verdad, P. Vaugham, lo que se dice en ellos de usted?—Sí, sir, es verdad.—Y esas pruebas de lo que usted llama presencia real, ¿son ciertamente la expresión de su pensamiento? —Sin duda, sir. —Pues entonces no son idólatras ustedes, los católicos. —Ciertamente que no, sir; nosotros no adoramos un pedazo de pan; adoramos a Jesucristo presente en lugar del pan, del que tan sólo subsisten las apariencias.* Hubo un silencio. Luego siguió el Rey: *—Pues bien, P. Vaugham, ha hecho usted con esto una buena acción. Ese juramento será el remordimiento de mi vida. Tenía interés en decírselo. Y debo decir que los católicos son mis más leales vasallos.* Esta narración se la oímos al mismo P. Vaugham.

Un libro odioso de vulgarización apareció en 1674, tratando del uso de los ***sacramentos de Penitencia y Eucaristía***, cuyo autor, Francisco Paris, se había contentado con reproducir las páginas más violentas de ***La frecuente comunión***, de Amauld. Estos libros y las ideas de que eran portadores traspasaron el océano, y La Colombière vio los estragos que causaban. El Padre quiere poner remedio a la perturbación de las conciencias, como al mismo tiempo lo hace en París el P. Bourdaloue. Si ninguno de los dos llega a la conclusión lógica de sus principios, cual sería la de empujar a las almas rectas a la comunión diaria de este ***pan cotidiano***, es porque la cuestión no estaba todavía madura. Los teólogos, los fundadores, los superiores de órdenes religiosas, el Papa, adoptan por entonces una línea de conducta relativamente reservada, en el mejor de los casos no se autorizaba más que dos comuniones por semana. Bourdaloue y La Colombière no tenían

por qué exigir más.

Dios quería al menos que en el centro de Londres se elevase una voz protestando contra el error, afirmando la realidad de la presencia eucaristica y recordando las invitaciones de Jesús. Dos años más y los fieles de Inglaterra se verán en la precisión, bajo pena de confiscación de bienes, de destierro y aun de la misma muerte, de abjurar sus creencias. A fin de preparar una gran generación de mártires debía robustecerse la fe y los corazones alimentarse más abundantemente del cuerpo de Cristo.

A finales de Cuaresma de 1677 una profanación, como de tiempo en tiempo se producen en los países católicos, debió de afectar dolorosamente a La Colombière. La noche del Sábado Santo —lo cuenta el embajador Courtin a Pomponne— en la capilla de la Embajada de Francia se robó audazmente el tabernáculo, que era de cuero dorado con columnas de ébano y profusión de ágatas por valor de mil escudos. ***A la mañana siguiente me trajeron un buen número de piezas encontradas en un campo. Envié sobre el terreno a uno de mis sacerdotes, el cual halló muchas hostias consagradas arrojadas por los ladrones en un foso, después de haberse llevado el copón del sagrario.***

Tres sermones nos quedan de La Colombière sobre la Eucaristía, uno para la fiesta del Corpus, más bien dogmático, en el que se expone el amor insigne que Jesús nos manifiesta en este Sacramento; otros dos para el tiempo de Cuaresma, con tendencia

más inmediata a la práctica, de los cuales el primero trata de las disposiciones requeridas para bien comulgar por Pascua; el segundo sobre la conveniencia y utilidad de la frecuente comunión.

El amor de Cristo, leemos en el primero, aparece claramente cuando se piensa que no hay ni tiempo ni lugar que no le parezcan aptos para esta entrevista con el alma fiel y que no hay desprecios o insultos a los que no se exponga al venir así disfrazado en medio de los hombres.

Cuántos libertinos, cuántos herejes le tratan sobre los altares como a una divinidad ridicula, acusando de idolatría o de debilidad a los que le adoran bajo esas apariencias despreciables... Imaginaos, si podéis, el odio que Dios tiene al pecado, es infinito e irreconciliable, y con todo, es menor que el deseo que tiene de venir a nosotros, puesto que prefiere, por decirlo así, abandonarse a los sacrilegos abrazos de los más infames pecadores antes que renunciar a las delicias que goza en compañía de los que ama.

Por otra parte, si Jesús nos presenta su cuerpo bajo las especies de pan, ¿qué quiere damos a entender?

Amable Maestro mío, si tan sólo pedís de mí homenajes y adoraciones, permitidme que os lo diga, explicáis muy mal vuestras intenciones... Es verdad que se os alzan tronos en nuestras iglesias y que en medio de mil luces se hace brillar ante Vos todo lo que hay de más precioso en la naturaleza, pero todo

es pura invención de los hombres; es la voz de ellos y no la vuestra la que todo ese aparato exterior me hace oír. Son los hombres los que os han erigido altares, pero sois vos quien habéis querido esconderos bajo un poco de pan. Este pan estaría mejor sobre una mesa que sobre un trono y en el pecho de los cristianos mejor que solamente expuesto a sus adoraciones.

Jesús ha revelado sus intenciones con palabras expresas: ***Nos amenaza con la muerte si rehusamos comer su carne. Su deseo de hacerse hombre es nada comparado con éste. Para doblegar al cielo y hacer bajar al Redentor*** fueron precisos durante siglos ***los anhelos de los patriarcas y de los profetas, sus suspiros y sus lágrimas.*** En la Eucaristía es El quien ***pide a los hombres y les apremia y aun les hace violencia para obligarlos a recibirlo. Oblígalos*** —dice El en el Evangelio— ***a tomar parte en el festín que yo les he preparado. Y qué elocuencia también en el hecha de que los demás sacramentos sólo pueden conferirse o una sola vez como el Bautismo, la Confirmación y el Orden o, al menos más raramente como el Matrimonio y la Extremaunción; en cambio, en la Eucaristía nos ha dejado la libertad de acercarnos cuantas veces queramos; le podemos recibir todos los meses, todas las semanas, todos los días.***

Pues ¿de dónde viene el que tengamos tan poca prisa por recibir el cuerpo de Cristo, tantas dificultades para unimos con Él que es nuestro único y soberano bien? Se invoca como motivo el respeto. Los libertinos ***se***

alejan de la sagrada mesa por miedo a profanarla, con sus hábitos criminales en los que aún perseveran. Mas ¿por qué no dejan esos hábitos a fin de evitar a un mismo tiempo el sacrilegio y la desobediencia? Desgraciado impúdico, prefieres el cuerpo de una prostituta al Cuerpo de tu adorable Señor y ¿te atreves a decir que tienes respeto para con este santísimo Cuerpo?

En cuanto a los que viven sin apego al pecado mortal, pero que, sin embargo, invocan pretextos de humildad para alejarse de la Eucaristía, deben saber ***que como todas las virtudes están unidas las unas a las otras, si alguno se alejase del altar con verdadero sentimiento de humildad... tendría infaliblemente todas las virtudes que pueden hacernos dignos de acercarnos todos los días.*** Pero en el fondo se abstienen de este sacramento de amor...

No porque se crean indignos de participar de él, sino porque temen que al participar hagan lo que les haría dignos... Uno siente que si frecuenta las confesiones y comuniones habrá que moderarse en el juego, poner límites al lujo, cercenar mucho del trato con el mundo; que el uso frecuente de los sacramentos exige necesariamente esta reforma, que la produce insensiblemente, como a pesar nuestro; se prevén los combates que habrá que sostener contra Dios, los reproches que habrá que oír de parte de la conciencia si se pretende aliar una vida tibia y mundana con comuniones frecuentemente reiteradas... Todo eso causa espanto al alma cobarde... prefiere privarse del pan de los

ángeles antes que verse obligada, al recibirlo a vivir una vida más cristiana.

Sacramento de amor... De punta a cabo este sermón no es sino el comentario de la queja que dio dos años antes el Corazón de Jesús: ***Este Corazón que tanto ha amado a los hombres, que nada ha perdonado por manifestarles su amor.***

Y el sermón, como la queja de Cristo, se termina con un grito angustioso sobre la ingratitud con que pagamos un tan grande amor; y recordando las revelaciones que tenía misión de propagar. La Colombiére terminaba:

¿Qué haréis, Señor, para vencer una tal dureza?... Es necesario que nos deis otro corazón, un corazón tierno, sensible, un corazón que no sea de mármol ni de bronce; es necesario que nos deis vuestro propio corazón. Venid, amable Corazón de Jesús, venid a colocaros en medio de mi pecho y encended en él un amor que responda, si es posible, a las obligaciones que tengo de amar a Dios.
Amad a Jesús en mí tanto cuanto me habéis amado a mí en Él. Haced que yo no viva más que en él, que no viva más que para él, a fin de que eternamente pueda vivir con él en el cielo.

Tal es el sermón para el día del Corpus, sermón central en la predicación de Claudio como la Eucaristía lo fue de su vida.

No es con comuniones tibias y hechas de cualquier manera como hay que responder a las invitaciones reiteradas de

Jesús. La Colombiére consagra al tema todo un discurso. Puesto que la Eucaristía es un sacramento de fe y de amor, es fácil concluir que la fe y el amor son las dos disposiciones esenciales que deben llevarse cuando se va a comulgar. El jesuita lo recuerda a sus oyentes como si fuese el mayor de los rigoristas: ***No basta no estar manchado de barro***; ***yo quiero veros con la blancura y el brillo de la belleza.***

¿No es verdad, señores, que si Jesucristo debiera entrar visiblemente en vuestra casa, si hubiese de venir a sentarse a la mesa con vosotros o sencillamente a honraros con su presencia, no es verdad que lo llevaríais a mal y os desesperaríais de que tan sólo os avisasen al momento antes? ¿Os gustaría que encontrase en vuestra casa a esa persona que ha sido para vosotros ocasión de tantas caídas, que contemplase ese cuadro lascivo, esa estatua escandalosa, que hallase todos esos instrumentos de vuestra vanidad dispuestos sobre vuestro tocador, esos libros en los que tan a menudo habéis bebido el veneno de la impureza, todavía abiertos sobre vuestra mesa? ¿No os llevaríais un gran disgusto al tener que recibirlo en un traje poco modesto, en habitaciones llenas de lujo, adornadas con los bienes de los pobres y en las que no hubiera ni un crucifijo, ni una imagen santa, ni agua bendita, ni otra señal alguna de cristianismo? ¿No es verdad que desearíais tener algunos días para quitar todo lo que pudiera ofender la vista de este huésped y sustituirlo con objetos capaces de alegrarle y de atraeros las alabanzas de sus labios? ¿Por qué, cristianos, habiendo de recibirle en sus fiestas, os preocupáis tan poco y empleáis tan poco tiempo en purificaros y en embellecer vuestro

corazón, en el cual os habéis decidido a hospedarle? ¿Cuál es la causa de que no os toméis al menos unos cuantos días para arrojar totalmente de vuestro espíritu a esa persona que reina aún en él y que no puede ser desalojada porque el esfuerzo que hacéis el día de Pascua es pequeño para formar un acto de contrición?...

Habiendo así hostigado a sus queridos oyentes, el orador les arranca sin dificultad esta confesión: ***Nos falta fe.*** Por eso, para bien disponeros a recibir a este Señor, no os enseñaré muchos métodos que podrían más bien estorbaros; uno solo os diré: ***Tened fe y después no os aconsejéis sino de vosotros mismos.***

Refiriéndose al poco fruto que sacan de la Eucaristía tantas personas,
dice:

Recibimos a nuestro Dios cada quince días, cada semana, y siempre somos los mismos, siempre vanos, siempre coléricos, siempre negligentes en la práctica del bien, siempre fríos en la oración, siempre esclavos de nuestras pasioncillas... Pero ¿qué se ha de pensar de la Eucaristía cuando se ve a una mujer volver todos los domingos de la iglesia, en la que ha comulgado, tan de mal humor, tan dispuesta a enfadarse a la menor ocasión como si no hubiese recibido al Dios de la paz y de la dulzura...? Pues qué, este pan de los ángeles, este pan de vida, este resumen de las maravillas del Todopoderoso, este fruto de tantos dolores, de tantos méritos; en una palabra, el Cuerpo adorable de Jesucristo, tocado tan frecuentemente, recibido tan a menudo, ¿no puede

ahogar en vuestro corazón ese pequeño sentimiento de venganza, ese deseo de vanagloria, esa pequeña envidia? ¿Siempre tan disipada en vuestros pensamientos, tan inconsiderada en vuestras palabras, tan apegada a vuestros bienes, a vuestras pequeñas comodidades, a vuestras tonterías?

Y el orador insiste: ***¿Será porque el cuerpo y la sangre de Cristo carecen de fuerza... o que pequeños obstáculos pueden impedir y detener el efecto de una fuerza infinita?*** Y de tal manera insiste que comprende que sus oyentes le objeten: ***Si la cosa es así, ¿no vale más abstenerse de la comunión?*** Esta misma pregunta precisamente había hecho la duquesa de Lesdiguiéres, en la época en que Claudio vivía en París, a la duquesa de Longueville, la cual, sin pestañear, le había aconsejado que no comulgase por Pascua. Quizás La Colombiére se acuerda del caso, pero su respuesta es muy diferente: ***Este consejo podría darse en otra coyuntura, pero en la actual el único partido que se debe tomar es el de reconciliarse de buena fe con Dios.***

Dirigiéndose en un tercer sermón a las almas que ya han concebido un verdadero deseo de vivir cristianamente, La Colombiére completa su enseñanza, invitándolas, de la manera más urgente, a multiplicar las comuniones sin atender a las falsas razones, porque no sólo se pueden reiterar sin faltar al respeto para con el cuerpo del Salvador y sin hacer inútil esta acción, sino que al hacerlo repetidas veces hay más gloria de Dios y más

utilidad para los hombres. En cuanto a los que están apegados al mundo, añade, ***no los reprendo por comulgar pocas veces, pero no soy tan crédulo que me persuada que es por humildad por lo que se abstienen de la comunión.***

Bien sé yo que se puede comulgar de tal forma que no se saque ningún fruto; pero sostengo que eso no puede ser consecuencia de acercarse demasiado frecuentemente. Creo que los que comulgan cada ocho días sin ser por eso mejores, serían peores si comulgasen más de tarde en tarde; que ninguna indisposición, exceptuado el pecado mortal, puede impedir el efecto del sacramento que es el de santificar el alma, de darle fuerzas y vigor para hacer el bien y resistir al mal; que como cada vez que se comulga se recibe un aumento de mérito y de gracia habitual, es necesario que una comunión nos disponga para aprovecharnos de otra; y, por consiguiente, cuantas más comuniones se hacen, más se está en disposición de aprovechar de las que se deben hacer.

A renglón seguido de la nota de enero de 1677, de la que hemos hecho mención al principio de este capítulo, La Colombiére insertaba, cuan larga era, la revelación recibida por Margarita María en relación con el Sagrado Corazón y la hacía preceder de las siguientes líneas:

He conocido que Dios quería que yo le sirviese procurando el cumplimiento de sus deseos relativos a la devoción que Él ha sugerido a una persona a quien se comunica confidencialmente, y en favor de la cual se ha querido servir de mi debilidad: ya la he inspirado a bastantes personas en Inglaterra, he escrito a Francia suplicando a uno de mis amigos que la dé a conocer en el sitio donde se encuentra; esa devoción será muy útil y el crecido número de almas escogidas que hay en esa comunidad me hace creer que su práctica en esa santa casa será muy agradable a Dios.

¿Cuál era esta comunidad? Una de aquellas, sin duda, en que vivió La Colombiére en Lyón. Pero entre los contemporáneos nadie pensó en decírnoslo. ¡Qué no daríamos hoy por poseer la carta —la primera— que inspiraba la devoción al Sagrado Corazón! El mero hecho de que el amigo en cuestión o no la haya conservado o no haya juzgado conveniente comunicarla al primer editor de la correspondencia, indicaría ya, si no las conociéramos por otro lado, las prevenciones que Claudio tuvo que vencer para satisfacer los deseos de su Maestro.

Como sucede en épocas de herejías, los hombres de Iglesia, defensores de la tradición, se mantenían en guardia contra las novedades. Cuando veinte años más tarde el Provincial de Lyón, Gabriel Jacob, someta a la censura romana de la Compañía de Jesús la obra ***De cultu sacrosancti Coráis Dei Jesu*** salida probablemente de la pluma del P. Gallifet, los revisores unánimemente declararon al P. Tirso González:

Reconocemos que el libro está compuesto con ciencia y talento y que es muy apto para desarrollar la devoción al Sagrado Corazón; sin embargo, creemos todos que es mejor que el libro no se imprima, que los Nuestros no se encarguen de patrocinar esta causa, y menos aún que vuestra Paternidad intervenga a fin de obtener el que la fiesta se conceda con rito solemne para toda la Iglesia, sobre todo en una época en la que se levantan tantas devociones nuevas cada día y son rechazadas severamente por la Iglesia.

En un país como Inglaterra, donde comenzaban a pulular las sectas protestantes más dispares, los católicos no podían menos de ser todavía más desconfiados para con las devociones nuevas. El mantenerse aferrados a las antiguas formas de piedad les parecía una natural garantía de ortodoxia y piedad. Comunión de los primeros viernes de mes, hora santa, reparación, ¿cómo intentar estas cosas de añadidura, cuando estaban abandonadas tantas prácticas esenciales? En cuanto a solicitar para gloria del Sagrado Corazón la institución de una fiesta especial, pedida a una religiosa de Francia, ¿se podía pensar antes de que Francia hubiese dado el ejemplo? ¿Qué pensar de ello en una nación en la que no existía un solo Obispo católico a quien pedírselo? El capítulo de los canónigos, aun suponiendo que no hubiese estado dividido por luchas intestinas, no tenía autoridad para establecer una fiesta local y el mero hecho de intentar poner en estudio el proyecto hubiera suscitado en su seno nuevas discordias.

Atestado de tantos obstáculos, el campo de apostolado de

La Colombiére se presentaba muy ingrato para la ejecución de esos planes y se comprende que pudiera exclamar: ***¡Que no pueda yo, Dios mío, estar en todas partes para publicar lo que esperáis de vuestros siervos y amigos***/ Quedábanle los coloquios de dirección y la enseñanza pública en la capilla de Saint James, que debía hacer con mucha prudencia.

Lo que fueron esos coloquios, su influencia, la fama que le dieron a su autor, nos lo hace ver un episodio contado en la vida del P. Wall, mártir franciscano.

Era a la caída de la noche, la víspera de Todos los Santos del año 1678, dos semanas antes del arresto del P. La Colombiére. Aquel religioso que, como todos los sacerdotes ingleses, tenía prohibida la estancia en su patria, sintiendo próxima la persecución y aprovechándose de la oscuridad de la noche, consiguió introducirse en las habitaciones del predicador de Saint James. ***Padre —le dijo—, soy un pobre menor conventual de San Francisco que viene a buscar junto a usted la fortaleza y el consejo del Sagrado Corazón de Jesús; porque en todo el país es sabido que usted es su apóstol. Entre todos los amigos míos que yo deseaba ver en Londres hay uno que es miembro de vuestra Compañía, el P. Turner, de quien me han asegurado que está ya prisionero en Newgate esperando la corona del martirio. Si una orden de mis Superiores no me hubiera bruscamente enviado lejos de aquí habría yo obtenido la misma gracia con la perspectiva de una misma recompensa. El P. La Colombiére le felicita por ir a buscar la fortaleza en su***

verdadera fuente y luego añade: Nadie puede penetrar los misterios de ese Corazón sin gustar el cáliz de amargura con que Jesús se sació en Getsemaní. Los amigos de Cristo, aun si reciben ya en esta vida en consolación el ciento por uno de los que han abandonado, no podrán escapar a la espada dolor osa de la persecución. ¡Oh si yo pudiese recibir esta gracia tan preciosa que vuestros sacerdotes ingleses están ahora cosechando en esta región de cruces!

Durante gran parte de la noche estos dos apóstoles prolongaron su coloquio sobre el amor de Jesús: horas santas y reconfortantes, y cuando amanecía el día de Todos los Santos, después de haber dicho el P. Wall su misa en el altar del Sagrado Corazón que el P. La Colombiére había erigido en su oratorio, se separaron.

Más adelante, dando cuenta de esta entrevista, decía el franciscano,

Ya antes había oído hablar del famoso jesuíta, esperaba encontrarme con un hombre profundamente versado en la ciencia del divino amor; pero cuando me vi en su presencia, creía que tenía que habérmelas con el apóstol San Juan, vuelto a la tierra para encender este amor en el fuego del Sagrado Corazón. Su actitud bella y tranquila me parecía ser la que debió detener el discípulo amado al pie de la Cruz, cuando la lanza traspasó el costado de su Señor y descubrió el tabernáculo de su ardiente caridad.

A la luz de este testimonio se adivinan los fervores que suscitaba Claudio con la enseñanza de su querida devoción en la capilla de Saint James. Para poder juzgar de ello, poco es lo que nos queda por desgracia; sólo unos textos de las meditaciones de los viernes de Cuaresma sobre la Pasión de Nuestro Salvador.

En estas meditaciones, pasando rápidamente por los diversos episodios de la Pasión, Claudio va derecho al Corazón divino, que es el centro y el horno, para introducir en él a sus oyentes a fin de que contemplen las virtudes de las que este Corazón es el modelo. ¿Cómo comprender los sufrimientos de Jesús, cómo sentirse conmovido por ellos sin penetrar hasta el amor infinito que los inspira? Desde la primera meditación consagrada a ***la Penitencia de Jesús, nos lo representa en el jardín de los Olivos: Mi alma está triste, pálido, tembloroso, abatido, sudando sangre y agua, gimiendo, gritando, postrándose... Es un hombre herido y agobiado por el dolor. Mas ¿cuál es la causa? Los pecados de los hombres. No hubo jamás dolor semejante, a causa de los muchos pecados y porque conocía su enormidad, su ingratitud, su insolencia, su injusticia y porque ama infinitamente a Dios y a los hombres.***

Estudiando a continuación ***la caridad de Jesús paciente,*** dice: ***Esta caridad exige nuestra imitación:***

Revistámonos de los sentimientos de este Corazón tierno y generoso; tomemos la resolución de amar a los pobres, de quitar algo de nuestros placeres. Si los ricos hiciesen esto, todos

comerían, a nadie faltaría pan, no irían a la cárcel personas muy honorables, por no tener con qué pagar la cama donde duermen, porque, señores, hay miserias de todas esas clases; informaos. Los Reyes Magos, habiendo sabido que Jesucristo había nacido en un establo, vinieron a buscarlo exponiéndose a mil peligros, a mil fatigas, para presentarle sus regalos. Ese mismo Jesucristo sufre en sitios más infectos que un establo.

Y aun cuando ciertamente las cuadras de las carreras, en las orillas del Támesis, no habían alcanzado el grado de confort de las de hoy, Claudio añade: ***Vuestros caballos, si me es permitido decirlo, están***

incomparablemente mejor que El.

A fin de admirar la ***Paciencia de Jesús paciente***, el apóstol se hace todavía más insistente. ***Entremos en el Corazón del Hijo de Dios y veamos cuál es su disposición en relación con sus enemigos: 1) Los excusa. Este Corazón lleno de bondad se fija más bien en lo que disminuye el pecado que en lo que los hace culpables... 2) Siente compasión por ellos... 3) Siente amor hacia ellos y ruega por ellos; los salva porque su oración no es inútil. Toda la tercera parte de su meditación se desarrolla en ese santuario íntimo. Luego, para terminar, dice: Para aprender esta lección, que el Corazón de Jesús sea nuestra escuela. Hagamos en El nuestra morada durante esta Cuaresma. Estudiemos sus movimientos y procuremos que el nuestro esté acorde con ellos. Sí, divino Jesús, quiero hacer mi morada en él para ejercitarme en el silencio, en la resignación a***

vuestra divina voluntad y en una constancia invencible... El que habla de esta suerte está él habituado, se ve, a este retiro amoroso.

En las tres meditaciones que siguen, sobre ***La abnegación de Jesús paciente***, sobre ***El menosprecio del mundo***, sobre su ***Celo,*** se nota el mismo ardor y la misma insistencia.

Y siempre, como una obsesión, la queja de Paray-le-Monial sobre la ingratitud de los hombres: ***¿Qué pude hacer a mi viña, que no lo haya hecho? Puesto que os encuentro siempre disputándome unas bagatelas... ¿no haréis nunca nada por amor? ¿Hasta cuándo os estaré oyendo decir: No hay pecado mortal en ello, no estoy obligado? Y Jesús, ¿estaba obligado a morir por vosotros?***

Cuando el grupo selecto estuvo así preparado, durante la Cuaresma, a meditar la Pasión por lo interior, La Colombiére, usando el mismo método en las solemnidades del Viernes Santo, convidó a toda la asamblea, más compacta ese día, a representarse sobre todo los dolores secretos sufridos por Jesucristo.

Las aflicciones del corazón son mucho más frecuentes que las del cuerpo. Hay temperamentos que sufren muy poco al exterior, mas ni las riquezas, ni el trono mismo pueden defender al alma de la tristeza ni de otras pasiones que la turban y la inquietan sumergiéndola en la amargura. De suerte que si es verdad que Jesús ha querido llevar todos nuestros dolores... ha

tenido el Corazón mas cargado que el cuerpo.

Opresión producida por los crímenes del Universo:

Cuando me acuerdo que en Getsemaní tenía delante de los ojos no sólo

todos los rigores que se iban a usar con El, sino también todos los pecados que se habían cometido hasta entonces contra Dios y todos los que se habían de cometer hasta el fin del mundo, me persuado de que esta mortal congoja, este sudor de sangre, esta agonía... no expresan sino una pequeña parte de la aflicción de su Corazón.

Penas íntimas, secretas, tan crueles que los sufrimientos exteriores

eran un remedio o al menos un alivio para su corazón herido de compunción. ¡Oh dolor inconcebible! ¡Oh increíble amargura del Corazón de Jesús que le hace insensible a tan grandes males, que en ellos mismos encuentra incluso una especie de lenitivo!... Sí, señores, en cada sufrimiento que se causaba al Hijo de Dios había siempre algo mil veces más doloroso para su corazón que lo que parecía ser para su cuerpo.

Dolor de tener que soportar la injusticia y la ingratitud de verse sacrificado a la envidia de sus enemigos. Dolor por las calumnias y los desprecios y por verse pospuesto a Barrabás. Dolor por la infidelidad de todos sus discípulos y de sus propios apóstoles... ¿Qué decir de un hombre a quien no le queda ni un

solo amigo en su infortunio? ¡Qué llaga y dolor para un corazón fiel y tierno como el de Jesucristo! Dolor todavía más vivo por almas que no llega a salvar:

Pensad cuál sería su dolor al ver a todo el pueblo judío perderse, ese pueblo suyo tan querido, la porción más bella de su herencia, a reinos, a mundos enteros de infieles, a la mitad de los cristianos seducidos por la herejía y a la otra mitad, exceptuados unos pocos, corrompidos por el vicio y muriendo en el pecado... Nada, Señor, puede compararse a este dolor. La aflicción de vuestro corazón es un océano de aflicción, cuya sola vista me espanta y me llena de tristeza.

Y Claudio concluye, en nombre de todo su auditorio: ***Dios mío, quiero en adelante meditar, sobre todo, esta pasión interior, estas cruces secretas. Quiero dar toda mi ternura a este Corazón afligido.***

¿Cuál fue en relación con estas dos devociones, a la Eucaristía y al Sagrado Corazón, el efecto producido por las predicaciones de La Colombiére? No podemos precisarlo sino por lo que se refiere a la duquesa de York. En su vida de desterrada en Francia, bien en su pequeña corte de Saint-Germain, o en la Visitación de Chaillot, se hallarán sin dificultad reflejos de las enseñanzas recibidas en Saint James. Lo han contado las Salesas testigos de su vida. Cuando esta princesa

entraba en casa, por tardía que fuese la hora, iba a prosternarse delante del Santísimo, y lo mismo hacía cuando tenía que salir aun cuando no hubiese pasado una hora desde que había abandonado la iglesia. Se la vio subir del jardín, donde se aprestaba para salir, a dar tributo de su adoración a Jesucristo. Comulgaba cada ocho días y frecuentemente dos veces por semana; en esos días se levantaba muy temprano, cualquiera que hubiera sido la hora de acostarse; hacía una hora de oración y se confesaba siempre antes de la misa en la que iba a comulgar. En los días solemnes se levantaba a las seis, comulgaba en la misa de comunidad de la Visitación y oía después las misas hasta el mediodía. Se la vio en Moulins, cuando acompañó al rey Jacobo II a las aguas de Bourbon, oír el día del Corpus una Misa Pontifical que duró cerca de dos horas, y luego, como hace notar la Madre de Soudeilles, seguir la procesión del Santísimo, a pie, sin sombrilla, sin lacayo que le llevase la cola, con una vela en la mano y con una modestia angelical que causó la admiración de todos los que la vieron.

En cuanto a la devoción al Sagrado Corazón, fue la duquesa de York la primera, entre todas las personas reales de Europa, en solicitar al Papa el establecimiento de la fiesta solemne pedida por Cristo. Aun cuando la Madre de Lucinge, Superiora del monasterio de Annecy, la santa fuente, se hubiese declarado hacia fines de 1693 poco dispuesta a tomar parte en las prácticas tan singulares que se han introducido desde hacía poco para honrar al Sagrado Corazón, María Beatriz, treinta meses más

tarde, osaba valientemente solicitar esta fiesta para todos los monasterios de la Visitación, con preferencia el viernes después de la Octava del Santísimo. Temerosa de favorecer novedades en un tiempo en que la cuestión quietista estaba en su auge, la Congregación de Ritos no creyó deber otorgar plenamente la petición. Mas en su deseo de conceder un consuelo a los infortunios de la tan benemérita reina de Inglaterra, autorizó el 30 de marzo de 1697 a todos los sacerdotes que celebrasen en las iglesias dele Visitación el viernes después de la Octava del Corpus, a decir una misa que ya existía en la liturgia romana, la de las Cinco Llagas.

María Beatriz debió de gozar mucho recordando la devoción para ella tan querida en su infancia a las llagas y al sagrado costado de Jesús. Más tarde hubiera insistido gustosa en la corte de Roma, pero su confesor el P. Ronga no lo creyó oportuno y ella se aquietó con su consejo.

Por el decreto de 1697 el temor de un oficio nuevo se veía eliminado provisionalmente. Era, al menos, una primera satisfacción dada a los deseos de Cristo, por iniciativa de la regia penitente del P. La Colombiére, el
mismo día que El había fijado.

Capítulo XXII

EXPANSIÓN ESPIRITUAL

Tres meses habían transcurrido desde la llegada del Padre La Colombiére a Londres cuando, hacia mediados de enero de 1677, entró en Ejercicios; ocho días de soledad y oración que la Compañía de Jesús prescribe cada año a todos sus religiosos.

El golpe de vista que Claudio da sobre su alma, le hace escribir:

Me encuentro ahora en una disposición totalmente opuesta a aquella en que me encontraba hace dos años. Me dominaba el temor y no me sentía de ninguna forma inclinado a las obras de celo, por la aprensión que tenía de no poder librarme de los lazos que tiende la vida activa, en la que veía claramente que me iba a meter mi vocación. Hoy, este temor ha desaparecido, todo en mí me lleva a trabajar por la salvación y santificación de las almas; creo no amar la vida sino para eso...

La causa de esta transformación, ¿cuál es? ***Es que no siento tanta inclinación a la vanagloria. Es un milagro que sólo***

Dios podía realizar en mí. Los altos empleos no me halagan como otras veces. Este temor de apegarse a las alabanzas y a la estima de los hombres era antiguamente para él una tentación tan importuna que le hacía casi perder la esperanza de labrar su salvación labrando la de los demás. Hoy todo ha cambiado.

¿Cómo se obró el milagro? Una palabra de Santa Margarita fue como el preludio. Ella le acababa de confiarle: ***Nuestro Señor me ha dado a***

entender que vuestra alma le es muy querida y que El tendrá de ella un cuidado especial. El Padre la interrumpió: ***¿Cómo puede eso conformarse con lo que yo siento en mí mismo? Nuestro Señor, ¿puede amar a una persona tan vana como yo, a una persona que no busca sino agradar a los hombres, a hacerse notar, que está llena de respeto humano? ¡Oh, Padre!*** —replicó la Santa—, ***todo eso no habita en usted.*** Esta palabra le calmó y desde entonces esas tentaciones comenzaron a ser menos frecuentes.

Otras causas habían contribuido todavía más a esta transformación. Primeramente, el éxito que quiso Dios conceder a los pequeños cuidados que puso La Colombiére en Paray-le-Monial; éxito puramente espiritual que, lejos de atraer las alabanzas de los hombres, las alejó. En segundo lugar, las seguridades que por escrito dio Margarita María a su director cuando éste salía para Londres; seguridades cuyas realidades cotidianas le hacen tocar con el dedo la misericordia de Dios para con él.

En resumidas cuentas, que antes de su tercera probación Claudio tan sólo había conocido del ministerio apostólico lo exterior: los éxitos oratorios, frecuentemente bronce sonoro y címbalo retumbante; en París incluso algunos triunfos de salón, en compañía de Bohours y de Rapin. Se espantó de ellos. Después el aspecto gris y taciturno de Paray-le-Monial, que no pasaba de ser un pueblo grande, le habían asegurado contra el temor de los aplausos. Y más que nada el religioso había comenzado a tener experiencia del trato íntimo con las almas, fatigoso, pero cautivador, tan pesado por las preocupaciones, y a veces angustias, que San Pablo lo compara al alumbramiento, pero cuyos intercambios bienhechores dan al director mucho más de lo que él da. Descubrimientos lentos y llenos de admiración de los caminos misteriosos de la gracia en los corazones, esfuerzos que hacen brotar de labios del sacerdote unas veces llamamientos a la piedad divina, otras peticiones de luz o el ***Te Deum*** de la acción de gracias.

En esa absorbente marejada el hombre de Dios no tiene tiempo para inquietarse, pues se siente en ella únicamente mediador, como los ángeles en la escala de Jacob. Su mismo ministerio le parece una oración y lo ofrece espontáneamente a Dios. Por otra parte, ese trabajo, permitiéndolo Dios, se ve frecuentemente envuelto en penas y sinsabores a fin de que no goce demasiado de las satisfacciones humanas. Y si de tarde en tarde, semejante a una bruma, este temor se echa sobre su espíritu, diciéndole: ¿Es verdad que trabajas por Dios solo?, le

sirve de consuelo el dicho de San Bernardo: ***Ni por ti lo comencé ni por ti lo dejaré.***

Una inspiración que recibió en relación con su voto de pobreza, la consideró Claudio como uno de los favores más principales de los Ejercicios.

A fin de que el predicador de la duquesa de York mantuviese un rango digno en la corte, se le había asignado una pensión; lo que constituía una situación nueva para un religioso habituado a vivir en comunidad. ¿Qué hacer? Si por una parte parecía más conforme a su voto el no percibir de este dinero sino lo que pareciese estrictamente necesario para vivir, ¿no exigía por otra la prudencia tener algún dinero en reserva? Mas entonces sería preciso pedir dispensa sin necesidad. Y bajo pretexto de las conveniencias sociales, ¿no iba a proporcionar a la vanagloria y al amor propio un alimento muy delicado? ¿No corría el riesgo de escandalizar a los de Francia inspirándoles con su conducta el amor del mundo y privar a los de Inglaterra al menos de su buen ejemplo? ¿No se iba a entregar con ello a los mil cuidados y espinas de que va acompañada siempre la avaricia? Claudio deja aparecer este temor sin necesidad de conocer la fábula del ***Zapatero llegado a rico.***

Ahora bien; desde el principio de los Ejercicios el pensamiento de que Dios le ha hecho todo para Él aviva en el corazón de La Colombiére el deseo de no oponer jamás resistencia a la voluntad de Dios y de seguir todas sus inspiraciones. Pero ¿cuál es esa voluntad de Dios en el caso

concreto de utilizar ese dinero? ***Nuestro Señor*** —escribe— ***ha dado a entender a una persona que le es muy familiar*** (sin duda Santa Margarita) ***que yo le resistía hacía tiempo en una cosa sobre la que yo dudaba, según creo, por el temor de no obrar prudentemente.*** ¿Se aplicaría este aviso al caso concreto de la pensión? Claudio tuvo la evidencia de que así era, en el quinto día de los Ejercicios.

¿Qué significado podían tener las palabras del memorial traído de Francia: ***que tenga mucho cuidado de no sacar el bien de su fuente?*** El Padre había examinado con frecuencia el significado de estas palabras sin lograr penetrarlo.

Hoy... lo he meditado por largo rato, sin encontrar al principio otro sentido que éste: que debía atribuir a Dios todo el bien que quisiese hacer por mi medio, puesto que Él es la única fuente. Pero después de haber, con mucho trabajo, desviado mi pensamiento de esta consideración, de repente se hizo una gran luz en mi espíritu, con la cual he visto claramente que era la solución de la duda que me había atormentado los dos o tres primeros días de Ejercicios, acerca del uso que yo debía hacer de mi pensión. He comprendido que esta expresión contiene mucho porque lleva a la perfección de la pobreza evangélica,

Desde entonces, precisando de una manera nueva sus compromisos, Claudio hizo voto de consagrar enteramente a obras buenas —alivio de los enfermos y de los pobres, ayuda de los convertidos— lo superfluo de su pensión: a las obras de Dios

los recursos que le venían de Dios. ***Así el bien no saldría de su manantial.***

Quizás se tenga por un tanto arbitraria semejante idea No cabe duda de que hubiera sido más conforme con el voto de pobreza el renunciar a una pensión. Pero lo extraño es que el religioso para convencerse de esa interpretación haya hallado luces decisivas en un aviso tan ambiguo. Y, sin embargo, la cosa es cierta. Claudio insiste en ello en términos que, viniendo de un espíritu tan ponderado como el suyo, no dejan lugar a duda: ***Yo no sabré decir cuánta alegría, qué sentimientos de gratitud, qué confianza en Dios, qué ánimos me ha dado esta vista... Alabado mil y mil veces sea el Señor que ha querido hacerme conocer de esa manera su misericordia y la santidad de la persona por medio de la cual le plugo darme este aviso.*** A nosotros no nos queda sino inclinarnos y reconocer que los toques interiores de la gracia no dejan de ser una realidad viva, aunque no puedan discernirse con los ojos de la carne.

No era la primera vez que La Colombiére comprobaba lo bien fundado de los avisos de Margarita. El anuncio de que ***los demonios harán todos los esfuerzos contra él*** no tardó mucho en realizarse de una manera que le pareció clara: ***Desde que salí de París, el demonio me ha tendido cinco o seis celadas que me han turbado y de las que no he podido salir sino por una gracia particular y después de haber tenido muchas cobardías.*** Lo pasado le servía de garantía para el porvenir y le daba confianza.

El segundo párrafo del memorial decía que el Padre debía

tener una dulzura compasiva para con los pecadores y no servirse de la fuerza sino cuando Dios se lo diese a entender. Claudio declara haber hallado en esas palabras clarísimamente la conducta que debía haber observado para con una persona cuyas acciones le disgustaban desde que llegó a Londres. ***Este papel contenía precisamente todas las reglas que yo necesitaba.*** Lo único que todavía no se ha realizado era la censura que ha de venirle a propósito de sus sermones de parte de personas consagradas a Dios.

Tales afirmaciones —lo mismo que toda la vida de los Santos— son un testimonio en favor de la existencia en el mundo de un plan superior de realidades sobrenaturales que, aun sin saberlo nosotros, obran poderosamente sobre nosotros. Para captar sus efluvios, tienen los amigos de Dios antenas que los demás no poseen. Mas el hombre racionalista, ¿se atreverá a poner en duda el que la naturaleza haya dado a las águilas, lo mismo que a los insectos, sentidos de que él carece? Y porque un salvaje ignore o no conozca nuestros micrófonos, ¿tendrá derecho a negar nuestras emisiones y ondas? En la vida y en la correspondencia del P. La Colombiére todo es profundamente razonable y, sin embargo, nada en ella es valorado desde el solo punto de vista de la razón. Toma sus decisiones según las reglas más meticulosas de la prudencia —se ha dicho inclusive, pensando en sus antepasados, con una prudencia de notario—, pero también según inspiraciones súbitas y según los consejos de personas que sabe están directamente iluminadas por Dios.

Todavía le veremos muchas veces dando suma importancia a minúsculos papelitos de Santa Margarita y atestiguando los muchos provechos que de ello sacaba.

Hs Hs

A los que se representan a La Colombiére como un alma estrecha, oprimida, agobiada por el esfuerzo —prisionero que se ha encadenado por sus propias manos para vivir su vida entera en un calabozo sin luz y sin aire, sin espontaneidad ni alegría— hay que recomendarles que lean las páginas cortas y llenas de estos Ejercicios de Londres. Puede decirse que ha desaparecido la tendencia razonadora y esforzada de los anteriores. Todo aquí, por el contrario, es dilatación, ensanchamiento.

Claudio no tiene sino gratitud para con Dios por el voto que hizo, siendo tercerón, de fidelidad a sus reglas:

Nunca había tenido tanto tiempo para considerarlo despacio; siento una gran alegría al sentirme así amarrado con mil cadenas a la voluntad de Dios. No me espantó la vista de tantas obligaciones, tan estrechas y delicadas, porque me parece que Dios me ha llenado de una gran confianza y porque he hecho su voluntad al aceptar esas compromisos y me ayudará a guardar mi palabra.

Algunos meses después escribirá: ***Cuanto más exacto soy, más me parece que entro en la perfecta libertad: es cierto***

que eso no me molesta; al contrario, este yugo me hace caminar más ligero.

Semejante facilidad y dulzura no se explican sino por una asistencia especial y extraordinaria de Dios, de la que Claudio se da perfecta cuenta por lo que a él se refiere: ***Es evidente que, sin una gracia particular, sería casi imposible guardar ese voto. Y otra vez: Esto lo considero como la más grande gracia que yo he recibido en mi vida...*** Gracia particular... la mayor gracia. ¿Cómo dudar de que sea de orden místico?

Estos lazos de amor le estorbaban tan poco, que en el curso de su vida no temerá La Colombiére añadir otros nuevos. Voto de preferir siempre, cuando tenga opción de escoger, el empleo y el lugar a los que siente más repugnancia: compromiso adquirido al final de su tercera probación. Voto de consagrar todo el dinero de su pensión a obras de caridad; lo acabamos de ver. En fin, como atestigua el P. de la Pesse, por miedo a que se le escapase alguna palabra que diese ocasión a las alabanzas de los demás, hizo un nuevo voto, de nunca decir nada que fuese en ventaja propia.

En el alma del P. Claudio hallamos el mismo ensanchamiento con respecto a la confianza en Dios. El sentimiento profundo de nuestra indignidad sigue siendo a sus ojos el primer apoyo de esta virtud, pues cuanto más está un corazón penetrado de sus miserias, más la confianza que manifiesta para con Dios honra a la infinita misericordia. Esta

doctrina le es tan familiar que la repite sin cesar y la adapta, como veremos, a las necesidades más diversas de sus corresponsales. Y no obstante, a medida que Claudio progresa, este primer motivo de su confianza se trueca cada día en otro más íntimo y más dulce: el hecho misterioso, pero precioso entre todos, de la habitación de Dios en el alma cristiana por la gracia santificante.

Desde hacía ya varios años, La Colombiére había comenzado a impregnarse de las alegrías tan dulces que causa esta presencia. Se recordará en qué términos hizo el 8 de diciembre de 1674 su acto de completo abandono a Dios ***que siempre está en mí y en quien estoy y vivo. Qué a gusto se está*** —añadía— ***en un asilo tan seguro... Con tal de que Dios me aguante, soy muy feliz.*** Es ya una tendencia hacia la oración de simple mirada o simplicidad.

Desde entonces la conciencia que tiene de esta inhabitación divina ha llegado a ser, en vez de la meditación discursiva, su método favorito de oración. Se ha visto a personas favorecidas de la presencia actual y continua de Dios, al llegar la hora de la meditación oficial prescrita por la regla, hacerse violencia para aplicarse al método del razonamiento; mas en vano. Es lo que le pasó a Claudio en los Ejercicios de Londres.

En este final de enero, por un respeto un poco formalista a las costumbres, el religioso quiso, aunque no sintiese ningún atractivo, sujetarse a los puntos ordinarios de los ***Ejercicios.*** Resultado:

Aunque Dios me ha hecho muchas gracias en estos Ejercicios, no ha sido casi nunca en los tiempos de oración: al contrario, me han costado más que de ordinario... Cuando quería entrar en la consideración de un misterio, me sentía ya al principio cansado y con la cabeza rota. ¿No hubiera sacado más provecho con menos fatiga, considerando a Dios en mí mismo y en mi derredor sosteniéndome y socorriéndome, alabando sus misericordias entreteniéndome en sentimientos de confianza, en deseos de ser suyo sin reserva? Me ha parecido que no obraría mal continuando en lo sucesivo como hacía antes, uniéndome a Dios presente por la fe primero, y luego por los actos de las virtudes a las que me sienta inclinado. Me parece que esta manera (de oración) no está sujeta a ilusión porque nada hay tan verdad como el que Dios está con nosotros y que nosotros estamos en él y que esta presencia es un gran motivo de respeto, de confianza, de amor, de alegría y de fervor.

Y el último día de Ejercicios, después de haber renovado su propósito de no poner límites a su confianza y de extenderla a todas las cosas, termina con estas palabras de una sublime elevación: ***Estás en todas partes, dentro de mí y yo en Ti; por tanto, en cualquier parte en que yo esté, en cualquier peligro en que me encuentre, ante cualquier enemigo que me amenace, tengo toda mi fuerza en Ti. Este pensamiento es capaz de disipar en un momento todas mis penas.***

En adelante no será otro el motivo habitual de su confianza. ¿Puede uno, en realidad, imaginarse un alma menos

estrecha y rígida? Tan lejos está la de Claudio de serlo, que ciertas expresiones de este período, separadas de su contexto, nos darían la impresión de un abandono sin vigilancia, impregnado de una especie de quietismo. Resumiendo, al fin de los Ejercicios, las gracias que Dios se ha complacido en otorgarle, La Colombiére escribe: ***El sentimiento más ordinario que he tenido ha sido el de dejarme y olvidarme de mí mismo totalmente.*** De parte de un hombre que ha hecho el voto de fidelidad, este dejarse y olvidarse no denotan el menor átomo de blandura. Es el estado de un alma que no guarda reservas para con Dios, desprendimiento absoluto, despojo total que requiere una vigilancia robusta y un estar perpetuamente alerta. Por eso se concibe el que Claudio haya tenido miedo por tanto tiempo y que ahora mismo sorprenda con frecuencia en sí sentimientos contrarios a ese total abandono.

Pero, en fui, de tal manera se ha habituado ascéticamente a esta vigilancia que ella se mantiene sin ninguna tensión ni esfuerzo. Y aun está resuelto a desprenderse del gran deseo que naturalmente se tiene de hacer muchos progresos, lo que no está exento de amor propio, hace caer en grandes ilusiones y puede llevar a cosas muy indiscretas. Más tarde, en el curso de las experiencias que ha ido acumulando en Londres, su convicción sobre este punto es tal que la formula como una máxima general y universal: ***No hay paz sino en el olvido perfecto de sí mismo; es necesario resolverse a olvidarse hasta de nuestros intereses espirituales, a fin de no buscar sino la pura gloria de Dios.*** Y si algún tiempo después escribe Claudio: ***Siento cada día más***

devoción por San Francisco de Sales, ¿no será porque echa de ver en el santo Obispo de Ginebra un frecuente recuerdo de esta doctrina? El alma se halla entonces establecida en una serenidad tal, que las palabras ***confianza, humildad, abandono total, ninguna reserva, voluntad de Dios, mis reglas —escribe— no se presentan nunca a mi espíritu, sin que la luz, la paz, la libertad, la dulzura y el amor no entren al mismo tiempo.***

Todo este conjunto, principalmente lo que La Colombiére indicaba más arriba sobre las dificultades crecientes en la meditación discursiva, fue lo que hizo que escribiera de él el historiador del ***Sentimiento religioso en Francia: ¿Místico? Todavía no, pero muy próximo a serlo. O más bien, místico sí, pero sin saberlo. Es aún, al menos en apariencia, la oración común, pero que ha alcanzado ese grado de simplicidad en el que se convierte insensiblemente en verdadera contemplación.*** Unicamente extraña que añada el autor: ***Le faltó, lo confieso, un Lallemant o un Surin que le revelasen su propia vocación.*** ¡Cómo si toda la vida de Claudio no fuese una prueba de que, para manifestar sus designios, Dios puede prescindir de los elementos humanos!

Mejor informado, el P. de la Pesse es más categórico. Hablando de las personas que se beneficiaron de la dirección de Claudio —no podía ignorar a Margarita María—, declara: ***Lejos de creer que he encerrado en este prólogo todo su mérito, ellas llevarán a mal el que haya quitado mucha gloria a este gran siervo de Dios. Porque hay quienes saben que el cielo le ha***

honrado con gracias extraordinarias y que se han obrado prodigios en su favor, que son grandes pruebas del rango que tenía delante de Dios. La excusa de un tal silencio es —dice el autor— que no hay que traicionar la modestia de las personas vivas, para glorificar a los muertos. Por lo demás, entre los dones místicos no se han de contar tan sólo las gracias de oración. La penetración de las almas, la seguridad del diagnóstico espiritual tan frecuente en el P. Claudio, allí donde tantos otros no veían nada —y que hacía de él, como se ha dicho, una especie de micrófono sobrenatural, capaz de discernir en todas partes la voz de Dios—, prueban que en este hombre existía un don muy superior de consejo y de sabiduría.

Hemos dicho que el acto de ***ofrecimiento al Corazón de Jesucristo***, colocado por los primeros editores al final de las ***Notas Espirituales***, forma, en efecto, como el coronamiento natural y señala para La Colombiére el término de su ascensión. Despojo completo, olvido de sí y de todo lo que puede relacionarse consigo mismo, no hay ofrenda sincera y leal sin esta condición previa: se requiere, dice Claudio, para quitar el obstáculo que podría impedir la entrada en ese divino Corazón. Advertencia sencilla, de experiencia espiritual, pero infinitamente preciosa, ya que ella basta para fijar las tres etapas sucesivas de la ascensión de esta alma y señalar la unidad

maravillosa de su progreso en la santidad.

En su tercera probación le vemos hacer el voto de fidelidad sin reserva a todas las voluntades de Dios; es el punto de partida en el que se ve, sobre todo, el elemento humano, hecho de generosidad y de valentía. Vida de unión constante, vida de oración en la más dulce confianza y total abandono; es la respuesta divina que hace realidad esta promesa: ***Dad y se os dará***, liberalidad que derrama en el alma la buena medida, llena y desbordante. En fin, don completo de todas sus potencias, satisfacciones, prácticas religiosas, méritos y virtudes al Corazón de Jesús, de tal manera que, estando totalmente despojada el alma de su propia voluntad, Jesús haga en ella Su Voluntad y realmente se cumpla el dicho de San Pablo: ***Para mí, mi vivir es Cristo.*** Tales son, en cuanto el hombre puede penetrar en esos esplendores y la lengua darlos a conocer, las tres etapas por las que el Espíritu Santo condujo a Claudio en su ascensión hacia el perfecto amor de Dios.

Capítulo XXIII

EL PESO DE LAS ALMAS

Para obtener algunos detalles concretos de los efectos maravillosos del celo de La Colombière, nos fijaremos en su correspondencia. La discreción impedía a La Colombière dejar correr su pluma; discreción necesaria para todo director de conciencia, pero más aún en un tiempo en que las conversiones corrían peligro de ser castigadas con una confiscación de bienes o con la cárcel. Por lo demás, las cartas que nos quedan —por motivos que más tarde aclararemos— no están completas. Sin embargo, utilizando las confidencias que en ellas se encuentran, sobre todo en las dirigidas a la Madre de Saumaise, podremos conocer algún tanto el apostolado de Claudio en Londres.

Ello nos introducirá naturalmente en un estudio más general de su correspondencia y nos hará penetrar los secretos de su dirección. Gustosa tarea, puesto que, según el testimonio de Margarita María, que hablaba por experiencia: ***El talento del P. Claudio de La Colombière era el de llevar las almas a Dios.***

* * *

Confieso —declaraba públicamente el predicador de Saint James— ***que desde que la Providencia me ha traído a este reino, siempre que pienso en el gran número de almas que se pierden en él, lo hago con el corazón traspasado de dolor.*** Amor compasivo y doloroso; he ahí la primera cualidad del director. Amor práctico también y en las más mínimas cosas. Apenas si ha pasado un mes desde que llegó, y escribe: ***Ya me he acostumbrado a la vida de los ingleses, como si de hecho me hubiese educado en Londres.*** Y el P. de la Pesse dice por su parte: ***Se alimentaba a la inglesa aunque tuviese una gran repugnancia y sufriese mucho.*** No echaba de menos ni el hermoso cielo de Aviflón. Del sol de Londres, que en los días tristes de invierno se hunde en la niebla espesa, hasta la noche, La Colombiére dice con gracejo que ***aparece un momento al salir, como para indicar a los hombres que comienza su carrera, y que si durante el resto del día no se deja ver, no por eso deja de estar presente.*** Claudio se contenta con esta luz matinal, símbolo de la manifestación fugitiva concedida al mundo por Jesús el día de la Epifanía.

No siendo el francés en Londres sino la lengua de la diplomacia de la corte, tuvo que aprender el inglés, y lo aprendió, por cierto, muy pronto. ¿No había hecho voto de guardar todas las reglas? Pues una de ellas dice: ***Todos aprendan la lengua de la región en que residen.*** Hablando de sus cartas a una salesa

inglesa de Charolles, el Padre advertirá: ***Si la Hermana Directora no juzga correcto el que me sirva de esta lengua extranjera, me lo avisaréis.*** Y a una religiosa cuyo padre acababa de morir: ***Pongo en inglés unas letritas para su madre. Me gustaría conocer un poco más esta lengua para decirle más largo y mejor lo que yo pienso.***

No obstante sus esfuerzos de adaptación, no tardaron en surgir dificultades. En el mes de febrero: ***El demonio me ha tendido toda clase de lazos.*** Un poco más tarde: ***Yo no veo aquí sino muchos escándalos y necesito que me enseñen el modo de guardarme contra los malos aires que se respiran en país hereje.*** Y también: ***No corro aquí otro peligro que el del alma, la cual está expuesta a todos los riesgos que se pueden imaginar.*** Y de nuevo: ***Aquí los peligros son infinitos y no se cuenta con más ayudas que las que vienen de Dios.***

Pero prevalece el optimismo. Si halla muchos y grandes desórdenes que corregir, también encuentra mucha buena voluntad en las gentes. A su hermano Humberto escribirá: ***En medio de la total corrupción que la herejía ha producido en esta gran ciudad, yo encuentro mucho fervor y virtudes perfectas... ¡Dios mío, las mujeres santas que yo conozco aquí! Si te dijese de qué manera viven, te llenarías de admiración.*** Y a la Madre de Saumaise: ***Todos los días veo nuevos y grandes efectos de la gracia de Dios en las almas... Hoy he recibido la abjuración de una joven, hasta hoy muy obstinada en su error. Ruegue usted a Dios por ella. Hace apenas ocho días tuve otra... Dios es en***

todo admirable. Escribiría un libro con las misericordias de que me ha hecho testigo desde que estoy aquí.

Por lo demás, persuadido de que una persona que tiende a la perfección da más gloria a Dios que cien vulgares, La Colombière experimenta ***un celo mayor para ayudar a las que quieren subir a la perfección y para comunicar ese deseo a las que no lo tienen.*** De esta ambición que él siente hace partícipes a sus oyentes en Saint James: ***Yo no tengo dificultad en proponer estos puntos de piedad más elevada, porque estoy persuadido —y es la experiencia la que me ha persuadido de ello— de que se desconfía mucho de la buena voluntad de los oyentes y que muchas almas se arrastran por no saber cómo elevarse... Aun cuando no hubiese más que una sola alma destinada a ser de Dios, me llenaría de desesperación si por culpa mía careciese de las instrucciones necesarias.***

¿Cómo permanecer sordos a tales llamamientos?

Me veo obligado a decir para confusión mía —confía el Beato a la M. de Saumaise— que Dios se sirve de mí todos los días para formar en la piedad a almas que en poco tiempo me adelantan en todo... Tengo las más bellas esperanzas del mundo, pero tiemblo constantemente por miedo a arruinarlo todo con mis infidelidades. Ahora hay cinco personas que vienen a verme a fin de abjurar de su herejía, dos de las cuales han sido religiosos; las otras son dos señoritas francesas y un joven inglés.

Al mes siguiente todos progresan: ***Hay tres o cuatro que***

no tienen para con Dios ninguna reserva y que hacen todo lo que yo deseo, y dos semanas más tarde, en la fiesta de la Visitación:

Dos señoritas de unos veinte años han escogido este día para consagrarse a Dios por el voto de castidad perpetua. Dos jóvenes viudas querían hacer lo mismo; pero me ha parecido más conveniente dejarlas para la Asunción. Dios Nuestro Señor me envía todos los días almas que me parecen escogidas y que se entregan a Él muy generosamente; tres que piensan en el estado religioso y otras dos que, desde algún tiempo a esta parte, según parece, no andan lejos de pensar en lo mismo.

Perfección cristiana en el mundo o en el claustro, ¿cómo se ingeniaba La Colombiére para llevar a ella a las almas?

Antes que nada por la persuasión de que la entrega total de sí mismo a Dios es la condición necesaria para la verdadera felicidad. No es casualidad que el primer tratado de las ***Reflexiones cristianas*** trate de ***La dulzura de la virtud. El mundo sostiene que el yugo de Cristo es insoportable, mas Jesucristo mismo dice que es dulce. Que sus mandamientos son difíciles, lo dice el mundo, es decir, los que no entienden nada; mas todos aquellos que los han experimentado sostienen lo contrario.*** Por tanto, se impone la actitud de la gente sensata. ***Puesto que todos buscan la alegría, no atraeremos nunca los hombres al bien sino haciéndoles concebir la esperanza de ella... Como nadie se deja atraer sino por la alegría, nadie se***

cambia en mejor sino por la esperanza de una alegría mayor.

Mas ¿cómo llevar a los demás a esta convicción si nosotros estamos tristes y abatidos? Es preciso que el gozo se desborde de todo nuestro ser. ***Si***

las recompensas que Dios concede ya aquí abajo a los que se entregan a El sin reserva —declara a sus oyentes—***pudiesen ser conocidas... veríamos a la mayor parte de la gente darse a la devoción.***

Jesucristo ha prometido el ciento por uno y yo os puedo decir que nunca he hecho nada sin que haya recibido no cien, sino mil veces más de lo que yo había dado. ***Quam bonus Israel Deus his qui recto sunt corde.*** ¡Oh Israel, si tú supieras cuán bueno es tu Dios y cuán liberal! Lo es para con sus enemigos; mas para con los que le sirven es para quienes guarda sus profusiones, sus caricias y dulzuras, tales que no se pueden decir, que no se pueden callar y que apenas se pueden llevar.

Sin embargo, ¡cuántos obstáculos hay que vencer para persuadir eficazmente! El miedo al qué dirán o respeto humano parece haber sido, en los medios evangelizados por nuestro apóstol, uno de los más grandes, y aun, dice él mismo, el más grande obstáculo que encontramos para la verdadera piedad. ***Vemos todos los días que el miedo a ser ridiculizado, a ser tenido por beato o por hipócrita, ahoga la mayor parte de las buenas resoluciones... Esta vana aprehensión... es lo que desbarata casi todos los planes de Dios.*** Tal es el poder de ese

fantasma vano, ilusorio, que le desconsuela más que ninguna otra cosa:

Cuando veo a almas del todo persuadidas y convencidas, que no tienen apego a los bienes, ni demasiado amor a los placeres, que conocen o saben lo que es la santidad y sienten que Dios las llama a ella y que, no obstante, desprecian todos esos sentimientos y hacen inútiles todas esas disposiciones por el dichoso respeto humano, por consideración a lo que pueden pensar de ellas y que quizá nunca se pensará, señores, entonces siento el corazón traspasado de dolor y casi no puedo consolarme.

No faltaban quienes objetaban su indignidad. ¿Tender a la perfección? Presunción, locura. ¿De quién es la culpa? —respondía el director:

Si no acudís a las fuentes de la gracia, ¿por qué os extrañáis que no sintáis su virtud? Pues decidme, cuando os habéis sentido molestados por la tentación, ¿habéis vuelto los ojos al crucifijo para pedirle su ayuda? ¿Cuándo el temor de caer os ha llevado a postraros con el rostro en tierra y a pronunciar del fondo de vuestro corazón estas palabras u otras parecidas: ***Domine, salva nos perimus,*** Seno, estoy perdido si no te apiadas de mí?

Estas exhortaciones no producían en todos los mismos efectos. Entre sus oyentes el predicador se había fijado en una joven viuda de veintisiete o veintiocho años, que nunca faltaba a los sermones, en los que derramaba copiosas lágrimas a la vista de todos los asistentes.

En medio de la corrupción más general, esta dama de la primera nobleza ha mantenido una reputación intachable, no obstante que su belleza y sus talentos la han expuesto a las más fuertes tentaciones... Tiene muy frecuentes deseos de entregarse a Dios y aun de abandonar el mundo; pero es rica, vive en la opulencia y le cuesta mucho resolverse a renunciar a la vanidad.

Con estas palabras se designa sin duda a lady Sofía Bulkeley, prima de Carlos II y dama de honor de la duquesa de York, aquella de quien el embajador Courtin, que la llama madama Baucley, declara que es, después de madama Middleton, la mujer más hermosa que hay en Inglaterra. La Colombiére añade:

Si esta dama hiciese algo por Dios, sería de un gran ejemplo, porque ciertamente no hay en toda la corte una mujer que se le pueda comparar por sus bellas cualidades de cuerpo y de alma. Llora amargamente por la resistencia que opone a Dios y me asegura que Dios no ha dado a nadie una convicción mayor de lo que es la vanidad del mundo y de la obligación que tenemos de pertenecerle... Es extraño que el demonio se sirva para detenerla de un falso respeto que le han infundido para con el cuerpo de

Cristo... Habiéndole hecho prometer que lo recibiría al menos cada quince días durante tres meses, me manifestó de tal manera la gran pena que sentía, que me dio compasión y hasta me dijo que no era nada todo lo que yo le exigía en su comparación, y que le partía el corazón al hacerle esta demanda. Me mantuve firme, sin embargo, y ella me lo prometió.

Cuatro meses más tarde, por fin, la hallamos totalmente convertida y con un tan gran pesar de no haber abandonado todo por Dios, que a poco muere de tristeza. Sofía Bulkeley acompañaría a María Beatriz como dama de honor en el trono y más tarde en el destierro de Saint-Germain.

Me quejaba de la lentitud de la otra; ésta no me ha costado nada; todo se hizo ya en la primera conversación... Primeramente Dios le ha dado consolaciones inenarrables, le ha hecho dar en poco tiempo todos los pasos necesarios... a fin de desprenderse de todas las cosas y aun para quitarse la esperanza de volverse a lo dejado. Hoy está metida en tribulaciones tremendas,

como no he visto otras. El demonio hace todo lo que puede para quitarle ánimos, pero Nuestro Señor la sostiene de una manera admirable.

Otra vez es un joven comerciante de veinticuatro años, que viene a consultar con el Padre sobre el plan que tiene de abandonar el mundo y de ir a pasar sus días en países desconocidos, pidiendo limosna y dándose a todas las austeridades, para las cuales cree que su robusto cuerpo tiene fuerzas suficientes. Una especie de Benito Labre o de P. Foucauld. El Padre lo pone en observación y al cabo de dos meses se da cuenta de que el espíritu de oración a que lo había levantado Dios Nuestro Señor aumenta cada día con luces tan particulares y delicadas, sobre la práctica de las más excelentes virtudes, que no puede admirarlo bastante.

¿Qué de extraño tiene que hubiese algunas resistencias, cuando se piensa en el total abandono que el director reclamaba en nombre de Dios? Estas exigencias las veremos en el capítulo siguiente. Más bien nos habremos de extrañar que en tan poco tiempo haya podido llevar tantos corazones a la perfección.

Este talento de llevarlas almas a Dios, atestiguado por Margarita María, no era tan sólo el resultado de un carisma celestial, sino también de unas cualidades naturales pacientemente desarrolladas. Observador y psicólogo sagaz, habituado al análisis interior, La Colombiére era maestro en penetrar en los demás los dédalos en los que se esconde y se

pierde frecuentemente la conciencia. Dotado de espíritu claro, justo y metódico, sabía prescribir a cada uno, según sus necesidades, el remedio útil y la consigna salvadora.

Y si su bondadosa sonrisa conseguía que los aceptasen, era porque se veía que junto a sus mandatos ponía todo su corazón, corazón de santo y que, como su Maestro, no enseñaba nada, ni daba ningún consejo sin que él primeramente lo hubiera practicado; eso les convencía.

¿Habrá que contar entre los ministerios apostólicos del P. La Colombiére en Londres la relación que tuvo con Carlos II? El P. de la Pesse, viviendo todavía el Rey, lo afirma como un hecho de todos conocido y dice que Claudio tuvo tres o cuatro entrevistas con el rey de Inglaterra.

Que estas entrevistas tuvieron por objeto la conversión siempre anhelada y siempre en suspenso del monarca, se lo puede uno imaginar, a pesar de que la conducta más que ligera de Carlos no permitía al religioso concebir sino esperanzas muy lejanas. Al menos, ¿no debía sentir para con él, como para con todos los pecadores, una dulzura compasiva?

Cuando pasados algunos años, la víspera de su muerte, los obispos anglicanos propongan al rey los últimos auxilios de la comunión protestante de la que por algunas horas todavía era el jefe, Carlos II, manifestando arrepentimiento de sus pecados, los

alejará y manifestará acto seguido al duque de York su deseo de morir en la vieja religión de su madre, de su hermana y de la reina su esposa. En las manos del P. Huddleston —***este hombre, Sire, que, después de haberos salvado la vida, viene ahora a salvar vuestra alma***—, en presencia de los condes protestantes de Bath y de Feversham requeridos como testigos, Carlos pronunciará su abjuración y luego en la plenitud de sus sentidos recibirá la Extremaunción y la Santa Eucaristía. Así franqueaba —según la expresión de Arturo Bryant—, ***en la hora de su Viático, las puertas de la antigua comunión, en la que, menos dos o tres excepciones, habían vivido y muerto los numerosos cristianos y cristianas de quienes descendía.*** Muchos indicios hay que nos permiten afirmar que esta conversión no fue un mero sentimiento, sino el resultado de una convicción sincera, obstaculizada por intrigas inauditas de política interior. ¿Habría que tachar de pura hipocresía tantas negociaciones secretas realizadas desde el tratado de Dover, especialmente por los intermediarios P. Saint-Germain y Coleman? Si no se hubiese sentido perseguido por la nostalgia del catolicismo, ¿se habría presentado Carlos tan frecuentemente en las capillas católicas de la Reina y de María Beatriz para oír los sermones o asistir a los oficios? Y más aún, ¿por qué esos documentos que declara el duque de York haber encontrado ***entre los papeles de mi difunto hermano el rey, escritos de su propia mano***, relaciones detalladas de cinco o seis páginas al menos, de varias conversaciones sobre la única y verdadera Iglesia fundada por Jesucristo, la cual no puede ser otra

que la llamada Iglesia católica romana? Resúmenes, sin duda, redactados por un sacerdote y que el rey había copiado personalmente para no comprometer a su autor.

Las entrevistas de La Colombiére con Carlos II, a las que hace referencia el P. de la Pesse, pudieron ejercer su influencia en la conversión del monarca. ¿No son los santos sobre la tierra los signos sensibles de Dios y los transmisores naturales de sus gracias? ¿Habrá además que atribuir a Claudio la redacción de los dos famosos documentos tan cuidadosamente conservados por el rey? Así lo quieren algunos y pretenden ver en esas páginas su estilo, su manera sencilla, fácil y rápida en el discurrir y aun su mismo proceder en el empleo de las autoridades que alega. Un semejante esfuerzo de crítica interna nos parece un tanto engañoso.

Lo cierto es que el P. La Colombiére escribía el 12 de julio de 1678 a la M. de Saumaise: ***Entreveo buenos negocios que Dios se prepara para su gloria;*** y el 19 de setiembre siguiente: ***Tengo entre las manos las más bellas esperanzas del mundo para el año que viene***, y en octubre estas palabras: ***Veo una gran mies***, a las que sigue esta reticencia: ***No puedo escribirle todo.*** Libre es cada uno de interpretar estas palabras según su fantasía. Es muy posible —¿pero cómo probarlo?— que se refieran a las esperanzas concebidas por Claudio como consecuencia de sus conversaciones con el monarca.

* * *

En la primavera de 1678 debían celebrar los jesuítas en todos los países las congregaciones provinciales, que normalmente agrupaban, cada tres años, hasta el número de cuarenta, a los rectores y profesos más antiguos de cada Provincia.

En un reino como Inglaterra, del que todo sacerdote británico estaba excluido, una tal reunión parecía una temeridad; tanto más cuanto que muchos de los delegados debían venir del destierro, de las casas establecidas en el norte de Francia y en Flandes. La Congregación, no obstante, se celebró y en condiciones excepcionales. Con el consentimiento del duque de York, que quiso dar a su capellán Bedingfíeld, miembro de la Congregación, esta señal de amistad, los Padres tuvieron sus sesiones en el mismo palacio de Saint James. La Colombiére, no perteneciendo a la Provincia inglesa y siendo además demasiado joven de profesión, no tomaba parte en la asamblea. Pero fuera de las reuniones oficiales ¡qué alegría la de hallarse por unos instantes en comunidad! ¡Y qué emoción si hubiese podido prever que, de esos cuarenta delegados, nueve iban a confesar su fe con el martirio y tres en los tormentos de una prisión!

Esta asamblea, de la que a los pocos meses Titus Oates denunciará negros y siniestros planes, tuvo tres modestas sesiones que por causa del peligro se despacharon dos por la mañana tan rápidamente como lo permitía el Instituto de la Compañía.

Lo que Titus Oates y sus cómplices —y aun Shaftesbury— no supieron nunca es el sitio en que tan audazmente se habían reunido pacíficamente los Padres congregados. Supusieron que las sesiones se habían tenido allí donde se fraguan los complots de sus congéneres: en un garito, en ***la taberna del Caballo Blanco.***

En la existencia de La Colombiére, estas alegrías fraternas señalaron tan sólo un intermedio y bien corto. Para él el pan cotidiano eran los trabajos cada día mayores y más por encima de sus fuerzas; y a veces, hay que decirlo, los fracasos. Esos fracasos fueron un gran estímulo e hicieron mucho provecho a su humildad, pues aumentan ***en mi corazón una persuasión muy fuerte y muy clara de lo poca o nada que nosotros contribuimos a la salvación de las almas, y me dan una vista muy nítida de mi nada.*** Ocho meses después de su llegada a Londres, reconocía haberse dejado engañar ***dos o tres veces y quizás cuatro*** por apóstatas. A la M. de Saumaise, que le recomendaba en una carta más prudencia, respondía Claudio: ***A Dios gracias, lo único que he perdido ha sido dinero.***

Por lo demás, aun en la misma vuelta de una oveja descarriada al redil, las alegrías del apóstol van mezcladas con sufrimientos. Margarita le había predicho que las mismas personas consagradas a Dios le causarían penas y no aprobarían lo que él dijera para conducir las almas a Dios. Más de un año se había pasado sin que esto se verifícase, cuando de repente se presenta la tempestad y precisamente —anota él— a propósito de la persona que se ha convertido espontáneamente: ***sin que a mí me haya costado nada. Estuve tentado de abandonarlo todo, por temor a una gloria que parecía poder escandalizar y quebrantar la caridad.*** Claudio se acuerda muy a tiempo de la predicción y recobra fuerzas y confianza.

Tantos trabajos acabaron por fin por abatirlo. Una

expresión suya de fines de 1677 nos lo deja entrever: ***Gracias a Dios gozo de mucha salud:***; y a renglón seguido, como si tuviera un presentimiento: ***No sé si será para mucho tiempo.*** Y este presentimiento y temor fue realidad en la Cuaresma del año siguiente: ***En cuanto a mi salud, que tanto me recomienda usted, no es ciertamente buena... y si continúa así temo que mis oyentes oigan peores sermones.*** Dos meses más tarde confiesa que este ministerio impone ***más cruces interiores y exteriores de lo que parece. El cuidado de las almas produce mil inquietudes, a causa de la resistencia que hacen a la gracia o de la inconstancia del espíritu humano, del que no puede uno prometerse nada.***

En fin, a instancias reiteradas de la M. de Saumaise, Claudio no puede ocultar por más tiempo el agotamiento que le está minando: ***Es cierto que me resiento un poco del pecho, sitio por donde yo me creía invulnerable. En este país está uno muy expuesto a ello, porque se quema un carbón de***

piedra que produce un humo muy malo. La molestia que siento es poca, y creo que el estudio es lo que contribuye más que ninguna otra cosa.

Carbón de piedra, estudio... ¿dos responsables? Es curioso que por el mismo tiempo, para explicar un mal de garganta que padecía Carlos II, Courtin escribe: ***Es un mal común y ordinario en los que viven en Londres y es efecto del polvo de carbón.*** Más es efecto, sin duda, de las nieblas, y para La Colombiére, además, consecuencia de sus austeridades. En el terceronado, dando gracias a Dios por los favores con que le había inundado el alma en Navidades, decía: ***Me obligaréis a hacer excesos, porque ¿qué no haría yo, si no me obligaseis a obedecer a mi director, para merecer un momento de esas dulzuras con que me llenáis?*** Dejado a sí mismo en Londres, ¿no se entregaría a ciertos excesos? En vez de prohibir que se le encendiese un fuego particular, ¿no hubiera hecho mejor aceptando un poco de calor, aun producido por el ***carbón de piedra***? No cabe duda de que tenía conciencia de ello; pues tres meses después de Cuaresma escribía, a propósito de las almas a él encomendadas: ***Yo no me cuido nada y hago por ellas*** (las almas) ***muchas cosas que parecen contrarias a mis propios intereses, mas yo sólo quiero cuidarme de los de Dios.***

Resultado: ***Comencé a echar sangre la víspera de la Asunción... Lo dejo todo en manos de la Providencia.***

Ahora bien; sucedió —coincidencia muy destacada para ser casual— que en cada una de esas pruebas, en cada uno de esos

fracasos de apostolado y quebranto de salud, le llegaba de Paray-le-Monial, de parte de Margarita María, un mensaje corto, pero denso, que le reconfortaba. El 3 de marzo de 1677:

Del último mensaje de la Hermana Alacoque, me parece haber comprendido todo menos esta expresión: «sin reserva». Eso abarca tanto que temo mucho no poder cumplir ese consejo. El 30 de abril de 1678: ***Tengo tan firme convicción en la fe de las cosas que Nuestro Señor le descubre, que pienso que no tengo ningún mérito en creerlo.*** El 6 de mayo: ***Creo que, sin los avisos contenidos en el billetito de la Hermana Alacoque, no hubiera podido sostenerme en los sufrimientos que he tenido, los cuales nunca han sido tan violentos como cuando más ahogado estaba de trabajo.*** El 9 de mayo: ***He recibido de ella tres o cuatro (billetitos) que son la alegría de mi vida. Dios sea bendito eternamente porque se digna ilustrarnos a nosotros, pobres ciegos, por medio de las luces de las personas que más están en comunicación con El.*** El 27 de junio: ***No le sabría expresar bien cuán a propósito han venido sus avisos. Aun cuando ella hubiera visto mi interior, no me hubiera dicho nada más adecuado.***

De esta época, en efecto, es el episodio contado por la M. de Saumaise. Habiendo Nuestro Señor hecho ver a Margarita las cruces y las penas interiores por las que pasaba el P. La Colombiére en Inglaterra, ella avisó a la Superiora y le presentó una carta destinada a su director, la cual contenía cosas muy consoladoras que Jesucristo le había dictado. La M. de Saumaise

no se contentó tan sólo con dar curso a la carta o billete, sino que lo copió sin decir nada a nadie. ***Sin embargo*** —cuenta ella—, ***vino la Hermana y me dijo que al copiarla había cambiado alguna cosa y que***

Nuestro Señor no lo quería sino como El se lo había hecho escribir. Al releerlo hallé, en efecto, que había puesto algunas palabras, las cuales, aunque bastante semejantes, tenían menos fuerza.

Como consecuencia de la hemoptisis de agosto, Claudio se encontró tan débil y abatido que no se sentía capaz de hacer frente a los trabajos de un nuevo año. Ahora bien; el mismo día en que, al salir de una consulta médica, se resolvió a abandonar Inglaterra: ***Recibí*** —cuenta a la M. de Saumaise— ***su carta y el billetito escrito de su mano... Comencé a cambiar de opinión y pienso que todavía me quedaré aquí... dispuesto a vivir y morir.*** Seguían dos páginas de realizaciones y proyectos.

Mas la enfermedad implacable le había cogido, lo que aumentaba sus indecisiones:

He estado a punto de morir de un nuevo vómito de sangre. A punto he estado de volver a Francia, porque mis Superiores de aquí lo habían dejado a mi elección y porque la mayoría de la gente así me lo aconsejaba. Los médicos no me han dejado, diciéndome que no estaba en condiciones de hacer el viaje y que podría recuperarme... No puedo ni escribir, ni hablar, ni casi rezar... Nunca he tenido tantos deseos de trabajar y no puedo

hacer nada. Que se cumpla la voluntad de Dios: no merezco servirle.

Para acabar este capítulo, esta comprobación dolorosa: ***Por culpa mía estoy en el estado en que me encuentro. Pido a Nuestro Señor que me castigue y que me perdone.***

A esta incertidumbre vendría a poner punto final la persecución brutal. Mas antes de ver esta última bienaventuranza aureolar la frente de La Colombiére, acabaremos la exposición de sus trabajos en el país de las cruces y le veremos enviar desde Londres, salidos de su pluma, mensajes llenos de sabiduría y amor para iluminar las almas.

Capítulo XXIV

CORRESPONDENCIA Y DIRECCIÓN

Por muy entregado que estuviera el P. La Colombière al apostolado de Londres, no olvidaba, sin embargo, las muchas almas que había dejado en Francia. El gran número de personas a las que hay que hablar o escribir no le deja reposar. De todo ello resulta una voluminosa correspondencia, de la que solamente una pequeña parte ha llegado hasta nosotros. Aunque el arzobispado de Lyón, menos de un año después de la muerte del Beato, aprobó

una recopilación de sus ***Cartas espirituales***, ninguna vio la luz antes de 1715. Lejos de quejarnos de los destinatarios por esta tardanza, les hemos de estar agradecidos, porque de buena gana nos han entregado esos tesoros con sus secretos. Y ¿cómo hemos de reprocharles que en esas cartas hayan sustraído, no dejándolas caer en manos del público, las páginas más íntimas, las que serían para nosotros más interesantes, por su psicología?

Cuando, por fin, se tomó la resolución, después de treinta y dos años de dudas, de darlas a la imprenta en una primera recopilación, los editores suprimieron en 128 de las cartas, entre 139, no sólo los nombres de los destinatarios que aún vivían, sino también ciertos artículos que los habrían señalado demasiado. Desaparecieron con frecuencia las fechas y la localidad de donde proceden; y aun a veces, para engañar, el texto fue amañado de suerte que ciertos acontecimientos contados en una misma carta no concuerdan entre sí, ni en cuanto al sitio, ni el tiempo. Además, siendo tenido La Colombière como responsable de la devoción al Sagrado Corazón, tan combatida en 1715, es de temer que hayan sido quitados ciertos detalles que podían acentuar las críticas.

Por esta causa, ¿cuántos esfuerzos hechos por el honor del Corazón de Jesús no serán nunca conocidos? La personalidad del escritor era demasiado conocida y acusada para que, a pesar de todas las podas, no hayan publicado los editores, bajo forma epistolar, sino el ***Manual del perfecto director.*** Sin embargo, al leer las cinco cartas autógrafas que subsisten y al compararlas con

las demás, siente uno el temor de que muchos matices y muchas huellas, de sana y sonriente humanidad, que daban a esta correspondencia su sello peculiar, hayan desaparecido de las ciento cuarenta y cuatro cartas de las que sólo tenemos copias impresas.

Después de pacientes investigaciones, el P. Charrier ha conseguido restablecer el nombre o al menos la calidad de casi todos los corresponsales de La Colombiére: su hermano Humberto, su hermana Isabel, salesa; algunos jesuitas, el señor Bouillet, cura párroco de Paray-le-Monial, y ciertos congregantes de la ciudad, Santa Margarita María y la M. de Saumaise, Madame Houel de Morainville, abadesa de ***Bénissons-Dieu;*** Madame y Mlle. de Lyonne, las dos hermanas Maymaud de Bisefranc y

diversas religiosas de Santa María o de Santa Ursula. No queda ninguna huella de las cartas que Claudio escribiera quizás al cardenal de Bouillon y ciertamente al P. de la Chaize, Provincial.

HsHs*

Por la época en que apareció la primera recopilación de esas cartas, corrían entre el público muchos libros en los que la ascética y la mística cristianas eran presentadas en un lenguaje quintaesenciado, cuya rareza servía únicamente para cubrir errores jansenistas o quietistas. Por todo ello declaraban los editores: ***Las cartas de este santo Director no son***

amontonamiento de términos misteriosos que con frecuencia no significan nada y son propios para halagar la vanidad de las personas que creen poseer una perfección elevada, porque se les habla en un lenguaje que no entienden. Ellas no descubren nuevos caminos de perfección, siempre sospechosos; ellas no conducen, por unir ilusión muy común en nuestros días, a engañarse en la devoción tomando lo superficial o accesorio y dejando lo sólido y esencial. A fin de evitar toda sorpresa, lo esencial de la perfección cristiana y religiosa a la que La Colombiére, en efecto, no deja de empujar, estaba así concebido: ***La práctica de las virtudes sólidas que unen perfectamente al alma con Dios mediante la destrucción del amor propio.*** De ahí que esas cartas sean útiles no sólo a los que tienden a la perfección, sino también a sus directores.

Bajando a continuación al detalle, lo primero que los editores destacan en esta correspondencia es un llamamiento incansable a la confianza, lo que no deja de ser notable, cuando se piensa que escribían en plena tormenta jansenista, dos años después de la bula ***Unigenitus. Aprenderán a no arrojar en la inquietud y en la desesperación a un alma que ha caído en grandes pecados; sino a aprovecharse de sus caídas para llevarla a una más alta santidad, mediante una gran confianza en la misericordia infinita de Dios, una humildad más profunda...***

Para combatir, en efecto, la inquietud provocada por nuestras faltas

pasadas y por la convicción de nuestras miserias, Claudio es inagotable. El mismo ha hecho la experiencia. Quizás bajo la influencia inconsciente de los Solitarios de Port Boyal, invitando al alma a la contemplación perpetua de su maldad nativa, hasta ha experimentado en su carne el escalofrío de esta desesperanza que nos oprime, a veces, en el momento mismo en que Dios se dispone a llenarnos de sus favores. Ya recordará el lector el vigor con que censuró este temor en la joven abadesa de ***Bénissons-Dieu. Cuando me siento débil es cuando soy más fuerte, porque lo puedo todo en Aquel que me conforta.*** Hace tiempo que su teología de la confianza está asentada sobre esta roca. Ahora hace comercio con ella, por decirlo así.

La más débil de todas las criaturas —escribe a una salesa— no tiene más motivos de desesperar que la más fuerte, porque nuestra confianza está en Dios que es igualmente fuerte para los fuertes y para los débiles. Nunca hará usted lo bastante para meterse en la cabeza la idea de que es Nuestro Señor principalmente el que, no obstante nuestros pecados, hace todo en nosotros; y que no hay que mirar a nuestras faltas y debilidades, sino esperarlo todo de él.

Si le objetan: ***No avanzo nada corrigiendo mis defectos***, replica: ***No por eso se deja de avanzar en el amor de Dios al combatirlos. Toca a Dios el destruir nuestras pasiones y lo hará cuando quiera; pero es nuestro deber el reprimirlos e impedir que estallen y nos lleven al mal.*** Y más adelante: ***Habría que***

vivir en un perpetuo enfado y disgusto si hubiera que disgustarse por todas las faltas que se cometen; hay que contentarse con humillarse delante de Dios y con aceptar las mortificaciones que nos causan. Por otra parte, esas mismas deficiencias pueden convertirse en fuentes de méritos: ***Todo lo que le desconsuela y le hace creer que está perdida, sufrido con paciencia, humildad; conformidad con la voluntad de Dios, se trocaría en un tesoro que la enriquecería más en un día, que un año de consolaciones y éxtasis.***

Si yo estuviese en su lugar, he aquí cómo me consolaría. Yo diría a Dios con confianza. Señor, he aquí un alma que está en el mundo para ejercitar vuestra misericordia y para hacerla brillar ante el cielo y la tierra. Los demás os glorifican haciendo ver cuál es la fuerza de vuestra gracia, por su fidelidad y constancia, y cuán dulce y liberal sois para los que os son fieles. En cuanto a mí, yo os glorificaré haciendo conocer cuán bueno sois para con los pecadores y que vuestra misericordia está por encima de toda malicia, que nada es capaz de agotarla, que ninguna recaída, por vergonzosa y criminal que sea, debe conducir a ningún pecador a la desconfianza del perdón. Os he ofendido gravemente, oh amable Redentor mío, pero sería mucho peor si os hiciese esta grave ofensa de pensar que no sois tan bueno como para perdonarme.

En fin, si los pensamientos de eterna condenación continúan torturando al alma, Claudio le aconseja que ***en la***

oración y fuera de ella se mantenga a los pies de Cristo, como la más imperfecta y la más desgraciada de todas las criaturas y como la que más merece el infierno.

No deje, sin embargo, de poner en El toda su confianza...Sepa que busca a los que le ofenden y que es por los pecadores por quienes se ha hecho hombre. No se aparte de sus pies adorables y estréchelos tan fuertemente que, si quisiera precipitarla en el infierno, se vea como obligado a ser arrastrado con usted.

¿Es posible hallar un medio más apto para dar serenidad a un alma que duda en su desesperación?

El tono puede variar según las circunstancias. Mas siempre es la misma la doctrina, profundamente humana, plenamente divina. ¿Quién, pues, al acercarse la muerte, no desearía recibir una carta como la que sigue?

Bien, hermana mía; hay que pensar en el Paraíso y hacer a nuestro buen Maestro el sacrificio de esta miserable vida que hemos recibido de Él... ¿Sabe lo que a mí me serviría a excitar la confianza, si estuviese yo también próximo a ir a dar cuenta a Dios como me dicen que está usted? Pues sería precisamente el número y la gravedad de mis pecados. He aquí una confianza digna de Dios, la cual, lejos de dejarse abatir a la vista de sus faltas, se fortifica, al contrario, en la idea infinita que ella tiene de la bondad de su Creador. La confianza que da la inocencia de la vida no proporciona, me parece, una gran gloria a Dios, porque ¿es eso todo lo que puede hacer la misericordia Dios, el salvar a una alma santa y que nunca le ha ofendido? Es cierto que de todas

las confianzas la que más honra a Nuestro Señor es la de un pecador insigne que está tan persuadido de la misericordia infinita de Dios que todos sus pecados le parecen ser como un átomo en presencia de esta misericordia.

¿No son éstos los mismos sentimientos que los expresados por Santa Teresa de Lisieux cuando escribe: ***Sé que toda esta multitud de ofensas se aniquilaría en un abrir y cerrar de ojos, como una gota de agua en un horno ardiente?***

HsHs*

Esta confianza en Dios no puede justificar la menor relajación; y el casuista de las ***Provinciales*** perdería inútilmente el tiempo si quisiera buscar en la ***Cartas*** un apoyo para sus subterfugios. Es el segundo punto puesto de relieve por el prologuista de 1715. ***Los directores,*** escribe, ***verán que si a veces conviene cohibir el fervor en los temperamentos débiles y delicados, por lo que respecta a las maceraciones corporales, no se debe jamás permitir ninguna participación en los sentimientos del corazón, que Dios pide y merece todo entero.***

Admirable, sin duda, es la prudencia del P. La Colombiére y en sus exigencias no se halla nada de quimérico ni de brutal. ***¿Prometeremos a Dios*** —decía un viernes de Cuaresma en la capilla de Saint James— ***el buscar en lo sucesivo las más pesadas cruces? No, cristianos, y me guardaré bien de daros ese consejo; eso es todavía demasiado fuerte para nosotros.*** Mas ***si no puedo obligar a mi corazón a que ame las***

cruces, le obligaré, por lo menos, a que ame un poco menos el placer, del que me privaré con frecuencia por amor vuestro, oh Dios mío. ¡Hace falta tan poquita cosa para desviar un alma! ***Una cinta, un encaje, una falda serán a veces los lazos que la retengan.***

Claudio no pertenece al número de esos moralistas rígidos que pretenden quitar y suprimir todo lo agradable en la vida. ***Yo quisiera conducir y llevar a todo el mundo al cielo por un camino de rosas. Pero si este camino no existe, ¿puede uno dejar de dar a conocer el único camino que allí conduce?***

A fin de explicar que este renunciamiento es una condición esencial, el Padre no vacila en presentar una especie de paradoja:

Oh, la grande y frecuente ilusión —escribe a una salesa de Paray— es el imaginarse que se tiene poca o ninguna virtud, porque se tienen pocas o muchas distracciones en la oración. He conocido religiosas elevadas a un alto grado de contemplación y que con frecuencia estaban distraídas desde el comienzo hasta el fin... Mi buena hermana, aun cuando fuese usted arrobada en éxtasis veinticuatro veces al día y yo tuviese otras tantas distracciones al recitar el Ave María, si yo fuese tan humilde y mortificado como usted, no querría cambiar mis distracciones involuntarias por sus éxtasis sin mérito. No reconozco perfección donde no hay mortificación. Violéntese perpetuamente, sobre todo en el interior; no consienta que la naturaleza sea la dueña, ni

que su corazón se apegue a cosa alguna, y la canonizaré y ni siquiera le preguntare cómo va su oración.

No es ni la soledad —escribe— ni las largas comunicaciones con Dios lo que hace a los santos; es el sacrificio de nuestra propia voluntad aun en las cosas más santas y una adhesión inquebrantable a la voluntad divina.

En este punto esencial no hay diferencia entre seglares y religiosos. La voluntad de Dios... Para evitar que el espíritu se extravíe en imaginaciones quiméricas, La Colombiére nos la hace ver, aun fuera de las leyes positivas, en todo lo que nos concierne desde la mañana hasta la noche.

Toda nuestra vida está sembrada, por decirlo así, de esas menuditas espinas, las cuales producen en nuestro corazón mil movimientos involuntarios de odio, de envidia, de temor, de impaciencia, mil inquietudes pasajeras, mil penas que al menos por un momento turban el alma. Por ejemplo, se me escapa una palabra que quisiera no haber dicho, nos dicen otra que nos hiere; un criado nos sirve mal o con mucha lentitud, un niño me incomoda, un importuno me detiene, un distraído nos tropieza; un caballo nos salpica barro, hace un tiempo que nos fastidia, nuestro trabajo no va como quisiéramos, un mueble se rompe, un vestido se mancha o se rasga. Ya sé yo que no son cosas donde se ejercita una virtud heroica; pero sería lo suficiente para adquirirla infaliblemente con tal de que lo quisiéramos.

No basta aceptar esas contrariedades; Claudio sugiere a

cada uno el ***ofrecerse todos los días a Dios para sobrellevar grandes calamidades cuando El lo quiera.***

Si Dios quisiera quitaos el hijo o el marido: si permitiese que perdieseis ese proceso o ese dinero que tenéis puesto a interés, os sería necesaria una gran fuerza para soportar tan rudos golpes... Prevenid sus órdenes y desde ahora someteos a todo lo que está resuelto a hacer... Pensad por la mañana en todo lo que os puede suceder de más molesto durante el día. Puede suceder que en el día de hoy os traigan la noticia de un naufragio, de una bancarrota, de un incendio; quizás antes de la noche os hagan una gran ofensa, paséis por una humillación, quizás la muerte os arrebate a la persona que más amáis. Ni siquiera sabéis si moriréis vosotras mismas de repente o de una muerte trágica. Aceptad todas esas desgracias por si Dios lo dispone así: haced fuerza a vuestra voluntad para que acepte ese sacrificio y no descanséis hasta que la sintáis dispuesta a querer o no querer todo lo que Dios puede querer o no querer.

Entregarse al mal humor por causa de las dificultades en que la Providencíanos pone, es censurable:

Todo lo que de Dios viene, ha de recibirse con humildad, silencio, dulzura, gozo espiritual y una perfecta tranquilidad. Cree usted que tendría menos distracciones fuera de los negocios en que Dios la ha colocado; y yo creo que tendría menos si tomase esos asuntos con más conformidad con la voluntad de Dios y si se considerase en sus ocupaciones como una sierva o esclava de

Jesucristo a quien su señor ocupa en lo que le agrada y que está igualmente contenta en cualquier servicio que exija de ella. Procure vivir en el estado en que está como si nunca hubiera de salir de él y piense más bien en hacer buen uso de sus cruces que en soslayarlas bajo pretexto de estar más libre para servir a Dios.

A pesar de las apariencias, la voluntad de Dios es más amorosa cuando nos envía el sufrimiento; más amorosa sí, porque nada es tan apto para despegar el alma de las cosas creadas: ***Sus cartas ene causan siempre mucha alegría, porque por ellas veo que Nuestro Señor continúa haciéndola partícipe de sus cruces, es decir, de sus amores y de sus delicias.*** O también: ***Nunca he estado tan contento de usted como desde que sufre. Ese reposo constante de que gozaba antes me causaba un poco de pena.*** También hallamos frecuentemente en su pluma la idea siguiente: ***El amor se alimenta con sufrimientos, los hallamos en todas partes.*** Todo ello no impide al apóstol el tomar parte, ¡y con qué delicadeza!, en esos sufrimientos: ***Conllevo con usted todas sus cruces y con gusto pediría el llevarlas solo, si no creyese perjudicarla con ello y si no estuviese persuadido de que son las más preciadas joyas que usted ha recibido de Jesucristo.***

Si, pues, el sacerdote exige de sus dirigidos un completo despojo, es porque un corazón así desprendido es más ligero, menos pesado para subir a Dios.

¿Puede pensarse en el amor de las criaturas cuando se pretende el de Dios? Este desprendimiento del que él mismo da

ejemplo, lejos de hacerle hosco y seco, le inspira, aun para los afectos familiares, palabras exquisitas. Escribe, por ejemplo, a su hermano mayor, con ocasión de la entrada en la sociedad de San Sulpicio del más joven de la familia, José: ***Mi hermano no me escribe sino muy raras veces... pero no por eso quedo dolido con él; en el proyecto que tiene de entregarse a Dios, estoy encantado de ser el primero a quien olvide.*** Y más abajo: ***Aunque te amo tiernamente, gustoso consentiría en ser borrado de tu memoria, si mi salida de ella fuera para hacer sitio a Jesucristo, que es el único que merece tu ternura.***

Dios solo. Estas dos palabras se repiten frecuentemente en su correspondencia como un estribillo.

Amar a Dios, no por los consuelos que da a sus escogidos, sino por Él mismo: ***Su amor debe tener por objeto a Dios solo y de ninguna manera sus dones y sus gracias.***

Menos aún hay que aficionarse a un director. El lector no habrá olvidado el consejo dado a las Clarisas de Lyón con ocasión de una toma de hábito. Claudio frecuentemente insiste en lo mismo: ***No pase pena, ya sea que la dejen o no escribirme... Verá cómo Nuestro Señor suplirá a todo y que cuando quiera contentarse sólo con El, hallará en El más que en todas las criaturas.***

Y ¡cuánto tiempo se pierde en los coloquios bajo pretexto de dirección! ***Es un gran pasatiempo y una verdadera ilusión el que esas visitas no acaben nunca y que se repitan todos los días: se complace uno a sí mismo y se disipa con tantas***

conversaciones; y, sin embargo, se deja a Dios, con quien únicamente se debería procurar estar unido.

Por la misma razón el Padre desaprueba ese empeño en entablar relación con todas las personas piadosas de una región: ***No me gustan nada esas devotas que quieren conocer a todas las demás. Dios debe bastarle, hija mía.***

Si la pluma del jesuita da a veces señales de humor es, por ejemplo, cuando en una carta ha leído: ***¡Oué lástima que haya abandonado Par ay! No me hable más, por favor, de la pérdida que ha sentido con mi partida; es demasiado el echar de menos a un miserable que era capaz de haceros más daño que se seros útil.*** Mas si al sentimiento de la pérdida se añaden cumplimientos, la réplica es aún más viva:

No me hable de esa partida, ni del dolor que le ha causado, porque ése es un dolor que yo condeno; su corazón no debe sentir otro dolor que el de haber ofendido a Dios. No es que yo no le esté agradecido por las muestras de bondad gro me da, sino que, como sus intereses me son más queridos que mi propia satisfacción, temo que, al querer honrarme, no se perjudique a sí misma. Hay que ser toda de Dios sin reserva y temer como a la misma muerte todos los movimientos de su corazón que no se dirijan directamente a Él. ¡Qué desgracia derramar lágrimas por otro motivo que no sea el de manifestarle su amor! Lágrimas digo, que son tan preciosas y una sola de las cuales puede con su gracia apagar todas las llamas que sus pecados han merecido en la otra vida. No le diré más.

Y como su corresponsal, en la carta siguiente, había mezclado junto con sus excusas algunas expresiones mundanas, el director para acabar con ello dice: ***Ya no me escribe usted cumplimientos, sino alabanzas, que me desagradan todavía más porque las merezco menos y porque me pueden hacer daño.***

No tiene otra forma de hablar para con su hermana salesa a quien quiere tanto:

Me dices que si yo tuviera tiempo de verte más a menudo serías mejor. Quizás no has reflexionado lo bastante en que tienes en tu soledad a Aquel de quien procede toda gracia espiritual, sin cuyo auxilio ningún hombre puede serte útil y que no tiene por qué servirse de mí ni de ningún otro para santificarte. Examínate bien sobre este punto y no repliques a este pensamiento, porque no puedes hallar nada sólido en contra. Nuestra poca confianza es la que nos impide el sacar provecho de la presencia de Cristo, el cual no está entre nosotros para no hacer nada; pero ¡se acude tan pocas veces a Él! y con tan escasa fe, que no es maravilla se participe tan poco de los tesoros de luces y bendiciones que comunica a los que se dirigen a Él como al maestro y a la fuente de toda perfección.

También dirá otro día: ***Una vez que Dios se ha adueñado de un corazón, no permanece allí inactivo.*** Este deseo ardiente de dejar obrar a Dios exclusivamente, inspira al Beato palabras que el mundo tendría por crueles e impropias. Cuando la M. de

Saumaise, al terminar su superiorato, hubo de abandonar Paray, él escribe a una de sus hijas: ***Mucho pierde usted, sin duda, al irse la Madre; no obstante, si tenía su confianza en ella conviene que se vaya.*** A un joven jesuita que en la primavera de 1679 había sido su compañero durante la crisis aguda de una enfermedad, le escribirá dándole las gracias:

Espera usted, sin duda, que le diga... el dolor que siento por su ausencia. Pues bien, no, mi querido Padre, cada día me alegra más el estar separado de usted... No era cosa fácil que yo me hubiese desprendido de todas las cosas estando usted aquí y veo claramente que no era Dios solo el que endulzaba mi existencia cuando le tenía a usted por compañero de mi soledad. Es usted muy listo, para no darse cuenta del justo motivo de mi alegría. Qué gran bien es no poseer más que a Dios y carecer de todos los gozos que se pueden disfrutar fuera de Él. Se han de contar entre las ventajas nuestras todas las pérdidas que nos ponen en este estado.

Ese sentimiento de que Dios basta es el que inspira a La Colombiére tanta delicadeza y discreción. El sacerdote debe contentarse con hacer que el alma actúe y sea dócil a las menores mociones del Espíritu Santo. ***Espérelo todo de Dios y no de ninguna criatura, aunque sea su director, pues cualquiera que sea no puede nada sin nuestro Señor y El puede todo sin él. Si sucediese que entorpeciesen la obra divina, más valdría prescindir por un tiempo de sus servicios: Mi pensamiento***

sobre la necesidad que cree tener de un director, en el estado en que se encuentra... No, señorita, no tiene ninguna necesidad; tanta comunicación hace mucho daño y no sirve de nada.

Sin duda, cuando una persona es escrupulosa o está indecisa, el Padre corta por lo sano y decide por ella con todo vigor, como es necesario.

No se preocupe más por su vida pasada; lo que me indica acerca de las ocasiones no ha sido dicho para usted. Me cree usted tan ignorante que no haya sabido guiarla para hacer una buena confesión en el peligro de muerte... Bástele saber que la dejé bien con Dios y no me hable nunca más de esas cosas; yo salgo su fiador.

Pero fuera de esos casos, ¡qué prudente reserva!, ¡qué modestia!, ¡qué presteza en reconocer sus errores y a veces hasta aumentarlos!: ***Bendito sea Nuestro Señor —escribe ala M. de Saumaise— que no ha permitido que la pretendiente se sirviese del consejo imprudente que le di.*** Y otra vez: ***Creo que ha habido culpa por parte mía, que no tuve valor en una entrevista y que falté a la cortesía en otras.*** O también lo siguiente: ***Aun cuando el P. ** tuviese opinión distinta de la mía, ello no indicaría que se equivoca.*** Cuando le dicen que cierta persona de Paray-le-Monial no está contenta con sus cartas, en vez de quejarse, escribe: ***Nada tengo que oponer a sus quejas, sino que son muy justas y que tiene muchos motivos para no estar contenta conmigo. Tengo tan poca urbanidad, que me porto***

igual con todos mis amigos, dándoles todos los días motivos de quejas. Estoy cierto de que esa joven no se quejaría si no tuviese razón; conozco su virtud y yo quisiera que la mía fuese tan grande. Nada me extraña que mi última carta le haya sido inútil y me admiro de que mis anteriores le hayan sido de algún provecho. Pero Dios se sirve de todo para hacer bien a las que le aman.

HsHs*

Encabezando la recopilación de 1715, hallamos este consejo dirigido a los lectores: ***Ya comprenderán que la verdadera virtud y la santidad más perfecta consisten en cumplir plenamente, con deseo de agradar a Dios, todos los deberes del propio estado y en dejar a un lado todas las***

devociones voluntarias y gustosas, cualesquiera que sean, desde el momento que son incompatibles con esos deberes esenciales.

Sería una delicia el mundo —anota Claudio— ***si cada uno cumpliese sus deberes de estado. Es lo que más se descuida, aun por la gente de piedad, y a veces estos más que los demás; y, sin embargo, no se acusan en la confesión: Dejaste los pecados de Carlos, no los del Emperador, decía a Carlos V su confesor.***

Sobre todo, los deberes de familia. Nada aparece tan frecuentemente en sus cartas a las personas de mundo como la obligación de obedecer a los padres, de aceptar sus decisiones en el uso y reparto de los bienes, en la manera de portarse y de vestir, visitas que hay que hacer y aun en cosas más menudas: ***En cuanto al delantal no haga nada con que pueda disgustar a su madre; espere hasta que pueda disponer sin causarle pena.*** No sólo para los padres: ***La frialdad que manifiesta a sus hermanas y la razón que le obliga a ella, son insoportables y no entran en el espíritu de Dios.***

Con mayor severidad todavía:

Nada temo por usted si no es que la conducta que observa con sus prójimos no sea ni lo bastante humilde, ni lo bastante caritativa ni lo bastante dulce. Corrija esto, de lo demás respondo yo... Procure vivir con sus hermanos y con sus cuñadas como si fuesen sus amos y amas que representan la persona de Cristo, como en hecho de verdad la representan, sean del carácter que sean. Teneos por muy imperfecta hasta tanto que no hayáis

llegado a ese extremo.

Y a fin de evitar el que la dirección quede letra muerta da esta orden imperativa para terminar: ***Muestre esta carta a su hermana.***

No se puede afirmar más categóricamente que el deber de una persona piadosa comienza en la propia casa. No se termina ahí. Ya hemos dicho en otra parte con qué claridad de visión y con qué fuerza enseña Claudio los deberes de caridad y de acción católica. He aquí un llamamiento al cumplimiento de los deberes cívicos que no carece de agudeza. A una persona que se quejaba amargamente de los impuestos que veía aumentar incesantemente por causa de las guerras continuas, La Colombiére, vasallo leal a la vez de Cristo y del Rey, replica:

En el nombre de Nuestro Señor, no se preocupe tanto de los cupones; en su lugar yo preferiría dar el doble antes que cometer la menor de las faltas que usted hace murmurando. Si Nuestro Señor le pide sus bienes por medio de los que tienen autoridad, ¿se los va usted a negar? ¿No le pertenece todo a Él? ¿No lo ha recibido todo de Él? ¿Cree usted que todo eso se hace sin orden de la

divina Providencia'? Haga todo lo posible por que no le hagan ninguna injusticia, porque Nuestro Señor lo quiere así; pero que sea sin inquietud; y cuando haya hecho lo que está en su mano, entregue el dinero al cobrador con tanta alegría como si Jesucristo en persona se lo viniese a pedir.

Un casuista ¿hubiera allanado la dificultad con pluma más expedita? La Colombiére, mejor que un casuista y que un moralista, quería dar una consigna de perfección cristiana.

A veces el deber del cristiano exige que no se dedique a la familia, sino que la abandone, que la deje, para seguir el llamamiento del divino Rey. Claudio no precipita esas vocaciones privilegiadas, sino que las estudia despacio, y mientras no vea claro, mientras existe alguna oscuridad, las desaconseja.

A pesar de sus deseos, Catalina de Bisefranc será, con toda resolución y hasta el fin, apartada del claustro; a su hermana María, mientras tanto, Claudio la hará esperar varios años: ***Si le es una cruz el acompañar a vuestra madre a las visitas que hace, tanto mejor para usted. Yo pido a Dios que el mundo le cause siempre hastío y, mientras eso sea, no le hará nunca daño.***

Me dice que quiere entrar en Santa Clara—escribe a la misma, quince meses más tarde—, pero para responderle desearía saber: 1) si este pensamiento le agrada, si le alegra cuando se le presenta o si la inquieta cuando llega o cuando se va; 2) de qué forma podría poner en práctica ese proyecto; 3) en dónde; 4)

cómo arreglaría usted ese asunto, 5) cómo lo recibiría su madre; y si en caso de necesidad tendría usted valor para dejarlo todo, sin decir a nadie adiós. Cuando me haya usted respondido a todo esto le diré lo que pienso.

Cuando el llamamiento de Dios es claro, manifiesto, el apóstol, verdadero padre entonces, exhorta, anima, urge; interviene ante los padres, ayuda a cortar los lazos.

Una vez consagrada a Dios el alma por la vida religiosa, ¿cómo perfeccionarse en ese estado? Aquí más que nunca Claudio va a lo esencial, es decir, hace comprender a dichas personas que nada hay para ellas más perfecto que lo que está expresamente ordenado en las reglas o mandado por los superiores.

No lleve a mal el que le anime —escribe a una ursulina— a la perfecta observancia de vuestras reglas; lo cual en verdad es una fuente de bendiciones. Para mí las mías son todo un tesoro, en el que encuentro encerrados tantos bienes que me parece que, aun cuando estuviese yo solo perdido en una isla al cabo del mundo, no echaría de menos nada ni desearía ninguna cosa con tal de que Dios me concediese la gracia de bien observarlas. ¡Oh, santas reglas! ¡Feliz el alma que ha sabido daros cabida en su corazón y ha conocido cuántas ventajas reportáis!

Creedme —dice en otra ocasión— toda nuestra dicha está vinculada al respeto que tenemos para las más pequeñas observancias. Los espíritus libertinos consideran eso como un

estorbo, como una tortura, pero hay un tesoro encerrado en la exacta fidelidad, una cierta abundancia de dulzura, y cuando todo ello se hace con amor, se halla una especie de liberad mil veces más agradable que los falsos placeres de las personas más disipadas.

Esta convicción le proporcionó inclusive, en relación con una salesa, la ocasión de una suave malicia: ***Estoy encantado de que ame usted su vocación. No sé cómo se da cuenta de ello; la buena señal es que no haya una regla, ni la menor ordenación que no se observe tan exactamente como los mismos votos.***

En cuanto a la obediencia, el director la aprecia tanto, que las otras virtudes las tiene en poco cuando no las guía ésta:

La afición que he tenido a observarla ha hecho la felicidad de mi vida... y preferiría renunciar a toda clase de mortificaciones, oraciones, obras buenas, antes que separarme ni un ápice, no digo ya de los mandamientos, pero ni aun de la voluntad de aquellos que me gobiernan, por poco que yo pueda entrever cuál sea esa voluntad.

Alguna que otra vez, La Colombiére se encuentra cara a cara con un caso crítico y doloroso, de una orden dada, según él, un tanto imprudentemente o con poco acierto. ¿Qué hacer? Su dirección no por eso deja de ser firme: ***Un superior puede gobernar mal, pero es imposible que Dios no os gobierne bien por su medio.*** Ya hemos visto cómo trata de calmar las

dificultades surgidas en las Salesas de Paray-le-Monial.

Cuando le es dado hacerlo, no duda en corregir el modo de obrar de una Superiora inculpada, si su relación con la misma le autoriza a ello; pero ¡con qué delicadeza! Por ejemplo, con motivo de una inglesa, recién ingresada en la Visitación de Charolles, escribe:

Me parece muy bien el aparente rigor que observa usted con ella. Lo cual no quiere decir que, a mi pobre parecer, no sea necesario quizás cambiar algunas veces e imitar el ejemplo del mismo Dios, quien de ordinario mezcla la dulzura con la severidad, concede sucesivamente la consolación y la desolación a fin de someternos acto seguido a nuevas pruebas. Este proceder es más conforme con nuestra flaqueza y aun es causa de que las pruebas sean más sensibles y útiles. Mas me equivoco tan a menudo en mis sentimientos, que no sé si el que le expongo es en realidad razonable. Espero que Nuestro Señor, que ha puesto esas almas en sus manos, le dé sus luces para conducirlas, mientras se las pidáis, como lo hacéis, con humildad y confianza.

Por lo demás, cuando una Superiora le había confiado la dirección de su conciencia, Claudio no se sentía intimidado por el título y cargo, sino espoleado a conducirla con más vigor. No se pueden olvidar las cartas a la Abadesa de ***Bénissons-Dieu,*** Madame Houel de Morainville, y a la Superiora de la Visitación de Charolles, la M. Francisca de Thélis. Nunca encontraremos en sus cartas a simples religiosas, ni de lejos, acentos tan vigorosos;

y es que al Director le parece muy exigente la bondad de Dios para con los que aquí abajo son sus representantes.

Uno de los deberes más aconsejados por la Regla a los religiosos es, sin género de duda, el de la oración. El método que aconsejaba preferentemente, imitado del que él practicaba, no tenía nada de esa rigidez convencional con la que algunos han querido ridiculizar caricaturescamente el método de oración ignaciano. Puede juzgarse, de lo que aconsejaba a los religiosos, por los avisos que daba a la gente de mundo.

Por lo que hace a la oración temo que vaya usted demasiado sujeta a los puntos de su libro: sin embargo, no cambie usted si le va bien. Acuérdese de que siempre que esté llena de algunos sentimientos extraordinarios, bien de gratitud, bien de amor de Dios, de admiración por sus bondades, de deseo de agradarle, de desprecio de las cosas terrenas, o bien en fin de su presencia, hay que hacer de ello el objeto de la meditación ocupándose en saborear y fortalecer esos sentimientos.

Guste usted, prolongue y aumente el deseo que Dios le da de hacer algo por él. Que ello sea el objeto de su meditación mientras se sienta animada de esos sentimientos. No tome usted otra materia sino cuando su corazón se sienta vacío de todo otro buen pensamiento; y si resulta que está siempre animado y ocupado con movimientos de admiración, de deseo, de vergüenza, de dolor, de sumisión, de desprecio del mundo, de amor de Dios, de respeto por su presencia, entonces puede prescindir de los libros, y con razón.

A una cierta persona que le consultaba sobre la utilidad de introducir alguna variedad en la materia de la meditación, le respondía:

La materia de Magdalena es buena, desde el principio hasta el fin de año, con tal de que le haga a usted bien; y en general, toda materia de meditación que le agrade y en la que halle gusto y provecho será la que habrá de continuar. Se puede cambiar todos los días y aun frecuentemente en una misma meditación; o se puede perseverar en una misma toda la vida.

En nuestras relaciones con Dios, más que con cualquier otra persona, se aplica el proverbio: ***Dar y retener no puede ser.*** Una religiosa, un tanto relajada en la oración, quería comprometerse con voto a hacer la meditación todos los días, menos cuando se sintiese cansada. Creyendo que, aun puesta esta excepción, el voto iba a serle ocasión de muchos escrúpulos, escribió sobre el asunto páginas y páginas a las que responde el P. La Colombiére, con su tanto de ironía, lo siguiente:

Le diré, mi buena hermana, que he leído todos sus alegatos y que, después de haberlos examinado, me ha sorprendido el que se tome usted tantos trabajos por una cosa en la que tanto cuidado ha puesto para no tomarlos... No concibo que una obligación acompañada de todas esas circunstancias pueda dejar ninguna duda en la conciencia, puesto que puede usted hacerse dispensar a voluntad.

Pero un alma generosa no debe contentarse con esas

obligaciones estrictas:

Si no hace usted oración sino cuando esté obligada o porque está obligada, nunca logrará hacerla bien, nunca la amará, ni le gustará el conversar familiarmente con Dios... Ni los votos, ni las promesas son los que nos han de llevar a este santo ejercicio, sino la felicidad que halla un alma fiel en acercarse con frecuencia a Dios.

Por este ejemplo y por la carta a la M. de Thélis que hemos citado antes, se ve que La Colombiére animaba con cierta facilidad a la práctica de los votos privados de la que él había reportado tanta utilidad. Y aun llegará a escribir un día a Mlle. de Lyonne, que acababa de hacer los votos religiosos:

¡Oh dulces lazos, querida hermana, y cuán estimados deben ser! ¡Si pudiésemos unirnos con este amable Esposo en vez de con tres cadenas, con un millón de ellas! Estas obligaciones de supererogación protegen al alma y la tranquilizan en las horas en que le asalta la duda de si ama a Dios y de si Dios nos ama. El recuerdo de los lazos más estrechos con que nos ha mandado ligamos a Él, de la gracia que nos ha dado para poderlos cumplir, son una prueba del mutuo amor. Dios nos ama, puesto que nos ha hecho una tal petición; le amamos porque nos hemos atado gustosa y alegremente.

Como todos los directores, Claudio encontró esa clase de personas un poco cargantes, ***devotas*** que descuidan el hacer

amable la devoción. Una de ellas parece que fue Catalina de Bisefranc, un poco simplona y cargante, pero llena de deseo de bien obrar. De salud delicada, aunque joven, tenía que vivir a fuerza de remedios, y no siendo apta para el matrimonio había renunciado a él, aunque vivía pensando un poco en el de los demás. Orgullosa de tener por Director un hombre de valer, no podía contentarse sin enseñar a las demás las cartas que de él recibía. Minuciosa, ávida de consejos para las más insignificantes acciones, los pedía al primero que encontraba; pero después se enfadaba consigo misma por no seguirlos y volvía incesantemente, sin jamás cansar a su confesor, a pedirle castigo por sus ineludibles infidelidades. Era también una preguntona de marca y se conservan dos cartas de Claudio que responden la una a veintisiete preguntas, la otra a treinta y siete, y cuyo texto impreso ocupa nada menos que once páginas en octavo. Con todo, infantilmente indiscreta, hallaba siempre las respuestas demasiado cortas.

Ella fue la que, habiendo sabido por su hermana que en las cartas enviadas a Londres no debía tratar a su director de Reverendo Padre, le escribió sencillamente: ***Mi querido***, lo que le valió la siguiente respuesta:

Como me pide usted que le diga lo que pienso de su carta, por ahí quiero comenzar mi respuesta. En primer lugar, no está bien que se sirva de esa forma de hablar ***Mi querido,*** hubieran sido tolerables las formas: ***Mi querido Padre*** o ***mi querido señor,***

pero ***mi querido*** a secas, como usted lo hace por dos veces, no debe emplearlo jamás una soltera.

Como un día, en la Comunión, creyese sentir un sabor especial, Catalina consultó, e inquieto de esta interpretación de todo deleite, Claudio se dio prisa por calmar enérgicamente su exaltación, sin herir, sin embargo, su susceptibilidad.

El gusto en la sagrada forma o es de Dios o de vuestra imaginación que os engaña. No sé qué decir sino que de cualquier parte que venga es muy humillante, porque si es de Dios os hace ver que todavía sois poco espiritual, puesto que juzga que para atraeros os hacen falta gozos que halaguen los sentidos. Mas de cualquier parte que vengan no merecen la pena que os inquietéis por ello. Se puede decir que eso no es ni bueno ni malo y que lo mejor es no apoyarse en ello.

Al leer las dieciocho cartas a Catalina de Bisefranc, que no ocupan menos de cincuenta y nueve grandes páginas, difícilmente se reprime una sonrisa ame la indiscreción de la penitente y un movimiento de extrañeza ante la infinita paciencia del director. ¿Cómo no admirar todavía más el infinito respeto con que trata a las almas que, no obstante sus pequeños defectos, tienden sinceramente a la perfección?

Claudio no tenía por qué temer semejantes importunidades de parte de la señorita de Lyonne ni de la M. de Saumaise. Intermediaria natural, a veces impuesta por el mismo Cristo entre Margarita y La Colombiére, la M. de Saumaise había

inspirado muy pronto a ésta una confianza total, más que nada por la fuerza y sabiduría de su dirección. Hablando de la correspondencia del Padre declara una salesa: ***No se sabe qué admirar más en sus cartas, si la profunda humildad de este gran religioso o la estima y perfecta confianza que tenía puesta en esta Madre, recibiendo sus consejos y dándole cuenta de todos los detalles de sus aventuras, que no fueron pocas mientras estuvo en ese país infiel.***

De las cartas en que La Colombiére aceptaba los consejos de la Superiora nos quedan, además de las que conciernen a la Hermana Alacoque, ciertas páginas en las que el Padre consulta sobre algunas vocaciones un tanto extraordinarias; por ejemplo, de una joven viuda de mediana salud, de mucho espíritu y ánimo, pero sin bienes de fortuna, la cual se siente como empujada desde hace un año a retirarse a algún sitio desierto para llevar una vida dé penitencia. No nos extrañemos que hubiese otras de orden más íntimo y personal; grandes teólogos buscaban luz y orientación en Santa Teresa, y Santa Catalina de Siena vio a Papas escuchar sus consejos. Se concibe, sin embargo, que la M. de Saumaise haya hecho desaparecer, de las cartas que entregaba, los elogios personales. Tan sólo de vez en cuando, acá o allá, encontramos frases que dejan entrever algo de lo que pudieron ser las confidencias entre estas dos almas escogidas:

Tomo gran parte, más de lo que os puedo decir, en la gracia extraordinaria que ha recibido usted de Nuestro Señor, le

doy gracias desde el fondo de mi alma, como si me la hubiese concedido a mí mismo. He dicho ya algunas misas en acción de gracias y también la diré hoy por la misma intención. También le doy el parabién por la cruz que se ha dignado enviarla.

Algunos días más tarde:

No acierto a expresarle la gratitud que siento por todos los bienes que Dios me ha proporcionado por medio de usted. Desea usted, mi querida madre, que la exhorte a aprovecharse mejor de las gracias que recibe; tienen muchas semejanzas con los mías: pero me desesperaría si no correspondiese usted mejor que yo.

Otra vez le dice: ***Mil y mil gracias por los consejos que me da usted, tanto para el cuerpo como para el alma; continúe, querida madre, haciéndome recordar, de vez en cuando, lo que me importa no olvidar y olvido, sin embargo, tan fácilmente; lo tomo como es, no se preocupe.***

Capítulo XXV

EL «TERROR» PAPISTA

1678

En octubre de 1678 la duquesa de York había ido a Holanda para asistir a la princesa María, su nuera, que iba a tener su primer hijo. Al volver a Londres se sorprendió vivamente del cambio que se había operado en menos de dos semanas.

El 3 de noviembre escribía a su querido hermano de Módena: ***Aquí se suceden tantas intrigas y tantas supuestas conjuraciones que no se puede escribir ni la centésima parte... Me limito a decir tan sólo que la cosa marcha mal para los católicos.*** Reiteradamente la duquesa confirma sus alarmas. El 24 de noviembre: ***Cada día se inventan nuevas historias y nuevas conspiraciones demasiado largas y confusas para contarlas. Por otra parte, ¿para qué escribir si todos los correos son detenidos y todas las cartas abiertas? Los católicos son arrojados de Londres y muchas pobres gentes mueren de hambre y de miseria.*** El 8 de diciembre: ***Nunca se han oído tales***

fábulas. Han acusado a la misma reina. En fin, ocho días más tarde: ***Lo peor es que varios de esos desgraciados, forzados por la necesidad, abandonan nuestra santa fe, cosa lamentable... En cuanto a mí, con gran pesar mío, he tenido que despedir mis servidores ingleses católicos, pues el Parlamento les prohíbe a todos ellos el tener acceso a la Corte.***

De esta suerte María Beatriz se declaraba impotente para describir la explosión de histeria nacional que acababa de estallar. ***Explosión*** —declara un reciente biógrafo de Carlos II— ***que conservará probablemente el nombre de «complot papista»; pero que más exactamente debería ser llamada «terror papista»; capítulo de nuestra historia del que todavía nos avergonzamos y que es uno de aquellos que todos los apologistas de Carlos II desearían olvidar. Impostura*** —escribía ya John Lingard—, ***que forjada en una época de descontento popular, secundada por los artificios y las declamaciones de un partido numeroso, levantó las pasiones hasta la locura y dio la impresión durante cierto tiempo de sofocar el buen sentido natural y la humanidad del carácter inglés. Frenético arrebato del pueblo*** —declaraba mucho antes David Hume— ***del que sería difícil hallar, en toda la historia, otro ejemplo semejante.***

Tales violencias seguirían siendo un enigma si no recordásemos el estado de espíritu en que por entonces se encontraba Inglaterra. En primer lugar —como dice Macaulay—, ***su orgullo nacional herido.*** Durante los siete años de guerra

continental que acababa de terminar en agosto precedente con el tratado de Nimega, ella había permanecido, a pesar de algunos sobresaltos pasajeros y como consecuencia de maniobras contradictorias de Carlos II, prácticamente inactiva. El tesoro de popularidad que había rodeado el comienzo de este reinado se había extinguido, y la nación no se fiaba de su monarca. Indulgente con los escándalos de vida privada, la opinión desaprobaba sordamente —y a veces violentamente en panfletos— la política extranjera de Carlos, su desaparición delante de Francia. ***Europa esclava si Inglaterra no rompe sus cadenas***, tal es el título de uno de esos muchos libelos que zaherían en esta época la ambición de Luis XIV. Y el Parlamento no quería significar otra cosa cuando en su escrito a Carlos II, de marzo de 1678, afirmaba pretender ***reducir al rey francés a tales condiciones que no sea ya temible a los vasallos de Vuestra Majestad, sino que la cristiandad sea restablecida en una paz tal que el dicho rey no la pueda turbar.*** En un solo punto estaba el Parlamento, sin saberlo, acorde con el rey de Francia: en rehusar a Carlos II un ejército poderoso. Luis XIV lo rehusaba por temor a verlo empleado en sostener a Holanda; el Parlamento, por miedo a que Carlos se sirviese de él para aumentar su poder personal.

A la amargura de la humillación nacional se mezclaba en el corazón de los vasallos una viva inquietud por las libertades cívicas y los derechos constitucionales. El embajador francés Barillon, buen conocedor de la indolencia del rey de Inglaterra,

escribía: ***En el fondo preferiría una paz que le pusiese en situación de permanecer en reposo... y me parece que no cuida de ser más absoluto de lo que es***; mas el Parlamento no por eso dejaba de sospechar de su rey, que aspiraba en secreto a una monarquía semejante a la de Versalles; proyecto que no podía ejecutar, claro está, sin el apoyo de Francia. El fantasma de la traición alocaba a los espíritus, tanto más cuanto que, como muchos lo sabían, el apoyo de Luis XIV en favor de Carlos se manifestaba en forma de anualidades. Cuando Ralph Montaigu, embajador de Inglaterra en París, haciendo traición al mismo tiempo a su ministro y al Rey, presentaba ante la Cámara una carta por la que Carlos II, a principios de 1678, consentía en prestar sus buenos oficios a Francia a cambio de la suma de seis millones de libras a percibir en tres años y cuando se pudo leer al pie del documento redactado por Danby: ***Esta carta está escrita por mi orden, Carlos, Rey***, el estupor no tuvo límites y el ruido que se alzó fue enorme.

A una tal bajeza, muchos fingieron no hallar sino una explicación posible: la restauración del catolicismo. Aun antes de la revocación del Edicto de Nantes, ¿no se tenía a Luis XIV como el perseguidor de las Iglesias reformadas? Y sin duda que algunas cláusulas del tratado secreto de Dover se habían divulgado; así la política extranjera dependía de la religión. Pecado imperdonable. Porque el odio al romanismo era entonces la pasión dominante, tan violenta en el ignorante y el profano como en el más fanático protestante. ***Las crueldades del reinado de María Tudor,***

narradas en los martirologios populares sin exactitud ni moderación, los complots contra Isabel y sobre todo la conspiración de la Pólvora, habían dejado en los espíritus de la multitud un profundo y agudo sentimiento que daba ocasión cada año a conmemoraciones, a oraciones, a festejos y a manifestaciones.

No olvidemos —añade Macaulay— ***que las clases más adictas al trono, como el clero y los propietarios de latifundios, tenían una razón especial de ir contra Roma: el clero temía por sus beneficios, los propietarios por sus abadías y sus diezmos.*** ¿Qué sucedería si el duque de York, ardiente católico, sucediese en el trono a su hermano? Ahora bien, como Carlos no tenía hijo legítimo, normalmente debía sucederle Jacobo, a menos que un acontecimiento cualquiera viniese a impedir esta catástrofe. A acechar este acontecimiento, a prepararlo quizás, a explotarlo en todo caso, si se producía, estaban dispuestas centenares de personas, entre las cuales se encontraban dos pretendientes al trono, el mayor de los bastardos del rey, duque de Monmouth, y Guillermo de Orange, desde hacía un año sobrino de Carlos II por matrimonio.

En esta atmósfera, turbia y sobrecargada, estalló como un trueno la noticia del ***complot papista***, al que hacía alusión la duquesa de York.

Titus Oates era hijo de un ministro baptista. Pastor él mismo, un tiempo, de la Iglesia anglicana, privado de su beneficio por un crimen de perjurio, luego capellán de un navio, este infame —el más infame de todos los hombres, puntualiza David Hume—, dio ocasión a ser expulsado, por excesos de inmoralidad que no se pueden nombrar. Desde entonces —dice honradamente Macaulay— ***llevó una vida vagabunda y vergonzosa.*** Por consejo de Ezequiel Tonge, ***teólogo***, según Burnet, de los más miserables, espíritu crédulo hasta la necedad, Oates fingió convertirse al catolicismo, con el fin de penetrar en la vida de aquellos a quienes, según propia confesión, tenía la intención de traicionar. Enviado a España, al colegio inglés de Valladolid, fue expulsado del mismo, pero obtuvo a fuerza de súplicas el ser admitido en el colegio de San Ornar. Hipócrita refinado, supo durante ocho meses refrenar sus más bajos instintos, reconociendo sus yerros y jurando enmienda cada vez que se le cogía en falta. Mas tan sólo tenía una finalidad: tomarse el tiempo preciso para observar y recoger algunos nombres, algunos detalles de los que más adelante podría sacar partido. Así supo que, con ocasión de las reuniones trienales que se usan en la Compañía en cada una de sus provincias, los jesuítas ingleses se habían reunido en Londres a finales de abril de 1678.

Al ver su catadura, un inglés de paso por el colegio de San Ornar exclamó: ***Qué monstruo alimenta la Compañía en su seno.*** Se repetía el dicho de San Gregorio Nacianceno sobre Juliano el Apóstata. Por fin, un día los Padres comprendieron que

estaban perdiendo el tiempo queriendo blanquear a un etíope. El miserable, llorando, clamaba en su desesperación: ***Siento que debo ser o un jesuíta o un Judas.*** La medida estaba ya rebasada y el decreto de expulsión fue fulminante. Por la noche se le encontró en la capilla, los codos apoyados sobre el altar, frente al Tabernáculo: ***¿Qué haces ahí? Digo adiós a Jesucristo***, respondió. No era el adiós de un amigo.

A principios de julio de 1678, Titus Oates volvía a Londres, donde se ponía de nuevo en contacto con el doctor Tonge y con otros de su comparsa, encargados de poner en marcha el gran negocio.

El 12 de agosto, un artesano, cuyos servicios utilizaba Carlos II para sus investigaciones de alquimia, se acercó misteriosamente a él mientras se paseaba en el parque. ***Señor, tened cuidado, vuestra vida corre peligro***, le dijo. Interrogado, afirmó que dos hombres, Grave y Pickering, habían jurado matar al rey; si no lo conseguían, Sir Wakeman, médico de la reina, debía envenenarle. ***Esta información la he recibido del doctor Tonge.*** Mandado llamar éste, presentó unos papeles que contenían el plan de una conspiración en 43 artículos. ***Estos escritos*** —declaró— ***no los he escrito yo; me los han metido clandestinamente debajo de mi puerta. Pero me sospecho quién es el autor.*** Carlos, sin ganas para leer todo el fárrago, encargó la investigación a su gran tesorero Danby.

El 17 de agosto, Tonge trae nuevas pruebas que confirman el primer escrito, a la vez que añaden nuevos detalles.

Esta vez he descubierto al autor; pero quiere permanecer oculto, pues teme ser asesinado por los papistas. Carlos se encoge de hombros y se ríe de la credulidad de Danby, a quien, como quisiese denunciarlo al Consejo privado, responde: ***No, no, ni a mi hermano siquiera; pues todo ello causaría alarma y daría a alguno que no ha pensado en ello la idea de matarme.***

Tonge insiste, sin embargo. Hacia fines de mes dice a Danby: ***Tengo entendido que esta noche debe ser depositado en correos de Windsor un paquete de cartas sospechosas, escritas por los jesuítas para el confesor del duque de York, P. Bedingfield.*** Se dio al punto la orden de interceptarlas, pero la orden llegó tarde y Bedingfield recibió normalmente el correo. Lo abrió. Estupor. Los nombres le eran conocidos, pero no era su escritura, menos aún su ortografía, pues estaba llena de faltas garrafales. Más extraño aún era el contenido de las cartas en las que se le decía que los ***asuntos iban bien en Irlanda... comienzan en Escocia... Todo debe ser realizado valientemente, y por todos los medios para eliminar el N.48*** (Oates dirá más tarde que ese número designaba a Carlos II), ***pero sin que lo sepa el duque de York...*** Bedingfield sospechó la celada y sin pérdida de tiempo llevó todos los papeles al duque, quien los transmitió al Rey, suplicándole que desbaratase esas intrigas. ***Hace mucho tiempo*** —respondió Carlos— ***que me revelaron esta conspiración... Mas pluguiese a Dios que no tuviese yo otros enemigos más que los jesuítas.*** Y se echó a reír.

El duque de York no se rió, y adivinando un complot de

muy distinta naturaleza, instó que se hiciese la denuncia al Consejo real. Oates no cabía en sí de gozo; por fin se hacía caso de sus calumniosas quimeras, que gozan, según las trazas, de cierto aspecto de verosimilitud. Pero como tenía más confianza en la plebe que en los ministros del rey, se decidió el 6 de setiembre, a fin de estar cierto de que no sería ahogada su denuncia, a ir con dos de sus cómplices a renovarla, más y más aumentada, delante del juez de paz —hoy diríamos ante el jefe de policía—, sir Edmundo Berry Godfrey. Paso en falso, pues este juez era un hombre leal y contaba entre sus amigos a Coleman, secretario del duque de York. Godfrey le avisó por carta que estaba personalmente implicado en la acusación... y que estuviese en guardia.

Con ello, Titus Oates ha salido de la sombra y, convocado tres semanas más tarde ante el Consejo, se presenta audaz y echa por la boca lo que Macaulay ha llamado ***una monstruosa novela, más semejante a los sueños de un enfermo que a maquinaciones admisibles en el mundo real.***

El papa, por el hecho de la herejía de Carlos y de su pueblo, pretendía la soberanía de Inglaterra y había delegado sus poderes en los jesuítas. En consecuencia, el P. Oliva, General de la Orden, por cartas patentes, selladas con el sello de la Compañía, había nombrado para los grandes puestos civiles y militares a gentiles-hombres católicos. Oates citaba los nombres del canciller, del gran tesorero, del justicia, del secretaria de Estado (era Coleman), de los procuradores y

lugarteniente general, del general del ejército (lo era lord Bellasis, obeso e incapaz de montar a caballo). Igual hacía con todos los cargos eclesiásticos: varios dignatarios eran extranjeros, sobre todo españoles.

El Provincial de los jesuítas de Inglaterra había celebrado una reunión en la que el Rey —llamado por ellos «bastardo negro»— había sido depuesto como hereje y condenado a muerte. Una asamblea en la que el número de congregados no bajaba de cincuenta jesuítas, se había reunido en mayo en la taberna del «Caballo Blanco» y había confirmado esta resolución. El P. Le Shée (es el nombre que el delator daba al P. La Chaize) había mandado a Londres diez mil libras esterlinas para sufragar los gastos del atentado. Un Provincial de España había tenido el mismo rasgo de generosidad. El Prior de los Benedictinos entregaría seis mil libras. Los dominicos aprobaban el plan, pero se parapetaban detrás de su pobreza. Estaban previstos todos los medios posibles de asesinato: veneno por sir Wakeman, médico de la reina; el puñal por cuatro bandidos irlandeses; la pistola, cargada con balas de plata por Grave y Pickering, quien debía recibir como salario treinta mil misas. Se habían hecho apuestas por valor de cien libras a que Carlos II no probaría los pasteles de Navidad.

No era el Rey el único amenazado. Los jesuítas, que para incendiar a Londres una primera vez habían gastado setecientas mil balas de fuego —o de pólvora— y habían

conseguido en el saqueo catorce mil libras esterlinas, proyectaban hacer un nuevo ensayo y quemar todas las grandes ciudades del reino; ya estaban levantados los planos hasta en sus detalles y se habían tomado diversas medidas en conformidad con el posible cambio de dirección del viento. Estaban preparados además levantamientos en los tres reinos. En Irlanda, Coleman había entregado doscientas mil libras para sostener la rebelión: el rey de Francia haría desembarcar tropas; debería ser general la matanza de protestantes, en cuyo número entraban controversistas notables, adversarios celosos de papismo (Burnet asegura que O ates le hacía a él este honor). Después de tantos incendios y matanzas, la corona sería ofrecida al duque de York; pero con la condición de que la aceptase como un don del papa, que confirmase todos los nombramientos hechos por Roma, que perdonase a los criminales y consintiese en la extirpación radical del protestantismo. En caso contrario, él mismo será castigado.

Mientras Oates contaba su historia, el Consejo —escribre Arturo Bryant— ***escuchaba estupefacto a este hombre extraño, de cabeza sin cuello, cuya boca formaba el centro del círculo constituido por sus espesas cejas y su amplio mentón.*** Tanta seguridad en la aseveración no dejó de impresionar. A este hombre, que aseguraba haber visto en España y tratado largamente a Don Juan, el cual le había prometido cuantiosos recursos para la ejecución de su complot, le preguntó Carlos II: ***¿Cómo es este Don Juan?,*** y como Oates respondiese: ***Un***

hombre alto, flaco y cetrino, repuso el Rey: ***Se ve que nunca lo habéis visto, porque Juan es pequeño, gordo y rubio.***

En cuanto a los jesuitas de París, ¿dónde los habéis tratado? —En su casa cerca del río. —De las tres casas que tienen los jesuitas en París — respondió Carlos—, ninguna está cerca del río, y concluyó: He aquí el más redomado mentiroso de entre todos los picaros.

Mas el rey no era ya el amo. Fuerzas ocultas acechaban, y el delator, al anochecer del 28 de setiembre, detenía a tres jesuitas, sirviéndose de una compañía de soldados que había obtenido. Al día siguiente otros dos—entre ellos el Provincial de Inglaterra, Whitbread, gravemente enfermo—, refugiados en la Embajada de España, fueron arrancados de sus lechos y maltratados. Cuando se los llevaban protestó el Embajador contra esta violación del derecho de asilo y amenazó con represalias. Entonces Oates, sin abandonar los papeles y catálogos de que se había apoderado, señalando con el dedo a Whitbread casi en el último aliento, exclamó: ***Retirémonos. Este corre a grandes pasos hacia el diablo.*** Mas el odio es inventor: algunos días más tarde corría el tumor de que el Provincial se había envenenado a fin de escapar a la tortura y no verse precisado a descubrir los nombres de sus cómplices.

Pronto siguieron otro arrestos aun fuera mismo de Londres, tanto de religiosos como de seglares, entre los cuales el médico Wakeman y Eduardo Coleman, de cuyos escritos había

recomendado especialmente Danby apoderarse.

El 5 de octubre llegaban informaciones de todas partes que manifestaban que el complot —no se sabe por qué medios misteriosos— era ya conocido en todo el reino. Mas desbordada la fantasía de cada cual, las acusaciones eran tan contradictorias que el público llegó a tomar la misma postura que el rey: encogerse de hombros y decir que el complot no será sino un mito.

Entonces comenzó a hacerse público el contenido de algunas cartas halladas en casa de Coleman. ***El Papa*** —había escrito Coleman al Internuncio en Bruselas— ***no ha tenido nunca ocasión tan propicia de enriquecer a su familia y de aumentar el número de sus amigos; si la deja escapar no hallará nunca otra igual*** Y al P. de la Chaize al año siguiente: ***Hemos emprendido una gran empresa; se trata nada menos que de la conversión de tres reinos... Dios nos ha concedido un príncipe que casi milagrosamente se ha convertido en tan celoso servidor de este glorioso proyecto...*** En realidad de verdad, esta gran empresa, este gran proyecto no era ni más ni menos, como queda indicado, que la supresión del protestantismo como religión del Estado y la permisión para el catolicismo de florecer a plena luz en Inglaterra; más en particular, la libertad de conciencia. Coleman cometía la torpeza de mezclar a sus planes peticiones políticas, como ésta: ***Estaría bien que S. M. Cristianísima ofreciese dinero de su erario a S. M. Británica para persuadirle a disolver el Parlamento.*** Mas no se puede

creer que se trame la muerte de un soberano, cuando se proclama, por el contrario, su concurso indispensable y se declara sin rebozo: ***El dinero es el único medio de interesar al Rey en los negocios del duque de York y de librarlo de la necesidad de dirigirse al Parlamento... Estoy totalmente cierto de que el dinero no dejaría de convencerlo; porque nada hay que no haga por dinero, aunque fuese en su perjuicio; tanto más que es en su favor lo que tratamos de persuadirle.***

Únicamente hay que decir que si estas páginas fueron conocidas por ciertos jefes del Parlamento, que debían servirse de ellas contra Carlos II, no

fueron entregadas a la multitud. Esta, por otra parte, no estaba en disposición de interpretar en su sentido natural las cartas de un papista. La gran empresa patrocinada por Coleman aparecía ser evidentemente, a los ojos de la plebe, la misma que el horrible complot denunciado por Oates.

En vano los Embajadores de Francia y España trataron de conseguir de Carlos II que hiciese justicia por las acusaciones lanzadas contra Don Juan y contra los confesores de sus reyes. Barillon llegó hasta ***ofrecer su propia cabeza, en vez de la del P. de la Chaize, si se encontraba aunque no fuese más que una sombra de verdad en las mentiras del delator.*** Carlos respondió que tales mentiras eran muy descabelladas para tomarlas en serio y se echó a reír.

Luis XIY era del mismo parecer, porque los cargos hechos a los católicos le parecían tan vanos que no podía suponer

que hallasen crédito en la opinión inglesa. En una larga carta a Barillon, el 21 de octubre, le declara que esta pretendida conjuración no es más que un puro artificio de las armas, aparentemente para defenderse contra las amenazas de los papistas, pero en realidad para tenerlas listas a combatir de nuevo contra los Países Bajos y Francia.

Sin embargo, una circunstancia trágica iba a permitir a los verdaderos conjurados el lanzar de nuevo sus calumnias: el 17 de octubre, en el foso de Primrose Hill, se descubrió el cadáver de Edmundo Berry Godfrey, que, aunque protestante, había cometido la imprudencia de comprometerse con Coleman... Muerte misteriosa, probablemente suicidio, completado con una simulación de estrangulación. Mas como por otra parte Godfrey era juez íntegro hasta el escrúpulo y poseía todas las deposiciones judiciales de Titus Oates sobre el complot, fue fácil el hacer creer que había sido víctima de los papistas. Libelos, grabados y aun medallas conmemorativas fueron lanzados al público para dar tinte de verosimilitud al hecho. Uno de esos libelos representa a un jesuíta dando muerte a Godfrey mientras el Papa aplaude.

¿No podía ser este asesinato el prólogo del drama anunciado por Orates? Así se creyó. Para que las pasiones se exacerbasen más, el cadáver estuvo expuesto en público durante varios días; y los funerales, retrasados hasta el 31 de octubre, se transformaron en un irritante espectáculo que puso en tensión hasta el paroxismo los nervios del populacho. Setenta y dos eclesiásticos iban delante del féretro, y en la oración fúnebre, el

orador, Rector de San Martín, tuvo a su lado como defensa contra una posible irrupción de asesinos, a dos colosos mocetones.

Entonces comenzó el terror. Los más descabellados rumores se propagaron como el fuego: sótanos llenos de puñales, legiones francesas navegaban hacia Kent, ejércitos papistas avanzaban bajo tierra. Se esperaba una degollina. Lady Shagtesbury, debidamente instruida por su esposo, no salía jamás a la calle sin una pistola cargada en su manguito; ejemplo que seguían en todas partes las señoras amedrentadas. Todo lo que se decía sobre los papistas se consideraba como palabra del Evangelio, como, por ejemplo, el que un grupo de monjes habían llegado expresamente de Jerusalén a fin de cantar el ***Te Deum*** en acción de gracias por el éxito de la conjuración. El pueblo sólo respiraba ya venganza. Cualquier infeliz que se pareciese, aunque fuese de lejos, a un sacerdote era apresado y amenazado de muerte; quienquiera que hiciese correr cualquier bulo estúpido era creído y recompensado. La noticia de que en las cárceles de Londres estaban hacinados dos mil sospechosos aumentó el miedo. Fue preciso tender cadenas, levantar barricadas en las calles; la tropa y la milicia, en total unos cuarenta o cincuenta mil hombres, patrullaban toda la noche; en el Palacio Real se duplicó la guardia, se colocaron para defenderlo baterías de campaña; las puertas de la ciudad se mantuvieron cerradas. ***Precauciones indispensables*** —decía elocuentemente el caballero Player— ***sin las cuales cualquier ciudadano hubiera corrido grandes riesgos al despertarse al día siguiente de encontrarse degollado.***

Todos los días, ante los Lores o los Comunes, Oates se hinchaba un poco más con su vanidad e insolencia. Sus palabras eran ley, su acusación valía al punto por una orden de arresto: para todos era el ***Salvador de la Nación.*** Una vieja piedra que se encontró en ***Oatlands*** en la que se leía la siguiente inscripción: ***Se verá «Oats»*** (las avenas) ***preservar al país de la ruina***, fue tenida como prueba de su sublime misión. ***Para el pueblo*** — declara Arturo Bryant— ***este cretino redomado era una especie de Juana de Arco.*** A fin de que pudiese velar mejor por la vida de su soberano, se le señalaron habitaciones en Whitehall, una pensión de mil doscientas libras al año y una guardia de corps. A veces comía con el rey.

El oficio de delator era bien lucrativo. Un miserable, llamado Castairs, que desde hacía mucho tiempo no tenía otra profesión en Escocia que la de entrometerse, con nombres falsos, en los conciliábulos de las sectas disidentes para denunciar a los predicadores, vino a aumentar el número. Le siguió Bedloe, antiguo mozo de cuadra del Lord Bellasis, especialista en robos y en abusos de confianza en las casas de los personajes a quienes había servido; individuo ***más repugnante que Oates*** declara Hume, ***ladrón comprobado*** confirma Macaulay, condenado a muerte por contumacia en Normandía. Sin tardar mucho tiempo, todos los lugares, todas las casas de juego, todas las cárceles por deudas de Londres, proporcionaron testigos falsos, decididos a disponer de la vida de cualquier católico romano. Uno de ellos sostenía que treinta mil hombres disfrazados de peregrinos debían

reunirse en La Coruña para dirigirse desde allí sobre el País de Gales. A otro se le habían prometido quinientas libras esterlinas y la canonización, si asesinaba al rey. Un tercero, mientras bebía en una taberna, había oído a un rico banquero marsellés, medio borracho, declarar agitando la mano: ***Ésta está presta a matarlo.*** Se discutía tan sólo a ver si había dicho ***lo*** o ***los.*** Los crímenes de Bedloe fueron olvidados y perdonados; se le concedió una pensión y una habitación del Estado. Carlos II, que no creía ni una palabra de todas estas historias, había aceptado, sin embargo, bajo la presión del Parlamento, el que cinco de los lores denunciados por Oates fuesen encerrados en la Torre de Londres (25 octubre). Hostigado por lo clamores y las amenazas, consintió también en que todos los Pares que no prestasen el juramento fuesen privados de su sede hereditaria en la Cámara Alta (20 noviembre). Pidió, y por fin obtuvo, el que el duque de York se retirase espontáneamente del Consejo privado. Y —¡humillación afrentosamente dura para los dos hermanos!— tan sólo por dos votos de mayoría los Comunes conservaron a Jacobo el derecho de sucesión (30 noviembre). Cada vez que el rey firmaba, firmaba ***con la muerte en el alma,*** pero firmaba. Sabía que Oates estaba en comunicación constante con los agentes de los grandes lores y de los políticos, los cuales gobernaban la ciudad desde su club del Cordón Verde en la taberna de ***King's Head.*** Estaba convencido de que si quería desacreditar abiertamente el complot, no lo conseguiría, sino que sería arrastrado al conflicto con la masa entera de su pueblo y caería entre las manos de sus enemigos.

Carlos tuvo, sin embargo, un rasgo de honradez al negarse a suprimir el sueldo a unos funcionarios católicos que habían servido bien y por mucho tiempo a su país. Y cuando los Comunes, habiendo descubierto esta conducta, hicieron encarcelar al Secretario de Estado Williamson, que había firmado el acta de pago, hizo saber a la Cámara que él guardaría con ella más consideraciones que las que ella tenía para con él: ***Porque aunque habéis aherrojado en la Torre a uno de mis servidores sin avisarme, tengo interés en haceros saber que me propongo hacerlo salir.***

Igualmente, cuando a fines de noviembre las Cámaras presentaron a su firma una ley que ponía la milicia bajo la autoridad del Parlamento, se acordó en seguida que una medida parecida había en 1642 precipitado la guerra civil. Y por primera vez durante su reinado usó el poder del veto y declaró paladinamente que ni por media hora dejaría escapar de sus manos un tal poder.

Mientras tanto Oates, temiendo ser sobrepasado en infamia por sus compinches, acumulaba sus acusaciones. Había querido y tratado de implicar en el complot a la duquesa de Mazarino; mas le parecía poco y, pensando proporcionar al rey el medio de divorciarse y de tener, mediante un nuevo matrimonio, un heredero, acusó a la reina de estar en inteligencia con Wakeman para envenenar a su esposo. En pleno Consejo privado se atrevió a narrar que, habiendo acompañado a algunos jesuítas a Sommerset-

House, había oído a Catalina decir, deshecha en lágrimas: ***No puedo sufrir por más tiempo tales afrentas a mi tálamo de esposa. Ojalá pueda, con su muerte, contribuir a propagar la fe católica.*** El jueves siguiente, el bandido se levantó en la barra de los Comunes y clamó: ***Yo, Titus Dates, acuso a la reina de alta traición.*** Al mismo tiempo, y visto que ante la ley no podía causar efecto el testimonio de uno solo, Bedloe apoyó al instante la odiosa difamación. Al contar Barillon a Luis XIV todos estos horrores, añadía: ***El Rey mandó apresar a Oates una hora después; pero no se sabe cómo reaccionará el pueblo y los conjurados.*** Y dos semanas más tarde: ***El rey de Inglaterra habla de tal forma de los dos acusadores que da a entender que si fuese él el amo pronto recibirían un castigo ejemplar; mas la Cámara Baja no los considera de la misma manera.***

Nadie podía, en efecto, nada contra los delatores; sus fábulas monstruosas estaban tan al unísono con los temores populares que la masa no podía menos de creerlo todo y consideraba como traidor a quienquiera que no obrase en consecuencia. Por otra parte, como en nuestros más locos sueños, hasta en el delirio de estos energúmenos había atisbos de razón: sus peores imposturas encerraban rasgos de verdad, casi siempre de verosimilitud. ¿Puede haber algo más natural, en efecto, que el deseo de un rey de poder separarse de su mujer estéril? ¿O que los católicos deseasen ver sentarse en el trono a uno de los suyos, tan perfecto inglés como el duque de York? También era verdad que los jesuítas habían celebrado en Londres, en el mes de abril, su

Congregación provincial trienal. Bedloe mentía descaradamente cuando pretendía que se habían reunido 160 sacerdotes seglares, 80 jesuítas y que en una lista que él había tenido en sus manos figuraban hasta 300. Sin embargo, esta asamblea había tenido lugar en el palacio de Saint James. El duque de York dirá más tarde a John Reresby: ***Gracias a que Oates no tuvo mejor información; porque entonces hubiera asestado contra mí un duro golpe.***

No todos seguramente daban fe a tales chismes. ***Pero los que no sentían miedo por este complot de comedia*** —anota Bryant— ***podían sentirlo por otro que no era sino muy real.*** Frunciendo el entrecejo, Oates, de quien la gente honrada se alejaba como de la hediondez del infierno, no tenía más que amenazar, diciendo: ***Usted es unyorkista; ya me acordaré de usted***, para que toda oposición cayese por tierra. Porque detrás de ese dedo tinto en sangre se divisaban los poderes del Parlamento, los jurados corrompidos, los jueces amedrentados y el pueblo vociferante. Con todo, es extraño que delatores degenerados hayan podido, a pesar del Rey, de la corte y de la gran mayoría del Consejo privado, a pesar de los muchos miembros honrados de las dos Cámaras, no sólo gozar de la impunidad, sino, lo que es más, redoblar con tanta audacia sus calumnias. ¿Cómo hombres de nada, sin instrucción y sin experiencia política, han sabido tan a propósito corregir, a veces hasta contradecir, sus deposiciones precedentes, para añadir nuevas, más desvergonzadas, pero siempre conformes a la que la histeria colectiva podía en el

momento oportuno digerir? La historia ha dado con el misterio. Bajo esas alucinantes locuras se ocultaba una inteligencia, fría y sin escrúpulo, que manejaba el cotarro y de la que Oates, Tonge, Bedloe y demás no eran sino los ejecutores; inteligencia que era, al mismo tiempo, un poder capaz de asegurar la vida y la libertad de los cretinos que habían merecido diez veces la horca; aristócrata de manos blancas, más ensangrentadas que las de Macbeth y criminal más sabiamente rencoroso que aquellos a quienes dirigía; dispuesto siempre, si se daba cuenta un día de que sus compinches habían agotado su fluido de persuasión, a abandonarlos cobardemente. Este hombre era Ashlet Cooper, conde de Shaftesbury. John Dalrymple, ya a principios de siglo XVIII, creía que Shaftesbury no sólo se había servido del complot, sino que por venganza contra el rey y contra el duque de York, lo había inventado, aun cuando los denunciantes habían ido más lejos de lo que él en un principio les había ordenado. Macaulay, que junto a Saftesbury pone a Buckingham, estima que el asesinato de un inocente no pesaba más sobre su conciencia embotada, que la muerte del venado que mataban en la caza.

Más recientemente, M. Malcolm Hay, que ha derramado gran luz sobre muchos acontecimientos oscuros del ***Popish Plot***, no teme llamar a Sahftesbury ***el político más desprovisto de escrúpulos del siglo XVII, padre adoptivo del complot de Oates, hombre sin religión que fue el principal protector de todos los fanáticos y uno de los enemigos más destructores de la fe que***

haya conocido Inglaterra.

La primera sangre derramada fue la de Coleman.

El tono misterioso de una parte de su correspondencia y la cifra que juzgó oportuno —para darse aires de importancia— enviar al P. de la Chaize bastaban a hacerle sospechoso. Para que se viese que sus cartas no contenían negros proyectos entregó gustoso esa cifra a los comisarios que el 4 de noviembre fueron a interrogarle a Newgate. Ciertamente que había estado en relaciones con los tres últimos embajadores de Francia, ya desde los tiempos de Ruvigny, y había aceptado dinero de Courtin y de Barillon,
bien para él o para otros, en particular para poder disponer de una buena mesa en la que se daban cita siempre diez o doce diputados de la Cámara de los Comunes. Estas transacciones pecuniarias tampoco las había ocultado al juez de instrucción. Aun cuando hacía ya meses que no conservaba, por orden del Parlamento, el cargo de secretario oficial en el palacio de Saint James, conservaba no obstante influencias y su espíritu intrigante continuaba excitando la desconfianza de los jesuítas ingleses. Con todo, su intransigencia doctrinal, que como a lord Arundel y a la mayoría de los católicos le había hecho rechazar el juramento, le valió como a muchos otros el título aborrecido de papista jesuíta.

En resumidas cuentas, Barillon recapitulaba exactamente todo el asunto cuando escribía a Pomponne, el 11 de noviembre: ***Coleman ha dicho a los comisarios de la Cámara Baja que nunca había tenido proyecto ni mantenido comercio con vistas a un cambio de religión o de gobierno, sino que había trabajado únicamente para procurar la libertad de conciencia y que, como sabía que no era factible durante el actual Parlamento, había propuesto que, para conseguirlo, era preciso hallar el medio de disolverlo; para lo cual había creído necesario tener la suma de 300.000 libras esterlinas y que ésa era la proposición que había hecho al P. de la Chaize.***

Pues bien, Coleman en todo esto era tan poco culpable de lesa majestad que sus aspiraciones correspondían a los más secretos deseos —y a las tentativas— del mismo Rey Carlos.

Así, cuando el 27 de noviembre, en el proceso, sir Jorge Jeffreys acusó a Coleman de haberse esforzado por derribar la religión protestante, excitar a la rebelión entre los vasallos de S. M. y matar al rey; y cuando el abogado Maynard le acusó por su parte de haber intentado matar al rey, de cambiar el Gobierno de la nación, de destronar la religión protestante para sustituirla por la romana y el papismo, Jeffreys y Maynard no hacían sino repetir la lección aprendida de Oates y Shaftesbury, mintiendo. David Hume declara: ***No hay prueba alguna de crimen ni mucho menos de traición.***

En cuanto al lord jefe de justicia, William Scroggs, en

vez de servir de consejero al acusado, como lo pedía su cargo, abogó contra él; y siempre que Coleman se defendía de la acusación de haber atentado a la vida del rey y de ser culpable de traición, le interrumpía violentamente para decir: ***Otros tantos propósitos fuera de cuestión. Este hombre está acusado de haber pretendido introducir en el reino el papismo y promover los intereses de Francia.*** En todos los procesos que siguieron Scroggs se portó igual, infundiendo miedo con sus miradas a los testigos de descargo, porque él mismo tenía miedo al populacho; olvidó las reglas naturales de la equidad, hasta declarar públicamente que los papistas, no teniendo los mismos principios que los protestantes, no tenían derecho a las mismas consideraciones. Por todo ello este juez inicuo ha merecido que en la reciente obra ***Oxford history of England*** diga de él el autor G. N. Clark: ***El nombre de Scroggs quedará infame para siempre por su brutalidad hacia sus víctimas.*** Este veredicto será el de la Historia.

Carlos II —que durante semanas se negará a firmar el decreto de muerte contra los jesuitas y que dirá: ***Que su sangre caiga sobre los que los condenan; Dios me es testigo de que firmo con lágrimas en los ojos***— se conformó más pronto con la de Coleman. Sin duda que estaba algo quejoso de él, por haber aireado tanto en sus cartas la necesidad en que estaba de dinero y porque le molestaba que los cortesanos de Versalles y los prelados romanos estuviesen informados por Coleman de que el rey de Inglaterra

estaba casi reducido a la mendicidad. El, con todo, no hacía un misterio de su situación financiera, pues por Año Nuevo de 1679 confesará paladinamente a Barillon que iba a verse obligado a retirar embajadores del continente por falta de recursos. Tal indiscreción por parte de Coleman —la misma que la que traería la caída de Danby— hizo que no se tomase interés por su suerte.

Habiendo, sin embargo, prometido Carlos a Coleman gracia y perdón total si hacía revelaciones, contestó el prisionero esta respuesta emocionante: ***¿Para qué? Sabéis tanto como para querer arrancarme la vida, y yo no sé lo bastante para poder salvarla.*** Sobre él se concitaron todos los odios amontonados contra el duque de York y, no obstante, se mantuvo fiel a su señor y, hasta cara a la muerte, se mantuvo fiel en declarar: ***El príncipe no debe ser responsable de mis imprudencias; opongo el más categórico y solemne mentís a todos los atentados cuyo proyecto se quiere atribuir a los más ilustres personajes.***

La sentencia dictada contra Coleman fue la de los traidores: ***Será colgado hasta la semiestrangulación; descolgado de la cuerda todavía vivo, mutilado, luego rajado el vientre; su corazón y sus entrañas quemadas frente al cadáver: partido en cuatro partes y su cabeza expuesta en las esquinas para escarmiento de sus correligionarios. Que Dios tenga piedad de su alma.*** El 3 de diciembre Coleman fue conducido a Tyburn, donde, después de haber renovado su profesión de fe y declarado que la religión católica no acarrea ningún perjuicio ni al Rey ni al gobierno, con toda calma sufrió el suplicio.

Se ha podido reprochar a Coleman imprudencias políticas; pero una cosa es cierta: que su gran proyecto era conseguir para los católicos ingleses la libertad de conciencia y, por tanto, el de conservar o de facilitar para él y sus compatriotas la integridad de la fe cristiana. En resumen, ésa es la causa de su muerte y eso debía permitir un día a la Iglesia el ***beatificarlo*** con el título de mártir; verdadero testigo de Cristo hasta el derramamiento de su sangre.

Desde el mes de enero siguiente, varios jesuítas participarían de la misma suerte para recibir de la Iglesia dos siglos más tarde el mismo honor.

Así las cosas, el Rey disolvió el Parlamento algunos meses más tarde como lo había deseado Coleman, con lo que comenzó a decaer el frenesí popular. ***Fuera de Londres*** —escribe Bryant— ***la gente sensata comenzó a reflexionar, preguntándose si no se habrían dejado llevar de un acceso de locura y qué pensaría de ellos el resto del mundo a la vista del espectáculo que ofrecían.*** Y un sabio erudito que pronto sería escogido como profesor por el Colegio de Christ-Church de Oxford escribía a un amigo: ***Temo y mucho que todo este asunto aparezca como una demencia y que nos haga odiosos y despreciables en toda Europa.***

Sin embargo, esta demencia antes de calmarse había

enredado en su torbellino al P. La Colombiére, quien, al morir Coleman, hacía ya más de quince días que estaba encerrado en los infectos calabozos de ***King's Bench.***

Capítulo XXVI

CONFESOR DE LA FE

Noviembre-Diciembre 1678

Cuando al P. La Colombiére se le reconvenía el dejarse engañar demasiado fácilmente por los apóstoles, respondía: ***Gracias a Dios, tan sólo pierdo dinero.*** La aventura del P. Saint-Germain hubiera debido hacerle temer que un día fuese algo peor.

Las calumnias de Titus Oates no alcanzaron ni siquiera indirectamente al P. Claudio. El encarcelamiento de Coleman ocasionó, por carambola, en la noche del 30 de octubre, un mandato de arresto contra M. Nephoe, secretario titular de la duquesa de York, y la incautación de todos sus papeles; mandato e incautación que fueron seguidos, tres días después, por un no ha lugar y una restitución. Nadie molestaba al P. La Colombiére, que vivía tan ignorado y tan completamente ajeno a los negocios políticos.

No obstante, como no había entonces en Inglaterra mejor

oficio, para ganarse la vida, que el de descubrir conspiraciones, era grande para los famélicos la tentación de hacer una denuncia. De hecho, el ***fiel siervo y perfecto amigo*** de Cristo fue como él, entregado por un Judas.

Fui acusado —escribe— por un joven del Delfínado que yo creía haber convertido y a quien, desde su pretendida conversión, había yo tratado durante tres meses más o menos. Su conducta me hizo temer con razón alguna queja y la imposibilidad en que me encontraba de seguir ayudándole con recursos me obligó a abandonarle; entonces creyó vengarse de mí, descubriendo la relación que habíamos tenido los dos. Así lo hizo y me imputó al mismo tiempo ciertas palabras contra el Rey y el Parlamento. Como conocía una parte de mis asuntos, no tardó en acusarme de grandes crímenes por el poco bien que hice entre los protestantes, y me hizo aparecer mucho más lleno de celo y mucho más feliz en mis trabajos que lo que de hecho estaba.

Este delfines —compatriota por tanto de La Colombière— se hacía pasar por Fiquet, nombre de una familia de Saint Symphorien, a la que quizás pertenecía y que fue ocasión de que Claudio se interesase por él.

Conocemos todo el detalle de la intriga gracias al autor de las ***Conspirations d'Angleterre*** completado por el diario de Evelyn y por los procesos verbales de la Cámara de los Lores.

El 5 de noviembre, aniversario del día en que, en 1695, fue descubierta la Conspiración de la Pólvora, se habían predicado hermosos y ardorosos sermones de acción de gracias

en todas las iglesias. El Obispo de Exeter había llegado expresamente de Devonshire para recordar cómo el cielo había preservado milagrosamente entonces a Inglaterra de los atentados de los papistas. En Santa Margarita el doctor Tilloston, delante de los miembros de los Comunes, había sembrado su discurso de alusiones inflamadas a las recientes denuncias de Titus Oates. Aumentaron las dementes angustias excitadas la semana anterior por los funerales espectaculares de Edmundo Berry Godffey; para la semana siguiente los Lores habían prescrito un ayuno y oraciones públicas. Las pasiones estaban en su apogeo.

El lunes 11 de noviembre, como el rey tuviese que ir al Parlamento, curiosos llegados de todas partes, ingleses y extranjeros, se apelotonaban en la sala baja para ver entrar, detrás de los Lores, un cortejo de prisioneros. Sin duda que, entre ellos, estaría el papista Choqueux, francés en cuyo domicilio se había descubierto tres días antes —cosa terrible— todo un juego de fuegos artificiales. La instrucción que se realizaría sobre el asunto, revelaría que todo ese material estaba allí desde hacía doce años y que no hubiera servido ni siquiera para juegos de niños... Ansiosa de emociones toda esa gente venía hambrienta de noticias.

Fiquet estaba entre la muchedumbre, y ante otro francés llamado Petit, de oficio comisionista, se le escapó decir viendo la fila de los detenidos: ***El jesuíta de nuestro país se ha ido también él de la lengua. Si tuviese enemigos se le podría muy bien crear dificultades.*** Petit le preguntó con toda naturalidad qué quería

decir, y habiéndose explicado Fiquet, Petit añadió: ***Es absolutamente necesario que denuncies a La Colombière. Si tú no te atreves, lo haré yo mismo.*** La recompensa prometida eran veinte libras esterlinas por un sacerdote, cien por un jesuita. Fiquet no podía renunciar a esa oportunidad gananciosa; y sin más, se fue en busca de un oficial activo y sin escrúpulos y requirió sus servicios, pues él ignoraba el oficio y además no sabía redactar una relación. Sin saberlo, cayó en manos del mismo que

antiguamente había denunciado al P. Saint-Germain, el hijo de la actriz Beauchateau, que se hacía llamar Luzancy.

De todos los cuentos que tuvo a bien narrarle Fiquet, Luzancy retuvo seis puntos por considerarlos como excelentes bases de acusación:

1) La Colombière le había dicho, en conversación familiar, que el Rey era católico en el alma (Luzancy lo había atribuido ya a SaintGermain). 2) Que no sería siempre el dueño el Parlamento, ni tendría el mismo poder. 3) La Colombière era íntimo de Coleman. 4) Había sobornado a un tal Salomón, antiguo fraile recoleto en Francia, para hacerle volver al claustro; había hecho a la mujer del dicho Salomón abandonar el protestantismo, al que había vuelto después. 5) Se ocupaba de un convento de religiosas que vivían ocultas en Londres. 6) Se debían enviar sacerdotes a Virginia o Terranova y él había presentado algunos con este fin.

Luzancy era el protegido del obispo de Londres Crampton, el cual — ya se recordará—, para recompensar las diatribas del renegado contra los papistas le había súbitamente nombrado ministro. El 12 de noviembre, con su memorial en mano, le presentó a Fiquet y el obispo encaminó a los cómplices al gran Canciller. La acusación siguió su curso.

Al día siguiente era el día del ayuno nacional y con esa ocasión en todas las iglesias, a petición de las Cámaras, se rezó la siguiente oración:

Dios Todopoderoso que en parte habéis descubierto los designios y burlado las tentativas de los papistas, los cuales, bajo pretexto de religión, han conspirado para la destrucción; de esos miserables que, por la traición o el asesinato de la Sagrada Persona de S.M., se esfuerzan por introducir entre nosotros la tiranía de un poder extranjero y la abominación de un culto supersticioso, a fin de reducir a esclavitud las almas y los cuerpos de vuestros siervos, continuad, os suplicamos... etc.

HsHs*

Aquella misma noche era violada la habitación del P. La Colombière en el palacio de Saint James. ***Fui detenido*** —escribió— ***en mi cuarto a las dos después de la media noche.*** Durante dos días estuvo con guardia a la vista.

Mientras tanto, el sábado 16 de noviembre, por la mañana, el marqués de Winchester, encargado por los Lores de introducir el proceso, concedía larga audiencia al noble Olivier du Fiquet, le escuchaba con benevolencia y por su palabra sólo, acompañada de un juramento, sin oír más testigos, daba

294

orden de trasladar a La Colombiére a la prisión de Kin's Bench. Era un domingo.

Me sacaron dos días después —escribirá— ***para ser examinado y careado con mi acusador, delante de doce o quince comisarios de la Cámara de los Lores.*** El P. de la Pesse describe la escena, diciendo:

Antes de entrar en el tribunal, le hicieron esperar por algún tiempo en una sala contigua, y allí, a la vista de una gran muchedumbre de toda clase de personas, tomó su breviario para recitar el oficio divino. Se presentó luego a sus jefes con una modestia tal que era un testimonio anticipado de su inocencia. Respondió a los interrogatorios en los que los Lores... dieron bien a entender que no le creían culpable. Algunos de esos comisarios le trataron con buenos modales y no se alegó contra él más que las conversiones en las que había trabajado. Pero, en fin, era necesario conducirse con el Padre como si hubiese sido en realidad un criminal a fin de no verse obligados, si le declaraban inocente, a causar la ruina de los malvados que causaban la de tanta gente de bien. Después de eso me condujeron de nuevo a la cárcel donde estuve fuertemente custodiado durante tres semanas.

Sin embargo, la ley inglesa es terminante: testigo único, testigo nulo. Si es por eso, las tabernas están llenas de gente, de delatores benévolos; bastaba elegir sin que llamase mucho la atención. Y así como Oates había tenido su Bedloe, Fiquet tuvo su Verdier, quien, bien instruido, compareció ya el 19 ante lord

Anglesey, delegado de la Cámara Alta. Pero a Verdier, que conocía a su compinche, le parecía ridículo darle tratamiento alguno, y de punta a cabo de la deposición le llamó sencillamente Fiquet (sin el ***de*** por delante).

Así armados, el marqués de Winchester y lord Anglesey pudieron llevar ante la Cámara Alta el resultado de su encuesta. En la sesión plenaria del 21 de noviembre, ante una brillante asamblea —compuesta de cinco duques, uno de los cuales era S.A.R el duque de York; de cuatro marqueses, de veintinueve condes, del Lord del Sello Privado y de otros veinte señores —, el lord y marqués de Winchester dio cuenta de los dos interrogatorios: ***uno de Olivier du Figuetts*** (sic) ***y el otro de Francisco Verdier, que fueron leídos como sigue.*** Hemos de recoger con piedad esas acusaciones, únicos cargos que el odio y la traición consiguieron forjar contra el temible jesuita. Es uno de sus mejores títulos de gloria.

En primer lugar, la deposición de ***Olivier du Figuetts...*** Delante de los nobles lores era preciso dar al delator la señal usurpada de nobleza:

1) La Colombière, jesuíta y predicador en casa de la Duquesa, según mis conocimientos, ha tenido en el espacio de tres meses comunicaciones frecuentes con M. Coleman, que venía a verle todos los días a sus aposentos de 11 a 12 de la mañana. Además, La Colombière envió a su criado Lelièvre al campo durante dos meses y medio y tomó a su servicio al sobrino de M. Coleman, muchacho de 13 ó 14 años. Después de esto, M.

Coleman fue encarcelado y La Colombière volvió a tomar a su criado, despidió al sobrino de M. Coleman y se fue a vivir al campo. Sé además que La Colombière mantenía una gran correspondencia con el P. de la Chaize y el cardenal Bouillon.

2) La Colombière me dijo, a fines de ganarme para su religión, que hacía mal poniendo tantas dificultades; que el Rey no me impediría el abrazar la religión romana católica; porque sabía muy bien que el Rey era católico de corazón.

3) Además, cuando le representé el que ***el Parlamento no consentiría la perversión en Inglaterra,*** La Colombière me dijo que ***si el Parlamento se opusiera a los católicos romanos, el Rey lo disolvería.*** Y también que ***el Parlamento no sería siempre el amo y que yo vería en poco tiempo cambiada toda Inglaterra.*** Todo esto me lo confirmó varias veces su criado.

4) Y como yo tuviese intención de ir a estudiar a Oxford, me disuadió diciéndome que si iba a cursar mis estudios a Oxford llenaría mi espíritu con los errores de la teología de Oxford, contrarios a las enseñanzas de la Sagrada Escritura; que si quería volver a Francia, él podría, por medio del P, la Chaize, jesuíta y confesor del Rey de Francia, conseguirme un puesto en el colegio de Clermont, y también que había escrito a un jesuíta (en ausencia del P. la Chaize) de quien yo mismo leí la respuesta en el aposento del P. La Colombière. Asimismo que había dicho al duque de York que me había disuadido de hacerme ministro y que Su Alteza se alegró grandemente, lo que me extrañó muchísimo. Entonces me dijo que no debía sorprenderme, pues Su Alteza el Duque era católico y recibía frecuentemente los sacramentos.

También esto me fue confirmado por su criado.

5) Después, La Colombière ha recibido muchas abjuraciones en su aposento, lo mismo de franceses que de ingleses. También allí hablé a un gentilhombre inglés que envió a Francia para ser pervertido por el cardenal Bouillon.

6) Que M. Drévil, un francés, presentó a La Colombière a un mercader inglés para pervertirlo, al cual La Colombière debía enviar a Francia, junto con su familia, al cardenal Bouillon.

7) Que La Colombière había enviado secretamente sacerdotes a Virginia, entre otros a Mac Carty, sacerdote irlandés, que fue conducido por el criado de
La Colombière y por orden suya a M. Le Choqueux, que vivía en el barrio de Savoy. Y La Colombière me dijo que deseaba ir él mismo.

8) Además, La Colombière mandó a Mac Carty decir misa en casa de Roberto Augier todos los domingos y días de fiesta, y también en el campo.

9) Que La Colombière había seducido a M. Salomón, ministro en Savoy, para encerrarle en un convento lo mismo que a otra persona que había venido con intención de entrar en el ministerio. La Colombière los había enviado a Francia y les había proporcionado dinero en Picardía, en casa de su siervo Lelièvre, y debían llegar a Roma por mediación del cardenal Bouillon. Es todo lo que puedo afirmar conjuramento y en presencia de las partes.

Acabada esta lectura, los nobles lores prestaron todavía

oído atento y benévolo a la relación de los cargos del segundo testigo exigido por la ley. A causa de la insignificancia del delator o de la incoherencia de su verborrea, lord Anglesey no había creído necesario retener sino tres frases; y sin duda, porque no se sentía muy halagado, sino más bien avergonzado de un oficio que le imponía miedo a Titus Oates, no asistía a la sesión. No por eso dejó de leerse la denuncia, hecha y jurada en su presencia y que él había autorizado con su firma.

Francisco Verdier, dice que hace cinco o seis meses, estando con Fiquet en el aposento del P. La Colombière, le oyó a La Colombière hablar con Fiquet tratando de persuadirle a que se hiciese católico, empleando para ello argumentos. A lo que respondía el dicho Fiquet: ***Que aun cuando todo lo que le decía fuese verdadero, todavía no lo podía él por ahora poner en práctica en este país mientras no lo permitiese el rey.*** La Colombière respondió: ***Que el rey no llevaría a mal que Fiquet*** se hiciese católico, porque el rey era también católico de corazón.

Jurado el 19 de noviembre de 1678.

Coram me (delante de mí).

Anglesey.

El texto de las denuncias requiere algunas aclaraciones.

Al final de la carta de Fiquet al obispo Crampton una nota nos trae a la memoria aquella expresión del primer memorial puesto en claro por Luzancy: que La Colombière tenía a su cargo un convento de religiosas, oculto en Londres. En la carta en

cuestión se dice: ***Varias jóvenes en una casa cerca de San Pablo, que vivían en religión monástica...*** ¿Quiénes eran estas religiosas?

En aquellos miserables tiempos, en Londres no existían otras que las Hijas de aquella noble y santa mujer llamada María Ward, cuya habitación en ***Saint Martin's Lañe*** era una casa ordinaria, sin ninguna apariencia extema de convento. Ellas mismas no llevaban ni hábito ni toca que las distinguiese de las personas del mundo. Fundadas en el primer cuarto del siglo XVII para ocuparse de la educación de las jóvenes, se dedicaban a ello sin encerrar a sus alumnas, como se hacía entonces, detrás de las rejas del monasterio, y ellas mismas pretendían llevar la vida del claustro sin ayuda de la clausura. San Francisco de Sales, por la misma época, concebía una ambición semejante para religiosas que visitarían a los pobres enfermos — llamadas por eso de la Visitación—. Como acontece a las tropas de vanguardia, María Ward y sus compañeras recibieron muchos golpes, como el apóstol San Pablo, ***a dextris et a sinistris.*** En 1631 habían tenido que dispersarse y al año siguiente Urbano VIII las llamaba a Roma, donde bajo la protección de la Santa Sede nació el Instituto de la Bienaventurada Virgen María. Recomendada por el Papa en 1639 a la joven Henriqueta de Francia, reina de Inglaterra, la comunidad comenzó a reagrupar en Londres sus miembros dispersos. Y aun cuando tres años más tarde María Ward hubo de ir al Yorkshire, su país natal, a fundar una casa en la que había de morir, el Instituto continuó desde entonces en su

tarea educadora tanto como se lo permitieron las circunstancias.

Habiendo la fundadora desde un comienzo calcado su regla sobre la de San Ignacio, nada tiene de extraño que sus hijas recurriesen, alguna que otra vez, para el cuidado de sus almas al predicador de Saint James. Quizá se referirá a ellas La Colombiére cuando, escribiendo a su hermano en julio de 1677, dice: ***¡Qué santas mujeres conozco yo aquí! Si os dijese de qué forma viven os admiraríais.*** Siempre próspero este Instituto, cuenta hoy entre sus más sólidas tradiciones una ferviente devoción al Sagrado Corazón, cuyo origen atribuyen al Padre La Colombiére.

Otra maniobra, echada en cara al jesuíta por su delator, era el que mientras su criado Lelièvre se tomaba dos meses de vacaciones en el campo, para sustituirle se había atrevido a recurrir a los servicios del sobrino de Coleman, cándido adolescente de trece o catorce años. ¿No sería para llevar adelante más fácilmente y sin miradas indiscretas los preparativos de la conspiración? A fin de apoyar su sospecha, Fiquet hacía notar que a la primera noticia que tuvo el P. La Colombiére del arresto del tío, había sagazmente despedido al sobrino. De hecho, Claudio había cedido sencillamente a los impulsos nobles de su buen corazón. En medio de una estación que, como la describe el capellán Ronchi, era extraordinariamente calurosa, causaba muchas enfermedades mortales en todo el reino y ocasionaba a Londres (ciudad pequeña entonces) más de quinientos muertos por semana, había querido procurar a Lelièvre, honrado

campesino de Picardía, un poco de descanso en el campo. Interrogado a este propósito por orden de Shaftesbury, Coleman no tuvo dificultad en demostrar que él no había prestado su sobrino sino para hacer un favor, y procurarle santas vacaciones, cerca de un preceptor eminente a quien ayudaría a su vez a perfeccionarse en el inglés; además, que La Colombière le había despedido varias semanas antes de que él mismo, Coleman, fuese encarcelado.

En fin, delante de Winchester, Fiquet notaba este detalle, omitido cuatro días antes en la carta al Obispo: que el predicador de la Duquesa, cuando se arrestó a Coleman, se había ido al campo, dando a entender con ello que, sintiéndose culpable, se había sustraído a las pesquisas. Este detalle y su maliciosa interpretación no han pasado inadvertidos para John Pollok, en su libro ***Popish Plot,*** donde escribe sin honradez: ***La Colombière se escondió, pero fue descubierto y detenido.*** Tres palabras, dos errores que son casi dos mentiras.

La verdad es mucho más simple. Pasadas las fiestas de la Asunción y de la Natividad de la Virgen, agotado por las hemoptisis cada vez más frecuentes, Claudio hubo de aprovechar un respiro que le daban las predicaciones, para tomarse él también algunas semanas de descanso. La Duquesa de York había abandonado Londres. Unas veces en Windsor, otras en el palacio del príncipe Roberto, magníficamente restaurado para ella, en lo más alto del pueblo, y una parte del mes de octubre en Holanda cerca de su nuera María, no necesitaba los servicios de

su predicador.

Cuando por la fiesta de Todos los Santos volvió la Duquesa a su palacio de Saint James, allí volvió también naturalmente el P. Claudio y, por tanto, cuando el 14 de noviembre Saftesbury ordenó su arresto, no fue preciso emplear galgos para descubrirlo. Estaba en su puesto.

¿No es doloroso pensar que la primera asamblea de una nación, compuesta por lo más selecto de la nobleza, en la que sin duda había hombres de pundonor, atemorizada por hombres de vil ralea, por presidiarios, falsarios, habituales de los garitos y demás lugares infames, se viera obligada a tener sesión mañana y tarde (acuerdo del I^{o} de noviembre) para oír tales insensateces? Así se comprende que Antonio Amauld, el gran Amauld, poco sospechoso, sin embargo, de parcialidad hacia los jesuítas, después de haber enunciado los seis cargos de acusación presentados por
Fiquet y Luzancy contra La Colombiére, haya podido dejar escapar de su pluma estas líneas indignadas:

Pido a todo hombre de razón que diga si hay algo en esos seis artículos que tenga apariencia de conjuración contra la vida del Rey y contra el Estado. Lo que decía Isaías del pueblo judío, es hoy a la letra verdad del pueblo de Inglaterra: ***Omnia quae loquitur populus iste conjuratio est*** (Is. VIII, 12). Todo es hoy conjuración.

Si un jesuita, autorizado por el Rey a ser capellán de su

cuñada, aconseja a un fraile apóstata que vuelva a su convento, es una conjuración. Si dirige algunas jóvenes católicas, que quieren vivir como religiosas, es conjuración. Si deseaba que algunos sacerdotes pudiesen predicar la fe a los infieles en algunos sitios de América, ocupados por los ingleses, conjuración. Nada hay más ridículo que esto.

El apologista podría haber añadido: ***Concede a su criado algunos días de descanso en el campo para librarle de los calores pestilenciales de Londres, conjuración; toma él mismo un poco de descanso a fin de cortar la tisis que le tiene agarrotado, conjuración. Conjuración también si recoge a un jovencito para que no vagabundee en vacaciones.***

Después de eso —concluye Arnauld— ¿se creerá que somos tan simples como para creer que no es por la religión por lo que se persigue a los católicos en Inglaterra, sino sólo por conspiradores? Como si fuese razonable el reconocer a un francés como sacerdote católico y querer que ejerza sus funciones de tal en el palacio de una princesa; y al mismo tiempo castigarle con la cárcel o algo peor, por cosas que era de esperar hiciera en las entrevistas y visitas que se le presentasen, a menos que se quiera suponer que no tiene ningún celo por la religión.

Entretanto se informó a sus señorías de que acababa de suceder un incidente de extrema gravedad. Cierto clérigo italiano, sacristán de la capilla de Saint James, había ido a ver a La Colombiére en la cárcel y había tenido la osadía de pedir al

marshall de King's Bench pluma y papel para que el prisionero escribiese dos letras. Petición que no era inocente sino en apariencia Este clérigo, afirmaba el ***marshall***, quería saber por el jesuita dónde vivían sus delatores, ¿con qué otro fin sino para atraer sobre ellos y sus familias la venganza de los papistas? Otra conjuración. Felizmente Shaftesbury estaba al acecho. Al punto fue citado Antonio, que compareció el 20 de noviembre. Era un sacristán sencillo, honrado, sin datos; por eso quizás más temible: ***Signora Peregrina Turina*** —dice— ***me ha enviado por orden de su alteza la Duquesa de York a visitar en la cárcel a La Colombière e informarme si le falta algo. Niego categòricamente el que me haya informado de dónde viven los hombres que le han acusado.***

Shaftesbury no las tiene todas consigo y sin pérdida de tiempo, a fin de convencer a Antonio de mentira, manda que el ***marshall*** se presente ante la comisión examinadora al día siguiente, 21 de noviembre, el mismo día precisamente que los lores se reunían para oír las denuncias de Fiquet y de Yerdier. Convocado para las dos, Antonio se reafirma en lo que pidió: ***una pluma y tinta para escribir dos palabras*** —no dos nombres ni dos direcciones—. ¿Era sordo el ***marshall***, o Antonio, menos experto en el manejo del inglés que del italiano, no pudo hacerse comprender? Nunca lo sabremos. Verdaderamente el complot se tornaba en farsa.

Shaftesbury se obstina, sin embargo, y el 22 de noviembre, imprevisto mandamiento contra Leliévre para que dé

cuenta de sus vacaciones en el campo. Además, ¿no ha observado algo de sospechoso en las idas y venidas de su amo? Mas las explicaciones del socarrón picardés son tan naturales, su honradez tan manifiesta que le dejan ir sin más.

El 23 de noviembre, en fin, los lores, debidamente informados de todas las citaciones, notificaciones, encuestas, cargos y descargos, se dieron cuenta de que de todo ello no podían deducir ningún delito que castigar, y menos acusar de alta traición. En consecuencia, sus señorías, reunidos en Parlamento, se contentaron con pedir para él la pena de destierro.

Sobre lo cual —leemos en el proceso verbal— el Parlamento dio el decreto siguiente:

Según estudio hecho por el Comité de los Lores encargado de examinar las personas, a fin de descubrir la horrible conspiración contra la persona de Su Majestad y contra el gobierno, después de los interrogatorios de Fiquet y de Francisco Verdier, hecho bajo la ley del juramento, se deduce que La Colombière (jesuita y predicador de la Duquesa), ahora encarcelado en King's Bench, ha tenido frecuentes y largas entrevistas con el M. Coleman y mantenido una larga correspondencia con el P. La Chaize y con el cardenal Bouillon y que ha procurado pervertir a los dichos Fiquet y Verdier y a otros a la religión papista, usando para ello argumentos por su naturaleza peligrosos, y en su habitación ha recibido un gran número de abjuraciones, tanto de franceses como de ingleses, y ha envido secretamente sacerdotes a Virginia, de entre los cuales

uno era el sacerdote irlandés Mac Carty.

Teniendo todo esto peligrosas consecuencias, y estando en oposición con la paz y el gobierno del Reino, se ordena, por los Lores encargados de lo espiritual y de lo temporal, que el Lord de las varillas blancas visite a Su Majestad para expresarle humildemente el deseo de esta Cámara de que plazca a S.M. dar orden para que el P. La Colombiére sea expulsado de este sitio y de todos los demás territorios y dominios de Su Majestad, cualesquiera que sean.

Al recibir esta súplica Carlos II respondió que la orden estaba dada. De hecho tergiversó. Expulsar, ¿por qué? Tenía demasiado sentido común británico para no darse cuenta del carácter irreal de los cargos alegados. Expulsar en esas condiciones era injusticia manifiesta. Cuando el contrato matrimonial de su hermano, el Rey había prometido en favor de la futura Duquesa el derecho a capilla, al cual iba anejo naturalmente el derecho a predicador. Si faltar a la palabra dada al joven e impotente Duque de Módena podía ser falta venial, la ofensa con respecto a Luis XIV sería gravemente injuriosa. Carlos poseía también, heredado de su abuelo, el beanés, un sentido del ridículo bastante vivo como para temer, en caso de tomar en serio tales acusaciones, el ser la comidilla de los salones de París. Esperó, pues.

El instinto popular tuvo reacciones más vivas. En una carta a su hermano María Beatriz escribía: ***Los comediantes han venido en un tiempo en el que todos tienen más ganas de llorar***

que de reír. Entre ellos cierto Carlier, cantante de ópera, el cual, viendo a la gente menos curiosa por sus piruetas que por los dramas políticos ofrecidos a papanatas por las Cámaras, se indignaba de las desvergüenzas de Fiquet. Habiéndolo encontrado un día en una taberna y, como buen compatriota, dejándose llevar de la lengua, tuvieron un altercado, en el curso del cual salieron de los labios de Carlier las más selectas injurias del repertorio de Moliere. También aquí se conmovió Shaftesbury. Por orden suya un testigo del altercado, M. Le Page, fúe citado delante del conde de Clarendon. (¡Realmente que la canalla de Titus Oates obligaba a los nobles Lores a extrañas aventuras!) Le Page salió garante de las palabras duras que se pronunciaron; por ambas partes había habido mutuos mentís, pero no podía decir —positivamente— de dónde había partido la ofensiva. ***Lo que en todo caso había observado era a Carlier levantando el puño para golpear a Fiquet. Y la misma mañana en que comparecía, le parecía a Le Page estar oyendo a Carlier decir que se arrepentía de no haberle zurrado más.*** Carlier se aprovechó bien del privilegio de los artistas: porque, anulado el compromiso con la ópera, seguía no obstante como cantor de la embajada de Francia, sin que por eso se le dejase de amonestar ***que se proveyese de documentos y certificados de buena conducta y se le cita, a su vez, ante el conde de Clarendon.***

Todo esto sería motivo de risa si no pensásemos que, mientras tenían lugar estas grotescas acusaciones, La Colombière, encerrado en su calabozo, no tenía para curar su tisis más que frío, humedad y hambre. King's Bench ha desaparecido, por fin, después de varios incendios, pero para conocer el régimen de las prisiones de Londres no es necesario que tengamos delante sus murallas: pues John Howard, a fin del siglo XVIII, y no obstante las mejoras introducidas en su tiempo, nos ha trazado un cuadro horrible.

Comida espantosamente reducida. El alcaide recibía una provisión de víveres, tenía cuidado de la alimentación de los prisioneros y se comprometía a darles uno o dos peniques de pan al día, pero reducía esta porción a la mitad y aún más. Faltaba el agua en muchas cárceles. El aire estaba tan viciado, el olor era tan nauseabundo que después de un primer día de visita, perseguido por ese mal olor de que llevaba impregnados sus vestidos, o más sencillamente por el recuerdo del mismo Howard, no podía viajar en su berlina con las ventanas cenadas. Los suaves perfumes de que echaba mano para combatir ese hedor se impregnaban ellos también al poco tiempo. En cuanto a la paja que servía de cama o mejor litera, no se la cambiaba sino después de meses cuando no era ya más que polvo o estercolero; muchos presos no tenían para acostarse sino andrajos sobre el desnudo suelo. Desde el punto de vista moral, es de suponer que se le evitaría al sacerdote de Saint James la repugnante promiscuidad de que hablaba el inquisidor. El resultado se adivina:

Sus rostros pálidos y amarillentos bastaban a revelar, antes de oírles hablar, su terrible miseria, y los que llegaban allá llenos de salud y fuerzas no eran al cabo de algunos meses sino seres demacrados, lívidos... Por observaciones realizadas a lo largo de tres años, me he convencido de que mueren muchos más encarcelados por la fiebre del calabozo —así se llamaba a una especie de tifus— que los que se matan en todo el reino. Es bien conocida y no encierra ninguna exageración la frase de los feroces acreedores: ***id a pudriros en la cárcel.***

De su estancia en King's Bench, La Colombière se contenta con escribir:

Después de lo cual (es decir, después de mi interrogatorio) me condujeron a la prisión, en donde fuertemente custodiado estuve por espacio de tres semanas. Los señores del Parlamento, habiendo llamado, varias veces durante ese tiempo, a los testigos que mi acusador citaba contra mí y no hallando lo que

303

en un principio habían esperado —que era, por todas las trazas, grandes aclaraciones sobre la falsa conspiración que se atribuye a los católicos—, no me volvieron a citar.

Nos gustaría conocerlos sentimientos de Claudio, en el correr de los días en que fue testigo de Cristo. En parecidas circunstancias, durante la Commune de París, el P. Olivaint podía comunicar con sus hermanos y decirles, por ejemplo: ***La celda es todavía más modesta que la de la calle de Sévres; es una ganancia***, o también, después de más de seis semanas de cautividad: ***¡Si supierais cuán dulce se me hace la celda sobre todo desde unos días a esta parte !***

Mas de La Colombiére sabemos que no tenía ni pluma, ni papel, ni tinta y quizás ni luz. Para darnos de todo ello alguna noticia tenemos algunas líneas escritas en París un mes más tarde: ***Me haría interminable... si le dijese todas las misericordias que Dios me ha hecho en cada sitio y a cada instante. Lo que le puedo decir es que nunca me he sentido tan feliz como en medio de la tormenta.***

Mientras tanto, el Rey dudaba, acosado por dos miedos contrarios: temor a Luis XIV, que le impedía expulsar a su prisionero; temor del Parlamento, que no le consentía ponerlo en libertad. Era el hombre de las medidas a medias, que no hacen más que prolongar los sufrimientos. ¿Esperaba quizás que en el tumulto de las denuncias acabasen por olvidarse de La Colombiére aherrojado en King's Bench?... Los lores insistieron

con una nueva requisitoria y Carlos tuvo que obedecer.

En consecuencia. S.M. ha ***juzgado bueno ordenar*** y ordena al presente, conforme a la requisitoria de los Lores, que el alcaide de la dicha prisión de King's Bench haga salir de la misma al dicho monsieur La Colombiére y lo entregue en manos de John Bradley, uno de los mensajeros ordinarios de Su Majestad, el cual tiene instrucción de apoderarse de su persona, de conducirlo al borde del mar y de verlo embarcar, para ser trasladado al otro lado de los mares.

El 6 de diciembre el Consejo privado, del que, felizmente para su honra, estaba excluido el duque de York, había anotado la orden real. Entre los 24 miembros presentes figuraban el obispo de Londres, Crampton, gran protector de Luzancy, y el conde de Peterborough, aquel jefe de legación que cinco años antes había recibido en Módena el sí matrimonial de María Beatriz y le había, a su vez, confirmado la promesa de un predicador. ¡Hay en política contratos que valen tan poco...!

Mientras tanto, en pleno Consejo de este 6 de diciembre, el Rey y los 24 asesores fueron avisados de que el prisionero estaba atacado de violentas hemoptisis, lo que hizo que algunos sintiesen un poco de compasión y, bajo la inspiración —es bueno suponerlo así— de Carlos o de Peterborough, se dio un segundo decreto.

Puesto que se ha dado hoy orden por S.M. en Consejo, que el carcelero de la prisión de King's Bench ponga bajo la

custodia de Juan Bradley, uno de los mensajeros ordinarios de Su Majestad, la persona de M. de La Colombière, jesuíta francés, a fin de extrañarlo y llevarlo d otro lado de los mares, conforme a una requisitoria enviada recientemente por el Parlamento a S.M. , y puesto que la ejecución de la respuesta de S.M. a la Cámara de los Lores ha sido diferida hasta ahora, porque se ha representado que el prisionero está en un estado de languidez, tísico y escupiendo sangre, de suerte que el viaje podría poner su vida en peligro y que aún sufre del mal y que le son absolutamente necesarios algunos días para recobrar las fuerzas que exige un tal viaje y que puede probablemente restablecerse respirando un aire mejor que el de la cárcel: S.M. ha juzgado bueno ordenar y se ordena a Juan Bradley que tome bajo su protección y custodia a M. La Colombière, le conceda todas las comodidades que él desee para su salud, de tal forma que su estancia en la ciudad y en los alrededores no pase de diez días después de haber abandonado King's Bench, sino que al término de esos días o antes salga con su prisionero para la costa y entregue después, al funcionario del Consejo en servicio, una atestación de que el dicho prisionero se ha embarcado para cruzar el mar.

El favor de respirar un aire mejor que el de la cárcel. ¿Cruel eufemismo? ¿Burla? Aun cuando el restablecimiento no se considere sino como probable, sepamos agradecer al Consejo la esperanza que tiene puesta en este tratamiento. Generosidad verdaderamente regia de la que Claudio se hubo de alegrar. ¡Diez días, ni uno más, concedidos a un enfermo del pecho con peligro de recaída grave!

Este decreto, que entresacamos de los Registros del Consejo privado, confirma en todos sus puntos lo que escribe La Colombière: ***Caí felizmente enfermo de un vómito de sangre... lo que dio ocasión de pedir al rey concediese un tiempo para reponerme. Me dio diez días, durante los cuales me dejaron, bajo mi palabra, estar en mi casa, donde tuve ocasión de despedirme de mucha gente que me alegraba mucho de ver antes de partir.*** ¡Conspirador temible, ciertamente, a quien se permitía recibir, a su antojo, a sus amigos, a pocos pasos tan sólo del palacio real de Whitehall!

Entre los que no pudo saludar hay que enumerar a su compañero del palacio de Saint James, el P. Tomás Bedingfield, capellán del duque de York, el cual fortalecido con su inocencia, se presentó por sí mismo a sus acusadores el 3 de noviembre, fiándose quizás de la popularidad que había adquirido como capellán a bordo del barco almirante en la batalla de Solebay. Pero ¿era posible que Oates y Saftesbury pudiesen perdonar al que, en el mes de agosto anterior, habiendo tenido por casualidad en sus manos ciertas cartas inventadas por Tonge, las había lealmente hecho llegar a manos del Rey, estando a punto de hacer abortar así la conspiración? Bedingfield, encarcelado y vigilado estrechamente desde hacía seis semanas, había rápidamente enfermado hasta morir en prisión el 21 de diciembre. ¡Dolorosa impotencia para el corazón naturalmente bueno del duque de York, que no pudo conseguir sustraer al odio de los sediciosos a un sacerdote a quien amaba y cuya inocencia le era bien

conocida!

Otro jesuíta, Eduardo Mico, apodado Harvey, compañero del P. Provincial, apaleado por los soldados y brutalmente tratado durante varias semanas, había sucumbido también a los malos tratos el 3 de diciembre en los calabozos apestados de Newgate. En cuanto al P. Provincial, P. Whitbread, de quien se decía que se había envenenado para sustraerse a los suplicios, comparecía por los mismos días en que La Colombiére dejaba Londres (17 de diciembre) en compañía de los PP. Ireland, Fenwick y varios otros, delante de la Comisión de encuesta. Ireland era el procurador de Provincia y fue detenido, por Oates en persona, la noche del 28 de setiembre, con la esperanza de encontrar en sus libros la prueba de las sumas que habían invertido para la supuesta conspiración Don Juan, el P. de la Chaize, el General de los Jesuítas y el Provincial de Castilla. Se le retuvo en prisión y para vengarse de no haber podido descubrir en sus libros la menor traza de la inversión de capitales fantásticos, fue colgado en Tybum el 28 de enero de 1679. Whitbread y Fenwick, contra quienes Bedloe mismo no pudo articular ningún cargo, fueron, sin embargo, enviados a Newgate, colocados separadamente con el mayor sigilo en sendos calabozos y finalmente condenados a la última pena en Tyburn, con otros varios, el 20 de junio.

La Colombiére abandonó, pues, Inglaterra en plena tormenta, lo que hay que tener presente si se quiere dar todo su valor a lo que escribirá en París pocas semanas después:

Me ha costado salir (de esta tempestad) y estoy dispuesto a volver a meterme en ella... Pida, se lo suplico, por aquellos a quienes he dejado en tales apuros: son dignos de la compasión de usted y de su celo; sufren mucho, y la mayoría con una constancia admirable.

El pensamiento de Claudio estaba puesto por igual en los seglares que en los religiosos. Pero como debemos resumir, recordemos tan sólo, como comentario a esta carta, que la conspiración antipapista se iba a saldar, por lo que se refiere a los jesuítas, con veintitrés condenas a pena capital y con ciento cuarenta y siete muertos de miseria y podredumbre en las mazmorras. Tales son las cifras que nos suministran las ***Cartas Anuas*** de los jesuítas ingleses en 1680, y añaden:

A todos y cada uno de ellos se les hizo, con la certera de la vida, la promesa de liberad y de magníficas recompensas, con la única condición de que se reconociesen culpables y de que con su testimonio contribuyesen a sostener la armazón de la conspiración que se venía abajo. Y con todo, siendo tantos, no se halló uno solo que quisiera comprar la salud de su familia, su liberad, su misma vida, con una mentira tan perniciosa: la gracia divina —a la cual se unía el ejemplo de nuestros Padres, contra quienes se había levantado sobre todo esta tormenta— los había de tal manera confirmado en el bien, que todos dieron la preferencia a los intereses religiosos antes que a su vida personal; todos sin excepción.

Honra es de La Colombiére el poder ser contado entre esos confesores de la fe.

CUARTA PARTE: INMOLACIÓN

Capítulo XXVII

DESTIERRO EN FRANCIA

Enero de 1680

En la octava de San Francisco Javier de 1674, mientras Claudio hacía oración, se hizo de repente una gran luz en su espíritu:

Me parecía verme —escribía— cubierto de hierros y de cadenas y llevado a una cárcel acusado, condenado, por haber predicado a Jesucristo crucificado y deshonrado por los pecadores... ¿Es que debo yo morir acaso por mano del verdugo? ¿Seré deshonrado por alguna calumnia? Todo mi cuerpo tiembla y me siento sobrecogido de espanto. ¿Me juzgará Dios digno de sufrir algo de extraordinario por su honor y por su gloria? No veo la menor apariencia de ello; mas si Dios me hiciese esta honra, me abrazaría de buena gana con lo que fuera: cárcel, calumnias, desprecios, enfermedad, todo lo que sea de su agrado.

Han pasado cuatro años... y lo que Dios le había hecho entrever se ha cumplido. Calumnia, cárcel... se ha cumplido. Enfermedad... le tiene actualmente agarrotado y no le soltará. Oprobios, desprecios, los ha tolerado delante de los tribunales y del Parlamento. ¿No sufrirá hoy más quizás, por causa de su aniquilamiento? Haber tenido entre las manos las más bellas esperanzas del mundo; haber sido el obrero de buenos negocios que Dios se preparaba para su gloria, haber vislumbrado para un porvenir muy cercano una gran mies, y ahora darse cuenta de que ***ya no puede hacer nada.*** Fracaso, decepción que se aumentaba con una humillación pública ante sus hermanos. ¡Haber sido el hombre de confianza del P. de la Chaize y del rey de Francia, y volverse ahora con las manos vacías!

Para un alma para quien es intolerable el desagradar y cuya ***pasión dominante es el deseo de la vanagloria***; para un hombre, además, que en tantos años no ha encontrado en su camino sino aplausos y éxitos, el sufrimiento debió de ser muy amargo, el cual, unido al quebrantamiento de

308

sus fuerzas, le acompañó en su viaje solitario de Londres a París. El milagro de aniquilamiento que había solicitado de Dios, seguía su curso.

La Colombiére había declarado: ***Un hombre en quien no se piensa más, que no es nada ya en el mundo, que no sirve de nada; tal el estado en el que es preciso que yo esté en el porvenir, y de hecho deseo estarlo.*** Y había sido escuchado. La aureola de confesor, que llevaba sobre su frente, no era visible más que de los ángeles y de la gente sencilla. A los ojos de los políticos, para quienes tan sólo cuenta el resultado, estaba marcado con el estigma del fracaso, incapaz de explicar su extrañamiento, sin exponerse a peligro de ser tachado de imprudencia, de celo indiscreto, quizás de cosas peores aún. Varios, incluso entre los católicos, engañados por los rumores que propagaban a través de toda Europa la pretendida conspiración papista, sospechaban injustamente de los jesuítas ingleses, achacándoles intrigas políticas. El expulsado debió de sentir pesar sobre él este desfavor.

Apenas llegado a París, hacia mediados de enero, Claudio informaba a su Provincial, el P. Luis de Camaret, del destierro al que había sido condenado. Pedía órdenes; luego añadía:

Siento mucho volver a la Provincia en un estado en el que aparentemente no podé trabajar mucho en este año, pues tengo los pulmones muy estropeados y tan susceptibles al frío y al calor que

he recaído dos veces por contención de respiración y una por haber subido un poco el frío. Sin embargo, los médicos de Inglaterra me han asegurado que el aire de Francia y los frescores de la primavera me pondrán infaliblemente en el estado en que estaba antes de este mal. Yo creo que, fuera del trabajo de la predicación, puedo hacer ya desde ahora todo aquello de que me juzgue capaz; y si quiere que haga la prueba de la predicación, no siento en ello ninguna repugnancia. Quizás me complazco en el pensamiento de que eso me pueda incomodar; cambiaré de opinión tan pronto como vea la orden de V.R., y cuando haya que obedecer espero que, con la gracia de Dios, nada me será imposible.

¿No es conmovedor oír a La Colombiére pronunciar aquí la palabra ***destierro?*** ¿Un francés que habla así en el momento de pisar tierra francesa? Es porque el apóstol había tomado al pie de la letra el llamamiento de Dios a salir de su tierra, a separarse de sus amistades y parentela. El país de las cruces se había convertido en ***su*** país. Avergonzado de haber escapado a la muerte, escribe a uno de sus hermanos: ***Era indigno de un más alto honor y me siento confundido, cuando reflexiono que nuestro Señor se ha visto obligado a retirarme de su viña, por no haber encontrado en mí el fervor, la fidelidad que demanda a sus obreros.***

En la Casa Profesa de la calle de San Antonio, en París, el P. Claudio encontró al P. de la Chaize. Todo le invitaba a tener con él largas entrevistas: la gratitud, la amistad y más que nada la

necesidad de darle cuenta de su misión. La ***Gazette de Franee,*** el 8 de diciembre anterior, había anunciado que ***M. Colemany un tal llamado La Colombière, prisioneros en La Torre, habían descubierto cosas nuevas a los comisarios enviados para examinarlos.*** ¿Cómo el confesor del rey no hubiera deseado conocer esas cosas nuevas? A pesar de su bondad y de la estima grande en que tenía a Claudio, es muy posible que el P. de la Chaize dejase en el curso de la conversación traslucir un poco de mal humor contra los católicos de más allá de la Mancha; mal humor basado en una especie de postulado, bien extraño hoy día para nosotros, a saber, que todo vasallo fiel del Pontífice romano debía serlo no menos del Rey cristianísimo. Esta convicción se traslucía, algunas semanas más tarde, en unas notas dirigidas al P. General: ***Como no le faltan razones a S. M. para quejarse de los católicos ingleses por haberse entrometido con tanta imprudencia como deshonra en plena rebelión contra él... ha sido imposible hasta ahora al Seminario de San Ornar el obtener el menor beneficio.*** A los ojos de los políticos, La Colombière aparecía un poco responsable de no haber sabido unir los intereses católicos de Inglaterra a los de Francia. Mas Claudio había hecho plenamente suya la consigna de San Pablo a Timoteo: ***Quien combate por Dios no debe mezclarse en las intrigas del siglo***, por lo cual, ciertamente que semejante preocupación de orden temporal estuvo muy lejos de sus pensamientos... Él mismo había escrito: ***Como la perfección consiste en buscar en todo el agradar a Dios y no agradar sino a***

Dios... no hay que dudar en las ocasiones en que se puede... adquirir alguna estima cerca de él, perdiendo algo de la que los hombres tienen de nosotros. No es entre los hombres entre quienes quiero hacer fortuna.

Decisión que no podía impedir el que Claudio sufriese cuando veía esta estima perdida.

Hs Hs *

El religioso había escrito a su Provincial desde París: ***Si para el día 29 del mes en curso no recibo carta de V. R., iré a Lyón para esperar allí sus órdenes, en el caso que me lo permita mi salud.*** A fines de enero se ponía La Colombiére en camino, con un tiempo excepcionalmente frío, como fue el de aquel año, en que el Sena estaba totalmente helado de una orilla a otra; razón por la cual el enfermo no pudo utilizar el medio más confortable de transporte, ***el coche de agua.*** En pocos días, zarandeado de mil maneras por las diligencias en que hubo de hacer el viaje, y después de algunos descansos en las casas de la Compañía de Sens y de Auxerre, llegó al Colegio de Godrans en Dijón.

En esta ciudad, capital de la Borgoña, Claudio no era un desconocido: entre sus amigos se contaba el Vizconde mayor de Dijón, Mr. Baudinot de Salorte, además de algunos miembros del Parlamento que eran señores o tenían castillo en las cercanías de Paray. Se entrevistó, sin duda, con ellos durante su estancia, pues poco tiempo después, de vuelta en Lyón, escribirá: ***Si ve usted al***

Sr, N., a su señora, y señora de..., haga el favor de presentarles mis excusas por no escribirles, por causa de mi salud.

En Dijón le esperaba especialmente la M. de Saumaise, que estaba aquí como Directora. Nacida en esta misma ciudad en 1620, había entrado como interna a los diez años en la Visitación. Cuando Santa Juana Francisca Chantal vino por última vez a Dijón, en 1636, fijó su atención en ella y la prestó a Paray-le-Monial, para que fuese Superiora durante dos trienios, mientras que ahora en Dijón ejercía el cargo de Directora o Maestra de novicias. Habiendo dado Claudio una plática a la comunidad, se le suplicó que dirigiese otra a las novicias. Poco antes de acabar esta segunda exhortación, la M. de Saumaise fue llamada a un recado, y entonces, aprovechándose de la ausencia de la Madre, el viajero —se lee en los Anales del monasterio— ***expresó a las novicias la estima en que tenía a su santa maestra; les felicitó de estar bajo su dirección y con un sentimiento de humildad añadió que él desearía para él semejante gracia.***

En el auditorio se encontraba la Hermana Juana Magdalena Joly, que andando el tiempo había de componer en honor del Sagrado Corazón el primer manual de prácticas de piedad y dibujar una primera imagen para extender su culto. Según el testimonio del ***Année Sainte*** de la Visitación, el P. La Colombiére, consultado por ella, había declarado: ***que se trabajaría infinitamente a la gloria de Dios si se extendiese esta devoción y que el monasterio de Dijón sería favorecido con gracias particulares, con tal de que contribuyese a ello***

estableciendo una cofradía.

* * *

Hacía más de treinta y tres meses que Claudio había abandonado Paray-le-Monial. Durante ese lapso de tiempo, junto a Margarita María, se habían desarrollado acontecimientos que es necesario tener presentes si se quiere apreciar la utilidad de la visita del P. La Colombiére en estos momentos.

En este monasterio, teatro de tantas revelaciones, el Corazón de Jesús seguía exigiendo de una manera especial la santidad de sus miembros, muy frecuentemente por intercesión de la Santísima Virgen. ¿No se trataba de santificar a las Hijas de Santa María? La Hermana Alacoque recibía estas confidencias para ser, a pesar de que le costaba mucho, la mensajera. Ya se recordará las notitas o billetes que el Señor le exigía que enviase a tal o cual de sus hermanas.

El día de la Asunción de 1677, Nuestra Señora le dio a entender que de todas las Monjas de Paray, tan sólo hallaba quince dispuestas a separarse de la tierra y subir con ella al cielo; de las que cinco tan sólo fueron admitidas como esposa de su Hijo; ***así me daba a entender cuán importante es el que una religiosa esté enteramente despegada de todo y de sí misma, para hacer que su conversación esté en el cielo.*** Otra vez la Virgen ***le mostró el Corazón de Jesús como una fuente de agua viva, de la que participaban abundantemente cinco corazones***

de esta comunidad; debajo, otros cinco que dejaban perder ***por su culpa esta preciosa agua*** y más tarde también ***cinco que este Corazón amoroso estaba dispuesto a rechazar, pues no las consideraba ya sino con horror.***

La Colombiére pudo conocer estos episodios en Dijón, pues estaban redactados en unas notas que la Santa escribió por orden de la M. de Saumaise.

Continuaban, pues, las infidelidades y llegó un día en que siendo ineficaces los avisos y amonestaciones particulares y secretos, Jesucristo recurrió a otros medios: ***Es preciso*** —dijo a la Santa— ***que te hagas mi víctima de inmolación, a fin de apartar los castigos que la divina justicia de mi Padre quiere ejercer sobre esta Comunidad.*** Durante varios días, Margarita, deshecha en lágrimas, había resistido no atreviéndose a pedir este nuevo permiso a su Superiora; y cuando lo hubo obtenido, difiriendo el ofrecerse. Pero el 20 de noviembre de 1677, en la víspera de la Presentación de la Virgen en el Templo, se le dijo como a San Pablo: ***Muy duro te es el recalcitrar contra los dardos de mi justicia. Puesto que te has resistido por tanto tiempo para evitar las humillaciones, te las enviaré duplicadas. No te pedía sino un sacrificio secreto, ahora lo quiero público acompañado de tales circunstancias que te serán un motivo de confusión para todo el resto de tu vida...*** Caía la noche. Fuera de sí misma, como un criminal ***que tuviera pies y manos atados... encendida en fuego devorador hasta la medula de los huesos... todo el cuerpo con un extraño temblor***, le fue preciso la ayuda caritativa de una de

sus hermanas para ir a la celda de la Superiora, la M. de Saumaise, que por entonces estaba enferma. Delante de su Superiora quedó largo rato como paralizada y muda. A una orden formal de la Madre, pudo balbucir y decir el sacrificio que Dios quería que ella hiciese de todo su ser en presencia de la comunidad y el motivo por el cual él lo pedía. Habituada a las exigencias de Jesucristo, la M. de Saumaise le permitió todo y, según cuenta Mrg. Languet, envió a su asistente a dar órdenes a las religiosas, reunidas para Maitines, de que hiciesen aquella noche cierta penitencia, porque Dios estaba muy irritado. El primer biógrafo de Margarita María ha contado, según el recuerdo de las que sobrevivían, la escena de silencio que se siguió, mientras la mensajera de Cristo se mantenía inmóvil, de rodillas en medio de esas hijas amontonadas en tropel. La Santa, en su autobiografía, se contenta con decir: ***Aun cuando pudiera yo reunir todos los sufrimientos que había pasado hasta entonces y todos los que he tenido después y aun cuando todos juntas hubiesen sido continuas hasta la muerte, todo ello me parece que no se puede comparar con lo que sufrí aquella noche.*** Las palabras que siguen no hay que tomarlas, ya lo sabemos, en sentido metafórico: ***Me arrastraron de un sitio a otro, en medio de increíble alboroto.***

Supo en Londres el P. La Colombiére las angustias de esta noche terrible, y el 2 de diciembre había respondido para testimoniar su dolor: ***Si no esperase firmemente de la misericordia de Dios que tendrá cuidado de esas buenas hijas,***

me costaría trabajo el consolarme. Seguramente que recogió de viva voz en Dijón el complemento necesario de esta información.

El 8 de mayo de 1678 la M. Greyfié sustituía en el cargo de superiora de Paray-le-Monial a la M. de Saumaise, cambio que marcó el comienzo de una etapa de nuevas pruebas para Margarita María.

Difícilmente se podría poner en duda, puesto que el hecho es comúnmente afirmado por todos, que está muy honorable Madre no era una persona distinguida, ni una digna superiora. Con todo, sus admiradores se ven forzados a reconocer que tenía poca experiencia de los caminos extraordinarios. ¿Cómo no extrañarnos de que haga depender las gracias tan particulares recibidas por Margarita María, y la primera visita que el Señor hizo a su alma, del sacrificio realizado para vencer la gran aversión que sentía hacia el queso? El triunfo es conocido; pero Margarita tenía 24 años cuando consiguió esta victoria y ya para entonces había recibido numerosas gracias y visitas particulares.

En la actitud de la M. Greyfié otras muchas cosas nos sorprenden. Que para probar la obediencia de la joven profesa, su superiora le mande diversas cosas en tiempos y ocasiones en que parecía no poder cumplirlos, pase. No han faltado Santos Padres en el desierto que ocasionalmente, no por sistema, han obrado de igual forma. Este método no es un ideal de gobierno cotidiano. Concedamos todavía que para secundar los deseos de la Hermana Alacoque de ser despreciada y de sufrir, la M. Greyfié no

guardase ningún miramiento con ella, no temiendo molestarla con la corrección y contradicción sabiendo que eso era del gusto de su amor a Dios. Esta prueba de humildad podía ser necesaria a la Superiora para asegurarse de que no era el espíritu de orgullo el que guiaba a su hija. Hay, sin embargo, maneras de mandar que, prolongadas demasiado, chocan con el sentido de la equidad y corren peligro de falsear en el fondo su noción, sobre todo cuando son almas delicadas y se les exige en materia de obediencia el someter hasta el propio juicio. Es poner su conciencia en la tortura. Cuando una superiora, por ejemplo, después de haber ordenado o permitido una cosa, se da cuenta de que la medida tomada no da ningún buen resultado, ¿atrae hacia su autoridad el respeto y la simpatía, si censura la ejecución de lo que había mandado? Ésta es, sin embargo, la actitud que la M. Greyfié halla natural adoptar en relación con Margarita María: ***Si acontecía que hiciese algo que disgustaba, aunque lo hubiera hecho por orden mía o con mi consentimiento, toleraba que la desaprobase y yo misma la reñía, cuando estaba en su presencia.*** Y aun no cree obrar de una manera extraña cuando Claudio pasó por Paray. ***Cuando el R.P. La Colombière, que volvía de Inglaterra, deseé hablarla en el confesonario... lo permití muy gustosa; y no dejé pasar la ocasión en el capítulo de culpas siguiente de avisarla delante de todas, porque tuve noticia de que se habían molestado las demás de que hubiera estado demasiado tiempo.*** ¿No estará la explicación de esta conducta en la siguiente confesión de esta honorable Madre: ***Yo***

seguía mi inclinación natural que ama la paz y la tranquilidad?

Es muy natural, es verdad —y aun demasiado—, pero arguye poco carácter. Se le perdona, sin embargo, cuando se la ve reconocer que sus decisiones para con Margarita María ***tenían algo de injusticia.*** Para probar la virtud de sus súbditos los Santos emplean otros procedimientos.

Por otra parte, parece claro que el cielo no siempre aprobó el modo de obrar de la M. Greyfié. Por expreso deseo de Jesucristo y con la aprobación de la M. de Saumaise, Margarita María hacía todas las semanas en la noche del jueves al viernes, después de Maitines, una oración suplementaria —***la Hora Santa***— en su celda. Cuando lo supo la Superiora, le prohibió esta práctica. Ella misma lo cuenta así:

La Hermana Alacoque, venía a mí, toda temblorosa a exponerme que le parecía que el Señor no estaba contento con esta prohibición y que temía que Él se satisficiese de una manera que me sería sensiblemente enojosa... Sin embargo, no cedí. Ahora bien; sucedió que una joven profesa, la Hermana Quarré, de quien el monasterio esperaba mucho, murió a mediados de octubre de una hemorragia. Examinando las circunstancias que acompañaron la pérdida de esta valiosa Hermana, me apresuré a dar la hora de oración a nuestra llorada difunta, pues me perseguía el pensamiento de que ése era el castigo que se me había anunciado de parte de Nuestro Señor.

Pocos días después del 31 de diciembre, en el momento

en que Claudio abandonaba Inglaterra, fue cuando Margarita María había hecho a Jesucristo, mandándoselo él un testamento o donación sin reserva y por escrito, de todo lo que ella podría hacer o sufrir, de todas las oraciones y bienes espirituales que se hicieran por ella durante su vida y después de la muerte. Había suplicado a la M. Greyfié que le sirviera de notario; de rehusarlo, era deseo expreso de Jesucristo que se dirigiese al P. La Colombiére, su siervo. Escarmentada con la muerte de la Hermana Quarré, la Superiora consintió.

Las pruebas impuestas por la M. Greyfié no dejaron, sin embargo, de reportar su fruto; sirvieron de piedra de toque a la heroica virtud de su hija y, por tanto, al origen divino de los movimientos que la animaban. Si hubo una vez u otra algún error o imprudencia, ¿por qué no decir ***feliz culpa?***

Por lo demás, la Superiora aprovechó la estancia del paso de Claudio por Paray para informarse. El miedo, en efecto, de ser engañada y de ser juguete del espíritu del infierno no dejaba descansar a Margarita María.

Estos temores —escribe la M. Greyfié— se me comunicaban a mí también, pero el P. La Colombiére me tranquilizó en una entrevista que tuve con él... Me hizo saber que él no dudaba de que lo que pasaba por esta querida Hermana fuesen verdaderas gracias de Dios. Pero ¿qué tiene que ver, me dijo, que sean ilusiones diabólicas, con tal de que produzcan en ella los mismos efectos que las gracias del Señor? No hay ni

apariencia de ello, me dijo además, porque sucedería que queriéndola engañar el diablo se engaña a sí mismo; ya que la humildad, la simplicidad, la exacta obediencia y la mortificación no son frutos del espíritu de las tinieblas. Con esto me quedé tranquila.

En cuanto a la Santa, según el testimonio de las ***Contemporáneas***, sufría por este tiempo, a intervalos, rudos ataques del demonio que la asaltaba con la desesperación, haciéndola ver que una tan vil criatura como ella no debía pretender tener un puesto en el paraíso, puesto que no lo tenía ya en el amor de su Dios. ***Este buen Padre*** —declaran las biógrafas— ***hizo todo lo que pudo a fin de tranquilizarla***, pero el destino de la Santa era vivir, por mucho tiempo aún, en esas alternativas de amor confiado y de temor, asida a Dios en ciertos momentos tan sólo por la fe pura.

Poco tiempo estuvo en Paray el P. Claudio, empleando dos días en reponerse de las fatigas del viaje. ***Después he trabajado durante ocho días, desde la mañana hasta la tarde*** —escribe a la M. de Saumaise— ***sin sentirme molesto en lo más mínimo.*** Convencido de que todo el bien de que ha sido testigo es la obra de la gracia divina, añadía:

No sabré decirle cuántos motivos me ha dado Dios de consolación. He encontrado las cosas en una disposición admirable y creo que todo ha aumentado desde mi partida. Hay no sé cuántas pobres gentes que yo había ya olvidado en las que Dios ha hecho germinar las semillas de las que yo esperaba poco;

de suerte que producen en sus almas virtudes sólidas y una admirable constancia. Ya puede comprender que en ocho días tan sólo que he estado, no he podido tener largas conversaciones con todos los que deseaban hablarme; y, sin embargo, ha placido a la infinita bondad de Dios el bendecir tanto las pocas palabras que yo les he dicho, que todos han quedado contentos y renovados en su fervor. Dios sea eternamente glorificado.

De cuantas religiosas había tratado el P. Claudio, especialmente tres años antes, sólo la Hermana María Catalina, carmelita de Chailloux, no pudo, a pesar de su grandísimo deseo, entrevistarse con él. En Paray, dio también parte de su tiempo a las Ursulinas. Después de haber declarado que una de las señoritas de Bisefranc — la que tanto ejercitó su paciencia con insistentes cartas— era un ángel, decía de la otra: ***La pequeña no se ve todavía libre de las pruebas, pero se vence con generosidad.*** Estas palabras se referían a María de Biselfanc, que, entrada en las Ursulinas hacia mediados de 1678, se hallaba todavía en las pruebas del noviciado.

A pesar de cierta relajación de la disciplina observada entonces en

Santa Ursula, cuando el Padre se encontraba con una vocación sólida, que no parecía apta para el claustro de la Visitación, no dudaba en encaminarla al otro convento a fin, decía, de contribuir a restablecerlo en el fervor. Sobre todo cuando se trataba de personas de más edad, porque las otras son muy jóvenes para cambiar a las antiguas con su ejemplo y corren peligro, en vez de

reformar, de ser arrastradas por cobardía. Por la época en que María de Bisefranc comenzaba su noviciado en las Ursulinas, desde Londres había tenido intención de que entrase en ellas la señorita de Lyonne. ***Por lo que hace a usted*** —decía la carta— ***no puede haber peligro y cuanto menos virtud en general haya en esa casa (hay, sin embargo, más de lo que se piensa), más ocasiones tendrá de santificarse.*** El carácter entero de su corresponsal la predisponía, en efecto, a oponerse, aunque no fuese más que por espíritu de contradicción, a las tentativas de tibieza. Si no siguió su plan y abandonó el proyecto, fue, sin duda, a consecuencia de un incidente que tuvo lugar por esta época.

Aconsejada por el P. La Colombière, había entrado en las Ursulinas, guiada por el espíritu de humildad, en el grado de Hermana conversa, una inglesa. Al pasar por Paray, el Padre se ratificó en la idea de que este convento no podía menos de ganar con el contacto de un alma tan generosa y que, por tanto, debía perseverar.

Sin embargo, Margarita María manifestaba abiertamente su parecer contrario: ***La Hermana María*** —afirmaba— ***está destinada a la Visitación de Charolles.*** Claudio objetó que su ejemplo parecía necesario a la casa en que se encontraba; la Santa replicó: ***Dios nos quita con frecuencia las cosas que parecen necesarias para nuestra santificación, cuando hemos resistido mucho tiempo a sus gracias y como agotado su paciencia.*** El Padre no se confortó inmediatamente con este aviso, mas los acontecimientos no tardaron en dar la razón a Margarita María.

Manifestando un vivo dolor de separarse de persona de tantas prendas, las Ursulinas obligaron al P. La Colombière a retirar a esta buena Hermana haciéndole saber que les serviría más bien de carga. Y la Hermana María partió para Charolles, donde en compañía de otras dos religiosas inglesas vivió santamente.

Capítulo XXVIII

EL «SACRIFICIO DE NO HACER NADA»

Primavera-verano 1679

Una carta del 23 de marzo nos informa sobre sus sentimientos en Lyón por esta época: ambiciones apostólicas, tanto más inquietas cuanto son más imposibles por la enfermedad; sobre todo, ciego abandono en la voluntad de Dios.

Aquí estoy desde hace once meses y me he encontrado peor de lo que nunca me he sentido desde que salí de Inglaterra, y aun he arrojado un poco de sangre y he estado próximo a recaer en el primitivo estado. Creo que lo que me ha librado de esta recaída ha sido una pequeña sangría que me han hecho; hace ya dos días que me siento, a lo que creo, algo mejor. Desde que estoy aquí como carne, incluso los viernes y sábados, por prescripción facultativa; pronto podré tomar leche de burra que espero me haga algún bien. Que se cumpla la voluntad de Dios. En todas partes hallo una tan abundante mies que me cuesta contenerme; sin embargo, me mandan silencio y estoy dispuesto a observarlo

según su consejo. Si la Providencia me llama de nuevo al país de las cruces, estoy dispuesto a partir; pero Nuestro Señor, desde hace algunos días, me enseña a hacer un sacrificio mayor todavía, cual es el de estar dispuesto a no hacer nada en absoluto, si es su voluntad, a morir cualquier día, a apagar con la muerte el celo y los grandes deseos que tengo de trabajar en la santificación de las almas, o bien a arrastrar en silencio una vida lánguida y enferma, siendo una carga inútil en todas las casas en que me encuentre.

No siéndole nada favorables para su enfermedad las brumas de Lyón, su hermano propuso a los Superiores el llevarle, mientras llegaba la primavera, a San Sinforiano de Ozon, a respirar los aires natales. Él mismo describe a la M. de Saumaise la vida que llevó durante algunas semanas:

Le escribo desde el campo, donde estoy completando algunos remedios que me han prescrito. Ya ve usted que estoy en casa de mis parientes, lo que es para mí motivo grande de abyección; y en vez de edificarlos con mis conversaciones y por mi modo de vivir, los médicos me mandan que me calle y que no hable si no es para distraerme. ¿No es verdad que tal vida es muy humillante? Comprendo que un alma espiritual pueda tomar esta vida por un purgatorio, muy apta para purificarla...

No estaba, con todo, el enfermo reducido a la inmovilidad, porque a algunos kilómetros al noroeste de San Sinforiano, en una propiedad de Corbas, donde Claudio tenía parientes, se conserva la tradición de una o varias misas que por

entonces debió de decir allí.

Añadía el Padre: ***La persona de quien usted me habla tiene hace tiempo la idea de ser religiosa y está dispuesta a ponerlo por obra cualquier día.*** Algunos han creído que estas palabras hacen alusión a María Margarita de Lyonne, suposición que no es verosímil. Si esta persona, desde hacía algunos años, había renunciado al mundo y a sus vanidades sin dejarlo, estaba, sin embargo, muy lejos de aspirar a la vida religiosa, por la cual, como ya lo hemos visto, sentía tan extraña repulsión que al aceptar la dirección del P. La Colombiére había puesto como condición expresa que no la encaminaría nunca a servir a Dios de esa forma.

Su aversión era tan viva —afirman los anales de la Visitación— que habiendo un día recibido una carta de su santo director, que comenzaba con estas palabras: ***Es preciso morir a sí mismo, querida hija***, apenas hubo leído las palabras es preciso morir, imaginándose que con ello le quería significar el hacerse religiosa, se desvaneció:

Se deshacía en lágrimas; no se la podía consolar. Con todo no quería revelar su secreto a nadie, ni siquiera a su madre... Cuando una de sus amigas (sin duda Catalina de Bisefranc) vino a las dos de la tarde, encontró a toda su familia en la aflicción y sin haber comido todavía. Quiso saber la causa y la joven Lyonne le enseñó la carta. Catalina, habiéndola leído, la tranquilizó haciéndola ver por lo que seguía que su director no le hablaba de la vida religiosa, lo que devolvió el gozo y la alegría a ella y a

toda la familia.

Fue durante la estancia de Claudio en San Sinforiano cuando esta vocación entró en una nueva fase. El seguir esa evolución nos permitirá apreciar la flexibilidad, la paciencia y la humildad de que daba pruebas Claudio en la dirección de las almas.

Por el mes de febrero, en Paray-le-Monial, el Padre había confirmado a la señorita Lyonne en la vida piadosa y caritativa que llevaba en el mundo. Por eso, ¿cuál no sería su extrañeza cuando, por Pascua, recibe al mismo tiempo de su penitente una carta y un billetito diciendo que se la quería empujar a una nueva condición de vida? Respondió al punto:

No sé quién ha podido llegar después que yo la vi; pero me parece que entonces quedamos de acuerdo en que permanecería en el estado en que está, al menos por algún tiempo... Tenía usted razones para no pensar en la vida religiosa... No tiene salud, internamente no se siente atraída a abandonar el mundo; está contenta con el género de vida que lleva, en el que encuentra el medio de practicar todas las virtudes cristianas; los negocios que la ocupan no le impiden la unión que desea mantener con Dios; se siente dispuesta a obedecer a su madre; puede con sus conversaciones y con su ejemplo hacer algún bien entre las amigas y se siente inclinada a hacerlo. Hasta que no me diga otra cosa, no puedo decirle sino que permanezca usted como está.

Acababa de salir esta carta cuando el Padre recibió otra de la Hermana Alacoque que aclaraba el misterio, pues era ella la que había sugerido a la señorita Lyonne cambiar de vida. ***Nuestro Señor me ha dado a conocer claramente*** —escribe Margarita Mana— ***que la quería para su esposa y que se hiciese religiosa.*** Pero prudente como de ordinario, y no reconociendo en sí ninguna gracia de estado para dirigir una persona del mundo, ella se había contentado tan sólo con hacer a la interesada una indicación y se daba prisa por dar conocimiento de todo a su común director. Nada muestra tanto la confianza que La Colombiére depositaba en las comunicaciones de Margarita María como su prontitud, en semejante ocasión, en modificar su juicio. Dado su estado de fatiga, ¿no habría, por temor a desagradar, carecido de previsión y de firmeza? Sin pérdida de tiempo dirigió a la señorita de Lyonne un nuevo mensaje: ***Le sorprenderá sin duda el recibir esta carta...*** en ella modificaba completamente sus directivas anteriores:

Hoy me creo en la obligación de decirle, por razones que juzgo buenas, que he cambiado de opinión. Me parece que debe disponerse a hacer lo antes posible a Dios un sacrificio que sólo ha comenzado y que Dios quiere que consume ahora. Combata generosamente, le espera una gran recompensa, que bien merece que se sufra todo por merecerla. Se trata de dar a su esposo la última o mejor la primera prueba de su amor; porque, a decir verdad, no se ha manifestado que se ama a Jesús de veras cuando no se le ha dado todo lo que se le puede dar. Me alegro con usted

de la misericordia que le hace al llamarla a su servicio y del deseo que tiene de poseerla totalmente...

Esta carta fue un golpe terrible para su destinataria, quien estuvo a punto de morir, declaran los anales de la Visitación. Aprovechando el que
una de sus primas, Francisca de Reclesne de la Yenerie d'Anthon, estaba casada en San Sinforiano, se puso en camino el mismo día con uno de sus hermanos, y fue como una persona fuera de sí a recibir la última sentencia de su santo director...

Se puso primero de rodillas, asegurándole que venía toda temblorosa a sacrificar todo lo que le mandase. Él le respondió con un aire todo celestial: Si Jesucristo la pidiese por Esposa, ¿se lo negaría? Ella respondió tan sólo: ¡Oh Padre! ¿Rehusaría usted este honor? ¿Podría renunciar a Jesucristo? Dios lo quiere. Al instante todas sus penas se desvanecieron y le pareció estar en el paraíso. Al volver a Paray estaba tan transformada y fuera de sí por la alegría, que decía a Dios: Si el oír hablar a una persona que os ama es tan encantador, oh Dios mío, ¿qué será el oíros, el veros y el poseeros eternamente? Y después, dando un adiós general a todo lo que encontraba en su camino, decía: Adiós, arroyos; adiós, praderas; adiós, campos; adiós, pajarillos. Y en medio de estos transportes llegó a su madre, sin darse cuenta de lo largo del camino, que era casi de 25 leguas.

Quizás en este entusiasmo había más de poesía que de fuerza: porque como la señora de Lyonne, su madre, no quisiese

consentir en el proyecto de su hija, nuestra querida señorita, sobrecogida por una mortal repugnancia por la vida religiosa, no sintió mucho el que su madre la retuviese, como a pesar de ella, en el mundo. El drama continuaba.

Informado de todo, La Colombiére, fiel a su táctica de dulzura y contando con el trabajo interior de la gracia, se contentó con responder:

Ya ve usted claramente que Dios no quiere que se apoye usted en nadie, puesto que, habiendo venido aquí para calmarse, ha permitido que a la vuelta se encontrase más alterada todavía. Tome una vez para siempre esta lección: que Dios es el único dueño del corazón, el único que puede dar una paz sólida y que en él solo ha de poner su confianza.

Pero nada dejaba entrever que él modificase en lo más mínimo sus nuevas directrices.

Entretanto Margarita María había manifestado a la señorita Lyonne su deseo de verla. Ésta ***vino temblando y, no queriendo acercarse a la reja, le preguntó desde la puerta qué quería. Sencillamente, respondió la Santa, que diga usted la oración de treinta días a mi intención.*** La excelente joven se lo prometió, diciéndose para sí misma: ***Es para que yo entre religiosa, pero se llevará un chasco, porque mi primera intención al decirla era para no tener jamás vocación.*** Acabados apenas los treinta días, Margarita oyó a
Cristo que le confirmaba de una manera más formal todavía su

voluntad; al mismo tiempo la joven Lyorine recibía de San Sinforiano la carta que acabamos de leer. Lejos de entregarse —dice un contemporáneo—, ella, como una verdadera leona, se resistió y mereció la réplica siguiente:

Me extraña, señorita, que se haya admirado tanto de mi carta. Me parece que el haber pedido durante treinta días a Dios la gracia de conocer su voluntad, sin yo saber nada, y el que le hayan entregado mi carta justamente al día siguiente, era algún indicio de que había sido oída y que de esa forma el Señor le daba a conocer lo que usted quería saber de Él.

Bien están las lágrimas y la ternura por su madre, pero ello no impide el que en eso mismo vea yo una razón de más y no pequeña para separarlas, porque si perteneciese usted al Señor tan perfectamente como lo desea, su corazón no sufriría tanto al solo pensamiento de abandonarla.

El director creía seguro que la señora de Lyonne no entorpecería los planes de Dios; pero se equivocaba, pues esta madre muy amante —leona ella también para defender a su hija— se quejó a La Colombière. ¿Por qué no esperara que yo me muera para entrar en religión, sobre todo cuando se goza de tan poca salud y no se siente ningún atractivo por el claustro?

El Padre había escrito algunas semanas antes a la joven Lyonne: ***Espere usted de mi parte, en esta ocasión importante, todo el apoyo que debe esperar.*** Nunca creyó el momento más oportuno para mantener su promesa y escribió a la madre una

carta a la vez tan delicada y tan firme y que da además una idea tan perfecta de su infinito respeto por las almas, que merece la pena de transcribirse íntegra:

Señora:

Nuestro Señor sea todo su amor y su único consuelo.

Me tomo la libertad de escribirle este billetito para rogarle, en nombre de nuestro Señor Jesucristo, que me perdone todos los malos ratos que le he hecho pasar sin querer. No he podido disimular mi modo de pensar a una persona que tiene alguna confianza en mí, sin hacer traición a mi conciencia y sin hacerme culpable delante de Dios de un crimen que no quiero añadir a mis otras infidelidades. Pero como no he tenido otra finalidad que la de procurar la gloria de Dios Nuestro Señor, si no siguen mis consejos, no por eso me sentiré molesto y no tendré dificultad en creer que estoy en el error...

Reflexione usted, por favor, y piense que todas las razones que la mueven a no consentir en separarse de una hija tan buena, no le parecerían sin duda tan fuertes si se tratase de que contrajese un buen matrimonio, a cien leguas de

aquí, aunque no hubiese usted podido ir a vivir con ella, ni verla más de una vez al año; que después de que haya usted muerto, su hija tendrá menos salud aún de la que tiene ahora y le será más difícil acostumbrarse a la vida religiosa, además de que entonces no haría usted ningún sacrificio consagrándola a Nuestro Señor y ella perdería la parte principal del mérito que consiste en separarse de usted.

Le parece raro que abrace un estado al que no siente demasiada inclinación. A mí me parece que nunca se tiene demasiada inclinación hacia la cruz. De mí sé decirle que yo sentía una horrible aversión a la vida a la que me consagré cuando me hice religioso, y no conozco a nadie que haya dado ese paso sin esas repugnancias, excepción hecha de esos jovencitos a quienes Dios saca del mundo sin que ellos sepan bien lo que hacen, porque no tendrían bastantes fuerzas para vencer las dificultades, si las viesen.

...Si Nuestro Señor le inspira el buen pensamiento de consentir en el retiro de su querida hija, hará usted una acción que quizás valga más que todo el bien que ha hecho hasta el presente. No le sería necesaria quizás otra cosa pare borrar los pecados de su vida. Acuérdese de que no tendrá otra ocasión más propicia para ganar el corazón de Dios y que deja usted escapar un tesoro para cuya recuperación no hallará probablemente otra ocasión. Creo que es un honor muy grande el que Dios le hace al pedirle su hija. Si la hubiera usted dado a un gentilhombre, ¿tendrá valor para negármela al que la ha creado y la va a juzgar, antes quizás de lo que usted piensa?

Adiós, señora, pido a Dios que le haga tomar en este asunto la decisión que más le agrade a Él, cualquiera que sea. Lo deseo por el amor de su alma que me es infinitamente cara y a la que quisiera hacer tan agradable a Nuestro Señor como las de los más grandes santos.

No obstante los acentos de esta carta, la señora de Lyonne no se rindió; mas su hija, que contaba treinta y cinco años, respondiendo a más y más vivas instancias de Margarita María, a quien Nuestro Señor había repetido: ***Quiero esta alma, la quiero a cualquier precio***, acabó por entrar en la Visitación en la primavera de 1680. Tuvo que esperar catorce o quince meses, hasta que ya hubo hecho la profesión, para ver atenuarse la oposición de su madre. Lo débil de su salud no fúe obstáculo para que viviese en el claustro feliz y fervorosa y alcanzase una respetable ancianidad. Murió a los 84 años de su edad.

* * *

Lucha ardiente y serena por una vocación... Pero no fue el único combate en que, durante su forzado reposo, tuvo que manifestar sus dones

323

de pacificador. Hubo de hacerlo en otro terreno, a propósito de unas prevenciones y malas interpretaciones, para defender la reputación de un jesuita nacido, como él, en San Sinforiano de Ozon. Este conflicto metía mucho ruido por entonces en los círculos religiosos del Delfinado y era el comentario obligado de todas las crónicas, desde Grenoble a Chambery, en Versalles y aun en la misma Roma. Al llegar a su patria chica era imposible que Claudio no percibiese los ecos.

Cuando Mgr. Le Camus, en 1671, tomó posesión de la sede episcopal de Grenoble estaba fuertemente ligado con los Solitarios de Port Royal, especialmente con Arnauld y Ponchateau, lo que no le disponía para un afecto particularmente tierno a los jesuítas. Después de algunos meses de observación se queja a Ponchateau (a quien llama mi querido hermano) de que le ha tocado en suerte una diócesis en la que sólo se conoce la religión de las cofradías, las indulgencias y las congregaciones. En la ciudad hay todos los días mil comuniones y otras tantas confesiones. Por el contrario, en la diócesis hay pueblos enteros en los que nunca se ha comulgado ni oído hablar de Jesucristo... Son aquellos en los que yo encuentro más disposiciones para aprovecharse de la palabra de Dios, porque nunca han abusado de los sacramentos.

En el Colegio de los Jesuítas estaba, desde hacía nueve años, como profesor de filosofía y prefecto de estudios, el P. Juan Bautista Saint-Just, que ejercía en la ciudad una influencia profunda, cuando en 1678 Le Camus creyó su deber el pedir a los

Superiores que sacasen al Padre de Grenoble. ¿Qué motivos tenía el señor Obispo para hacer esa petición? Se negaba a indicarlos. El P. Provincial, P. de Camaret, no creyó en justicia deber acceder a tal petición y el señor Obispo, después de ocho meses de espera, retiró al P. Saint-Just las licencias de confesar y predicar. De ahí surgieron muchas quejas, no de la diócesis, sino de Francia, que repercutían en Chambery, en el senado de Saboya y rebotaban hasta Turin. El 13 de junio salía a la luz pública, con la aprobación, por no decir con los alientos del señor Obispo, una copiosa ***Relation*** de todo el asunto: opúsculo de 82 páginas, al que se procuró dar la mayor publicidad.

Estaban así las cosas, cuando La Colombiére, más descansado ya por su estancia en San Sinforiano y vuelto a fin de mayo al Colegio de Lyón, encontrándose sin destino, vio la ***Relation.*** Alguien —sin duda el P. Provincial— le dijo: ***Usted que escribe bien, que es del Delfinado y conoce al P. Saint-Just, su compatriota, debería componer una respuesta.*** Puso en seguida manos a la obra y el resultado fue un folleto de 44 páginas en 4º:

Respuesta a un libro que lleva por título Relación de lo que ha sucedido a propósito del P. Juan Bautista Saint-Just, Prefecto de las clases en el Colegio de Grenoble, a quien monseñor el Obispo de Grenoble ha prohibido confesar y predicar en su diócesis.

Son rarísimos los ejemplares que se encuentran de este folleto, debido sin duda al escaso número de copias que se

hicieron; ha escapado además hasta la fecha a la consideración de todos los biógrafos del P. La Colombiére, y por ello creemos oportuno dar un sucinto resumen del mismo.

Aun cuando la ***Relation*** concerniente al P. Saint-Just —se dice en las primeras páginas— haya sido compuesta por orden de monseñor el Obispo de Grenoble, ***se suplica, sin embargo, a los que lean esta respuesta, que reflexionen cuán poco verosímil es que él mismo haya inventado esas calumnias. Su nacimiento y su educación bastan para colocarle fuera del alcance de una sospecha tan indigna.***

Puesta de esta forma a salvo la responsabilidad del Prelado, el autor continúa:

Ello no nos debe impedir el que se hagan notar en la ***Relation*** tanto los errores que él puede haber cometido sin darse cuenta, como es de suponer, como los que le han hecho cometer otros, no se sabe por qué motivo. Incluso hay obligación, a fin de quitar el escándalo que podrían dar al público las cosas que este libro imputa a los jesuítas; tanto más cuanto que ha sido distribuido por todo el reino, se ha vendido en la feria de Beaucaire, según se dice se ha regalado aun a gentes que no lo pedían y monseñor de Grenoble lo ha enviado a la Corte y a todos los prelados de Francia con cartas, invitando a dar entero crédito a todo lo que en él se contiene...

Sigue a continuación una protestación bien poco frecuente en los informes, pero que los mensajes de

Paray-le-Monial inspiran al autor. ***En esta Respuesta procuraremos no decir nada que hiera a la caridad cristiana, a la que no se puede ofender sin herir el Corazón de Jesucristo y sin renunciar a toda virtud.***

No obstante, esta misma caridad —y la justicia— para con los acusados exige que se restablezcan los hechos tal como han sucedido.

No habiendo los Provinciales anteriores juzgado oportuno retirar al P. Saint-Just, que es muy necesario en el Colegio, y no habiendo habido ninguna nueva acusación contra él, el Provincial actual no tenía razón ninguna para cambiarle de sitio enviándole a otro destino. En 1678 el
Obispo atestiguaba al P. de Camaret que él no tenía que formular ninguna queja contra ese religioso, sino que le creía hombre de bien. Con gusto, sin embargo, el P. Provincial hubiera dado orden de retirada de Grenoble al P. Saint-Just, por pura deferencia a los deseos del Obispo, porque nunca le ha faltado complacencia ni condescendencia con sus sentimientos. Mas la misma consideración manifestada al Prelado por el P. de Camaret le proporciona todos los días problemas en Chambery, en Turín y en Roma. Sólo de la ciudad de Chambery el Provincial sacó a cuatro sujetos por demasiada condescendencia con la voluntad del Obispo, lo que dio origen a muchas quejas de parte del Senado, de la Cámara y de los notables.

En lo futuro —escribía el P. de Camaret—, de todos los

jesuítas de la Provincia que valgan algo y tengan mérito personal, ninguno querrá ir a trabajar en esa diócesis, algunos se han ya excusado temiendo que los éxitos con que el Señor podría premiar sus trabajos no den margen a alguna calumnia por la cual serían condenados sin ser escuchados.

Así creía el P. Provincial poder calmar la tormenta, pero ¿cuál no sería su sorpresa cuando recibió una respuesta fechada el 7 de marzo de 1679 que comenzaba así: ***Si hubiera sabido que el alejamiento del P. Saint-Just de Grenoble, donde hace más de quince años que reside, iba a ser un destierro o un extrañamiento, me hubiera guardado bien de proponérselo? Yo creía que convenía a la paz de esta diócesis que lo retirase, por razones distintas, que dicen relación con la juventud.***

El P. Provincial —escribe La Colombière— ***tembló al leer estas palabras; es claro que tienen un sentido espantoso.*** Previno, pues, al P. Saint-Just para proporcionarle el medio o de justificarse o de enmendarse, que es lo primero que debe hacer un Superior verdaderamente caritativo y sin pasión. Mas esta conducta del P. de Camaret pareció al Prelado ***una perfidia, una traición horrible.***

Y no obstante, ¿cómo podría un Superior castigar sin avisar primero al acusado de las faltas que se le imputan? ***El, entredicho, por las razones contenidas en la carta de su Excelencia Reverendísima, obligaría (en el supuesto de que dicho Padre fuese culpable) no sólo a alejarle de Grenoble, sino***

a que nuestro P. General le despidiese de la Compañía. Si es culpable no bastará con prohibirle predicar y confesar, sino que ***no se le aguantará, en un cuerpo en donde no se tolera ni la misma sombra de un vicio que San Pablo quiere que ni se nombre. El entredicho sería una pena demasiado ligera.***

Habiéndose patentizado, sin dificultad ninguna, la inocencia del P. Saint-Just, el P. Provincial daba cuenta de ello al Prelado; el cual respondió el 17 de abril: ***He quedado sorprendido cuando he visto en su carta que ha creído que la acusación presentada ante mí contra el P. Saint-Just había sido sobre un crimen vergonzoso; nadie me ha dicho nada sobre el particular y yo por mi parte nada le he escrito a usted que le haya hecho sospechar semejante cosa... He tenido otras razones, muy distintas de ésas.*** Estas razones el Prelado continuaba callándolas. Con lo que se hacía imposible toda defensa.

Sobre todo ello anotaba el P. La Colombiére: ***El señor Obispo perdonará la libertad que nos tomamos para decirle que hubiera debido explicarse de otra manera, porque, por poco que uno entienda el francés, no se puede menos de sospechar un crimen enorme en las palabras escritas; tanto más cuanto que se podía creer de su caridad que había más bien aminorado la cosa que exagerado.*** Desde entonces por otra parte, ***el P. Saint-Just ha comparecido delante del Obispo de Grenoble cuando sus acusadores no se han atrevido a hacerlo. Se ha dicho que los mismos niños han hecho mofa de lo sucedido, lo***

cual prueba que el asunto no es sino demasiado público. Y más abajo: ***Es ya el duodécimo o decimotercero jesuita que monseñor de Grenoble pide que se aleje de su diócesis y, a pesar de todo, la cosa no ha mejorado; por todas partes surgen reproches.***

Ciertos detractores de Grenoble, dejándose llevar inconscientemente de la influencia de las ***Petites lettres Provinciales***, generalizaban sus quejas y reprochaban a los jesuitas el permitir el desenfreno del baile, de la comedia, del lujo, de la mundanidad y de la inmodestia a las personas que se dirigían a ellos para la confesión o la dirección. La Colombiére tiene buena ocasión de protestar. La mejor respuesta a estas imputaciones hubiera sido enviarle a Grenoble a repetir los sermones predicados en Lyón y en Londres durante las bacanales de carnaval. Al menos el P. de Camaret podía con toda franqueza escribir a monseñor Le Camus: ***O mucho me engaño, o tales personas no se acercan a nosotros.***

En cuanto a la queja de que ***se le envía a monseñor lo peor de la Provincia***, ello es tan poco conforme a la verdad, afirma el autor, ***que sabiendo cuán delicado se hila en la elección de los operarios, se ha puesto hasta ahora especial empeño en escoger los que, por su saber y otras prendas, podían prestarle mayores servicios; y tanto es así —¡qué malicioso es el mundo*!— *que comúnmente se dice en Grenoble que lo que choca al señor Obispo es que se le envíen sujetos de demasiado valer; que los jesuítas nunca gozarán de paz mientras no llenen***

el colegio de gente anciana e inservible; que es razón suficiente para caer en el entredicho el predicar o confesar con aceptación o poseer cualquiera otra cualidad con la que se granjea uno la estima y la confianza de las gentes.

Muy extraño sería que un escrito del P. La Colombiére no llevase ninguna huella de la confianza en Dios de la que se había constituido en el infatigable apóstol.

Sería —declara— una desgracia para los jesuítas perder el favor de tantas gentes honorables cuya amistad les ha sido hasta el presente tan honrosa y útil, en fin, quieren que todo el mundo sepa que su principal confianza está puesta en Dios, y que el mayor auxilio que esperan de la misericordia infinita es una invencible paciencia en los males y un amor sincero para con sus enemigos.

Para acabar La Colombiére invitaba al lector a salvar al menos las intenciones de los que detraían a sus hermanos en religión. ***Estos Padres procuran ellos mismos persuadirse de que son buenas y desean de todo corazón que los que los calumnian crean seriamente que hacen un sacrificio a Nuestro Señor, y que se puede ofender a los jesuítas sin ofender a Dios.***

Así se hubiera dado por concluso el asunto si gente perversa no se hubiera aprovechado del entredicho del Prelado para enlodar al P. Saint-Just con la odiosa denuncia.

Apoyado por su Rector el P. Maire, el prefecto de estudios estimó necesaria, para salvar su reputación y el honor del

Colegio, entablar recurso delante del Parlamento de Grenoble. Era una falta que se prestaba además a la confusión. El P. General creyó que la querella se dirigía contra la censura episcopal y dirigió a los dos una reprimenda severa. Al dar a conocer al P. General la perfecta y pronta sumisión de ambos religiosos, el P. de Camaret tenía empeño en precisar que si el P. Saint-Just se ha dirigido a un tribunal laico no era para apelar de la censura del Obispo de Grenoble, que es una pena espiritual, sino de la calumnia pública que aparentemente ha dado ocasión a la censura; no es contra el Obispo contra quien el Padre ha pedido justicia, sino contra los que atacaban su reputación.

Sea lo que fuere, se había obtenido lo importante; en el momento en que las pasiones parecían en su paroxismo, se había restablecido la paz. Cuando el 20 de setiembre, para indicar al promotor episcopal que se desistía de las diligencias judiciales, el P. Saint-Just usó un tono altivo y caballeroso del que se dio por ofendido el señor Obispo; cuando éste el 13 de octubre, en una nueva y vigorosa carta de cargos al P. Oliva, no sólo contra los jesuitas de Grenoble y de Chambery, sino también contra el P. de la Chaize, había reavivado los agravios y sus acusaciones, he aquí que el día 20 del mismo mes todo quedaba en calma. Fue, sin duda, el resultado de muchas influencias, entre las cuales merece especial mención la ***Respuesta*** tan serena y moderada de La Colombière y más aún de sus oraciones.

Un acto de humildad del P. Saint-Just lo había conseguido todo. Mientras monseñor Le Camus giraba su visita pastoral en el

priorato y parroquia de San Jeoire, en el arciprestazgo de Chambery, se presentó el religioso con su vicerrector de Grenoble, P. d'Augières, para ofrecer de rodillas sus excusas al Obispo y suplicarle le perdonase y le admitiese de nuevo a gozar de su favor. En un largo proceso verbal, registrado en acta notarial diocesano, el Prelado se complace en narrar la escena.

Habiendo tomado de las manos del P. Saint-Just el acta de excusa firmada por él y por dos testigos, presentada a Buissiére, notario de Grenoble... y después de haberla leído, abrazamos al P. Saint-Just y le hemos hecho saber que olvidábamos de buena gana todo cuanto había sucedido... con lo cual el vicerrector continuó todo lo que decía el P. Saint-Just. Por tres veces consecutivas comenzó éste a decir que reconocía su falta y que debería hacer penitencia toda su vida y que nos pedía humildemente perdón. Le interrumpimos diciéndole que no había más que hablar de ello, que todo quedaba sepultado en el olvido y que únicamente era necesario pedir perdón a Dios por las faltas que cometían aun las gentes de bien en esa clase de debates o disputas, pero para señal de una entera reconciliación era preciso que viniesen a comer a nuestro refectorio con todo el clero de este cantón, lo que en realidad hicieron; y los colocamos cerca de Nos al frente de 22 sacerdotes que componían esta conferencia. Y poco tiempo después de comer, los dichos Padres se despidieron de nosotros diciendo que publicarían por todas partes la cordialidad y la bondad con que los había recibido.

Felices tiempos aquellos en que los más ásperos

conflictos podían así terminarse con ágapes cantonales.

Sin embargo, y para prevenir los peligros de nuevas disputas, por bien de paz, el P. Saint-Just fue retirado de Grenoble y destinado a Lyón al Colegio de la Trinidad, donde La Colombière y él iban a convivir durante dos años.

Capítulo XXIX

SUPREMO ESFUERZO PARA SERVIR

1679-1681

La fiesta del Corpus, que recaía aquel año de 1678 el primero de junio, se acercaba. Claudio no podía olvidar la Octava, para él privilegiada, en la que cuatro años antes en Paray-le-Monial había recibido tantos favores. Mucho más se acordaba del mensaje de reparación que Jesucristo, por medio de Margarita María, le había encomendado propagar y extender. Varias cartas de esta época nos lo testifican. Residiendo todavía en el campo, es decir, en San Sinforiano, escribe a la M. de Thélis, Superiora de la Visitación de Charolles:

Tan sólo le escribo hoy para suplicarle que haga hacer a toda su comunidad una comunión extraordinaria el día siguiente a la Octava del Corpus, no a mi intención, sino para reparar, en

cuanto esté en su mano, todas las irreverencias que se habrán cometido contra Jesucristo, durante la octava en que habrá estado expuesto sobre los altares de todo el mundo cristiano. Le aseguro que el testimonio de amor que le daréis con ello atraerá sobre todas grandes bendiciones; es una práctica que le aconsejo observe toda la vida.

A la Hermana María, aquella inglesa que el 26 de marzo precedente había pasado de las Ursulinas a las Salesas de Charolles, le hace la misma recomendación y en los mismos términos, con tal de que a su Reverenda Madre le parezca bien.

Apenas reintegrado a Lyón, por Pentecostés, después de una breve estancia en el monasterio de Condrieu, en el que la piedad de las religiosas le ha edificado extraordinariamente, y en donde ***su bondad y rectitud le han cubierto de confusión***, se apresura a hacer a su ***muy querida hermana Isabel*** la misma súplica:

Esta práctica me la ha aconsejado una persona de una piedad extraordinaria, la cual me ha asegurado que todos los que den a Nuestro Señor esta prueba de su amor reportarán muchos frutos. Procuren inducir suavemente a sus amigas a esta práctica. Espero que varias comunidades comiencen este mismo año a hacer esta devoción para continuar siempre así.

A la M. de Saumaise, confidente como él de los secretos de Margarita María, se contenta con hacer una alusión al deseo de Jesucristo: ***Estoy seguro de que no lo olvida.***

Humildes comienzos del poderoso movimiento de reparación que debía entusiasmar las almas cristianas. Era preciso que quedaran consignados.

Por estas cartas, y por otras que siguieron en el transcurso del verano, sabemos que hubo un período de varios meses en que la salud de Claudio mejoró. De parte de Nuestro Señor, Margarita le mandaba no pensar más en el pasado, ni proyectar nada para el futuro, y en cuanto al presente, que cuidase de un enfermo que Dios había confiado a su solicitud; debía sin escrúpulos hacer todo lo que pudiera para recobrar la salud. ***Lo hago a ciegas***, afirmaba él. Con este fin se somete una vez más al tratamiento de la leche de burra, entonces muy en boga, y acepta el ir de nuevo al campo durante un mes. En esta segunda estancia en San Sinforiano, encontró a una sobrina de doce años ***escogida ya por Nuestro Señor para ser una de sus fieles siervas;*** era Eleonor La Colombiére, hija de Humberto, que debía, en efecto, jovencita aún, ingresar en el Carmelo.

A su regreso el Padre pudo escribir: ***Nunca me he sentido mejor, según creo, desde que volví de Inglaterra.*** A la M. de Saumaise le dice lo mismo y añade:

Pero no habrán ustedes conseguido nada si no vuelvo a encontrarme como estaba antes. Habrá todavía que pedir mucho a fin de obtener la gracia de vivir como saben que yo debo. Necesitaré muchos auxilios particulares para, gozando de salud, portarme de suerte que no tenga por qué arrepentirme de haber sanado. Sin embargo, si yo supiese que en el porvenir había de

haber en mí un solo átomo que viviese para el mundo y no puramente para Dios, preferiría mil veces morir. Ahí tienen lo que deben hacer por mí cerca de Dios, porque yo me quejaría de ustedes si llegase a suceder que mi restablecimiento me fuese perjudicial.

Habiendo, pues, recobrado algunas fuerzas, se juzgó que La Colombiére podía desempeñar en el Colegio algún moderado trabajo y se le confió el cuidado de quince o dieciséis jóvenes religiosos, que acabado el noviciado debían completar durante dos años sus estudios de filosofía. Con el título de Prefecto de júniores que le da el catálogo, el Padre desempeñó su cometido durante dos cursos escolares, de 1679 a 1681.

Entre ***los jóvenes*** que pudieron así inflamarse con el contacto de la llama de la devoción al Sagrado Corazón, se encontraban José de Ranquet, Juan Bautista de Foresta, Luis Félix de Ruolz, Pablo Antonio de la Rouyére, Juan Francisco de Dortan, que será Provincial; Antonio de Colonia, Antonio de Grimaldi y Pablo de Raousset, que será el Rector del Colegio de Aix durante la peste de 1722. Pero el más célebre entre ellos es José de Galliffet, futuro Provincial de Lyón y Asistente de Francia, cuya ciencia teológica y suave tenacidad lograrán un día, en favor del culto del Sagrado Corazón, triunfar sobre tantos obstáculos. Medio siglo más tarde, Galliffet recordará con gratitud lo que debe a su maestro: ***El año 1580, al salir de mi noviciado, tuve la dicha de caer bajo la dirección espiritual del***

R. P. Claudio La Colombière, el director que Dios había dado a la Madre Margarita que entonces aún vivía. De este siervo de Dios recibí las primeras instrucciones acerca de la devoción al Sagrado Corazón de Jesucristo; desde entonces comencé a estimarlo y aficionarme a él.

Hablando, en otra parte, del voto hecho por su Padre espiritual de observar inviolablemente todas las reglas que San Ignacio ha dejado a la Compañía, dirá que no conoce nada más heroico, en materia de santidad, como la ejecución fiel de semejante compromiso; dejará consignada sobre todo la admiración suscitada en aquellos que fueron testigos de la exactitud y la constancia de La Colombière en guardarlo. ***Los que hemos tenido la dicha de vivir con él y bajo su dirección el último año de su vida, podemos dar un testimonio cierto.***

Los sentimientos del Padre para con esos ***hijos muy amados*** que constituían para él, como los filipenses para San Pablo, su gloria y su corona, no los hemos de conocer por conjeturas, sino por sus escritos. Escribe, en efecto, a un jesuíta del noviciado de Aviñón:

Estoy muy edificado del fervor y de la piedad de los jóvenes que me ha enviado. Quisiera poder ayudarlos a conservar lo que les ha inspirado usted. Pero será preciso que sus oraciones hagan en adelante lo que sus instrucciones y buenos ejemplos hacían cuando estaban en el noviciado. También desearía que hiciesen sobre mí algún buen efecto: tengo en ello confianza.

Mas como el estado de su salud y las prescripciones del médico le obligan a una vida que califica de pereza, se acusa de dar a todos ***muy mal ejemplo.***

Por las cartas —demasiado pocas— que nos quedan de Claudio a jóvenes religiosos, se adivina con qué insistencia y con qué amor los empujaba a la perfección:

Aprovéchese del descanso que Dios le da, mi querido Padre, y procure hacerse un santo. Quizás si no aprovecha esta ocasión no tendrá jamás otra semejante y serán inútiles para el cielo muchos años de trabajos y de fatigas... Desea que le hable con franqueza; si quiere responder a los favores que recibe, esté atento al primer despertar de las pasiones y sobre todo del amor del placer y de la honra. El amor del placer incluye las amistades. Si no me engaño, es usted muy sensible a todo eso; y no está en sus manos el poder moderar esas pasiones cuando les ha dado entrada una vez; primero le ocupan, acaparan toda su atención, le hacen ser negligente para todo lo demás; de manera que después, cuando quiere echar pie atrás, se encuentra tan perdido, por decirlo así, tan alejado de Dios, tan fuera de su camino, que no sabiendo por dónde enderezar sus pasos, está usted en peligro de echarse desesperado a campo traviesa y de dejarse llevar a donde su natural le conduce. Por eso combata los primeros movimientos de las pasiones y si es posible prevéngalos con unos Ejercicios. ¡Pobre amigo mío! ¡Dios le ha dado un corazón tan apto para amarle! ¿Será posible que pertenezca a otro que a Aquel que lo ha hecho? Perdóneme esta libertad. Pida al Señor que me convierta.

La santidad no puede separarse de los deberes de estado y por eso escribe a uno de ***esos sus queridos hijos***, separado de él hace pocos meses:

Su cana ha sido una buena prueba de la aplicación con que me dicen que se entrega usted al estudio; me alegro de ello, porque esta aplicación es por sí misma muy agradable a Dios, que la exige de nosotros, y porque ella es un buen medio para conservar el fervor de la devoción... Continúe, querido hijo, haciéndose un santo religioso; pido todos los días al Señor que le conceda esta gracia... Cuanta más experiencia adquiero, más me persuado de que es una gran desgracia el entretenernos con todo lo que nos puede agradar aquí abajo, mientras podemos emplear nuestro tiempo y nuestro espíritu en santificamos con la práctica de la humildad y del desasimiento total de nosotros mismos. Pida al Señor, le suplico, que yo haga el primero lo que veo que hay que hacer y que aconsejo a los demás.

Sin embargo, no hay que hacer violencia a los corazones. Por apremiantes que sean las exhortaciones de Claudio, mayor es todavía su discreción. El primer guía del alma es el Espíritu Santo y el principal cuidado del director, sobre todo con relación a los religiosos, es el de hacerlos vivir atentos a las mociones internas que reciben. Próximo a dar comienzo a su teología, un joven escolar recibía de Claudio estos avisos:

No alcanzo a ver de qué obligaciones me habla cuando me manifiesta tanta gratitud: y más en aprieto me pone cuando

me pide algunos consejos para su conducta. Le digo, con toda formalidad, que quisiera recibirlos de usted. Si hubiera de empezar de nuevo la teología no conozco otro más apto para darlos... Además no necesita instrucciones para ordenar la vida que va a comenzar. Le gusta la soledad; le gusta el estudio y con toda naturalidad se aficiona a lo más importante y a lo más sólido. La inclinación que siente al bien, y el gusto sobrenatural que a ello le conduce, no le consiente dejar escapar las ocasiones que tiene de afianzarse cada vez más. Una persona con estas disposiciones puede fácilmente prescindir de todos los avisos, aun los de un hombre que tuviese tan abundarles luces como yo tengo pocas. Preveo que en estos cuatro años va a llegar a ser un gran doctor y un gran santo; porque me consta que tiene grandes deseos y no veo nada que le pueda impedir el logro de ambas aspiraciones. Lo único que antiguamente le pudo hacer algún mal fue el ardor excesivo con que su imaginación, su espíritu y su corazón se entregaban a los objetos que decían relación a usted. El tiempo, la experiencia y más que nada sus reflexiones y su virtud han reducido este ardor a los límites que la razón imponía. De suerte que no veo lo que podría impedir los grandes planes que hoy tiene usted concebidos.

Se nos ha conservado un precioso testimonio de las atenciones con que rodeó a sus hijos espirituales. Teniendo que dirigirlos durante los ocho días de Ejercicios que hacen todos los años los escolares, les escribió, como dice el P. de la Pesse, una especie de instrucción para disponerlos mejor a hacerlos. Meditándola se comprenderá mejor tanto el respeto que guardaba

a las almas consagradas a Dios como los esfuerzos y deseos que juzgaba necesarios para aprovechar lo más posible ese tiempo de gracias:

1) Los Ejercicios espirituales no deberían hacerse sino en aquellos tiempos en que el alma, atraída por Dios a los soledad por el disgusto de las cosas del mundo, por alguna luz especial o algunos movimientos extraordinarios que la llevan a reformarse o a santificarse, busca los medios de satisfacer esa atracción; o cuando, a la vista de sus desórdenes, concibe deseos de una verdadera penitencia.

2) Entonces habría que entrar en Ejercicios para examinar despacio lo que pasa en nosotros mismos, lo que exige de nosotros la gracia que sentimos y cómo podrá ponerse por obra.

3) Es muy buena disposición el entrar en la soledad con propósito de cambiar de vida y de santificarse: Pero los que no están en esta disposición, creo que deben entrar en Ejercicios para enfrentarse seriamente con el estado de su alma, para ver fríamente si están en vías de salvación; si llevando la vida que llevan, no exponen algo su eternidad.

4) Ocuparse únicamente en eso y no admitir ningún otro negocio cualquiera que sea. Es justo dar a Dios y a nuestra alma toda la aplicación que reclama el más imponente de los asuntos que tenemos que tratar en esta vida.

5) Un aislamiento total.

6) Una pureza de corazón y una exactitud perfecta en

observar todas las reglas, todas las adiciones; es sólo por ocho días. Una falta, por mínima que sea, puede ser un gran obstáculo a las luces del cielo y dar en rostro a Dios.

7) Una gran indiferencia respecto de las consolaciones. No esperarlas; estar dispuesto a toda clase de aburrimiento, de sequedad y de desolación. Se han merecido y si a Dios place el enviárnoslas, serán ocho días de ejercicios de paciencia y de penitencia.

8) Si no se tiene la resolución de hacerse santo por medio de los Ejercicios, es necesario al menos estar dispuesto a recibir las gracias que Dios quiere hacernos y a no resistir a los buenos sentimientos que el Espíritu Santo pueda darnos por su misericordia infinita. Dios mío, no siento ningún deseo de tan alta perfección; quizás incluso me siento muy lejos de él; pero si, por un efecto de vuestra divina bondad, quisierais cambiarme, inspirarme más valor, sacarme, a pesar mío, del mundo, espero que no os pondré obstáculos, que os dejaré obrar. Conocéis los medios que hay que emplear para vencerme, están en vuestras manos y sois el dueño. La vida perfecta me atemoriza; vos podéis curarme de este falso miedo y hacerme agradable todo lo que parece repugnante. Vos solo sois quien puede hacerlo,

9) Gran confianza en Dios. Me ha buscado cuando yo huía de él en medio del mundo y de las ocupaciones; no me abandonará cuando voy a buscarle en los Ejercicios o al menos cuando dejo de huir.

10) Grande humildad en descubrirse a su director aunque no hubiera otra cosa que decir, sino que no se siente nada,

que no se ve nada, que no se experimenta atracción a nada bueno; atenerse a los puntos que él propone y a las lecturas que prescribe, aun cuando se juzgue que otra podría ser más útil. Esta simplicidad es de mucho mérito y atrae grandes bendiciones.

11) El día antes de comenzar los Ejercicios hay que excitar en sí mismo el deseo de la soledad: ***¿Quién me dará alas?*** (Salmo 54, v.7); el deseo de la perfección: ***Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia porque ellos serán saciados*** (Mat. 5.6)

Cuidado exclusivo de lo único necesario, fidelidad escrupulosa, indiferencia aun acerca de la consolación espiritual; por encima de todo, abandono completo a Dios para que Él haga en nosotros su obra; tales anotaciones nos ayudan a penetrar en el alma de Claudio. No enseña nada a los otros que no haya practicado él mismo.

¡Cuánto desearíamos ahora, cuando se acerca a su término, poder penetrar más profundamente en el interior del apóstol! Pero los enfermos, bien porque carecen de fuerzas o porque les repugna el revelar sus miserias, escriben poco. Eran muchos, sin duda, los corresponsales de La Colombiére que, como las hermanas Bisefranc, vivían en la angustia de no tener noticias suyas. Y cómo reprender la réplica, merecida por la indiscreción de una de ellas, en que dice Claudio: ***No tiene razón ninguna para quejarse de la brevedad de mis cartas cuando apenas puedo leer las de usted.***

La misma Margarita María, que en este año de 1680 se ve a veces, por causa del sentimiento de su indignidad, asaltada con dudas acerca de sus revelaciones, aunque haya tenido el honor de escribirle, no recibe en mucho tiempo respuesta. Pero de cualquier forma que se conduzca el Padre, ella está siempre contenta. Felizmente para nosotros, hacia fines del verano y luego en invierno le llegan dos cartas, que nos permiten leer al descubierto en el alma de su director.

Primero esta confesión: ***Me he privado hasta hoy del***

consuelo que hubiera sentido contestándole, porque he creído que Dios deseaba de mí este sacrificio. Claudio experimenta ese complejo de incertidumbre, tan frecuente en los enfermos y tan doloroso para un corazón que quisiera ser todo de Dios.

Surgen en mi alma diversos deseos de emprender varias cosas, a fin de expiar mis pecados y para glorificar a mi amable Maestro; pero en el estado de salud en que me encuentro, temo que sean tan sólo ilusiones y que Nuestra Señor no me juzgue digno de hacer algo por su amor. Me parece que nada me sería difícil si conociese lo que de mí desea. Sin embargo, no me empleo sino en recobrar la salud como se me ha mandado pero con este pretexto sospecho que me dejo llevar de muchas cobardías. Me voy haciendo viejo y estoy infinitamente lejos de la perfección de mi estado... Veo claramente que si Dios no tiene compasión de mí, moriré muy imperfecto.

A pesar de todo domina la gratitud:

Dé gracias a Dios por el estado en que me ha puesto. La enfermedad me era absolutamente necesaria; sin ella no sé lo que hubiera sido de mí: estoy persuadido de que es una de las grandes misericordias que Dios ha tenido conmigo.

Y, sin embargo, la misa ***es casi el único ejercicio espiritual que hago y aun así la hago bien mal.***

En una carta La Colombiére había tranquilizado a Margarita María contra una impresión de endurecimiento de corazón, debido —creía ella— a su infidelidad. Mas como el espíritu de la mentira redoblase sus golpes pocos meses después, el director redobla también sus aseveraciones:

Nuestro buen Maestro ha permitido que el enemigo la ataque con artificios extremadamente groseros, a fin de que yo pudiese descubrirlos a pesar de mi ignorancia. Me alegro y glorifico a Dios de todo corazón, porque todo recae sobre este impostor y porque se purifica usted con todos los esfuerzos que hace para no separarse del que es su Todo. No, le digo una vez más, no va engañada, no hay ilusión en los favores que recibe de la misericordia de Dios; no tengo motivo para sospechar de usted disimulación e hipocresía; y aun cuando pueda haber lugar a extrañarse de que el soberano Maestro se abaje hasta criaturas tan viles e imperfectas, sería una blasfemia el pensar que su bondad no pueda llegar hasta ahí y que sea capaz de ser sobrepujada por nuestras infidelidades.

Y no cesando la Santa de oponer sus ingratitudes,

Claudio, concediendo que sea indigna de todo favor, vuelve a insistir en su doctrina de la confianza adaptándola a su caso especial:

Todo eso no puede hacerme desconfiar de su estado: al contrario, ello me persuade todavía más de las misericordias de Dios para con usted, porque es digno de esta bondad infinita comunicarse con profusión a almas en las que nada le atrae si no es esas mismas profusiones, y el gusto que tiene en hacer el bien. Y estoy seguro de lo que le digo, que si fuese necesario, me parece que podría responderla, aun exponiendo la misma salvación de mi alma, que debe caminar con confianza y no pensar sino en ser agradecida por la conducta que Dios observa con usted. Nunca la he halagado; ahora menos que nunca, tanto más cuanto que nunca he mirado las bondades que Jesucristo la ha manifestado como bienes que sean de usted, sino como efectos de su caridad sin límites, la cual se complace con los pecadores, hace que abunde la gracia donde más abundó el pecado, llena los vasos más viles a fin de que ninguna criatura se glorifique en su presencia y no se atribuye al alma lo que él pone en ella.

Al tranquilizar a la Santa, ¿no tendrá él mismo necesidad de que le tranquilicen? En el intervalo de las dos cartas —posiblemente en octubre de 1680— se ha producido una recaída. Escribe Claudio:

Se creía que me iba a morir en este otoño. Actualmente voy mejor, al parecer, de lo que estaba cuando empeoré; pero si viera usted el interior, por el que no dudo se interesa tanto o más

de lo que manifiesta, le daría gran lástima. Tengo grandes deseos de glorificar a nuestro buen Maestro, pero no sé cómo arreglármelas; temo que estos deseos no vayan muy puros y que sean más bien ganas de salir de la vida oscura y de abyección en que actualmente vivo, que un verdadero celo; porque en el fondo, si desempeñase debidamente el trabajo sencillo en que me ocupo, haría sin duda más bien que con las ocupaciones más laboriosas y de más ruido. Desearía en todo volver a la vida común y más que nada ordenar mi oración... porque me encuentro mejor de lo que hace mucho tiempo he estado. Por otra parte, como ya he recaído tan frecuentemente, temo no estar lo suficientemente restablecido y que haya ilusión en querer volver a los ejercicios comunes. Lo que encuentro de bueno, en el estado en que me encuentro, es una grande abyección tanto interior como exterior, comprendo que es un tesoro inestimable; pero pida al Señor que me lo haga amar por su amor...

La vida de Margarita María escrita por sus contemporáneas señala como dirigida al P. La Colombiére una carta en la que, a propósito de la devoción al Corazón de Jesús, dice:

Padre mío, le suplico que no perdone nada para inspirarla a todo el mundo. Jesucristo me ha darlo a conocer, de una manera que no admite duda, que era por medio de los Padres de la Compañía de Jesús como quería establecer por todas partes esta devoción.

Ningún ejercicio es más apto a elevar en poco tiempo a un alma a la más alta santidad... No sería necesario otro medio para restablecer el primer fervor en las comunidades menos observantes y para llevar a la cumbre de la perfección a las que viven en la más exacta regularidad. Mi divino Salvador me ha dado a entender que los que trabajan en la salvación de las almas tendrán el arte de tocar los corazones más endurecidos y trabajarán con éxito maravilloso, si están penetrados ellos mismos de una tierna devoción al divino Corazón. Los que viven en el mundo encontraran, por este medio, todos los auxilios necesarios a su estado; es decir, la paz en la familia, el alivio en sus trabajos y las bendiciones del cielo en todas sus empresas. Es en ese Corazón adorable donde hallarán un lugar de refugio durante la vida, pero más principalmente en la hora de la muerte.

El P. Croiset, que fue quien primero publicó esta carta en 1691, no indica quién fuese su destinatario, como ni tampoco el P. Galliffet. De hecho, teniendo en cuenta la manera tan precisa como se explica aquí la Santa en relación con la Compañía de Jesús, se podría creer que estas palabras se refieren a las luces con que, sobre el particular, fue favorecida en 1686 y 1689. El destinatario sería, pues, o el P. Rolin o el P. Croiser. Sin embargo, no es imposible que, viviendo aún La Colombiére, Margarita María haya entrevisto el papel que Jesucristo quería confiar a su Compañía en la propagación del culto al Divino Corazón: razón por la cual no se puede negar con certeza la atribución que hacen de esta carta las contemporáneas como dirigida al P. La Colombiére.

A pesar de los sobresaltos de esperanza, que por momentos animan a los tísicos, el año 1680 se pasó todo él en la ansiedad. Cuando a principios de marzo la joven de Lyonne, atravesada ya la reja del convento, se dispone a tomar el hábito, el Padre le escribe: ***No puedo ir a verla, aun cuando lo desee.*** La misma respuesta, en abril, a Catalina de Bisefranc:

Me habla de ir a Paray. No veo ninguna probabilidad ni para esta primavera ni para el verano... Es preciso que nos acostumbremos a prescindir de todo, fuera de Dios. Ya es mucho que, habiendo estado tan cerca de la muerte, me haya quedado todavía la libertad de poder mantener con usted esta correspondencia, a fin de estimularnos mutuamente a amarle hasta la muerte... No deseo que venga a verme usted ni persona alguna.

En fin, cuando la M. de Thélis, Superiora de Charolles le invita a fines de la primavera a recibir la profesión de la Hermana María, la salesa inglesa que había salido de las Ursulinas, responde: ***Hay que sacrificar a Dios el deseo que tenía de ir a verla... Aunque mi salud parece que se va restableciendo, no tengo bastantes fuerzas para soportar el viaje y las fatigas que necesariamente le seguirían.***

Pasan algunas semanas; y con motivo de esas fuerzas, que esperaba le volviesen, el Padre escribe: ***Empezaba a hacer tan mal uso de ellas que he obligado a Dios a permitir mi recaída, desde Pascua, en los mismos accidentes que me han***

conducido más de una vez al borde mismo del sepulcro. Los vómitos de sangre duraron tres días.

No obstante todo ello, su ilusión es tan tenaz que, pocas semanas después, vuelve a decir: ***Estoy mucho mejor y casi mejor que nunca;*** y a la M. de Saumaise: ***Me parece que el grave accidente que se creía iba a ser mortal, será justamente lo que servirá a devolverme la salud o totalmente o al menos lo bastante para que yo pueda todavía servir a Dios Nuestro Señor.*** Después, volviendo sobre los sentimientos que le habían ocupado, confiaba a su corresponsal:

Es maravilloso ver cuántas ventajas temporales y espirituales me han venido con esta enfermedad; no sabría alabar lo bastante a la divina sabiduría y a la infinita bondad de Dios, que hace triunfar sus amorosos designios por los mismos caminos que, a los ojos de los hombres, parecen deber destruirlos. Nunca he tenido más alegría, nunca he hallado a Dios tan bueno para conmigo como cuando me he visto en mayor peligro de morir. No hubiera cambiado ese peligro por todo lo que en el mundo hay más digno de nuestros deseos.

Desde octubre de 1680 gobernaba el Colegio de la Trinidad el P. Gilberto Athiaud, antiguo Instructor de Claudio, el cual, terminado el curso escolar, juzgó, de acuerdo con el P. Provincial, que el clima del Ródano y del Saone no era el más indicado para alivio de un tísico. Por otra parte, a pesar de la ignorancia en que por entonces se vivía sobre la teoría de los

bacilos, los superiores sabían que un enfermo, sujeto a hemoptisis, podía ser contagioso para sus jóvenes penitentes. En cambio, en el Colegio de Paray- le-Monial, donde no había ni alumnos internos, ni jóvenes estudiantes jesuítas, el peligro parecía menor. Además, todos sabían que La Colombiére sería recibido con los brazos abiertos, y cuidado con la caridad más atenta, al mismo tiempo que su presencia podría ser útil de muy diversas maneras.

Por el mes de agosto se ponía Claudio en camino hacia la ciudad del Sagrado Corazón, donde Dios le iba a pedir el sacrificio de la vida.

Capítulo XXX

LOS ÚLTIMOS SUFRIMIENTOS

1681-1682

Durante sus Ejercicios de tercera probación, La Colombière, pensando en el oficio de apóstol que exige mil fatigas, había escrito: ***Gracias a Dios, me he sentido dispuesto a ello; ningún trabajo me espanta; moriría contento trabajando en ello.***

He visto que un apóstol no está llamado a una vida muelle, ni al descanso. Hay que sudar y fatigarse, no temer el calor, ni el frío, ni los ayunos, ni las vigilias. Hay que gastar las fuerzas en este empleo. Lo peor que puede suceder es que se muera sirviendo a Dios y al prójimo. No creo que eso deba causar miedo a nadie. La salud y la vida me son por lo menos indiferentes; pero la enfermedad o la muerte, cuando lleguen por haber trabajado en la salvación de las almas, me serán agradables y preciosas.

Que no eran vanas palabras, había llegado el momento de mostrarlo.

El lector recordará que un día, espantado por los peligros

en que la pasión de la vanagloria puede hacer incurrir al apóstol, había dicho: ***Dios mío, quiero hacerme santo entre Tú y yo. Pero como es una especie de milagro el ver a un hombre que no pierda nada de su humildad y de su santidad en las acciones de celo, añadía, persuadido de que Dios solo puede operar ese milagro: Hazme santo, Dios mío, y no escatimes nada para hacerme bueno, porque quiero llegar a serlo cueste lo que cueste.***

Dios, en efecto, se había encargado de hacer ese milagro. A fin de despegar a este fiel siervo de la estima y de los aplausos del mundo, se había servido de su alejamiento de Francia, especie de destierro en un país cuya lengua le era desconocida; había permitido la calumnia, las acusaciones delante de la más alta jurisdicción de Inglaterra, la cárcel en un calabozo infecto, entre los condenados de derecho común. Dios añadía ahora la enfermedad; una enfermedad larga, agotadora, que causaba por su naturaleza el vacío en tomo al religioso y le aumentaba cada día más y más

el sentimiento de su inutilidad. Y he aquí que, a los ojos de este hombre de cuarenta años, se presentaba la muerte en un horizonte muy cercano.

Dios mío, quiero hacerme santo entre Tú y yo. Esta enfermedad, si Claudio no la había deseado, la había, al menos, previsto claramente y aceptado plenamente.

* * *

Cuando, en agosto de 1681, Claudio llega a Paray-le-Monial está en tal estado de debilidad que es preciso vestirle y desvestirle, porque no puede valerse por sí mismo para ningún servicio. En setiembre y en octubre:

Habiéndome permitido mis fuerzas y el buen tiempo —dice— dar algunos paseos, me sentí aliviado; pero la humedad y las lluvias me volvieron de nuevo al estado en que antes me encontraba. Desde entonces me incomoda mucho una grande tos y una opresión continua que a tiempos disminuye y a tiempos aumenta... No salgo nada, hablo con dificultad, aunque tengo buen apetito y casi todas las demás señales de buena salud. Todavía no he podido experimentar si este aire me es saludable o no porque tan sólo puedo respirar el del fuego y el de mi cuarto.

En cuanto a lo demás, el Padre declara que ***no puede hallarse mejor. Los criados y los seglares tienen un celo excesivo en proporcionarme lo que me ha de dar gusto. Veremos lo que el Señor nos envía con la primavera.***

Entre las personas del interior de la casa, agrupadas en torno a La Colombière, hay que nombrar, claro está, a los religiosos de la pequeña comunidad. En primer lugar el Superior, Simón Bourguignet, que, pariente de los Baudinot de Selorre, participaba de la estima y afecto de esta familia para con el santo enfermo. Después otros tres sacerdotes: Antonio du Port, prefecto de estudios y misionero; el profesor de humanidades Claudio Vuillard; y el profesor de gramática Filiberto Le Févre, que también era predicador.

En cuanto a las personas seglares, de las que La Colombière exalta las caritativas atenciones, se debe mencionar especialmente a Catalina de Bisefranc, quien si en otras ocasiones nos ha parecido un tanto indiscreta y algo exigente, en esta ocasión, hasta la muerte del Padre, se mostró deseosa de ser útil y de una abnegación sin límites. Esta bondad inclinaba a La Colombière a temperar a veces las reprensiones que juzgaba necesarias. Habiendo creído una vez notar en ella un afecto demasiado sensible hacia una de sus ahijadas: ***Tenga cuidado*** —le escribía— ***de no inspirar la***

342

vanidad a su sobrina, vistiéndola de una manera mundana; habitúelapor el contrario, y ya desde ahora, a despreciar lo que no puede compaginarse con la verdadera piedad. Pues bien, un día, en Paray, la tía trajo al recibidor a la jovencita Susana, entonces de ocho años, más peripuesta que de ordinario, con sus cabellos tan rizados que denunciaban el paso de las tenacillas. Claudio al contemplar aquellos bucles, excesivamente rizados, se contentó con decir: ***Esta cabecita estará un día tocada de muy distinta manera.*** Susana tomó estas palabras como una predicción de su vida religiosa, lo que en efecto se realizó, pues entró en la Visitación, donde vivió cincuenta años.

Tan pronto como La Colombière tuvo fuerzas bastantes, fue a visitar a aquella cuya vocación le había costado tanto, la Hermana Rosalía de Lyonne: ***¡Qué alegría*** —dijo nada más verla—, ***que alegría verla esposa de Jesucristo!*** A lo que ella respondió: ***Padre, ¡qué bueno es Dios! Quedándose los dos*** —dice la cronista del monasterio— ***como extasiados por los efectos maravillosos de la gracia y permaneciendo algún rato en silencio sin poder expresarse.*** La Hermana se acordaba, mucho tiempo después, de las palabras que le había dicho este hombre santo, en especial de lo siguiente: ***Viva siempre delante de Dios como un niño pequeño delante de su padre. No hallará descanso sino en su amor.***

Alrededor de la fiesta de Todos los Santos, se entrevistó con Margarita María; de esa entrevista nos ha dejado escrito: ***Nuestro Señor le ha dicho que si yo gozase de buena salud, le***

glorificaría con mi celo, pero que estando enfermo, él se glorificaba en mí. Que es lo que había escrito a la M. de Saumaise un año antes:

Habiendo un día suplicado a la bondad del Señor en favor del P. La Colombière, me dijo: Que el siervo no era más que su señor y que no existía nada tan provechoso como la conformidad con su querido Maestro. Y que aun cuando, mirándolo con ojos humanos, su salud fuese para más gloria de Dios, el sufrimiento se la tributaba incomparablemente mayor. Hay tiempo de sufrir y hay tiempo de obrar; tiempo para sembrar y tiempo para regar y recoger lo que se ha sembrado. Es lo que el Padre hace al presente; porque el Señor se goza en dar un valor inestimable a sus sufrimientos por la unión con los de Él.

A las penas de su enfermedad se les añadía otra —no será indiscreto pensarlo así— íntima, pero mortificante. Desde su habitación de enfermo, Claudio contemplaba la casa y el jardín que, con tanto cariño, había comprado siendo Superior para agrandar el colegio; pero que habían sido revendidos en 1680 por su sucesor el P. Polla bajo pretexto de que dicha propiedad era gravosa. Tan sólo se habían quedado con una partecita de terreno, lo suficiente para construir la capilla. Era natural que La Colombiére sintiese ver abandonados sus planes de engrandecimiento y extensión. Los enfermos son sensibles y los santos no, por serlo, están exentos de esos sentimientos. Podía también sospechar que esta retrocesión, que 24 años más tarde debía dar origen a ***una rescisión***, no había sido regular. Pero si

sufrió con ello, se guardó bien de manifestar a nadie su pena.

En la Octava de San Francisco Javier —época en que seis años antes había recibido tantas luces— Claudio pudo todavía celebrar la santa Misa. Mas como Margarita le había recomendado el cuidar mucho su salud y aconsejado el no decir la Misa, se contentó con comulgar todos los días. A la Santa se le había oído decir con una sonrisa algo triste que estaba a punto de no rezar ya más por su director, viendo que cuanto más pedía por él, peor se encontraba. Sin embargo, hacia fines de diciembre, una de sus amigas, sin duda Catalina de Bisefranc, vino a decir al enfermo que la Hermana Alacoque esperaba tanto obtener de Dios su curación, que le había hablado como de una cosa de la que no dudaba. ***Dios podría muy bien*** —concluía el Padre a este propósito— ***enviarme de nuevo la salud, para castigarme por el mal uso que he hecho de la enfermedad.***

Si estas palabras de Margarita María se citan aquí con fidelidad, es preciso confesar que esta vez la Santa se equivocó. Hay tiempo para vivir y tiempo para morir. ***El fiel siervo y perfecto amigo*** de Jesús no cantaría sobre la tierra las fiestas de otra Navidad. Por otra parte, una carta de Margarita María a la M. de Saumaise, fechada los primeros días de 1682, está muy lejos de dar esa impresión de seguridad. Ha visto de nuevo al Padre y ha cumplido el encargo que su antigua Superiora le había dado para él; luego añade: ***Sigue muy mal; cuando mejore, le escribirá. Le he visto dos veces, habla con mucha dificultad; lo que quizás haga Dios para tener el gusto y el tiempo de hablar***

con más calma a su corazón.

Por su parte, el enfermo no se forja ilusiones. Está convencido de que no puede restablecerse en Paray-le-Monial. Las dificultades que experimenta para respirar le han hecho decir siempre que nada le aliviaría, excepto un aire extremadamente vivo y sutil. ***A saber si el de Lyón es el que me hace falta*** —escribe en su última carta a la M. de Saumaise—, ***lo dudo un poco. El de Vienne creo que sería más apto.*** Ultimamente, el doctor Guillermo Billet, que ha estudiado bien el caso, ha dado su parecer diciendo que no basta estar dos o tres meses en un sitio alto; que hay que pasar allí años enteros, a fin de dar a la naturaleza el tiempo para reponerse. En ese sentido escribió a su hermano, el P. Antonio Billet, entonces socio del P. Provincial de Lyón. Al contrario, el Superior de la Residencia de Paray, P. Bourguignet, que se ha aficionado al santo enfermo y le da muestras de una bondad extraordinaria, tendría mucha pena en consentir en esa partida. No parece razonable que marche en pleno invierno. ¿Sería factible? ¿Cómo hallar un coche cómodo y un tiempo favorable?

Sin duda, Claudio pone todo el asunto en las manos de los Superiores, a quienes, sin embargo, hay que avisar según la regla: ***Cuando sintiesen alguna cosa serles dañosa o alguna otra necesaria cuanto al comer, vestir, estancia, oficio o ejercicio, deben todos avisar de ello al Superior.*** La Colombiére ha hecho voto de observar todas las reglas. En este caso, ¿a qué le obliga la regla? ¿A escribir al P. Provincial? Quizás. Pero no cree

todavía que sea necesario hacerlo. Perplejidades, escrúpulos. El extrañarse de ello sería no conocer lo que son los enfermos, no haberse acercado nunca a ellos. Por eso, teniendo ocasión de escribir a la M. de Saumaise, cuya rectitud de juicio le es bien conocida, Claudio se somete humildemente a su parecer: ***Hágame la caridad de decirme lo que piensa sobre ello y aconséjeme según Dios, a fin de descargar mi conciencia y no morir con el escrúpulo de haber faltado a una regla.***

La nota biográfica de la M. de Saumaise, escrita en Dijón, contiene algunas líneas del P. La Colombiére, tomadas quizás de esta carta. En ellas se encierran las supremas enseñanzas de la enfermedad y bien estimulantes:

Desde que estoy enfermo, una sola cosa he aprendido; a saber, que estamos unidos a nosotros mismos por tantos lazos imperceptibles, que si Dios no pone la mano, no los rompemos jamás, ni siquiera los conocemos; que sólo a él le toca el santificamos, que no es pequeña cosa el desear sinceramente que Dios realice todo lo que haga falta para ello; porque, en cuanto a nosotros, no tenemos ni luz, ni bastantes fuerzas.

Esta confianza es el eco de una actitud de alma, tomada cinco o seis años antes, la que se expresaba en el ***Acto de ofrecimiento***, constantemente renovado desde entonces: ***Sagrado Corazón de Jesús, enséñame el perfecto olvido de mí mismo, puesto que es el único camino por donde se entra en Ti.***

Los términos de esta oración habían reaparecido en una

carta a Margarita María, señalando una especie de decepción: ***No consigo llegar a este olvido de mí mismo, que debe abrirme la entrada al Corazón de Jesús.***

Ahora, a pocas semanas de distancia de la muerte, le pasa lo mismo. ¿Tendremos ahí un ejemplo curioso de una oración no oída por Dios? Así se podría creer si no supiéramos el modo como Dios conduce los corazones. En todas las etapas de la vida espiritual, el fin propuesto parece que se aleja según se va avanzando. Las exigencias de Dios se hacen progresivamente más estrictas; las luces que da al alma sobre Él y sobre ella iluminan profundidades insospechadas. La enfermedad hace discernir a Claudio lazos ***imperceptibles que ni siquiera conocía.***

Sincero y perseverante en su deseo del perfecto olvido de sí mismo, La Colombiére había ido constantemente descubriendo y realizando nuevos progresos. Mas el Espíritu Santo se los hacía realizar—y es ley de la acción divina— sin que tuviese el consuelo de sentirlos.

Aquí abajo, el trabajo de la santidad nunca se acaba; y sus resultados son de tal naturaleza, que estando reservados a dar gusto a Dios y a causar admiración a algunos testigos, el santo no goza de ellos en ninguna forma.

Lo que es esencial al total cumplimiento de los planes de Dios — donde quiera que ponga Él los límites— y esencial también a la paz interior del santo es que el alma esté, plenamente y hasta en los más mínimos detalles, sometida a la voluntad de

Dios. Los textos citados prueban que Claudio se encontraba en ese caso.

Hs Hs *

El religioso no tuvo que intervenir cerca del Provincial, pues bastó la carta del doctor Bouillet. Avisado inmediatamente, Floris La Colombiére, hermano de Claudio arcediano dele iglesia primacial de Yienne, se presentó en Paray-le-Monial con un coche cómodo en el que llevarse el enfermo.

La partida debía tener lugar en seguida, el jueves, fiesta de San Francisco de Sales, sin ningún preparativo y sin decir adiós a nadie. Margarita María mandó decir al Padre que, si podía, sin contravenir las disposiciones de la obediencia, no se pusiese en camino. Extrañado Claudio, escribió a la Santa, pidiéndole los motivos de esos deseos, y cuando recibió también escrita la respuesta, decidió, de acuerdo con el P. Bourguignet, suspender el viaje. Lo que sucedió en los diez días siguientes no está claro. ¿Insistió su hermano en la marcha? ¿Mandó el Provincial de Lyón instrucciones precisas? El hecho es que, hacia el 9 de febrero, Claudio creyó su deber intentar ponerse en camino. Una tradición local, conservada hasta el siglo pasado, pretende que se puso en camino, llegó hasta la colina de Survaux, mas cuando la quiso trasponer debió de volverse el colegio. Tuvo un violento acceso de fiebre y el 15 de febrero, primer domingo de Cuaresma, a las siete de la tarde, moría en un vòmito de

sangre.

A las cinco de la mañana del día siguiente, Catalina de Bisefranc fue a dar la noticia de la muerte de su común director a Margarita María, la cual se contentò con decir: ***Rezad y haced rezar por el descanso de su alma.*** Pero el mismo día, a eso de las diez, escribía: ***Cesad de afligiros. Invocadlo, no temáis; es más poderoso que nunca para socorrernos***, y al mismo tiempo le mandaba ir al colegio, en busca de la respuesta que ella había dado al P. La Colombière el 29 de enero, cuando interrumpió el viaje. El P. Bourguignet no quiso entregarla, y para justificar su negativa, leyó a la señorita Bisefranc

el contenido de la misma. Decía simplemente: ***El me ha dicho que quiere el sacrifico de vuestra vida en este país. Antes que deshacerme de este escrito, entregaría todos los archivos de esta Casa*** —repuso el Superior.

Ocho años más tarde, cuando se pidan a la M. Greyfié sus recuerdos sobre Margarita María, responderá desde Semur-en-Auxois, donde era Superiora:

Cuando murió el R. P. La Colombière, esta querida hermana perdió el mejor amigo que tuvo en el mundo. Mas ni se turbó ni se inquietó, porque amaba e sus amigos por la gloria de Dios y por su adelantamiento propio en el divino amor y no por el interés de sí misma. Pero dándome cuenta de que no me pedía hacer por él como por otros, oraciones y penitencias extraordinarias, le pregunté el porqué. A lo que ella me respondió

serena y contenta: Mi querida Madre, no tiene necesidad, está en estado de pedir por nosotros, estando como está colocado muy alto en el cielo por la misericordia y bondad del Sagrado Corazón de Nuestro Senos Jesucristo. Únicamente para satisfacer por alguna negligencia que le había quedado en el ejercicio del divino amor, su alma se había visto privada de Dios desde que abandonó el cuerpo hasta el momento en que fue colocado en el sepulcro. Nunca le oí lamentar su pérdida.

Si los recuerdos de Catalina de Bisefranc y los de la M. Greyfié son exactos aun en sus mínimos detalles, resulta de su confrontación que Claudio fue enterrado al día siguiente de su muerte, a las diez de la mañana. Tal prisa parece indicar que no se quiso dar a sus funerales ninguna solemnidad. Por otra parte, tampoco hubo cortejo. Fue inhumado en la pequeña capilla del Colegio donde se había consagrado al Corazón de Jesús y donde con tanta frecuencia, para reparar los pecados del mundo, había ofrecido, junto con el sacrificio de la Misa, el sacrificio de su propia vida.

Hasta en su muerte, como lo había deseado, fue La Colombière ***el hombre en quien no se piensa más.*** Como para satisfacer esta sed de vida oculta, en los archivos de la Compañía de Jesús en los que se conservan las historias de todas las Casas de la Orden —historias que se deben enviar a Roma cada tres años—, se lee escrito de la mano de la cronista de Paray-le-Monial en 1682: ***Durante los tres últimos años no hay nada digno de mención y que merezca detallarse en estos anales.***

El que Cristo ha llamado su ***fiel siervo y perfecto amigo*** acaba de morir en la residencia de Paray, y el historiador de la casa, en la relación oficial mandada a su General, declara no tener nada que decir. De hecho, ¿esto es culpa del cronista? ¿Qué sabía él de los dones excepcionales acumulados por Dios en esta alma de selección? Fuera de algunos Superiores, ¿quién se percataba de esa realidad? Sus hermanos le apreciaban ciertamente como a un hombre de gran talento y como un excelente religioso, pero que no sobresalía notablemente sobre algunos de ellos. Sobre todo, estaba considerado, desde hacía algunos años, como un pobre enfermo para quien no se encontraba empleo en ningún sitio y que, no obstante la fina caridad de que era objeto, sentía ser gravoso en todas partes. Se sabía que este hombre había intervenido en un convento en el que se hallaba una religiosa muy discutida, que se había pronunciado en favor suyo, con lo que, a los ojos de no pocos, había perdido su fama de hombre sabio y prudente.

Margarita María escribirá: ***El mismo tuvo mucho que sufrir por causa mía, porque se decía que quería yo engañarle con mis ilusiones.*** Este pobre enfermo acababa de morir exhalando su último suspiro en una hemorragia. Realmente eso no interesaba al historiador de una Casa. Es emocionante ver que el P. La Colombière, para los círculos inmediatos que le rodeaban, fue hasta el fin ***un hombre en quien ya no se piensa, que no es nada ya en el mundo, que no sirve para nada.***

Mas cuando la muerte permitió, a los que le conocían más íntimamente, dar a conocer sus secretos, sobre todo cuando se halló su diario espiritual, la veneración ferviente, pero discreta, que le rodeaba en vida, se propagó muy rápidamente. Entonces se verificó lo que el P. de la Pesse declara del santo religioso en el prólogo de los ***Sermones***:

La grande idea que se tenía de su virtud estalló... y se manifestó en testimonios singulares de veneración. El magistrado pidió su cuerpo para consagrarle un monumento en la inglesa de la parroquia. El Superior déla Residencia no juzgó que se debía privar a nuestra iglesia de ese precioso tesoro. Pronto se le rindieron los honores que reclama la santidad y hoy su tumba es como el depositario de los votos y de la piedad de los fieles de los alrededores.

Capítulo XXXI

SUPERVIVENCIA

Encargado por Cristo de ayudar a Margarita María, su mensajera, a promover el culto del Sagrado Corazón, Claudio La Colombière había sido enviado a un país hereje donde esta propaganda sería prácticamente imposible. Parece una

contradicción en los planes de Dios. Vuelve a Francia, tísico incapaz de todo trabajo intenso y muere a los cuarenta y dos años. ¿Dónde está la sabiduría de los pensamientos de Dios?

Al día siguiente del Calvario, los huidizos de Emaús también hablaban de fracaso. Más tarde, en Roma, los discípulos de Pedro y Pablo hubieran podido hacerlo también cuando trajeron a las catacumbas los cadáveres inanimados de los dos apóstoles.

Una vez más se iban a cumplir las palabras del profeta: ***Yo confundiré la sabiduría de los sabios. Mis pensamientos no son los vuestros*** (Is. XXIX, 14; LV, 18); y sobre todo la promesa de Cristo: ***Si el grano de trigo no muere, permanece solo; pero si muere, lleva mucho fruto*** (Jn. XII, 24)

* * *

Nos son conocidos los esfuerzos que en vida hizo La Colombière para dar a conocer el Sagrado Corazón. Desaparecido, continúa su misión más eficazmente aún. ¿Qué religioso vio con tanta rapidez la publicación de sus obras? No se había cumplido aún un año después de su muerte y ya están todas reunidas y revisadas, incluso las ***Prolusiones oratoriae*** (14 febrero 1683). El privilegio del rey de editar está fechado el 15 de abril, el ***Imprimatur,*** el 15 de mayo. Y en el mes de marzo del año siguiente el librero de Lyón Anisson acaba la impresión de seis volúmenes, el primero de los cuales lleva el título ***Ejercicios Espirituales del P. La Colombière.*** En la dedicatoria de este

Retiro a la duquesa de Aumont se decía: ***Doy al público cuatro volúmenes de los Sermones y un quinto de las Reflexiones Cristianas de la misma mano. He escogido los Ejercicios Espirituales para imprimirlos lo primero, por dar a conocer en primer lugar la virtud sublime del autor. Más adelante, en el prefacio, debido sin duda, como el de los Sermones, al P. de la Pesse, se decía: El lector sin duda quedará encantado de la sinceridad de esta alma y admirará a la vez su pureza y su elevación. Se desea con esta obra dar a conocer lo que se debe responder a Dios cuando su bondad quiere hablarnos por su gracia y pedir nuestros servicios.***

Contra lo que esperaban los hombres, quiso Dios que en esta obra aprendiesen los lectores otras muchas cosas. A las notas de los Ejercicios del terceronado, los editores habían añadido las de los Ejercicios de Londres, que contienen la relación de la aparición de junio de 1675, seguida del ***ofrecimiento al Sagrado Corazón de Jesús.*** Para prevenir las perplejidades que se encontrarían al leer estos segundos Ejercicios, los han hecho preceder de las ***Memorias***, en tres artículos remitidos al Padre cuando salía de Paray- le-Monial. Pero ¿saben ellos quién le dio ese papel, como ellos dicen? ¿Podrían dar el nombre de la persona, de probidad y virtud, que es su autor? ¿Se han dado cuenta del sitio de honor que ha ocupado en el alma de La Colombiére la devoción al Sagrado Corazón? Sospechan tan poco la importancia de las notas de estos segundos Ejercicios, que por el número de páginas son en efecto cinco veces inferiores a los

primeros, que en el título del volumen no las mencionan siquiera y señalan sencillamente unos ***Ejercicios espirituales***, los del terceronado. En la intención divina, sin embargo, de manifestar al mundo las revelaciones de Paray-le-Monial, más importancia tenían los segundos. Si los editores se hubiesen percatado de ello, hubieran ciertamente manifestado menos atrevimiento en su publicación.

Gracias a Dios se publicaron. El mundo piadoso los recibe con entusiasmo, pero no parece más emocionado que los editores de los Ejercicios de 1677. La devoción del religioso al Sagrado Corazón, las manifestaciones hechas por Dios a esta persona que se puede juzgar es según su corazón, no llaman la atención. Se admira la fidelidad de La Colombiére a los movimientos de la gracia, su generosidad, sobre todo su voto, que —según el P. de la Pesse— es capaz de espantar a los más espirituales, y de tal naturaleza que, al menos entre los jesuitas, jamás se ha hecho otro que obligue a un religioso a perfección más eminente.

Lo único que interesa es este realismo sobrenatural; el resto, visiones, revelaciones concernientes a una persona desconocida, anónima, no cuenta. En el convento mismo de la Visitación de Paray-le-Monial, los espíritus no están en este punto alerta. Cuando en 1685 se debían leer en el refectorio los Ejercicios Espirituales, la Asistente, a quien incumbía el cuidado de preparar las lecturas públicas, los ha leído tan rápidamente que no se ha fijado en las últimas páginas. ¿Por qué desconfiar? En un

escrito del P. La Colombière, ¿no es todo igualmente bueno para las almas?

Tocaba el libro a su fin. Al terminar sus Ejercicios de Londres el autor anotaba ***cómo su corazón se dilata*** al hacer actos de fe, especialmente acerca de la Eucaristía: ***Mi corazón, en semejantes ocasiones, se esponja sintiendo dulzuras que tan sólo se pueden gustar y recibir de mano de la misericordia de mi Dios, sin poder explicarlas.*** Las oyentes vibran al unísono. ***Oué bueno eres, Dios mío, de comunicarte a la más ingrata de tus criaturas y al más indigno de tus siervos; seas por ello alabado y bendecido eternamente.*** Sin reserva, Margarita María y sus compañeras se han asociado a esta alabanza.

Mas la lectura, sin transición, da un corte y, en medio de un silencio impresionante, se oyen estas palabras: ***He conocido que Dios quería que yo le sirviese procurando el cumplimiento de sus deseos, concernientes a la devoción que ha sugerido a una persona con quien se comunica confidencialmente y en favor de la cual se ha querido servir de mi debilidad.*** Margarita María está en ascuas. ***Estando*** —dice esta santa alma — ***delante del Santísimo Sacramento un día de su Octava...*** Sigue toda la narración que ya conocemos. La Superiora, la muy honorable M. Melin, desearía ciertamente interrumpir la lectura, acabar precipitadamente la refección. Pero sería dar importancia al asunto. Y ¿por qué no aprovechar la ocasión que se presenta de manifestar, delante de toda la Comunidad, a la Hermana M. Alacoque, aunque fuese ante su propia confusión, la estima que

muchas se obstinan en rehusarle? De esta forma se pregonaría por primera vez en público el mensaje de misericordia que un día debería resonar hasta los confines del mundo: ***He aquí este Corazón que tanto ha amado a los hombres y que no ha perdonado nada hasta agotarse y consumirse para manifestarles su amor.***

La regla prohíbe en el refectorio el mirar alrededor para ver lo que pasa. Una novicia, sin embargo, la H. Claudia Rosalía de Farges, no pudo contener su mirada y vio a su querida maestra: ***Bajando los ojos y en un profundo aniquilamiento.*** Niña terrible, al principio de la recreación se acerca y le dice: ***Mi querida Hermana, hoy en la lectura han hecho bien su elogio y el Padre La Colombière no podía hacer mejor alusión a usted.*** A lo que la Santa respondió que ello era un motivo más para amar su propia abyección.

Desde este día en el monasterio, si no desaparecen todos los obstáculos, al menos caen por tierra muchas prevenciones y susceptibilidades. La santidad reconocida por el P. La Colombière pone en la frente de la humilde Margarita María como una aureola, que autoriza y acredita su misión.

Los mismos resultados se notan en otros sitios. Desde Samur, donde está de Superiora la M. Greyfié, escribe el 31 de enero de 1686, que ***los Ejercicios han dado comienzo a esta amable devoción*** del Corazón de Jesús y que ***toda la Comunidad se ha entregado a ella con amor.***

En adelante, Margarita María se apoya en estos

Ejercicios para publicar y dar a conocer los deseos de su soberano Maestro. El 20 de marzo del mismo año, ella informa, radiante de alegría, a la M. de Saumaise en Dijón, de lo que pasa en Samur. El 4 de julio a la M. de Soudeilles, que acaba do ser elegida Superiora de Moulins, escribe, con un candor admirable: ***Hemos encontrado esta devoción en el libro de los Ejercicios del P Colombière, que es venerado como un santo. No sé si lo conoce usted y lo ha leído. Con mucho gusto se lo proporcionaría.*** Y como la M. de Soudeilles aceptó el ofrecimiento, al enviarle la Santa el volumen confirma de nuevo los buenos efectos producidos por esta devoción en las almas que tienen la dicha de conocerla por medio de este hombre santo. Poco tiempo después, Margarita María no habla solamente de los claustros, sino que generaliza su afirmación. ***Debo comunicarle*** —escribe a la M. Greyfié— ***una noticia concerniente a la devoción al Sagrado Corazón, y es que se extiende por todas partes por medio de los Ejercicios del Reverendo P. La Colombière.***

Sin embargo, en este mismo año de 1686,1a Santa, cumpliendo con su deber de Maestra de novicias, tuvo que enviar a su casa a la joven de Vichy- Camprond, hecho que levantó una gran polvareda. De nuevo no pocos la tratan de visionaria. Ella, que tan claro ve cuando de los demás se trata, se ve asaltada por los escrúpulos cuando se trata de sí misma. ¿No será una ilusa? y ¿no estará comprometiendo la reputación de su confesor, el P. Ignacio Rolin? Éste le responde estas solas palabras: ***Deje que hablen y se quejen, no tema nada por mí; el santo P. La***

Colombière será mi escudo.

Medio siglo más tarde, el P. Galliffet, tan bien informado de los orígenes de un culto que les es muy querido, confirmará todos estos testimonios haciendo esta declaración acerca del ***Diario de los Ejercicios: Fue el primer medio de que se sirvió Nuestro Señor para hacer públicas lo mismo la revelación que la devoción a su Sagrado Corazón.***

No se contentò el Señor con eso, sino que para dar a conocer a Margarita María, y por ella a todos nosotros, el papel confiado a su ***fiel servidor y perfecto amigo*** en cuanto al desarrollo del nuevo culto, le concedió una nueva visión maravillosa. Era en la tarde del día de la Visitación, 2 de julio de 1688. En esta fiesta patronal de su Congregación, Margarita María —como escribe ella a la M. de Saumaise— había pasado todo el día delante del Santísimo Sacramento, recibiendo del Corazón amoroso de Jesús gracias particulares que no puede expresar. Se le ***representó entonces un sitio muy eminente, espacioso y admirable por su belleza, en medio del cual, sobre un trono de llamas, estaba el amable Corazón de Jesús. Por un lado estaba la Santísima Virgen, por otro San Francisco de Sales con el santo P Colombière.*** Todo alrededor muchas hijas de la Visitación, asistidas de sus ángeles de guarda. Dirigiéndose a éstas primero, la Santísima Virgen, ***señalándoles el Divino Corazón***, les aseguró que ella quería ***hacerlas como las depositarías de este precioso tesoro*** no sólo para su adelantamiento personal, sino para ***enriquecer a todo el mundo***

sin temor a que falte, pues cuanto más saquen, más hallarán que sacar.

Después, volviéndose hacia el P. La Colombière, esta Madre de bondad le dijo: ***En cuanto a ti, fiel siervo de mi divino Hijo, tienes gran parte en este precioso tesoro; porque si a las Hijas de la Visitación les está encomendado el darlo y distribuirlo a los demás, está reservado a los Padres de vuestra Compañía dar a conocer su utilidad y valor, a fin de que todos se aprovechen de él.***

Esta visión quedó profundamente grabada en el espíritu de Margarita María, quien, según pasa el tiempo, adquiere mayor evidencia del apostolado misterioso de oración e intercesión que ejerce Claudio desde el cielo. Como la M. de Saumaise experimentase algunas dificultades en la propagación de esta devoción, la Santa la sostiene con estas palabras: ***Debe servirle de gran consuelo el estar tan estrechamente unida con el Pía Colombière, de suerte que él obtiene en el cielo, por sus intercesiones, lo que se realiza aquí en la tierra para gloria de este Sagrado Corazón. Sobrelleve, pues, con valor todas las pequeñas contradicciones...*** Las mismas seguridades de algunos meses más tarde al P. Croiset: ***Hay que dirigirse a su fiel amigo el buen P. La Colombière, a quien Dios ha concedido un gran poder, poniendo en sus manos, por decirlo así, lo que se refiere a esta devoción. Le digo sinceramente que recibo grandes auxilios y que me es ahora más favorable que cuando estaba en la tierra; porque, si no me equivoco, esta devoción al Sagrado***

Corazón le ha hecho más poderoso en el cielo y le ha elevado más alto en la gloria que cuanto hubiera podido hacer en todo el curso de su vida.

Margarita María está tan persuadida del crédito de su director, que le ha escogido como protector especial y le invoca con la más filial confianza. Habiéndole permitido la santa obediencia conservar un grabado en pergamino que representaba al Padre, escribió al dorso una oración en la que se lee: ***Oh, bienaventurado P. Claudio de la Colombière, os elijo como intercesor delante del Sagrado Corazón de Jesucristo. Obtenedme de su bondad la gracia de no resistir a los planes que tiene sobre mi alma y que yo sea una perfecta imitadora de las virtudes de su Divino Corazón... Obtenedme, gran santo, os lo suplico, el que yo muera de la muerte mística, a fin de que la natural venga lo antes posible.***

Contemplando esta supervivencia terrestre de La Colombière viene a la memoria el dicho de Cristo a los apóstoles que se entristecían con su partida: ***Os conviene que yo me vaya.*** En vida, el humilde jesuíta ¿habría tenido tanta influencia? Fuera de un pequeño número de círculos reducidos, no hubiera encontrado sino resistencia, y su palabra se hubiera perdido en el vacío, ante las burlas de los libertinos, el escepticismo de los filósofos, las calumnias de los jansenistas, la inercia de los cristianos mediocres y aun ante las prevenciones de los buenos en relación con las novedades. Hoy, contra viento y marea, el ***Diario de los Ejercicios Espirituales*** se ha abierto camino.

A la verdad, los adversarios se agruparán, como en el caso de San Pablo, ***a dextris et a sinistris***; y a veces su oposición procederá de una prudencia legítima. ¡Corrían entre el pueblo tantas falsas devociones...! Roma en esta época se veía obligada a condenar en muchas obras nuevas los errores de una piedad indiscreta.

¿Cómo extrañarse, pues, de que la devoción al Sagrado Corazón haya pasado por alternativas de avances y retrocesos? En 1696, un opúsculo, debido sin duda al joven Padre Galliffet, ***De cultu sacrosancti Cordis Dei Jesu***, es rechazado en Roma por los revisores de la Compañía de Jesús. Profesor de retórica en Lyón, el P. Croiset, por deseo expreso del P. General Tirso González, se ve separado del centro de su Provincia durante diez años por haber puesto en su propaganda un ardor algo demasiado impetuoso y porque ***parece inclinado a opiniones singulares.*** En 1704 su libro es puesto en el Indice, sin que se haga sin embargo ningún cargo a su doctrina.

Cuando, después de haber sido Superior de la Residencia de Marsella, vuelve a Lyón como rector del Colegio de la Trinidad, el P. Croiset continúa, para satisfacer el deseo que expresaba Santa Margarita María desde 1689, promoviendo una asociación bajo el título del Corazón de Jesús. Mas esta confraternidad, que contaba entre sus miembros, y sobre todo entre sus directores, jesuitas tales como el P. Gallifet, entonces Provincial de Lyón, varios consultores de Provincia, el prefecto de la Congregación de Nobles de Marsella, el Rector y Maestro de Novicios de

Aviñón, fúe denunciada a Roma al P. General ***como constituyendo una especie de partido... cuyos miembros no buscaban más que alabarse y auparse mutuamente.***

Y aun se acusa villanamente al P. Croiset de reclutar partidarios
dándoles mucho chocolate y mucho café.

Cosa más extraña todavía: los numerosos artículos necrológicos o ***menologios***, consagrados a la memoria del P. La Colombiére —conocemos seis—, todos silencian su devoción al Sagrado Corazón. No sólo no hablan de las revelaciones de Paray-le-Monial, sino que si nombran a esta ciudad, es para decir que el Padre fue allí para morir y nada más. Todos insisten en el retiro o Ejercicios del terceronado y sobre el voto de heroica fidelidad; pero ni uno siquiera hace la menor alusión al ***retiro*** o ***Ejercicios*** de Londres ni a la narración de la aparición que en ellos se contiene, ni al acto de ofrecimiento al Corazón de Jesús con que termina.

En resumen, magníficos elogios del santo, pero suprimen de un plumazo el coronamiento de su santidad y la misión misma para la cual le había puesto Dios en el mundo. ***Los profanos se imaginen a veces*** —dice con suave malicia el P. Bainvel— ***que una devoción que se apoya en visiones y revelaciones de una religiosa, está segura de encontrar crédito en el mundo de los predicadores, confesores y teólogos. Es no conocerlos, o conocerlos mal.*** Los que pretenden que el culto al Sagrado Corazón ha sido inventado por los jesuitas en el siglo XVIII, a fin

de recobrar la influencia que se les iba de las manos, hallan aquí su condenación.

Eso no impide, por otra parte, al ***Journal de Trévoux***, al dar cuenta en 1725 de las ***Cartas espirituales*** de La Colombiére, recientemente publicadas, el hacer justicia diciendo: ***Él dio forma a la celebración, hoy tan extendida, de la solemnidad del Corazón de Jesús.*** El ***Journal*** añadía además, fundado no sabemos en qué indicios: ***Él ha trazado el oficio, las prácticas y las condiciones en un libro que se está publicando.***

Si el libro del que se hace mención no existió nunca, no se puede decir lo mismo de ciertas notas o documentos relativos a Claudio, que la pusilanimidad pudo muy bien hacer desaparecer. Dos, al menos, de esos menologios señalan relaciones o escritos destinados a dar a conocer y poner más en relieve sus trabajos y el heroísmo de sus virtudes. En 1683, uno de ellos declara que muchos escritos sobre él han sido ya enviados a Roma. Otro añade como conclusión: ***Muchos rasgos, más maravillosos que los que se acaban de leer, serán publicados a su tiempo.*** Y seguramente que el P. de la Pesse tenía presentes estas relaciones, cuando decía en su Prefacio 1684: ***El que escriba sus acciones no tendrá dificultad para confirmar su obra con grandes cosas... Lo que el P. La Colombière ha emprendido, toda la actividad de su ministerio suministrará excelente materia a su historiador.***

Hasta ahora nada de eso ha podido ser hallado. ¿Será porque la luz ha sido deliberadamente puesta bajo el celemín?

A pesar de todos los obstáculos, los ***Ejercicios Espirituales*** del P. La Colombière continuaban su obra de luz, ofreciendo a todas las miradas las peticiones hechas por Jesucristo demandando homenajes especiales a su Corazón. Puesto que tantos menologios atestiguaban no sólo la santidad eminente de La Colombière, sino también la unión maravillosa de sus cualidades naturales y morales, su espíritu justo y penetrante; puesto que se le presentaba a los religiosos de la Compañía como un modelo acabado de todas las virtudes de su estado; y puesto que todas las personas que le habían tratado en otro tiempo admiraban sus luces y el espíritu de Dios que le animaba, ¿no se imponía por sí misma la conclusión? A menos de querer suponer que los dones de sabiduría y prudencia le habían abandonado, precisamente en un punto que él juzgaba haber tenido suma importancia en su vida espiritual, era preciso admitir que un culto del que se confesaba defensor merecía la atención de los cristianos deseosos de complacer a Jesucristo.

Por eso, el P. de Galliffet se mantuvo firme. Cuando, a pesar de las denuncias, fue nombrado en 1723 Asistente en Roma del P. General para las Provincias de Francia, halló en los cartapacios la carta acusadora de 1718. Lejos de destruirla como injuriosa y calumniadora, la salvó del naufragio y la guardó en los archivos de su Orden, como una muestra de las oposiciones enconadas y mezquinas suscitadas contra su querida devoción. Allí se puede ver convenientemente catalogada. Más tarde se contentará con escribir: ***La persecución fue viva. Se llegó a***

mirar a los que querían practicar o establecer esta fiesta (del Corazón de Jesús) ***como una especie de secta capaz de turbar a la Iglesia.*** Teólogo de gran estilo, completará los trabajos que llevaba entre manos hacía un cuarto de siglo y se servirá del crédito que le proporciona su cargo, para hacer aceptar en 1726, en el centro mismo de la catolicidad, una obra sobre el ***Culto del Corazón sacrosanto de nuestro Dios y Señor Jesucristo.*** Escrito en latín, este libro facilitó el conocimiento de las revelaciones de Paray-le-Monial en todo el mundo cristiano. Siete años después la obra, traducida al francés, se publicaba con algunas adiciones, en Lyón, con el título ***La excelencia de la devoción al Corazón adorable de Jesucristo.*** Ahora bien, nombrar al P. de Galliffet es nombrar a un hijo espiritual del P. La Colombiére; es señalar la supervivencia de éste.

Para nosotros, a la distancia en que nos encontramos, ¡qué ventaja nos depara el recuerdo de esta viva persecución! ¡Qué seguridad nos dan esas luchas! Con el recuerdo de esos enemigos testarudos y obstinados, ¿cómo no evocar al servicio hecho por la incredulidad del apóstol Tomás, para fundamentar nuestra fe en la resurrección de Jesucristo? ¡Qué garantías prestan estas largas dudas y minuciosos exámenes, en favor de una devoción que los Papas de hoy nos recomiendan con tanta insistencia!

APÉNDICE

Acto de confianza

Estoy tan convencido, Dios mío, de que velas sobre todos los que esperan en Ti, y de que no puede faltar cosa alguna a quien aguarda de Ti todas las cosas, que he determinado vivir de ahora en adelante sin ningún cuidado, descargando en Ti todas mis solicitudes. «En paz me duermo y en seguida descanso, porque Tú, Señor, me has confirmado singularmente en la esperanza». (Sal. 4. 10).

Despójenme en buena hora los hombres de los bienes y de la honra, prívenme de las fuerzas e instrumentos de serviros las enfermedades; pierda yo por mí mismo vuestra gracia pecando, que no por eso perderé la esperanza, antes la conservaré hasta el postrer suspiro de mi vida, y vanos serán los esfuerzos de todos los demonios del infierno por arrancármela.

Que otros esperen la dicha de sus riquezas o de sus talentos; que descansen otros en la inocencia de su vida, o en la aspereza de su penitencia, o en la multitud de sus buenas obras, o en el fervor de sus oraciones; en cuanto a mí toda mi confianza se funda en mi misma confianza; porque Tú, Señor, me has confirmado singularmente en la esperanza».

Confianza semejante jamás salió fallida a nadie: «Nadie esperó en el Señor y quedó confundido» (Sir. 2, 11). Así que, seguro estoy de ser eternamente bienaventurado, porque espero firmemente serlo, y porque eres Tú, Dios mío, de quien lo espero: «en Ti, Señor, he esperado, no quede avergonzado jamás». (Sal, 30, 2; 70, 1).

Conocer, demasiado conozco que por mí soy frágil y mudable; sé cuánto pueden las tentaciones contra las virtudes más robustas; he visto caer las estrellas del cielo y las columnas del firmamento; pero nada de eso logra acobardarme. Mientras yo espere, estoy a salvo de toda desgracia; y de que esperaré siempre estoy ciento, porque espero también esta esperanza invariable.

En fin, para mí es seguro que nunca será demasiado lo que espere de Ti, y que nunca tendré menos de lo que hubiere esperado. Por tanto, espero que me sostendrás firme en los riesgos más inminentes y me defenderás en medio de los ataques más furiosos, y harás que mi flaqueza triunfe de los más espantosos enemigos. Espero que Tú me amarás a mí siempre, y que te amaré a Ti sin intermisión; y para llegar de un solo vuelo con la esperanza hasta donde puede llegarse, espero a Ti mismo, de Ti mismo, oh Criador mío, para el tiempo y la eternidad. Amén.

SAN CLAUDIO DE LA COLOMBIÈRE, S.J. (1641-1682)
Canonizado por el Papa Juan Pablo II el 31 de mayo de 1992.

Su fiesta es el 15 de febrero.